Fernando Devoto - Nora Pagano

Historia de la historiografía argentina

Sudamericana

ACCESO ABIERTO

FERNANDO DEVOTO - NORA PAGANO

Historia de la historiografía argentina

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

Colección: HISTORIA ARGENTINA
Director: José Carlos Chiaramonte

Esta colección se propone poner al alcance de un público amplio, que exceda al universitario pero que lo incluya, una serie de obras sobre los principales segmentos en que se suele dividir el pasado argentino. Ellas abordarán sus temas en forma cronológicamente completa, acercándose al presente lo más que lo permitan las fuentes disponibles, de manera tal que, idealmente, el conjunto cubra la historia toda del país.

Para lograr ese objetivo de ser útil a la vez a los historiadores y al público no especializado, estas obras ofrecerán una síntesis actualizada del conocimiento sobre su campo, así como, entre otros rasgos, prescindirán de la erudición común a los trabajos profesionales, incluyendo en cambio un ensayo bibliográfico destinado a los lectores interesados en profundizar el tema. Pero, en esa perspectiva, tratarán de evitar la ingenua aspiración a un conocimiento íntegro y definitivo del pasado, dado que la historia, como toda disciplina, sólo nos ofrece un conjunto parcial del saber relativo a su objeto, así como una labor de incesante reconstrucción de ese saber.

En un campo tan maltratado por prejuicios ideológicos de todo tipo como el de la historia nacional, los autores seleccionados adoptarán un enfoque que se aleje de esas perspectivas deformes y refleje lo mejor de la historiografía respectiva, guiados por el rigor intelectual al que debe aspirar todo historiador.

Fernando Devoto
Historia de la historiografía argentina / Fernando Devoto y Nora Pagano - 1ª ed - Buenos Aires : Sudamericana, 2009
480 p ; 23x16 cm - (Historia argentina y americana)

ISBN 978-950-07-3076-1

1 Historiografía I Pagano, Nora II Título
CDD 907 2

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.
© 2009, Editorial Sudamericana S.A.
Humberto I 531, Buenos Aires.

www.rhm.com.ar

ISBN 978-950-07-3076-1

Esta edición de 2.000 ejemplares se terminó de imprimir en Printing Books S.A., Mario Bravo 835, Avellaneda, Buenos Aires, en el mes de junio de 2009.

PREFACIO

Desde que en 1857 Bartolomé Mitre publicó su primer boceto de lo que sería luego su *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* muchos estudiosos se han ocupado de pensar el pasado argentino. Escribir una historia de la historiografía argentina que dé cuenta de esos esfuerzos es una tarea tan atrayente como problemática. En 1925 lo intentó por primera vez Rómulo Carbia en una obra destinada justamente a convertirse en un clásico. Que luego de él nadie se atreviese a intentarlo nuevamente muestra rápidamente las dificultades para realizarla con éxito. Muchos, incluidos algunos de nuestros mejores historiadores, esbozaron aproximaciones parciales centradas en figuras individuales, en temas o en tradiciones historiográficas específicas. No faltaron tampoco recopilaciones de artículos de uno o de varios autores, dedicados a temas, períodos, problemas, muy diferentes entre sí.

Mirando la obra del mismo Carbia se percibe rápidamente una dificultad mayor que se suma a la de la vastedad del territorio potencial a explorar. ¿Cómo delimitar el objeto de estudio? ¿Qué incluir en ella y qué no? Cronistas, viajeros, memorialistas, recopiladores de documentos, ensayistas de todo tipo, políticos, novelistas, poetas, historiadores y sedicentes historiadores, científicos sociales, periodistas, todos ellos y muchos más se ocuparon del pasado en el territorio de la actual Argentina, ya desde el momento de la Conquista por el poder español. Una obra que inten-

tase dar cuenta de todo ello se confundiría sin más con una historia de lo escrito en este mismo territorio. Y, en tren de no escatimar ambiciones, ¿por qué no incluir a pintores, escultores, urbanistas, cineastas, músicos, que en su trabajo plasmaban o consagraban, implícita o explícitamente, una imagen del pasado? Llegados a este punto, se percibe claramente la imposibilidad de escribir un libro de esa naturaleza. No sería además una historia de la historiografía sino más bien una historia de la cultura argentina o, incluso, una historia argentina, *tout court*

Desde luego es posible, y tal vez auspiciable, partir de otro recorte Ante todo, es bastante sencillo recordar que en las imágenes de la cultura letrada de las sociedades occidentales, siempre fue bastante clara la distinción entre quien era un historiador y quien no. Ciertamente también, siempre hubo problemas en los márgenes, en la distinción entre historia y ficción o entre historia y retórica. Problemas en los márgenes de los géneros, no en los géneros. Atendiendo no a los autores sino a la operación que proponían, dos de los mayores historiadores contemporáneos —Marc Bloch y Arnaldo Momigliano—, por vías diferentes, propusieron una lectura coincidente: la historiografía moderna (y se subraya moderna) era el resultado de una convergencia entre un conjunto de esquemas generales de interpretación del pasado y una serie de técnicas o instrumentos para operar con los restos de ese pasado (en su caso, los restos escritos). Ni unos ni otros, independientemente, sino ambos conjuntamente. Voltaire y Montesquieu más Mabillon y Tillemont o, en otros términos, filosofía de la ilustración más erudición. En la propuesta de aquella convergencia como constitutiva de la historiografía tuvieron desde luego antecesores que aunque sugiriendo otros nombres delineaban un mismo tipo de operación. He ahí, por ejemplo, Alessandro Manzoni para quien la nueva Historia debía combinar la filosofía (Vico) y la filología (Muratori). Tuvieron también sucesores. Por ejemplo, Carlo Ginzburg ha defendido, recientemente, esa misma concepción aunque proponiendo una cronología más antigua y por ende otros ejemplos. La delimitación presenta la ventaja de aludir a la operación historiográfica y no al lugar de enunciación. Va de suyo que ese recorte no gozó ni goza de consenso unánime, incluso entre los historiadores Es evidente también que aún desde aquel recorte, los límites son siempre problemáticos, mudables a lo largo del tiempo y diferenciados según las características de la organización del campo intelectual en cada sociedad.

En la Argentina durante demasiado tiempo aquella conjunción propuesta nunca terminó de saldar del todo y la historia de aquel modo entendida nunca llegó a dominar plenamente el panorama y por ende junto a ella perduraron o florecieron la pura erudición, la mera crónica, el ensayo interpretativo o el apurado panfleto Los autores de este libro han creído entonces útil ir un poco más allá y por las páginas siguientes desfilan autores que un criterio más estricto hubiera aconsejado excluir. Lo hicieron en la convicción de que una delimitación rígida hubiera empobrecido la imagen de una historiografía que encuentra una de sus claves, ayer y hoy, en esa tensión recurrente e irresuelta entre erudición y divulgación, por una parte, y entre aspiración "científica" y aspiración "política", por la otra.

Un segundo criterio de discriminación ligado al precedente no refiere a la pertinencia sino a la calidad. En un párrafo célebre, Paul Groussac apostrofó a Ricardo Rojas por haber escrito una *Historia de la literatura argentina* más larga que esa misma literatura, al haber incluido el "rancho de paja" junto con la "arquitectura". Nuevamente, la distinción puede ser más útil para otros contextos que para el caso argentino donde, más allá de las seculares debilidades de las instituciones y de lo improvisado de los saberes especializados, tan a menudo los ámbitos culturales, permeados por arraigadas creencias igualitarias, han postulado y postulan que cada uno es lo que crea es. Y dado que no existe, afortunadamente por otra parte, el "ejercicio ilegal de la Historia", el resultado es tan abigarrado como dispar En ese contexto, una mirada más abarcadora permite iluminar desde una multiplicidad de ángulos un territorio heterogéneo y dispar. Dicho todo ello, en la medida que los autores no han tratado de realizar un inventario sino seguir itinerarios y problemas, es indudable que pueden señalarse ausencias de estudiosos y de obras de valor difíciles de encuadrar en las secuencias propuestas. De ese modo, las inclusiones/exclusiones no reposan sobre un juicio crítico sino sobre las necesidades funcionales del libro. Lo mismo puede afirmarse acerca de los criterios de organización de la obra. La división propuesta, que organiza los capítulos en torno a tradiciones historiográficas, es uno de los tantos modos de presentar el problema. Como cualquier criterio presenta ventajas y desventajas. Entre los primeros debe señalarse que ayuda a percibir itinerarios y zonas de coherencia. Entre los segundos debe observarse que no siempre

es suficientemente abarcadora o, a la inversa, no suficientemente estrecha y que no siempre es sencillo encasillar a autores y obras en uno de los recortes propuestos Es de esperar que pese a ello el resultado proporcione un cuadro plausible y comprensible

Dos precisiones adicionales deben ser realizadas La primera se relaciona con el recorte temporal ¿Por qué no comenzar en la primera mitad del siglo XIX, por ejemplo con el Deán Funes o aún más atrás? Es relativamente sencillo responder que aquella convergencia aludida antes como criterio general puede aplicarse en este caso la crónica del Deán cordobés, el magnífico ensayismo de Sarmiento, la loable erudición de Pedro de Angelis o las iniciativas de Florencio Varela no son obras de Historia en el sentido estricto antes indicado Así, comenzar por el momento post-Caseros y por Mitre es, a la vez, convencional y no arbitrario, aunque ese comienzo no sirva luego para delimitar el campo de indagación que necesariamente va más allá de él Con todo, los autores admiten que otra cronología más larga hubiera sido factible y que ella fue explorada y esbozada en los momentos iniciales de la investigación, en el marco de un proyecto más abarcador, al que distintas circunstancias desviaron de su rumbo Por su parte, el momento de finalización, fines de los años '60 del siglo XX, aunque puede no ser arbitrario conceptualmente, ya que es posible considerar que allí concluye un ciclo historiográfico, sí lo es temáticamente El período más reciente de nuestra historiografía es, a la vez, demasiado complejo y fragmentario y los lazos con aquellos años '60 menos evidentes que lo que la invención de tradiciones, algunas trayectorias individuales o las genealogías puntuales hacen suponer En cualquier caso, los autores juzgaron superior a sus fuerzas y a su necesaria distancia crítica adentrarse en el dilatado, complejo y laberíntico período enmarcado entre los primeros alborozados y luego sombríos, pero historiográficamente no tan infecundos, años '70 y los tan prolíficos como heterogéneos del período democrático En un futuro, tal vez

La segunda cuestión concierne a la decisión de incluir en este libro solamente a los historiadores argentinos Desde luego éstos no tienen ninguna exclusividad sobre el argumento y el aporte de estudiosos extranjeros fue, en ocasiones, muy relevante en la formulación de esquemas interpretativos perdurables o en el aporte de nuevas perspectivas metodológicas Sin embargo, en la medida en que en el libro se ha tratado de relacionar

las construcciones o reconstrucciones del pasado con los climas culturales y aun políticos locales y no sólo con las corrientes historiográficas nacionales e internacionales, era difícil encontrar un modo de incorporarlos al relato, salvo en un Apéndice Esta solución aparecía desaconsejada por el número de páginas de la obra y los requerimientos editoriales

Un párrafo final para los agradecimientos Ambos autores expresan su gratitud, en primer lugar, a José Carlos Chiaramonte, director de la colección, quien depositó su confianza en ellos para esta tarea, facilitó, de su biblioteca, muchos libros de difícil acceso, se tomó la ardua tarea de leer los manuscritos originales, discutió distintos puntos del trabajo y realizó oportunas e inteligentes observaciones La gratitud va también para Jorge Myers, que participó de las fases iniciales de esta obra y que luego tuvo que apartarse de ella por otros compromisos académicos Su colaboración fue muy valiosa en muchos planos, sugiriendo lecturas, leyendo críticamente algunos capítulos y apoyando de distintas formas la iniciativa

Fernando Devoto quiere agradecer asimismo a Tulio Halperin, que le facilitó el texto original de sus *Memorias* y le brindó referencias y observaciones con la sagacidad que lo caracteriza, a Ezequiel Gallo, que lo ayudó a través de su conversación amable y aguda a explorar nuevas miradas sobre los años '60, a Luis Alberto Romero, que generosamente puso a disposición materiales inhallables y brindó no menos valiosas sugerencias, a María Inés Barbero, que aportó mediante su lectura estimulantes perspectivas, y a Julio Stortini, que le acercó diferentes materiales sobre el revisionismo Por otra parte, también quiere expresar su agradecimiento a Alicia Méndez, que derivó parte de su valioso tiempo a ayudar a hacer más legibles sus capítulos

Nora Pagano expresa su gratitud a sus colegas de la Cátedra de Teoría e Historia de la Historiografía de la Universidad de Buenos Aires y de otras Universidades, quienes leyeron con benevolencia algunos segmentos de los textos que integran este volumen así como otros que por las razones antes expuestas no fueron incorporados

Nadie de todos los aludidos es, desde luego, responsable de los errores u omisiones o de las opiniones que los autores se han empeñado en sostener El lector juzgará acerca de ellas y de su plausibilidad

Aunque los autores han colaborado estrechamente en la obra, como lo hacen en el campo de la historia de la historiografía desde hace más de

veinte años, el lector podrá percibir algunas diferencias de estrategia y enfoque entre los capítulos que cada uno escribió así como algunas miradas parcialmente divergentes. Se espera que ello enriquezca la propuesta. En ese marco, debe señalarse que los capítulos 1, 3 y 5 han sido realizados por Nora Pagano y los capítulos 2, 4 y 6 por Fernando Devoto.

FERNANDO DEVOTO - NORA PAGANO

CAPÍTULO 1

Surgimiento y consolidación de la Historiografía erudita

Existe cierto consenso en datar el surgimiento y consolidación de la historiografía erudita argentina en la segunda mitad del siglo XIX, aun cuando puedan reconocerse prefiguraciones y anticipaciones.

La diacronía, dimensión presente del relato literario, del discurso político, de la crónica o de la memoria, comenzaba a ser considerada una condición no suficiente para convertir esos textos en "historias". Para serlas, el clima de época orientaba a dotar a la narración de un conjunto de atributos que consensualmente iban adoptando aquellos letrados que aspiraban a ser reconocidos como "historiadores".

Aunque se trata de un fenómeno generalizado en la historiografía occidental, la erudición presenta particularidades específicas en cada contexto en el que tuvo lugar; en las páginas siguientes daremos cuenta de las modulaciones que adoptó en el ámbito local a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

En Argentina, la expresión "historiografía erudita" aparece literalmente consignada a mediados de la década de 1920 en la *Historia de la historiografía argentina* de Rómulo Carbia (1925), obra que podría considerarse como el primer intento sistemático por dar cuenta de las características

que los estudios históricos asumieron en nuestro país. A partir de la combinación de perspectivas genética y taxonómica, su autor distinguía dos tradiciones historiográficas centrales: "filosofante" y "erudita". La primera contaba entre sus representantes a Vicente Fidel y Lucio Vicente López así como a José Manuel Estrada; la segunda, por su parte, encontraba en Bartolomé Mitre su principal referente, anticipado por Luis Domínguez, continuado por Paul Groussac y fundamentalmente por la Nueva Escuela Histórica, tradición que el mismo Carbia integraba junto con otros noveles historiadores. La operación de (auto)filiación y legitimación perceptible en el texto no iba en zaga a aquella otra que tenía por objeto colocar a Mitre en un lugar central de la constelación, y con él, a sus jóvenes herederos. Aunque la obra fue reeditada bajo el título *Historia crítica de la Historiografía Argentina* en 1939 y 1940, con algunas modificaciones, lo sustancial de la concepción permaneció canónicamente en vigencia.

Bien mirado, este carácter bifronte que Carbia atribuía a la historiografía nacional encontraba su fundamento más lejano en la recepción del debate que protagonizaron Mitre y López entre 1881-1882. Aunque no se trataba del primero ni del último cruce polémico, ya que el género se hallaba ampliamente difundido entre ciertos integrantes de círculos políticos y culturales argentinos, la particularidad de aquél consiste en que varios autores vieron allí un "acontecimiento" fundador. En esa construcción ocupa un lugar central la reedición que Ricardo Rojas hizo de las intervenciones de Mitre y López en la colección *Biblioteca Argentina* (1916). Un lustro después, en su *Historia de la literatura argentina*, Rojas volvería a colocar el debate en el lugar fundacional de la historiografía local y a Mitre en el centro de ésta.

En el texto *Mitre, un historiador frente al destino nacional* (1943), José Luis Romero agregaba a la condición erudita de Mitre la admirable coexistencia que percibía entre su labor de historiador y de político. Esa doble naturaleza posibilitó al historiador de Belgrano desarrollar no sólo una versión del pasado nacional sino y fundamentalmente una conciencia histórica firme que reconocía como condición de posibilidad la existencia de la crisis post-Caseros. Las innegables resonancias que una concepción tal revisten en el contexto de su enunciación —un juego de espejos explícito sobre el final del texto— no oscurecen la sustantividad de su contenido: Mitre fue para José Luis Romero el "constructor de la historia de la Nación... alegato irrebatible para la afirmación de nuestra existencia colectiva..."

En 1980 Tulio Halperin Donghi se interrogaba en *La historiografía: treinta años en busca de un rumbo* (reeditado como *La historiografía argentina del Ochenta al Centenario*) sobre las modalidades que los estudios históricos ostentaban en nuestro medio a lo largo del trienio 1880-1910 inaugurado bajo los efectos de lo que suponía una doble crisis: política e historiográfica. En ese contexto, "los clásicos de la historiografía argentina" —Mitre y López— poco podían aportar por constituir "modelos a la vez inimitables y cada vez menos pertinentes" en relación con ese mismo contexto. Concluía afirmando que durante esas tres décadas —y a pesar de los valiosos aportes de P. Groussac—, no pudo surgir una tradición historiográfica capaz de sustituir a la mitrista, verificación ésta que permitía a su vez explicar la emergencia de la Nueva Escuela Histórica. Halperin Donghi caracterizaba la obra de Mitre como un "ejemplo particularmente exitoso", ponderando la *Historia de Belgrano* en términos de "hazaña" en la que la "indagación erudita" se combinaba admirablemente con las "ideas orientadoras". El análisis inscribía a López en una perspectiva que —siguiendo a Mitre— consideraba más "política" que "filosófica" y en la que el colorido narrativo no podía ocultar la parcialidad de su punto de vista y de allí la imposibilidad de instituirse como un historiador de la nacionalidad. En 1996, Halperin volvió sobre el particular en el artículo *Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina*, en el que ratificaba y ampliaba los conceptos vertidos una década y media antes.

Ni el tiempo transcurrido ni la disparidad de analistas alteraron sustantivamente los términos genéricos en que se formulaba el problema de la conformación de la historiografía erudita; ella encontraba en la *Historia de Belgrano y la independencia argentina* y *La historia de San Martín y la emancipación sudamericana* de Bartolomé Mitre su más meridiana expresión. La robustez de la construcción heurística y hermenéutica se asentaba progresivamente en cada una de las reediciones —cuatro en el primer caso y dos en el segundo— y ellas dominarían el espacio historiográfico por más de tres décadas (1857 a 1890).

El efecto paradigmático producido por esos textos se reforzaba en la medida en que eran confrontados con los de Vicente F. López, señaladamente su *Historia de la República Argentina*; a los que se les atribuía la calificación de "filosofante", término cuyas connotaciones, para muchos negativas, reforzaban los méritos de aquel otro formato "erudito". Por lo demás,

la eficacia del modelo mitrista hallaba otra justificación acaso más trascendente: la consumación de una conciencia histórica que le permitía hilvanar convenientemente una imagen del pasado, presente y futuro de una nación que fraguaba en el relato y en la gestión política.

Este modo de configurar el problema —funcional a la necesidad de diseñar tradiciones legitimadoras y cristalizarlas en textos canónicos— dificulta sin embargo la percepción de un conjunto de fenómenos que permiten pensar la constitución de la historiografía erudita como un *factum* resultante de la convergencia de múltiples procesos que tuvieron lugar a lo largo de décadas, y como tal, susceptible de ser desagregado en diversos planos analíticos. Dificulta asimismo la posibilidad de concebir la construcción historiográfica como producto colectivo y de carácter no lineal.

Ciertamente la construcción de una historiografía erudita fue el producto de un desarrollo gestado en medio de las cambiantes condiciones de posibilidad que tuvieron lugar durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del siguiente; tales condiciones alimentaron modos de abordaje e interpretaciones del pasado e hicieron de él un objeto digno de atención. La razón política constituye entonces un elemento necesario aunque no suficiente para explicar el fenómeno que se aspira a abordar; se requiere asimismo dar cuenta de los variados aspectos que ofrece la producción de textos de desigual procedencia y factura, a través de los cuales resulta posible trazar los derroteros que culminaron en la estabilización historiográfica verificable en el cambio de siglo.

Tales itinerarios podrían sintetizarse en los siguientes: la gradual y relativa diferenciación que la narración histórica fue adoptando respecto del relato literario, del género biográfico-autobiográfico, memorialístico, la tradición oral y del discurso periodístico. En relación con ello, cabe destacar la difusión del libro, la actividad editorial y las publicaciones periódicas especializadas; desde el punto de vista de acceso a las fuentes, debería atenderse además al trayecto que conduce del predominio inicial de las redes privadas y círculos de bibliófilos, a la coexistencia de aquellas redes con instituciones públicas y privadas redimensionadas (institutos, juntas, biblioteca, archivo, museo) y con sus correlativos órganos de expresión.

Finalmente y desde una perspectiva estrictamente historiográfica, la implantación de un canon erudito supuso también el conocimiento y recepción de modelos, referentes y tradiciones intelectuales externos así

como la fijación de criterios intersubjetivos de orden heurístico con el consiguiente establecimiento de criterios de validación.

A su modo, nuestros primeros historiadores eruditos recorrieron los meandros transitados por los republicanos franceses: si Guizot les proporcionó motivos historiográficos y la vinculación entre la figura del hombre de Estado con la labor de examinar el pasado, Taine les abrió la reflexión a otras perspectivas que prepararon para una consideración menos filosófica sino pretendidamente científica del fenómeno social.

La consolidación del formato erudito supuso así, por un lado, un conjunto de operaciones técnicas, comenzando por aquella que comprometía a la narración histórica con su base heurística. Este primer criterio alimentaría luego el segundo: la crítica de fuentes y la confrontación entre ellas. Con ello se acotaban las versiones del pasado derivadas del conjunto de tradiciones circulantes procedentes de la memoria individual, familiar, grupal o colectiva, de modo que la "historia" esculpía su identidad a partir de la diferenciación con la oralidad, la literatura y la filosofía, estableciendo una codificación en la que el carácter histórico de los hechos no reposaba en ellos mismos sino en la forma de conocerlos. La referencia a los documentos ya no se fundaba en un criterio de autoridad —como en el discurso teológico— sino en el carácter probatorio adquirido por la fuente.

Asimismo, el formato erudito —con sus notas a pie o sucedáneos como los apéndices documentales y luego críticos— instituía gradualmente una narración secundaria que seguía a la trama de la primaria pero que se diferencia de ella. La narración principal se convertiría, además, en una narración crítica que diferenciaría plenamente a una obra histórica de otros relatos diacrónicos. Las operaciones técnicas que ello supuso requirieron de cierta especialización del trabajo intelectual para el cual las figuras dieciochescas del coleccionista de textos, el ensayista filosófico o el crítico iconoclasta resultaban a todas luces insuficientes. Por otra parte, el género historiográfico emergía como un producto colectivo, no lineal, no reductible a su núcleo técnico, sino vinculado con un cambio en las formas de percepción de las relaciones entre presente y pasado; en efecto, al depositar su objeto de estudio en el pasado, la historia se instituía como un acto reflexivo sobre el presente al tiempo que testimoniaba la diferencia entre éste y aquél.

Además de su aspecto técnico y conceptual, la historia erudita es un fenómeno correlacionado con el proceso de consolidación del Estado nacional y la emergencia de su burocracia especializada. Desde allí surgían nuevas demandas al conocimiento histórico, en el marco de transformaciones sociales estructurales, y desde allí se brindaba sentido y legitimidad a tales saberes al tiempo que los dotaba con sus recursos de nuevas condiciones materiales de posibilidad.

Las apelaciones al pasado: la tribuna política, la prensa periódica, la literatura y la biografía ejemplar

Para quienes emprendieron el camino del exilio ante los rigores del régimen rosista, tal decisión les proporcionó la oportunidad de desarrollar una intensa sociabilidad y un conjunto de experiencias político-intelectuales. En ese contexto, la cualidad literaria era el mayor capital simbólico al que los emigrados pudieron apelar: escribieron novelas históricas, tradujeron y difundieron a los clásicos del romanticismo, fundaron instituciones literarias, educativas, de conocimiento, e intervinieron activamente en la prensa periódica. Tales desempeños no sólo significaron la canalización de una vocación intelectual, de inquietudes político-culturales o la expresión de la común convicción romántica, sino que también proporcionaron un medio de subsistencia en las duras condiciones impuestas por el destierro, circunstancias todas que contribuyen a explicar la multiplicidad de esferas en que tales actividades se desplegaron así como los factores que posibilitaron que esos hombres adquirieran notoriedad pública y entablaran vínculos interpersonales.

Durante el destierro, varios intelectuales se dispusieron a dar continuidad y profundidad a aquella típicamente romántica *ojeada restrospectiva* e iniciaron las pesquisas tendientes a escrutar el pasado para encontrar en él los símbolos capaces de fundar el orden republicano y una nueva ciudadanía. Así lo hicieron Domingo F. Sarmiento y Vicente Fidel López en Chile, Bartolomé Mitre y Juan Bautista Alberdi desde el Uruguay; aunque notorios, estos desempeños no fueron por cierto los únicos, como puede inferirse a partir de la labor heurística de personalidades como Florencio Varela o Valentín Alsina y empresas como la Biblioteca de *El*

Comercio del Plata, fundada por el primero de ellos y continuada por el segundo; en esta colección —profusamente consultada por B. Mitre— fueron publicadas valiosas fuentes utilizadas luego por nuestros primeros historiadores, como la célebre *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*, de Félix de Azara, y la *Compilación de documentos relativos a sucesos del Río de la Plata desde 1806*, a cargo de V. Alsina y Vicente F. López.

Caseros reunió a los emigrados en su tierra natal aunque alineados en facciones enfrentadas; la revolución seguiría devorando a sus herederos y les impondría a algunos de ellos nuevos exilios derivados de los posicionamientos adoptados en medio de crecientes turbulencias políticas. Buena parte de esas tomas de posición se expusieron públicamente a través del recurso de la prensa periódica ampliamente conocido y transitado, sea en Montevideo, Santiago o Valparaíso. En tal sentido, resulta conocida la correlación que hacia mediados del siglo XIX ligaba la fuerte politización con la centralidad del fenómeno de la prensa periódica y la expansión del asociacionismo; de allí el afán de las diligencias políticas urbanas por captar y conquistar al público —potencial prosélito— en tanto necesaria instancia legitimadora. Esa incipiente esfera pública operó como un nexo entre la sociedad y el Estado; ámbito de sociabilidad, de publicidad de opiniones, de crítica, debate y juicios así como formador de reputaciones y lugar de acumulación de capital simbólico. Ese "temible poder del diarismo" al decir de Ernesto Quesada, explica que muchos hombres públicos estuviesen ligados a la propiedad y gestión de la empresa periodística, convirtiéndose en verdaderos "caudillos de la prensa", como denunciaba Alberdi en las *Cartas Quillotanas*.

La prensa periódica revistió una apreciable centralidad en la instrumentación de diseños político-culturales, dato ineludible para comprender parte de la dinámica historiográfica de la segunda mitad del siglo XIX ya que a través de ese soporte, las divergencias tomaron estado público asumiendo la forma característica de "debates" en los que no sólo se saldaban discrepancias puntuales sino que se cimentaban fama y prestigios. Publicistas, letrados, políticos, hombres públicos, frecuentemente incluyeron temáticas históricas en ese sector de la esfera pública en un contexto en el cual aquéllas no encontraban todavía un ámbito especializado de producción, tal como parecen indicar los fracasados intentos como el de Mitre en 1854 por establecer el Instituto Histórico y Geográfico del Río

de la Plata, que remedara al que Andrés Lamas fundara en Montevideo en 1843, inspirado a su vez en el establecido en Río de Janeiro (1838), o bien el dirigido por Pujol en Paraná (1860). Esta ausencia de instituciones especializadas fue atribuida tanto a la falta de apoyos estatales como de los consensos necesarios; en su lugar, la fruición coleccionista alimentaba el funcionamiento de redes privadas a través de las cuales circulaban y se acopiaban documentos, libros y catálogos, en un clima tertuliar que concentraba a miembros conspicuos de los círculos político-culturales.

La virtual ausencia de una disciplina histórica formalizada no invalidaba la necesidad de apelar a algunas de sus funciones, al menos la de proveer insumos para construir tradiciones y linajes que contribuyeran a legitimar a determinada facción en pugna o para fundar un relato capaz de fortalecer las virtudes cívicas. No se trataba por cierto de funciones excluyentes, como bien ejemplifica el caso de B. Mitre quien desde las páginas del diario *Los Debates* apelaba al pasado para inventar una genealogía que anudaba la tradición mayo de Mariano Moreno con el "partido de la libertad" que, a la sazón, él mismo lideraba; mientras, simultáneamente, en 1857, esculpía una biografía de Belgrano para ilustrar y promover entre los lectores las cualidades republicanas.

El proyecto de escribir la historia de hombres notables —"celebridades americanas"— había sido concebido hacia 1843 por Andrés Lamas y el mismo Mitre en el marco de las actividades desplegadas en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay recientemente fundado. Al último le cupo la tarea de biografiar a Artigas, tarea que completó —y no será la única vez— en 1846 con el ensayo *La montonera y la guerra regular*, aparecido en el periódico *La Nueva Era*; por su parte Lamas se debía encargar de la biografía de Belgrano, tarea que aparentemente no completó.

Casi una década después, en Chile, se publicaban los dos tomos de la *Galería Nacional ó colección de biografías y retratos de hombres célebres de Chile* (1854), escrita por los "principales literatos del país": Diego Barros Arana, Miguel Amunátegui, Joaquín Best Gana, Hemógenes de Irisarri, entre otros. Se trataba de una empresa que aspiraba a conocer y popularizar las vidas de hombres a quienes Chile debía la "república", la "independencia" y la "nacionalidad"; en ella, la biografía de San Martín diseñada por D. F. Sarmiento coexistía sin demasiados sobresaltos con la de José M. Carrera, Tomás Cochrane o Bernardo O'Higgins.

En 1857, Diego Barros Arana editaba el periódico chileno *El Museo*, donde publicó también una serie de biografías, al tiempo que daba a conocer su *Historia general de la independencia de Chile*.

Por entonces, en Buenos Aires, veía la luz una colección titulada *Galería de celebridades argentinas: biografías de los personajes más notables del Río de la Plata*, un panteón de personalidades civiles y militares, en la que Mitre publicaba su biografía de *Belgrano*, Juan María Gutiérrez la de *Rivadavia*, D. F. Sarmiento la de *San Martín*, Tomás Guido la del *Almirante Brown*, Manuel Rafael García la de su padre *Manuel José García*, Luis Domínguez la de *Florencio Varela* y Pedro Lacasa se ocupaba de la figura del *General Lavalle*, cuyas litografías estuvieron a cargo del prestigioso impresor francés Narciso Desmadryl, también litógrafo de la *Galería Nacional* chilena.

Los objetivos de la *Galería de celebridades argentinas* fueron enunciados elocuentemente por Juan M. Gutiérrez en su biografía de Rivadavia, personaje que fue precisamente repatriado en 1857. Decía Gutiérrez: "Los hombres notables de la revolución argentina... soportan bajo sus humildes sepulcros el doble peso de la losa y de la indiferencia... El viento de nuestras querellas ha llevado en pedazos a nuestros viejos próceres. Es preciso buscar la huella de sus pasos... Es necesario lavar de sobre ellos las manchas de lodo con que les salpicó el carro revolucionario... colocarles en dignos pedestales, a fin de que la juventud les venere..."; esa voluntad cívico-política, historiográfico-literaria, imponía a sus cultores la tarea de suturar monarquía con republicanismo, democracia con caudillismo, localismos con colectivos más amplios; generar un panteón moralizante que reposara sobre una adecuada base heurística acorde a los reclamos de una práctica que se conjugaba con aquellos otros demandados por la necesidad de consensos políticos.

B. Mitre contribuyó a tales fines con una biografía de Manuel Belgrano que abarcaba desde su nacimiento hasta 1812 y se cimentaba en una apreciable compulsa documental; complementando su intervención en la esfera pública, con la biografía de Belgrano no sólo se practicaba el uso público del pasado reciente sino que se incubaba el más exitoso "mito de los orígenes" de una nación que el mismo Mitre inventaría y presidiría.

Si la *Galería de Celebridades Argentinas* aspiraba a difundir la trayectoria de ciertos hombres públicos relacionados con la guerra independentista

como rezaba el prospecto de la Imprenta de Mayo, la colección dirigida por Alejandro Magariños Cervantes, la *Biblioteca Americana* que poco después comenzaba a editarse, ampliaba aquella iniciativa y acaso la complementaba.

Era el uruguayo Magariños una personalidad plenamente de época, cuyos intereses literarios se entrelazaban con los historiográficos y políticos como sus admirados románticos argentinos por quienes guardaba un gran respeto intelectual, particularmente dirigido hacia las figuras de E. Echeverría y V. Alsina.

Magariños se desempeñó como ministro, senador, diplomático, profesor y rector de la universidad oriental; desarrolló en España y luego en Francia una intensa experiencia intelectual canalizada hacia la producción literaria y la colaboración en periódicos y revistas; en París publicó *Estudios históricos políticos y sociales sobre el Río de la Plata* (1854) y fundó la *Revista española de ambos mundos* (1853).

La *Biblioteca Americana* —cuyo nombre evoca la publicación que Andrés Bello fundara en Londres (1823)— estaba destinada a estimular el progreso intelectual a través de la difusión de las obras de pensadores, poetas y prohombres notables. En carta de J. M. Gutiérrez a Magariños de octubre de 1858, el futuro rector de la Universidad de Buenos Aires saludaba la iniciativa "literaria" del uruguayo y recordaba con razón que Chile había invertido tiempo y dinero en "enriquecer sus colecciones de Historia patria y a rehabilitar los nombres memorables, sea cual haya sido la época o la bandera bajo que se ilustraron...", seguramente aludiendo a la *Galería Nacional*. Sostenía que en la República Argentina no sería escasa la cosecha y tras sugerir los nombres de "hombres notables... por el profundo conocimiento que tuvieron de las cosas patrias y por la grave moralidad del carácter", afirmaba: "...El señor don Bartolomé Mitre, en la elegante y erudita introducción a la *Galería de celebridades argentinas*, ha plantado seguros jalones para marcar el sendero que puede conducirnos al hallazgo de pingües joyas de Literatura patria". Instaba a "anudar" presente y pasado como condición del progreso y de la morigeración, particularmente "cuando alguna vez se troza por medio la cadena social" y sentenciaba "la Historia es en nuestros días la musa que consuela a los fuertes ingenios náufragos en las olas turbulentas de los negocios públicos, y la que disciplina a los soldados conscriptos para las batallas de la tribuna o

de la prensa". Finalmente deseaba que la iniciativa editorial contribuyera a inclinar a los jóvenes hacia las investigaciones históricas.

La *Biblioteca Americana* de Magariños no sólo aspiraba a recuperar la mejor tradición literaria y de las ideas; proyectó asimismo un *Boletín Bibliográfico* útil al público erudito y a los libreros y ofrecía a sus suscriptores libros y periódicos que circulaban por Buenos Aires, la Confederación, y Montevideo. En el apartado *Crónicas de la Biblioteca* se incorporaban comentarios, críticas, cartas y rectificaciones, como aquella que librara virulentamente contra su rival del *Museo Literario*, Carlos Paz. Estas características no serán infrecuentes en otros emprendimientos que tendrán lugar en los años subsiguientes; *La Biblioteca* groussaquiana será un ejemplo de ello.

Fue el mismo J. M. Gutiérrez uno de los colaboradores de la *Biblioteca* y quien tomara a su cargo la confección de los tomos VI (1859) —*Pensamientos, máximas y sentencias de escritores, oradores y hombres de Estado de la República Argentina*, y VII (1860) —*Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de Estado de la República Argentina*. Incluía allí de modo aparentemente ecléctico a personalidades tales como Tomás Manuel Anchorena, Julián Segundo Agüero, Carlos Alvear, Pedro José Agrelo, Patricio Basavilbaso, Manuel Belgrano, Florencio Balcarce y otros, retomando también a aquel Rivadavia que comenzara a biografiar en 1857 con motivo de la repatriación de sus restos.

Por su parte, el tomo VIII obedeció al diseño de Luis Domínguez —ex redactor del periódico *El Orden*—, quien se ocupó de los *Escritos políticos, económicos y literarios de D. Florencio Varela*, figura que ya había biografiado en la *Galería de Celebridades Argentinas*.

Bartolomé Mitre: de la biografía a la Historia

El accidentado proceso que culminaría en los campos de Cepeda demoraron la aparición de la *Historia de Belgrano* de B. Mitre hasta 1858/59. En medio de tal fervor evocativo hacia un pasado demasiado cercano en el que colocar los orígenes de tradiciones políticas, literarias, filosóficas, la modesta biografía incluida en la *Galería de Celebridades Argentinas* se había convertido en voluminoso libro y fundamentalmente en una historia.

En efecto, el desplazamiento conceptual que supone pasar de una "biografía" a una "historia" sugiere una mayor sensibilidad hacia las dimensiones diacrónicas y colectivas, aun cuando se reconozca en la *bios* un formidable hilo conductor. La fórmula —en la que resonaban ecos plutarquianos— fue expresada por Mitre en los siguientes términos: se trataba de dar cuenta de "la vida de un hombre y de la historia de una época", trazada ahora hasta 1816 gracias a la ampliación de la base documental, ese arbotante en que se apoyaba buena parte de la construcción.

En tanto biografía, el texto aspiraba a representar, a través de Belgrano, "un tipo de virtud republicana" con aciertos y errores, debilidades y grandezas; he allí la "idea moral del libro", capaz de "servir de ejemplo y lección". La historia de vida no sólo operó como ejemplo ético sino como guía para la investigación: "la antorcha de la biografía ilumina el libro de historia a la vez que el camino del historiador"; el género fue practicado por Mitre desde su experiencia exilar durante la cual indagó sobre las trayectorias de José G. Artigas, Manuel Dorrego, José Rivera Indarte y Mariano Moreno; en su *Diario de juventud*, consignaba el impacto que la lectura de la *Biografía Universal* ejerció en su formación intelectual, así como la de Thiers, pero fundamentalmente la *Historia de Cromwell* de Villamain, "dejando hablar siempre a los documentos..." Si Plutarco le aportó las potencialidades pedagógicas de la *bios*: "...nadie es capaz de imaginar todo lo que puede formularse en la narración de la vida... ninguna relación presenta más lecciones para los hombres ni contribuye más a la educación moral de un pueblo...", a través de Víctor Cousin descubrió —como otros románticos— el concepto de "hombre representativo". En su *Historia de Belgrano*, Mitre aplicaba aquellas nociones para ilustrar los distintos aspectos de la Revolución al concebir a Mariano Moreno como su fugaz *espíritu*; a San Martín, *su dimensión americana y guerrera*; Rivadavia encarnaba *el sistema representativo*, en tanto que Artigas era pintado como el *Atila sobre el que giró la revolución interna, el movimiento semibárbaro de masas emancipadas*. El conjunto de las cuatro biografías, de las "cuatro celebridades de distinto género", podía ofrecer parcialmente "el cuadro de nuestra revolución", pero la figura de Belgrano las suturaba y conectaba operando como "eslabón de la cadena que une las tradiciones coloniales a los principios revolucionarios".

En cuanto historia, Mitre apelaba a la "cronología, el movimiento, los sucesos, los hombres, las ideas, las tendencias; en una palabra, la fisonomía

de una época en que vivió el personaje cuya figura ocupa el primer término", concepto bastante afinado con el que iniciaba el tránsito de la biografía a la historia, tránsito que se consumaría con una anunciada *Historia de la revolución argentina*.

¿Qué significaba operativamente escribir la historia de una revolución que estaba por cumplir su medio siglo sin contar aún con ninguna otra —"vacío criminal que pone en evidencia nuestra incuria y nuestro atraso en materia de estudios históricos"—, como consignara Mitre?

La respuesta se halla en el Prefacio, lugar donde se despliega la "larga enumeración de los documentos en que se basa la verdad histórica de nuestro trabajo y la exactitud de nuestros juicios"; rara pieza en el contexto de la historiografía mitrista, a partir de aquí bastante reticente a consignar con precisión sus fuentes documentales y bibliográficas como no sea en el marco del debate, acaso porque como afirmara, las citas "poco importan a la generalidad de los lectores y los verdaderos eruditos no necesitan de ellas...", acaso porque el prestigio que adquiriera desde entonces tornaba innecesaria tal exhibición.

A pesar de "el saqueo que se ha hecho de nuestros archivos públicos", Mitre pudo conformar un nutrido *corpus* que abarcaba entre otros, desde documentos proporcionados por el sobrino del biografiado, a una poderosísima tradición oral transmitida por los contemporáneos de los sucesos que se narraban —señaladamente la versión de su suegro Nicolás de Vedia—, pasando por memorias, bandos, partes, etc., que integran un apéndice documental, a la usanza de los historiadores alemanes y que a partir de entonces se generalizará en la historiografía rioplantense.

Probablemente uno de los méritos de la *Historia de Belgrano* radique en el esfuerzo de su autor por convertir el pasado reciente en historia, en diferenciar la historia vivida de la percepción histórica de lo vivido, en domesticar la memoria espontánea sustituyéndola por otra voluntaria y deliberada.

La necesidad de escribir una historia en los términos antes enunciados precedía para el autor a su tratamiento "filosófico" entendido básicamente como una lección ética; ella debía resultar del estudio de los hechos "subordinados a un principio": la "idea de independencia, argumento principal del texto". No se trataba de un punto menor, particularmente si se atiende a la preocupación con que Mitre recordaba el pasaje de L. Do-

mínguez en su biografía de FVarela en el que afirmaba que éste murió sin conocer las verdaderas intenciones de la junta revolucionaria

Además de las propiedades moralizantes, literarias y eruditas, o precisamente por ellas, con la *Historia de Belgrano*, Mitre declaraba su aspiración a escribir un "libro popular" que circulara por las "escuelas y en el conjunto social", en efecto y como sostuviera Gutiérrez, "la Historia es la gran aplicación de todos los talentos" y en tal sentido, la obra no estaba exenta de una visible dimensión política consignada por Domingo F Sarmiento en el *Corolario* que hizo al primer volumen fechado en julio de 1858 Afirmaba allí que "un libro es casi siempre hijo de la sociedad en donde nace" e insistía en la relación entre biografía e historia y su importancia en la tarea de resaltar virtudes para reforzar la conciencia pública

El mismo *Corolario* constituía un discurso político que parangonaba a Belgrano con Mitre al sostener que ambos "fueron publicistas cuando la patria y la libertad requirieron el contingente de sus luces, y ambos abandonaron la pluma para ceñir la espada cuando la invasión vino a llamar a las puertas de Buenos Aires " El espejo —que desnudaba la finalidad extrahistoriográfica de la obra— no se privaba de destacar la base documental empleada por el autor, "por lo que es fácil corregir los errores de los mismos actores y testigos de los sucesos y desvanecer los que venían acreditados por una corriente y aceptada tradición"

El *Corolario* constituye entonces un ejemplo de legitimación convergente que convalidaba obra historiográfica y obra política, ambas fueron, sin embargo, objeto de críticas

Algunas recepciones de la Historia de Belgrano *y algunas aperturas historiográficas*

Las críticas a la *Historia de Belgrano* fueron iniciadas por un cordobés, Dalmacio Vélez Sársfield, y por un tucumano, J B Alberdi, en ambos casos se practicaban operaciones no sólo intelectuales sino abiertamente políticas que, bajo la forma de críticas historiográficas, permitían manifestar sus divergencias en el presente valiéndose del pasado

El intercambio entre Mitre, por entonces presidente de la Nación, y D Vélez Sársfield, tuvo lugar en 1864 y pudo ser seguido por los lectores del

diario *El Nacional* donde el último publicó *Rectificaciones históricas General Belgrano, General Guemes* Los artículos fueron respondidos por Mitre en *La Nación Argentina* bajo el título *Estudios históricos sobre la Revolución de Mayo Belgrano y Guemes* Finalmente Vélez contestó los argumentos mitristas en otras dos piezas *Contestación a los artículos publicados por el autor de la Historia de Belgrano,* refutados a su vez en *Ilustraciones complementarias* de B Mitre

De su soporte periodístico —*El Nacional* había sido fundado por Vélez Sársfield y Mitre adquiriría tiempo después *La Nación Argentina,* rebautizándola como *La Nación*—, la polémica pasó casi inmediatamente a sendos libros *Rectificaciones históricas General Belgrano, General Guemes,* de D Vélez Sársfield, y *Estudios históricos sobre la Revolución de Mayo Belgrano y Guemes* de B Mitre, ambos de 1864

El punto de partida del cordobés fue cuestionar la imagen de Belgrano construida por Mitre, empeñado en contradecir aquello que entendía una sobreestimación de la figura de Belgrano por sobre la de los pueblos de las provincias Una segunda discrepancia era la que se organizaba en torno de la figura de Guemes cuya estatura heroica era para Vélez homologable a las de San Martín y Bolívar, en tanto que para Mitre no pasaba de ser un mero caudillo local Las *Rectificaciones* expresaban fundamentalmente las tensiones que el presente proyectaba hacia el pasado, ello, en el contexto de las resistencias provinciales post-Pavón y de los prolegómenos de la Guerra contra Paraguay, no dejaba de asumir fuertes connotaciones políticas

Por su parte, Mitre se autoconsideraba en una posición equidistante entre el protagonismo de los héroes y el que le correspondía a las fuerzas sociales colectivas, mientras colocaba el texto de Vélez en una de las líneas interpretativas sobre la Revolución de Mayo aquella que ponderaba la acción de los pueblos por sobre la de las minorías —revelando indirectamente la existencia de interpretaciones discordantes—, y acusaba a su contradictor de no apoyar sus discrepancias con pruebas que autorizaran tal refutación

" para crear héroes con atributos que nunca tuvieron, es preciso infamar a los pueblos ", decía Vélez Sarsfield, a lo que Mitre contestaba "ese libro, al cual parece reprochársele, sacrificar la influencia eficaz de los pueblos a la acción aislada de las individualidades históricas, fue precisamente escrito para despertar el sentimiento de la nacionalidad argentina, amortiguado entonces (1858) por la división de los pueblos"

Poco tiempo después, en el marco de otro debate muy célebre a propósito de la Guerra de la Triple Alianza, Juan Carlos Gómez le contestaba a Mitre "los hechos se someten flexibles a su pluma de historiador "

Estos motivos reaparecerán ciertamente exacerbados, en la querella que Alberdi entabló al libro de Mitre, bajo el título *Belgrano y sus historiadores*, incluido en sus *Escritos Póstumos* (1897) —aunque concebido hacia 1865— y reeditado luego bajo otra denominación (*Grandes y pequeños hombres del Plata*)

Buena parte de la argumentación alberdiana podría sintetizarse en uno de sus conceptos llamados a tener insuitadas apropiaciones "La falsa historia es origen de la falsa política", con esta afirmación revelaba el carácter que atribuía al texto de Mitre y el de su propia intervención, pero también instalaba una estrecha relación entre pasado y presente, de modo que la crítica historiográfica fue un vehículo utilizado por Alberdi para enjuiciar implacablemente a su adversario, como lo hizo también contra Sarmiento a través de *Facundo y su biógrafo*

Alberdi identificaba a Mitre con las perspectivas e intereses de las minorías ilustradas porteñas, históricamente llamadas a sojuzgar al interior como sucedió en 1810 con Moreno y en 1865 con el mismo Mitre, este "colonaje porteño" —la intervencion de los ejércitos en situaciones provinciales— le permitía denunciar las ambiciones portuarias y sus efectos desmembradores

La resistencia a tal avance fue y seguía estando para el tucumano, a cargo de los caudillos —de Artigas a Peñaloza—, verdaderas encarnaciones de la "soberanía del pueblo" en los que Mitre representaba incorrectamente la democracia semibárbara y el espíritu localista, acaso sin querer advertir, según su crítico, que este último no era otro que el de Buenos Aires, verdadero despotismo de la "democracia inteligente" Lúcidamente el crítico preguntará cómo suprimir a los caudillos sin suprimir la democracia ya que "ésa es la cuestión del gobierno en América", con ello, el núcleo de la intervención alberdiana se situaba en la cuestión política referida a la gobernabilidad y la naturaleza del gobierno, la gran línea de continuidad entre pasado y presente

Partiendo del carácter "atlántico" de la revolución independentista, Alberdi se colocaba en abierta contradiccion con Mitre, quien insistió en el origen americano del ciclo revolucionario iniciado en 1776, tal carác-

ter explica para el tucumano su generalización como fenómeno desde Buenos Aires hasta México, restándole de ese modo la especificidad rioplatense que Mitre le había conferido Pero si la revolución fue obra de Europa —y una de las fases de su devenir—, la grandeza del futuro americano también será producto de la civilización europea Alberdi se declaraba consciente que éste, su modo de explicar la revolución independentista americana, no halagaba la vanidad de los pueblos, particularmente a "los hombres de Buenos Aires y sus ideas", con la adjudicación de la independencia "a la espada de los soldados americanos, la independencia que es obra de la acción civilizada de la Europa, se hace un ídolo de la gloria militar, que es la plaga de nuestras repúblicas"

Para el autor de *Las Bases*, la verdadera obra revolucionaria debió consistir en el establecimiento de un gobierno libre, firme, estable y nacional, el tucumano constataba que ese tipo de gobierno nunca fue posible, ni en 1810 ni en los 55 años subsiguientes, de lo que se infiere el carácter "hipotético" de la historia de Mitre, una "leyenda documentada, la fábula revestida de certificados una revolución de independencia contra la autoridad de los documentos una historia para halagar la vanidad del país 5 000 documentos para apoyar 5 000 exageraciones e hipérboles mentirosas, con que hace de un hombre serio, bravo, digno de respeto, un figurón extraño y sin fisonomía " El único mérito que Alberdi reconocía a la *Historia de Belgrano* consistía en el aporte documental ofrecido que permitía a cada quien sacar sus conclusiones con prescindencia de la interpretación que brindaba, fue precisamente esta cualidad la que le confirió

Las virtudes republicanas que aquel relato erudito aspiraba a estimular en el colectivo social eran también difundidas desde otras textualidades y soportes como las evocaciones literarias y la pedagogía de las estatuas

El primer caso se ejemplifica en algunas obras de Juana Manuela Gorriti editadas por Casavalle en 1865 bajo dirección de Vicente Quesada, o bien aquella novela de Gutiérrez, *El Capitán de Patricios* (1864), el segundo puede ilustrarse a través de la iniciativa que tuvo lugar en Buenos Aires en 1863, a fin de dar un pedestal a la figura de San Martín cuando simultáneamente se erigía otra en Santiago de Chile

La ductilidad literaria de Gutiérrez se manifestó también entonces

13 de 236

—como otrora hiciese con motivo de la repatriación de los restos de Rivadavia en 1857—, a través del diseño de su *Bosquejo Biográfico del General D. José de San Martín* acompañado por textos pertenecientes a Florencio Varela, Félix Frías, Vicente López, Esteban De Luca, Cayetano Rodríguez, entre otros. Las consideraciones de Gutiérrez serían reeditadas por Casavalle en 1868 con el agregado de "Un breve paralelo entre San Martín y Bolívar" que el autor del *Bosquejo Biográfico* había dado a conocer en el *Conco del Domingo*.

Los tintes elogiosos con que Gutiérrez pintaba a San Martín, ligando su "vida pública a los grandes acontecimientos de la Independencia, y con la historia moderna de casi todo el continente Americano", contrastaban con los juicios que sobre la misma personalidad vertiera Alberdi en el ya referido alegato antimitrista. Expresaba allí cierto imaginario más o menos difundido que consideraba a San Martín como *un raro general argentino*, convertido en tal por "una logia influyente... no es genio sino entre mediocres"; un general que empezó por defender a los *españoles* y acabó por defender a los *chilenos y peruanos*; peleador cosmopolita cuyo plan condujo a la pérdida de cuatro provincias, San Martín "no inició la revolución y tampoco le tocó acabarla", "castigó a patriotas como los Carreras" y, obstinado con cruzar los Andes —episodio que no constituye "hazaña y ni siquiera era una idea propia"—, no reparó en que los portugueses saqueaban las Misiones donde había nacido.

Memorias en pugna que ni diez mil documentos lograrían compatibilizar acabadamente.

Estas diversas modulaciones en las que se expresaba el mito de los orígenes, su legado y las figuras con ellos asociadas, era sólo una de las direcciones en que se expresaba la actividad historiográfica.

Una incipiente historiografía católica encontró en la producción de José M. Estrada uno de sus principales exponentes; en 1861 este autor publicaba *La génesis de nuestra raza* y un año después, *El catolicismo y la democracia*. En el último texto mencionado se declaraba "católico y republicano", como Zuviría y Frías, a quienes refería elogiosamente. Colocándose en la perspectiva de Lamennais, antagonizó con el intelectual chileno Francisco Bilbao y su *La América en peligro*, obra en la que su autor argumentaba sobre la tensión que encontraba entre las formas democráticas y la estructura religiosa; frente a ese juicio crítico, Estrada no dudó

en sostener que "el catolicismo es el germen de la libertad". El cruce inició una zaga de conferencias y publicaciones en las que el catolicismo militante será la nota central; se abría paso una concepción del pasado que sin renunciar a su tronco liberal, lo conjugaba con la tradición católica en un contexto marcado por el avance de sectores laicos y secularizantes. Ese fervor alimentó también el dictado de conferencias públicas, comenzando por aquel *Bosquejo histórico de la civilización política en las provincias Unidas del Río de la Plata* (1866).

El ámbito educativo fue uno de los terrenos en los que se dirimió esta tensión; así las "Lecciones sobre historia de la República Argentina" (1868) de Estrada publicadas por la *Revista Argentina* que él mismo creó y dirigió, coexistían con versiones seculares como la ofrecida por Juana Manso en su *Compendio de historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, desde su descubrimiento hasta la declaración de su independencia el 9 de julio de 1816* (1862) cuyas reediciones ampliadas constituyeron un clásico de la manualística escolar.

Catolicismo militante y secularismo se encontraban asimismo representados en los funcionarios que formaban parte de la burocracia estatal del área educativa; en 1869 Estrada fue designado director general de Escuelas mientras Gutiérrez se desempeñaba como rector de la Universidad de Buenos Aires y presidía la comisión que debía redactar el proyecto de un plan de instrucción general y universitaria. En ese marco remitió a Nicolás Avellaneda —ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires— el manuscrito que llevaba por título *Origen y desarrollo de la Enseñanza Pública Superior en Buenos Aires. Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires. Desde la época de la extinción de la Compañía de Jesús en el año 1767 hasta poco después de fundada la Universidad en 1821* (1868).

El texto indagaba los antecedentes de la educación superior en Buenos Aires desde los tiempos coloniales hasta mediados del siglo XIX y no se privaba de incluir los consabidos *Estudios Biográficos* sobre intelectuales destacados en distintas áreas, sean ellas científicas o humanísticas; en tal sentido, la obra constituye una lograda indagación sobre el mundo de las ideas y su relación con el desarrollo sociopolítico argentino.

Vicente Fidel López compartió como muchos de sus contemporáneos —jóvenes románticos— las vicisitudes del destierro, particularmente el clima político intelectual de la república portaliana, tal como se detalla en el capítulo anterior. A diferencia de algunos de aquellos jóvenes, pertenecía no sólo a una "dinastía intelectual" sino que a través de su padre, Vicente López y Planes, estuvo en contacto desde su infancia con personalidades que integraron parte de la dirigencia postrevolucionaria, tal como lo reconoce en su *Autobiografía* publicada por Paul Groussac en *La Biblioteca* (1896). Estas circunstancias han sido presentadas a modo de *habitus* que permite comprender algunas de las perspectivas contenidas en su vasta y diversa producción; ella tuvo lugar en variados contextos y obedeció a distintas motivaciones surgidas a lo largo de un agitado medio siglo entre las que no se hallan ausentes las surgidas de su prolongada condición exiliar.

Si las Jornadas de Junio significaron para Mitre una carrera política ascendente, ellas implicaron para López un nuevo destierro; cuando se reinstaló definitivamente en Buenos Aires ocupó diversos cargos políticos: convencional constituyente y senador provincial, diputado nacional, ministro y aunque fuera propuesto como candidato presidencial, no alcanzó la centralidad de algunos de sus contemporáneos.

También como ellos, la impronta romántica lo llevó a incursionar en la novela histórica —*El Capitán Vargas* (1846-1850), *La novia del hereje* (1854), *El último de los Pizarro* (1856)—, género que no abandonó aun cuando el clima cultural que las informaba había variado ostensiblemente; como ejemplifica *La loca de la Guardia* (1896). En su archivo personal es posible verificar algunos trazos de una ficción que nunca escribió sobre Santiago de Liniers; la idea había sido esbozada en 1854 en carta a Navarro Viola, que precede a la edición de *La novia del hereje*, en la cual López enunciaba su intención de trabajar sobre *El Conde de Buenos Aires* como curiosamente hiciera su futuro crítico, Paul Groussac, cuarenta y tres años más tarde.

El desembarco de López en la indagación sistemática sobre el pasado local fue ciertamente más tardío que en el caso de Mitre y, más allá de ciertas prefiguraciones, debería situarse en los tempranos setenta; historia

carente de linealidades, tampoco de inconsistencias y yerros; desde sus célebres "retratos" —frescos literarios en los que se localiza buena parte de su celebridad— hasta aquellos otros en los que pintaba con destreza el concierto internacional en la coyuntura prerrevolucionaria.

Vicente F. López fue un activo colaborador de la *Revista de Buenos Aires*, fundada por Vicente Quesada y Miguel Navarro Viola; sus artículos estaban particularmente centrados en aspectos históricos, etnológicos y filológicos del antiguo Perú: la búsqueda romántica de los orígenes.

En la *Revista del Río de la Plata* —que codirigía con J. M. Gutiérrez y A. Lamas— publicó en varias entregas entre 1872 y 1877 una primera visión orgánica sobre el pasado nacional: *Año XX. Cuadro general y sintético de la revolución*; esos textos produjeron comentarios críticos contenidos en una misiva de Mitre a su colega Barros Arana, conocida como *Carta sobre la literatura americana* (1875), correspondencia que el chileno tuvo el "desatino" de publicar y en la que anticipaba un conjunto de juicios que actualizaría en ocasión del debate que un lustro más tarde los habría de enfrentar. En efecto, en tono descalificante Mitre aconsejaba tomar con cautela la producción de Vicente Fidel, a quien acusaba de liviandad por ajustarse a "ideas preconcebidas, teorías, hipótesis más que a un sistema metódico de comprobación".

Por entonces el "historiador filosofante" ejercía el rectorado de la Universidad de Buenos Aires (1873-1876), institución que lo revistó como profesor de Derecho Romano y de Economía Política; de su desempeño emanaron textos como *Curso de Derecho Romano bajo un nuevo plan* o bien aquellos referidos a la historia financiera —particularmente al crédito público—, temática que revisitó en calidad de ministro de Hacienda de Pellegrini a través de su obra *El Banco: sus complicaciones con la política de 1826 y sus transformaciones históricas* (1891). José C. Chiaramonte ha reconstruido esta faceta poco conocida de López: la de su pensamiento económico, atribuyendo a la *filosofía ecléctica* la defensa que éste hizo de las políticas proteccionistas —tanto en su cátedra como en los debates parlamentarios de 1876—, sin abandonar completamente sus convicciones liberales.

Hombre versátil, en 1878 prologó la primera parte de *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina: Rosas y su época*, de José María Ramos Mejía; seguramente ajeno al clima desde el que Ramos concibió

su texto, López lo presentaba como un *ensayo* que *aspiraba* a colocar los *estudios sociales* en la senda *científica* y lo encuadraba en el género de indagación *médica social*; si bien declaraba su *incompetencia en la materia* —muy notoria a juzgar por el contenido del prólogo—, y aun su escasa solidaridad con ella, admiraba los talentos de su joven autor, el cual será abordado en el próximo capítulo.

Otros fenómenos vinculados a la erudición: libreros, librerías, revistas y repositorios

Entre la segunda y la tercera edición de la *Historia de Belgrano*, las recuperaciones, refutaciones y aperturas historiográficas tenían lugar en el marco de una apreciable expansión de las librerías e imprentas, fenómeno que ejerció sus efectos en la dinámica intelectual, en la cultura escrita, y —en lo que aquí interesa— favoreció la circulación de textos y documentos.

Efectivamente durante la década del sesenta se verifica el incremento de la actividad gráfica; por ese entonces se establecieron en Buenos Aires las imprentas de *Coni*, *Kraft* y *Estrada* y las *Librerías de Mayo*, perteneciente a Carlos Casavalle, la *Librería del Colegio* de los hermanos Igón, *Librería Nueva* de Peuser, *La Librería Europea* de Jacobsen, además de la *Librería Española* de Federico y Teodomiro Real y Prado.

Algunos de esos establecimientos constituyeron verdaderos espacios de sociabilidad, cuyas trastiendas —particularmente las Librerías del Colegio y la de Mayo— albergaban a personalidades del mundo político intelectual relacionadas con el estudio sobre el pasado: Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Mariano Pelliza, Andrés Lamas, Antonio Zinny; Manuel Ricardo Trelles, Ángel Justiniano Carranza, Dalmacio Vélez Sársfield, Rafael Obligado y Olegario V. Andrade y Germán Burmeister.

En ese medio, Carlos Casavalle constituía la consulta obligada de estos escritores, quienes solicitaban sus libros, documentos, láminas y periódicos, le acercaban proyectos o le ofrecían sus autógrafos para la edición, opción ciertamente bien fundada a juzgar por la gran disponibilidad de obras con que contaba la librería, al punto que en 1887 alcanzaba a reunir mil ocho-

cientos títulos diferentes de autores americanos y europeos. También fue de consulta obligada la persona de Andrés Lamas, dedicado constantemente a ampliar sus colecciones de papeles históricos; su casa de la calle Piedad fue sede de importantes tertulias literarias protagonizadas por coleccionistas y protohistoriadores del siglo XIX.

Así, en las librerías, se desarrollaba un conjunto de actividades muy vinculadas con la gestión historiográfica como la edición y venta de libros, la distribución de periódicos locales y extranjeros, la difusión de catálogos y el acopio y circulación de documentos y aun la divulgación de boletines bibliográficos como el *Boletín Bibliográfico Sudamericano* redactado por Gutiérrez y editado por Casavalle; este tipo de insumos permitieron a los estudiosos tomar conocimiento de obras prestigiosas del mundo intelectual americano y europeo, constituyéndose de tal modo en un auxiliar de la indagación.

En similar sentido, merece destacarse la obra de Alberto Navarro Viola quien entre 1879 y 1887 editó nueve tomos del *Anuario Bibliográfico de la República Argentina*, en el que cada obra se clasificaba genéricamente y, en ocasiones, era objeto de una reseña crítica. En la sección *Historia y Biografía* aparecieron jugosas recensiones de libros de reciente publicación que permiten percibir ciertos cánones historiográficos por entonces vigentes no exentos de notas políticas. Vaya como ejemplo el comentario sobre sendos libros referidos a Bernardo de Monteagudo aparecidos en 1880: "...propiamente, Fregeiro ha hecho un libro erudito. No hay página sin notas. Cada línea lleva su comprobante al pie, su certificado de veracidad, que nadie se preocupará de compulsar, pero que debe producir efecto decisivo en el ánimo de los lectores mal prevenidos o desprevenidos del todo. Pelliza ha compulsado documentos, tanto o más que Fregeiro, ha consultado fuentes semejantes hasta agotar los materiales disponibles para una obra de este género; y, más avezado a tales estudios, con criterio más hecho, no se ha dejado nunca llevar con ligereza por la letra de una nota o de una carta que puede no ser en manera alguna apócrifa, y estar, sin embargo, contradicha por otras circunstancias mejor probadas, desmentida por otros detalles más dignos de fe".

La difusión de libros y documentos fue una importante estación en el proceso de erudición al igual que las publicaciones periódicas entre las cuales las *revistas* merecen una particular referencia. Los directores de estas

empresas formaban parte de esa *elite* político-intelectual que se expresaba en múltiples direcciones temáticas entre las cuales la histórica no se hallaba ausente, aunque sin reclamar primacía alguna.

La extensa serie se remonta a *El Plata científico y literario* (1854) dirigida por Miguel Navarro Viola y editada por Casavalle, y a la notable y efímera *Revista del Paraná* (1861) de Vicente G. Quesada que podría considerarse como el órgano no oficial del malogrado Instituto Histórico y Geográfico de la Confederación. Esta publicación hallaría su continuidad en la *Revista de Buenos Aires* (1863-1871) y en la *Revista del Río de la Plata* (1871-1877); la primera de ellas editada por la Imprenta de Mayo, estuvo dirigida por Miguel Navarro Viola y Vicente Quesada y contó entre sus colaboradores a Juan María Gutiérrez, Antonio Zinny, Manuel Ricardo Trelles y Ánjel Justiniano Carranza. Una particularidad de la publicación es la considerable cantidad de artículos sobre historia americana entre cuyos autores se destacan los chilenos B. Vicuña Mackenna, D. Barros Arana y M. Amunátegui, el uruguayo A. Magariños y contribuciones de procedencia francesa y estadounidense. Una somera lectura de la nómina de sus suscriptores permite reconocer quiénes eran sus lectores —o al menos sustentaron económicamente el emprendimiento—: A. Lamas, B. Mitre, A. Carranza, C. Guido Spano, Damián Hudson, J. M. Gutiérrez, J. M. Estrada, Lucio V. Mansilla, M. Trelles, Nicolás Avellaneda, Carlos Pellegrini, entre otros.

Por su parte, la *Revista del Río de la Plata*, creada por Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López y Andrés Lamas, también se dedicaba a temas de historia y literatura americanas, prolongando la experiencia de las publicaciones anteriores, continuidad verificable además en el elenco de colaboradores.

En la mayor parte de esas publicaciones periódicas, se trascribían documentos inéditos, contribuyendo con ello a su difusión y empleo por parte de quienes miraban hacia el pasado por curiosidad intelectual, voluntad política o como mera remezón del formato que guardaban las publicaciones transoceánicas.

Existían asimismo publicaciones emanadas de distintas instituciones oficiales de carácter municipal entre las que se destacan la *Revista del Archivo General de Buenos Aires* —creada por Manuel Ricardo Trelles en su condición de director del repositorio—, que llegó a publicar 4 tomos (1869-

1872). A este infatigable estudioso se debe asimismo la *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, institución que también presidió entre 1879-1884 en una gestión que aspiró a continuar el impulso que le imprimiera su antecesor, Vicente Quesada. Este último en su condición de director de la Biblioteca desde 1871, estimuló su reorganización indagando modelos europeos, experiencia que maximizó emprendiendo búsquedas documentales en archivos extranjeros particularmente sobre el período colonial; de ello dio cuenta en su obra *Las bibliotecas europeas y algunas de la América latina* con un *Apéndice sobre el Archivo de Indias* (1877). Gracias a estos aportes, amplió y modernizó las salas de lectura, relacionó a la Biblioteca con sus similares de Europa y obtuvo del extranjero significativas remesas de material bibliográfico.

Trelles intentó reorganizar el Museo Público de Buenos Aires, dirigió el Departamento de Estadística y publicó el *Registro Estadístico de Buenos Aires* que hacia 1875 contaba de 12 volúmenes que contenían información sobre la historia de las antiguas regiones del Virreinato. Por su parte Andrés Lamas contribuyó decididamente al campo de la archivística; sus *Instrucciones para la adquisición de archivos europeos que puedan ilustrar la historia del Río de la Plata*, constituyen según Rómulo Carbia "la primera tentativa orgánica de revisión e integración con datos fehacientes de nuestra historiografía del período hispánico". En 1874, junto a Manuel Trelles y Juan María Gutiérrez, participó en la elaboración de un proyecto de ley orgánica para el Archivo General de la Provincia de Buenos Aires, y en 1884 actuó en la comisión que implementó su nacionalización, dando origen a nuestro actual Archivo General de la Nación.

Resulta finalmente necesario referir el desarrollo de la tarea escasamente conocida y valorada desarrollada por bibliógrafos como Antonio Zinny, a quien Torre Revello consideraba un "maestro de la bibliografía argentina". En 1866 comenzó a publicar, en la *Revista de Buenos Aires*, su primer trabajo bibliográfico, "Efemeridografía argiro metropolitana hasta la caída del gobierno de Rosas" —curiosa denominación que Andrés Lamas, rebautizó como "Bibliografía periodística de Buenos Aires" en el que se presentaba cada periódico, su título, fecha de su aparición y cesación, formato, imprenta, número de que se compone cada colección, nombre de los directores o fundadores, colaboradores y redactores, observaciones y noticias biográficas sobre cada uno de éstos y la biblioteca pública

o particular donde se encontraba el periódico; tres años más tarde adoptó formato de libro que superaba las 600 páginas. Un año antes había aparecido su *Efemeridografía argirepanquiótica* —de las provincias argentinas—, publicado asimismo como tirada aparte de la *Revista de Buenos Aires* en sus tomos XVI a XXIV.

Estas obras se convirtieron en valiosos auxiliares en la investigación, como lo fue —y es— la indización de *La Gaceta de Buenos Aires* desde 1810 a 1812 y *La Gaceta Mercantil* desde 1823 a 1852, que contienen la sistematización de *bandos, proclamas, manifestaciones, partes, órdenes, decretos, circulares, observaciones, declaraciones, tratados, oficios, noticias, resoluciones, actas, reflexiones, promociones, donativos, renuncias, remociones, etc.* (1875). También de 1875 se editaba la *Bibliografía histórica de las Provincias Unidas del Río de la Plata, desde el año 1780 hasta el de 1821*, fuente escasamente explorada.

Finalmente, es insoslayable la referencia a la obra de Antonio Zinny, *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas desde 1810 hasta la fecha*, en tres volúmenes aparecidos entre 1879 y 1882, precedida por una cronología de los adelantados, gobernadores y virreyes del Río de la Plata desde 1535.

Por cierto, los trabajos contenidos en estas revistas —en el caso de Trelles centrados en problemas limítrofes, temas de numismática y paleografía— no constituían "historias-relatos", y las instituciones que patrocinaron esas publicaciones estaban lejos de funcionar como la *École des Chartes* lo hacía en Francia desde hacía más de medio siglo; sin embargo y aunque su aporte fuese modesto, resultará gradualmente verificable en las producciones historiográficas posteriores.

Historicidad y nacionalidad. Mitos fundantes y colectividades imaginadas

Cuando entre 1876/77 apareció la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* de B. Mitre, el conjunto de fenómenos que contribuyeron a la conformación de una historiografía erudita, se encontraba en expansión, pero las turbulencias políticas no decrecían como palmariamente lo demostraba el mismo Mitre, encabezando la revolución de 1874. Pasado y futuro se resistían a serlo acaso porque para ello era preciso construir

consensos entre las elites políticas que posibilitaran alinear presente, pasado y porvenir, tal como pudieron hacerlo experiencias políticas más estables que posibilitaron la aparición de sólidas construcciones historiográficas como había sucedido en Chile y Brasil. Esta nueva versión de la *Historia de Belgrano* proporcionada por Mitre fue probablemente un intento por alcanzar esas metas.

Varios fueron los cambios operados en aquella inicial biografía, comenzando por su título, que ahora vinculaba la historia del creador de la bandera con el proceso de la independencia argentina; la edición contenía además algunos agregados originados en la polémica con Vélez y extendía su arco temporal y su correlativa masa heurística. Pero fue la incorporación del capítulo introductorio —*La sociabilidad argentina: 1770-1794*— la innovación historiográficamente más notable contenida en la edición, cuya adquirida celebridad contrasta con la parquedad referencial explícita de un diseño llamado a fundar la preexistencia de la nación y su tradición igualitaria y republicana.

N. Botana demostró hasta qué punto el capítulo resulta tributario de las ideas de Tocqueville y Mignet; el primero habría aportado la reflexión sobre "el punto de partida" en tanto factor explicativo de desarrollos ulteriores; por su parte la *Historia de la Revolución Francesa* de Mignet inspiró un cierto "determinismo" prefigurador del porvenir y capaz de sortear reveses y dificultades. Ese "punto de partida" o "determinación" de origen podía hallarse para Mitre en la *sociabilidad* desplegada en el pasado colonial local, definida a partir de un medio natural, un estilo particular de colonización, un modo de relaciones sociales y un conjunto de rasgos culturales y económicos que dieron por resultante el suelo igualitario en el que podrá germinar la libertad política conquistada en 1810.

Con ello, el autor fijaba posición sobre un tema que varios intelectuales hispanoamericanos habían abordado en una etapa temprana de sus reflexiones: la evaluación del pasado colonial y su legado en tanto clave para comprender su presente y modelar el porvenir. Ciertamente, el punto fue objeto de discrepancias y polémicas que en los años '40 se desarrollaron desde México hasta Chile, alimentadas por las personalidades de Lucas Alamán, Lastarria, Bello, Sarmiento y Bilbao. Precisamente este último publicaba en 1844 su *Sociabilidad Chilena*, obra en la que asociaba el régimen colonial con el complejo autoritarismo-feudalismo-cato-

licismo e inculpaba a la revolución —y al orden postrevolucionario— de incapacidad para abolir los privilegios que intentó socavar; ello dio por resultante un régimen liberal pero no igualitario encarnado en la república de Portales; tal "determinación de origen" sólo podía ser corregida a través de una propuesta cuyo radicalismo escandalizó al espectro político chileno.

¿Es posible relacionar la operación contenida en la "Sociabilidad Argentina" de Mitre con estas reflexiones? De ser así, su resultante sería opuesta a la de Bilbao; donde éste encontraba como legado y escollo la desigualdad, Mitre veía el fenómeno inverso: una colonización que en su espacio litoral había generado una sociedad sin desigualdades ostensibles, un régimen colonial que contenía el germen republicano que será a su vez —gracias a una continuidad irrefrenable— el soporte del ideal romántico de nacionalidad. En efecto, la sociabilidad definida por los mismos actores concierne precisamente a las relaciones "civiles" constitutivas del lazo social, una "nacionalidad" definida por aspectos socioculturales cuya especificidad permitiría establecer fronteras jurisdiccionales al Estado; desde esta perspectiva parece razonable que Mitre se refiera a la "sociabilidad argentina" y Bilbao a la "sociabilidad chilena". En ambos casos, la operación posibilitaba además satisfacer el principio de "particularidad" y a través de él construir el de "identidad", tan caro para la sensibilidad romántica.

Desde estos supuestos, es posible repensar aquella agenda que Mitre trazara en el Prefacio de su *Historia de Belgrano* en la que proyectaba escribir una *Historia de la Revolución argentina* para lo cual creía necesario dotar al texto de "una introducción sobre el estado intelectual y político de la Colonia... dando así al desarrollo de la idea revolucionaria un punto de partida"; colocada en este plano, la *Sociabilidad Argentina* vendría a completar una concepción originaria pero gradualmente forjada al calor de múltiples factores.

La introducción a la tercera edición es entonces la exposición de un proceso que responde a tendencias evolutivas inmanentes que gobiernan y explican su desarrollo; si la libertad política y el republicanismo estaban en germen en ese organismo virreinal, también lo estaban sus límites o "vicios", a los que Mitre haría explícita referencia años más tarde en su epílogo a la *Historia de San Martín*.

Era el surgimiento de la concepción "genealogista" de Nación; ella preexistía a las provincias, configurando un núcleo localizado desde la conquista española (principio de unidad) cuya particular sociabilidad le otorgaba claras diferencias respecto de otros rincones de la América meridional (principio de exclusividad). Esta vía le habría permitido a Mitre llegar a conclusiones distintas de Bilbao, así como explicar las amputaciones territoriales que tuvieron lugar durante las guerras por la Independencia. La particularidad del punto de partida era también la del desenlace; la independencia argentina culmina en 1821, conquistada por esfuerzos propios, no batida militarmente como ocurrió en otros escenarios americanos sobre los cuales a su vez llevó la libertad. Estas especificidades de la revolución "externa" parecen correlativas con aquellas que Mitre atribuía a la revolución "interna" que también respondió a "sus propios elementos orgánicos" (republicanos) vaciados sobre el modelo proporcionado por Buenos Aires. En efecto, aquella idea del glorioso destino manifiesto de una nación contenida en el capítulo inicial se enraizaba en una experiencia más regional que nacional, como fuera observado por Halperin Donghi, dato que permite explicar la recepción favorable que tuvo entre la ascendente burguesía porteña.

Elías Palti llamó la atención sobre el carácter inexorable de ese desarrollo, presentado virtualmente como una "fatalidad", concepción que aparecía en tensión con el resto del texto; ciertamente ambos mecanismos de explicación coexisten en la historiografía mitrista: la determinación previa y la acción humana, circunstancia que remite al marco del debate entre Ilustración e Historicismo y a la doble causalidad presente en la Historia: los hechos históricos en cuanto objetos de conocimiento son aprendidos a partir de sus causas-efectos bajo el principio del determinismo; en cuanto acciones humanas, postulan "libertad" pero se norman por el imperativo moral del "deber-ser". Desde esta perspectiva, el acto de conocimiento propio de la Historia era "comprender el sentido" de esa totalidad en movimiento (de una época, de una cultura, de una sociedad, de una personalidad); a partir de entonces era posible "explicar" la configuración peculiar de ciertos hechos particulares.

Sintéticamente el argumento de la *Historia de Belgrano*... consiste en dar cuenta del "desarrollo gradual de la idea de independencia del pueblo argentino" desde sus orígenes a fines del siglo XVIII y durante su revo-

lución hasta la descomposición del régimen colonial en 1820 "cuando se inaugura una democracia genial, embrionaria y anárquica que tiende a normalizarse dentro de sus propios elementos orgánicos"

Para Mitre, la revolución emanaba entonces del mismo orden colonial un órgano municipal el Cabildo, una tradición jurídica, la libertad comercial que en las estribaciones de ese mismo orden anticipó la ruptura política, factores éstos que conjugaban sus efectos con la movilización que sucedió a las Invasiones Inglesas y la crisis pensinsular abierta en 1808, "la ley inexorable que se cumplía"

Hasta 1820 la revolución fue tributaria de ese antiguo orden en cuyas bases todavía usufructuaba, en tanto sus líderes atenuaban su fervor por la causa de Mayo, la *guerra social* abierta en el ocaso directorial fue el corolario de la revolución política, esa "democracia inorgánica" pero "genial" completará el ciclo El año '20 fue entonces un momento culminante de la revolución en el que los caudillos consumaron la destrucción del Estado heredero del orden colonial y transforman la revolución política en "revolución social" mediante ese complejo juego que Mitre llama "acciones, reacciones, transformaciones, evoluciones y transiciones"

Comprobaciones y refutaciones

En 1881 Carlos Casavalle daba a conocer *La revolución argentina Su origen, sus guerras y su desarrollo político hasta 1830*, del Dr V F López, texto en cuyos cuatro volúmenes reunió los artículos que a partir de 1872 su autor publicara en la *Revista del Río de la Plata*

También en 1881 publicaba la *Introducción a la Historia de la revolución argentina desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852*

En el Prefacio, López hacía referencia a "muchísimas personas" preocupadas por encontrar los orígenes de nuestra revolución en "multitud de libros y documentos", aunque dudaba de los méritos que una empresa de tal carácter revestiría en "países que se ven arrastrados por el huracán del positivismo y por un empleo más práctico de las aspiraciones morales", más allá de lo cual existen quienes con "espíritu ajeno a la vorágine de los negocios" se dedican a presentar a los ojos de los contemporáneos "esa

combinación de espejos oblicuos que se llama historia y en la que un país cualquiera puede verse, a un mismo tiempo, por todos sus costados en sus diversas edades y en sus diversos perfiles"

En la Introducción, el autor colocaba el punto de partida de su análisis en la España del siglo XVIII en torno de la cual entramó un conjunto de hechos, de causas, consecuencias y paralelismos orientados a lograr la comprensión de la historia de la *Revolución Argentina*, así como "para juzgar el carácter moral y político que le han dado los gérmenes propios del país combinados con los grandes hechos europeos del siglo pasado y del presente en sus primeros años" De tal modo, los sucesos de mayo de 1810 eran colocados en el cuadro más amplio y diestramente trazado de la historia universal en el cual —tal como señalara José L Romero— no se hallaban ausentes la sagaz lectura del político atento a la dinámica de los partidos y las intrigas, ni la preocupación literaria, ni referencias al texto de Mitre

López no se privó tampoco de ciertos tonos críticos que, aunque puntuales, vehiculizaban profundas concepciones políticas como su manifiesta admiración por jefes del partido liberal español Aranda, Floridablanca, Campomanes, Jovellanos, quienes supieron conjugar su condición de grandes estadistas con su conocimiento del pasado Por lo demás, el conjunto de tradiciones aprendidas en el hogar paterno fue la cantera que permitió a Vicente Fidel esbozar la dinámica de las facciones que él llama los "partidos" locales coronados por el "partido nacional" triunfante el 25 de Mayo de 1810 Este "liberalismo conservador" tan suyo lo llevó a mirar con recelo los levantamientos de Chuquisaca y La Paz, fracasados por haber estado conducidos por "turbas populares sin freno y dirección", es decir, por la presencia de esa "plebe proletaria" inexistente en Buenos Aires

Coincidente con Mitre, afirmaba que la revolución económica precedió a la social la *Representación de los Hacendados* era considerada "Carta Magna de nuestro Derecho en el camino de nuestra Revolución", y concluía que más allá de vacilaciones, dudas y meditaciones de Belgrano, Moreno y Saavedra, "Buenos Aires hará por sí, y se gobernará por su propio derecho antes que dejarse gobernar otra vez por Cádiz, su verdugo y enemigo secular", atribuyendo a los monopolistas gaditanos el principal interés en el mantenimiento de la condición colonial

En este punto, comenzaba su discusión frontal con Mitre, aludido como el *biógrafo* de Belgrano, sobre quien sentenciaba: "La historia no puede escribirse con pereza... ser claro, completo y categórico al exponer la vida de las generaciones que la han hecho y juzgar a sus actores *in animo et factis*".

Precisamente esta última expresión se convirtió en el epígrafe asociado con el célebre debate protagonizado por López y Mitre entre 1881. Los juicios críticos contenidos en la *Introducción* referidos a la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, motivaron la réplica del biógrafo belgraniano quien, aludido, comenzó a responderlos desde las páginas de la recientemente aparecida *Nueva Revista de Buenos Aires*, dirigida por Ernesto Quesada bajo el título *Comprobaciones*; ellas fueron reeditadas por el mismo Mitre en *La Nación*. La respuesta de López —"Debate Histórico. Refutaciones a las comprobaciones históricas sobre la historia de Belgrano"— pudo conocerse a través de las columnas de *El Nacional* a partir de octubre de 1881. El ciclo se cerraba con las *Nuevas Comprobaciones* de B. Mitre.

No es necesario insistir en las connotaciones que derivan del soporte en el cual estas discrepancias tomaban estado público, aunque resulta significativo consignar que ellas adquirieron rápidamente formato libresco; en 1882 Casavalle editó *Comprobaciones y Nuevas Comprobaciones sobre la historia argentina* de Mitre, mientras que Félix Lajouane publicó el *Debate histórico Refutaciones a las comprobaciones históricas sobre la historia de Belgrano* de López.

Quedaba así planteada la génesis del célebre cruce que ha ocupado un lugar privilegiado en la historia de la historiografía argentina aunque por cierto no fuera el único ni el primero o el último; además de los hasta aquí reseñados —y otros muchos—, contemporáneamente se desarrollaba la polémica que se originó en la aparición de la tercera edición del *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay*, de Francisco Berra (primera edición de 1866), refutado en 1882 por Carlos María Ramírez en su *Juicio crítico del Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay*, publicado en Buenos Aires, texto que habilitó la inmediata réplica de Berra con sus *Estudios Históricos acerca de la República Oriental del Uruguay*, editado en Montevideo. En él su autor acusaba a Ramírez de serias deficiencias heurísticas, aunque el fondo de la polé-

mica debería ser remitida a la distinta consideración que la figura de Artigas inspiraba a cada contradictor; se iniciaba la campaña de rehabilitación artiguista.

Como en otros casos, el intercambio protagonizado por V. F. López y B. Mitre ofrece múltiples planos analíticos entre los que es posible recortar aquellos que remiten a las vías de producción del conocimiento sobre el pasado, la reconstrucción e interpretación de los hechos históricos y la construcción del punto de vista.

Frente a los señalamientos históricos, geográficos, toponímicos, cronológicos y conceptuales efectuados por López, Mitre desplegó una nutrida artillería de fuentes de diverso tipo —numismáticas inclusive—, así como frondosos marcos bibliográficos y referenciales que avalaran cada una de sus afirmaciones. En tal sentido, mucho se ha insistido en la temprana argumentación de Mitre que hacía de los "documentos" la piedra angular de toda construcción historiográfica; la actividad heurística posibilitaba el establecimiento de los hechos los cuales debían ser ordenados, clasificados y correlacionados, asignándoles su significado para formar de las partes un conjunto; "tal es el objeto de la historia, de cualquier modo que ella se escriba... porque todo eso sirve a formar los elementos del juicio racional o de la conciencia colectiva..."

Por su parte, V. F. López no fue ajeno al afán documentalista como ilustra su correspondencia de fines de la década del cincuenta con Posse, Terán y Marcos Paz solicitándoles fuentes para reconstruir el período 1810-1824, particularmente en lo vinculado con los partidos políticos en el interior. Sin embargo resulta necesario reconocer que no compartía con su adversario la misma confianza que éste depositaba en esos testimonios del pasado: "nuestros archivos no contienen verdaderos secretos, ni encierran la solución de ningún problema histórico o social por resolver; contienen, cuando más, ínfimos o curiosos detalles sobre incidentes personales que en nada pueden cambiar la noción viva y general que todos tenemos de nuestra reciente historia y de nuestra tradición de ayer". Invocaba a su favor, la obras de "Tucídides, Salustio, César, Tácito y Macaulay que, sin documentación alguna, son, sin embargo, los más grandes modelos de los historiadores a los ojos de la crítica universal", punto que Mitre atendió

21 de 236

clasificando a tan dispar elenco de "historiadores filosóficos, no filosóficos y antifilosóficos".

Si es posible reconocer en la obra de López resonancias de Michelet perceptible en su concepción del pasado en términos de resurrección o remembranza, también lo es hallar su disidencia con el francés en su alejamiento del pasado "documental" y su sustitución por el pasado "vivido" en la medida en que la función de los documentos consiste en informar al escritor —determinar los hechos—, tras lo cual éste debe ser "artista y compositor". Resurrección, remembranza, pasado vivido, nociones asociadas con la "tradición" cuya centralidad fue expuesta por López en su *Historia de la revolución...*: "nuestro deber nos manda contar aquello que vimos en las nubes fantásticas de la infancia... lo que oíamos a nuestros padres... cuando los primeros rayos de patriotismo y de la gloria conmovían al país entero y el hogar en que mecían nuestra cuna", elocuente síntesis de la "historia de familia" con que recurrentemente se ha asociado a la concepción lopizta.

Este modo de concebir la labor historiográfica probablemente explique el gusto de López por los testimonios orales, a los que Mitre también apelara y que sin embargo hiciere valer como criterio impugnador de la construcción de aquél; si alguna diferencia puede establecerse entre ambos, ella reside menos en el tipo de fuente que en su procedencia, en la medida en que los testimoniantes consultados por López compartían con él una similar adscripción política; así, la burguesía liberal era para él no sólo la protagonista del proceso histórico sino que operaba como fuente privilegiada y proporcionaba el punto de vista desde el que se narraba. En efecto, esa historia, y aquella tradición, no era otra que la de esa misma burguesía liberal porteña, tal como consignara el propio López, quien argumentaba a favor de la parcialidad del punto de vista afirmando la necesaria subjetividad contenida en todo relato: "el que escribe es siempre un hombre que tiene una intención y un interés".

La indagación de López vuelta sobre la intimidad y hábitos de los ancestros propia de la novela histórica, que fascinaba a Ramos Mejía, debía conjugarse con las enseñanzas del pasado y la construcción de una filosofía de la historia, tal como enunciaba Thomas Macaulay, quien en su obra *On history* (1828) había sugerido que un valor del conocimiento del pasado se encontraba en el hecho de permitir formar cálculos justos para el futuro.

El liberalismo conservador de López, centrado en la tradición pero no por ello volcado unívocamente sobre el pasado, ha sido contrastado con el progresismo de su interlocutor —que era el de los sectores porteños en ascenso—; la resultante fue en el caso de Mitre, un curso histórico orgánico y gradual en el que las elites —herederas de la tradición republicana originada en la colonización— aportaron la "razón reflexiva" a la "razón espontánea" de las masas, clave para concebir esa "historia nacional" que distaba de aquella otra "de partido" producida por López.

Cuando hacia el cambio de década se produjera el acercamiento entre los polemistas y la polémica pasaba a ser un modo de acordar, sólo un aspecto permaneció fuera de los "acuerdos": la desobediencia de San Martín. El disenso se origina en la consideración formulada por López sobre que si el Libertador hubiera puesto el ejército destinado al Perú al servicio del Directorio para hacer respetar la Constitución de 1819, no se hubiera producido el desorden del año '20; no se trataba de una observación trivial en la medida en que guardaba directa vinculación con la interpretación de la guerra civil abierta en 1820. Frente al argumento, Mitre inculpó a su rival de incurrir en "Uchronia" o "la utopía racional en la historia, según la cual se demuestra cómo pudieron prevenirse ciertos hechos y producirse otros lógicamente", tal como aparece definida por Renouvier autor de *Uchronia o Estudio histórico de la sociedad europea como no ha ocurrido*. Su referencia no sólo revelaba el conocimiento por parte de Mitre de pensadores neokantianos sino que ponía de manifiesto un afinado sentido histórico a partir del cual expresaba reservas a la aplicabilidad de la aproximación contrafáctica a hechos concretos y no a procesos generales.

El carácter acontecimental del debate fue iniciado en su misma contemporaneidad desde las páginas de la *Nueva Revista de Buenos Aires*, publicación que rápidamente dio cuenta del intercambio y sus alternativas, tomando partido a favor de Mitre. En 1892, este último evocaba el debate en términos de "disputas literarias" vinculadas por un "común sentimiento nacional", fórmula recuperada por Rojas cuando coloque al debate en el nudo de la historiografía argentina reeditándolo en la colección *Biblioteca Argentina*. La empresa —subtitulada "colección mensual de los mejores libros nacionales"— formaba parte de un proyecto pedagógico más vasto contenido en la *Restauración Nacionalista* (1909), cuyas líneas directrices

22 de 236

fueron enunciadas por Rojas en 1914 en el marco de una conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras en la que se desempeñaba como profesor de Historia de la Literatura Argentina: "restaurar textos corrompidos o divulgando los olvidados a fin de popularizar sus enseñanzas".

En la *Noticia Preliminar* (1916) —que prologaba los argumentos que B. Mitre esgrimió en el debate—, Rojas fundamentaba la importancia del mismo en la voluntad por establecer la "verdad" de los "hechos" y un concepto general de método histórico. En una explícita alusión a las querellas entre Alberdi y Sarmiento, el futuro decano sostenía que "lo esencial de la polémica no fue como otras, una lucha en sí misma, sino las cosas que en ella se debatían" elevándose de rencilla personal para afrontar la "crítica histórica donde se defendieron temas, fuentes, métodos y juicios sobre el pasado argentino y los orígenes de nuestra independencia". El texto, sobrio y equilibrado, trataba de reconstruir los principales argumentos esgrimidos por los polemistas, distinguir sus perfiles sociopolíticos y atribuir los méritos correspondientes; Mitre era colocado en el centro de la escena porque a él se debía la tarea fundamental de haber cimentado la labor historiográfica marcando convenciones y regulaciones. A López se le atribuía una "intención profundamente nacionalista" aunque era colocado "a la vera" de su polemista a quien "complementaba" por haber iniciado en nuestro medio la historia "como arte" en la convicción de que "la ciencia no excluye al arte".

Luego del debate

En 1883 y por espacio de una década tuvo lugar la edición de la monumental *Historia de la República Argentina* de V. F. López, esbozada en sus rasgos generales en los años del exilio chileno.

La obra abarcaba diez tomos y estuvo financiada por el concurso del erario público gracias a la gestión de Carlos Pellegrini ante el Senado Nacional; el gesto no se fundaba solamente en una ponderación favorable de la labor intelectual de López, sino en su cercanía con las convicciones de éste y su identificación con las tradiciones del partido *whig*, con la república conservadora y oligárquica chilena y aun con el Brasil impe-

rial en tanto esas experiencias supieron sortear los peligros derivados del electoralismo, se expresaron concomitantemente en su interpretación historiográfica.

Su *Historia de la República Argentina* ilustra la función guizotiana —centralmente política— de la historia y su funcionalidad para explicar el presente y funcionar como ejemplo o correctivo. En el Prefacio, V. F. López participaba al lector de que en cada página habría de testimoniarse el "fracaso que ha sufrido el verdadero gobierno representativo y electoral desde sus orígenes hasta nuestros días"; ese recurrente fracaso institucional era particularmente perceptible para el autor si el observador se colocaba en el presente de la obra, distante siete décadas de la revolución, la cual, si bien había abierto la senda independentista, no pudo diseñar un sistema capaz de sustituir la moderada dominación secular española, particularmente aquella etapa marcada por el reformismo de Carlos III y el virrey Vértiz; ciertamente esta afirmación no afectaba la valoración positiva del hecho revolucionario sino su legado, motivo éste que remite nuevamente a las polémicas que a lo largo de los '40 tuvieron lugar desde Chile hasta México.

Ese modo de plantear la problemática que ponía el acento en la dificultad para instaurar un orden capaz de balancear los nacientes impulsos democráticos le confería al texto una notable sintonía con su tiempo, circunstancia casi opuesta a la que a pesaría sobre las obras de Mitre aparecidas por entonces.

En 1887 vio la luz la cuarta edición —y definitiva— de la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, la cual no presentaba cambios significativos; las principales transformaciones eran contextuales: por ese entonces era difícil acordar con un rumbo ascendente de la nación y su encuadre en una democracia orgánica, tal como por entonces demostraba la construcción historiográfica de López. Ese mismo año se iniciaba la publicación de la *Historia de San Martín y de la emancipación americana* de Mitre, reeditada en 1890.

Las diferencias entre las historias de Belgrano y San Martín, de Mitre, resultan elocuentes: el primero retocado a lo largo de treinta años y en medio de una carrera ascendente; el segundo, producto de la madurez historiográfica y del descentramiento político de su autor. Si la imagen de Belgrano —concebida cuando era preciso generar la nacionalidad o con-

ciliar a las facciones— armonizaba con su presente, la de San Martín resultaba un tanto anacrónica o al menos tardía en relación con los antecedentes que precedieron la rehabilitación historiográfica En todo caso, no se trataba de una novedad, ya que la recuperación de una figura polémica como la sanmartiniana había sido iniciada por Sarmiento, Lamas, Alberdi, Gutiérrez y otras personalidades procedentes del contexto latinoamericano, como B. Vicuña Mackena.

Cuando en 1862 el gobierno nacional decidió erigir la primera estatua de San Martín en suelo patrio, la imagen del Libertador estaba rodeada de tintes negativos, sumido en una "larga y tenebrosa noche de ingratitud y olvidos" como observara Mitre. A propósito de este evento, J. M. Gutiérrez escribió el texto antes aludido, *Bosquejo biográfico* publicado en 1863 y reeditado cinco años después por Casavalle, esta vez con la firma de su autor. Mitre pronunció en la ocasión un discurso cuyos lineamientos seguían los trazados en un artículo que ya había sido publicado en *La nueva era* de Montevideo (1842); en el mismo enfatizaba el disciplinamiento militar por sobre el ímpetu revolucionario retomando un concepto sanmartiniano expresado en la proclama a los peruanos sobre que era preciso realizar la unión para no ser devorados por la anarquía; era un San Martín muy adecuado a las circunstancias.

Hacia 1864 Mitre remitía a Las Heras un cuestionario referido a la campaña transcordillerana; una década más tarde, *La Nación* anunciaba la publicación en folletín de *La Historia de San Martín* que tuvo cuatro entregas; entre ambas obras —en 1878—, concibió *Las cuentas del Gran Capitán* texto que, aunque carente del aparato erudito característico de otros, procuraba establecer fehacientemente la honestidad y austeridad sanmartinianas. Finalmente en 1880, el biógrafo de Belgrano pronunció una oración fúnebre en ocasión de la repatriación de los restos del Libertador.

Si en la *Historia de Belgrano*, Mitre eligió un personaje secundario pero funcional en torno del cual narrar los avatares de la revolución, con su San Martín afrontaba la trayectoria de un protagonista de la emancipación americana, proceso éste que era colocado por el autor a la altura de los grandes episodios de la historia universal.

El ahora biógrafo sanmartiniano conservaba el viejo empeño de llegar a la *esencia de las cosas*, explorando e integrando —no sin tensión— conjuntos de pares tales como causas/fines, realidad/ideal, instinto/razón,

acción individual y fuerzas colectivas en un recurrente desdoblamiento de planos como aquel que atribuía la relatividad de los triunfos y fracasos según el ámbito en el que la acción hubiese tenido lugar: el de las ideas, el militar o el político.

La figura del Libertador adquiría sus contornos más nítidos gracias al esquema articulado sobre pares de personalidades contrastantes; la central y ya clásica entre San Martín y Bolívar, pero también y secundariamente, San Martín y Belgrano o éste y Moreno. En este punto, resulta interesante comprobar el empleo de un modo de argumentación que a tono con la moda cientificista, colocaba los rasgos físicos en relación con aspectos psicológicos y aún morales, procedimiento ilustrado en el tratamiento que hizo de Bolívar cuando afirmaba "...mirado de frente, sus marcadas antítesis fisonómicas daban en el reposo la idea de una naturaleza devorada por un fuego interno".

Este mecanismo de explicación —que por cierto no alcanza la estatura del último Sarmiento— coexistía con supervivencias clásicas y románticas cuyo empleo comporta básicamente un juicio moral más que una indagación "científica" tal como lo ejemplifican las alusiones mitristas a las máximas sanmartinianas, al cruce de los Andes y a la entrevista de Guayaquil, episodios más cercanos a la epopeya que a la Historia, o si se prefiere, más próximos al mito que al logos. La figura de San Martín resulta en parte de ese tratamiento al que es sometido, del que surge un "héroe" cuya mayor virtud —el desinterés— apenas alcanza para compensar sus varias limitaciones, que la pluma mitrista no se privó de reseñar.

Si en la *Historia de Belgrano* la nación republicana era un destino primigenio e irrevocable, en la de San Martín ese destino era la insurrección y la consecuente emancipación cuyo carácter ineluctable la autonomizaba en buena parte de las figuras de los libertadores. Ciertamente Mitre conservaba su confianza en el destino republicano de la América del Sur, aun cuando reconociera que ésta no realizó todas las esperanzas que inicialmente despertó su revolución; con tal afirmación, el autor desplazaba hacia la posteridad y al curso ulterior del proceso histórico, el juicio sobre los hombres y sus acciones; es precisamente esa "fe histórica profana" aquello que para Tulio Halperín constituye la verdadera renovación aportada por Mitre en la medida en que la tarea heurística, si bien impuso nuevos parámetros, no reorientó su obra histórica ni su visión general y optimis-

ta del proceso histórico. Desde una perspectiva complementaria, con esta consideración Mitre denotaba un régimen de historicidad moderno que supone un cambio en las formas de percepción de las relaciones entre presente y pasado, cambio que disocia el campo de la experiencia inmediata de los individuos y el de las expectativas, formalizándose así la ruptura entre pasado —espacio de la experiencia— y futuro —horizonte de las expectativas—. Ello permite marcar cierto deslizamiento en la conciencia histórica: si la historia *magistra vitae* se escribía desde un punto de vista anclado en el pasado y era éste el que le confería sentido a la experiencia a partir de una ejemplaridad iluminadora del porvenir constituyéndose así en una herramienta heurística, el nuevo régimen de historicidad concibe que los acontecimientos suceden a través del tiempo, y el tiempo mismo es un operador de la Historia.

La *Historia de San Martín y de la emancipación americana* no despertó las polémicas suscitadas por las reediciones de Belgrano, otro signo del desajuste entre la obra y su tiempo así como de la relativa descentración de Mitre de la escena política aunque ello no fue óbice para despertar —no casualmente en el diario *Sud América*— algún comentario irónico como el de Lucio V. López, o crítico como la reseña que Lucio V. Mansilla publicó en 1890 en sus célebres "*Causeries* del jueves", aparecida también en la *Revista Nacional*.

El texto no se orientaba a discutir cuestiones fácticas sabiendo que no saldría ganancioso debido "a la copiosa documentación auténtica en que se apoya, desafiando y refutando de antemano toda rectificación empírica..."; sin embargo, el sobrino de Rosas atribuía a la *Historia de San Martín* tramos "paisajistas, idealistas y sentenciosos", objetaba hacer "de la leyenda historia" y discrepaba explícitamente con Mitre sobre la existencia de "hombres providenciales", punto que reflejaba muy bien el clima de la época.

En efecto y sin perjuicio de otras muchas e interesantes observaciones, el artículo ponía en evidencia las proyecciones historiográficas que adquirían las tensiones políticas del presente, como un cuarto de siglo antes había sucedido con Alberdi: también como en aquel caso, sólo la hipertrofia documentalista de Mitre quedaba fuera del disenso de modo que no había allí ninguna novedad. La peculiaridad de la crítica de los intelectuales del *Sudamericano* reflejaba con elocuencia el avance de una

cultura científica resistente a aceptar discursos moralizantes que contradijeran los supuestos en que ella encontraban su fundamento, es decir, afectaba la finalidad misma de una práctica —que, de tener algún sentido— no era ya la de valerse de ingentes recursos heurísticos para avalar modelos cívicos y virtudes republicanas.

Debates más allá del debate

Si uno de los precipitados del debate fue la vulnerabilidad de toda empresa historiográfica que no exhibiera pruebas documentales que avalaran su argumentación, también lo es aquel que no confinaba tal empresa a un único punto de vista; ése fue el espacio en el que a partir del último veinteno del siglo XIX, se manifiesta la presencia de muy diversas expresiones historiográficas.

Concebidas desde la misma tradición liberal —aun cuando algunos de sus motivos serán retomados luego por sendas contrahistorias—, las *vindicaciones* se presentan como alegatos "documentados" que con distintas modulaciones tendían a difundir o restituir la memoria de episodios o personajes injustamente invocados o ignorados en las narraciones disponibles; el género —ya practicado por Gibbon— estaba alimentado por razones de índole familiar, social, política y/o intelectual.

Algunos ejemplos pueden iluminar el fenómeno y sus derivaciones.

En 1882, la *Vindicación histórica del brigadier general Tomás Guido* a cargo de su hijo, Carlos Guido Spano, ilustraba no sólo el ejercicio del género sino el tipo de críticas que suscitaban algunos rasgos que adquiría la naciente actividad historiográfica.

El por entonces director del Archivo General de Buenos Aires y primero del repositorio nacionalizado en 1884, afirmaba que "un afamado escritor contemporáneo a quien el Congreso, estimulándole a publicar una "historia argentina ...(se ha) embreñado en una intricada polémica, todavía encendida, sobre puntos históricos y antagonismos personales, estampó en el *Nacional*..., las proposiciones que siguen...", y pasaba a transcribir los párrafos en los que López acusaba a San Martín de sustraer de la obediencia al gobierno nacional al Ejército de los Andes, provocando con ello la anarquía generalizada. Tal consideración convertía a *patriotas*

ilustres y *soldados heroicos* —como su padre—, en *rebeldes* sino *traidores* a la causa revolucionaria y americana. Las causas de este modo de concebir el pasado eran atribuidas por Guido Spano a la perspectiva emanada de la "historia de familia" así como a la proximidad temporal existente entre los sucesos relatados y el relato mismo, esa "posteridad casi coetánea", según la feliz expresión de Lucio V. Mansilla. "...¿no sería más sensato, en vez de pasar repentinamente de la epopeya a la crítica, última expresión de la literatura, consignar con verdad, con sencillez los hechos, dejando a los venideros su apreciación definitiva...?", preguntaba el vindicador, aun reconociendo que con ello se aplazaba la "erección del monumento reclamado por nuestra historia nacional".

El fragmento refleja un punto de vista muy revelador de las prácticas historiográficas corrientes y su resultante: la tensión entre fijar los hechos e interpretarlos; ella no sólo es inescindible de los avances de la erudición sino que constituye su correlato. Así lo expresaba Guido Spano: "...poseyendo yo sus papeles (de Tomás Guido) sería inexcusable reservarlos cuando llega el momento de justificar su memoria tan gratuitamente deprimida..."

Por cierto fue la versión de Vicente F. López la que resultó más irritante a este y otros "vindicadores", pero ello no exculpó de enjuiciamientos a Mitre; en el caso de Guido Spano éstos ya no se centraban —como otrora— en su condena a la guerra contra Paraguay sino que esta vez acusaba a don Bartolomé de hacer un uso patrimonial del archivo sanmartiniano cuyo detalle publicará en "su diario" —cedido por Mariano Balcarce— en mérito a los "alardes literarios y por ser jefe de un partido a la sazón preponderante" de aquél.

Como ilustra el ejemplo anterior y los siguientes, el género reivindicatorio fue ampliamente empleado para resituar a ciertas figuras vinculadas con las guerras independentistas cuya memoria resultaba ignorada por el protagonismo de los "grandes hombres" o de las elites políticas, o bien ensombrecida por hallarse asociada a la etapa de las guerras civiles y la consiguiente memoria familiar o de facción que refieren casi todos los testimonios vindicativos. En tal sentido, no resulta casual que éstos tengan lugar en el clima de ideas abierto en los ochenta y los intentos conciliatorios derivados de los consensos políticos requeridos por el naciente Estado nacional que tornaban "moribunda" aquella extensa tradición de conflictos sectoriales reemplazándola por panteones cívico/milita-

res; capitalinos/provinciales, ciertamente más ecuménicos que la fórmula romántica "civilización/barbarie". La mirada menos apasionada sobre esos conflictos y sus líderes aconsejada por los nuevos tiempos permitieron advertir que esos personajes demonizados fueron en verdad patriotas que sirvieron en los ejércitos libertadores y como tales, lucharon por la independencia y los principios y fundamentos del sistema que formalmente regía a la república posible.

Sin perjuicio de algún antecedente, en 1879 y con motivo de cumplirse los cincuenta años del fusilamiento de Dorrego, la consabida memoria estatuaria promovía un cruce epistolar entre Mariano Pelliza y Adolfo Carranza; las expresiones entre ellos intercambiadas referían llegada la "era de reparación y justicia", justificaban la necesidad de depurar la figura del *mártir de Navarro* de quien "nuestras tradiciones acomodadas a la pasión, nos traían un recuerdo funesto" asociado al caudillismo y al rosismo. Producto de esa operación fueron los textos de Ánjel Carranza *Manuel Dorrego* (1879) y de Mariano Pelliza *Dorrego. lingotes de bronce para su estatua* (1886). Paralelamente, en 1878, se colocaba el nombre de Lavalle a una de las antiguas plazas porteñas; al comenzar la década del '80, Ánjel Justiniano Carranza procuraba recolocar a aquella figura a partir de la publicación de las cartas que le remitiesen Salvador María del Carril y Juan Cruz Varela instigándolo al fusilamiento de Dorrego. Carranza las dio a conocer en *La Nación* y luego las recopiló en el volumen *Lavalle ante la justicia póstuma* (1ª ed. 1880; 3ª ed. 1886). Lavalle fue también recolocado por Carranza en su obra *La Revolución del 39 en el sur de Buenos Aires* (1880), dedicada a los ciudadanos Francisco B. Madero y Matías Ramos Mejía, iniciadores del levantamiento y ayudantes de campo del general; mediante el testimonio de contemporáneos y la documentación escrita, la obra aspiraba a recuperar la memoria del episodio sin aspiraciones literarias ni de partido pero alentadas por la búsqueda de *la verdad sin querer avivar resentimientos*, producto de tradiciones o rumores de familia.

Otros casos intentaron "desagraviar" las actuaciones de Estanislao López (*Historia de López* de Ramón Lassaga; 1881), Facundo Quiroga (*El general Quiroga y la Expedición al Desierto* de Ramón Cárcano; 1882), Antonino Reyes, edecán de Rosas (*Vindicación y memorias de don Antonio Reyes* de Manuel Bilbao; 1883); José G. Artigas (*Artigas, estudio histórico. Documentos justibiblioficativo*, Clemente Fregeiro; 1886), o la desafamada memoria del

general Ángel Pacheco restituida gracias a la labor heurística de un pariente político: Ernesto Quesada.

En 1902 Bernardo Frías comenzaba a publicar su *Historia del general Martín Güemes y de la provincia de Salta*, en la que el autor adjudicaba al líder salteño el triunfo de la batalla de Suipacha y como supo hacerlo Vélez Sársfield, otorgaba a Güemes la dimensión de los libertadores americanos trazando un vínculo ambiguo con aquella historiografía que tanto había denostado a los caudillos; baste recordar la fórmula con la que Frías iniciaba su texto "...la historia de un hombre y la historia de un pueblo..." Un año después David Peña trasladaba a un libro el producto de sus conferencias sobre Juan Facundo Quiroga impartidas en la Facultad.

En este contexto, es necesario referirse a la obra de Adolfo Saldías, quien si ocupa un lugar en la historia de la historiografía argentina es por la restitución que intentó hacer de Rosas desde una perspectiva que se pensaba como objetiva y desapasionada. Contaba para ello con el hecho de pertenecer a una generación posterior a la de los contemporáneos del rosismo y contaba además con precisas coordenadas políticas e historiográficas: hijo político de Alsina, admirador de Sarmiento, vástago historiográfico de Mitre y que gozaba de la respetabilidad de los medios político-intelectuales.

El primer tomo de su Rosas fue publicado en París en 1881 y continuado en Buenos Aires con dos volúmenes aparecidos en 1884 y 1887, todos reeditados en 1911 con prólogo de Rafael Altamira. En 1892 se editaba su obra de mayor envergadura, *Historia de la Confederación Argentina* (5 vols.), versión ampliada y modificada de la *Historia de Rosas y su época.*

En cierto modo. Saldías iniciaba su narración allí donde Mitre había concluido la suya, y lo hacía a partir del reconocimiento de dos ciclos que antecedieron al establecimiento "orgánico" de la Confederación Argentina como resultante del Pacto Federal de 1831; cada uno de ellos abarcó una década (1810-1820; 1820-1829). Como en el año '20, la nueva crisis abierta en 1829 condujo a Rosas "engendro de las aspiraciones de la campaña por colocar sus representantes en el gobierno" en el centro de la escena, no como mera expresión de la barbarie rural como solía afirmar la tradición sarmientina sino en tanto nexo entre ciudad y campaña. En este punto es necesario acotar cuán solidarios fueron algunos planteos de Saldías no sólo con el revisionismo histórico sino con aquella historiografía profesional —Emilio Ravignani y Ricardo Levene—, quienes

encontraban respectivamente en el Pacto Federal y en la condición relacional de Rosas, dos de las claves para repensar el pasado argentino.

Saldías hacía derivar el poder de Rosas de un mecanismo consensual, "no es la imposición, no es el terror, como lo sostenía especulativamente la propaganda contra Rosas..."; inspirado en el caso de la reina Isabel —tal como a su vez era imaginada por Macaulay—, afirmaba que la "esencia" de esos gobiernos era "popular" aunque su forma revistiera un "estilo despótico". En la base del consenso se hallaba *la opinión y el voto* reiteradamente manifestado de los *pueblos y gobiernos* que constituían la Confederación Argentina, reforzados cuando la *soberanía e integridad* de la misma se vieron amenazadas por "la minoría de los unitarios aliados a las grandes potencias europeas". De Renán tomó la idea acerca de que "un gran hombre se personifica en sus defectos como en sus cualidades", aunque para Saldías los segundos pesaron más en la ponderación de Saldías; de allí partieron sus principales discrepancias con López y Mitre; al primero le reprocha algunas afirmaciones contenidas sobre el año '20 aparecidas en la *Revista del Río de la Plata*; al segundo por presentar al Restaurador como un personaje muy secundario, corrigiéndolo puntualmente en algunos juicios vertidos "con más pasión que reposo".

Buena parte de las consideraciones de Saldías sobre el rosismo se alineaban con aquellas contemporáneas que tendían a considerar esa experiencia como un producto social y en ese sentido, alertaba sobre la persistencia de los factores que incubaron tal régimen: "El peligro de la tiranía existe latente en el país que cree haber cimentado su libertad deshaciéndose del tirano pero sin remover las causas que a éste lo incubaron". Como señalara Rodolfo Irazusta, Saldías aspiraba a "hacer liberal al liberalismo argentino" y en este punto no resulta ocioso recordar que la *Historia de la Confederación* se incubó en el clima de la crisis de legitimidad del orden conservador.

Desde el punto de vista heurístico, la obra exhibía una cantidad y variedad de materiales de distinta procedencia: los papeles de Rosas facilitados en Londres por Manuela Rosas y Máximo Terrero (correspondencia enviada y recibida, borradores de las notas oficiales, de los mensajes, de las notas diplomáticas; los informes reservados de sus ministros en Londres, París, Washington y Río de Janeiro; los informes reservados de la policía); documentos aparecidos en la prensa periódica —*La Gaceta de Buenos Aires, La Gaceta Mercantil, El Centinela, El argentino de Córdoba, El Lucero, El Comercio*

del Plata, *El Archivo Americano* — y los contenidos en la *Revista de Buenos Aires*, la *Revista del Archivo de Buenos Aires*, la *Revista del Paraná*. Es posible asimismo hallar referencias a las publicaciones de Lamas, de De Angelis, los papeles de Chilavert, la *Historia de los Gobernadores* de Zinny y aun incorporadas bastante acríticamente, las memorias de varios jefes militares. La voluminosa *Historia de la Confederación Argentina* incluía apéndices documentales conformados por fuentes identificadas a pie de página como "original en mi archivo", "manuscrito", "duplicado original", "hoja suelta en mi colección", además de los clásicos "testigos oculares", "declaraciones de...", recursos utilizados también por Mitre y López.

Más allá del uso no siempre riguroso que Saldías hizo de ese amplio *corpus*, la composición del mismo permite apreciar la convergencia de los esfuerzos heurísticos antes reseñados: ediciones documentales, publicaciones periódicas, y material obtenido a través de redes privadas.

En la línea vindicatoria es posible colocar también un grupo heterogéneo de textos que hoy llamaríamos "historias provinciales" y que Carbia prefería llamar "crónicas regionales/provinciales". El contenido y factura de estos textos abarcaba un amplio espectro de temas y motivos en los que no poca influencia tuvo el particular tipo de relación que la región o provincia guardaba con el puerto y aun con sus vecinas; en otros términos, los complejos y distintos vínculos que Cuyo, el Noroeste y el Litoral mantuvieron históricamente entre sí y con Buenos Aires; ello generó una memoria local cuyos panteones, efemérides y gestas no siempre armónicos con los propuestos desde las miradas lanzadas desde el puerto. Corrían los tiempos de la Liga de Gobernadores y de los liderazgos políticos nacionales surgidos desde el interior del país.

Ya se reseñó cómo algunas historias aspiraban a reivindicar la trayectoria de personajes actuantes durante las guerras de Independencia, en otros se trataba de valorar la participación de las provincias en el proceso revolucionario, es decir, desarrollar una perspectiva provincialista no necesariamente localista concebida como aporte a la historia general de la República Argentina; esta perspectiva fue tempranamente enunciada por Damián Hudson, quien tras escribir sus *Apuntes cronológicos para servir a la historia de la antigua Provincia de Cuyo* (1852) concibió sus *Recuerdos históricos sobre la Provincia de Cuyo*, aparecidos regularmente en la *Revista de Buenos Aires* entre 1863 y 1874 y reeditados póstumamente en forma com-

pleta en 1898. Hudson se valió de la memoria y los documentos para proporcionar una interpretación del pasado cuyano a través de una narración que abarcaba desde la Revolución de Mayo hasta Caseros, relato que si bien no recusaba el origen porteño del primer acontecimiento, resaltaba el papel jugado por las provincias en la construcción de la "nueva nación".

Lo propio hizo Joaquín Carrillo en *Jujuy provincia federal argentina. Apuntes de su historia civil* (1877), obra que contó con el elogio del mismo Mitre y que reunió una abundante información procedente del archivo local, de la tradición oral y de libros de alcance nacional. Como Hudson, Carrillo se empeñaba en señalar la participación provincial en la constitución de la república desde una óptica reactiva al caudillismo.

En este contexto, Benigno Tejeiro Martínez constituyó un caso particular. Ese gallego llegado a la Argentina en 1873 estaba munido de amplios intereses culturales; su amistad con Juan María Gutiérrez le posibilitó su inserción en el medio local a través de la edición de manuales escolares de geografía, aritmética e historia que fueron objeto de incesantes reediciones entre 1879 y el fin de siglo. Su principal aporte historiográfico fue la obra *Apuntes históricos sobre la Provincia de Entre Ríos* (1881) texto cimentado en las compulsas practicadas en el archivo histórico de Entre Ríos y sobre la base documental aportada por Trelles (a la sazón director de la Biblioteca porteña), de B. Mitre y de C. Casavalle; tal base fue incrementada al punto de conformar su archivo particular gracias a obsequios y copias facilitadas —entre otros— por la viuda de Urquiza. Producto de todo ello fue su *Historia de Entre Ríos* (3 tomos) que comenzó a publicarse con grandes dificultades en los albores del siglo XX. Como hiciesen varios contemporáneos, Martínez fundó en 1887 la revista mensual *El investigador*, en la que incorporaba documentos y desde la cual polemizó con V. F. López a propósito de la figura de Francisco Ramírez, cuya recuperación historiográfica había comenzados dos años atrás.

También en los ochenta tuvieron lugar los primeros esfuerzos de Manuel F. Mantilla por trazar una historia de Corrientes: la *Crónica histórica de la provincia de Corrientes* terminada en 1897 pero publicada muchos años más tarde. Por su parte, José Manuel Solá trazaba en 1886 su *Ensayo histórico y descriptivo sobre la provincia de Salta*, que comenzó a publicarse en la *Revista Nacional* en 1889, Santiago Albarracín publicaba *Bosquejo histórico, político y económico de la provincia de Córdoba*. Durante las décadas

siguientes aparecieron: *Crónica de Córdoba* de Ignacio Garzón (1898); *Curso elemental de la historia de Catamarca* de Manuel Soria (1891); *Noticias históricas* [de Tucumán] de Arturo Dávalos (1896); *Bosquejo Histórico de la provincia de La Rioja* de Marcelino Reyes (1900); *Crónica y geografía de Santiago del Estero* de Baltasar Olaechea y Alcorta (1900) y el más tardío de Manuel Cervera *Contribución a la historia de la República Argentina, historia de la ciudad y provincia de Santa Fe, 1573-1853* (1907).

Otro grupo de obras lo constituyen aquellas que con el afán de preservar tradiciones amenazadas de extinción en épocas de modernización y cosmopolitismo, se volcaba hacia el estudio de las lenguas indígenas, la arqueología y el folklore.

Así, Samuel Lafone Quevedo intentó preservar y difundir las manifestaciones de la tradición popular catamarqueña en una serie de artículos publicados en el diario *La Nación* y textos como *Londres y Catamarca* (1888). En esa senda habrían de transitar también Adán Quiroga con *Folklore Calchaquí* (1897), Estanislao Zeballos, recopilador de los cancioneros de las provincias del antiguo Tucumán, y Juan Bautista Ambrosetti, todos ellos miembros de la *Junta de Historia y Numismática Americana.*

El tema fue asimismo reflejado en las páginas que Paul Groussac le dedicara en su texto *Viaje intelectual* (1904), en el que propició un método de encuesta para la búsqueda folklórica: "Creo que es necesario y urgente, antes que la rápida evolución del país acabe de borrar nuestras huellas originales, reunir en colección todos los elementos genuinamente argentinos de la antigua vida campestre, que se tornará muy pronto legendaria: hábitos, estilo, poesía, música, algunos de un sabor incomparable. Creo que nuestro folklore se contará entre los más interesantes de su género y representará un precioso trasunto del alma argentina".

Estas empresas podrían alinearse con la célebre pregunta sarmientina contenida en *Conflictos y armonía de las razas en América* de 1883: "¿Argentinos? Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello".

Una respuesta al interrogante puede hallarse en *La tradición nacional* (1888), texto en el que Joaquín V. González construía un linaje que inspirado en el trípode de Taine —el medio geográfico, el momento histórico y la raza—, colocaba las raíces lejanas de la formación del argentino en el indígena, el español, el criollo, el negro y las mixturas entre ellos en la convicción que "la nacionalidad será más perfecta mientras pueda ates-

tiguar sus raíces y genealogía"; la evocación de González vinculaba paisaje, folklore, sociedad e historia para explicar la argentinidad, integrando etnias, dilatando su cronología y ampliando su territorialidad. Va de suyo que estas reflexiones se asocian estrechamente al problema que comenzaba a asomarse en la agenda de los intelectuales finiseculares: el de la "identidad nacional", motivado por las rápidas transformaciones sociales operadas por la modernización y la inmigración masiva.

No hay pasado indígena en Mitre –quien no se privó de reprochar a González sobre el particular—, pero ciertamente lo hay en Mariano Pelliza pero en tanto presencia negativa, tal como puede apreciarse en todas sus obras en las que evocó ciertos episodios bélicos y prohombres en cuyo carácter heroico fundaba la nación

Así, en el texto *Glorias argentinas* (1885), prologado por Andrés Lamas, su autor daba cuenta de batallas, biografías de militares y personalidades civiles. Para el historiador roquista, esas gestas y esos patriotas no se agotaron con el ciclo revolucionario sino que prolongaron esa benéfica acción sobre los indígenas a quienes había que someter a fin de hacer posible el goce de una vida civilizada; Pelliza había historiado sus orígenes en *El país de las pampas: descubrimiento, población y costumbres, 1516-1780* (1887). Durante los dos años siguientes produjo su *Historia Argentina* desde el descubrimiento de América hasta la época de Rosas en la que incluía referencias a grupos étnicos, indígenas, gauchos, producción agrícola y ganadera, comercio, problemas de límites. La zaga se cerraba con la *Historia de la organización nacional: Urquiza, Alsina, Mitre 1852-1862* (1897) obra que abarcaba desde el Acuerdo de San Nicolás hasta la batalla de Pavón. Colaborador del diario oficialista *La Tribuna Nacional*, funcionario y propagandista del juarismo, Pelliza era una de los tantos fi ecuentadores del salón literario de la Librería de Mayo, de Carlos Casavalle.

El afianzamiento de la erudición. Hacia la institucionalización

Durante las últimas dos décadas del siglo XIX, un canal por el cual se vehiculizó la actividad historiográfica de los "historiadores nacionales" —de Buenos Aires— e historiadores de provincia, fue el de las revistas, las cuales a partir de entonces adquirieron particular relevancia.

Durante la década del '80 aparecieron la *Revista Argentina* (1880-1882) y la *(Nueva) Revista de Buenos Aires* (1881-1885); entre 1886 y 1908 tuvo lugar la empresa impulsada por Adolfo Carranza, la *Revista Nacional*, cuya apreciable importancia no sólo se debe a su continuidad en el tiempo sino a su contenido histórico conformado por monografías y piezas documentales. Entre 1888 y 1892 apareció la *Revista Patriótica del Pasado Argentino* dirigida por M. Trelles cuyos aportes heurísticos sugieren que estaba dirigida hacia un público especialista.

Junto a este tipo de publicaciones, aparecían otras cuyas características permiten presumir la existencia de otros consumidores; se trata de las *revistas ilustradas* en las que la temática histórica se "aligeraba" merced a la incorporación de semblanzas, anecdotarios, biografías, textos breves así como grabados de paisajes o batallas y retratos de personajes de nuestro pasado. Eran ellas *La Ilustración Argentina* (1881-1888), *El Sudamericano* (1888-1891), *La Ilustración Sudamericana* (1892-1906); *La Biblioteca* (1896-1898).

Otros auxiliares inestimables de la investigación lo constituyeron los catálogos como el confeccionado por Antonio Zinny para la Biblioteca Pública de La Plata, institución a la cual acercó 675 colecciones de periódicos americanos y varios centenares relevados en las provincias. Producto de esa actividad, en 1887 publicó un *Catálogo razonado de las obras adquiridas en las provincias argentinas*; un año antes veía la luz su "Bibliografía periodística de Buenos Aires hasta la caída del gobierno de Rosas", publicada en la *Revista de Buenos Aires*.

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX y en consonancia con el ritmo agitado de las transformaciones políticas, sociales y económicas, el espacio cultural se presentaba ostensiblemente diverso de aquel otro imperante en los años cincuenta, producto del doble movimiento impulsado desde el flamante Estado nacional: la inserción argentina en el mundo y la entrada de éste en el contexto local.

En lo concerniente a la problemática que nos ocupa, es necesario reseñar el desempeño de un conjunto de instituciones redimensionadas a partir de la federalización de Buenos Aires; en 1884 se nacionalizaron la Biblioteca y Archivo Histórico, convirtiéndose respectivamente en Biblioteca Nacional y Archivo General de la Nación; un lustro más tarde sucedería lo propio con el Museo.

Adolfo Carranza dirigió esta última institución dotándola de su publi-

cación característica: la *Revista del Museo*, en la cual se daba cuenta de la procedencia de las piezas que ingresaban al repositorio; su director contó con la inestimable colaboración de José Antonio Pillado, conocedor de los archivos públicos y privados y propietario de una biblioteca que superaba los 1.000 libros, en tanto que la de Carranza —donada a la institución— llegaba a los 8.000. El Archivo General estuvo a cargo de Agustín Pardo, administración continuada entre 1904 y 1912 por J. J. Biedma cuya biblioteca integra hoy, juntamente con la de Pillado, parte del patrimonio de la institución. Por su parte, la Biblioteca Nacional contó con la fugaz conducción de José A. Wilde, tras la cual estuvo a cargo de Paul Groussac desde 1885 hasta 1929.

El desempeño inicial de Groussac tuvo lugar en un contexto en el cual era ya perceptible la existencia de un *ancien régime* intelectual que operaba en dos sentidos: si por un lado suministraba un ámbito crítico de cánones culturales en contra de los cuales podían definirse formas contestatarias, por otro ofrecía también términos en los que esas formas contestatarias podían articularse, así sea parcialmente. El francés transitó ambos circuitos, circunstancia que presumiblemente permita explicar su itinerario de los márgenes al centro del espacio cultural argentino.

Aquel "antiguo régimen" le proporcionó los mecanismos clásicos de legitimación: se vinculó con miembros de la elite político-cultural como Pedro Goyena y José Manuel Estrada en el Colegio Nacional de Buenos Aires en los tempranos '70; incursionó en publicaciones periódicas que dieron visibilidad a su labor intelectual como ocurriera con la favorable recepción de su artículo sobre Espronceda en la *Revista Argentina*. Según sus biógrafos, ello le franqueó un empleo público medianamente expectable en Tucumán, obtenido gracias a la mediación del por entonces ministro de Instrucción Pública Nicolás Avellaneda. Pasó por el diarismo local a través de *La Unión* y *La Razón* en los que colocó sus talentos literarios al servicio de la campaña a favor de Avellaneda; tiempo antes había impulsado la campaña a la diputación nacional de Delfín Gallo como años después lo hará con Roque Sáenz Peña.

Incursionó en el campo historiográfico con su obra *Ensayos históricos sobre el Tucumán* (1882) cuya dispar recepción permite verificar nuevamente la dinámica historiográfica de la época: el elogio de Avellaneda y la crítica aguda de Ángel Justiniano Carranza, ambos desde las páginas de la

Nueva Revista de Buenos Aires. La atribución de errores fácticos e interpretativos al texto groussaquiano guardaba sintonía con los argumentos esgrimidos durante el notable debate que por entonces se cerraba y que —como fuera señalado más arriba— encontró también en la revista dirigida por Quesada uno de sus espacios privilegiados.

La centralidad de la esfera pública en la acumulación de capital simbólico se verifica asimismo en las contribuciones que Groussac hiciere para *El Diario*, para *La Nación*, *Le Courrier Français* y fundamentalmente en el *Sud-América, diario de la tarde político y literario*, desempeños que le posibilitaron consolidar vínculos con la clase política así como afirmarse en su dominio de temáticas literarias y educativas en el marco del incipiente modernismo y del reformismo liberal.

Como nuestros "primeros historiadores" y muchos de sus contemporáneos, se valió de la prensa periódica para dar a conocer varios de sus textos —aunque luego se lamentara—, y también como ellos se vio inmerso en debates, producciones todas que encontraron allí su lugar. En este punto importa menos el carácter de la polémica —ora literaria, ora pedagógica— que la persistencia del género y su soporte mediático que ciertamente conservaba e incrementaba el rasgo faccioso que siempre le fue tan propio; estas polémicas estaban referidas a temas de apreciable actualidad frente a los cuales, Groussac tendía a fijar posición en el marco de una evidente polifonía doctrinaria finisecular.

Ciertamente su condición de un hombre nuevo —particularmente de origen francés—, constituyó un factor favorecedor de su crítica al *ancien régime* cultural; al respecto se pronunció acusando la falta de autonomía del medio cultural respecto de la política cuando afirmara en 1896 que "en estas repúblicas, es imposible que cualquiera superioridad intelectual no remate en la política, como en la encrucijada central a la que conducen todas las avenidas..." La contaminación que la política ejercía sobre la cultura se conjugaba con la falta de originalidad de ésta, sea en el contexto local cuanto en el hispanoamericano. En su obra *Del Plata al Niágara* (1897), instaba a los "ciudadanos de Mimópolis" a librar sus *jornadas de Maipo y Ayacucho* a fin de lograr la *emancipación moral del intelecto sudamericano*, conceptos no muy diversos a los que contemporáneamente circulaban en el *Ateneo de Buenos Aires*, donde se libraba una polémica en torno de la cultura y la identidad que enfrentó a Calixto Oyuela

con Rafael Obligado quien bregara "por un año diez de revolución intelectual".

Acaso esta sintonía con ciertas preocupaciones modernistas lo llevaron a concebir lo vernáculo a través de lo universal y esta concepción sea —más allá del método y de la mordacidad de sus críticas— su herencia menos visible. La recuperación de su figura que en 1929 —año de su fallecimiento— hiciera en la revista *Nosotros* un historiador de la sensibilidad de José Luis Romero no es, desde esta perspectiva, una pura formalidad.

De su vasta empresa intelectual, importa aquí recortar aquella operada sobre el ámbito historiográfico a partir del panóptico cultural que fueron las publicaciones periódicas de la Biblioteca Nacional: *La Biblioteca* (1896-1898) y posteriormente los *Anales de la Biblioteca* (1900-1915). En 1893 publicó *Historia de la Biblioteca Nacional*, texto que oficiaba de prefacio al *Catálogo metódico de la Biblioteca*, en el que los estudiosos han encontrado las claves del diseño que Groussac quiso imprimirle a la institución y, particularmente, a su órgano de expresión.

Desde la dirección del repositorio, el francés se dedicó a las tareas técnicas de catalogación de libros, periódicos y papeles inéditos así como a la ampliación del fondo que pasó de 32.600 volúmenes en 1882 a 62.700 una década después y continuaría creciendo. Alternó estas funciones caracterizadamente bibliotecológicas con otras cuyo sesgo puede percibirse con nitidez a través de las páginas de la publicación que le diera una gran visibilidad: *La Biblioteca. Revista mensual de historia, ciencia y letras*. Con justicia se vinculó al emprendimiento de Groussac con los influjos combinados de revistas francesas —*Revue de Deux Mondes*—, y locales —como aquella *Biblioteca Americana* de Magariños y la más reciente de Trelles—, todo ello colocado ahora en el clima del modernismo. Cada entrega se componía de artículos seleccionados y en ocasiones escritos por el director, y de varias secciones a su cargo: *Boletín Bibliográfico* conformado por comentarios sobre las novedades editoriales, *Redactores de La Biblioteca* constituida por reseñas bibliográficas sobre los colaboradores de la publicación, y finalmente los consabidos *Documentos*.

La revista operó como medio de legitimación y acumulación de prestigio o bien su contrario; desfilaron por ella intelectuales consagrados y en vías de serlo, tanto pertenecientes al medio local cuanto internacional.

Mirada desde sus objetivos —la difusión de estudios de carácter cul-

tural, principalmente ligados a la historia y la literatura—, la publicación se enraizaba en una larga tradición de la que se distinguía por su convicción civilizadora en el contexto del reformismo finisecular, por estar financiada por el erario público, así como por la de exacerbar una vieja práctica propia de los círculos político-intelectuales: la crítica. En tal sentido, buena parte de las recusaciones que Groussac operó sobre los dioses mayores y menores del olimpo historiográfico, estuvieron fundadas en los criterios prescriptos por la novel metodología histórica que él mismo introdujo y difundió en el medio local.

Estas particularidades incidieron acaso paradójicamente en la clausura de la empresa editorial a partir del incidente que enfrentó a Groussac con Norberto Piñero, motivado por las objeciones que el director de la Biblioteca Nacional formulara sobre la recopilación de escritos que el diplomático argentino ante Chile hiciera de los escritos de Mariano Moreno. Esta polémica se originó en el texto de Groussac, *Escritos de Mariano Moreno*, aparecido en el tomo I de *La Biblioteca en* 1896; Piñero respondió en 1897 con *Los escritos de Mariano Moreno y la crítica del Señor Groussac*, siendo refutado a su vez por aquél en *Escritos de Mariano Moreno. Segundo artículo*, publicado nuevamente en *La Biblioteca* en 1898. El episodio ilustra las dimensiones historiográficas y extrahistoriográficas involucradas en éste y otros debates, los cuales terminaron por certificar aquella verificación que Groussac realizara desde las páginas de *La Biblioteca* a propósito de la relación entre la política y la historia.

El conjunto de los argumentos groussaquianos referidos a esta última disciplina se referían a la necesidad de entender la historia —como la filosofía y la literatura— en tanto especialidades intelectuales que demandan prácticas específicas; respecto de la primera de ellas, la crítica y el método debían configurar saberes primordiales no conducentes a la construcción de legalidades pero necesarios para dotar de mayor probabilidad en la conjeturación histórica.

Estas afirmaciones —en buena parte derivadas del conocimiento que Groussac poseía de la reciente metodología histórica difundida por Langlois y Seignobos— lo condujeron a rechazar con vehemencia la atribución de autoría que Piñero hiciera del *Plan de operaciones* a la pluma de Mariano Moreno; el carácter apócrifo que el director atribuía a tal pieza no sólo configuraba un caso de improcedencia historiográfica sino patrió-

tica que afectaba negativamente la figura de un prócer cuyo busto el mismo Groussac hizo erigir en un espacio privilegiado de la Biblioteca. El episodio tuvo además otra arista de interés: el ataque a Piñero no sólo era atribuible a su impericia en la materia que pretendía abordar sino a su condición de imitador y canonizador de un *dictador intelectual*: B. Mitre.

Precisamente en medio de este debate tuvo lugar otro, esta vez provocado por la réplica que Mitre efectuó en 1897 a propósito de la entrega de Groussac de la primera parte de su "Santiago de Liniers, conde de Buenos Aires" bajo la forma de cuatro artículos aparecidos en *La Biblioteca*. Desde las columnas de *La Nación*, su fundador lanzaba tres artículos conocidos como "Paréntesis históricos. Asalto de Buenos Aires por los ingleses en 1807", también reproducidos en la revista institucional; el francés respondió en las páginas de esta última bajo el título "Digresión polémica".

Más allá de los detalles muy menores sobre las Invasiones Inglesas que alimentaron el cruce, éste pone de manifiesto aquello que definimos más arriba como la crítica gruossaquiana al *ancien régime* intelectual, al proclamar que el prestigio de Mitre no era atribuible a su calidad historiográfica ni literaria, ejemplo nuevamente de esa perniciosa tendencia hispanoamericana de falta de autonomía de la cultura respecto de la política.

Groussac estabilizó su concepción de la Historia entendiéndola como ciencia, arte y filosofía, bregando por su especificidad en tanto actividad que supone procedimientos precisos, aun cuando su transitoriedad implique construcción y renovación permanentes, "una tela de Penélope". Esa especificidad quedaba reasegurada por el empleo del método histórico, entendido no como fin sino como medio de la práctica historiográfica que, tras la búsqueda de la verdad, no debía descuidar sus cualidades literarias. Desde esta convicción, en la segunda década del siglo XX ajustaría cuentas con los miembros de la Nueva Escuela Histórica en el Prefacio de *Mendoza y Garay* (1916). Precisamente la predilección por estos objetos de estudio —como antes lo había sido *Santiago de Liniers, conde de Buenos Aires* (1907)— ilustra otro rasgo de la concepción historiográfica de su autor en tanto personajes relativamente centrales que sin embargo condensaban una época.

Groussac no practicó la "historia de familia" tan característica de nuestra primera historiografía, su labor tampoco se manifiesta tributaria de problemáticas tales como la nación o la república, ni de claves políticas estre-

chamente facciosas, características que marcan cierta particularidad respecto de las concepciones precedentes. En efecto, si en Mitre se dio la sabia articulación entre éstas y la Historia, y López miraba la Historia desde la tradición de una elite política, en Groussac esas dimensiones tendieron a ser desplazadas en beneficio de un espacio en el que solía deslizarse con comodidad pero sin ausencia de conflictos: la cultura o más específicamente la crítica cultural. En ese marco, la Historia no parece haber ocupado el centro de las preocupaciones groussaquianas —no más que la literatura—; ese centro se presenta en cambio dominado por intereses más amplios que inspiraron a Ricardo Caillet-Bois la adecuada expresión de "orientador cultural" para sintetizar la prolongada gestión del célebre bibliotecario.

Debido presumiblemente a la notoriedad que Groussac revestía por entonces, José María Ramos Mejía le ofreció —como había hecho oportunamente con Vicente Fidel López— que prologara el texto *La locura en la historia* (1895). El gesto representó —al decir del prologuista— una *honra inmerecida*, la que por cierto no le impidió descargar sobre la obra sus juicios lapidarios: "Aun dejando de lado la doctrina discutible que lo informa, este libro no es perfecto; codéanse en él, como en casi todas las obras del ingenio, los indicios del talento personal y los defectos que atestiguan la humana flaqueza".

Un año después se creaba la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; el presidente José E. Uriburu designó a los miembros titulares del Consejo Académico en las personas de Bartolomé Mitre, Bernardo de Irigoyen, Ricardo Gutiérrez, Rafael Obligado, Joaquín V. González, Carlos Pellegrini, Lorenzo Anadón y al mismo Paul Groussac, quien renunciaría pocos meses más tarde debido a diferencias suscitadas con sus colegas respecto de la organización de la institución y características de la enseñanza.

A la inversa, la visibilidad del bibliotecario torna sintomática su ausencia en el elenco de la Junta de Historia y Numismática americana, de la que sí formaron rápidamente parte —entre otros— Biedma, Pillado y A. Carranza.

A esta altura la erudición historiográfica hacía avances innegables en el marco polifónico del espacio cultural, aunque ciertamente no se trataba de un itinerario lineal ni exento de factores funcionales.

Tal parece ser el caso de textos como *La gran semana de Mayo* (1896) de V F I ópez en el que se aludía a ese hecho de la historia argentina sobre la base de un esquema ficcional, o bien aquellas *Páginas de Historia*, compilación de algunos escritos dispersos de Mitre, publicados en 1906 por la Biblioteca de *La Nación*. El libro contenía episodios marginales de la historia patria que su prologuista —Roberto J. Payró— presentaba como históricos y documentados aunque "tendrá cada uno la unidad de un drama y se leerá como una novela, popularizando así la historia patria, a la vez que adelantándola"; medallones que evocaban al negro Falucho o a los sargentos de Tambo Nuevo.

Eran los tiempos en que la argentinización demandaba dosis considerables de educación patriótica y por ello el pasado adquiría una funcionalidad distinta de la que le fuera atribuida a lo largo de las tres décadas posteriores a Caseros. Es en este nuevo contexto en el que se populariza la versión mitrista del pasado argentino, pasado que se convertía ahora en un formidable dispositivo nacionalizador.

En este marco, concretamente en 1901, un grupo de contertulios —Bartolomé Mitre, Alejandro Rosa, Enrique Peña, Alfredo Meabe, Ángel J. Carranza y José Marcó del Pont—, dedicados inicialmente a coleccionar y acuñar medallas, decidió por iniciativa del primero dar "señales de vida, haciendo algo práctico y de utilidad y no limitarse a acuñar medallas". Así, la Junta de Numismática Americana se dotó de una mesa directiva y estatutos propios: nacía la Junta de Historia y Numismática Americana que en su sesión del 5 de octubre de 1902 proclamó el 4 de junio de 1893 —fecha de la acuñación de su primera medalla— como el día de su fundación.

No sin razón se ha sostenido que la Junta constituyó el primer anclaje institucional exitoso de la actividad historiográfica particularmente si se atiende a sus frustrados antecedentes arriba mencionados: el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata, el Instituto Histórico de la Confederación (Pujol; 1860), o bien el Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades (Aurelio Prado y Rojas; 1872).

La institución patrocinada por Mitre en 1854, inspirada a su vez en las experiencias del Instituto Histórico y Geográfico de Río de Janeiro (1838) y del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay (Lamas; 1843), aspiraba a "...centralizar las fuerzas intelectuales del país, haciéndolas servir a

su adelanto y engrandecimiento, acopiar, preparar y clasificar los materiales que han de servir para escribir la historia del país, salvar del olvido los documentos históricos, geográficos y estadísticos que poseemos, hacer investigaciones históricas sobre las épocas anteriores y posteriores a la conquista, hasta nuestros días, ilustrando algunos puntos oscuros "

Aquel Instituto no pudo sobrevivir a las vicisitudes políticas de la época pero sí lo hizo la sensibilidad historiográfica de su promotor quien, ahora acompañado por un grupo de coleccionistas, numismáticos y bibliófilos, colocaba en 1893 la piedra fundamental de la futura Academia Nacional de la Historia Alejandro Rosa era un reputado coleccionista y numismático vinculado a la *Revista Nacional* y a través de ella con Adolfo P Carranza, José Juan Biedma y José Antonio Pillado, en 1907 Rosa fue designado primer director del Museo Mitre Por su parte Enrique Peña fue dueño de una importante biblioteca que pasó a integrar el fondo bibliográfico del Complejo Museográfico Enrique Udaondo de Lujan que él mismo contribuyera a crear juntamente con José Marcó del Pont en 1918, la misma estaba compuesta por colecciones documentales y libros entre los que se destacan incunables de Pedro de Angelis y Manuel Ricardo Trelles y las copias de documentos procedentes del Archivo General de Indias

Los primeros miembros de la Junta eran colaboradores de dos notables publicaciones periódicas la *Revista Nacional* de Adolfo Carranza (1886-1908) en la que desfilaron Vicente Quesada, Alejandro Rosa, Juan A Pillado, Ángel J Carranza, Manuel Mantilla, J J Biedma, Pacífico Otero, y la *Revista de Derecho, Historia y Letras* dirigida por Estanislao Zeballos (1898-1923), en la que colaboraron Juan Álvarez, Juan B Ambrosetti, Juan J Biedma, Narciso Binayán, Julio Busaniche, Teodoro Caillet-Bois, Adolfo Carranza, Dardo Corvalán Mendilaharzu, Carlos Ibarguren, Roberto Lehmann Nietsche, Manuel Mantilla, Ernesto Quesada, Adán Quiroga, Martín Ruiz Moreno, Adolfo Saldías

Acaso las ausencias de Vicente Fidel López y la ya apuntada de Groussac sean en este punto, significativas Se trataba de una institución de carácter no oficial, cuyos miembros se integraban por cooptación y de modo vitalicio, procedían mayoritariamente del foro, la burocracia estatal y la docencia universitaria

En 1904, en nombre del presidente de la Nación, el director del Ar-

chivo General, Juan José Biedma, ofrecio a la Junta no solo la sede del repositorio sino su fondo documental y personal especializado, circunstancia demostrativa de los aceitados vinculos que la institución guardaba con el Estado a través de sus miembros más conspicuos, así como el creciente interés público por este tipo de emprendimientos

A partir de entonces, sus actividades regulares —atravesadas por las penurias financieras derivadas de la ausencia de remesas de fondos públicos y por desavenencias entre algunos de sus miembros— consistieron en el tratamiento de textos monograficos, disertaciones, reimpresión de libros referidos a la historia americana acompañados con notas históricas, etnográficas, bibliográficas y de apéndices integrados por ineditos

Sus finalidades, notoriamente mas modestas que las del frustrado Instituto Historico y Geográfico de Mitre, estaban expresamente consignadas en los siguientes términos "fomentar los estudios que su nombre indica y establecer relaciones entre personas que se ocupen de ellos dentro o fuera del país Con tal objeto celebrará reuniones, publicará libros, acuñará medallas y tomará todas las medidas e iniciativas tendientes al cumplimiento de sus fines"

Por afuera de las frágiles instituciones, se expresaban otros modos de historiar prohijados por el clima cientificista, modos que colocaban el foco en el análisis de los fenómenos sociales a partir del utillaje procedente de disciplinas no estrictamente sociales

De ello tratará el capítulo siguiente

CAPÍTULO 2

Los historiadores positivistas

En 1895, al prologar la *Locura en la Historia*, de José María Ramos Mejía, Paul Groussac observaba que "se necesita ya tanto valor moral para discutir el darwinismo como treinta años ha para defenderlo públicamente" Sustituyamos la palabra darwinismo por la más abarcadora de positivismo, modifiquemos el origen de la cronología unos años hacia adelante y tendremos un más adecuado retrato del clima de epoca, en el tránsito entre los siglos XIX y XX, en la cultura argentina y de cuanto habían cambiado las cosas desde el momento en que Mitre y López habían producido sus obras mayores

Los autores de los que nos ocuparemos en este capítulo, Francisco y José María Ramos Mejía, Juan Agustín García, Ernesto Quesada, Rodolfo Rivarola, Lucas Ayarragaray, Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros y Juan Álvarez tenían, si mirados de cerca, muchas diferencias y sin embargo, si confrontados con los historiadores tratados en el capítulo precedente muestran bien, en el contraste, los rasgos que permiten pensarlos en conjunto Así unitariamente los vieron por otra parte, algunos de sus contemporáneos y de los historiadores sucesivos Por ejemplo, Rómulo Carbia, que los incluyo a casi todos ellos en un capítulo de su historia de la historiografía bajo el rótulo de "Ensayistas" (la excepción es Rivarola al que

prefirió no tratar en ninguna parte de su obra) Expresión que, aunque usada sin tono peyorativo en su definición, pronto servía para definir todos los límites que veía en ellos (no en vano los consideraba tributarios de la para él deletérea tradición de la historia filosofante) Aunque el mismo Carbia, en su compulsión clasificatoria, introducía distinciones entre los ensayistas sociológicos (etiqueta esta última desde luego no favorable, en su concepción de lo que debía ser la historiografía) dados a síntesis o interpretaciones más o menos apresuradas y no sustentadas en un suficiente conocimiento de los hechos, y los genéticos a los que consideraba mucho más estimables

De modo no diferente los juzgaba Ricardo Rojas que, en 1916, caracterizaba (sin hacer nombres) al período en que habían escrito la mayor parte de su producción con un juicio aún más negativo: esterilidad, bizantinismo, cosmopolitismo Rasgos negativos que comenzaban a ser sustituidos, según Rojas, por un "renacimiento" que venía a establecer un puente entre los auspiciosos comienzos de la historiografía con la obra de Mitre y la nueva generación de jóvenes historiadores eruditos emergentes que serán el objeto del capítulo sucesivo Imagen no diferente a la que propondría años más tarde Tulio Halperin al caracterizar el período como "treinta años en busca de un rumbo"

Una foto de grupo

Si queremos ir más allá de definiciones por exclusión o por cuadros cronológicos, podemos aplicarles a este conjunto de historiadores, con prudencia, un rótulo: "positivistas". Historiadores positivistas pero más aún historiadores de la época del positivismo, refiere a la inevitable interacción de todos ellos con aquel clima de época aludido.

Ciertamente positivismo es una etiqueta equívoca y más lo es en los ecléctico mundos de mezcla americanos, aunque pueda recordarse que el mismo Comte encontraba beneficiosa la ambiguedad y polisemia del término Refiere por un lado a matrices intelectuales muy diferentes y por el otro a creencias de muy diferente amplitud y que van desde la simple afirmación de que se puede utilizar para el conocimiento del pasado las herramientas conceptuales de otras ciencias hasta que de él son

extraíbles leyes con la misma precisión que se suponía obtenían las ciencias del mundo físico Conservando la ambiguedad, en ambos planos, usar la expresión "positivismo" puede ser útil para englobar a un conjunto de estudiosos que intentaron dar renovadas perspectivas de la historia argentina Esa doble ambiguedad es necesaria porque su adhesión a los postulados positivistas fue diferente en ellos si comparados entre sí o incluso al interior de las fases del ciclo intelectual de cada uno de ellos (no todos entran en una definición aún laxa en todos los momentos de su vida) o en los distintos géneros que cultivaron Tanta complejización no debe arredrarnos, finalmente las grandes etiquetas empleadas para definir movimientos de ideas (iluminismo, romanticismo u otras) sólo pueden ser empleadas con eficacia con una fuerte atención a matices y cronologías, como sinónimo de climas más que de doctrinas.

Por otra parte, si nos referimos no a los autores sino al clima de época, el mismo también fue bastante mudable y no puede de ningún modo considerarse unitariamente entre la década de 1880 y los años de la gran guerra

Por supuesto que ese rótulo, "positivismo", no puede ser dilatado ilimitadamente y buscando un recorte por el contorno debe señalarse, al menos, que no es empleado aquí para definir banalmente a todos aquellos cultores del estudio pasado que creían en la posibilidad de un conocimiento cierto del mismo (lo que obligaría a incluir en esa definición hasta a Herodoto) ni tampoco a aquellos que modestamente sólo consideraban la posibilidad de un conocimiento verdadero de hechos singulares, es decir los llamados eruditos (aunque aquí quizá sea bueno recordar que ese paradigma no estaba plenamente estabilizado en los mismos contextos europeos a principios de la década de 1890) Por el contrario ese rótulo implica, para aquellos que integramos en él, sino una aceptación plena al menos una intención, una búsqueda de algún tipo de explicaciones generales, leyes o al menos regularidades que organizan la interpretación del pasado En otros términos, una actitud científica o cientificista ante el conocimiento del mundo y del pasado

Así, en primer lugar, ese conjunto de estudiosos tomaba distancia metodológicamente (aunque no siempre interpretativamente) de las formas principales en torno a las cuales había ido constituyéndose una tradición de lecturas del pasado en la Argentina posterior a Caseros. Esa nueva forma

de hacer historia significaba también un traslado del interés de los grandes hombres que producen la historia a los fenómenos sociales, mentales, culturales o económicos que los condicionan o aun los determinan. Junto con esa devaluación del rol de los grandes hombres aparece en ellos una devaluación no menos drástica de lo contingente, es decir de las circunstancias fortuitas que podrían torcer el proceso histórico ("la nariz de Cleopatra"). En gran medida se trataba así del paso de una concepción de la Historia como resultado de la voluntad de los hombres a otro percibido desde los límites férreos que a éstos colocaban otros factores. Se trataba además, en casi todos ellos —la excepción sería aquí Ravignani— de miradas del pasado que colocaban la centralidad explicativa en el ámbito de la sociedad y no en el del Estado. Desde esa característica venían a constituir un hiato en una historiografía argentina que precedentemente (Mitre y Lopez y sucesivamente la Nueva Escuela Histórica) iba a girar en torno a las dimensiones "ético-políticas" de la historia, entendidas como lo que corresponde al Estado o coopera con él.

Ello implicaba también miradas del pasado que abarcaban largos períodos en los que se podían percibir la permanencia de esos factores o leyes, lo que obligaba a una reorganización del relato histórico convencional. Se rompía así, en la mayor parte de los casos, el esquema narrativo cronológico para proponer una reorganización de los materiales del pasado por temas o por problemas que permitiesen percibir aquellas constantes. Ello dará a sus lecturas a la vez un caracter estático y por ende una menor capacidad profética, ya que menos dominadas por una idea de sentido (pasado-presente-porvenir) que estuviese colocada dentro del mismo proceso histórico y no en el plano metafísico de las leyes de la evolución social. De este modo, una paradoja de esta generación de historiadores, tan preocupados por el tema de la nación y por las pedagogías patrióticas para consolidarlas, será que construirán historias sin ninguna eficacia práctica a los efectos de elaborarlas desde ellas. Ello era el resultado de que esa tarea no estaba en sus propósitos en tanto que historiadores o ensayistas. Demasiado celosos de su posición científica, no colocaban en su horizonte de expectativas intelectuales el descender a la tarea de producir los materiales necesarios para una pedagogía escolar. En este sentido a diferencia de sus predecesores y de sus sucesores, sólo muy raramente algunos de ellos condescendieron a realizar manuales para uso escolar. Como dijo una

vez Ingenieros —pero la frase podía haber sido suscripta por casi todos— él no escribía para niños

Todo ello iba de la mano de un intento más o menos exitoso, de buscar sus modelos concretos no en la generación de historiadores argentinos a ellos precedentes ni tampoco en los europeos a ellos contemporáneos (los canonizadores de la tradición del "método") sino en aquella precedente y que fuera justamente denominada positivista (de Hipólito Taine a Fustel de Coulanges a Henry T Buckle) Empero si estos podían proveer los modelos para realizar una obra de historia, los principios orientadores arsenales metodológicos y más a menudo simplemente el vocabulario se buscarían no sólo ni tanto allí sino más aún en aquellas otras ciencias o pseudociencias que la marea cientifica de las segunda mitad del siglo XIX había llevado a una rápida centralidad, derivada de la ilusión en su capacidad para explicar la historia de los hombres con la misma eficacia y precisión que la historia de la naturaleza

Matrimonios de distinto tipo con la neuropsiquiatría, la psicología de los pueblos, la frenología, la sociología, la ciencia política, la economía biológica, la economía a secas y tantas otras signarían a una generación que, a su modo y en su época, propondría una temprana convergencia entre historia y otras ciencias, sociales o no Con todo, esa convergencia se da en un contexto en el que los distintos campos del saber no aparecen, al menos al comienzo del período considerado, todavía como compartimientos estancos y especializados sino como diferentes lugares desde los cuales formular miradas sobre un magma común

Ciertamente los modelos no deben buscarse solamente en los contextos europeos Si queremos utilizar la etiqueta "ensayismo" sociológico o genético o si se prefiere sólo referirnos a lecturas que ponían énfasis en factores constantes que condicionaban severamente el decurso histórico y que se encontraban en la sociedad más que en el Estado o la política, las mismas tenían ya una vigorosa tradición precedente en la Argentina en la generación del 37 Baste recordar las lecturas de Alberdi, Echeverría y Sarmiento del pasado argentino (y desde luego una obra señaladamente importante por afinidad en el clima de ideas será el *Conflicto y armonías de las razas en América* del último) para encontrar en ellas un conjunto de motivos que ecléctricamente se mezclaran con otros en los historiadores que aquí analizamos Empero incluso un texto como

la introducción de 1876-77, que Mitre incorporó a su *Historia de Belgrano*, ya reúne algunos de esos mismos motivos. Por otra parte, por detrás de la fraseología, las referencias y los métodos, desde el punto de vista interpretativo, las lecturas de este grupo de historiadores combinaban también aquellas que habían generado los fundadores intelectuales de la Argentina moderna.

El conjunto de historiadores que analizaremos en este capítulo pueden ser reagrupados según otros rasgos. Aunque fueron contemporáneos no fueron coetáneos. Notamos aquí dos grupos bien diferenciados. Aquellos que habían nacido entre las postrimerías del gobierno de Rosas y los comienzos de la década de 1860 (los Ramos Mejía, Quesada, García, Rivarola) y aquellos que lo habían hecho a mediados o fines de los años setenta (Ingenieros, Álvarez, Bunge y Ayarragaray). De este modo los segundos se habían formado intelectualmente o como discípulos de los primeros o bajo el influjo mayor o menor de las obras de aquéllos (Ingenieros de Jose María Ramos Mejía, por ejemplo). Pese a la diferencia de edad, todos ellos coincidieron en algún momento de la vida intelectual y política argentina, en el que produjeron algunas de las obras más emblemáticas, que coincide con la década y media que antecede a la Primera Guerra Mundial, aunque haya obras precedentes y desde luego muchos de ellos tuvieran una larga sobrevida física e intelectual posterior. Es decir que en términos políticos conviven con el proceso de lento desintegrarse del orden conservador e intelectualmente con la apertura de una serie de debates en torno al mismo positivismo.

Todos ellos eran profesionales, en el limitado sentido que esa palabra podía tener en la Argentina del siglo XIX y que sirve simplemente para indicar, en primer lugar, que habían cursado estudios superiores y, en segundo, que salvo Ayarragaray (sin embargo miembro de muchas sociedades científicas), todos fueron, entre otras cosas, profesores universitarios y se dirigieron a sus contemporáneos desde el mayor o menor prestigio que daba esa posición acumulada a la de ser profesionales y formar parte de las elites estatales. Si todo ello no lleva muy lejos sirve para sugerir, a partir de esas condiciones, la pertenencia a ámbitos de sociabilidad compartidos. Dos conjuntos, con diferente peso relativo, se distinguen nuevamente aquí y ello no es irrelevante a la hora de analizar sus lecturas y las tradiciones con las que se filiaban, en especial las matrices diferenciadas

del positivismo la Facultad de Medicina y la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires Aunque aquí, nuevamente, no habría que exasperar la contraposición ya que había, por ejemplo, comtismo y lombrosianismo en ambas Además y más allá de las matrices, considerando los resultados, en algunos casos, por ejemplo la obra de un egresado de derecho como Bunge y la obra de un egresado de medicina como Ayarragaray no sólo presentan climas afines sino que un lector no avisado de los orígenes profesionales podría presuponerlos inversos Con todo, en una mirada de conjunto, los énfasis eran en general diferentes y también lo eran los resultados concretos que emergen de una y otra Egresaron de Medicina José María Ramos Mejía, Ingenieros y Ayarragaray y de Derecho Rivarola, García, Quesada (los tres en la misma promoción de 1882), Francisco Ramos Mejía, Bunge y Juan Álvarez

Desde el punto de vista regional, todos eran de Buenos Aires con excepción de tres Ayarragaray era entrerriano y Rivarola y Álvarez (aunque nacido en Gualeguaychú) eran rosarinos por nacimiento o adopción Sin embargo, los tres habían estudiado en la Capital, lo que era decisivo desde el punto de vista de los ambientes de sociabilidad y del clima cultural Desde el punto de vista de los orígenes sociales y familiares, la variedad es grande algunos pertenecían a familias antiguas (los dos Ramos, Quesada, García) y otros eran en cambio, al menos en parte, primera generación de argentinos (Álvarez, Ayarragaray, Ingenieros, Rivarola) Las dos observaciones requieren con todo algunas matizaciones La pertenencia antigua no implicaba necesariamente la integración en las elites económicas ya que, como muestran los casos de García y de Quesada, sus familias aunque pertenecientes al espacio de los sectores letrados y articuladas en las elites sociales, no tenían un gran patrimonio, y los dos historiadores deberían buscar en distintos lugares públicos los recursos para una subsistencia sin privaciones pero también sin holguras (salvo aquellas que pudieran derivar de un afortunado matrimonio como será el caso de Quesada) Los segundos, aunque eran de familias de reciente instalación poseían también por vía paterna un patrimonio intelectual (Álvarez, Ingenieros) o material (Ayarragaray) que hace imposible considerarlos simples hijos de inmigrantes Las ambigüedades se reflejan plenamente en la figura de Bunge, hijo de extranjeros pero de un grupo comparativamente prestigioso (alemán) y poseedor de un importante capital cultural

y material familiar. En cualquier caso, la referencia a los orígenes familiares no debe ensombrecer, además, en cuán gran medida ellos mismos podían autopercibirse como una aristocracia intelectual deseosa de instruir tanto a los ricos pero rústicos argentinos viejos como a los nuevos inmigrantes y sus descendientes.

Un rasgo compartido era la múltiple implantación laboral en la que se combinaban el ejercicio profesional, en especial como funcionarios del Estado, el periodismo, la docencia universitaria, la participación en asociaciones a mitad de camino entre lo cultural y lo profesional y la labor de creación intelectual. Esta última se ramificaba en muchas direcciones quitando toda idea de especialización y acercándolos a un eclecticismo que no dejaba, en muchas ocasiones, de derivar en dilettantismo. Todos ellos cultivaron distintos géneros y la labor estrictamente historiográfica no fue dedicación exclusiva ni a veces siquiera principal de ninguno de ellos. Sin embargo, en tensión con aquellos rasgos que indican límites evidentes de profesionalidad, si ésta es definible en términos de participación en una comunidad científica que sería la que otorga la validación de las habilidades de sus miembros, es necesario recordar también que varios de entre ellos (José María Ramos Mejía, Quesada, Bunge, Ingenieros) gozaron de un reconocimiento internacional por sus pares enormemente mayor que el de los estudiosos analizados en los capítulos precedentes y de muchos de los que veremos en los capítulos sucesivos.

Un ámbito que, sin embargo, o estaba excluido u ocupaba un lugar marginal o episódico en todos ellos era la política, entendida como ejercicio de cargos electivos relevantes en modo no episódico (la excepción es de nuevo Ayarragaray que tuvo en ese plano una carrera más extensa). Al existir muchas opciones en el orden conservador para practicarla, para personas que tenían sus vinculaciones, la ausencia de la misma no deja de ser un rasgo que delimita por el contorno un espacio que, aunque no especializado, ni siquiera siempre profesional, incluso según los estándares internacionales de la época, sugiere empero un territorio intelectual que hicieron propio como lugar desde donde intervenir en la vida pública y desde el cual enunciar sus propuestas.

Lo dicho hasta acá debe ser entendido como un bosquejo o esquema de afinidades que no oscurecen las diferencias y los matices entre los distintos autores y aun en cada uno de ellos mismos. Propone sólo un punto

de partida para contextualizar una trama de vínculos personales y de diálogos intelectuales entre individuos o personas concretas cuyos caminos se acercan por momentos y difieren significativamente en otros.

Dos puntos de partida

Buscando un momento ideal de comienzo de esta historia podríamos encontrarlo en la publicación en 1878, por parte de José María Ramos Mejía, de la primera parte de su *Neurosis de los hombres célebres en la historia argentina* Ramos es, por entonces, un joven estudiante de medicina próximo a graduarse —lo haría al año siguiente con una tesis sobre el traumatismo craneal—, pero ya activo en el ámbito de la medicina (había fundado contemporáneamente el Círculo Médico Argentino) Poco se sabe del clima de estudios en esa Facultad salvo que las nuevas ideas no eran claramente dominantes (Eduardo Holmberg, condiscípulo de Ramos, en una ficción de 1874, ironizaría acerca de que nunca había oído hablar de Darwin en ella). Algo que vendría a corroborar el hecho de que el Círculo Médico, donde las nuevas tendencias serían manifiestas, había sido fundado por estudiantes de la facultad más que por los profesores Más allá de los espacios académicos, Ramos perteneció a ese ámbito de jóvenes de la elite porteña que se nucleaba en torno a los periódicos *El Nacional* primero y *Sudamérica* después (Pellegrini, Cané, Lucio V López) y con el cual permanecerá ligado —en especial en torno a la órbita y luego a la estela del primero—, en sus incursiones en la política (fue diputado nacional entre 1888 y 1892) o en las que a través de ésta lo llevaron a altos cargos estatales. Esos mismos vínculos lo colocaban en la cercanía de Vicente Fidel López, su mentor y en cierto modo maestro en sus incursiones históricas que fueron paralelas a su actuación en el campo de la medicina, sea en la Facultad respectiva, donde sería nombrado profesor titular de Patología Nerviosa en 1887, sea en el ámbito de las instituciones estatales del área (primer director de la Asistencia Pública, 1882, presidente del Departamento Nacional de Higiene, 1893).

La operación que propone Ramos —releer el comportamiento de grandes figuras del pasado argentino (en especial Rosas) a través de un estudio de su patología nerviosa, es decir, una aplicación de los avances de la

psiquiatría al estudio de la Historia— es muy original y novedosa para el contexto historiográfico argentino pero no para el europeo. En especial la obra del médico y ensayista Jacques Moreau de Tours, de 1859, aparece como referencia principal dentro de un conjunto de lecturas médicas francesas que ha ido realizando autónoma y desordenadamente en los años precedentes. También de Moreau de Tours ha partido otro médico interesado en la psiquiatría y antropólogo vocacional, Cesare Lombroso, para producir su obra *Genio e Follia* en 1864 que, sin embargo, Ramos no cita en la primera edición de las *Neurosis*. La idea es, sin embargo, la misma en los tres casos: las raíces comunes del genio y de la locura, creencia bastante extendida desde tiempos anteriores, sea en el seno de la cultura letrada como en el de aquella popular. Según ella, la extrema actividad cerebral de los hombres notables generaba una fuerte propensión hacia distintas formas de neurosis. Ramos, sin embargo, siempre ecléctico, agrega una segunda línea de reflexión no sobre individuos sino sobre grupos colectivos, considerados como si fueran un individuo y por tanto pasibles de un semejante tipo de análisis en cuanto a sus patologías mentales. Las filiaciones principales parecen ser aquí Jean Baptiste Laborde, que aplicaría los principios de la psicología mórbida de Moreau al análisis de los actos del pueblo de París durante la Comuna, y Prospet Despine. Ambos influirían también sobre Le Bon, con sus hipótesis sobre los fenómenos de contagio (o imitación) moral. Ramos trasladará ese tipo de análisis al estudio de los comportamientos colectivos de la plebe de Buenos Aires durante la época de Rosas. En 1882, Ramos daría forma definitiva al libro agregando cuatro estudios más sobre otros personajes de nuestro pasado (Francia, Monteagudo, Aldao y Brown), encarnaciones de distintos tipos de neurosis.

La obra de Ramos fue recibida con simpatía pero a la vez con reservas. Vicente Fidel López las expresó en el Prólogo que acompañó la primera y las sucesivas ediciones. Lo definió obra de "ciencia pura", elogió la independencia de criterio del autor y lo consideró un aporte a la gloria literaria argentina. Agregó, sin embargo, que la obra era un ensayo inicial y precoz que carecía de la suficiente extensión documental en el terreno histórico y de la ausencia de registros clínicos en la Argentina del pasado que permitiesen tipificar mejor las enfermedades a que Ramos aludía. Sarmiento también le dedicó elogios en una pronta recensión pero advir-

tió sobre la credulidad del autor hacia las fuentes que utilizaba para sostener sus afirmaciones, el panfletismo de la época de Rosas (incluido el suyo propio) que estaba mas atento al combate politico que a la verdad histórica

Considerada en conjunto, "las neurosis" presenta ya la variedad de temas que sucesivamente le interesaran a Ramos en el plano historiográfico y las vías de indagación del mismo Más allá de que otros autores y modelos se agregaran luego a su horizonte intelectual ya aquí están delineados la aproximación al pasado argentino desde el estudio de los fenómenos mentales de individuos o grupos colectivos Comparando la obra de Ramos Mejía con la de alguno de sus congéneres europeos emergen bien las limitaciones de la misma No sólo se trataba del estado de la disciplina médica en el país o del de las fuentes y la bibliografía históricas disponibles —que desde luego no tenían punto de comparación con las europeas— sino de que el mismo Ramos Mejía aparecía y aparecerá luego más inclinado hacia un ensayismo adornado con una magnífica prosa (de su interés permanente por la literatura da buena cuenta el testimonio de Jose Ingenieros) que a una profunda colaboración entre psiquiatría e historia Ello no sugiere que los resultados hubiesen sido menos discutibles si hubieran reposado sobre tradiciones intelectuales mas consistentes o si el entonces joven autor le hubiese dedicado mayor esfuerzo También libros como los de Moreau o Lombroso estaban plagados de afirmaciones discutibles o arbitrarias Lombroso, por ejemplo, argumentaba que una de las mayores pruebas de la locura de Comte era no sólo la que brindaba el que hubiera estado internado por trastornos mentales sino su misma doctrina ya que luego de condenar a la religión y a la Iglesia había intentado convertirse en apóstol y sacerdote de una religión materialista Con todo, una comparación con el libro de este último puede ser de interés para exhibir el problema, en especial porque la obra de Ramos tenía muchas afinidades con la de Lombroso, sobre todo la segunda parte agregada en 1882, donde aparece además citado no *Genio e Follia* pero sí la revista *Archivio de Psichiatria, Scienze Penali ed Antropologia Criminale* Sin embargo, las muchas temerarias observaciones de Lombroso reposaban, al menos, en un arsenal documental de muy diferente calidad y profundidad que el de Ramos No sólo se trataba de que en gran medida utilizaba los textos, las memorias o la correspondencia producidos por aquellos mismos que

estimaba locos (de Newton a Rousseau) sino de que la comparación reposaba en amplios estudios médicos (en especial historias clínicas y diarios de internados en manicomios) y en un detallado análisis de estructuras craneanas.

En Ramos se trataba de fuentes que podemos llamar secundarias, libelos, algunas pocas entrevistas a contemporáneos y algunas pocas referencias de periódicos (*La Gaceta Mercantil*) a los que sumaba la obra de historiadores y ensayistas como Mitre y López (sobre todo), Andrés Lamas y Sarmiento. Buen discípulo de López utilizaba también abundantemente los recuerdos familiares y las conversaciones informales con los mayores y con sus contemporáneos. En cualquier caso, las citas teóricas médicas exceden a las históricas en una proporción de 3 a 1. Ciertamente, y de ello nos ocuparemos más adelante, el mismo Ramos fue consciente de esos límites y a su modo buscó ampliar sucesivamente la base documental en la que hacer reposar sus conclusiones. Por otro lado, no hay que olvidar que, por inconsistente que pudiese aparecer la evidencia que presentaba en comparación con la de sus congéneres europeos, el mismo Lombroso no había dejado de elogiar calurosamente el libro de Ramos al que definía como "uno de los más potentes pensadores y de los más grandes alienistas del mundo", aunque sólo fuese porque en él reconocía su misma voz.

Un segundo autor que puede servirnos de apertura de la otra línea mayor de los estudiosos del período es Francisco Ramos Mejía con su libro de 1887, *El federalismo argentino*. Éste siguió un itinerario intelectual, institucional y político diferente del de su hermano menor: egresado de la Facultad de Derecho en 1873, fue nombrado pronto juez del crimen en la Provincia de Buenos Aires, punto inicial de una carrera en el ámbito judicial (luego continuada en la justicia de la Capital) y de teórico del nuevo derecho penal. Fue asimismo uno de los fundadores de la Sociedad de Antropología Jurídica Argentina en la que pronunció una recordada conferencia, en 1888, en defensa de las tesis de la escuela positiva criminológica italiana, en su versión más antropológica (Sergi, Lombroso). En 1889 se vinculó a la Unión Cívica en cuyas filas fue electo senador por la provincia de Buenos Aires en 1890. Lo que parecía el comienzo de una importante carrera política terminaría rápidamente, ya que fallecería tres años después.

Su itinerario es en algunos puntos muy diferente del de su hermano (derecho vs medicina, "pellegrinismo" vs. "civismo") en otros es, en cambio, semejante. Por ejemplo ambos participaban de la aludida Sociedad de Antropología que era uno de los lugares de encuentro entre el saber médico y el saber jurídico bajo la insignia de la escuela de antropología criminal italiana y ambos tenían algunas referencias intelectuales comunes Ante todo, desde luego, Darwin, pero también Lombroso (si bien José María más al primer Lombroso y Francisco más al del *uomo delinquente*).

Sin embargo, sus obras sobre el pasado argentino son bien diferentes. En cierto modo, las mismas reflejan el peso importante que hay que atribuir a los lugares formativos y a la diferente perspectiva intelectual que emergía desde ellos. Ciertamente, la Facultad de Derecho, en el momento que estudió en ella Francisco Ramos Mejía, o incluso en el que lo hicieron los egresados de 1882 (es decir antes y después de una serie de reformas que de 1873 a la nacionalización de la universidad en 1880, modificaron el plan de estudios coincidentemente con un recambio profesoral), no era ni un ámbito de saber muy especializado ni un vivero de nuevas ideas ni un reducto del positivismo. Por el contrario, reinaba allí una enseñanza general poco especializada y poco profesional, en la que dominaba en la primera época el derecho natural y en la segunda el análisis cerrado exegético de los códigos, según moda francesa, en las materias troncales (Derecho civil, comercial, procesal) y la escuela clásica en derecho penal. En ambos momentos todo era acompañado por una retórica brillante y elegante que reposaba en sus mejores cultores en una cultura humanística amplia. Eso era lo que aportaban en el primer momento figuras como José María Moreno (que enseñaba Derecho civil) o Carlos Tejedor (Derecho penal) y en el segundo otras como José Manuel Estrada (que enseñaba Derecho Constitucional) o Pedro Goyena, que enseñaba Derecho Romano. Buscando un testimonio de ello puede apelarse al de Antonio Dellepiane que pudo decir de este último que sustituía el curso erudito y sistemático por "ligeras y educadoras *causeries*"). En cuanto al clima de ideas imperante en ella, por mucho que el positivismo estuviese en expansión en la década de 1870, convirtiéndose en la moda intelectual del Buenos Aires de esos años (y ello en el ámbito jurídico debía significar, en primer lugar, Augusto Comte), el mismo operaba sobre una Facultad donde predominaban aún las viejas tendencias. Todavía en la cola-

41 de 236

ción de grados de 1882, es decir de una generación posterior a la de Ramos Mejía, Pedro Goyena, que fue el orador principal en representación de la institución, dio un discurso en el que se desencadenó contra el positivismo en todas sus variantes —Comte, Spencer, Darwin— definiendo los estudios jurídicos como el último baluarte de una filosofía de la libertad y del libre albedrío contra aquellas perniciosas nuevas ideas De este modo, la formación de Francisco Ramos Mejía, pero también luego las de García, Quesada o Rivarola, debe más a influencias del ambiente cultural porteño que a la docencia en la Facultad de Derecho En ésta será recién a fines de la década de 1880 y con fuerza en la sucesiva que el positivismo hará sentir una presencia destinada pronto a convertirse en dominante (aunque no sin reservas como muestra el discurso de Juan Agustín García en la colación de grados de 1899 con su insistencia en el humanismo y en el retorno a los estudios clásicos)

A primera vista, *El federalismo argentino* es una obra que debe colocarse bajo la advocación de Spencer y las leyes orgánicas de la evolución, citadas reiteradamente en especial en la última parte Sin embargo, miradas las cosas más de cerca, la obra debe menos a Spencer de lo que parece y mucho más a Savigny y un enfoque historicista del derecho Poco hay en el libro (más allá de ocasionales referencias a la especialización o a la comunidad de intereses o a la "integración de materia social") del complejo movimiento de estructuras y funciones spenceriano y sí una historia social-institucional que parte de una hipótesis sencilla. las instituciones argentinas no son una copia de otras, los movimientos políticos no son el resultado de la acción irrazonada y primordial de ciertas figuras (los caudillos federales) Por el contrario, aquéllas hunden sus raíces en el lejano pasado colonial y más atrás aun en las instituciones medievales españolas y éstos son el producto o la manifestación visible de ciertas leyes históricas Las formas jurídicas y las doctrinas políticas entonces sólo son expresión de la herencia histórica y del entramado de creencias de una determinada sociedad

Francisco Ramos Mejía brinda una lectura positiva de la historia de la España medieval, vista como una tierra de libertades equivalentes a las de Inglaterra en el mismo período (en lo que quizás haya ecos de lecturas de los constitucionalistas liberales españoles de principios del siglo XIX) La misma reposaba en el temperamento individualista del pueblo español que

defendía tenazmente sus libertades, en la fortaleza de su vida urbana y en las instituciones municipales La debilidad de la monarquía posibilitaba la existencia de una suerte de democracia que, Ramos advertía, no era desde luego equivalente a la contemporánea ya que estaba centrada en las clases dirigentes urbanas pero eso, agregaba, era tal vez un bien ya que permitía el manejo de la cosa pública por los sapientes y no por las masas populares siempre "víctimas de pelafustanes políticos" Ciertamente, sostenía Ramos, esa España desaparecería con la derrota de los comuneros en Villalar pero antes de hacerlo había trasmitido esos caracteres a la conquista de América De aquí podía deducirse claramente una idea que la España que colonizaba a América no era de ningún modo inferior a la Inglaterra que conquistaba el Norte y que el vigor del espíritu y de las instituciones que se transmitieron en uno y otro caso eran semejantes

La vida colonial en el retrato de Francisco Ramos Mejía reproducía aquellas características de una historia precedente de diez siglos y ello era inevitable, al menos en el Río de la Plata donde se mantenía pura o poco modificada la raza española que las había transportado Esa vida centrada en las ciudades, en el espíritu municipal, en los cabildos, activos lugares donde germinaba una "democracia inorgánica" se veía incluso reforzada, en el territorio de la actual Argentina, por las características de su sociabilidad y toda la construcción reposaba sobre una contraposición entre la situación de la futura argentina con las características aristocráticas de Perú y Chile Esa vida municipal reforzada por la tradición particularista de la raza no sólo generaba esas raíces democráticas y esa sociedad igualitaria sino también una forma de identidad que se expresaba en un patriotismo local cuyo núcleo eran las ciudades El resto de las divisiones administrativas, las gobernaciones o las intendencias eran sólo una emanación de éstas Todo lo que no era lo local (a excepción parcial de la lejana monarquía) dejaba a las poblaciones indiferentes

Es lógico que como resultado de una situación así descripta, las leyes naturales llevasen a que esos particularismos continuasen luego de la independencia Ellos llevaban a la fragmentación en Estados autónomos, a partir de las ciudades y su jurisdicción (las provincias eran simples emanaciones de las comunas) y en su institución política, los cabildos, residía la representación del pueblo orgánicamente considerado Todo ese movimiento molecular generaba una expresión política el federalismo El mismo

era urbano primero, rural sólo después Los primarios caudillos distorsionaban pero a la vez daban a su modo continuidad al principio federal y lo popularizaban Expresaban la fuerza de las leyes naturales (pero a la vez la de toda la tradición jurídica española) que debía imponerse sobre los diseños políticos e institucionales de teorizadores o doctrinaristas abstractos ya que eran ésas y no la voluntad libresca de los hombres las que guiaban el curso histórico El federalismo no era el resultado de una unidad descentralizada ya que ella nunca había existido en la Republica Argentina, solo había entidades independientes El proceso político argentino posterior a mayo era el intento de lograr su creación (impulsada por la unidad de lengua y raza y por los intereses comerciales) a través de un pacto entre estados soberanos como ocurrirá finalmente con la constitución de 1853, culminación de toda esa historia posterior

La obra de Francisco Ramos Mejía, cuya actualidad en algunos tópicos es bien evidente y cuyo estilo historiográfico no genera distanciamiento desde la perspectiva actual, proponía una lectura en base a fuentes secundarias integradas en un relato ágil y en el que predominaban las fuerzas sociales por sobre las instituciones, y la necesidad por sobre la libertad ("con las fuerzas de la naturaleza no se hace lo que se quiere sino lo que se puede") Con todo, y es bueno enfatizarlo, una vez más autor de mezcla como sus congéneres, Francisco Ramos terminaba tratando de hacer coincidir ese determinismo con una perspectiva que atribuía a los grandes hombres providenciales un papel Apoyándose en Macaulay contra Tolstoi, terminaba concluyendo que uno de los problemas era que la Argentina no había hallado sus soluciones ya que no había encontrado al "hombre de las circunstancias"

Su interpretación del pasado argentino compartía muchos puntos con algunos de sus predecesores Entre ellos, por ejemplo, la idea hiperbólica de que la Revolución de Mayo era "una de las más grandiosas de la humanidad" Sin embargo, "El federalismo argentino" abría asimismo una doble polémica Por un lado contra la tradición de lecturas de la constitución argentina de 1853 como una simple continuidad de la constitucion norteamericana (defendida por Sarmiento en 1853 y luego de él desde la cátedra por Nicolás Calvo y Aristóbulo del Valle) Por el otro contra una lectura de la historia argentina como la de Vicente Fidel López (aunque éste fuese citado profusa y encomiásticamente), su imagen de los caudi-

llos y de la tradición federal, su omnipresente énfasis en el papel de Buenos Aires En cambio la obra se colocaba, sin proclamarlo, en la estela de la de Mitre Como éste, veía de manera positiva el mundo colonial, su democracia inorgánica y su sociedad igualitaria, el papel activo de los cabildos y la confrontación entre la excepcionalidad argentina y el resto de Hispanoamérica Como éste, también veía el movimiento que culminaba en la disgregación del año XX como un movimiento que comportaba, con todo, gérmenes fecundos para la evolución argentina posterior Desde luego las diferencias no deben tampoco oscurecerse, en especial con relación al papel de la continuidad de la tradición española, de los particularismos y con el tema del surgimiento de la nación

En el tránsito entre los siglos XIX y XX

A esos dos autores y a sus obras cronológicamente tempranas se suman en la década del noventa otros y otras Por un lado, nuevos intentos de José María Ramos Mejía, por el otro las obras de dos egresados de la Facultad de Derecho en la citada promoción de 1882 Juan Agustín García y Ernesto Quesada Estos dos, tras diversos ensayos previos, producirán sus obras mayores en sede historiográfica hacia finales de la década (*La época de Rosas*, 1898 y *La ciudad indiana*, 1900)

Comencemos con José María Ramos Mejía[1] Éste, tras el paréntesis que le impusiera su dedicación a distintas funciones públicas, insistiría en sus excursiones históricas En 1896 aparecería *La locura en la historia* Aplicaba allí al vasto campo de la historia europea medieval y moderna (pero incluyendo pantallazos del mundo antiguo) el instrumental teórico que había presentado en "las neurosis" Reducidos a sus términos simples, como lo hace Groussac en el demoledor Prólogo que precede la obra a pedido del autor y en el que carga contra las ilusiones y excesos de la neuropsiquiatría y aun del darwinismo, todo reposa en la teoría de la "herencia mórbida" por la cual las patologías de los individuos se transmiten de generación en generación acrecentándose A ello opone el ensayista francés otro principio descalificador de la misma el de la regresión al tipo normal

El núcleo principal del libro lo constituye el caso español en donde

43 de 236

Ramos desarrolla, en paralelo, un análisis psicosocial el papel de la Inquisición en la conformación de la mentalidad del pueblo español ("la seleccion de la especie humana por medio del Santo Oficio") y otro individual-familiar en el que el analisis de la degeneración hereditaria se aplica a un caso clásico en ese tipo de estudios el de la dinastía de los Austrias, desde la enfermedad de Juana la loca a la de Carlos II Con respecto al primer proceso, no exento de entusiasmo hacia la paradojas, Ramos argumenta que la seleccion artificial producida por la Inquisición tuvo un doble y contradictorio efecto por un lado eliminó del pueblo español muchas enfermedades mentales convirtiendo a los españoles en un pueblo más sano que otros europeos y por el otro eliminó todo atisbo de inteligencia en el terreno cultural, esterilizando cualquier movimiento intelectual En resumen, una obra que repite esquemas conceptuales presentes en *Las neurosis* y la misma operación historiográfica (mezcla de fuentes secundarias, en tantos casos dudosas, con literatura médica no menos discutible) cuya mayor innovacion con respecto a la anterior es el lento desplazamiento del eje temático de los fenomenos individuales a los colectivos que signara plenamente su libro sucesivo *Las multitudes argentinas*, publicado en 1899 Aqui entramos en un clima nuevo

Las multitudes, pensada como proemio de un libro sobre la época de Rosas que publicaría ocho años más tarde, ha sido colocada justamente bajo la égida de la influyente obra de Gustave Le Bon Sin embargo, esa afirmación aporta en su sencillez más dificultades que iluminaciones Desde luego, el punto de partida es el mismo la ley de la unidad moral de las multitudes, según la cual los hombres abdican de su personalidad individual y se integran en un conjunto social que se comporta como una persona colectiva dominada por los sentimientos y por el puro instinto Sujeta a una situacion alucinatoria actúa como un ser colectivo dado a todo tipo de desbordes y que sólo puede ser controlada (domada) por el *meneur*, el manipulador de la multitud Sin embargo, como ya observamos, Ramos al igual que la mayoría de sus contemporáneos era dado a las mezclas más eclecticas y éstas lo llevan a corregir sustanciales puntos de la teoria de Le Bon El primero es que no todos los hombres son pasibles de abdicar, en ese estado hipnótico, de sus propias facultades Para el caso americano, colige Ramos, son en general las personas humildes sin instruccion formal, hombres anónimos cuya personalidad es maleable (el

"hombre carbono") y por ende susceptible de integrarse en un colectivo como la multitud Las personas superiores, por su instrucción, difícilmente puedan integrarse a ella Empero, tambien aquellas que engloba con el rótulo del "burgués áureo", por su timidez y pasividad, sólo podían hacerlo en otra categoría específica, la de la "multitud estatica" o pasiva La segunda distincion es cronológica Ahí donde Le Bon consideraba a la multitud como un fenómeno característico y especifico de las sociedades contemporáneas (con una posible excepcion para la Roma imperial), Ramos llevaba la cronología más atrás, individualizando el paso de la turba amorfa a la multitud, para la Argentina, en el transito entre los siglos XVIII y XIX Más aún, para el caso argentino, Ramos conjeturaba que en la época a él contemporánea no existía verdaderamente multitud sino que se había retornado al grupo, elemento primordial y precedente A lo sumo existía en su época esa multitud "estática" (a contrastar con las dinamicas precedentes) que se formaba a través de los periódicos, las tertulias o los pequeños corrillos Empero, esta última caracterización acerca a Ramos a las reflexiones de Gabriel Tarde sobre la opinión y sus leyes de imitación que, como es conocido, estaban en las antípodas de las de Le Bon en los debates europeos Finalmente, y el punto no es menor, ningún urgente temor afecta las reflexiones de Ramos Mejía, a diferencia de sus congéneres europeos para quienes el estudio de la multitud era un modo de poder actuar para conjurar su peligros Más aún, Ramos parece añorar la sanguíneas multitudes de la emancipación y aun de la tirania, románticas, heroicas y que cumplían un beneficioso papel fisiológico en el organismo social a la vez que deplora a las nuevas multitudes inmigratorias dominadas por el cálculo y el interés e incapaces de cualquier grandeza En lo que desde luego hay que ver un tópico común en los grupos dirigentes argentinos de la época

La obra de Ramos contiene una combinación de dos de los elementos presentes en sus obras anteriores un aparato teórico ecléctico con una utilización de fuentes secundarias A ellos agregaba ahora un tercero la del observador de la realidad argentina de las últimas décadas del siglo XIX Los dos últimos capitulos del libro acerca de las multitudes modernas son los más interesantes y los más paradojicos del libro No se trata sólo de un ensayo sociológico sino de un verdadero proyecto prescriptivo que refleja la necesidad de integrar y disciplinar a los inmigrantes como

modo de hacerlos pasar, lentamente, del estado de barbarie en el que supuestamente se encontraban a los pródromos de la civilización. A la manera sarmientina sería la Argentina la que civilizaría al inmigrante y no viceversa. Así, Ramos combina la observación con la creación de estereotipos sociales destinados a la vez a estigmatizar y a sugerir por contraste los comportamientos deseables. Asimismo, esos dos capítulos a su modo resumen alcances y límites de las aproximaciones de Ramos en la tensión de una jerga pseudocientífica y un lenguaje a ratos escatológico con agudas aunque prejuiciosas percepciones de la sociedad contemporánea. Como observó Groussac y repitió luego Ingenieros, Ramos podía resumirse en la máxima que Goethe puso en boca de Mefistófeles: "Gris es la teoría pero verde es el árbol de la vida".

Diferente al de Ramos es el camino de García y Quesada. Por otra parte, comparados entre sí, aunque tenían tantos rasgos semejantes (formación, lugar social, lugar profesional, de la justicia a la enseñanza universitaria, interés por la sociología, ciertas lecturas), los itinerarios de García y de Quesada fueron más discrepantes que coincidentes.

El itinerario intelectual de Ernesto Quesada será diferente no sólo del de García, como veremos, sino también del de los otros estudiosos analizados en este capítulo. El hecho diferencial fue su formación en Alemania. En 1873 acompañó a su padre, Vicente Quesada, a Europa en sus misiones diplomáticas (en ese año ambos entrevistaron a Rosas en Southampton, hecho quizá no desprovisto de significación historiográfica) y éste lo colocó como estudiante en un Gimnasio (liceo) en Dresde. Esa temprana experiencia educativa signará el contacto con la lengua y la cultura alemanas, que en el ámbito argentino eran una curiosidad. Signó también la primera aproximación a un estilo profesoral que luego, a la manera del ejemplo europeo, caracterizará en el largo plazo su modo de colocarse en el campo intelectual argentino. Una nueva estadía en Alemania, en 1879-1880, en este caso como libre frecuentador de cursos universitarios en Berlín y Leipzig, ejercería una mayor influencia intelectual, con los límites que más adelante indicaremos. En especial en la última universidad, Quesada tomó contacto sea con Wilhem Wundt y su tradición de la psicología de los pueblos sea con Wilhem Roscher y su escuela histórica de la economía nacional. Entretanto, en Argentina, realizó estudios en la Facultad de Derecho, en la que se graduó en 1882, como ya señalamos.

Su trayectoria posterior es bastante semejante a la de otros egresados de la Facultad de Derecho: profesor de Letras en el Colegio Nacional al año siguiente, un fugaz paso por el Concejo Deliberante de la ciudad en los ochenta, juez y fiscal de cámara en la justicia civil (desde 1899) y primer profesor universitario de Sociología en la Universidad de Buenos Aires, en la Facultad de Filosofía y Letras, desde 1904 y de Economía Política en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales en la Universidad de La Plata, unos años después. Escritor prolífico cultivó, sin embargo, menor variedad de géneros que García y con mucha mayor erudición que éste. Su predilección fue hacia obras de historia o hacia ensayos en los que enfocaba una gran variedad de temas: desde sociales (de la cuestión obrera a la cuestión de la mujer) a culturales (desde la estética operística al uso de la lengua) o educativos (la enseñanza de la historia o de la sociología).

Su interés por los temas históricos se manifestó bastante temprano, en especial desde principios de la década del noventa, con una serie de ensayos publicados en distintas revistas (*Revista Nacional, La Quincena, La Biblioteca*). Todos ellos giraban en torno a las guerras civiles argentinas en el nudo crucial de 1840-41. La mirada histórica que presenta Quesada es, a primera vista, sorprendente. Nada hay aquí de la influencia alemana ni tampoco de la mirada sociológica sobre el pasado que luego defenderá con ahínco. Por el contrario se trata de una historia plenamente tradicional de problemas militares y políticos, narrados en forma cronológica con amplia atención a los detalles y abundante trascripción de documentos. Más allá de ocasionales referencias a causas generales, la explicación última del proceso está ligada a los aciertos y errores, virtudes y defectos de los protagonistas de cada uno de los bandos en lucha.

Un papel central en la documentación que sostiene a los distintos ensayos lo ocupa el archivo del general Ángel Pacheco (que contenía además parte de los archivos de sus vencidos, Lamadrid y Lavalle) que nos sirve también para darnos una inmediata explicación del objetivo de Quesada. Casado con una nieta del general rosista (Eleonora Pacheco), Quesada parece actuar como abogado de la familia política en cuestión de controversias históricas. Un tema importante, al que le dedicará un volumen en 1893 (*La decapitación de Acha*) tiende a librar de responsabilidad a Pacheco en la ejecución de aquél. Argumento que lo llevaría a una serie de polémicas en diarios de Buenos Aires con otros historiado-

res que se habían ocupado del tema atribuyendo la decisión a Pacheco, desde Antonio Díaz a Adolfo Saldías (que no contestaría pero mantendría la misma interpretación en las sucesivas ediciones de la *Historia de la Confederación Argentina*). En realidad la polémica era más antigua —en ella precedentemente a Quesada había intervenido su suegro, José Pacheco— y no solo concernía a la reputación del militar rosista sino que tenía también otras implicancias ya que había servido de argumento colateral para una confiscación parcial de las numerosas tierras acumuladas por aquél en la época de Rosas.

En cualquier caso, la intervención de Quesada como defensor tardío de la tradición federal, aunque se trasluce en cada momento de su argumentación, va rodeada de precauciones y advertencias acerca de la verdad histórica y el método erudito. Su esfuerzo por acompañar documentos, por presentar (e incluso transcribir) la posición de sus adversarios, su toma de distancia de la obra de Saldías (a la que años más tarde juzgará "más panegírico que historia"), hace que la perspectiva que elige sea, más allá del tono abogadil, no la del panfleto sino la del historiador serio y concienzudo que aplica los avances metodológicos de las "novísimas investigaciones históricas". En suma, una historia documentada a la manera de Mitre que parece ser el mayor modelo historiográfico y nada de las nuevas ideas o tendencias. Efectivamente, ya en 1894, al exponer los criterios aplicables a las investigaciones históricas, había cotejado las aproximaciones de Mitre y López a la historia y, en modo circunspecto, se había inclinado en favor del primero en punto a la metodología, aunque entonces y luego había sido capaz de reconocer en López (a cuya familia los Quesada estaban vinculados) una obra de mayor eficacia pedagógica.

En 1898, Quesada publica *La época de Rosas*. El libro significa un cambio de perspectiva metodológica. De algún modo parece hacer suya la máxima de Mitre en su polémica con López, de que primero se necesitaba la labor concienzuda erudita y sólo luego era admisible la síntesis. En cualquier caso, el libro es ya una obra en pleno clima de lo que hemos llamado positivismo historiográfico, dominado como está por una perspectiva que puede denominarse sociológica, en el sentido que él mismo le daba cuando afirmaba que la sociología había emergido de la crónica histórica utilizando sus resultados para una síntesis que exhibiese los factores constantes. La síntesis no es sin embargo hija de sus lecturas alemanas

sino bastante francesa Además de Augusto Comte, al que admiraba (en especial su *Cours de Philosophie Positive*), hay allí bastante de Hipólito Taine, una vez más la presencia historiográfica más visible en esa generación y de su tríada sobre la raza, el medio y el momento, son estos dos últimos factores los que según Quesada explican a Rosas

Como se ve, su propuesta historiográfica ha cambiado no son ya las decisiones de los actores sino factores profundos los que explican el decurso histórico es la característica de la sociabilidad argentina de la época (resultado a la vez de un proceso histórico) la que explica a Rosas y no viceversa Asimismo, el relato ya no es cronológico sino analítico y usa y abusa de la comparación analógica de situaciones entre ámbitos temporales y espaciales muy diferentes De este modo, Rosas es hijo de su época, producto de la "edad media" argentina surgida en el año XX y ocupa un lugar semejante, en cuanto promotor de la unidad nacional y opositor al "feudalismo", al de Luis XI de la historia de Francia Mas plausible, en cambio, la comparación con Portales que le sirve a Quesada para sugerir dos modelos alternativos de consolidación del Estado el aristocrático chileno y el democrático argentino Pues efectivamente Rosas cumple para él el doble papel de garantizar el acostumbramiento al mando y de incorporar a las masas rurales federales (las "muchedumbres democráticas") al orden político Dado que para Quesada, al igual que para Francisco Ramos Mejía, el federalismo era la tendencia profunda que signaba toda la historia argentina desde la época colonial y más atrás aún desde la misma historia española (aunque con distintos tipos de argumentos el segundo pensaba en las ciudades, el primero en la pluralidad de reinos que constituían la monarquía española), Rosas venía a resolver felizmente la cuestión que había dominado las guerras civiles sentando, dentro de las circunstancias, las bases del país futuro

Aunque el libro está lleno de prevenciones acerca de la necesidad de explicar imparcialmente, "objetivamente" y no justificar, rápidamente se desliza de un plano a otro No aludimos aquí a sus en el fondo razonables argumentos acerca de en cuán gran medida sus opositores luego de Caseros habían falseado su imagen y ocultado o suprimido documentos, ni de sus polémicas historiográficas con otras obras y autores (en especial el Ramos Mejía de "las neurosis"), ni de la atinada consideración de que las acciones de Rosas como gobernante no pueden analizarse con criterios con-

temporáneos (*ritornello* del libro), ni de que presente a Rosas y su política (incluido el terror que para él encuentra muchos precedentes europeos y argentinos, a comenzar por el Plan de Operaciones de Moreno) como resultado de la época y del *modus operandi* de sus adversarios, ni de que juzgue su sistema de gobierno que él denomina "confederal" y no "federal" (y en el que encuentra uno de los límites de la estrategia de Rosas) como el único posible en esas circunstancias, ni tampoco de su análisis de la política financiera y administrativa del gobernador de Buenos Aires, que considera admirable dadas las circunstancias, ni de su elogio del indudable talento político del Restaurador de las Leyes y a su vez de sus límites para trascender a su época por ausencia de "genio", sino a otros en los que Quesada va más allá. Por ejemplo, si la lógica de los unitarios sirve para justificar a Rosas, la de Rosas no absuelve a éstos que, además de ser responsables según el autor de haber tirado la primera piedra, son acusados desde "maquiavelismo" a todo tipo de vileza, incluida la de traidores a la patria, por haberse aliado con el enemigo europeo y que por ello "serán condenados por la posteridad", como si la lógica pura y descarnada de la lucha por el poder fuese aplicable a unos y no al otro. Con todo, más allá de los méritos de una obra sistemática y bien argumentada, lo que es admirable en Quesada es cómo la elección de un lugar de enunciación profesoral y una cuidada retórica academicista le dieron una legitimidad importante, entre los contemporáneos y entre los jóvenes de la Nueva Escuela Histórica, muy distinta a la que mereció la obra no tan disímil interpretativamente de Saldías.

El clima y los propósitos de la obra contemporánea de García era muy diferente, también lo era su formación García fue, ante todo, un autodidacta. Tras graduarse en la Facultad de Derecho y luego de un fugaz paso como funcionario del Ministerio de Educación, comenzó en 1892 como fiscal una carrera judicial en el ámbito civil que culminaría en 1902, cuando fue designado miembro de la Cámara Federal donde permanecería hasta su jubilación. Paralelamente inició una carrera como profesor universitario. Salvo un fugaz paso por la Universidad de La Plata (en 1906) su actividad docente se desarrollaría en la Universidad de Buenos Aires: en la Facultad de Derecho, desde 1893, y en la de Filosofía y Letras, desde 1905. En la primera dictaría distintas materias pero sustancialmente dos: Introducción al Derecho (desde 1895) y Sociología (desde 1908). En la

segunda, Historia Universal, que cambiaría luego el nombre por el de Historia de América en sus relaciones con Europa, más acorde con los contenidos que allí dictaba. En su actividad docente confluían las perspectivas renovadoras de Savigny y la Escuela Histórica del Derecho (proceso paralelo al que ocurría en Francia en las facultades de Derecho) —que varios definieron como un aire fresco en la Argentina contra la enseñanza exegética, en tanto veía a aquél como una creación original de cada sociedad— que se combinaba con una firme adhesión al método positivo de conocimiento que derivaba de su lectura de Augusto Comte.

Como resultado de su actividad docente, en 1896, García publicaba un libro que contenía sus clases. Retocado volvería a aparecer en 1898 bajo el título de *Introducción a las ciencias sociales argentina*. Obra que buscaba orientar hacia el estudio de las "cosas nuestras", en la creencia de que el pensamiento argentino era tan susceptible de interés como el europeo, da bien cuenta de las inquietudes de García y de sus lecturas. Teniendo que resumir al máximo un conjunto ecléctico, debe ponerse en primer lugar la de Comte en el método. Años después, en el conjunto de ensayos reunidos bajo el rótulo de *Sobre nuestra incultura*, cuando miraba muy críticamente a toda la época del positivismo y en especial a Spencer, conservaba sin embargo su adhesión al filósofo francés que había colocado el método objetivo subordinado a un principio subjetivo que lo coronaba. Esa idea de una nueva religión en la cual los pensadores eran los apóstoles, le resultaba muy congenial.

La *Introducción* es una obra de interés por muchas razones pero sobre todo porque nos brinda un buen panorama de las lecturas de García. Eclecticismo es de nuevo la divisa. Por ejemplo en el terreno de lo que pronto se llamará psicología social, se observa que ciertamente García conocía a Le Bon (al que no estimaba) y a Wundt y la escuela alemana de la "psicología de los pueblos" que le era más cercano, pero mucho más próximas a su perspectiva eran las ideas que Hipólito Taine había colocado en *L'intelligence*, abrevando en Alexander Bain y en John Stuart Mill. En el plano de las ideas económicas, García se manifiesta reiteradamente contra la escuela clásica inglesa con sus leyes universales y atemporales y cercano a la escuela alemana. Sin embargo, su lectura principal en ese campo es la obra de un economista francés, Maurice Block, del grupo muy liberal del *Journal des Economistes*, cuyas ideas extremas en defensa del

laissez faire estaban en clara contraposición con las perspectivas de García En cambio, la obra de Charles Gide (que tanto influiría en Quesada que había escuchado sus conferencias en París), miembro en Francia del minoritario grupo rival de la *Revue d'economie politique*, mucho más congenial con su tipo de reflexiones, aparece citado sólo una vez En cualquier caso, de nuevo más autores franceses

Mas allá de esas y otras lecturas, es evidente que la influencia principal en García la provee Taine Éste no sólo le mostraba los instrumentos para comprender las sociedades desde una aproximación psicológica a los fenómenos históricos, ni tampoco solo un modelo de punto de encuentro entre el método positivo y el historicismo (que será también el de García), sino antes que nada un modelo de obra histórica Con esos instrumentos a los que agregaba el empleo de Gabriel Tarde y sus leyes de la imitación, que le servían para argumentar acerca de la difusión de ciertas creencias en el seno de las sociedades, García se adentró en el estudio del pasado colonial argentino

El resultado fue *La ciudad indiana*, obra de título equívoco (que remite a Fustel de Coulanges del que parece ser tributario también en cuanto a los criterios de organización de los capítulos) en relación con su contenido y para la cual era más pertinente el de *El régimen colonial* con el que se editó una primera versión de la misma Con muchas ideas y limitadas fuentes García ofreció un retrato del mundo colonial que a la vez que brindaba una imagen muy negativa del mismo, afirmaba la continuidad de aquella época en la Argentina posterior (incluso en la suya propia) Bajo la insignia de ciertos sentimientos destinados a perdurar como "la futura grandeza del país", "el pundonor criollo", "el culto nacional del coraje", "el sentimiento de la riqueza fácil" y "el desprecio de la ley" (en algunos de los cuales parece encontrarse el eco de reflexiones análogas realizadas precedentemente por el uruguayo Francisco Bauza) se organizaba una sociedad primitiva y bárbara Mirada en perspectiva, la pesimista lectura de García la Argentina de la modernización no había podido superar (a la manera de Taine y su reflexión sobre el peso del "espíritu clásico" en la Francia posterior) esa conformación originaria de su sociabilidad Más aún, el mismo proceso de transformaciones parecía repetir calcados los males del originario y un juego de espejos se establecía entre ambas Ello parece evidenciarse en que el libro termina con párrafos que

repiten con ligerísimas variantes los de la Introducción, sugiriendo una imagen circular más que lineal del pasado argentino Así, la obra, se colocaba en las antípodas de la imagen optimista de pasado-presente-porvenir que brindaba, por ejemplo, la aludida introducción de Mitre Asimismo, aunque García —como no podía ser de otra manera vista su aproximación historicista— planteaba las continuidades entre la época colonial y la sucesiva, del mismo modo que Francisco Ramos Mejía, su mirada era mucho menos simpatética hacia ese período que la del autor de *El federalismo argentino* García no encontraba allí nada muy edificante sino feudalismo, despotismo, brutalidad, primitivismo (reflejado en el lenguaje basto de las actas capitulares), ilegalidad por doquier Nada en cambio de una "democracia inorgánica", ni de una sociedad igualitaria que contenía los gérmenes de la futura evolución en sentido liberal y democrático de la Argentina posindependiente

La ciudad indiana, obra organizada en torno a un concepto "sociabilidad", presentaba en un cuadro más estático que dinámico, distintos temas de la historia social colonial Aparecen así reflexiones sobre la familia, a la que le atribuía una importancia enorme como ámbito de formación de costumbres y como instrumento de equilibrio social, en línea con los estudios de la tradición sociológica de Frederic Le Play y su escuela, cuya recepción por García (en especial a través de la obra de Vignes, según Levene) puede vincularse a la enseñanza de José Manuel Estrada Esa mirada reposaba sobre la crítica al pasaje de la familia colonial (que no era de todos modos un dechado de virtudes para García) a la postrevolucionaria que llama, según modelo europeo, jacobina Aparecen también perspectivas sobre los otros grupos sociales considerados en relación con la propiedad (se recuerda su afirmación, que entusiasmaba a Ingenieros, de que las guerras civiles podían ser leídas como un conflicto entre los unitarios, propietarios y los federales, proletarios) A ellos se agregaban miradas sobre la economía colonial, a la que consideraba dominada por la idea de justo precio y no por la de mercado, a otras sobre las instituciones, consideradas raquíticas ya que lo que para él sobresalía allí no eran los rudimentos de una democracia inorgánica sino el autoritarismo del gobernador y en general del ejecutivo, que por supuesto tenía sus prolongaciones posteriores Libro bien escrito, tendencialmente pesimista y con buenas dosis de escepticismo acerca de la posibilidad de un cabal conocimiento del

pasado ("la verdad es un feliz accidente"), constituyó una temprana culminación de su labor historiográfica Constituía también la apertura de un nuevo ciclo de lecturas del pasado argentino dominadas por una tendencia ora decadentista, ora problemática acerca del mismo. Lecturas que partían de una mirada más desencantada sobre el presente argentino

En los comienzos del siglo XX

Los primeros años del nuevo siglo trajeron un clima diferente en tantos planos, más allá de que muchos motivos procedieran de la década precedente La percepción de una serie de amenazas, en especial la cuestión de la integración de los inmigrantes y la del orden social asediado o supuestamente asediado, dieron lugar a un fortalecimiento de los motivos nacionalistas, de las políticas represivas y, paralelamente, de las políticas de reforma social Entre la percepción de los problemas argentinos un lugar no menor lo ocupaba la cuestión de la crisis del régimen político, en la cual muchos creyeron ver la persistencia de antiguos problemas irresueltos procedentes de la época precedente (o incluso de la época colonial) que requerían una explicación más profunda que su atribución a la responsabilidad de los hombres que conducían el destino argentino Es que todo ese proceso coincidía tanto con la crisis y posterior desintegración del orden roquista -y con el retorno al escenario político de muchos actores marginados por aquél—, como con ese clima ambiguo de aperturas y clausuras que aquellas amenazas y estas fragmentaciones hacían posible

Ciertamente, el clima de ideas también mostraba sus ambiguedades El positivismo continuaba su marcha ascendente empujado por un avance aparentemente indetenible de las nuevas ciencias sociales Alejandro Korn no dejó de sugerir que con el cambio de siglo se esbozaba un pasaje entre lo que llamaba "positivismo" y algo nuevo que denominaba "cientificismo" Sin embargo, paralelamente emergían otros motivos que ponían en cuestión, al menos en las generaciones más jóvenes, la sólida hegemonía positivista En el campo historiográfico debería observarse que ello implicaba, en muchos casos, una neta subordinación de la historia y los historiadores tradicionales al papel de meros cronistas proveedores de hechos para

síntesis superiores construidas por otras ciencias, en especial la sociología La autoridad de Mitre o de López parecía decaer y la de Groussac no parecía suficiente para contrastar las nuevas tendencias Es como si el largo reinado de aquéllos pero también de los historiadores europeos de referencia, de Taine a Renán, fuese el mismo avasallado por nuevas propuestas No debe buscarse, sin embargo, uniformidades Asimismo, en el contexto de un presente que aunque todavía dominado por importantes dosis de optimismo subestante no dejaba de estar poblado de incertidumbres y de posibles aperturas, era inevitable que surgieran, a la vez, nuevas lecturas del pasado y nuevas ideas acerca de los usos que se le podía dar a ellas El pasado servía como revelador de los males argentinos (o como pretexto para exponerlos) y proveía un diagnóstico, aunque las obras resultantes ni eran ni aspiraban a ser una terapia A lo sumo eran un modo de ilustrar a las mismas elites, que era el público conjetural, de los problemas y de la necesidad de responderlos

Dentro de ese cuadro general, las respuestas de ese conjunto de estudiosos fueron muy diferente Antes de adentrarnos en ellas es bueno repasar los itinerarios de tres de los autores que analizamos en el apartado anterior en tanto en ellos perduró (o renació) una más estrecha relación con la historia entendida como conocimiento empírico del pasado y como un tipo de operación metodológica inspirada en maestros decimonónicos

Si volvemos nuestra mirada hacia los tres estudiosos sobrevivientes que analizamos en los primeros apartados (José María Ramos Mejía, Ernesto Quesada y Juan Agustín García) veremos que su colocación en la nueva inestable situación fue bien diferente Ramos, a diferencia de Quesada y García, prosiguió con sus reflexiones acerca del pasado y brindó, en 1907, su obra más acabada: *Rosas y su tiempo* y a la vez tuvo una participación pública importante Atesorando las numerosas críticas recibidas por sus obras precedentes decidió finalmente tratar de hacer tarea de historiador Creyó su deber discutir sobre fuentes y metodología, revisar la historiografía sobre el tema y defender la objetividad científica y no partisana de su enfoque Ciertamente López sigue siendo su maestro en términos de la forma de reconstrucción del pasado y la edición por el Consejo Nacional de Educación de 10 000 ejemplares de su crónica *La Gran Semana de Mayo* para ser distribuida en los colegios lo muestra con clari-

dad, tanto como las permanentes reticencias hacia Mitre (aún en 1912 en ocasión de una conferencia en homenaje a éste quiso recordarlo como poeta, militar y político dejando en silencio su contribución como historiador). Sin embargo, prefirió ahora apoyarse en la autoridad de Taine (e incluso en la de Monod) para defender su propuesta historiográfica. Es que Taine es ahora su guía segura mucho más que Le Bon o la literatura médica. A esos modelos agregó una vasta consulta de fuentes, ante todo las orales, ya que, sostenía, el testigo ocular tiene la prioridad (y nuevamente invocó la autoridad de Taine no la de López) pero también libros de contaduría, el archivo de policía y la correspondencia de Rosas con las autoridades de las campañas, entre otras. El resultado fueron felices capítulos sobre la sociedad (y en especial la plebe) durante la época de Rosas en la que la explicación por la situación "hipnótica" de las multitudes pierde peso ante una exposición de su adhesión al rosismo mucho más centrada en los incentivos materiales y simbólicos que la movilizaban y en la capacidad organizativa del régimen.

El cuadro resultante que propone Ramos, quizá dominado por perspectivas contemporáneas, convierte a Rosas en un temprano líder de masas y a su régimen en una forma de democratización social y política (en lo que no estaba lejos de Quesada). Sin embargo, si el juicio sobre el régimen deviene más comprensivo, el juicio sobre el personaje Rosas mantiene toda la negatividad que creía deducir de la literatura médica. Si Rosas es para Ramos el personaje más original de la historia de América, lo es en tanto las dimensiones trágicas del mismo que emergen de sus patologías. Es que el libro contiene con todo, metodológicamente, una superposición de los viejos motivos de la psiquiatría desde la teoría de la herencia mórbida a los de la psicología de las multitudes, que seguían dando flanco para la crítica, adosados a los nuevos más propiamente históricos. Interpretativamente también contiene una tensión entre, en sus palabras, el "salvaje unitario" que llevaba adentro y el científico que aspiraba a mirar el pasado con la impasibilidad de un entomólogo. Muchas veces el primero lleva la mejor parte, aunque fuese a ratos balanceado por el criollo viejo que era —y que por ello pese a todo estimaba más aquellos personajes y aquellas multitudes que las a él contemporáneas— y por unas promesas de ecuanimidad (a la manera de Quesada) que tanto debían a los nuevos climas historiográficos.

Si la obra de historiador de Ramos termina aca la subentra su labor como difusor de una pedagogía y una liturgia patriotica desde el cargo de presidente del Consejo Nacional de Educación (al que arribaba como parte de la nueva constelación atirroquista en la que estaba embarcado) La historia ocupa un lugar estelar como proveedora de ejemplos y pretexto de ceremonias El positivista de los tiempos largos de las leyes de la evolución cede el paso al activo voluntarista que desea acelerar el proceso de homogeneidad identitaria Es interesante el paralelo entre las liturgias rosistas que presenta en su libro de 1907 y su accion como funcionario ¿El estudio de las primeras proveyó un arsenal de instrumentos para las segundas o por el contrario fue la mirada sobre las prácticas estatales a él contemporáneas, en especial de la Francia de la tercera república (aunque nunca viajase a Europa) las que sirvieron para la relectura del rosismo?

Si el derrumbe del roquismo creo nuevos espacios para la acción pública de muchos, en ellos no se insertaron ni Quesada, ni García, quienes siguieron desde sus lugares como profesores universitarios y como publicistas Ambos tampoco hicieron ya grandes aportes al conocimiento del pasado y sus trabajos e investigaciones principales fueron los precedentes Sin embargo, sus itinerarios difieren desde ese tronco común Mientras Quesada siguió publicando muchas obras extensas y de temas muy variados (¡incluida una sobre el impuesto inmobiliario en Túnez!) que hacían permanentemente gala de una copiosa erudición acerca de cuya sustancia es razonable abrir un paréntesis, García se dispersó en tantos géneros y su filón principal fue algún tipo de *causerie* elegante

Quesada retornó nuevamente sobre el nudo de 1840-41, con injertos y adiciones, pero sin nuevos aportes documentales de significación ni nuevas perspectivas Su labor se orientó más a la sociología, probablemente porque, como afirmó, consideraba que esa disciplina era la más apta para aportar proyectos de reforma e ingeniería social como los que propugnaba También la Sociología fue su principal área docente y de la cuidada preparación de sus cursos da cuenta la publicación de algunos de ellos en revistas como la de la Umversidad de Buenos Aires (en especial sobre Comte, además de otros sobre Stuart Mill, Buckle y Spencer) Desde luego que la influencia alemana fue también relevante en él, sea en sus cursos de economía política en la Universidad de La Plata (donde hizo abundante uso de la nueva escuela histórica alemana de Gustav Schmoller que

entroncaba con la de la economía nacional pero también, es bueno recordarlo, de Charles Gide), sea en la bibliografía de sus cursos en sociología (por ejemplo en su lectura de Marx acerca del cual brindó un curso en la Facultad de Filosofía y Letras). Prosiguió, asimismo, sus viajes europeos. En 1906 visitó la Universidad de París y en 1908-1909, Inglaterra y de nuevo Alemania, como enviado de la Universidad de La Plata (cuyo decano era Rodolfo Rivarola) para estudiar los distintos métodos de la enseñanza de la historia y sus usos cívicos. Propósito paralelo al del viaje precedente de Ricardo Rojas y que éste plasmaría en *La restauración nacionalista*. Aunque el objetivo patriótico anima ambos textos, el tono siempre monocorde y erudito de Quesada contrasta con el del colorido ensayista. Más allá de ello, los libros difieren en los modelos y en las pedagogías. Quesada prefiere el modelo alemán (en especial su estructura seminarial y monográfica) al francés y en esa preferencia, además de su germanofilia, también influye que sus objetivos son distintos de los de Rojas. Allí donde éste piensa en educar a las masas, Quesada imagina una pedagogía para las elites. Allí donde aquél piensa en la cuestión de la identidad nacional, éste piensa más en la del orden social y encuentra en el ejemplo del empleo de la historia en Alemania el más eficaz instrumento para asegurarlo al asegurar la adhesión a la casa reinante, símbolo del Estado.

En cualquier caso, existe en Quesada una tensión entre su interés por el modelo alemán, sus propósitos nacionalistas y patrióticos y sus preferencias historiográficas. En efecto, el libro termina por tomar como modelo no al más funcional para una pedagogía nacional, el historicismo a la manera de la escuela de Schmoller, sino al grupo de Karl Lamprecht en Leipzig. Esa predilección es motivada por razones historiográficas no patrióticas. En éste encontraba todas las afinidades entre sociología e historia (y el instrumento central del comparatismo) y la misma predilección por Comte que estaban en su propia imagen de las ciencias sociales. Lamprecht sería la penúltima estación de sus simpatías historiográficas alemanas antes que el descubrimiento de Spengler lo convirtiese en un sostenedor y difusor de las ideas de este último.

Señalamos ya que el camino de García es diferente. Su obra posterior a "la ciudad indiana" se dispersaría en notas, esbozos, proyectos para obras de más largo aliento que no verían la luz (y por supuesto en otros géneros desde el teatro a la novela histórica, desde la oratoria en celebraciones

académicas al periodismo) Apuntes para una historia de la familia argentina, para una historia de la sensibilidad argentina a través del estudio de la risa, para un análisis en el largo plazo de la caridad argentina, para una historia de las ideas argentinas, y en especial de algunos pensadores como Alberdi, incluso para una historia del pueblo argentino —que Groussac con su habitual malicia, y en alusión a la escasa capacidad de trabajo de García, juzgaba una empresa semejante a atravesar la cordillera con un alfiler—, indicaban algunos de sus tantos intereses. Todo ello era presentado en un tono falsamente ingenuo y crecientemente desencantado, con sucesivas repeticiones de los mismos temas y algunas variaciones en los argumentos. Si lo que daba continuidad era la preocupación por el orden y la disciplina social, como parte de un más amplio programa civilizatorio, la creciente menor confianza en que las clases dirigentes argentinas fuesen capaces de llevarlo a cabo, para lo que necesitaban convertirse en el grupo de referencia que imponía modos y costumbres al conjunto de la sociedad, daba a todo ello un aire crecientemente decadentista. La misma pedagogía patriótica escolar le parecía absurda y aquel programa que él mismo había defendido de estudiar "las cosas nuestras" le parecía que derivaba en un patético "patriotismo de pulpería". Lo que ocurría era simplemente el progresivo extrañamiento de García de los climas de la Argentina del siglo XX y su hostilidad al creciente democratismo, primero social "el "naides es más que naides dice una voz desde el fondo de la pampa" (tema que con ligeras variantes tenía ya una tradición, no siempre negativa, que pasaba, entre otros por Juan Pablo López, el hermano de Estanislao y el italiano Paolo Mantegazza), luego cultural y finalmente político. Lo que ocurría también era la progresiva pérdida de vigor intelectual que se reflejaba también en un descuido creciente de la docencia.

Ambos encontraron un último momento común con la reforma universitaria cuando fueron designados interventores en 1918, García en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (reemplazando a Rivarola), Quesada en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata. No eran, sin embargo, ninguno de los dos, compatibles con los nuevos tiempos y no pasarían de interventores a decanos normalizados. García moriría algo después, en 1923, y ese mismo año Quesada se jubilaría como profesor universitario y se alejaría a Europa.

Una más decidida ruptura con las formas tradicionales de hacer historia emerge de otro conjunto de autores que se hacen visibles en el comienzo del nuevo siglo. Por muy diferentes que sus obras fuesen entre sí, todas ellas contenían una distancia significativa hacia el estudio del pasado en tanto que relato de lo visible y todos ellos buscarían claves profundas en la que los actores perdían toda capacidad explicativa, en tanto desaparecía no sólo su conciencia de los fenómenos de los que eran protagonistas sino incluso su posibilidad de operar en los procesos desde su voluntad.

Un ejemplo de los nuevos climas de comienzos de siglo lo constituye la obra *Nuestra América*, de Carlos Octavio Bunge, editada en 1903. Su autor, egresado de la Facultad de Derecho en 1897 con una tesis sobre "El federalismo argentino", tuvo un perfil de desarrollo profesional semejante al de los otros autores procedentes de ella que hemos analizado. Por un lado una carrera como docente universitario en la UBA, en la Facultad de Derecho, donde desde 1905 enseñó Introducción al Derecho en reemplazo del renunciante García, y en la Facultad de Filosofía y Letras, donde enseñó Ciencias de la Educación (además de un paso por la Universidad de La Plata, donde enseñó Sociología). Por el otro, una carrera en el ámbito judicial como fiscal del Crimen (desde 1910) y fiscal de Cámara (desde 1914). Autor prolífico, la extensión de géneros que cultivó recuerda a García ya que como él incursionó en el teatro (con el mismo escaso éxito de público), la novela y el ensayo académico. En este último rubro, sin embargo, su diversidad de temas fue mucho mayor (y también el volumen de su producción) ya que fue de ensayos de psicología social a otros de pedagogía, de algunos de sociología histórica a otros de historia del derecho, de la criminología a la teoría del derecho, incursionando incluso en la manualística escolar. Ha sido definido como el más comteano (en cuanto al método) de los juristas argentinos. Sus lecturas fueron sin embargo múltiples y heterogéneas, como en casi todos los autores del período y más aún. Iban desde Darwin y Spencer a Wundt, de Lamarck a Fouillée e incluso a una utilización menor de Marx y algo mayor de Nietzsche. Bunge fue así aún más ecléctico que sus contemporáneos y bastante contradictorio e incoherente en casi todos los campos. Por ejemplo, cuando

ocupó la cátedra de Introducción al derecho, en reemplazo de García, el programa basculó del enfoque histórico de éste a otro más centrado en la teoría y la metodología en el marco del positivismo jurídico. Sin embargo, poco después se embarcó en una ambiciosa historia del derecho argentino, que dejaría inconclusa, en la cual rastreaba sus orígenes en el derecho indígena y el derecho español. Hizo profesión de ferviente fe científica y, sin embargo, no sólo cultivó el género literario sino que aun en el ensayo sociológico introdujo fragmentos dominados por efluvios románticos apasionados que parecen extraídos de aquél e injertados como advocaciones o arengas en su relato.

En Bunge, el interés por la historia argentina y americana se manifestó temprano, en parte como resultado de su docencia en el Colegio Nacional. En 1896 publicó, destinado a sus alumnos, unos *Apuntes de Historia Argentina, Paraguaya y Uruguaya* que si no tienen interés historiográfico —ya que como el mismo autor sostiene él había intentado apenas sistematizar conocimientos producidos por otros— sí permiten reflexionar acerca de la formación de Bunge. Colocándose bajo la autoridad metodológica de Vicente Fidel López ("esclarecido maestro"), Bunge propone una historia narrativa muy tradicional en la que, sin embargo, ya aparecen delineadas como incrustaciones algunas de sus temáticas posteriores: los límites que una raza indolente —el español de la Edad Media degradado en el contexto americano— tenía para convertir la extraordinaria riqueza del antiguo virreinato en una próspera civilización a semejanza de la norteamericana.

Años después, en *Nuestra América*, algunos de esos temas se profundizan pero en el contexto de una perspectiva que es decididamente otra. Bunge toma discursivamente clara distancia de los historiadores tradicionales. La obra de éstos es definida, por un lado, como "cronicones" incapaces de bucear por debajo de los hechos, en las causas profundas que organizan el pasado (y eso es lo que él, nos dice, intentará en su libro). Por el otro, es vista como una auténtica falsificación de la historia argentina a los efectos de construir una mitología patriótica reposante en la invención de "multitudes populares y partidos políticos de principios". Si todo ello implica un giro hacia un enfoque "sociológico" supuestamente más científico y más interpretativo que el de los historiadores, que en el mejor de los casos proveerían los datos empíricos, debe observarse que el resul-

tado es bastante pobre. Ante todo lo es en la utilización de una información muy escasa, bastante menor que el de los contemporáneos que defendían las mismas creencias y bastante más arbitrariamente manipulada.

Aunque el subtítulo del libro es *Ensayo de psicología social*, no es ésta la que provee la base interpretativa. Ciertamente Bunge comienza afirmando que la organización social y política de un país es el resultado de la específica psicología colectiva de cada pueblo y hasta aquí coincide, desde otras lecturas, con García. Así, los problemas de la América hispánica derivarían del predominio en ellos de ciertas actitudes psicológicas características de sus pueblos: la pereza (motivo mayor explicativo), la arrogancia y la tristeza. Sin embargo, a la hora de explicar la conformación de esos rasgos, aunque Bunge hace apelaciones al papel del medio geográfico y del ambiente económico, la clave la provee el factor racial. Desde luego la herencia hispánica juega un papel importante (sobre todo porque la característica positiva, el rebelde individualismo que se esconde detrás de la arrogancia, había sido cancelado con la Inquisición) pero mucho menor que el resultado de la fusión de esa raza española con otras razas reputadas inferiores. Aparece aquí el tema, que veremos repropuesto en Ayarragaray y que era el del último Sarmiento y en general del social darwinismo: que la mezcla de razas, el "mestizo", produce un tipo social inferior al de los dos originarios. De este modo la explicación de la inferioridad hispanoamericana, en especial si confrontada con la norteamericana (tema que vimos enunciado en sus apuntes de 1896), derivaría no tanto de la diferencia de las razas originarias sino, sobre todo, de que mientras en el norte, el puritanismo había evitado toda mezcla con otras razas mientras que en Hispanoamérica había sucedido lo contrario. Por supuesto que el sistema de dominación española había tenido también un peso en el atraso hispanoamericano y también el clima tropical, incentivador según Bunge de la pereza, e incluso un papel le asignaba el sistema de ideas (el utilitarismo anglosajón contra el absolutismo hispano-católico), pero ambos eran claramente menos importantes que ese factor racial aludido. A partir de allí, Bunge se interna en un intento de explicación de la historia política americana y sobre todo argentina, en especial de lo que popularmente era conocido como la "política criolla". En el caso argentino, Bunge distingue tres movimientos internos entre sí encadenados El primero era el de las guerras de Independencia, que eran según él pro-

ducto de una minoría urbana de Buenos Aires (que llama a ratos "burguesía", a ratos, "aristocracia") impulsada por sus intereses económicos y no por altos ideales patrióticos o democráticos (éstos por el contrario eran exóticos y peligrosos aditamentos importados) y en el cual el pueblo, ignorante e indiferente, era arrastrado por aquella minoría. A partir de allí se inicia el segundo momento histórico: la plebe campesina a través de sus caudillos se enfrenta a la burguesía de las ciudades y la vence. El resultado: el caos del año XX. A partir de allí se inicia el tercer momento; las provincias pobres se enfrentan con la provincia rica, para compartir sus recursos y le imponen el federalismo de la constitución. Esta síntesis, que debe más a López que a cualquier otro, es sin embargo para Bunge una apariencia más. Por debajo de ellas se desarrolla una lucha de razas que es el verdadero motor de la Historia. En el primer momento los criollos mestizos de Buenos Aires se enfrentan con los blancos españoles. En el segundo, los mestizos aindiados de las áreas rurales y suburbanas combaten contra los mestizos europeizados de la ciudad. En el tercero, las provincias más pobres, donde el mestizaje ha sido mayor y que representan un componente étnico más aindiado, se enfrentan contra Buenos Aires que —favorecida por un relativo aislamiento de los indios, por la inmigración europea y por la influencia de la viruela, la tuberculosis y el alcoholismo que diezma a la población indígena y africana de la Capital (hecho para él positivo)— se mantiene relativamente blanca.

Desde luego la base de este esquema es aplicado por Bunge también para toda América hispánica y la conclusión es obvia: sería la Argentina la civilización con más posibilidades, ya que el mestizaje ha sido allí menor (incluso en el interior) que en otros países (con la excepción de Chile). Una vez más el mito de la excepcionalidad argentina. Si la raza es el diagnóstico del problema, el mismo contiene la propuesta de solución. Será la inmigración europea masiva la que limpiará gradualmente ese defecto de la raza hispanoamericana y permitirá incluso la sustitución de la elite criolla argentina contemporánea, en la cual Bunge cree detectar todavía rasgos que proceden del mestizaje original. En suma, un libro pesimista sobre el pasado e incluso el futuro hispanoamericano visto que, según él, la Historia no procede "por saltos" sino a partir de un evolución lenta y gradual, pero matizada para el caso argentino por la presencia de aquellos componentes raciales más blancos y en vías de emblanquecerse aún más.

Incluso en la segunda edicion de su obra, de 1905, cree ya intuir los nuevos tiempos el advenimiento del porteño Manuel Quintana a la presidencia, en reemplazo del provinciano Roca, parece preanunciarlos La misma sera el resultado de una conjuncion de los elementos litorales y mediterraneos reconciliados bajo la formula de un "crisol de razas" en el que finalmente predominara el tipo europeo suprimiendo las diferencias étnicas

Un año despues de la publicacion de *Nuestra America*, en 1904 aparece la prime a edicion de la obra de Lucas Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo* que tantas afinidades, al menos aparentes, tend ía con aquélla Nacido en Parana, hizo sus estudios secundarios en Rosario y se recibió de medico en la Universidad de Buenos Aires con una tesis sobre "La imaginacion y las pasiones como causas de enfermedades", del que emergeria su primera publicación, *Pasiones*, en 1893 Frecuentó los ámbitos de los medicos orientados hacia la psiquiatría (médico del Hospital de Alienados, vocal del Departamento Nacional de Higiene, colaborador de los Archivos de Psiquiatria, Criminología y Medicina Legal) y aunque tuvo una menor presencia academica (ademas de la episódica docencia secundaria fue miembro de innumerables sociedades cientificas y de la Junta de Historia y Numismatica), tuvo un papel político mayor en comparación con sus contemporaneos Inicialmente formó parte del grupo que se reunia en torno al periodico *Sud America* y fue consecuentemente primero destacado joven "juarizta", más tarde "pellegrinista" y finalmente "sáenzpeñista" Alcanzo dos veces la Cámara de Diputados, la primera por la p ovincia de Entre Rios (1891-1894) y la segunda por la de Buenos Aires (1908-1912), momento el ultimo en el que tuvo un activo y pugnaz papel ante la cuestión social (participó entre otras leyes de la formulacion de la ley de Defensa social) Las nuevas reglas políticas instauradas por Saenz Peña lo dejaron fuera del juego parlamentario pero no de ocupar distintos cargos funcionariales, como el de ministro plenipotenciario en distintos paises

Su primera obra de Historia constituyo un *collage* de influencias y motivos Ciertamente Spencer es la base de su esquema analítico de la evolucion de las sociedades y a él se suman motivos que extrae de Taine, de Buckle, de Le Bon e incluso de Gobineau Aunque el tema de las razas (sobre el que se explayara posteriormente en muchos artículos) es lo que

connota la obra, es solo central en uno de los capítulos del mismo En los restantes se mezclan, en modo ecléctico, motivos procedentes de distintos lugares Desde la teoría de la herencia a la psicología de los pueblos y de ahí a la de las multitudes o a la influencia del medio Pese a su formación en la Facultad de Medicina y su especialización en temas psiquiátricos, no sólo no hace mucho uso de los mismos en la fundamentación de su obra sino que incluso toma distancia explícita contra los "teorizadores científicos" Su obra posee asimismo, al igual que la de Bunge, una más limitada evidencia empírica que la mayoría de las obras que hemos analizado precedentemente

El propósito, declarado en la introducción a la primera edición, es dilucidar el pasado para encontrar los instrumentos para reformar "nuestra mentalidad de ciudadanos" Para ello, sostiene, es necesaria la búsqueda de las "causas esenciales" que están por debajo de las formas exteriores Ese propósito puede vincularse inmediatamente con el cuadro político del momento de su primera edición Siendo Ayarragaray un pellegrinista entusiasta, a contraluz de su retrato hostil del caudillismo argentino, está ciertamente la figura contemporánea del general Roca Por ello, José Ingenieros, con el cual, sin embargo, Ayarragaray había compartido experiencias intelectuales poco antes y lo haría de nuevo algo después, en una larga y demoledora crítica del libro (publicada en 1904 en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*) lo acusó de "panfletario", de escribir su libro con "pasión militante" Por supuesto, el mismo Ingenieros no estaba eximido de esa crítica ya que invirtiendo el esquema sugería que el emblema superstite del caudillismo decimonónico era Pellegrini, no Roca

La lectura de Ayarragaray es una casi completa demolición del pasado argentino y en ese sentido lleva más lejos el pesimismo presente en *La ciudad indiana* de García y en *Nuestra América* de Bunge, en cuyas estelas, sin embargo, debe colocarse Por otra parte, en ambos libros espigó bastante Ayarragaray y también en "las multitudes argentinas" de Ramos Mejía (sin citarlas, al igual que a casi toda la producción argentina contemporánea) Los males argentinos eran profundos y antiguos para Ayarragaray Al igual que Francisco Ramos Mejía, se remontaban hasta la herencia española, solo que la misma era para él mayormente negativa España, más allá de sus grandezas, era sustancialmente incapaz de vincularse positivamente con la modernidad, situación agravada por el papel de la Inquisición y por

la derrota de Villalar. Ciertamente esa imagen negativa de España (al igual que en Bunge) que puede ponerse en relación con sus lecturas (Buckle, por ejemplo) y más aún con la revelación de que en España tanto como en Hispanoamérica produjo la derrota del 98, era, a la vez, una especie de canto del cisne del antihispanismo.

Esa herencia española se degradaba aceleradamente en América por varias razones. Ante todo porque los elementos llegados a América constituían lo peor de las poblaciones peninsulares (y a la inversa de Mitre consideraba que los llegados al antiguo territorio de la Argentina eran los peores de todos) agravado por la interacción con un medio primitivo y con razas inferiores. Desde luego España era, para Ayarragaray, un país de libertades (aunque más vinculadas a la pluralidad de reinos que la autonomía de las ciudades) y ello se proyecta a América, en el "cantonalismo" de la época colonial y posindependiente. Empero, a la inversa de Francisco Ramos Mejía, de ello no deduce, al igual que García, nada positivo sino anarquismo y barbarie.

Ayarragaray, glosando implícitamente y con otras palabras los motivos de García, encuentra en ese mundo colonial las raíces de los males argentinos: el culto del coraje, que da como resultado las raíces de la delincuencia política y la anarquía posterior, el pundonor que daba esos productos degradados, que eran el compadrito y el caudillo, el desprecio de la ley, que era otra de las fuentes del "hampa política criolla". Como García, Ayarragaray sostiene la debilidad de los cabildos y la fortaleza de los caudillos, hija del carácter militar de la conquista, del poder de los gobernadores y de la incontinencia de los mismos dada la ausencia de contrapesos legales al poder. En un panorama de tintes tan negativos, una vez más reaparece la comparación entre las colonizaciones inglesa y española a total desventaja de esta última.

La revolución, en la que no había nada ejemplar que conmemorar, sólo pudo agravar ese cuadro con la aparición del militarismo, el retraimiento de las clases propietarias y la aparición en la escena política de las "semibárbaras" muchedumbres rurales y de las suburbanas "mestizas", en el contexto de una regresión al particularismo originario. Surgía así una situación facciosa, violenta y demagógica que llevaba de la revolución a la subversión social. Ella reposaba en un espíritu igualitario y en el sufragio universal. El caudillismo y el provincialismo eran ciertamente el resulta-

do de esas fuerzas profundas que explicaban la acción de los hombres pero ello debía ser deplorado profundamente, no celebrado Por su parte, los unitarios y los ilustrados, a ratos denominados jacobinos, heredaban el fanatismo y la retórica propias de la raza española que los trasformaba en abstractos teorizadores ("doctrinarios") sin ningún contacto con la realidad, inclinados hacia soluciones simplistas de imitación, formalistas y artificiales (por ejemplo las propuestas constitucionales), más orientados hacia la revolución que a la sana evolución Tema éste también presente en Bunge.

Así, ecuánimemente, Ayarragaray condena a las dos tradiciones políticas argentinas en tanto hijas inevitables de una misma herencia y de un mismo medio: ambas son resultado de la barbarie Por esa vía disolvía algunas de las dicotomías fundantes de la Argentina moderna y venía a pronosticar el fracaso de los proyectos transformadores de la Argentina moderna, que encarnaba en los nombres de Alberdi y Sarmiento. Ciertamente, a la manera de *Las multitudes*, Ayarragaray creía constatar el paso de las muchedumbres violentas a otras realistas, utilitarias y corruptas en la Argentina moderna, y tampoco a él eso le parecía un progreso, al menos en el régimen político. La antigua herencia sobrevivía en su presente y Rosas no sólo era el punto culminante de una serie de caudillos sino el punto inicial de otra. En este sentido, su retrato bien podía colocarse en línea (una vez más sin nombrarlo) con el que aquel último había formulado en *Conflictos y armonías*.

Todo ese cuadro se ensombrece aún más al entrar a jugar sobre el final el factor racial, que es el punto en el cual más resuenan los ecos de Bunge. Dos razas ya de por sí plenas de limitaciones, la española (empeorada ulteriormente por la baja calidad de los que pasaron a América) y la indígena, se degradaban mucho más en su hibridización. La cultura del mestizo, inferior a las formas originarias que le daban lugar, era la base de la psicología social argentina. Ciertamente, a la manera de Mitre, Ayarragaray distinguía entre las dos colonizaciones de litoral y del interior, fallando a favor de la primera pero, a diferencia de aquél, consideraba que en ambas dominaba el peso de las inferiores por sobre el de la raza blanca. Por ello, una de las soluciones que imaginaba para la Argentina era la de una inmigración seleccionada, étnicamente pura y adecuadamente localizada. Si bastante cercano al último Sarmiento estaba Ayarragay en su diagnóstico,

bastante alberdiano era en la solución. En cualquier caso, poco se salva así de la demolición. El sombrío cuadro resultante debía una parte a nuevos climas en las elites, que se realimentarían en distintos momentos en las décadas posteriores (como muestran las sucesivas reediciones del libro) y más aún a una coyuntura política.

No más optimista aunque menos truculento es el cuadro que perfilará Rodolfo Rivarola en su libro *Del Régimen federativo al unitario*, publicado en 1908. Rivarola, rosarino formado en Buenos Aires, terminó sus estudios en el Colegio Nacional de esta ciudad (donde recibió el influjo perdurable de José Manuel Estrada, su profesor de Historia Argentina), se graduó en la Facultad de Derecho en 1882, aunque su experiencia allí fue bastante episódica, ya que hizo todas sus materias como alumno libre en el lapso de poco más de un año. Inició, como sus condiscípulos, pronto una carrera judicial en el fuero criminal, primero como juez, luego como secretario de la Suprema Corte de la Provincia de Buenos Aires y finalmente como fiscal de Cámara, cargo en el que permanecerá hasta 1893, momento en el que por disidencias con el poder político renunciará. Paralelamente comenzó su actividad docente en los colegios nacionales de la Plata y Buenos Aires y en la Universidad de Buenos Aires, en las Facultades de Derecho (profesor suplente de Filosofía desde 1894 y de Derecho Civil desde 1895) y de Filosofía y Letras (profesor de Filosofía desde 1897), cargos a los que sumará —como otros colegas que emigrarán ese año hacia la nueva institución— el de profesor de Derecho Penal en la Universidad Nacional de La Plata desde 1904. Esa carrera centrada en la universidad culminaría con su designación como decano, sea en Ciencias Jurídicas de La Plata (1904-12), sea en Filosofía y Letras de Buenos Aires (1912-1918). Luego de una frustrada experiencia en la política activa a principios de siglo, se alejó completamente de ella, aunque intentase influir sobre ella desde su posición de "teórico" mientras sus simpatías iban hacia partidos y sistemas que no existían aún. En el ínterin acompañaba ocasionalmente (también lo hacía García) con su voto a los socialistas, no en tanto su doctrina sino en tanto su estructuración como un partido más moderno, en tanto partido de ideas.

El área de intereses de Rivarola fue enormemente vasta. En primer lugar dentro del campo jurídico, donde abarcaron desde derecho penal al civil y al constitucional. En segundo lugar en otros: en especial en la tría-

da compuesta para él por la historia, la filosofía y la ciencia política. A la primera le correspondía el pasado, a la última el futuro, a la filosofía el presente. Empero era ésta la disciplina fundamental ya que brindaba los instrumentos para hacer inteligible el pasado y el futuro.

Ciertamente el núcleo inicial principal de sus preocupaciones fue el derecho penal al que contribuyó desde su posición de magistrado, docente, escritor y participante de las sucesivas comisiones de reforma del código penal. Ese interés primordial por el derecho penal en Rivarola se plasmó en un vasto conjunto de publicaciones entre las que sobresalen el *Proyecto de código penal argentino* de 1898 (con Piñero y Matienzo) y el *Derecho penal argentino* de 1910. Como otros juristas de su generación fue un temprano partidario de la escuela positiva de influencia italiana. Como ellos integró desde sus orígenes la Sociedad de Antropología Jurídica, donde el mismo año de su fundación pronunció una conferencia sobre "Crítica de la pena de muerte en el código penal argentino" y más tarde el comité de redacción (junto a Ingenieros y Dellepiane) de *Criminología Moderna*, la revista fundada en Buenos Aires, como ámbito de difusión de la escuela italiana, por Pietro Gori. Desde aquel tronco común de la escuela italiana, la posición de Rivarola fue —a diferencia de la de Francisco Ramos Mejía— mucho más cercana al giro jurídico de la escuela criminológica italiana, que representó entre otras la obra de Raffaele Garofalo, por la cual las dimensiones antropológicas, biológicas y sociales actuaban como un sustrato de condiciones desde el que había que definir, específicamente, una ciencia del derecho penal. Es decir que las primeras brindaban los principios desde los cuales producir una reforma de la legislación pero a la vez, posteriormente, ello implicaba una separación funcional del derecho (inclinado al método dogmático) de las ciencias criminológicas (inclinadas al método experimental). También en el plano del derecho civil, Rivarola llevó sus propuestas de una ciencia positiva que excediera en mucho el estudio del código, como postuló en su libro de 1901 *Instituciones del derecho civil argentino.*

Si el penalista e incluso el civilista no pueden no considerarse plenamente dentro de la tradición positivista (Alejandro Korn recordaba que había comenzado su enseñanza de Ética y Metafísica en la Facultad de Filosofía y Letras en base a "una traducción del detestable texto de psicología anatómica de (Giuseppe) Sergi"), a partir de allí la posición de Ri-

varola se hace más ambigua y compleja a partir de su acercamiento a la obra de Kant. Esa complejidad se acrecienta desde luego con los años. En 1917, en una conferencia titulada "La historia ante la filosofía y la política" observaba que era la filosofía la que permitía construir los conceptos sin los cuales era imposible internarse en el estudio del pasado. Allí mismo afirmaba que el objeto del conocimiento era el estudio del hombre en la sociedad, sólo que sosteniendo la distinción entre ambos conceptos y negando que a ésta pudiesen dársele los atributos del primero. Afirmaba así la necesidad de defensa de la historia de lo que juzgaba las pretensiones generalizantes invasoras de la sociología. Si la historia podía prescindir de la sociología y de su idea de causalidad que él llama física —y que podríamos traducir por necesaria— ello permitía introducir en la historia la voluntad humana (condicionada desde luego por los hechos, las ideas y las pasiones), es decir la política. Sin embargo, ello no suprime la causalidad física sino que la coloca en tensión con la voluntad deliberada; lo que Rivarola llama la causalidad en la voluntad. Sin embargo, en última instancia es ésta (bajo el imperio de conceptos, es decir la filosofía) el factor decisivo. Como se ve, estamos aquí en distintos planos muy lejos ya del positivismo.

La cuestión en Rivarola no es, sin embargo, sólo ni tanto la de un tránsito de un polo positivista a otro antipositivista, al compás de la mudanza en el clima de ideas; es más bien, al menos en el momento del libro que analizamos, la de una tensión entre ambos. El modo de resolverlo es para Rivarola apoyarse en Fouillée (una figura influyente en la Argentina de entonces como lo prueba el artículo que le dedica la revista *Nosotros* en 1908 o la referencia acerca de sus ideas que se encuentra en Álvarez o en Bunge) y su propuesta conciliatoria entre idealismo y positivismo, metafísica y ciencia, libertad y determinismo, pensamiento y acción. Un Fouillée leído también por José María Ramos Mejía o por Rodó, en cuyo *Ariel* algunos han encontrado una significativa influencia. A Rivarola, Fouillée le aporta también un concepto: el de "ideas-fuerza" (al que además dedicará en 1931 un ensayo aplicando el concepto a los ciclos de la historia argentina) con el cual va a internarse en el estudio del pasado constitucional argentino.

Las tesis de su libro sobre *Del régimen federativo al unitario*, parte de otro diagnóstico pesimista sobre la situación argentina contemporánea para lo

cual propone una terapia que es, fundamentalmente, una fuerte ingeniería institucional. Sus propuestas, algunas de las cuales ya habían sido anticipadas en un ensayo de Rivarola de 1905 sobre los partidos unitario y federal, pueden resumirse en algunas pocas proposiciones El federalismo, instrumento útil en 1853 y 1860, era completamente pernicioso luego de 1880 y lo que se necesitaba era desandar el camino promoviendo un gradual retorno al unitarismo. Había que acompasar el país legal al país real y dejar de sostener ficciones como la autonomía de las provincias para elegir sus autoridades. En los hechos, sostenía Rivarola, era el presidente de la Nación el que subrepticiamente elegía a los gobernadores. Era mucho más transparente y eficaz que eso se hiciera constitucionalmente, es decir reformando la constitución. Ese proceso de transformación debía hacerse a través de la dinámica de partidos políticos que para ser consistentes deberían articularse con esa problemática y con el pasado: es decir que los dos grandes partidos argentinos para ser eficaces tenían que ser el unitario y el federal. Para justificar su propuesta, Rivarola apelaba a dos tipos de argumentos. Los primeros eran de índole funcional. el federalismo sostenía estructuras de mediación entre el Estado y los ciudadanos, costosas e ineficaces Y aquí el autor explícitamente hacía referencia al caso de Rosario, su ciudad (y desde cuya perspectiva en gran medida miraba el problema), sometida al gobierno provincial santafesino, cuando hubiera sido más razonable que fuese un municipio dependiente directamente del poder central. El resultado del federalismo era que la calidad de la acción pública decaía enormemente, como lo probaban la justicia y la educación en manos de las provincias (y una fuerte idea de gobiernos técnicos y eficientes permeará la lectura de Rivarola, entonces y más aún en la primera posguerra). Por supuesto que el problema no residía para Rivarola sólo en la política y los políticos sino también en la ineducación cívica de los ciudadanos y en las reglas del juego electoral, como el sufragio universal absolutamente pernicioso, en tanto incluía el sufragio de los analfabetos o la ausencia de representación de las minorías.

Los otros argumentos eran históricos. Bajo la presunción de que "la Historia se repite" Rivarola proponía una comparación entre distintos momentos del pasado y del presente, en especial entre 1852-53 y 1908. La comparación con el presente (los capítulos III y V sobre la crisis de 1908 actúan como contrapunto de los II y IV sobre el primer período),

el intento del presidente Figueroa Alcorta de crearse una mayoría en el país descabezando el poder roquista, sirve para mostrar las continuidades y brinda el segundo trasfondo, la desintegración del orden conservador, en el que hay que colocar el libro de Rivarola Buscando perspectivas mas profundas y de largo plazo, Rivarola sostenía, inversamente de Francisco Ramos Mejía, que la república y la nacionalidad precedían al federalismo Este no tenía raíces en la historia argentina sino que era apenas producto de una solución de compromiso para treinta años de anarquía, dando soberanía a 'aldeas aisladas en los desiertos" y "feudo a los mandones" Mas aun el federalismo, apenas resultado del interes de los "capitanejos" provinciales y no de sentimientos profundos, se contraponía a la misma idea de república y de ciudadanía Todo ese preámbulo servía para una relectura de la constitución que era para Rivarola producto de una solución política por parte de representantes designados por los gobernadores y no por el pueblo soberano y no de una tradición jurídica preexistente Los pactos invocados habían sido simplemente resultado de la incapacidad transitoria del gobierno central de mantener el orden y la unidad y la constitución apenas una solución del momento ante la impracticabilidad del régimen unitario Siguiendo a Estrada defendía la precedencia de la constitución "no escrita" sobre la escrita y aquélla no había sido de ningún modo federalista

Para sostener su argumentación Rivarola defendía una neta contraposición entre las costumbres de EE UU y la Argentina y se sumaba a todos aquellos que daban una lectura deletérea del pasado colonial Aunque estaba dispuesto a conceder a Francisco Ramos Mejía que podía argumentarse teoréticamente acerca de la continuidad de factores del organismo social desde el período colonial o incluso desde la península ibérica, eso podía valer solamente hasta 1853 Luego de ello —y éste es un punto fuerte de la argumentación de Rivarola y de su visión del proceso histórico argentino, nuevamente un proceso muy mirado desde Santa Fe (lo veremos también en Juan Álvarez)—, el cambio en la composición étnica de la población (la inmigración) establecía una decidida ruptura con el organismo social precedente Por otro lado, el desarrollo económico posterior a Caseros, que había colocado en un lugar predominante a la ciudad de Buenos Aires y a los ferrocarriles, que habían rediseñado el país, era otro de los factores que reforzaban a los factores unitarios De este

modo, la propuesta de Rivarola se colocaba en decidida contraposición con aquellas como las de García o Ayarragaray que sostenían continuidades de largo plazo entre el pasado colonial e independiente y el presente. Para Rivarola existía una decidida ruptura y discontinuidad entre la Argentina moderna y la precedente (que desde luego la experiencia rosarina exhibía muy bien), solo faltaba acompañar esa transformación del país real con la del país legal.

Los diagnósticos negativos o perplejos tenían por los mismos años la contracara de otros francamente optimistas. En 1909, Juan Álvarez realizó uno de estos (publicado al año siguiente) una historia regional que era mucho más que eso, el *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*. Este rosarino por adopción había hecho sus estudios secundarios en la Escuela Normal de Paraná (donde parece haber recibido el interés por la historia de su profesor Ramón Lassaga) y sus universitarios, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en la que se recibirá en 1898 con una tesis acerca de los derechos de las provincias a percibir nuevos tributos, ya que a ellas correspondía todo lo no delegado expresamente por la constitución en tanto eran precedentes a la Nación ("El gobierno nacional no puede exonerar del pago de impuestos provinciales a las empresas industriales y comerciales"). Profesionalmente, Álvarez también combinará la actuación judicial, la docencia y el periodismo. Tras comenzar como secretario del juzgado federal en Rosario (1902) fue designado juez federal en la misma ciudad en 1913. Éste será el punto de partida de una larga y exitosa carrera judicial que culminará con su designación como procurador general de la Nación (1935), cargo en el que permanecerá hasta ser removido —junto con cuatro de los cinco miembros de la Corte— en 1946 por el peronismo. Paralelamente desarrolló su actividad docente en el Colegio Nacional de Rosario y en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad del Litoral y tuvo un fugaz pero decisivo paso por la Intendencia de la ciudad de Rosario como secretario de la misma, en cuya condición fue el responsable de la realización del Tercer Censo Municipal (1910).

Su obra, una de las más acabadas de esta estación historiográfica, siempre ha sido vista como una interpretación económica de la historia argentina para la que una guía segura la proveía la obra de Thorold Rogers, acerca del que luego hablaremos. Sin embargo, quizás esa imagen sea sus-

ceptible de una relectura. Antes que todo, su convicción positivista lo llevaba a plantearse en el *Ensayo* la pregunta fundamental de ese tipo de enfoque: la lucha de las personas por la subsistencia, mirada primordialmente como la relación entre el hombre y la naturaleza. Introducía así el espacio y la población como los dos factores base de su análisis antes que la lógica económica que, aunque también esencial, aparece en un segundo nivel con respecto a la primera. Con un importante acopio de información, que incluía documentos originales que había consultado en el Archivo de Indias en Sevilla, Álvarez indagaba las dificultades de los pobladores dispersos en territorios inmensos, con ausencia de vías de comunicación, acechados por los indígenas y por los factores naturales (desde el clima a las langostas) en más de tres siglos de historia del territorio santafesino. Por encima de esa historia de *penurias e inseguridades aparecía la* ausencia de cualquier posibilidad de progreso, entre otras cosas por la incuria del Estado colonial español. Brindaba así Álvarez otra imagen extremadamente negativa de la época colonial y del papel de España en ella. Esa situación debería agravarse ulteriormente con la revolución que desorganizaría los pocos instrumentos existentes y colocaría a Santa Fe en el ojo de las tormentas de las guerras civiles. Una revolución que tenía para Álvarez muchos elementos inesperados y que era sólo la voluntad, acicateada por las condiciones económicas, de una estrecha minoría. El resultado, la disgregación del año XX, era visto por Álvarez de manera original. El autonomismo resultante (Estanislao López) no era producto de tradiciones jurídicas antiguas (como en Francisco Ramos Mejía), ni de las identidades locales que no le interesaban y no le parecían tan importantes, visto el estado cultural de las poblaciones, ni de ambiciones de mandones (como en Rivarola) sino apenas de la sensatez impulsada por la necesidad. Azotada Santa Fe por el permanente conflicto entre Buenos Aires y las provincias litorales (incluida la Banda Oriental), sólo en el aislamiento podía encontrar la posibilidad de reorganizar mínimamente su economía y poner algún coto a las crecientes invasiones indígenas alentadas por el desvío de los recursos humanos y militares hacia otros fines. En ese marco, el federalismo devenía en la única forma posible de subsistencia de las vidas y los bienes.

En su excursión en la historia de la Argentina independiente y en sus conflictos, Álvarez reposaba en una guía segura: Alberdi. Como él veía el

centro de los problemas en el puerto, la lucha por los recursos de la aduana y la navegación de los ríos interiores. Su imagen del destino de la Argentina independiente tenía también, más allá de sus múltiples diferencias, algo de la mirada de Vicente Fidel López. He ahí esa revolución inesperada gestionada por minorías cultas que se verían arrumadas por la misma revolución que habían desatado. He ahí un nuevo país que perdía con el cambio los pocos elementos civilizatorios heredados de la dominación colonial. La historia de Álvarez no es, sin embargo, una historia ni épica ni trágica. Los héroes y los grandes personajes no le interesan, tampoco extraer del pasado fábulas morales ni la defensa de ciertas tradiciones políticas. Sin juicios de valor, se adentra en el pasado desde la presunción de que los protagonistas del mismo, desde Artigas a Rosas pasando por los unitarios, apenas "hicieron lo que pudieron". Presos como estaban de férreas lógicas en las que predominaba el interés y la necesidad por sobre cualquier otra consideración.

Luego de Caseros, en Santa Fe (pero la historia de Álvarez es más una historia argentina vista y ejemplificada desde el caso santafesino) se abrieron lentamente los instrumentos del progreso. Ellos se hicieron incontenibles desde el '80. Se produjo en sus palabras un "cambio de sistema". La derrota de los indios, que expandió la superficie cultivable, la inmigración que brindaba los brazos (siguiendo a García, Álvarez sostenía que sólo los hombres daban valor a la tierra que sin ellos no tenía ninguno), el ferrocarril que acercaba los mercados, la construcción de los puertos, los capitales extranjeros que alentaban el crédito que expandía las actividades económicas, los cambios tecnológicos, la subdivisión de la tierra (imagen emergente del proceso de colonización santafesino que luego revería) y las condiciones del mercado internacional (los altos precios de los productos exportables), sostenían esa transformación inusitada. Remarcando donde debía ponerse el motor de esas transformaciones (en cambios que llamaríamos hoy estructurales y no en la voluntad de los hombres), Álvarez afirmaba que aún si no nos hubiésemos independizado militarmente a inicios del siglo XIX de España, esos cambios y la misma independencia hubieran sobrevenido igual (y el ejemplo de Cuba según él lo confirmaba). En suma, nuevamente una imagen muy alberdiana del papel de las transformaciones históricas.

Ciertamente la política había dado su contribución y la principal de

ellas era la paz trabajosamente alcanzada, elemento indispensable para el progreso. Aquí, es interesante comparar las miradas de Álvarez y Rivarola. El primero coincidía con el segundo en que 1853 era un pacto entre capitanejos y que el sistema legal estaba desacompasado con el país real. Ya en su tesis de doctorado Álvarez había admitido que el unitarismo de hecho (resultado de la unificación producida por el ferrocarril) no le preocupaba, sólo que si se quería seguir por esa vía había que cambiar la constitución. Sin embargo Álvarez estaba mucho más dispuesto a admitir que ello no era tan relevante. Ante todo porque aquel pacto expresado en la constitución de 1853 había logrado finalmente garantizar la paz y ése era el bien más preciado. Aunque fuese un mal institucional, se había revelado un mal necesario. Asimismo, porque consideraba que era en el plano de las transformaciones económicas donde se decidía el futuro argentino mucho más que en el de la política.

Un diagnóstico no menos optimista iba elaborando José Ingenieros en distintos trabajos que sintetizaría en un libro de 1910 titulado *La evolución sociológica argentina*. Ingenieros presenta en el conjunto de autores del período una serie de rasgos originales. Nacido en Sicilia, acompañó a su padre, tipógrafo, periodista y activo militante socialista, primero a Montevideo y luego a Buenos Aires, en cuyo Colegio Nacional estudió. Alumno de la Facultad de Medicina, donde encontraría dos protectores, José María Ramos Mejía y Francisco de Veyga, se recibiría en ella en 1900 con una tesis sobre la simulación de la locura. Dos tradiciones se mezclan así en tensión: aquella proveniente de la Facultad de Medicina, de sus enfoques en psiquiatría y de sus maestros, que lo orientaba decididamente tanto hacia Darwin y Spencer como hacia la escuela de la antropología criminal peninsular, y aquella familiar que lo orientaba hacia el pensamiento socialista y asimismo hacia la cultura italiana. Se recuerda que su padre le pagaba pequeñas sumas para traducir obras de esa lengua que casi nunca se publicarían pero mantenían al joven cerca de ella. Esa tensión puede ayudar a explicar las ambigüedades intelectuales y políticas de Ingenieros. Decidido militante socialista, integrante del partido homónimo argentino, cofundador con Lugones (en 1897) de un periódico maximalista en el que coexistían las proclamas incendiarias con la reproducción de artículos de los más conocidos representantes del positivismo peninsular, más o menos cercanos a las tradiciones del socialismo reformista, como Achille

Loria y Napoleone Colajanni. Que la reflexión de Ingenieros estaba muy cerca de estos últimos lo muestra que el primero sería quien proveería, a través de su lectura economicista de Marx, la base para la interpretación de la Historia de Ingenieros y el segundo, un intento de convergencia de darwinismo, socialismo y revisión de la tradición de la antropología criminal lombrosiana, bien semejante al modelo del médico y sociólogo argentino.

Sea de ello lo que fuere, en un artículo publicado en castellano en 1899, titulado "De la barbarie al capitalismo", cualquier motivo maximalista y voluntarista ha desaparecido en una presentación de la historia americana dominada por el férreo determinismo de las leyes de la evolución. Como rezaba el subtítulo: "El determinismo económico en la historia americana", se trataba de una unilateral interpretación que reposaba sobre la autoridad teórica de Achille Loria (cuya síntesis, como señaló contemporáneamente en otro lugar, integraba y superaba la presente en "algunos ensayos" de Marx y Engels). La forma de todas las instituciones dependía, "en última instancia", del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Ella establecía una secuencia de sistemas de producción que debían repetirse inexorablemente en todas las sociedades (y aquí como sustento de este evolucionismo unilineal apelaba a la autoridad de Walter Bagehot). Por supuesto que por distintos factores naturales y ambientales, ante todo, las distintas sociedades se encontraban en diferentes niveles de su evolución (barbarie, primer período de la civilización, basado en el trabajo esclavo, segundo período, basado en la servidumbre y al que llama feudal y tercero, donde domina el capitalismo industrial). Las sociedades que se encontraban en un estadio más avanzado, como consecuencia inevitable de su expansión, conquistaban a las más atrasadas y ello no sólo era inevitable sino beneficioso para todas. De este modo, el descubrimiento y conquista del nuevo continente eran el resultado inevitable de las transformaciones de la Europa feudal en camino de convertirse en industrial y su victoria sobre la América bárbara, tan inevitable como necesaria. Sin embargo, los diferentes estadios de la evolución concernían también al mismo continente europeo, donde se confrontaban la avanzada Inglaterra y la atrasada y decadente España que se encontraba, según Ingenieros, "en uno de los grados inferiores en la escala de los pueblos civilizados". El resultado inevitable para la América hispánica fueron tres siglos de empo-

brecimiento, sometida como estaba a una potencia parasitaria que la explotó con sistemas retrógrados que contrastaban con los aplicados por la potencia anglosajona en el Norte. A la larga el sistema debía colapsar cuando se cruzaran las necesidades económicas de los criollos sumadas a la degeneración inevitable de los dominadores. La nueva nación, sin embargo, se vería pronto desgarrada por conflictos que derivaban de la ausencia de instituciones políticas y económicas legadas por el estéril dominio español (aquí López) y por el reproducirse en su seno de los conflictos entre distintas áreas que se encontraban, también ellas, en diferentes fases de la evolución económica. Con todo, sería el desarrollo mismo del capitalismo en las últimas décadas del siglo XIX el que impulsaba a América del Sur hacia la civilización preanunciando un futuro no exento de los nubarrones de la emergencia de un proletariado, sometido por una ley inexorable del capitalismo a salarios mínimos que garantizasen mantener y reproducir la fuerza de trabajo.

Esa adscripción a un puro y duro positivismo evolucionista que contiene todavía la tensión entre los motivos socialistas y los cientificistas de su formación, pronto irá acompañado por la sucesiva y relativamente veloz integración de Ingenieros a los ámbitos institucionales del Estado conservador, de la mano del roquismo. Integración culminada en su cargo de presidente del Instituto de Criminología. Paralela era su integración a la elite social, en especial a aquellos ámbitos exclusivos como el Jockey Club (al que se incorporaría efectivamente contra lo que sostenía una pertinaz tradición). Esa integración se completaba con su incorporación como jefe de Clínica de la cátedra de Ramos Mejía en la Facultad de Medicina y como profesor suplente de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1904 pero también en otros ámbitos intelectuales de entonces. Incorporaciones que signan una carrera de éxito y reconocimiento. Signan también la aspiración de Ingenieros de ocupar un lugar central en un campo intelectual que iba estructurándose por entonces a partir de su permanente presencia polémica como crítico bibliográfico en las revistas de la época. Área ésa, la de la polémica y la crítica, en la que su inteligencia y su erudición rayaban a gran altura, muy superior a la que parece emerger de sus mismas obras.

En 1910, a proceso concluido, Ingenieros vuelve sobre el mismo tema de 1899, en el libro antes mencionado, en el que amplía y rediseña sus-

tancialmente distintos artículos precedentes Muchas cosas han cambiado en el nuevo texto. La primera es la introducción de un ensayo de metodología de la historia en el que Ingenieros intenta combinar ecléctica-mente diferentes motivos. Desde luego, lo preside el motivo dominante que vimos ya en otros autores de que la historia científica se identifica con la sociología y esa cientificidad deriva del desentrañamiento de las leyes de la evolución que rigen a las sociedades humanas del mismo modo que las de las ciencias naturales rigen a todos los seres vivos. De este modo la sociología deviene en la historia natural de los grupos humanos y en tanto tal, el capítulo más complejo de la zoología Aparece aquí un motivo central biologicista (poco presente en el texto anterior) que subtiende toda la interpretación (y una de cuyas referencias es René Worms). La sociología económica (en sus palabras el materialismo histórico) deviene conceptualmente así una parte de la sociología biológica (que a su vez supera al, para él, antiguo organicismo spenceriano) que es la nueva adscripción de Ingenieros. Todo reposa ahora, "en última instancia", en las luchas de los agregados humanos por la subsistencia. Sin embargo, la nueva propuesta de combinar biología y economía (el bioeconomicismo del que habló alguna vez Raúl Orgaz) no termina aquí y, en su ayuda, a los efectos de interpretar el proceso histórico argentino, apela sorprendentemente a Bernheim y su concepción de la historia genética (al que ya había aludido en 1899 en su recensión crítica a José María Ramos Mejía y sus *Multitudes argentinas*) para encontrar allí otra caución teórica para una lectura evolutiva. Desde luego, como observó Ricardo Pasolini, Ingenieros sólo recupera la dimensión evolutiva y prescinde completamente de aquella heurística en la que, en cambio, abrevarán los jóvenes historiadores de la Nueva Escuela Histórica

El resultado del cambio de perspectiva en la interpretación por parte de Ingenieros de la Argentina, en especial de su futuro, no es menor. La introducción de la dimensión biológica le sirve de apoyo para ampliar el análisis de los conflictos ya que la lucha de clases es sólo una de las distintas dimensiones en las que se expresan los enfrentamientos entre los grupos humanos. Otras son, por ejemplo, la lucha de sexos o la lucha entre naciones. Por otro lado, afirma Ingenieros, no existe un solo proletariado ni una sola burguesía, ni dos intereses necesariamente contrapuestos. Por el contrario pueden existir coincidencias tanto como antagonismos ya que

hay intereses comunes a la humanidad, a una raza, a una nacion o incluso a una fanulia Ello se expresa en el plano interno pero mucho más aún en el externo, ya que son dos planos radicalmente diferentes de la lucha entre los agregados humanos En este sentido, afirma Ingenieros sin dudar, un peon de la pampa tiene más intereses en comun con un estanciero que con otro peon de Java Por otra parte, agrega Ingenieros, en el caso argentino, el obrero tiene salarios superiores al de sus congéneres europeos (y por ende por encima de aquel nivel de mera subsistencia que antes había presentado) y el colono puede acceder a la propiedad de la tierra Todo ello hace que la division social en clases no sea en el país un hecho estable ni definitivo

Con estas perspectivas, en la tercera parte de la obia, Ingenieros encuentra una justificacion para subsumir los conflictos sociales en el marco de un necesario nacionalismo argentino y desde alli para pronosticar la colocación del pais en una posicion dominante imperialista, en el contexto internacional Por otia parte, continua Ingenieros, el imperialismo, factor inevitable y positivo de la evolucion de los agregados humanos, está sometido a las leyes de un proceso ciclico en el desarrollo de las naciones Las potencias entonces dominantes, Inglaterra y Alemania, deberian ceder ese lugar pronto a los Estados Unidos y al Japón y mas allá aún era altamente probable que la Argentina y Australia primero devinieseu potencias regionales y luego mundiales La Argentina, colige Ingenieros, tiene todos los elementos para ello raza blanca (que ha mostrado ser la más fuerte), clima templado (favorable para la evolución social), gran extensión y recursos naturales para ocupar ese papel Asi encontiamos, algo inesperadamente, una de las versiones no solo mas optimistas del presente y del futuro argentino, tierra de promision basada en la movilidad social, sino una nueva exultante version del mito de la "futura grandeza del pais"

Con todo, debe observarse que al ser el texto final un resultado del ensamblaje de diversos textos procedentes de diferentes épocas, la antigua perspectiva economicista conserva su vigor en muchas partes que o permanecen casi invariadas (el periodo colonial) o sirven para una interpretacion algo alberdiana y en cualquier caso estrechamente determinista de las fuerzas políticas en tanto que expresión de intereses económicos Así, vemos desfilar a los caudillos federales como expresión de un feudalismo barbaro, a Rosas (visto en forma positiva como constructor de la nacio-

nalidad argentina a la manera de Quesada) como expresion de una burguesía feudal, a los unitarios como representantes de la burguesía urbana, al PAN como expresión de la burguesía rural, cuya victoria se debe a que representa los intereses mayoritarios del país (y aqui no falta el elogio previsible a la perspicacia de Roca), al mitrismo como expresión de la burguesía capitalista, todavia minoritaria, y al socialismo como fuerza del naciente proletariado industrial

El mundo nuevo

El conjunto de ensayistas que hemos analizado hasta aqui dejó pocas secuelas en la historiografía sucesiva Repropuestos al publico de tanto en tanto, en ediciones de clásicos argentinos, generaron poca curiosidad entre los historiadores profesionales convencidos de que sus obras tenían poco que ver con la historia en tanto disciplina metódica y rigurosa Ese desinteres afectaba tanto a los resultados producidos como a las aperturas conceptuales y temáticas que muchos de ellos habían sugerido Unas pocas excepciones, el Quesada de "la época de Rosas", recuperado por la Nueva Escuela Histórica y más tarde por el revisionismo, el García de *La ciudad indiana*, citado ocasionalmente, Ramos Mejía, más rememorado por su prosa que por sus obras, Rivarola, evocado en tanto que politologo pero no tanto como pensador de nuestro pasado, Ayarragaray, encapsulado en ámbitos académicos a los que volcaba una producción más clásicamente histórica y menos sociológica signo de los nuevos tiempos (por ejemplo su curiosa *La Iglesia en América y la dominación española* de 1920 apoyada en los Archivos Vaticanos, defensa del papel del catolicismo en general y de los jesuitas en particular, por un no católico) son excepciones parciales que no alteran el cuadro general Dos autores, sin embargo, lograron generar una tradicion a partir de sus escritos Uno, José Ingenieros, fuera de los ámbitos académicos, en el surco de la cultura de la izquierda argentina El otro, Juan Álvarez, en un ámbito de la historiografía académica, aquella económica, destinado a desarrollarse con retraso Ambos lo hicieron no con las obras que hemos analizado sino con otras posteriores que indagaremos en este apartado

En 1914 Álvarez publicaba *Las guerras civiles argentinas* El libro cons-

tituía toda una novedad sea en relación con el panorama historiográfico argentino, sea en relación con la producción precedente del autor La primera diferencia con el *Ensayo* concierne al clima que domina en cada una de las obras. Mientras aquél aparece dominado por un inmoderado optimismo, *Las guerras civiles* brindan un cuadro mucho más problemático y preocupado del devenir argentino. Dos motivos principales signan esa mudanza. El primero, como ha sido acertadamente apuntado, debe ponerse en relación con el ciclo de protestas agrarias abierto en 1912 con el "Grito de Alcorta", cuyo impacto para alguien que observaba la situación desde Rosario era mucho más preocupante que para observadores dislocados en otros puntos del territorio. El segundo era la evolución de la política argentina a partir de la sanción de la ley Sáenz Peña, en el mismo año. Y nuevamente aquí puede observarse que la primera derrota de los grupos conservadores bajo las nuevas reglas del juego tuvo lugar precisamente en la provincia de Santa Fe, en el mismo año de 1912.

El primero de los problemas, la crisis social, llevaba a Álvarez a redefinir el papel del historiador. Éste devenía, a través del análisis del pasado, en un pronosticador de los conflictos futuros. Esos pronósticos debían alertar no a los ciudadanos sino a sus clases dirigentes de los nubarrones del porvenir y orientarlos a tomar aquellas medidas que permitieran evitarlos o atenuarlos. Ciertamente en ese papel, no omnipotente, las previsiones no eran exactas e indicaban posibilidades, no leyes inexorables, presuponía una imagen tendencialmente cíclica del devenir histórico y no en vano para Álvarez su tarea se asemejaba a la de un meteorólogo, observador del ciclo de la naturaleza, y cuyos pronósticos indicaban grados de posibilidad, no exactitudes. Asimismo, esos conflictos sugerían que el progreso argentino de las últimas décadas había sido menos lineal y exento de contrastes que lo que proponía su precedente *Historia de Santa Fe*. Dos cuestiones aparecían aquí, una interna y la otra externa. La primera era que a diferencia de la lectura precedente, en la que el capitalismo venía a resolver los seculares males argentinos, era ahora el exceso de capitalismo de *laissez faire* el que generaba inequidades de las que derivaban tensiones y conflictos. La ausencia del Estado en la regulación de las actividades económicas rurales (pero también de las cuestiones urbanas) daba como resultado numerosos problemas. Algunos de los mayores eran la falta de arraigo de los colonos en la tierra y las condiciones de vida, sea en el

campo como en la ciudad, emblematizados en la precariedad de las viviendas. La ausencia de regulaciones por parte del Estado perjudicaba a los débiles y beneficiaba a los fuertes. Favorecía la expansión de grandes latifundios, cuya contraparte eran arrendatarios y asalariados desprovistos de toda protección, condenados a una situación de precariedad que evitaba el arraigo y con ello la estabilidad de sus comportamientos sociales. El segundo era externo —y aquí la perspicacia de Álvarez es notable— la economía argentina era excesivamente dependiente de las oscilaciones de la economía internacional. El no tener la capacidad de fijar los precios de sus productos de exportación y ser dependiente de los capitales externos hacía que las crisis europeas se propagaran inmediatamente en la Argentina alterando cualquier previsión. Nuevamente aquí las devaluaciones de la moneda (motivo seguido largamente por los socialistas) descargaban el peso de las mismas sobre los asalariados.

Para resolver esas incertidumbres, Álvarez, conservador iluminado, imaginaba una mayor intervención del Estado —y aquí la crítica se extendía, a la manera de García, a un instrumento juzgado tan inadecuado como el código civil de Vélez Sársfield— ya que, en su lectura, los conflictos eran siempre, en el presente y en el pasado, resultado de una disfunción entre la ley y las necesidades sociales. Había que adecuar aquéllas para prevenir éstas. También iba un poco más allá de una respuesta motivada por una idea de válvula de seguridad. Para Álvarez, un principio debía regir las sociedades y ése no era el puro beneficio sino la solidaridad social. Por ejemplo, el latifundio podía ser eficaz productivamente pero no era sinónimo de democracia ni el camino para asegurar el progreso hacia formas superiores de civilización.

El segundo de los problemas era que en ese clima incierto, la reforma política de Sáenz Peña le parecía a todas luces problemática. Desde luego, pensaba Álvarez, la nueva ley era una válvula de escape para las tensiones sociales pero el precio a pagar era elevado: entregar el país a mayorías incultas. Es que Álvarez compartía con los hombres de su generación una acentuada desconfianza hacia el sufragio universal, en tanto el mismo fuese concedido a poblaciones con bajo nivel de instrucción como eran las de la Argentina. Ello lo llevaba, en el último capítulo de su obra, a colocar ambos problemas juntos y a formular una severa crítica hacia la educación argentina, sea en cuanto a sus instrumentos que en cuanto a sus con-

tenidos. Ésta alentaba en los escolares la idea de la riqueza ilimitada del país con el resultado de que los problemas argentinos no podían tener otra causa que la ineptitud de los gobiernos. Asimismo, la educación se centraba erróneamente en el culto de los próceres y no en el de las instituciones. Como se ve, variaciones en estos puntos sobre temas de García y en el último también de Alberdi.

El diagnóstico de Álvarez de los males argentinos le servía para una completa relectura de la historia argentina. A la mirada alberdiana, presente ya en el *Ensayo*, mediante la cual se buscaba explicar los conflictos desde la independencia como resultado de las luchas económicas entre las regiones por el puerto y las rentas de la aduana, Álvarez agregaba nuevos motivos. Uno de ellos era en cuán gran medida el librecambio inaugurado en 1810 había generado consecuencias gravosas para la sociedad rioplatense. Una era el empeoramiento de las condiciones de vida de los gauchos como resultado de la valorización del principal producto de exportación (cuyos precios eran fijados por los consumidores del exterior): la carne, que era su sustento. La tríada pan barato, carne y tierras para todos se había roto con la Independencia. Las montoneras eran así sinónimo de malestar social antes que político. Las guerras civiles, sus situaciones cambiantes, eran así leídas como una tensión entre esa situación y la capacidad del Estado central (es decir, Buenos Aires) de reprimirlas. Capacidad medida según sus recursos fiscales. Es decir, los ingresos de las rentas de la aduana.

En ese contexto, el proteccionismo rosista significaba una fórmula que posibilitaba un cierto equilibrio entre Buenos Aires y el interior (no así con el Litoral visto el problema del puerto y de la navegación de los ríos). Es que para Álvarez otra de las consecuencias de las nuevas reglas económicas inauguradas luego de la Independencia era que acentuaba el conflicto de intereses entre las regiones que emergían de la geografía. El equilibrio político se alcanzaba finalmente con aquel pacto entre regiones que era la constitución de 1853 que permitía una redistribución regional, desde los instrumentos de la política (en especial el Senado) de los beneficios que obtenía la economía del Litoral. No ocurría lo mismo con el equilibrio social, sujeto a nuevas conmociones una vez más ligadas a las condiciones económicas. En este caso, dependientes de aquellas situaciones externas: la volubilidad del precio de las exportaciones. Su impacto social era medido a través de las importaciones tomadas como un modo de aproximarse a la

capacidad de consumo de los habitantes. En épocas de prosperidad las conmociones sociales no tenían éxito (revolución radical de 1905), en épocas de crisis (revolución radical de 1893) conseguían enorme adhesión.

La lectura de Álvarez devenía en este libro así más estrictamente económica (más allá de la introducción geográfica que lo abría) estableciendo una férrea correlación entre crisis económica y crisis social. Ésta era explicada unilateralmente a partir de las primeras. Por supuesto que esta imagen tenía muchos precedentes posibles y formaba parte de un cierto sentido común imperante en tantos pensadores europeos y americanos. Entre ellos, un lugar importante lo ocupaban tantos observadores británicos del mundo abierto por la Revolución Industrial. La reflexión de Álvarez está en muchos puntos cercana a la de estos últimos, cuya preocupación era cómo regular un mundo en el que dominaban las puras reglas de mercado y el interés individual. Tomando un ejemplo, debe volverse la mirada nuevamente sobre Thorold Rogers a quien Álvarez había leído con atención. Varios de los temas propuestos por Álvarez aparecen presentados por aquél en su *Sentido económico de la historia.* He ahí por caso el tema del latifundio y el del arrendamiento en la historia de Inglaterra, en la cual la avidez de los propietarios hace que la renta suba mucho más rápidamente que los precios del grano, arruinando a los colonos, más aún cuando existía competencia entre éstos para acceder a la tierra. He ahí también las reflexiones acerca de moneda y precios, en la que la adulteración sistemática de la primera por el Estado lleva a la ruina de los trabajadores. He ahí la necesidad por parte del Estado de políticas de beneficencia que atenuasen la miseria o la reflexión sobre los gastos del Estado y su capacidad política. Mas en general, lo que parece tomar Álvarez de Rogers, y seguramente de otros autores, es que el mundo abierto en Europa con la Revolución Industrial y en la Argentina con la revolución de independencia, con su dominio del *laissez faire*, generaba desequilibrios sociales importantes y empeoraba las condiciones de muchos grupos sociales (de colonos o trabajadores) ante las cuales era necesario implementar políticas que los atenuaran en beneficio de los derechos de una comunidad nacional superiores a los derechos de los individuos.

Cualquiera sea nuestra conformidad o nuestra discrepancia con la mirada de Álvarez, la misma es visiblemente mucho más acorde con sensibilidades contemporáneas que las que proveían sus coetáneos que hemos

visto desfilar en este capítulo. Con todo, la novedad mayor de la propuesta de Álvarez, con relación a sus contemporáneos tanto como con relación al *Ensayo*, se encontraba en el terreno metodológico. Lo que Álvarez ofrecía era un enfoque serial cuantitativo que permitiera indagar las fluctuaciones económicas y desde las mismas explicar los fenómenos políticos. Esa operación requería de un minucioso trabajo empírico para construir las series y una utilización, aunque no fuese extremadamente sofisticada, de estadística y de elementos conceptuales de economía y demografía. Acerca de la primera debe señalarse el papel de Álvarez como autor del Tercer Censo de Rosario. Persona concienzuda, había sido llevado a operar con datos agregados y formas clasificatorias y para ello a estudiar numerosos materiales estadísticos (y reflexiones sobre ellos) elaborados en otros contextos, sea para proponer comparaciones sea para formular su encuesta. Así cita desde el Congreso de Higiene y Demografía celebrado en París en 1900 a estudios sobre condiciones de vivienda en Berlín en 1885 a datos comparados de natalidad y mortalidad en ciudades europeas y norteamericanas de 1909. Ciertamente también, la experiencia del censo debe haber contribuido para que Álvarez se formase una idea más matizada y plena de claroscuros del progreso argentino mirado en sus realidades urbanas.

Más allá de la experiencia del censo, las lecturas de Álvarez con relación a la problemática de las crisis y de los ciclos económicos es bastante enigmática. Ciertamente enfoques de historia económica serial existían en dos autores conocidos por Álvarez: Rogers, cuya obra principal era una monumental, aunque muy poco sofisticada metodológicamente, *Historia de la agricultura y sus precios en Inglaterra del siglo XIII al XVIII* y en Georges D'Avenel, con otra obra que no lo era menos ya que abarcaba precios de todo tipo (desde agrarios a de la propiedad) y salarios en Francia del 1200 al 1800 y que, más allá de las críticas que le dedicaran Lucien Febvre y Ernest Labrousse, ha parecido a estudiosos posteriores bastante congruente. En especial en D'Avenel abundaban, al igual que en Álvarez, las correlaciones entre la marcha de la economía así medida y la política. Más incierta pero no improbable es, en cambio, la relación de Álvarez con pensadores decimonónicos precursores del análisis del ciclo económico como Juglar o Jevons. Al menos en un artículo posterior, de fines de la década de 1920, demostró estar muy al tanto del ciclo decenal de los negocios,

de los trabajos del llamado barómetro de Harvard y de la obra del economista ruso Kondratieff, teórico del ciclo largo. En cualquier caso, lo interesante de la operación de Álvarez, es el tipo de operación propuesta, más allá de la eficacia técnica y aun interpretativa de su construcción o de la ausencia de prevenciones que lo llevaban a un cierto unilateral mecanicismo causal. historia económica serial e historia social y política. Es decir, el mismo tipo de operación que en Francia sugeriría Simiand y desarrollaría luego Labrousse.

Álvarez, de larga vida académica posterior, produjo otras obras que aunque interesantes carecían ya del impulso innovador y del ingenio de sus dos primeros libros. Así ocurría, por ejemplo, con su libro de 1918 sobre el análisis de los males argentinos centrados en su macrocefalia —las dimensiones enormes de Buenos Aires que absorbían energías que deberían ser redistribuidas desde el poder político—, tema en el que afrontaba con distintas soluciones los mismos problemas de Rivarola. Asimismo, siguió publicando artículos de historia económica, en especial sobre cuestiones monetarias y precios, varios de los cuales fueron reunidos por la Junta de Historia y Numismática en el volumen aludido de 1929 Un año antes, en una conferencia dictada en la misma entidad titulada "El factor individual en la Historia", aunque mantenía la crítica hacia aquella forma de hacer Historia centrada en los grandes hombres y que se subsumía en la biografía, ahora tomaba distancia también de los excesos en los que aquella generación que integraba habría incurrido, sea al suprimir a los individuos del análisis histórico sea al dar una interpretación demasiado centrada en los factores materiales económicos. Era un signo de los nuevos tiempos historiográficos a los que buscaba adaptarse.

A comienzos de 1940, Juan Álvarez publicó su última obra mayor, una *Historia de Rosario* que abarcaba un largísimo período: 1869-1939. En un tono de apasionada defensa de "su" ciudad reaparecen aquí muchas de sus virtudes como historiador: su atención a las formas de organización del espacio, su interés por los problemas económicos y demográficos, miradas a menudo perspicaces sobre la sociedad, la cultura y la política. Ciertamente, muchos de los problemas que explora habían sido ya indagados o al menos planteados en sus libros precedentes, desde el *Ensayo* de 1909 a *El problema de Buenos Aires* de 1918 Ciertamente también, Álvarez se mantenía firme en sus convicciones: la oposición entre un siglo y medio

de estancamiento y medio siglo de progreso, la importancia de la libre navegación de los ríos y la consecuente apertura económica al exterior y la de la inmigración como factores esenciales del progreso, el papel de la ley como instrumento esencial del Estado para armonizar intereses y corregir desequilibrios, la significación del trabajo y de la educación como factores que habían hecho la prosperidad de Rosario y de la Argentina en el período posterior a Caseros. Sin embargo, el libro tiene un tono pesimista, envuelto en un estilo irónico, que contrasta con el de los anteriores. En él, como en otros intelectuales de su tiempo, podemos encontrar ese tránsito del reformismo de los tiempos del centenario a un conservadurismo con vetas decadentistas bien visible en los años '30. Nuevos nubarrones generan aprehensiones en Álvarez, entre ellos: la cuestión social en Argentina y en el mundo y la que considera incuria de los gobiernos argentinos (a comenzar por el de Yrigoyen) ante ella, la a su juicio perniciosa reforma universitaria que degradaba la vida académica y una cierta vulgarización del gusto. A su modo, el problema de la construcción de un orden social devenía prioritario y en la más rústica versión santafesina de Juan Pablo López ("ni naides es menos nada, ni nadas es menos naides") reaparecía uno de los problemas argentinos. Más allá, una clase gobernante que casi nunca estaba a la altura de las circunstancias y a la que impugnaba desde, por ejemplo, el tornasol del retrato bello y cálido que le dedicaba a Lisandro de la Torre y a su fracaso.

En buena medida la obra recuerda a la de su profesor, al que apreciaba, Juan Agustín García, en especial a *Sobre nuestra incultura,* en cuya estela puede colocarse, aunque dos diferencias los separen: ahí donde éste había sido casi siempre incapaz (incluso en sus escritos tempranos) de ir mucho más allá de plantear inteligentemente problemas a los que luego no les dedicaba el tiempo necesario para profundizarlos, Álvarez seguía dispuesto a dedicar muchas horas de su vida a los efectos de reconstruir con una evidencia empírica abundante y a menudo sorprendente, los hechos que sustentaban sus lecturas. Como asignaba a sus coterráneos de adopción, el amor al trabajo que era también su divisa era el principal instrumento (y no la educación humanística) a través del cual la Argentina podía construir un porvenir, y he ahí la segunda diferencia.

Bien diferente fue el itinerario de José Ingenieros. Tras su larga estancia europea, casi un autoexilio voluntario del país que súbitamente pa-

recía negar el reconocimiento que creía merecía su talento (el fracaso en acceder a la Cátedra de Medicina Legal) volvió a la Argentina en 1914 dispuesto a buscar un nuevo lugar desde el cual intervenir en el campo intelectual. El mismo estaría fuera de los espacios académicos formalizados y de las instituciones del Estado, juzgadas por él ahora marchitos o estériles. En el ancho campo de la sociedad civil, Ingenieros buscó y encontró un nuevo lugar de enunciación (que luego sería ocupado por tantos otros, a comenzar por los revisionistas) y un público. La complejización de la vida intelectual argentina, la multiplicación del mercado editorial y la aparición de un nuevo actor en ese mundo también nuevo que abría la Primera Guerra Mundial —los jóvenes a los que ya había apelado en "El hombre mediocre de 1913"— garantizaban el éxito de su empresa. La misma se patentizó prontamente, en 1915, con la creación por parte de Ingenieros de la *Revista de Filosofía* y con el lanzamiento de una editorial *La cultura argentina*. De particular importancia era el interés de Ingenieros de llegar con esos instrumentos a un público más vasto que se esperaba masivo con precios significativamente más bajos que los de las otras editoriales que operaban en el mercado argentino. El anuncio de ediciones de "la cultura argentina" de entre 3 y 5.000 ejemplares muestran, a la vez, los alcances y los límites de su impacto.

El Ingenieros de esta nueva estación no es ciertamente nuevo en sus creencias de base, cientificistas, positivistas, biologicistas. La misma *Revista de Filosofía* lo demuestra y su adaptación a los nuevos tiempos ideológicos ya muy perceptibles en Europa —y muy pronto en la Argentina— lo verán más reticente que permeable, quizá porque una mudanza significativa era muy difícil para quien había sido convertido en el emblema de aquellas posturas crecientemente puestas en cuestión.

Si ello concierne al Ingenieros filósofo, concierne menos al pensador del pasado argentino. Ya en 1915, en el primer número de su revista, Ingenieros presenta en su artículo "Los contenidos filosóficos de la cultura argentina", los lineamientos de lo que será su obra, cuyo primer tomo aparecerá tres años después: *La evolución de las ideas en la Argentina*. En el mismo parece dispuesto ahora a conceder un papel a las ideas, los ideales y en suma a la voluntad de los grupos dirigentes en el devenir histórico argentino más allá de los férreos determinismos enunciados en 1910. En segundo lugar, Ingenieros aparece ahora, en parte como consecuencia

inevitable de lo anterior, como una persona menos ecuménica que en su fase precedente. Puesto a lidiar no solamente ya con las impersonales fuerzas profundas sino con las ideas y la política, se veía obligado a escoger y a contraponer. Así, su reflexión sobre la tradición cultural argentina, la que él querrá a la vez historiar y divulgar desde su nueva editorial, es claramente partisana, si se prefiere dicotómica. En cualquier caso ella puede colocarse en la línea del primer Sarmiento, el de *Civilización y barbarie*, en el mismo momento en que esa lectura es puesta en discusión, sea adjuntándole otras (Rojas), sea proponiendo sustituirla, invirtiéndola (Lugones). Es claro también que un esquema como el que propone Ingenieros se contrapone al modo de enfocar el tema, más comprensivo, abarcador, organizado en torno a tradiciones, generaciones y climas de época, que poco antes, entre 1912 y 1914, Alejandro Korn había ido delineando en sucesivas entregas en distintas revistas (trabajos que más tarde confluirían en su *Influencias filosóficas en la evolución nacional*).

Ciertamente la opción escogida por Ingenieros puede reflejar cuánto el clima cultural y político había cambiado en 1915 y más aún en 1918. En él podía ser más difícil sostener la existencia de una tradición intelectual argentina que reuniese en ella a todas las corrientes y pensadores del pasado asignándoles un lugar, lo que había sido la búsqueda de muchos de los autores que hemos visto en este capítulo, incluido el mismo Ingenieros (recuérdense sus comentarios sobre el papel progresivo de Rosas que había señalado en la obra anterior contrapuestos con la definición ahora del mismo como la quintaesencia del señor feudal). Lo que aparece esbozado en el artículo de 1915 —y desarrollado largamente en el libro posterior— es una pugna entre progreso y reacción, democracia y absolutismo, laicismo y clericalismo o en términos de sus viejos esquemas repetidos también aquí: feudalismo y burguesía. En sus mismas palabras se trata del enfrentamiento entre "revolución y contrarrevolución" en la cultura y la política argentinas. Una historia, en suma, que busca permanentemente contraponer y secuenciar esas dos fuerzas que se combaten incesantemente en el pasado argentino. De un lado Moreno, Castelli, el Triunvirato, Monteagudo, Alvear, la Asamblea del año XIII, Dorrego, los anarquistas del Litoral (es decir Artigas, Ramírez y López, muestras de un federalismo jacobino a contraponer al federalismo del interior), Sarratea, García, Rivadavia. Del otro lado, la reacción, Saavedra, Funes, la Junta

Conservadora, los Cabildos, la Junta de Observación, el Congreso. Tagle, Pueyrredón, los teólogos del interior, Anchorena, Maza, Rosas.

El modelo sobre el cual reposa la lectura de Ingenieros es el de la historia europea moderna, mejor dicho la francesa, de la que en especial la de la Argentina independiente es apenas un apéndice destinado a repetir las mismas fases a las que aplica los mismos nombres. Moreno es así el representante máximo de la tradición jacobina argentina, y Saavedra y Funes del Antiguo Régimen; Rosas (alternativamente Metternich, Luis XVIII o Fernando VII) y Quiroga (emblema de la "Vandea pequeña" argentina, opinión que seguía a la de Paz) eran la reacción y la generación del 37, los saintsimonianos argentinos. Esquema que si repite aquellas nociones sobre la ineluctable unilinealidad de la evolución de las sociedades, ya presentes en su trabajo de 1899, es también congenial con la imagen de Vicente Fidel López (en su recordada polémica con Mitre). Un López con cuya tradición historiográfica se encontraba mucho más identificado aunque más no fuese por la mediación de José María Ramos Mejía.

Puesto a lidiar de ese modo con la cultura argentina, la operación de Ingenieros consiste en cercenarla contribuyendo a crear una especie de panteón intelectual en el que deben reconocerse los argentinos o mejor dicho la nacionalidad argentina. Ésa es la fuerza del libro y de allí deriva su capacidad para perdurar como una lectura fuerte, monolítica de ese pasado. Ciertamente, los viejos temas económicos y sociales aparecen permanentemente en el libro y ello hace algo problemático sostener el argumento, que fue en primer lugar de Ricardo Levene, de un Ingenieros historiador culturalista que sucedía a otro economicista (por lo demás las ideas y los intelectuales estaban bien presentes en el joven Ingenieros de muchos modos, entre ellos en la críticas bibliográficas). Por ejemplo, la Revolución de Mayo es vista como una revolución en la que la debilidad de la burguesía impide convertirla en una revolución democrática y liberal exitosa según el modelo francés o las fuerzas de la reacción que reposan en el poder de los comerciantes monopolistas primero y en sus herederos del "trust saladeril" después (ciertamente, como fuera observado por Halperin, resulta sorprendente encontrar en una historia de las ideas un largo apartado sobre el saladero). Empero el centro del escenario lo ocupan los hombres y sus ideas en una especie de combate plurisecular como encarnaciones antropomorfizadas de aquellas fuerzas profundas. Aunque

el registro sea otro, ello es menos importante que el esquema en que reposa y allí la novedad está menos en el pasaje de la historia bioeconómica (nunca desarrollada en profundidad por Ingenieros) a la historia de las ideas que en una cierta interpretación del pasado argentino, que podía ser coloreada de distintos modos.

La necesidad de encontrar a los contendientes en cada momento histórico lleva a Ingenieros a imaginativas soluciones ya desde el principio. Así, por ejemplo, España no es ya simplemente aquella civilización monolítica atrasada que antes había descripto sino que en ella misma se combaten las fuerzas del progreso y de la reacción, aunque éstas fuesen casi siempre más fuertes. Aparece así esbozada la idea de las dos Españas: la del escolasticismo contra la de Luis Vives y algunos erasmianos, la de los Austrias contra la de los Borbones. Así también en el marco del estéril régimen colonial, es repropuesta, la contraposición entre la ya antigua entre la colonización procedente del Perú y aquella procedente de España, y luego la del litoral derivada de la segunda y el interior mediterráneo derivado de la primera. Así también la que (uno de los rasgos de mayor originalidad para esa época) contrapone el federalismo artigista al partido directorial, o luego el dorreguismo al rosismo y así sucesivamente.

En síntesis, un libro influyente, en el que tantos, historiadores o no, se reconocerían luego. Ese éxito deriva de muchas razones. Desde luego del personaje Ingenieros "maestro de la juventud" y profeta de "los tiempos nuevos" en la inmediata primera posguerra, pero también de la fortaleza, inversamente proporcional a su capacidad persuasiva, que emerge de las lecturas binarias, más aún cuando las fuerzas ideales en pugna son antropomorfizadas. Libro dueño en este caso de un importante aunque desordenado caudal de información, no desprovisto de vistas ingeniosas y sugerentes acompañadas de otras muy arbitrarias (muchas veces lógica consecuencia de tener que encontrar siempre y en todo momento exponentes de las dos fuerzas en pugna) y escrito en un lenguaje atrayente y polémico. Ello haría también a su fortaleza en los ambientes intelectuales politizados y también a su debilidad en aquellos académicos (aunque con matices), en vías de imponerse definitivamente en esos mismos años de la mano de la nueva escuela histórica. Escuela que si no siempre tenía preguntas para responder sí tenía las necesarias prudencias y la cuidada retórica que se suponía correspondían al oficio del historiador.

CAPÍTULO 3

La Nueva Escuela Histórica

La Nueva Escuela Histórica (NEH) ocupa un lugar significativo en la historia de la historiografía argentina; las razones que explican tal circunstancia han sido formuladas en un conjunto de estudios cuyos argumentos centrales aparecen usualmente ratificados en cada revisita. En tal sentido, ya es un lugar común la referencia a sus orígenes, cuando al promediar la segunda década del siglo XX, desde los *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, Juan A. García señalaba la existencia de una *nueva escuela histórica*; para la misma época y no casualmente desde la Noticia Preliminar a su reedición de las *Comprobaciones* de Mitre, Ricardo Rojas aludía a una joven generación encargada de producir el "renacimiento de los estudios históricos" en el país, y Paul Groussac a su modo, irremediablemente crítico, predicaba sobre esos mismos jóvenes desde los *Anales de la Biblioteca*. Años más tarde, un miembro de sus propias huestes —Rómulo Carbia— estabilizaba el linaje la NEH en su *Historia crítica de la historiografía argentina*, insertándola en la noble prosapia erudita iniciada por Bartolomé Mitre.

Esta última fue una de las herencias que la NEH pudo arrogarse para legitimar el espacio que ocupara prolongadamente en el contexto historiográfico local; aunque esa inscripción fuese por cierto ambigua, funcio-

68 de 23

nó como argamasa de aquel grupo originario conformado básicamente por figuras tan disímiles como Emilio Ravignani, Ricardo Levene, Diego L. Molinari, Luis M. Torres, Rómulo Carbia. Además de ser adscriptos y autoadscribirse a una tradición prestigiosa, era necesario crear un punto de ruptura con ella; protagonistas y observadores lo colocaron en la hipertrofia metodológica propiciada y exhibida por los miembros de la NEH como piedra de toque de la tradición y cuya adopción contribuyó decididamente a modificar el estatuto disciplinar convirtiendo un relato en saber científico y unas prácticas en una profesión.

No resulta entonces sorprendente que, sobre esos jóvenes devenidos historiadores casi por mandato de sus maestros y por una vocación muy estimulada por la coyuntura, primara una imagen unitaria y homogénea basada en varios órdenes de criterios, comenzando por los de índole biográfica, fundados en la coetaneidad que les confería el hecho de haber nacido entre 1885 y 1889 en el seno de familias aluviales y por ello sin vínculos con el pasado que aspiraban a estudiar, su paso por la Facultad de Derecho, así como cierta sociabilidad político-académica. A favor de aquella imagen fue posible argumentar también la consistencia grupal derivada del común clima de ideas imperante durante sus años de formación intelectual; todos los miembros fundantes de la *Nueva Escuela* desembarcaron en la disciplina histórica en el marco de la centralidad que esta disciplina comenzó a revestir desde fines del siglo XIX y comienzos del siguiente, momento dominado por la cuestión social, la cuestión nacional y la reflexión intelectual de cara al Centenario de la Revolución de Mayo. A partir de allí, la homogeneidad de la NEH se vio reforzada merced a otros dos fenómenos a los que se la vincula estrechamente: la institucionalización y profesionalización de la disciplina histórica.

La implantación institucional de la NEH resulta inescindible de la expansión de instituciones culturales y de la educación superior, implantación agilizada por la Reforma Universitaria y el correlativo acceso de esos "hombres nuevos" a espacios expectables y aún, por el despliegue de estrategias que permitieron identificar al conjunto como artífice de la historiografía profesional en Argentina. Si los recursos teóricos, conceptuales y metodológicos disponibles por la NEH para desarrollar la tarea historiográfica que se proponía pueden considerarse modestos —y de algún modo ya conocidos algunos predecesores—, por cierto no lo fue el pode-

roso y eficaz anclaje institucional en el que la NEH surgió, anidó y se expandió. En este punto no resulta ocioso considerar la prolongada gestión e impronta que en esos espacios imprimieron las figuras de Ricardo Levene y Emilio Ravignani —continuados por consecuentes discípulos—, factores todos que favorecieron la percepción no sólo de unicidad sino de continuidad.

Las versiones contestatarias de la NEH —desde las contrahistorias de los treinta a la renovación de los sesenta— reforzaron la imagen de la tradición como un bloque casi carente de fisuras sobre el cual descargaron agudas críticas que cristalizaron en relatos alternativos de la versión del pasado argentino que la tradición cristalizó en una historia nacional elaborada entre 1936 y 1950.

Todavía cuando promediaban los años ochenta, Halperin Donghi verificaba la persistencia de la NEH en el mapa de los estudios históricos locales, circunstancia que generaba en el observador la sensación de continuidad de la labor historiográfica en medio de rupturas y rumbos erráticos característicos de la crisis estructural argentina desencadenada desde los años '30; desde esta perspectiva, sostuvo que la NEH o las corrientes por ella promovidas fueron dominantes y permanecieron virtualmente inmodificadas en el medio académico y universitario a lo largo de cambiantes coyunturas y recambios generacionales.

No era ésa sin embargo la autopercepción que los fundadores de la historiografía profesional una vez que encontraron su lugar bajo el sol, cuando trazaron sobre sí mismos una fisonomía que acentuaba las diferencias imperantes entre ellos, sea a nivel de sus respectivos referentes teóricos, sea respecto de las instituciones en las que se desempeñaron. Así, al finalizar los años '20, Emilio Ravignani en la revista *Síntesis* se ocupaba de distinguir croceanos de spencerianos y reconvenía con firmeza a Carbia —y más benévola y elípticamente a García— quien buscaba *"una cohesión imposible, artificial, entre un conjunto de historiadores nacionales"*; probablemente a ello se deba que éste en su segunda edición de la *Historia crítica de la Historiografía Argentina*, prefiriera enumerar los espacios institucionales tributarios de la NEH en lugar de sus elencos. Levene los consignaba también retrospectiva y no casualmente en su discurso de homenaje a la memoria del primer director del Instituto de Investigaciones Históricas.

Todavía al comenzar los sesenta, Ricardo Caillet-Bois trazaba un pano-

rama de la historiografía de la primera mitad del siglo XX en el que distinguía y ponderaba desigualmente al Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras y a la Junta de Historia y Numismática Americana, Academia Nacional de la Historia, en un artículo publicado en la *Historia de la Literatura argentina* dirigida por Rafael Arrieta.

Lo propio hicieron algunos de los contemporáneos de los nuevos historiadores: Alejandro Korn en un texto aparecido en la platense y reformista revista *Valoraciones* en el que vertía duros juicios sobre la Junta, y aun el historiador francés ligado a la sociabilidad institucional de la NEH como fue Raymond Ronze, se refería al Instituto y a la Junta "como dos corrientes de la erudición argentina".

De algún modo, estos intentos de desagregación inspiraron un conjunto de estudios que implementaron una perspectiva de abordaje de corte institucionalista, a fin de complejizar las imágenes predominantemente monolíticas trazadas por la tradición; esos análisis contribuyeron a analizar desempeños institucionales y localizar tensiones al interior de la tradición proponiendo la posibilidad de que ellas se tradujeran a su vez en diferencias historiográficas y sugiriendo por esa vía otra visión del conjunto que, si unitario, ya no se revelaba tan homogéneo.

Unidad y homogeneidad se vieron asimismo matizadas a través de indagaciones que enfocaron las trayectorias individuales de varios historiadores vinculados con la NEH como Ravignani, Levene, Molinari; ellas permitieron observar dimensiones que el colectivo agregado ocultaba: estrategias individuales, disparidad de opciones políticas, desempeños fuera de los circuitos académicos, producciones historiográficas, consensos y disensos, aun cuando tales aproximaciones se concentraran sobre la generación fundante y raramente sobrepasaran la etapa peronista.

En cualquier caso, si la NEH puede ser concebida en términos de tradición, ella resulta inescindible del apreciable consenso liberal en cuyo seno se gestaron los servicios recíprocos prestados entre la historia, los historiadores, el Estado y la política a lo largo de buena parte de su desempeño. Fue tal consenso uno de factores que favoreció la emergencia, expansión y perdurabilidad de la *Nueva Escuela*, consenso capaz de albergar vertientes diversas y de posibilitar mecanismos adaptativos frente a las experiencias políticas alumbradas por el siglo. Por lo demás, sus aportes historiográficos, el efecto inercial del paradigma y de las lógicas institu-

cionales —aunque con diferencias de énfasis y perdurabilidad— colocan a la *Nueva Escuela Histórica* en un lugar privilegiado en el contexto de los estudios históricos practicados en nuestro país.

Así, desde los anteriores protocolos de interpretación que se han formalizado a propósito de la NEH, varios estudios han provisto a la historia de la historiografía de una apreciable cantidad de información; el carácter monográfico de la mayor parte de esas intervenciones sugiere la conveniencia de una síntesis, objeto central de las páginas que siguen.

Los puntos de partida

Cuando se iniciaba el siglo XX, la profusa discursividad que con distintas modulaciones incluía a la disciplina histórica en el dispositivo nacionalizador y en la pedagogía patriótica, se cruzaba con otra —menos visible— que lanzaba sobre tal disciplina diversas demandas. Éstas reclamaban —desde distintos lugares y con fórmulas también disímiles— una reescritura de la historia patria capaz de satisfacer las expectativas depositadas en su poder cohesionador.

Ciertamente el reclamo implicaba inocultables tensiones —cuando no críticas abiertas— respecto de la historiografía precedente que, por tanto, debía ser superada en alguna o todas de las siguientes direcciones.

Una de ellas procedía del fenómeno sintetizado bajo la fórmula "reacción antipositivista", universo filosófico complejo que abarcaba una multiplicidad de entonaciones de las cuales interesa recortar aquellas que marcaron las insuficiencias del positivismo a la hora de fundar simbólicamente los valores colectivos cimentadores de un nuevo nacionalismo. Y es que la doxa positivista no contenía elementos capaces de garantizar la cohesión social ni de proporcionar un relato identitario; ese "punto ciego" del discurso positivista criollo debía ser salvado —no sin afectar su coherencia intelectual— a fin de cumplir con los requerimientos ético-políticos que pesaban sobre cultores y materias; la resolución fue un relato en el que "el cuerpo cientificista convive junto al alma idealista", como sostuvo Jorge Dotti.

Por similares razones, aquel relato necesario tampoco podía ser ya el de Mitre, ese abrumador y extemporáneo punto de partida; así lo advir-

tieron los intelectuales del reformismo liberal, algunos de ellos connotados "cientificistas", aun cuando todos reconocían los méritos de la historiografía erudita cuyas limitaciones no dejaron de marcar. En 1909 Joaquín V. González se refería a ellas en el marco del acto de recepción a R. Altamira en la Universidad Nacional de La Plata; un año más tarde, en su obra *El juicio del siglo*, oponía a la historia del general Mitre centrada en el Litoral, otra que partía de la tensión entre esta región y un interior de colonización más antigua que ya había exaltado en *La tradición nacional*. El argumento central del balance que el riojano hacía de cara al Centenario centrado en los males estructurales argentinos —la *ley del odio* y el recurrente fracaso político—, refutaba decididamente el optimismo contenido en la prospectiva mitrista.

Este último punto del diagnóstico de González alimentó parcialmente aquello que fue definido como una "actitud revisionista", nutrida en buena medida por los desajustes político-institucionales acumulados en el tránsito de los siglos XIX a XX. Tal revisión encontraba en la "crisis del federalismo" el fundamento para trazar una nueva perspectiva en materia de Historia Constitucional Argentina; ella tensionó ciertas interpretaciones del pasado concebidas por nuestros primeros "historiadores" —y sus epígonos—, abriendo de tal suerte la posibilidad de reescribir una parte significativa de la historia argentina postrevolucionaria.

Esta vertiente de la renovación estuvo representada por la obra de Luis V. Varela quien, en 1910, bregaba por una *Historia de la República Argentina* superadora de aquella a la que caracterizaba como historia legendaria plagada de pasiones, fantasía, mentiras y panegíricos difundidos en la cátedra, el hogar y el parlamento. Fue en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata donde se generó una auténtica tradición doctrinaria y pedagógica en el área de Historia Constitucional representada por D. Peña, N. Matienzo, J. González Calderón.

Por su parte, desde la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, intelectuales de la estatura de Ricardo Rojas y Rafael Obligado estimularon con modulaciones propias esa pulsión "revisionista", a la que se adicionaban el reclamo por una metodología "*más racional, más científica*"; si lo primero implicaba desarraigar inexactitudes, partidismos y devociones filiales, lo segundo denunciaba las imperfecciones técnicas. Había que abrir la brecha entre el relato de los legos o aficionados

—una *quasi* memoria— y la de los profesionales de investigación y enseñanza producida en sede académica. Y si Paul Groussac se imponía como figura pionera, su carácter *dilettante* lo acercaba más a la del polígrafo, colocándolo a considerable distancia del modelo requerido por los nuevos tiempos: un historiador, quien —sin perjuicio de otros atributos— era aquel que hacía de la destreza metodológica su rasgo distintivo.

A diferencia de la historiografía decimonónica, los espacios institucionales desempeñaron un papel decisivo en tanto sede de producción, gestión y reproducción de saberes y ejercicio regulado del oficio, circunstancia ampliamente favorecida gracias a la creación, reorganización y/o expansión de entidades dedicadas a la educación superior vinculadas a la Historia, empezando por las pioneras: la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y la Facultad de Filoso a y Letras de la Universidad de Buenos Aires y la de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

En la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, las figuras de Juan A. García, José N. Matienzo, Rodolfo Rivarola y Ernesto Quesada expresaban convicciones más o menos compartidas que giraban en torno a la necesidad de reflexión sobre problemas nacionales desde una perspectiva histórica; expresaron sus ideas en cantidad de textos y publicaciones periódicas en las que comenzaron a converger viejas y nuevas generaciones como los *Anales de Derecho y Ciencias Sociales*, la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* y *Revista Jurídica y de Ciencias Sociales*. En ellas harán sus primeras armas los jóvenes juristas devenidos en historiadores cuando todavía se escuchaban los ecos de las huelgas estudiantiles de 1903-4; por las páginas de estas publicaciones especializadas desfilaron artículos y recensiones, críticas que operaron como soportes iniciales de la nueva gestión historiográfica.

Creada para contrarrestar el profesionalismo y propiciar el cultivo desinteresado de las humanidades, la Facultad de Filosofía y Letras albergó a aquellos maestros; por ella transitó lo mejor del "diletantismo", en medio de múltiples dificultades, algunas de las cuales intentaron ser corregidas mediante las reestructuraciones de 1905 y 1912. En la primera de ellas se impulsaron las tareas de investigación y al año siguiente se disponían los medios para encarar una *Historia de la República Argentina* patrocinada por la Comisión del Centenario. Sobre el particular, el profesor Cle-

71 de 23

mente Fregeiro —mentor de varios jóvenes talentos y presidente de dicha Comisión—, insistía en que primero debía agotarse la consulta sobre la documentación disponible; ello estimuló las pesquisas al tiempo que indicaba elocuentemente cuán difundida estaba la práctica de la "caza del inédito".

Por su parte, la Universidad Nacional de La Plata era reorganizada luego de su nacionalización por un cabal "hombre del Centenario", Joaquín V. González, quien la colocara bajo el contradictorio lema *Pro Scientia et Patria*. Haciéndose eco del clima mundial y de las demandas locales, la universidad fue reestructurada y desde la antigua Facultad de Derecho se desgajaría la novel Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Además de su dotación material, la institución se vio beneficiada por los estímulos intelectuales de visitantes como Rafael Altamira y sus seminarios de metodología histórica o bien por los aportes procedentes del relevamiento sobre la enseñanza superior de la historia en Alemania a cargo de Ernesto Quesada, elaborado por encargo de las autoridades universitarias (1909).

La Nueva Escuela Histórica antes de la Nueva Escuela Histórica

Por entonces, algunos jóvenes que formaban parte de las redes de sociabilidad formal e informal de sus maestros adoptaron los puntos de vista expresados por éstos desde la cátedra, las obras, la gestión —y ocasionalmente desde la bohemia, tal como recordó Roberto Giusti—, volcándolos a su vez en publicaciones que reflejaban nuevas sensibilidades intelectuales; además de las ya indicadas en la órbita de la Facultad de Derecho porteña, la referencia es aquí *Nosotros*, la *Revista de Filosofía, cultura, ciencias y educación*, los *Cuadernos del Colegio Novecentista*, publicaciones que comenzaron a dar visibilidad a los nuevos historiadores.

Precisamente en 1908, Rómulo Carbia efectuaba una temprana recensión al *Santiago de Liniers* de P. Groussac en la revista *Nosotros*; el comentarista procedía del mundo de las letras; estudió en la Universidad Pontificia de Buenos Aires y su desembarco en la Historia fue facilitado por David Peña —por entonces director de *La Prensa*, donde Carbia trabajaba como redactor—, quien a su vez lo vinculó con E. Ravignani. El reseñante reco-

nocía en su reseñado una evidente aunque impropia erudición, ya que su carácter excesivo contradecía la metodología moderna; criticaba la tendencia de Groussac a realizar juicios tan severos cuanto infundados, sobrevalorando aspectos estéticos. Finalmente encontraba que el francés había incurrido en la falta que él mismo señalara a Mitre: un entusiasmo exagerado —e injustificado— por su biografiado.

Al año siguiente, en 1909, Emilio Ravignani —miembro del grupo juvenil que Bianchi evocaba en sus memorias y estudiante como él en la Facultad de Filosofía y Letras en la que ambos desarrollaron sus primeras experiencias de investigación al servicio de la diplomacia peruana gracias a los oficios de Fregeiro— informaba al decano N. Matienzo sobre el trabajo de relevamiento que se le encomendara en los archivos de Paraná juntamente con el padre Larrouy. Además de referencias técnicas, el texto contenía una serie de reflexiones sobre la historiografía argentina, que para el suscribiente debía reescribirse a partir de dos premisas: la superación del partidismo y la atención a la crítica documental; ésta debía presidir las tareas de búsqueda, recolección y edición de documentos, criterio generalizado —añadía— entre los profesores de la Sección Historia de la Facultad de Filosofía y Letras.

Por su parte, Diego Luis Molinari —activo estudiante de Derecho— aludía en uno de sus primeros textos, publicado en los *Anales* de esa Facultad, a las graves lagunas cubiertas imperfectamente por nuestros historiógrafos, la ausencia de crítica documental y la errónea interpretación de los acontecimientos "falseada por la ignorancia y por el partidismo..."; arremetía contra "Mitre, López y Groussac, 'dioses mayores' (como diría uno de ellos), toda la pléyade de nuestros diletantes en historia".

Las anteriores expresiones —tomadas a modo de ejemplo entre las múltiples que podrían invocarse— configuran un balance historiográfico en el que se consignaban las insuficiencias conceptuales y técnicas que era necesario corregir al tiempo que un inventario de atributos que la nueva versión del pasado nacional debía revestir para estar acorde con las exigencias antes señaladas.

La discontinuidad que los noveles historiadores intentaron marcar no era sólo historiográfica sino política porque si —como diría uno de ellos— su condición aluvial les permitía superar la distorsiva "historia de familia", también esa condición hablaba a favor de su ausencia en "los círcu-

los oficiales que han predominado en la política argentina entre 1852 y 1912", circunstancia superadora a su vez de una "historia de facción".

No es necesario insistir en el componente oportunistamente retórico contenido en estos juicios vertidos sobre una tradición con la que sustantivamente acordaban por inspirarse ambas en la matriz "nacionalista liberal". Efectivamente, aquellos señalamientos mutarán en recuperaciones sobre finales de los '20, cuando los otrora críticos estén consolidados en sus respectivos espacios académicos y se enfrenten a la necesidad de inventar su propia genealogía e inscribir su gestión historiográfica en un linaje sobradamente acreditado.

Con estos presupuestos los jóvenes encaraban la etapa "propedéutica" conducente a escribir la historia nacional como indicara Fregeiro, figura que todavía aguarda un estudio pormenorizado. Se trataba *prima facie* de exhumar, seleccionar y luego publicar fondos documentales considerados imprescindibles a fin de escribir una nueva versión de la historia argentina ajustada a los cánones vigentes. Ello significó un apreciable movimiento heurístico practicado en repositorios locales y extranjeros cuando todavía no se iniciaba la segunda década. Los efectos de tal despliegue han sido señalados frecuentemente y constituyen una herencia valiosa.

Las recopilaciones documentales emprendidas por diversas instituciones académicas contaban ocasionalmente con financiamiento procedente del medio facultativo y también de organismos públicos gracias a redes que vinculaban ambas esferas. Como señalara Luis M. Torres, los estudiosos se movían en un universo documentario imperfectamente organizado en el marco de férreas convenciones disciplinarias.

Así, las indagaciones en repositorios locales —AGN, Museo Mitre, Biblioteca Nacional y repositorios del interior del país— se combinaban con aquellas practicadas en el exterior —particularmente en el Archivo de Indias—, produciendo de tal modo un perceptible dinamismo no carente de tensiones y que excedía con frecuencia el estrecho campo profesional; el debate parlamentario que tuvo lugar a fines de 1914 en el que se ventilaron cuestiones presupuestarias, políticas, historiográficas e institucionales, ilustra con elocuencia la afirmación.

El relevamiento documental en la reorganizada sección Historia de la Facultad de Filosofía y Letras dio por resultado las ediciones de los *Do-*

cumentos relativos a los antecedentes de la Independencia de la República Argentina y los *Documentos para la Historia del Virreinato del Río de la Plata* (1912).

En agosto de 1914, Emilio Ravignani publicaba en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas. Derecho, administración, economía política, sociología, historia y educación*, un artículo titulado "Una comprobación histórica. El comercio de los ingleses y la Representación de los Hacendados de Moreno". En el mismo año, en los *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, Ricardo Levene daba a conocer "La política económica en América durante el siglo XVIII y la Revolución de Mayo". A continuación de este trabajo se hallaba el de Diego Luis Molinari "La Representación de los Hacendados de Mariano Moreno. Su ninguna influencia en la vida económica del país y en los sucesos de Mayo de 1810".

Un año más tarde, Roberto Levillier publicaba en Madrid el producto de sus investigaciones sevillanas *Correspondencia de los Oficiales Reales de Hacienda con los Reyes de España reunida en el Archivo de Indias de Sevilla*; la Municipalidad de Buenos Aires editó documentación referida a la ciudad y procedente del mismo repositorio, también reunida y ordenada por Levillier, quien finalmente coordinó por encargo de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA, los volúmenes *Antecedentes de la política económica en el Río de la Plata*. También en 1915 vieron la luz los volúmenes V, VI y VII de los *Documentos para la Historia Argentina*, iniciada en 1912 bajo la dirección de Luis María Torres; los tomos V y VI *Consideraciones sobre la historia económica del Plata en el siglo XVIII*, estuvieron a cargo de R. Levene mientras que el VII, dedicado a *Datos para el estudio de la trata de negros en el Río de la Plata*, fue encargado a D. L. Molinari. Paralelamente, el Archivo General de la Nación procedía a recopilar en un abultadísimo volumen los antecedentes de las guerras independentistas, *Documentos referentes a la guerra de la Independencia y a la emancipación política de la República Argentina* y R. Carbia publicaba *El diezmo en el Río de la Plata* (1915).

La imagen unitaria que primó sobre el grupo probablemente procedía también de su participación en estos emprendimientos así como de los consensos que fundaron tales empresas. Uno de ellos se refería al rigor metodológico aprendido de las prescripciones de Altamira, Xenopol, Langlois-Seignobos y Bernheim, expuestos sobradamente en la introducción al tomo VI a cargo de Diego L. Molinari, quien sesgadamente se

73 de 23

apropiaba del *Lehrbuch der historischen Methode* mediado por Crivelucci para ilustrar la conformación de una "serie histórica".

Además de estos aspectos técnicos, las indagaciones practicadas ponen de manifiesto la existencia de otro consenso que concernía al período de la historia patria que se privilegiaría en una etapa inicial: la exploración debía abordar el período colonial, particularmente su fase virreinal referida al comercio entre España y América. Ello no tiene nada de sorprendente si de lo que se trataba era de escribir la historia de la nacionalidad que reconocía su núcleo en los sucesos de 1810 vistos como el nacimiento de la misma. Tampoco parece extravagante el énfasis en los aspectos económicos del proceso cuando tanto Mitre cuanto López habían sostenido que la revolución se inició con la liberalización del comercio. El futuro biógrafo de Mariano Moreno afirmaba en los *Documentos*... que la historia económica es la historia "básica y que los hechos políticos, jurídicos, filosóficos y literarios coloniales, se enmarcan en aquélla".

Si desde las prácticas formales abundaban los consensos, la dinámica generó competencias institucionales y espacios compartidos —y por lo tanto tensionados—, antagonismos latentes y valoraciones públicas de la actividad pero, en cualquier caso, estaba trazado el inicio. Los *Documentos para la Historia Argentina* representan en este punto el intento más claro y sistemático orientado a procurar los insumos para la historia integral.

Los nuevos historiadores se expresaron y fueron reseñados acorde con el funcionamiento de las "redes de la crítica", que —a diferencia de la práctica decimonónica— se instituía ahora como producto de un saber objetivo o "científico"; de allí que sus sedes institucionales más identificables fueron los círculos del aparato académico, revistas especializadas y libros, que en general no excedían los acotados ámbitos intelectuales. Consecuentemente no resulta casual que la crítica a esos primeros trabajos procediera de las páginas de la pluma de Groussac desde los *Anales* de la Biblioteca y que su consagración deviniera de los de la Facultad de Derecho. Ciertamente la actividad crítica desempeñó diversas funciones acorde con el particular *status* de quien la ejerciera: el disciplinamiento de los "consagrados" sobre los recién llegados y el intento de éstos por legitimarse y adquirir notoriedad a través de aquélla.

Los términos de la crítica nos resultan conocidos y constituyen un lugar común para quienes abordaron el período; Carbia, Molinari y Levillier

encontraron en la figura de Groussac la quintaesencia de todo aquello que debía corregirse no sólo ni fundamentalmente en lo concerniente a lo historiográfico sino a su condición de "árbitro" de un espacio que los jóvenes aspiraban a ocupar.

Si Groussac usó la razón metodológica para impugnar las ediciones documentales de Norberto Piñero (1898) y de Ricardo Palma (1902) poniendo con ello de manifiesto su conocimiento en materia de "crítica moderna" y actualización acerca de los debates europeos, ahora combatía esa hipertrofia metodológica instrumentada y defendida por los jóvenes historiadores como piedra angular de la historiografía; lo hizo desde los *Anales de la Biblioteca* (1914-15) y desde su célebre Introducción a *Mendoza y Garay* (1916).

El rigor metodológico era considerado por el bibliotecario como un medio y no un fin, pero aun así, sagazmente concluía: "no hay método que logre hacer espíritus agudos con espíritus obtusos". La refutación puede seguirse en los artículos de *Nosotros*, a cargo de Carbia, Molinari y Levillier, quienes con juicios mordaces y desacreditadores, fustigaron al anciano bibliotecario.

Las redes de la crítica operaron asimismo en otra dirección, la de los pares. En este caso fue recurrente la crítica de Molinari sobre la labor de Levene y de Levillier, así como la que Carbia descargó sobre este último. En todos los casos, el núcleo de la cuestión residía en la operatoria metodológica —como la conformación de la "serie histórica"— cuyas implicancias no se reducían al nivel heurístico sino que involucraban al hermenéutico. Un buen ejemplo de lo antedicho lo constituye el texto de Molinari "La Representación de los Hacendados..."; la obra ilustra un eficaz ejercicio de crítica bibliográfica y documental verificable en las alusiones a López, Mitre y Groussac y reflexiones sobre el "club de los descendientes". Ello, sumado a la incorporación de nuevas fuentes, permitieron a su autor sostener una interpretación de Mayo ostensiblemente reñida con la estabilizada por Mitre y V. F. López.

Todas estas prescripciones estuvieron presentes en el *Congreso Americano de Ciencias Sociales*, que tuvo lugar en Tucumán en el marco de las celebraciones por el Centenario de la Independencia. Las intervenciones de Torres y Ravignani abonaron la importancia de la indagación sobre la etapa colonial tardía; la de Molinari, sobre las convenciones en materia de ediciones

74 de 23

documentales, en tanto que Levene se refirió a la enseñanza de la Historia en el nivel medio. La participación de la Nueva Escuela en este evento colocó a sus miembros en un medio dominado por funcionarios e intelectuales del liberalismo reformista que aspiraban a dar una "respuesta científica" —legislativa e institucional— a los nuevos problemas sociales.

Con excepción de Levene pero con la presencia de Rómulo Carbia —a la sazón, bibliotecario del Instituto desde 1915—, todos los demás colaboraron en el *Manual de Historia de la civilización argentina* (1917), título con ecos guizotianos y evocador de la *History of Civilization in England (1861)* de Henry T. Buckle, historiador británico referente de R. Altamira y reseñado en 1915 en la revista *Verbum* por Diego L. Molinari. El *Manual de historia de la civilización argentina* permaneció trunco; la versión integral de una historia argentina se demoraría al menos dos décadas más.

Las anteriores referencias permiten verificar que antes de la Reforma Universitaria, los nuevos historiadores comenzaron a transitar los espacios universitarios en pleno proceso de reestructuración. En tal sentido, fue Levene quien marcó su precocidad al ingresar en 1911 en calidad de suplente a la cátedra de Sociología que Quesada dictaba en Filosofía y Letras; en 1912, hacía lo propio en la cátedra de Introducción al Derecho de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires cuyo titular era Carlos Octavio Bunge. Pocos años después ingresaría —gracias a los auspicios de J. V. González— a otra de Historia Argentina en la Universidad platense. Ése fue el comienzo de una prolongadísima vinculación con el medio universitario que ha dejado innegables huellas en la historiografía argentina, como también se verifica en otros dos casos: en la Escuela Superior de Guerra —a la que Levene ingresó en 1914— y en la Junta de Historia y Numismática Americana, cuyo secretariado asumía un año más tarde.

En tanto, en la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad porteña, el decano Piñero reorganizaba, hacia 1912, la Sección Historia al tiempo que se creaba la oficina de publicaciones en la que Luis M. Torres se desempeñaría como director y Emilio Ravignani en calidad de encargado de Investigación; dos años después, la sección contaba con dos adscriptos honorarios: Rómulo Carbia y Diego Luis Molinari.

El conjunto de circunstancias hasta aquí referidas explican que 1916 no constituya el origen de la tradición sino el momento de visibilidad; ella no sólo fue la resultante de un gesto legitimador sobre aquellos hombres nuevos sino el producto de un desempeño previo que debía desembocar en la escritura de la historia nacional; bajo estos estímulos dio sus primeros pasos, pero fue la Reforma Universitaria el factor decisivo que consolidó las trayectorias iniciadas una década antes.

En general la presencia de los hombres de la Nueva Escuela comenzó a tornarse significativa a partir de la década del '20, sobre cuyos inicios Levene llegaba al decanato de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y en sus estribaciones Ravignani alcanzaba su primer decanato en la Facultad de Filosofía y Letras cuando casi contemporáneamente el primero presidía la Universidad de La Plata.

Con distintos ritmos y modalidades, los miembros del grupo se insertaban en las carreras de Historia y Derecho de Buenos Aires y La Plata; globalmente se ha demostrado que la presencia de la Nueva Escuela Histórica ha sido más fuerte en Humanidades y si bien ella no estuvo ausente en Filosofía y Letras, en este caso predominó la corriente de estudios europeos; probablemente el temprano "diletantismo" imperante en la facultad porteña —y su persistencia, aun producida la Reforma Universitaria— demoró la entrada de los adalides de la Escuela en las cátedras de Historia.

El cuadro se completa con el desembarco en el Instituto Nacional Superior del Profesorado —otra iniciativa de Joaquín V. González— de Ravignani, Molinari, Carbia y, poco tiempo después, de un egresado de la casa, Ricardo Caillet-Bois—; desde su incorporación a principios de los '20, estos profesores controlaron las áreas de Historia Argentina y Americana, Introducción a la Historia y Seminario, generando allí también una fuerte y prolongada tradición que proyectó el paradigma sobre la formación de educadores.

En cualquier caso, la presencia de los nuevos historiadores en prestigiosas instituciones dedicadas a la educación superior redundó, como veremos, en una reorientación de las mismas, tal como ocurrió también en la Junta de Historia y Numismática. En ella, las amables tertulias protagoni-

zadas por coleccionistas y *amateurs* cedieron gradualmente paso a actividades más afines con la historiografía gracias a la mayor presencia y gestión de profesores universitarios, tal como lo refería Rómulo Zabala, quien ubicaba ese clivaje hacia 1914 cuando aquella presencia contribuyó a una transformación parcial del quehacer institucional; en tal sentido, deben destacarse las figuras de Ernesto Quesada quien, imbuido de la experiencia alemana, procuró imponer el criterio para preceder las reimpresiones por estudios críticos, y la de Clemente Fregeiro, quien proponía trasladar la metodología de trabajo utilizada en el ámbito universitario a la institución. Asimismo entre 1917 y 1918 tuvieron lugar un par de propuestas tendientes a jerarquizar y difundir la labor institucional. Ramón J. Cárcano y Juan A. García, actualizaron una empresa frustrada: dotar a la Junta de una publicación periódica que diese publicidad a sus actividades; por su parte, Clemente Fregeiro bregó en favor de que el organismo ejecutase el proyecto que años atrás presentara en la Sección Historia: producir una *Historia de la República Argentina.*

En lo inmediato, ninguna de estas líneas prosperó y hasta generaron resistencias expresadas bajo cierta retórica que insinuaba la escasez de consenso entre sus miembros —o bien la voluntad de no quebrarlos—, factores todos que también aquí tornaron por entonces inviable el proyecto de la historia nacional.

El elenco originario de la Nueva Escuela tuvo una participación bastante desigual en la Junta; L. M. Torres ingresó tempranamente como numerario, pero transcurrió más de una década para que Levene hiciera lo propio, seguido luego por varios de sus discípulos y colaboradores platenses; Carlos Heras lo hizo antes que Ravignani —en 1926— ya que el director del Instituto de Investigaciones Históricas accedería recién en 1931, luego de algún avatar que demoró su ingreso hasta 1933. Torre Revello se incorporaba una década más tarde mientras que R. Carbia y D. L. Molinari nunca formaron parte de la Junta, como no lo fueron V. F. López, Groussac o N. Matienzo.

En síntesis, al iniciarse la década del '20, es posible verificar la existencia de espacios institucionales preexistentes a la emergencia de la Escuela Histórica pero en los que la irrupción de la misma reorientó sensiblemente en materia de labor docente, de gestión e investigación.

Con certeza se ha señalado que, a partir de entonces, los dos ámbitos

universitarios mencionados operaron como una suerte de "diarquía" rectora de los estudios históricos practicados en nuestro país; por entonces, la Junta todavía funcionaba más como espacio de sociabilidad político-intelectual y de legitimación convergente que como lugar de producción historiográfica; cuando lo sea —a partir de los '30—, la diarquía mutará en "triarquía".

En cada una de estos espacios pronto se hicieron visibles claras hegemonías internas que plasmaron vertientes diferenciadas del tronco común; en todas se desarrollaron actividades estandarizadas —publicaciones periódicas, producción monográfica, expansión de redes internas y externas, relación con poderes públicos—, pero las distinguía cierta expresión propia volcada en temas, elencos y perfiles historiográficos, factores que permiten recortarlas y proyectarlas en el tiempo.

La Escuela Histórica de La Plata

Ricardo Levene supo capitalizar el creciente peso que fue adquiriendo dentro de la universidad desde sus cargos docentes y de gestión, y fuera de ella a través de sus fluidas y versátiles relaciones con funcionarios públicos. Apoyándose en un poderoso aparato institucional que él mismo contribuyó a crear y a robustecer, canalizó a su modo las aspiraciones de su mentor, Joaquín V. González, prolongando en cierto modo aquel espíritu del Centenario aun cuando éste ya se había disuelto en la vorágine del siglo. Desde esos lugares, alimentó un conjunto de iniciativas en las que la institucionalización fue su nota central; ellas se iniciaron durante el clima reformista con el reordenamiento que dio origen a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación a cuya creación contribuyó y a la cual regenteó entre los '20 y '30 en calidad de decano y presidente.

Esa notable gestión estuvo inspirada y sostenida por la referencialidad que guardaba, entre otras, con los ateneístas mexicanos, particularmente con los conceptos que Pedro Henríquez Ureña vertiera en su visita a la Universidad de La Plata (1921), en la que luego se desempeñaría como docente. Esa experiencia intelectual posibilitó la difusión de un conjunto de ideas que constituían un claro proyecto cultural cimentado en la educación —particularmente el rol de la universidad y la alta cultura—,

a partir de un encuadre humanístico. El modelo de universidad alemana —con sus escuelas profesionales y planteles dedicados a la investigación— había dado lugar a la reorganización de la universidad mexicana y al surgimiento de la Escuela de Altos Estudios (1914), institución que aspiraba a la formación de una nueva clase dirigente, de cultura desinteresada, y pretendía renovar la vida espiritual y cultural hispanoamericana. En consonancia con estas directrices —algunas de ellas ya consignadas en el informe de Quesada sobre la enseñanza de la historia en las universidades alemanas—, la Facultad de Humanidades de los '20 estimuló el dictado de seminarios y la creación de centros de investigación y extensión con sus correlativas publicaciones. Entre ellos es destacable el Centro de Estudios Históricos, institución que albergó el desempeño de egresados que operarían como relevo; su actividad nos es conocida a partir de 1934 difundida en el *Boletín de la Universidad.*

En 1921 la revista *Humanidades* era complementada con la *Biblioteca de Humanidades*, colección que dio a la luz textos connotados como la *Historia crítica de la Historiografía argentina* (1925), de Carbia; *Investigaciones acerca de la historia económica del Virreinato del Río de la Plata*, de Levene (2 vols. 1927), o aquel otro procedente de quien sería un conspicuo discípulo, Enrique Barba: *Don Pedro de Cevallos, gobernador de Buenos Aires y virrey del Río de la Plata.*

Desde el *Instituto Bibliográfico* (1926) se intentó dar cuenta del desarrollo de la actividad intelectual nacional de corte humanístico, tarea a la que sumó a estudiantes.

Más notable fue aún el impulso que Levene dio a la creación en 1925 del *Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires* gracias a los vínculos con J. J. Cantilo, a la sazón gobernador bonaerense y miembro de la Junta; durante tres décadas aquél condujo el repositorio propiciando no sólo el ordenamiento y catalogación de materiales disponibles sino el control sobre fondos documentales locales mediante una densa red que vinculaba el archivo platense con sus pares locales. La publicación de las piezas que conformaban el patrimonio heurístico y de documentos considerados relevantes contaba con advertencias de connotados profesores y graduados platenses.

Con justicia Carlos Heras se refirió a esta vertiente de la Nueva Escuela Histórica en términos de *Escuela Histórica Platense*; en ella, su artífice contó

con dos colaboradores infatigables: R. Carbia y el mismo Heras, el primero de ellos también vinculado a la Facultad de Filosofía y Letras. Frente a un Carbia más volcado hacia la historia colonial, Heras manifestó mayor interés por la Argentina independiente y la etapa abierta en 1852 llamada, por entonces, de la Organización Nacional. Desde los tempranos '20, estudió la disgregación del régimen nacional, anticipando en una década la temática que Levene desarrollaría luego; abordó el estudio de la Junta de Representantes y el desempeño del Cabildo de Buenos Aires. En 1929 publicó los resultados de las investigaciones sobre confiscaciones y embargos en la época de Rosas. Carlos Heras presidió el Centro de Estudios Históricos y colaboró con asiduidad en *Humanidades*; a diferencia de Carbia, fue designado académico y tuvo una prolongadísima trayectoria que se extendió hasta los años 60.

Una verdadera escuela que trasmitió a sus egresados un *cursus honorum* como en los casos de Enrique Barba y Roberto Marfany, becados a España para elaborar sus tesis doctorales referidas a Cevallos y a Cisneros, respectivamente. La primera de ellas fue exitosamente comentada en varias publicaciones locales y marcó el inicio de una carrera que como la de su mentor fue larga y prolífica.

La nómina se completaba con Antonio Salvadores, Luis Aznar, Walter Bose, Guillermina Sors; todos ellos participaron en el Centro, publicaron en *Humanidades* y algunos en la *Biblioteca*, utilizaron intensamente el archivo provincial, por lo que sus indagaciones se refieren en buena parte a la historia de la provincia de Buenos Aires.

El Instituto de Investigaciones Históricas

En 1921 E. Ravignani accedía a la dirección del novel *Instituto de Investigaciones Históricas*, organismo que reflejaría bien el clima que comenzó a imperar en la universidad postreformista. La intensa actividad que desde entonces y por espacio de un cuarto de siglo desarrolló el Instituto se apoyaba en el relevamiento documental y su difusión —principalmente las *Publicaciones del Instituto* y la *Biblioteca de libros raros americanos*— y era reflejado en las páginas de su propia publicación periódica: el *Boletín*, empresa que puede considerarse un signo de la especialización alcanzada

en materia histórica. El *Boletín* se proponía principalmente dar cuenta de la actividad historiográfica local e internacional en sus diversas manifestaciones procedentes tanto del ámbito local cuanto internacional: "difundir la relevancia del conocimiento histórico producido mediante el correcto ejercicio de la profesión, lo más ampliamente posible y con criterio científico"; sus distintas secciones daban cuenta de ello: "Relaciones documentales" e "Inventarios generales o especiales", "Artículos originales", "Noticias bibliográficas" e "Información general", espacio éste dedicado a dar cuenta de las reuniones científicas, conferencias y de la memoria institucional.

Durante la década del '20, crecieron considerablemente las ediciones y los contactos internos y externos principalmente europeos, a diferencia de los vínculos primordialmente hispanolusoamericanos de la Escuela Platense.

El Instituto de Investigaciones Históricas, a instancias de Ravignani, desarrolló asimismo una intensa campaña de obtención de fondos documentales en el interior y el exterior a cargo de comisionados como Fernández Olguín, Torre Revello y mediante vínculos con historiadores del litoral como Cervera y Gómez, contando para ello con una privilegiada asignación de recursos reforzada por aportes del Congreso Nacional patrocinada por el Ministerio de Relaciones Exteriores.

A diferencia del platense, el grupo nucleado en torno del Instituto dirigido por Ravignani parecía más heterogéneo y dominado por individualidades, varias de las cuales se desempeñaron en cargos de la alta burocracia estatal, en la función pública y en asociaciones civiles.

Emilio Ravignani en 1922 fue designado secretario de Hacienda y Gobierno de la Municipalidad de Buenos Aires por intervención de Matienzo. Más allá de la ambigua relación que Ravignani parece haber mantenido con el Partido Radical —su adhesión al alvearismo lo ratificaba en su fe liberal colocándolo a resguardo del plebeyismo yrigoyenista—, el historiador ocupó un escaño en la Cámara de Diputados de la Nación entre 1936-1943 y 1946-1950. A pesar del intenso vínculo con Filosofía y Letras, se graduó en Derecho, opción inversa a la de Coriolano Alberini que, entre las dos carreras, optó por Filosofía. Obtuvo su doctorado con una tesis sobre las finanzas argentinas desde 1810 a 1829 tal como consignaba el diario *La Nación* (6/3/27); en este punto, resulta interesan-

te consignar que finalizando la década del 1910, Ravignani se desempeñaba como jefe del Seminario de Economía y Finanzas que Alejandro Bunge dictaba en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, cargo en el que fue reemplazado por Raúl Prebisch cuando lo renunciara a causa de su designación en la Facultad de Filosofía y Letras.

En 1931 fue presentado por R. Levene en calidad de numerario ante la Junta de Historia y Numismática Americana, pero su incorporación recién tuvo lugar en 1933; su participación, caracterizada por la "independencia de criterio", fue activa pero nunca logró ocupar cargo directivo en la institución.

Desde que asumió la dirección del Instituto de Investigaciones, recuperó la agenda de Matienzo impulsando las indagaciones en torno de los orígenes del federalismo y la organización institucional, tema que atrajo sus mayores preocupaciones y vía por la cual llegó a la recuperación de Artigas y Rosas.

Desde una perspectiva plutarquiana, la figura de Ravignani encuentra su paralelo en la de Diego Luis Molinari, quien, como él, se graduó en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, se desempeñó como docente e investigador en Filosofía y Letras, en el Instituto Nacional Superior del Profesorado y en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires; pero a diferencia de aquél, describió itinerarios políticos e historiográficos más tortuosos; ellos iban de la adhesión al yrigoyenismo a la del peronismo pasando por el nacionalismo, o bien de la Nueva Escuela Histórica a posiciones cercanas al Revisionismo.

Temperamento sarmientino —lúcido, crítico, sanguíneo y, como él, político avezado—, fue subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores con Yrigoyen, ámbito en el que también se desempeñaba por entonces Roberto Levillier; sus destinos diplomáticos fueron otras tantas canteras documentales y bibliográficas en las que abrevó para producir algunos de sus textos iniciales y tardíos —"Política Lusitana en el Río de la Plata" publicada en la *Historia de la Nación Argentina*, o "Rosas y Southern: primer encuentro" editado en 1963 en la *Revista del Instituto Histórico Juan M. de Rosas*. Asimismo, presidió el Departamento Nacional del Trabajo en 1922, proyectó un *Código de Trabajo*, presentado en la Cámara alta en setiembre de 1928, cuando preparaba otro de Asistencia Social.

Entre 1924 y 1928 ocupó un escaño en la Cámara de Diputados y a partir de ese año y hasta el golpe de 1930, se desempeñó como senador nacional por la Capital Federal, lugar desde donde bregó por la aprobación del proyecto de ley orgánica sobre el petróleo, que se le atribuye. Se iniciaba su estación nacionalista a la que pertenece el *¡Viva Ramírez...!*, probablemente su última gran obra. La adhesión de Molinari al peronismo constituyó la cumbre y el ocaso de su carrera política e historiográfica. En Molinari coexistieron el erudito y el polemista; su maestría llevó a Levene —por muchas razones tan alejado de él—, a convocarlo para la *Historia de la Nación Argentina*, aun cuando nunca fue designado académico.

Rómulo Carbia, por su pare, participó de ambas vertientes, la porteña y la platense. En 1915, fue nombrado director de la Biblioteca de la Filosofía y Letras; fue suplente de Luis M. Torres en la cátedra de Introducción a la Historia y cuando éste renunció en 1931, Carbia lo transformó en un curso de historia de la historiografía, tema que le dio una amplia reputación desde aquella temprana publicación en *Humanidades*. Juntamente con Ravignani y Molinari, compuso la tríada que detentaba las cátedras de Historia Argentina y América y el Seminario en el Instituto del Profesorado. En 1929, recibió el título de doctor *Honoris Causa* de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En 1933, viajó a Europa, invitado por la Universidad de Sevilla; allí presentó su obra *La Crónica Oficial de las Indias Occidentales*, publicada en la *Biblioteca de Humanidades* en 1934, que le valió el título de doctor en Historia Americana. Representó el ala católica militante e hispanista de la NEH; tal concepción quedó plasmada en su *Historia de la Leyenda Negra Hispano-Americana*, texto objeto de refutaciones pero alineado con la perspectiva de la escuela sevillana con la cual, parte de la Nueva Escuela mantuvo fluidas vinculaciones a partir de la figura de José María Ots. Su activo catolicismo lo relacionó con el *Colegio Novecentista* y motivó a pronunciar conferencias en el marco de los cursos de cultura católica sobre la historia eclesiástica argentina (1924), a colaborar en la revista *Criterio* y a escribir, una década más tarde, su *Historia Eclesiástica del Río de la Plata*.

Al igual que Juan Canter y Carlos Correa Luna —también ellos colaboradores en las publicaciones del Instituto de Investigaciones—, integró la *Liga Patriótica Argentina* que funcionaba en la misma sede que la *Asociación Nacional del Trabajo*, acaso debido a similares razones por las que Ravignani

revestía en esta última: cierta cuota de prestigio social unida a una concepción ideológica ligada a una vertiente del liberalismo criollo con sus impulsos nacionalistas integradores y terapias educativas.

Un caso peculiar lo constituye José Torre Revello quien, sin formación universitaria alguna, en 1918 ingresó a la Sección Historia por entonces a cargo de Torres en calidad de copista en los archivos y bibliotecas españoles. Dos décadas más tarde era designado académico numerario, en 1943 se desempeñaba como adjunto en la cátedra de Historia de América en la Facultad de Filosofía y Letras, cuya titularidad ocupó durante el peronismo. Su pertenencia a un conjunto muy apreciable de instituciones locales e internacionales vinculadas a la Historia demuestran una inserción exitosa en las redes profesionales.

Desde fines de la década del '20 comenzaron a aparecer sus célebres *Crónicas del Buenos Aires colonial*, probablemente la temática más característica de su considerable producción bibliográfica, que alcanza su mayor expresión con *La sociedad colonial*, libro en el que se condensaba el vasto conocimiento de fuentes y bibliografía acumulados por su autor a lo largo de su trayectoria; confeccionado entre 1955 y 1963 y publicado póstumamente.

A su vez, Ricardo Caillet-Bois, producto exitoso del magisterio ejercido por la Nueva Escuela Histórica; graduado del Instituto del Profesorado, institución en la que cursó su carrera de Historia entre 1921-25, tres años después ingresaba como docente en esa institución, al tiempo que lo hacía en la Filosofía y Letras en la cátedra de Historia de América y en la de Introducción a la Historia en la Facultad de Humanidades de La Plata. En 1933, hacía lo propio en la Escuela Superior de Guerra —en la que Levene se desempeñaba desde 1914—, y a principios de los 40 integraba el claustro de profesores del Colegio Nacional de Buenos Aires, del que dos años después sería vicerrector; también desde 1942 integró en calidad de numerario la Academia Nacional de la Historia. En relación con la producción historiográfica de sus maestros y colegas, la suya parece un tanto dispersa: desde su *Ensayo sobre el Río de la Plata y la Revolución Francesa* (1929) hasta sus indagaciones sobre las Islas Malvinas pasando por sendos estudios sobre Brown y Bouchard.

La triarquía se completa con el espacio ganado por la Junta gracias al impulso que le otorgó R. Levene, quien presidió al organismo entre 1927-1931, 1934-1953 y 1955-59; a partir de su gestión, la institución se encaminó hacia la ejecución de proyectos y a intervenir muy activamente en la regulación del conocimiento histórico.

Durante esta etapa, la institución aumentó los cargos directivos y la cantidad de sus miembros y se incrementó la densidad de sus redes externas e internas. Sus actividades fueron objeto de constantes reseñas en *La Nación* y sobre los años '30, las conferencias pronunciadas por sus miembros fueron transmitidas por la radio estatal. En 1924 a instancias de Rómulo Zabala aparecía finalmente el *Boletín*, publicación en la que se informaba sobre las actividades de la institución. Reforzó su perfil americanista mediante vínculos interpersonales y a la participación en Congresos —Historia de América, XX Congreso de Americanistas; III Congreso Científico Panamericano—, así como por la designación de académicos correspondientes en casi todos los países del continente particularmente vinculados al mundo diplomático y en reciprocidad: Ramón J. Cárcano, numerario y embajador argentino en Brasil y José Carlos Macedo Soares correspondiente de la Junta y ministro de Relaciones Exteriores en 1935; Roberto Levillier, embajador argentino y numerario, y Alfonso Reyes, correspondiente de la misma y diplomático mexicano acreditado en Argentina. No solo diplomáticos sino ministros, secretarios de Estado y aun presidentes revestían entre sus elencos.

Esta vertiente tuvo la peculiaridad de conectar a los historiadores profesionales con un amplio sistema relacional que vinculaba zonas de los poderes públicos con otras de la sociedad civil. Desarrollaba tareas de asesoramiento: nombres a establecimientos educativos, calles, estaciones de ferrocarril, homenajes, recomendaciones; tuvo una considerable injerencia en materia educativa en lo concerniente a la manualística y los contenidos.

Fue beneficiada por subsidios estatales para la compra de la Biblioteca Dr. Farini destinada a la Biblioteca de La Plata, para ampliar la sala de conferencias del Museo Mitre —sede de la Junta—, comprar colecciones numismáticas, reeditar periódicos y principalmente reactualizar el proyecto

de Fregeiro orientado a editar la postergada historia argentina; a tal fin, Levene presentaba en 1927 un plan propedéutico que contemplaba la elaboración de estudios monográficos orientados a preparar la versión de la historia argentina considerada como la síntesis científica.

Además del proyecto de Levene y antes de que terminara la década del '20, la Junta contaba con otra iniciativa de envergadura: la de D. Peña consistente en constituir centros dedicados a los estudios históricos en las provincias; se trataba de crear organismos similares a la Junta en ciudades del interior del país que contasen con miembros correspondientes. La primera fue Córdoba (1928) presidida por Pablo Cabrera y un año más tarde la de Rosario que contó con los talentos de Juan Álvarez. El funcionamiento de estos cuerpos que mantenían vínculos orgánicos con la Junta de Historia y Numismática, se complementó con el de las Juntas adheridas, entidades autónomas dedicadas también a los estudios históricos; Mendoza y San Juan fueron las primeras instituciones de este tipo.

La Historiografía local, provincial y regional

Una cuarta vertiente de la Nueva Escuela Histórica la constituye la historiografía del interior, vinculada a la Junta y a la Escuela Histórica Platense gracias a ese formidable organizador que fue R. Levene.

Mas allá de los antecedentes apuntados en el primer capítulo, la historia provincial-regional estaba por hacerse; hasta la aparición de instituciones dedicadas a la enseñanza superior en Historia, los estudios históricos locales, provinciales o regionales se practicaban mayoritariamente en organismos de carácter local y asociativo, no necesariamente oficial, cuyo formato típico fue el de Junta. Ellas albergaban la entusiasta actividad de estudiosos, aficionados, coleccionistas, representantes del clero y del *establishment* político, profesionales de otras disciplinas como el derecho o las letras, preocupados por preservar la memoria documental de su localidad.

Sin perjuicio de casos pioneros —Junta de Estudios Históricos de Catamarca (1906), Córdoba (1920)—, la eclosión de estas instituciones data de la década del '30: a modo de ejemplo pueden citarse las de Mendoza (1934), Santa Fe (1935), San Juan (1935-38), Salta (1937), Misiones (1939),

80 de 23

Santiago del Estero (1940), La Rioja (1940), Córdoba (1941). El análisis de algunas de ellas permite colegir ciertas características recurrentes tanto de su estructura como de su operatoria.

En 1923 se creó la *Junta de Historia de Mendoza* que —con apoyo del gobierno provincial— iniciaba la consabida tarea de recopilación documental a nivel local, en Chile, Buenos Aires y España; la institución se eclipsó reapareciendo en 1934 bajo la denominación Junta de Estudios Históricos de Mendoza presidida por Julio Raffo de la Reta, a la sazón presidente provisional del Senado provincial, e integrada por personalidades locales. El organismo se avocó a la actividad editorial —incluida la clásica revista— al dictado de conferencias y a la organización del Primer Congreso de Historia de Cuyo (1937) en el que la presencia del grupo Levene fue muy importante, como lo había sido la cuyana en el Segundo Congreso Internacional de Historia de América, que tuvo lugar ese mismo año en Buenos Aires.

En 1939 se inauguraba la Universidad Nacional de Cuyo y la Facultad de Filosofía y Letras en Mendoza, institución que mantuvo fluidos vínculos con la tradición platense aunque precedidos en buena medida por aquellos otros que los miembros de la junta supieron trazar. A instancias de la mendocina, aparecieron Juntas en San Juan y en San Luis.

Desde la década del '20 existía en Córdoba una filial de la Junta; durante la siguiente, se creó en esa ciudad el Instituto de Estudios Americanistas sobre la base de los libros y documentos de monseñor Pablo Cabrera, estudioso de la historia local. La Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Córdoba se creó recién durante los '40, con lo cual, como en otros casos, la Junta provincial y el Instituto alimentaron parte de la actividad desplegada luego en el medio universitario.

En 1935 un grupo de estudiosos del pasado provincial, entre los que se contaban Manuel Cervera y Salvador Dana Montaño, dio origen a un Centro de Estudios Históricos que operó a manera de antecedente de la Junta de Estudios Históricos de Santa Fe, formalmente establecida al año siguiente. Sus miembros —entre quienes la abogacía estaba sobrerrepresentada— se entregaron a la empresa de acopiar documentación, publicar una revista y reeditar obras consideradas relevantes de la historia local. Simultáneamente aparecieron organismos similares en varias ciudades de la provincia, que mantuvieron vinculaciones relativamente orgánicas con la central, la cual fue oficializada al comenzar la década del '40.

Es oportuno recordar que si bien la Universidad de Santa Fe fue nacionalizada en 1919 —convirtiéndose en Universidad Nacional del Litoral por gestión de los doctores Juan Álvarez, Joaquín V. González, Estanislao S. Zeballos, Rafael Castillo, Lisandro de la Torre, Luis V. González—, ella no contó con una carrera de Historia hasta tardíamente, caso semejante al de Tucumán y aun el Nordeste.

Sirva esta brevísima reseña para verificar que estos organismos, las juntas históricas, presentan marcadas recurrencias entre sí y con la porteña, sea en el criterio para integrar elencos, planificar y ejecutar actividades, sea por su vinculación con poderes públicos. Su funcionamiento se vio estimulado por el sistema de filiales y adheridas instrumentado por la Junta de Historia y Numismática Americana, constituyendo una red cuyo funcionamiento puede verificarse —entre otros ejemplos— en la participación de los historiadores provinciales en la *Historia de la Nación Argentina* y en la *Historia Argentina Contemporánea.*

En las provincias las juntas precedieron a las instituciones de enseñanza superior dedicadas a la Historia; cuando éstas surjan, aquéllas verán un tanto más circunscriptas sus actividades; efectivamente, la producción historiográfica provincial, a partir de los años '50, se vio enriquecida con el aporte de un conjunto de hombres mayoritariamente egresados de instituciones universitarias. Sin embargo, en el espacio de las juntas, la profesionalización no operó como criterio excluyente; profesionales y *amateurs* coexistieron allí y aun estuvieron representados en la nómina de miembros correspondientes y numerarios en la Junta.

Las obras; temas, perspectivas, preocupaciones

En 1927, E. Ravignani, bajo el título *Los estudios históricos en la República Argentina*, hacía un balance historiográfico en el que afirmaba que "la actual producción histórica se halla casi toda absorbida por profesores universitarios, por miembros de instituciones que tienen como finalidad principal la elaboración histórica y algún que otro francotirador, epígonos de escritores que ya han pasado... si se me preguntara si existe alguna obra sistemática *(sobre el pasado nacional)*... la respuesta es negativa... y aunque... Groussac haya renovado el ambiente... ni Mitre ni López han sido

sustituidos... todos los esfuerzos en que estamos empeñados deben conducirnos a madurar esa obra general y comprensiva de la historia americana y argentina futura... pero aun no puede sostenerse que se ha logrado la renovación y el progreso que muchos anhelamos...*(aunque)* las rutas están ya indicadas..."

En efecto, entre la segunda y tercera década del siglo XX, desde la literatura y el ensayismo abundaban las interpretaciones sobre el pasado nacional aunque los historiadores no podían exhibir todavía un relato integral sobre ese pasado; ello no implica que las tareas preparatorias para tal relato practicadas en ámbitos académicos —exhumaciones documentales en el interior y exterior del país, estudios monográficos, reediciones de textos y reproducciones facsimilares— no gozaran de un apreciable dinamismo. En términos generales y sin perjuicio de balances más exhaustivos, es posible plantear que la Escuela Platense —particularmente a través de la labor de su organizador— continuó profundizando preferencialmente temas vinculadas al período colonial y a Mayo, en una proyección temporal que no solía transponer la primera década revolucionaria.

Así, la figura de Mariano Moreno alimentó prolongadamente las preocupaciones historiográficas de Ricardo Levene. En 1917 incluía en una entrega de los *Anales de la Facultad de Derecho* porteña un texto referido a la iniciación de la vida pública del secretario de la Primera Junta: tres años después, expandía ese núcleo hasta abarcar los dos volúmenes titulados *Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno* (1920-21), editado también por aquella Facultad. La obra fue objeto de una buena recepción a escala nacional e internacional así como de varias reediciones; se trazaba en ella una clásica y extensa biografía de Moreno que, como hiciera Mitre con Belgrano, reflejaba más la personalidad de un héroe civil que de un líder revolucionario; también como aquél, Levene supo incrementar el caudal documental en cada una de sus entregas no sólo libresca sino en las múltiples conferencias que dictó sobre quien a su parecer era "el" hombre de Mayo.

La ductilidad de Levene —y la labor de sus discípulos— hicieron posible que en 1927 publicara sus célebres *Investigaciones acerca de la historia económica del Virreinato del Plata*, a través de la Facultad de Humanidades, reeditada, corregida y ampliada en 1952.

Si en la introducción a la *Historia del Derecho Indiano* (1924) Levene

planteó la dominación española desde la perspectiva jurídica, en las *Investigaciones*... procuró hacerlo desde la económica, dimensiones ambas que, en la concepción del autor, se hallaban íntimamente ligadas. Signo éste de cierta modernidad que atraviesa toda la obra que, aunque conceptualmente tributaria de Mitre, aportó una nutrida base documental para concluir por otra vía que el Virreinato tuvo su "propia y diferenciada estructura". La *Interpretación económica de la historia argentina* —primer capítulo de las *Investigaciones*— había sido publicada en 1926 en el madrileño *Anuario de Historia del Derecho Español*; aclaraba allí que se trataba de una temática histórica no de doctrina económica, y como tal contenía componentes filosóficos. En tal sentido, la consideraba superadora de la "historiografía liberal y romántica" que había reducido a la historia a "la lucha por las reformas políticas y la conquista de las libertades constitucionales".

Sensiblemente distintas eran las preocupaciones que por entonces manifestaba Emilio Ravignani, quien en sintonía con los debates en torno del sistema político argentino y dentro de éste, sobre la viabilidad del federalismo y la reorientación de las investigaciones propuesta por N. Matienzo, afrontaba el estudio de los orígenes históricos de la Constitución de 1853. Desde allí identificó la centralidad de temas como el régimen de pactos, la génesis de las autonomías provinciales, el caudillismo y la experiencia rosista, problemáticas que si bien cristalizaron en obras posteriores, ya aparecían en los años '20 en sendos artículos aparecidos en *Nosotros*, en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, y aun en las encuestas que la prensa periódica solía efectuar cuando, sobre fines de la década, el tema Rosas adquiriera inusitado interés.

Dos fueron los textos que expresan mejor esas preocupaciones: *Pacto de la Confederación Argentina* (1922) que funcionó como Prólogo a la demorada edición de *Relaciones interprovinciales. La Liga del Litoral. Documentos para la Historia Argentina* (1941) y la *Historia Constitucional Argentina* (1926-1930). Afirmaba allí que el Pacto Federal de 1831 consumaba la etapa formativa del federalismo argentino ya que los acuerdos posteriores no hicieron más que ratificar su contenido que, a su vez, posibilitó el afianzamiento del régimen federal confirmado en la sanción de la Constitución Nacional. Por esa vía, Ravignani resignificaba la etapa considerada "anárquica" y el rol de los caudillos en la medida en que durante aquélla y por acción de

82 de 23

éstos tuvo lugar el surgimiento de la entidad provincial al tiempo que tomaba consistencia la idea de unidad nacional; ello fue posible gracias a ese régimen de pactos que permitió articular las nociones de nación y federalismo: "Los años comprendidos entre el '15 y el '21 son años fecundos en la formación definitiva de las provincias, es decir, del federalismo argentino". En este sentido, resulta destacable la escasa recepción que esta agenda tuvo entre los historiadores de provincia ya que el argumento les proporcionaba el contexto que reclamaban desde el siglo XIX: destacar la participación de los estados provinciales en la conformación del Estado nacional, aun cuando el papel de sus elites apareciera ciertamente desplazado en beneficio de otros actores.

Lejos del afán segregacionista atribuido por la historiografía de matriz mitrista y lopizta a los líderes locales —señaladamente Artigas—, el director del Instituto los restituyó positivamente al proceso constitutivo de la Nación; la perspectiva le permite a su vez resaltar la gestión de Rosas —a quien considera artífice del Pacto Federal y por tanto afianzador del régimen federativo—, retomando en este punto la prédica de Saldías y fundamentalmente la de E. Quesada cuyo texto *La época de Rosas* reeditaba el Instituto en 1923 con Prólogo de Narciso Binayán.

Al finalizar la década del '20, la Junta se ocupaba —entre otras actividades— de elaborar una "síntesis preparatoria para una historia integral"; tal el objetivo de la *Biblioteca de Historia Argentina y Americana*. En ella, un dispar elenco de personalidades capitalinas y del interior del país abordaban un ecléctico temario de monografías pensadas como insumos para la proyectada historia argentina. Así, Antonio Dellepiane escribía su *Estudio de historia y arte argentino*; Juan Álvarez, *Temas de historia económica argentina*; Ramón Cárcano, *Primeras luchas entre la iglesia y el Estado en la Gobernación de Tucumán. Siglo XVI*; Mariano de Vedia y Mitre, *De Rivadavia a Rosas*; Clemente Fregeiro, *Estudios históricos sobre la Revolución de Mayo*; Enrique Ruiz Guiñazú, *La tradición de América. Su valoración subjetiva*; Pablo Cabrera, *Ensayos históricos sobre la etnología argentina*; Arturo Capdevila, *Rivadavia y el españolismo liberal de la revolución argentina*; Joaquín V. González, *Mitre*; Ricardo Levene, *La anarquía de 1820*.

En síntesis y a trazo grueso, cuando culminaba de década del '20, es posible percibir dos núcleos desde donde narrar la historia argentina; uno de ellos estaba colocado en Mayo y otro en torno de la estruc-

turación del Estado federal. En el primer caso, la tradición que se encolumnaba tras Levene retomaba aquella otra que hallaba en Mitre el principal referente; en el segundo, Ravignani prolongaba la vertiente constitucionalista "prerrevisionista" abierta en los primeros años del siglo XX.

Sin embargo, la multiplicidad de temas, perspectivas y vertientes institucionales encontraba su unidad en el conjunto de prácticas que otorgaban carácter "científico" a sus productos y estatuto "profesional" a sus ejecutantes. De allí que no sea pura estrechez conceptual la caracterización que en 1930 E. Ravignani hacía del "historiador de profesión", definido —siguiendo a Croce— como aquel capaz de realizar cuatro operaciones: *heurística, crítica, interpretación y exposición*; en esta concepción reposa la homogeneidad y continuidad de la tradición.

Si el ejercicio controlado de una disciplina en sede académica es criterio suficiente para atribuir a esos intelectuales la cualidad de fundadores de una profesión, es una cuestión que puede ofrecer diversos grados de aceptación; en todo caso el tema de la profesionalización debería hacerse cargo del carácter no sólo polisémico sino histórico del concepto, así como de los rasgos que la experiencia concreta asumió. En este punto es necesario recordar cuánto la experiencia local se diferenciaba de otras que tuvieron lugar en el contexto internacional, sea por razones culturales, políticas o institucionales; sin embargo en todos los casos, era el Estado el que proveía a los historiadores de los recursos necesarios para el ejercicio profesional.

Aun cuando sea posible relativizar cuantitativa y cualitativamente el fenómeno de la profesionalización —particularmente con anterioridad a la tercera década del siglo XX—, ella ciertamente operó como criterio legitimante y delimitante pero no excluyente de la labor historiográfica; por su parte, el dispositivo metódico funcionó no sólo como sustento de esta última sino en tanto sublimador de las inevitables y cada vez más notorias discrepancias entre sus cultores. Ya se ha dicho que más allá de las distintas adscripciones políticas o de lecturas diferentes sobre el pasado, los historiadores "profesionales" delimitaron el espacio de la discordia mediante el establecimiento de criterios mínimos que debían satisfacer los argumentos para ser aceptados; ellos permitieron volatilizar las diferencias y regular los disensos.

Al decir de Kristof Pomian, la retórica de la objetividad aseguraba la paz civil en tanto sublimación de luchas políticas y sus efectos ético-políticos; así parece haber funcionado localmente hasta promediar la década del '30, cuando la amplitud y plasticidad del liberalismo posibilitó una posición virtualmente hegemónica de la Nueva Escuela y su coexistencia con intelectuales de distinta extracción ideológica en el marco de ausencia de correlaciones coherentes y precisas entre tradiciones intelectuales, visiones del pasado y formaciones políticas. Esos encuadres recién tendieron a estabilizarse y definirse entrados los años '40, precedidos por los posicionamientos generados a partir de la Guerra Civil Española y de la Segunda Guerra Mundial; fue entonces cuando el agrietamiento de aquella tradición liberal erosionó algunos de los consensos iniciales, dejando al descubierto más las diferencias que las escasas afinidades que desde siempre existieron entre los miembros de la Nueva Escuela y las de esta con otras tradiciones.

Para entonces, la "tormenta en el mundo" dejó a la intemperie la obsolescencia de una historiografía que se empeñaba en ignorar las novedades internacionales y las demandas sociopolítico-culturales locales, ocluyendo temas y perspectivas; de allí procedió precisamente la crítica, empeñada por su parte en señalar las insuficiencias y connivencias de la Escuela y, en un sentido más general, de los historiadores legitimados y financiados por el Estado. Los cultores de sendas *contrahistorias* procedentes del nacionalismo antiliberal y de la izquierda internacionalista agruparon en un bloque que llamaron *historia oficial, histor a falsificada* a aquello que a esta altura se parecía más a unos haces dispersos en varias direcciones que a una escuela, figura a partir de la cual definieron sin embargo sus postulados y denuncias.

Hegemonía y fragmentación

El período de entreguerras y particularmente los años '30, constituyen una de las etapas de mayor densidad problemática en el contexto de la contemporaneidad. Desde la década anterior, un conjunto de condiciones locales e internacionales posibilitaron que intelectuales de distintas procedencias predicaran ante auditorios más diversificados poniendo

en relación zonas politizadas del campo cultural con el campo político. Revistas como *Sur*, *Argumentos*, *Criterio*, *Claridad*, *La Nueva República*, *Hechos e Ideas* entre otras; instituciones nuevas como la *Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores* (A.I.A.P.E.), la *Asociación Argentina de Estudios Históricos*, el *Instituto Sanmartiniano*, el *Instituto de Investigaciones Históricas "Juan M. de Rosas"*, la *Universidad Popular Alejandro Korn*, la *Sociedad de Historia Argentina* y el *Colegio Libre de Estudios Superiores*, reflejaban con elocuencia los cambios producidos en el espacio intelectual.

En materia de estudios históricos, los gobiernos de la década pusieron especial énfasis en elaborar una liturgia patriótica compuesta por celebraciones, monumentos, identificación de lugares históricos y fijación de efemérides; con ello continuaban demandando servicios a la Historia ahora bajo una fórmula: "fortalecimiento de la conciencia nacional", cuya ambigüedad podía satisfacerse desde distintos lugares institucionales y político-ideológicos que iban del nacionalismo liberal al antidemocrático. Como en los años del Centenario, aunque en un clima ideológico ostensiblemente diverso, las burocracias estatales apelaron a más de un registro para dar cumplimiento a las funciones identitarias, simbólicas, cohesivas, que entonces pudieron albergar desde la recuperación de los gauchos a la de los héroes, del folklore a la historia y ahora prohijaba una variada gama de empresas entre las que los historiadores "profesionales" ocuparon un lugar destacado pero no exclusivo.

Por cierto, el golpe del '30 desencadenó sobre el mundo universitario una serie de medidas marcadas por la intolerancia y la vulneración de los principios reformistas: intervencionismo estatal, restricciones políticas y presupuestarias, angostamiento de la actividad cultural y de extensión; más tarde, la Restauración Conservadora corrigió algunos de los excesos iniciales aunque el derrumbe de la *república verdadera* y su impacto en el orden político permanecerían en la memoria de los actores alertándolos sobre la vulnerabilidad institucional y de su propia inserción en el mismo. Sin embargo, los años '30 no supusieron operativamente alteración alguna en la labor de la Escuela Histórica; por el contrario, a lo largo de esa experiencia es posible verificar el afianzamiento y expansión de la tradición —o de las vertientes de ella derivadas—, así como la concreción material de sus más ambiciosos proyectos, entre ellos la proyectada y diferida historia nacional.

Las anteriores referencias permiten explicar, así sea esquemáticamen-

84 de 2

te, dos tipos de intervenciones desarrolladas por hombres cercanos a la Nueva Escuela: aquellas tradicionales operadas al interior del espacio académico público y otras que desarrollaron desde y sobre la sociedad civil como parte de una respuesta más vasta al clima político cultural.

Las iniciativas practicadas al interior de la corporación historiográfica encontraron en la labor de Ricardo Levene un infatigable y tenaz animador quien tras algún avatar derivado del golpe de Estado de setiembre de 1930, accedía a la presidencia de la Universidad de La Plata; esas altas funciones no le impidieron tener una activa presencia en las instituciones vinculadas a la Escuela Histórica Platense: el recientemente creado Centro de Estudios Históricos y el Archivo Provincial. Probablemente estimulado por estas experiencias, emprendió otras como el Instituto de Historia del Derecho y el Instituto de Sociología.

Desde que en 1913 ingresara a la cátedra de Carlos O. Bunge en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires —de la que sería profesor titular pocos años después—, Levene se desempeñó cómodamente en el campo de la Historia del Derecho; un discípulo suyo afirmaba que en este campo operó como historiador y en el de la Historia como jurista. Aunque no ocupara cargos de gobierno en la Facultad —sólo temporariamente fue miembro de su Consejo Superior—, sus propuestas contaron en la mayor parte de los casos con recepciones favorables por parte de las autoridades pertinentes.

Inicialmente, hacia 1916 —y en consonancia con sus indagaciones historiográficas—, se dedicó a estudiar el Derecho Indiano, es decir el mundo jurídico colonial, sistematizando esa labor en *Introducción a la Historia del Derecho Indiano* (1924); a partir de entonces, se embarcó —casi como prolongación necesaria— en la Historia del Derecho Argentino.

Como en el caso de la Escuela Histórica de La Plata, Levene supo crear a partir de un reducido grupo de colaboradores —como Ricardo Zorraquín Becú o Sigfrido Radaelli— una escuela en la que se formaron generaciones de discípulos; también como en aquel caso, desplegó un conjunto de estrategias similares a las que instrumentara en el campo de la Historia: institucionalización, publicaciones, construcción de redes internas y externas. Ello se expresó en 1936 con la creación del Instituto de Historia del Derecho dependiente de la Facultad de Derecho de Buenos Aires, a cuya cabeza se colocó prolongadamente.

La institución fue dotada de un ambicioso plan de publicaciones: *Colección de textos y documentos* (en gran parte reediciones facsimilares), la *Colección de conferencias y comunicaciones*, y *Estudios para la Historia del Derecho en las provincias*. En 1945 aparecía el primero de los 11 volúmenes de *Historia del Derecho Argentino* y un lustro después el consabido *Manual*; cuatro años más tarde veía la luz la *Revista* del Instituto.

Como solía ocurrir, estos emprendimientos le permitieron ampliar y consolidar la red de contactos tanto en el interior cuanto en el exterior del país; para ilustrar el primer caso resulta elocuente la referencia a los fuertes vínculos que anudaron al Instituto de Historia del Derecho con Instituto Histórico Argentino y Americano de la Facultad de Filosofía y Letras de Universidad Nacional de Cuyo y su director, Edberto Oscar Acevedo; en el segundo con la tradición sevillana representada por José María Ots Capdequi.

Cuando en 1948 la nueva reglamentación implementada en la Universidad de Buenos Aires —que instrumentaba el régimen de dedicación exclusiva— lo obligó a optar por un cargo, lo hizo por el que desempeñaba en Derecho, alejándose de la cátedra de Sociología de Filosofía y Letras, a la que desde 1940 había anexado el infaltable "instituto" correspondiente.

Los artículos contenidos en los primeros *Boletines* institucionales reflejan la disparidad de enfoques que iban desde la sociología especulativa a los estudios sobre las ideas sociales de pensadores argentinos —José M. Ramos Mejía, José Ingenieros o Juan B. Terán—, y los primeros estudios sociológicos con base empírica y metodológica elaborados por el joven Gino Germani.

El orden abierto en 1932 favoreció particularmente al sector más conservador de la Nueva Escuela Histórica representado por la Junta; por entonces este organismo designaba una comisión integrada por R. Zabala, O. Amadeo, C. Pueyrredón y J. Echagüe, encargada de analizar la posibilidad de transformar a la Junta en Academia a fin de conferirle "un carácter nacional y elevar oficialmente su jerarquía". Levene gestionó ante el mismo presidente de la República, general Justo, la promulgación del decreto correspondiente que daba existencia oficial a la Academia Nacional de la Historia en 1938, el mismo año en que, juntamente con Enrique De Gandía y otros intelectuales, integraba el elenco fundacional de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

85 de 2

A resguardo de las turbulencias desencadenadas sobre el medio universitario, Levene impulsó desde la Academia iniciativas tales como la ley de 12.665 para la Defensa del patrimonio histórico y artístico de la Nación, en el marco de la cual se creó la Comisión de Museos, Monumentos y Lugares Históricos, organismo que presidió desde 1939 hasta 1946.

La corporación se ocupó asimismo de la enseñanza de la historia en sus diversos aspectos y niveles; hacia 1933, Carlos Correa Luna, Carbia, Juan Álvarez, Terán y Levene, entre otros historiadores, formaban parte de la Comisión Permanente de Revisión de Textos del Consejo Nacional de Educación; pocos años después, la realización en Buenos Aires del II Congreso Internacional de Historia de América en 1937 presidido por Levene, fue la ocasión para que muchos de los ponentes se refirieran al problema de la enseñanza de la disciplina y la articulación entre investigación científica y función formativa de la historia. Finalmente la institución continuó desarrollando tareas de asesoramiento a poderes públicos nacionales, provinciales, municipales y a la consulta privada.

A menudo se ha sostenido que la Academia Nacional de la Historia proporcionó el modelo institucional al naciente Revisionismo Histórico, tradición que casi simultáneamente al establecimiento de esta última, fundaba su Instituto de Investigaciones Históricas Juan M. de Rosas; acaso también haya inspirado la conformación de la Sociedad de Historia Argentina, una de las *muchas florescencias* de la Nueva Escuela que Carbia percibía en 1940.

Fundada en 1931 a instancias de C. Ibarguren, la Sociedad de Historia Argentina estaba conformada inicialmente por Ricardo Rojas, Juan Álvarez, Antonino Salvadores, Narciso Binayán, Sigfrido A. Radaelli, Miguel Solá, Rómulo Zabala, Benjamín Villegas Basavilbaso, José Armando Seco, Juan B. Terán, Carlos A. Pueyrredón, Ricardo de Lafuente Machaín, Rómulo Carbia y Luis Roque Gondra. A ellos se sumarían Juan B. Terán, Jorge Furt, Ricardo Caillet-Bois, Ricardo Zorraquín Becú, Diego L. Molinari, Mario Belgrano y hasta Julio Irazusta en calidad de correspondiente por Entre Ríos; pero fue A. Chaneton su principal impulsor.

Como puede apreciarse, convivían en la institución generaciones distintas y universos diversos compuestos por hombres del Centenario, del Colegio Novecentista y por hombres nuevos; muchos de sus integrantes lo eran al mismo tiempo de la Junta, de la Facultad de Derecho y del

Instituto de Investigaciones; el mismo presidente Justo fue miembro honorario, como lo fueron conspicuas personalidades publicas de los ámbitos municipal, provincial y nacional.

La Sociedad se dio una estructura similar a la Junta-Academia de Historia: una institución no oficial que guardaba aceitadas relaciones con los poderes estatales, conformada por socios numerarios, correspondientes y honorarios y que contaba con filiales en el interior del país.

Su actividad —reseñada elogiosamente en varias publicaciones periódicas como el *Boletín del Instituto*— se desplegaba centralmente en la presencia de sus miembros en congresos y en la publicación de sus productos historiográficos en su propio órgano de expresión: el *Anuario*, aparecido entre 1940 y 1947. En este punto resulta elocuente apuntar que, en 1945, desde la Academia Nacional de la Historia, Ravignani recomendase al gobierno el otorgamiento de un subsidio para su publicación bajo el argumento del valor de la publicación destacado por varios contemporáneos. A pesar de su carácter no oficial, la Sociedad intervino en toponimia urbana, en peticiones y anteproyectos de ley a nivel municipal, y sus conferencias se transmitían por la radio del Estado.

Entre los objetivos de la institución se contaba el de promover la circulación del conocimiento histórico y fundar el "verdadero nacionalismo" en el conocimiento del pasado; en tal sentido, declarábase heredera de Juan A. García y Paul Groussac, recuperados respectivamente por Binayán y Chaneton, ambos presidentes de la institución como también lo fuera Hernán Gómez, historiador del Litoral. Probablemente esos "conectores" —y otros como Radaelli, Julio Irazusta, o el mismo Ibarguren— hacían posible la articulación entre el universo liberal-conservador con un nacionalismo de nuevo cuño. Ella aparece con mayor nitidez sobre los '40, con un paisaje bastante cambiado, cuando desde las páginas del *Anuario*, Ricardo Zorraquín Becú —que por entonces frecuentaba el recientemente creado Instituto Juan M. de Rosas— planteaba la importancia de la enseñanza en construcción de la conciencia nacional pero superando los esquemas "vagamente humanitarios y cosmopolitas" incubados por el positivismo liberal, o cuando J. Lavalle Cobo daba a conocer en la misma publicación su texto *El nacionalismo de Rosas*.

Inicialmente no resulta evidente que ni la Sociedad de Historia Argentina ni el Colegio Libre de Estudios Superiores —creado en 1930— inten-

86 de 23

taran competir con las instituciones académicas ya consolidadas en el campo historiográfico local; tanto la Sociedad cuanto el Colegio reprodujeron los organigramas y algunas de las funciones de aquéllas así como parte de sus elencos a los que engrosaron con la incorporación de intelectuales procedentes de ámbitos externos al de la Universidad. Con relación a su composición y desempeños, la Sociedad y el Colegio pueden ser pensados como espacios intelectuales alternativos más que competitivos respecto de los existentes, particularmente cuando la discontinuidad política abierta en el '30 hacía razonable construir otros recintos menos expuestos que la universidad pública, pero no por ello menos politizados, y en los que era posible obtener otras condiciones de posibilidad para el desarrollo de sus actividades.

"Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización", sino un ámbito "destinado al desarrollo de los estudios superiores" mediante "un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudio universitarios...", como querían los cofundadores del Colegio Libre, Roberto Giusti, Narciso Laclau, Aníbal Ponce, Luis Reissig y Carlos Ibarguren, tempranamente alejado.

La existencia de instituciones no oficiales compuestas por intelectuales que aspiraban a operar sobre la sociedad civil no era nueva; durante el liberalismo reformista se verifican emprendimientos como el Museo Social Argentino o, pocos años más adelante, la fundación de la Universidad Popular Alejandro Korn; más que rivalizar con el medio universitario oficial, estos organismos se presentan como instituciones dedicadas a la intervención cultural y política cuando la coyuntura y la experiencia política así lo aconsejaban.

A lo largo de su primera década, el Colegio expandió notablemente sus actividades reflejadas en la publicación institucional: Cursos y Conferencias; al comenzar los '40, inició los trámites de su reconocimiento legal y público, estableció filiales en ciudades del interior y organizó sus cátedras con nombres que constituían toda una definición; a la de Historia le fue conferido tardíamente el nombre de Bartolomé Mitre, en la que revestían dos hombres de la Nueva Escuela Histórica: Emilio Ravignani y Ricardo Caillet-Bois. En el contexto de ascenso del Revisionismo Histórico, sus miembros aspiraban a erigirse en una "ciudadela de especialistas en defensa de diletantes y carentes de rigor y método", propician-

do la investigación y la formación de equipos de trabajo; pero cuando la política europea se espejó en la local dividiendo aguas, la ciudadela de especialistas se convirtió también en un bastión antifascista.

Por entonces, Ravignani compartía estas actividades con el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras y la diputación radical en el Congreso, al tiempo que formaba parte de la Junta Ejecutiva Central de la Acción Argentina, organismo que reunía —también allí— a personalidades de distintas líneas políticas que iban del conservadurismo al socialismo, unidas por una prédica reactiva al fascismo. Ella se manifestaba localmente a través de una recuperación de la tradición liberal y democrática iniciada por Mariano Moreno, bajo cuya advocación, el 7 de marzo de 1940, salía a la luz el primer número de la revista *Argentina Libre*, dirigida por Octavio González Roura. En su primer editorial, el director de la publicación sostenía que "la histórica frase del secretario de la Junta de Mayo puede servirnos hoy para calificar a los pseudoargentinos que, partidarios de Hitler o Stalin, sin tener siquiera la excusa de hallarse ebrios o dormidos, propugnan la implantación de sistemas políticos que amenazan a nuestras instituciones libres". Plenamente imbuido de estas ideas, Ravignani —y algunos de sus compañeros del Colegio Libre como J. L. Romero— escribía en *Argentina Libre* a favor de la tradición liberal a la que integraba a San Martín, Belgrano, Mariano Moreno, Rivadavia, Sarmiento, Alberdi, Mitre, caracterizándolos como hombres que proyectaron y construyeron el Estado moderno y secular, héroes civiles y militares que triunfaron contra la barbarie.

Esta actitud militante del director del Instituto y de su antiguo discípulo Caillet-Bois se expresaba asimismo en opiniones consignadas en *Verbum* acerca de la politización de la historia y de los estudiantes, como ejemplifica el incidente provocado por el Comando Universitario Argentina Libre de la Facultad de Ciencias Económicas, grupo que impidió a Molinari comenzar sus clases el 4 de junio de 1944, aniversario del golpe de Estado al que no infundadamente se lo vinculaba. En tanto, Ravignani desarrollaba gestiones a favor de la conformación de la Unión Democrática y desde las carillas de la publicación que dirigía, *El Radical*, actualizaba la fórmula sarmientina: "Ésta no es la barbarie del indio que llevaban en sí las montoneras de Facundo y los mazorqueros de Rosas, es la fría barbarie organizada del nazi-fascismo".

Por su parte —como consignara Carlos Heras en un texto dedicado a la figura de Levene—, este último aceptaba en principio la candidatura finalmente fallida que el gobierno *de facto* instalado en 1943 le ofreciera a la titularidad del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, aceptación con la que el presidente de la Academia modificaba una trayectoria marcada por la prescindencia de gestión política fuera del espacio académico.

Ciertamente, los miembros de la Nueva Escuela revestirían a ambos lados de la barricada, aunque sus mayores diferencias sobrevendrían más tarde.

Algunas obras significativas

Entre 1932 y 1933 Ricardo Levene introducía la publicación de los *Acuerdos de la H. Junta de Representantes de la Provincia de Buenos Aires 1820-21* realizada por el Archivo Histórico provincial, con dos textos: *La anarquía de 1820 en Buenos Aires desde el punto de vista institucional* y *La iniciación de la vida pública de Rosas. El cumplimiento de la paz del 24 de noviembre de 1820 entre Buenos Aires y Santa Fe.*

Se sostenía allí que la *anarquía* del año '20 revistió una dimensión institucional engendradora del orden que dio origen a la Provincia de Buenos Aires.

Desde su mismo título, el texto parecía posicionarse ante los juicios vertidos por Ravignani en sus diversos escritos de la década de 1920, particularmente de su *Historia Constitucional* cuando afirmaba —en mayúsculas— que "el año XX no es precisamente un caos sino un punto de partida de fecunda acción constituyente". Con ello, el director del IIH retomaba expresiones vertidas seis años antes cuando sostuvo que 1820 marcaba el comienzo de *un nuevo orden político* direccionado hacia la *organización nacional*; de allí que, aunque informe, se iniciaba la *democracia como fuerza eficiente*. Levene veía en cambio un fenómeno opuesto: así como la anarquía estaba latente en 1810, la dictadura lo estuvo una década después debido al doble efecto de la guerra civil y la generalizada delegación de Facultades Extraordinarias. Resulta claro que mientras Ravignani analizaba el año '20 desde un punto de llegada —la Constitución de 1853—,

Levene lo hacía desde la perspectiva de la coyuntura local de Buenos Aires y la emergencia de Rosas.

Además de la implícita discusión con su colega, la obra de Levene se nutría de múltiples referencialidades explícitas y ejemplificadoras del temperamento sintético de su autor; si V. F. López le sirvió para identificar grupos y facciones políticas, la obra de Ramos Mejía le permitió ubicar a Rosas como emergente de los sectores conservadores que, surgidos de la misma revolución, apoyaron gobiernos fuertes; por su parte, la autoridad de Mitre lo llevó a ubicar a Rosas diferenciadamente en el conjunto de los caudillos, mientras que la de Saldías posibilitó a Levene asociar aquella coyuntura con la aparición de Rosas en el escenario público representando la autoridad, la propiedad y el orden frente a la anarquía.

En 1954 ambas Introducciones de Levene fueron reimpresas en una edición ostensiblemente corregida y aumentada; en estos agregados se destaca la incorporación explícita de algunos argumentos revisionistas procedentes de Irazusta o bien la referencia al material documental contenido en el archivo personal de Ibarguren.

Promediando la década de 1930, Diego L. Molinari abordaba también el año '20 aunque no desde ópticas institucionalistas sino a partir de la perspectiva de un caudillo litoraleño. Su célebre *¡Viva Ramírez! El despotismo en las provincias de la Unión del Sur (1816-1820): La batalla de un minuto: Cepeda (1 de febrero de 1820). La definición de un siglo: el Tratado del Pilar (23 de febrero de 1820).*

El libro, editado en 1938, fue confeccionado sobre la base de dos trabajos previos "El despotismo en las Provincias de la Unión. 1816-1820" y "La batalla de un minuto y la definición de un siglo: de la Batalla de Cepeda, 1 de febrero de 1820 al Tratado del Pilar, 23 de febrero de 1820" publicados respectivamente en el *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata* (1934) y *Humanidades* (1936). A pesar de que las monografías fueron concebidas en el marco del homenaje a Ricardo Levene, ellas no ocultaban las discrepancias hacia el colega con quien nunca acordó demasiado. El texto molinariano recibió el Premio Nacional de Historia (región litoral) de 1939, distinción otorgada por la Comisión Nacional de Cultura, en la que la intelectualidad nacionalista estaba bien aunque no exclusivamente representada.

Era el de Molinari un estudio erudito —aunque con formato de ensa-

yo—, en el que resaltan el trabajo heurístico y el tratamiento metodológico que estaba dedicado convenientemente a Luis M. Torres, fallecido en 1937 y al Instituto de Investigaciones Históricas, "por XXV años de vínculos intelectuales". Sin perjuicio de un análisis más pormenorizado que la obra amerita, los trazos con los que Molinari —por entonces enredado en la trama del nacionalismo— pintaba el cuadro de los primeros meses de 1820 podía leerse como un espejo lejano de aquellos que signaron la "década de la infamia".

El análisis no reposa sobre aspectos institucionales como en el texto de Levene, sino sobre los actores cuyos intereses son particularmente escrutados; es entonces cuando el texto se puebla de una notable densidad descriptiva y adquiere una dinámica particular en la que se destacan las configuraciones cambiantes, juegos de correlaciones y sincronismos, en las que se articulan historia y política, pasado y presente resignificados recíprocamente. La mirada tiende a privilegiar antagonismos y polarizaciones sociopolíticas; en tal sentido, el sistema directorial —dominado por el antirrepublicanismo, la traición y el entreguismo al extranjero— encuentra su contrapartida en la acción e ideología de los "federales disidentes"-"anarquistas"-"montoneros", quienes en fuerte contraste con el régimen imperante, representan el "honor nacional", el "dogma de Mayo", la "república" y la "democracia". Es claro que aquéllos tampoco constituían un bloque homogéneo y que las diferencias entre Artigas y sus lugartenientes, y las de ellos —López y Ramírez— entre sí, se reflejaban nuevamente en el espejo cercano de los '30. El enfrentamiento entre dictatoriales y republicanos se dirimió por las armas en "un minuto" en los campos de Cepeda, el Tratado del Pilar definió "un siglo" constituyendo "la base de la organización política de una nueva nación", afirmación ésta que, alineándose con los juicios de Ravignani, colocaba el problema de los '20 en una perspectiva mayor.

La acreditación historiográfica del "rosismo" de Molinari no procede del *Viva Ramírez*, en el que, a diferencia de Levene, trazaba un Rosas desdibujado y marginal.

Con motivo de su ingreso a la Junta en 1933, E. Ravignani pronunciaba una conferencia que tituló *Primeras disidencias entre los federales triunfantes. La elección de Juan Manuel de Rosas en 1829*; en ella explicaba la designación de Rosas como gobernador porteño como efecto del triunfo del

federalismo doctrinario, argumento que años después retomaría en idénticos términos, Enrique Barba.

Ravignani integraba en el texto su vieja convicción acerca de la participación de los caudillos en la construcción de un orden institucional y aludía a la figura de Rosas en términos de "héroe negado". El director del IIH enunciaba estos conceptos desde una década antes, en publicaciones como *Nosotros* o en las encuestas periodísticas en el contexto del proyecto de repatriación de los restos de Rosas que él mismo con otro radical y académico —Dardo Corvalán Mendilaharzu— aprobaron. Esos puntos de vista pueden resumirse en sus propios términos "ni con Rosas ni en contra de Rosas"; ello indicaba a las claras los términos de la recuperación historiográfica del rosismo —ya trazadas en sus líneas maestras en los '20—, formalmente similares a las formuladas por Quesada y tan diversas a las que por entonces lanzaban los revisionistas; sus *Inferencias sobre Juan Manuel de Rosas* (1945), así lo evidenciarán.

Las disimilitudes entre los abordajes de Levene, Molinari y Ravignani permiten, entre otras cosas, verificar el mecanismo de integración y restitución a la historia nacional que, a su modo, hacían de Rosas en los tempranos '30. Ellos se aproximaban al tema a partir de los tramos iniciales de la trayectoria pública del Restaurador; por cierto que no estaban allí los aspectos más conflictivos del asunto tal como lo demostraría la historiografía posterior y los rumbos políticos que la alimentaron.

Son precisamente esos rumbos los que tornan comprensibles los términos críticos hacia la historiografía liberal en que se expresaba Ernesto Palacio en su artículo "La Historia oficial y la Historia", aparecido en el primer número de enero de 1939 de la *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*, y que luego apareciera ampliado con formato libresco bajo el título de *La historia falsificada*. Ese mismo año en *Aquí Está* y bajo el título "La historia oficial y oficialista", Molinari realizaba asimismo un conjunto de consideraciones sobre la historiografía local que se alineaban conceptualmente con las de Palacio; en particular ilustraba aquella denunciada operación falsificadora citando la frase de Salvador María del Carril: "si es necesario mentir a la posteridad, se miente y se engaña a los vivos y a los muertos, según dice Maquiavelo".

En otra región del universo historiográfico, durante la década del '30 aparecieron varios textos sobre la historia de los pueblos de la Provincia

de Buenos Aires, empresa animada por Levene en la que convergían historiadores profesionales y estudiosos locales deseosos de preservar la memoria local y que —como en otros casos— inauguró una prolongada tradición.

Una década después se editaba la *Historia de la Provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos*, dirigida por Ricardo Levene, entre cuyos colaboradores se cuentan Antonino Salvadores, Roberto H. Marfany, Enrique M. Barba, Guillermina Sors de Tricerri y Juan F. de Lázaro. En su primer volumen, *Síntesis sobre la historia de la provincia de Buenos Aires. Desde los orígenes hasta 1910*, Levene publicó su zaga iniciada con un panorama de la agricultura, la ganadería y el comercio en época colonial, para pasar al tratamiento de la época virreinal, la Revolución de Mayo y Buenos Aires y la primera década revolucionaria hasta el Congreso de 1824; abordaba luego el *El primer gobierno de Rosas. Triunfo de la causa federal* seguido por *La Tiranía*, *La Tiranía y los conflictos exteriores* y *Reacciones contra Rosas. Caída de Rosas.*

Se trataba de una eficaz síntesis de trabajos previos que se completaban con el abordaje del rosismo —trabajado también en el volumen VIII de su *Historia del Derecho Argentino*— cuyo esquema resulta similar al que Enrique Barba utilizaría una década después en la *Historia de la Nación Argentina*. El volumen II, *Formación de los pueblos de la provincia de Buenos Aires*, constituía una reseña histórica sobre los orígenes y desarrollo de los 110 partidos de la Provincia y pueblos cabeza de Partido (1941).

Todavía a principios de los 40 y bajo el evocador título de *Biblioteca de hombres representativos de la historia argentina*, Levene aspiraba a reconstruir aspectos biográficos de José Da Silva Lisboa, Mariano Moreno, Juan Martín de Pueyrredón, Manuel Belgrano, Gregorio Funes, Ignacio Gorriti, Bernardo O'Higgins, José de San Martín, Simón Bolívar, Andrés Lamas, Bartolomé Mitre, Justo José de Urquiza, Domingo F. Sarmiento y Nicolás Avellaneda.

Entre 1940 y 1942 apareció la *Historia de América* editada por Jackson en 14 tomos en los que participaron historiadores americanos; Levene también dirigió la *Biblioteca de autores brasileños* para Espasa Calpe.

Por entonces el infatigable presidente de la Academia compilaba su pensamiento historiográfico que llamó: *La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad*, en donde expresaba: "los historiadores desempeñan una

misión social, además de la tarea científica que cumplen"; esa misión social, que tenía un "fin educativo, se realiza [...] haciendo conocer los grandes hechos y los grandes hombres y [haciendo] amar esa incorpórea deidad, la imagen encendida de la patria".

La demorada historia nacional

Resultan ampliamente conocidos los servicios recíprocos que desde la consolidación del Estado-Nación vincularon a la disciplina histórica con los aparatos especializados de aquél; el a debía ofrecer un texto justificador que operara hacia adentro y hacia fuera de sus fronteras. Un modesto oficio —el de historiar— se convirtió entonces en un dispositivo que hizo de sus cultores —los historiadores— la encarnación misma de la Nación, como señaló Pierre Nora. La magnitud de la tarea que se esperaba de ellos resultaba bastante infrecuentemente proporcionada con los medios disponibles para afrontarla: una voluntad política expresada en demandas estatales que, al tiempo que hacía factible la empresa historiográfica, la anudaba indisolublemente al mismo Estado; una ideolog a hegemónica, un aparato institucional concentrado en la universidad, sostenido materialmente por ese mismo Estado que le confería, además, el monopolio del saber legítimo y sobre el cual desplegar la gestión investigativa y docente; un grupo de agentes especializados —profesionales— cuya idoneidad permitía manejar los recursos técnicos que avalaban científicamente las pretensiones estatales.

Las anteriores dimensiones encontraron su condensación en el "método", dispositivo que transformaba una disciplina en ciencia, un oficio en una profesión o, al menos, un criterio demarcador que justificaba su ejercicio en sede académica dando con ello lugar a una sociología intelectual cargada de implicancias.

Historia nacional y método, patria y ciencia, quedaron desde entonces ligados en un v nculo no exento de tensiones ya apuntadas por Fustel de Coulanges, Benedetto Croce y Ernest Renan, quien lo expresaba bajo la fórmula "el olvido y aun diría que el error histórico, son factores esenciales en la creación de una Nación, y así es como el progreso de los estudios históricos es a menudo un crimen para la nacionalidad...".

90 de 2

Ello no fue óbice para que los historiadores locales practicaran la alquimia con razonable eficacia, provista por el admirable equilibrio entre investigación, enseñanza, conciencia nacional y mito fundante, cobijados todos bajo los pliegues del amplio y multifacético consenso liberal.

La necesaria escritura de una todavía inexistente historia nacional fue por tanto el motivo principal de la emergencia y desarrollo de la Nueva Escuela Histórica; en efecto, una parte sustantiva de la actividad historiográfica por ella desplegada estuvo signada por el propósito de producir una versión del pasado argentino desde premisas nuevas para 1905.

No se trataba de una tarea sencilla, como bien ilustra el ejemplo de la *Historia de Francia* dirigida por Ernest Lavisse, la cual demoró una década en completarse (1901-1911), dos si se tomase como punto de partida ya no la edición del primer tomo sino la firma del contrato, y tres si se considera el momento de aparición de *Historia de Francia Contemporánea.*

Como en el caso francés —aunque no exactamente por iguales razones— transcurrirían tres décadas desde que en 1906 —en el clima preparatorio del Centenario y de plena reorganización de la Facultad de Filosofía y Letras— se disponían los medios para encarar una *Historia de la República Argentina*, y la aparición del primer volumen de la *Historia de la Nación Argentina*; entre éste y el último de la colección, pasaría casi medio siglo respecto del proyecto inicial. Finalmente casi seis décadas separan dicho proyecto y el tomo final de la serie *Historia Argentina Contemporánea* destinada a complementar a la *Historia de la Nación Argentina.*

Los motivos reseñados anteriormente contribuyeron al desplazamiento temporal de esa historia que proporcionase a los argentinos el gran relato "en el cual reconocerse"; ellas nutren entonces buena parte de la dinámica historiográfica de las primeras décadas del siglo XX, al tiempo que imprimen ciertas particularidades al producto final.

Queda dicho que cuando comenzó a editarse la *Historia de la Nación Argentina*, habían transcurrido treinta años desde que Clemente Fregeiro lo propusiera en Filosofía y Letras; una década después reiteraba el proyecto en la Junta sugiriendo la organización de la colección en tomos escritos por especialistas de esa institución que abarcaran desde la prehistoria hasta presidencias posteriores a 1880. Ante la disparidad de criterios que suscitó el proyecto, se reunió una comisión *ad hoc* que terminó recha-

zándolo aun cuando, según su mentor, la obra contaba con fuentes de financiación.

En 1934 Levene sometía exitosamente a consideración de sus pares de la Junta una propuesta muy similar a la de Fregeiro: 10 tomos en 14 volúmenes desde los tiempos prehispánicos hasta 1862 a cargo de colaboradores versados en las temáticas abordadas —sean miembros de la Junta o no—, y abarcativa de los múltiples aspectos: políticos, sociales, económicos, culturales, educativos, militares, religiosos; el proyecto incluía además la edición de un manual escolar y de un atlas histórico-geográfico.

Por cierto que sobre una obra con tales características, pesaban demandas acumuladas y diversas; desde aquellas procedentes de los diputados socialistas que apoyaron la concesión del abultado subsidio concedido para la publicación con la pretensión de que se tratase de una versión "liberal, democrática, objetiva y equidistante de partidos e intereses", hasta las que el mismo Levene —su director— quiso insuflarle: función pedagógica, moderadora, comprensiva más que polémica.

Para ello contaba con prestigiosos modelos: la *Historia de Francia*, dirigida por Lavisse, proporcionó la guía para una historia nacional, erudita y colectiva, y H. Berr la noción de síntesis. Las *Cambridge Histories* aportaron aquellos principios oportunamente expresados por Lord Acton y J. Bury. A diferencia de la convicción nomológica de Henry T. Buckle, los directores de la *Historia Moderna* de Cambridge fundaban la labor historiográfica en la narración de hechos singulares establecidos a partir del acceso a nuevos documentos. La creencia en el carácter objetivo del conocimiento histórico era el punto central que Acton quiso insuflar a los colaboradores de *The Cambridge Modern History*; para ello instaba a la investigación crítica en archivos, y una conveniente "división de tareas" en la que cada capítulo sería escrito por el erudito más competente en el tema; la unidad de la historia debía lograrse por la organización de los volúmenes y los capítulos, y por el énfasis en la neutralidad.

Alineándose con los anteriores criterios, Levene planificó la *Historia de la Nación Argentina* sobre la base de la "unidad de concepto" provisto por el principio de síntesis, la "unidad de plan" concerniente a la proporción de las partes y armonía del todo, y la "unidad de método" concentrado en la cientificidad y el empleo exhaustivo de fuentes y material bibliográfico.

Mediante una intervención directa del presidente Justo, el Congreso

acordó los fondos necesarios para la gran síntesis dirigida por R. Levene organizada en diez volúmenes, algunos conformados por dos secciones que suman 14 frondosos libros que abarcan desde los "orígenes prehistóricos", los tres siglos que van de la Colonia a la Revolución para entrar de lleno en la "historia argentina" periodizada en las siguientes fases: "Anarquía, tiranía y organización definitiva".

Como en el caso de Lavisse-Rambaud, la *Historia de la Nación* fue concebida desde la tesis del carácter preexistente de la Nación; ella hundía sus raíces desde tiempos remotos hasta cristalizar en el año 1862; para las provincias se empleó una cronología igualmente significativa que se iniciaba en 1810. En cualquier caso, la inclusión de las historias provinciales permitió que un orgulloso Levene declarase concluida la etapa en que se escribía "una historia argentina desde Buenos Aires y para Buenos Aires".

Entre 1936 y 1939 vieron la luz los primeros volúmenes de la colección; el correspondiente a Rosas —VII primera y segunda sección— fue dado a conocer en 1950. La circunstancia ha sido observada con frecuencia, pero menos atendida fue aquella otra que atañe a la rápida reedición de la colección bajo el sello El Ateneo, esta vez destinada a su difusión comercial.

La recepción de la obra fue extremadamente dispar y por cierto que los señalamientos son, en este punto, muy ilustrativos del clima político en el que la obra se insertaba; no se trataba sólo de fervientes nacionalistas y católicos, quienes desde las páginas de *Crisol*, *El Pampero* o *Criterio* impugnaban el tratamiento de la masonería o la versión de las Invasiones Inglesas escrita por un historiador británico; hombres como Ricardo Zorraquín Becú aludía, desde una publicación tan reputada como el *Anuario* de la Sociedad de Historia Argentina, al estilo difuso de la obra, en tanto que Hernán Gómez, un historiador correntino colaborador de la colección, criticaba su carácter fragmentario, monográfico y carente de ligazón de la misma.

Ciertamente y más allá de la petición de principios realizada por el director de la colección que precedía la edición, la *Historia de la Nación* evidencia ciertos desequilibrios en el tratamiento de las materias, ejemplificados en la abultada cantidad de páginas dedicadas a la Revolución de Mayo —a cargo de Levene— en relación con otros temas; este último defendió la colección aduciendo la unicidad del enfoque metodológico

que hacía posible participaciones tan distintas unificadas por criterios "científicos"; no le faltaba razón: acaso la extensas notas a pie de página fueron el punto de encuentro entre el coronel Juan Carlos Bassi —director del Colegio Militar y autor del capítulo sobre la expedición libertadora al Alto Perú— y el Dr. Enrique Barba, el más destacado discípulo de Levene a quien éste le encomendara la difícil tarea del tomo VII.

Poco tenía que ver el historiador platense con los nombres que oportunamente circularon para afrontar el tratamiento de la etapa rosista: Ernesto Quesada, Emilio Ravignani o Carlos Ibarguren; si sus trabajos iniciales estaban más cercanos al período colonial —comenzando por su sevillana tesis doctoral—, en los tempranos '40, Barba había estudiado la misión de Quiroga al norte y relevado la correspondencia entre éste y Rosas. Tal vez inspirado en la estructura que Levene había dado al tema del rosismo en su texto contenido en la *Historia de la Provincia de Buenos Aires* y siguiendo el estilo sintético de su mentor, Barba supo integrar sin sobresaltos las perspectivas de Saldías, Quesada, David Peña, Busaniche, Ravignani, Ibarguren, Gabriel Puentes, y hasta la notoriamente más discutible de Manuel Gálvez.

A la inversa de lo sucedido con otros autores en los que su participación en la colección era producto de un desempeño previo que lo instituía en especialista en la materia, en el caso de Barba fue precisamente su intervención en la obra colectiva dirigida por Levene aquello que lo consagró como uno de los más conspicuos historiadores del rosismo.

Precisamente, no todos los colaboradores de la obra eran historiadores profesionales; unos cuantos de ellos eran o serían miembros de la Junta-Academia; algunos formaban parte de las Juntas de Estudios Históricos locales —con que casi todas las provincias contaban a partir de los '30—, ligadas a su vez a la capitalina bajo cuyo estímulo se promovieron estudios sistemáticos sobre el pasado provincial y aventaron la aparición de revistas especializadas y ediciones documentales. Pero en ningún caso se trataba de "historiadores espectaculares", expresión con la que Levene se refería a los "profesionales de la polémica", proclives a la "detractación con fines sectarios y políticos". La referencia ilustra sobradamente el impacto del llamado Revisionismo Histórico al punto que el siempre prudente director se creyó en la obligación de aludir críticamente a las versiones contestatarias dedicándoles un espacio en el *Plan Orgánico de la Historia de la Nación*

Argentina. Ciertamente las relaciones entre una historiografía militante, que sellaba la indisolubilidad del vínculo que anudaba la historia con la política, mal podía llevarse con otra que, buscando la verdad en los documentos y mediante el rigor metodológico, aspirase a la reconstrucción de los sucesos y a comprender y sentir el pasado de modo objetivo y neutral.

Edición de fuentes

Entre 1937 y 1940 comenzaron a editarse los primeros de los siete tomos de *Asambleas Constituyentes Argentinas, seguidas de los textos constitucionales, legislativos y pactos interprovinciales que organizaron políticamente la Nación*, una edición de fuentes que Matienzo hubiese aprobado sin reservas y a la que Ravignani dedicara lo mejor de sus esfuerzos personales e institucionales.

Su publicación fue posible gracias a los fondos votados en agosto de 1933 por el Congreso Nacional —en el que Ravignani se desempeñaba como diputado— a instancias de un proyecto suscripto por el colega socialista Juan A. Solari y otros; como ya se indicara anteriormente, eran los tiempos en que la convergencia antifascista posibilitó esta y otras tantas empresas político-culturales.

En la Introducción al tomo VI, el director manifestaba su convicción de estar ofreciendo "materia para ser utilizada por muchos estudiosos", como Levene, quiso pronunciarse sobre la coyuntura aludiendo al "estado pasional que trasciende de los sucesos que agitaron a las pasadas generaciones. Ese estado aún persiste en algunos escritores de hoy".

Por varias razones, el Instituto no produjo ninguna historia argentina integral, pero indudablemente proporcionó los insumos necesarios a través de esta y otras recopilaciones de fuentes; todavía en 1941 salía a la luz el tomo XVII de los *Documentos para la Historia Argentina. Relaciones interprovinciales. La Liga del litoral (1829-1833)*, notable emprendimiento heurístico que proporcionó sólidos cimientos a todo estudio sobre los orígenes del federalismo argentino.

La Nueva Escuela Histórica
después de la Nueva Escuela Histórica

Podría decirse que los anteriores fueron *grosso modo* los últimos aportes historiográficos significativos de la Nueva Escuela; de algún modo se cerraba el ciclo abierto tres décadas antes cuando el amplio consenso liberal cobijó sus pasos iniciales proporcionando una admirable sintonía entre climas generales y miradas sobre el pasado. El agrietamiento de la tradición liberal fue correlativo con el angostamiento de las capacidades explicativas del paradigma que la Nueva Escuela aventaba desde principios de siglo y que no sólo para los contrahistoriadores sino para algunos hombres de sus propias filas ya era insuficiente.

A la ausencia de renovación de perspectivas se sumarían los avatares político institucionales y los clivajes socioculturales; para los jóvenes saludados por García, los senderos terminaron por bifurcarse a partir de distintos posicionamientos políticos, diversas formas de intervención pública, lecturas contrapuestas sobre el pasado, tensiones personales e institucionales. En ese marco, la experiencia abierta en 1943 y fundamentalmente en 1946 constituyeron hitos relevantes.

El peronismo no generó demandas específicas sobre la disciplina, como lo hizo el liberalismo conservador; tal vez por eso la historiografía y sus cultores no tuvieron la centralidad de otrora y el oficialismo no se preocupó por construir su propia versión sobre el pasado nacional. Esta circunstancia remite a la doble relación que el peronismo estableció con los historiadores y con los relatos por ellos producidos; en tal sentido, la presión más política que ideológica que las burocracias estatales impusieron a la universidad —y más genéricamente al mundo intelectual— explican entre otras cosas los alejamientos y sustituciones de algunos intelectuales, así como las permanencias y reacomodamientos de otros.

En Filosofía y Letras los desplazamientos voluntarios o forzados más notables afectaron a Emilio Ravignani y Ricardo Caillet-Bois; estos profesores fueron reemplazados por otros ya instalados en la casa o graduados en ella, tal como ejemplifica la designación de Torre Revello en la cátedra de Historia Americana, de la que Ravignani era titular. Los programas no sufrieron modificaciones sustantivas; la ausencia de una historiografía peronista y el paralelo efecto inercial de la Nueva Escuela expli-

93 de 2

can la ausencia de cambios drásticos que ni las presencias de José María Rosa y Gabriel Puentes en el claustro lograron imponer.

El Instituto, tras la breve dirección de Vicente Sierra —quien a su vez ofreciera la dirección honoraria a su antiguo director—, cayó en manos del otrora "peludista" y ahora conspicuo senador peronista Diego L. Molinari; durante su gestión, el Instituto disminuyó ostensiblemente sus actividades; las de relevamiento y edición se paralizaron y el *Boletín* dejó de aparecer, aun cuando su director gestionara en el Senado Nacional la concesión de un subsidio; los principales miembros del Instituto también estaban diezmados debido a la desaparición de Carbia —fallecido en 1944—, y a los alejamientos ya mencionados de Ravignani y Caillet-Bois.

Para el primero, la irrupción del peronismo significó el fin de su trayectoria universitaria argentina; ese desempeño encontraría una continuidad parcial cuando en 1947 fue invitado a dirigir un Instituto homónimo dependiente de la novel Facultad de Humanidades de la Universidad de la República (Uruguay). Las actividades allí desempeñadas —y en sus delegaciones de Buenos Aires, Sevilla y París— se orientaban a las consabidas exhumaciones documentales.

Las cosas fueron algo distintas en el caso de Levene, para quien la experiencia política inaugurada en 1946 no constituyó inicialmente obstáculo insalvable en la medida en que su "neutralidad erudita" lo colocó a resguardo de remociones y cesantías; beneficiado por la implementación del *full time*, optó por dedicarse con exclusividad a sus funciones en la FDCS en la que desarrolló mecanismos adaptativos como lo evidencian sus respuestas a la encuesta sobre el justicialismo realizada por el interventor en 1952.

La tradición que el historiador de Mariano Moreno supo crear en Humanidades, se prolongó a través de Carlos Heras y la más ambigua de Andrés Allende; otros dos retoños de la Escuela Platense —Roberto Marfany y Joaquín Pérez— imprimieron un impulso ascendente a sus respectivas carreras beneficiados por la coyuntura política. El oficialismo estaba representado por las figuras de Exequiel Ortega, Juan J. Hernández Arregui y Federico Ibarguren; este último logró acumular desde 1947 la cátedras de Historia Argentina, Historia de la Civilización Contemporánea, Historia del Libertador General San Martín y Sociología Argentina.

En febrero de 1949 se creaba el Instituto de Investigaciones Históricas

—luego Departamento de Historia— y en diciembre del mismo año apareció el primer número de su publicación anual *Trabajos y Comunicaciones*, bajo la dirección de Carlos Heras. En esta emblemática publicación, predominaron los trabajos sobre Historia Argentina, particularmente referida a las seis primeras décadas del siglo XIX; es destacable la presencia de artículos dedicados a las historias provinciales y locales. En varios casos se trataba de avances de investigaciones, en otros la publicación divulgaba textos que se convirtieron en clásicos: el Rosas de Barba; los de Allende y Heras sobre el Estado de Buenos Aires; el de Joaquín Pérez referido a los primeros gobernadores bonaerenses; el trabajo pionero de Benito Díaz acerca de la organización de la justicia y los pertenecientes a Torre Revello y sus temas de historia colonial. Horacio Pereyra y Horacio Cuccorese exhibieron allí sus primeros trabajos. Los autores "recién llegados" —Exequiel Ortega, Hernández Arregui y Alberto Baldrich— y F. Ibarguren, que se ubicaban en distintas regiones del nacionalismo vernáculo, participaron en la publicación a través de contribuciones temáticamente ecléctica referidas a aspectos de la Historia Moderna a la Historia de las ideas y a la filosofía.

La Academia Nacional de la Historia prosiguió desarrollando tareas inherentes a su condición corporativa hasta que la tardía intervención a las academias (1952) quebró la coexistencia que la política de "neutralidad erudita" había hecho posible.

En 1948, a instancias del presidente de la corporación y de Juan Álvarez, luego de compulsar la Legislación de Indias y concluir que los territorios americanos no eran considerados colonias, se recomendaba a investigadores y autores de manuales escolares desarraigar la expresión "período colonial", proponiéndose en cambio la fórmula "período hispánico". El punto —cuestionado sagazmente por E. Ravignani— se alineaba con la línea nacionalista católica e hispanofílica reivindicada por el oficialismo; ello sumado a la centralidad de Mayo, la tradición sanmartiniana y el culto patrio a la Nación, colocaban a la Academia en cierta sintonía historiográfica con la retórica peronista. De allí que las fricciones entre ambos que culminan con la intervención a la Academia —entre otras— se deberían central pero no exclusivamente a la pugna por el control institucional —Ministerio de Instrucción Pública, Secretaría de Cultura— más que a razones historiográficas.

Ciertamente la imaginación histórica peronista tendió a resignificar figuras del panteón liberal exaltando en ellas características funcionales a su propia visión del mundo; un buen ejemplo lo constituye el caso de San Martín a quien se prefirió resaltar en su condición de militar. Precisamente la corporación académica no tuvo la centralidad que hubiese aspirado en los homenajes oficiales con motivo del *Año del Libertador General San Martín*; su contribución principal fue la edición facsimilar de los *Documentos de San Martín. Homenaje al Libertador al cumplirse el centenario de su muerte*, con Introducción de Ricardo Levene.

Por su parte, el Archivo Histórico Provincial adhirió a dichos homenajes a través de una iniciativa de Ricardo Levene: el Primer Congreso de Historia de los Pueblos; su intensa actividad apareció reseñada en tres volúmenes aparecidos entre 1951 y 1952 que contienen discursos, comunicaciones, actas, ponencias e informes, exposiciones bibliográfica y documental, así como las colaboraciones presentadas en secciones: historia económica, administrativa, judicial, municipal, cultural, religiosa, artística y social de la provincia de Buenos Aires. Una sección estaba especialmente dedicada a "La lucha con el indio y las campañas del Desierto".

Este evento inauguró una prolongada tradición que se convoca a historiadores y estudiosos y da cabida a "todas las expresiones e inquietudes históricas relacionadas con la búsqueda y recuperación de la memoria bonaerense".

En la reestructuración del campo universitario que siguió al golpe de Estado de 1955, el sector de la Nueva Escuela, desplazado una década antes, retornó a los espacios facultativos; una verdadera restauración que, como en todas las de su especie, se producía sobre realidades profundamente modificadas.

La restauración de los sectores de la Nueva Escuela no comprometidos con el orden depuesto se dio —sintéticamente dicho— en el contexto político de la proscripción de aquél y de un clima cultural signado por modernización; esto último implicó que en tal desembarco, esos historiadores estuvieran acompañados por colegas "renovadores" con quienes compartían la común condena al peronismo pero cuyos intereses historiográficos eran ostensiblemente distintos de los suyos. En cada escuela de Historia —Filosofía y Letras y Humanidades—, las relaciones entre ambos grupos fueron distintas; en el primer caso se dio una coexistencia

posibilitada por la división de espacios, en tanto que en la segunda, los vínculos fueron de tensos a hostiles y la convivencia inicial terminó con el alejamiento de los renovadores.

Las muchas diferencias que separaban a historiadores de ambas tradiciones no deberían opacar aquello que tenían en común: cada una a su turno y a su modo intentaron remozar los estudios históricos e hicieron de la profesionalización y la institucionalización un rasgo distintivo.

El nuevo paisaje historiográfico que se abría en Buenos Aires y La Plata exhibía además otras similitudes: en el curso de los años '50 se produjo el relevo de las dos figuras centrales, Ravignani y Levene —fallecidos en 1954 y 1959 respectivamente—, por parte de sus discípulos dilectos: Ricardo Caillet-Bois y Enrique Barba. Ellos mantuvieron los rasgos centrales que sus maestros habían sabido imponer a la empresa historiográfica y, en este punto, las líneas de continuidad con su generación precedente se imponen por sobre las innovaciones. Esta circunstancia no riñe con la centralidad institucional que los herederos de la Nueva Escuela todavía podían exhibir gracias a la solidez del dispositivo institucional que habían sabido montar sus predecesores y las " invisibles herencias" —las redes relacionales— historiográficas y políticas.

En La Plata, la férrea conducción de Enrique Barba continuó y profundizó la identidad que Levene tempranamente le imprimiera; la persistencia de la "cultura humanística" generó tensiones no fácilmente resolubles con los historiadores que hacían de las Ciencias Sociales el pilar de la renovación demandada por los nuevos tiempos.

Al finalizar los '50, la reorganización departamental estaba consumada y, a su modo, el Dr. Barba propició otras renovaciones y espacios de convergencia entre estudiosos de distinta procedencia, como ejemplifica el caso de la efímera *Revista de Historia* aparecida entre 1957-1958 y aquellas otras contenidas en *Trabajos y Comunicaciones.*

La publicación reflejaba una mayor presencia de historiadores del exterior, particularmente estadounidenses y latinoamericanos: Clifton, Kroeber, James Scobie, Sergio Villalobos, Julio César Chaves, Raúl Silva Castro; exhibía asimismo ciertas aperturas temáticas como la historia económica y demográfica que, aunque desde matrices distintas de la renovadora, se manifestaban a través de las contribuciones de Ernesto Maeder, José María Mariluz Urquijo y Horacio Pereyra, entre otros.

95 de 2

Por su parte, el aporte de las provincias —que contaban ya con historiadores profesionales— estaba representado por Armando Bazán, Pedro Santos Martínez, Facundo Arce, Atilio Cornejo. Resulta perceptible también la presencia de historiadores más jóvenes como Boleslao Lewin, Germán Tjarks, Julio C. González, Alberto Palcos, Carlos Segretti, José Panettieri, Ricardo Piccirilli, Norberto Rodríguez Bustamenate, así como de una nutrida presencia femenina representada por María A. Duarte, Cristina Minutolo, Daisy Rípodas Ardanaz, Alicia Vidaurreta de Tjarks, Beatriz Bosch, Noemí Girbal de Blacha, Olga Gamboni, Hebe Blassi, Lía Sanucci.

La tradición de Humanidades se fortaleció en el Instituto del Profesorado —ámbito inicialmente colonizado por hombres del Instituto de Investigaciones— en el que desplegó su paradigma en las cátedras de historia argentina y americana y el seminario de metodología de la investigación.

En tanto, la Academia adquirió nuevos impulsos con las recientes incorporaciones de Ricardo Piccirilli, Roberto Levillier, Enrique Barba, Ricardo Zorraquín Becú, José M. Mariluz Urquijo, y se vio enriquecida con la producción por esos años de miembros más antiguos —numerarios desde fines de los '30— como Alberto Palcos y Guillermo Furlong Cardiff, entre otros. Aun con diferencias temáticas y de perspectiva, estos estudiosos integran una rica tradición académica especializada en la crítica literaria y los estudios filosóficos —valga aquí la referencia a los notables trabajos del correspondiente cordobés Raúl Orgaz— sobre historia de la ciencia, y la cultura en general. Precisamente entre los años '50 y '60, el sacerdote jesuita Guillermo Furlong publicaba dos de sus más notables obras: *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata, Historia social y cultural del Río de la Plata, 1536-1810*, precedidas por una vastísima historiografía centrada en la historia de la Orden a la que pertenecía y en la etapa colonial. Esta última característica lo acercaba bastante a su colega Torre Revello, quien pronunciara el consabido discurso en ocasión de la incorporación de Furlong a la Academia en 1939; acaso por estas cercanías, aquél le dedicase uno de sus últimos libros: *Torre Revello, a self made man. Biografía y bibliografía.*

Desde el punto de vista de las empresas colectivas, entre 1963 y 1967, la Academia de la Historia editaba la *Historia Argentina Contemporánea* en

siete volúmenes, de los cuales dos estaban dedicados a las historias provinciales, signo no sólo de respeto por la tradición sino del espacio ganado en la corporación, acaso el único ámbito que alentaba y coordinaba los estudios históricos locales; la colección cubría un arco temporal que abarcaba desde 1862 hasta 1930 y un tratamiento clásicamente historizante.

Entre mediados de los '60 y principios de la década siguiente, la Academia encaró dos empresas que gozaron de una apreciable continuidad: en 1966 se iniciaba la publicación de la revista *Investigaciones y Ensayos*, y a partir de 1971 patrocinó congresos de historia nacional y regional.

Por su parte, el Instituto de Historia del Derecho, gerenciado por el Dr. Zorraquín Becú entre 1962-1966, adquirió una gravitación creciente en los espacios vinculados con la Academia. En 1973, el mencionado jurista integraba juntamente con José M. Mariluz Urquijo, Victor Tau Anzoátegui y Eduardo Martire, el Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho cuyos objetivos eran similares a los de su par de la Facultad de Derecho: la investigación en historia jurídica argentina y americana y la difusión y publicación de textos, documentos y trabajos relativos a esos temas.

Como hiciese Barba en La Plata, en el Instituto de Investigaciones Históricas, Caillet-Bois intentó retomar la senda de su maestro cuyo nombre adoptaría la institución en el inmediato posperonismo; en tal sentido su concreción más notable fue la colección *Mayo Documental*. Se trata de otra *monumenta* organizada en 12 volúmenes, publicada con motivo del Sesquicentenario de la Revolución de Mayo, prologada por el director de la institución y conformada por una extensísima edición de fuentes.

El *Boletín* reapareció conservando el formato que Ravignani supo imprimirle, aunque tomando distancia del pasado reciente; se inauguraba una segunda serie de la publicación institucional en cuyo primer número aparecido en 1956 se lee: "...después de un prolongado silencio de nueve años, vuelve a aparecer el *Boletín* animado de los mismos principios que sustentara su fundador, el Dr. E. Ravignani... El Instituto vuelve a tener abiertas sus puertas a todo aquel que tenga como único norte el estudio sereno, desapasionado y la búsqueda de la verdad histórica".

Los avatares políticos habían producido el desplazamiento de dos de sus miembros de la primera época: Torre Revello y Molinari; el primero

de ellos encontró un espacio en la Universidad del Salvador que por entonces inauguraba su carrera de Historia; el segundo, sumido en el ostracismo político e historiográfico, publicaba en 1962 un conjunto de intervenciones que una década antes —centenario de la batalla de Caseros— había realizado bajo el nombre de "un lector asiduo" en *La Nación*. Bajo el título de *Prolegómenos de Caseros*, el más vehemente de los miembros originarios de la Nueva Escuela pronunciaba juicios que bien pudieron haber sido vertidos cincuenta años antes: "He procurado ceñirme desde hace muchos años atrás al rigor metódico de la historia documentada y crítica y no al desborde apasionado de una imaginación ardiente, cuando no al de la más supina ignorancia. Investigué cuidadosamente en los archivos argentinos y extranjeros; removí las páginas olvidadas de la prensa coetánea de ambos bandos y en cuanto me fue posible, los papeles de los archivos privados de la época. Confieso que la masa documental es impresionante y que no se puede saltar por encima de ella..."

Los dos fragmentos citados exponen con toda elocuencia el núcleo más profundo y persistente de la tradición, más allá de vertientes, adscripciones políticas y coyunturas; seguramente ese esfuerzo heurístico constituye, en perspectiva, la herencia más notable de la Nueva Escuela Histórica.

Para entonces, el mapa historiográfico era ostensiblemente más complejo que cuando la tradición iniciara sus estudios en los albores del siglo, sea que se atienda a las respuestas técnicamente más ajustadas procedentes de la Renovación o políticamente más sintonizadas con los tiempos como las emanadas de las historiografías "militantes": revisionismos, izquierdas y desarrollista.

Las dos primeras serán abordadas en sendos capítulos de este libro; respecto de la tercera valga señalar que ella se conformó en relación con la notable expansión del discurso relativo al "desarrollo" verificable a fines de la década del '50; esta formulación genérica anidará en un grupo ideológico particular que difundió sus propias perspectivas a través de la literatura cepalina: el Instituto de Desarrollo Económico y Social y su publicación —la revista *Desarrollo Económico*—, los textos de Aldo Ferrer y fundamentalmente la prédica y la acción de Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio.

Precisamente la orientación político-intelectual frigerista encontró en la segunda época de la revista *Qué* un "laboratorio" caracterizado en su

heterogeneidad por uno de los miembros del grupo —el ex comunista Juan José Real—: peronistas, jóvenes radicales y universitarios, antiguos militantes revolucionarios, nacionalistas, empresarios e historiadores que intentaban escapar a la antinomia revisionismo-liberalismo en el marco del "integracionismo" en tanto paso previo al "desarrollo nacional".

Esa integración de Argentina al mundo, de las distintas regiones al crecimiento económico, del peronismo al juego político legal; en síntesis, la integración como factor necesario para la unidad nacional y precondición del desarrollo, fue uno de los ejes de las intervenciones historiográficas que desde los años del posperonismo, realizaron Félix Luna y Roberto Etchepareborda, ligados además por muchas otras circunstancias.

Nacidos en la década del '20, ambos estudiaron y se graduaron en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires y fueron activos militantes radicales y frondizistas; estos intelectuales dedicados a la política y a la Historia, desempeñaron cargos públicos, ejecutivos, representativos, docentes, directivos y honorarios.

Durante la presidencia de Frondizi, Etchepareborda se desempeñó en el ámbito ejecutivo y legislativo de la ciudad de Buenos Aires y ocupó espacios expectables en la diplomacia; buena parte de su labor docente y de gestión tuvo lugar en la por entonces recientemente creada Universidad del Sur (director del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades ente 1965 y 1966, profesor de Historia Americana y Argentina y de Historia Contemporánea entre 1967 y 1969, como director decano del Departamento de Humanidades y rector interino en 1971). De su participación en las instituciones historiográficas se destacan la dirección ejercida en el Archivo General de la Nación (1955-57 y 1958-61) y en la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos (1959 y 1965). Fue asimismo miembro correspondiente de la Real Academia Nacional de la Historia de España y numerario de la Academia Nacional de la Historia (1960).

Luna también desempeñó diversas funciones en el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto en los años frondizistas; en lo concerniente a la docencia, incursionó tanto en el ámbito público —profesor de Historia de las Instituciones en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (1963-1976)—, cuanto privado. Profesor de Historia Argentina Contemporánea en la Facultad de Humanidades de la Uni-

97 de 2

versidad de Belgrano (1967-1986) y de Historia Argentina en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad del Salvador (1977). Luego de su gestión en la Secretaría de Cultura porteña en tiempos del alfonsinismo, fue designado miembro de número de la Academia Nacional de la Historia (1992).

En la labor historiográfica de Roberto Etchepareborda convergen cada una de las dimensiones de su actividad pública antes reseñada; parte de ella autoriza a colocarlo entre los intelectuales que han procurado reconstruir itinerarios de hombres y episodios del Partido Radical —temática hasta entonces escasamente abordada, excepción hecha de la labor de Gabriel del Mazo—, y que historizó la política exterior argentina. De ello dan cuenta los volúmenes que componen *H. Yrigoyen: pueblo y gobierno* (1956) continuados por *La Revolución Argentina del 90* (1966) y sus célebres *Tres Revoluciones 1890, 1893 y 1905* (1968) y la *Historia de las relaciones internacionales argentinas* (1978).

Otro conjunto de trabajos publicados en *La Nueva Provincia* de Bahía Blanca —cuando al comenzar los '70, Etchepareborda se desempeñaba como rector interino de la Universidad Nacional del Sur— se dedicaba a preguntarse *Para qué sirve la Historia*, a repasar *Las controversias historiográficas* y a interrogarse sobre la *Función Social del Historiador*. A partir de esos interrogantes y fundándose en el carácter pragmático que le atribuía a la disciplina histórica, el autor localizaba el principal problema de la historiografía argentina en el enfrentamiento de las distintas corrientes —la Nueva Escuela Histórica, los Revisionismos y los Marxismos—, y bregaba por "un gran proceso de síntesis, en el que se integren las diversas vertientes históricas"; la superación de ese conflicto esterilizante se colocaba entonces en cierta perspectiva integracionista, clave con la cual también puede abordarse *Rosas. Controvertida Historiografía* (1972).

Asiduo colaborador de *Investigaciones y Ensayos*, participó asimismo en la efímera *Revista de Historia* (1957) dirigida por Barba en cuyas tres entregas, autores de variadas procedencias historiográficas abordaron números monográficos dedicados a *La crisis del 90*, *Unitarios y federales* y *La crisis de 1930*. Etchepareborda integró el Consejo de Dirección a partir del último número. El mismo contenía dos novedades: la incorporación de un segundo volumen dedicado a recuperar testimonios sobre el '30, y una extensa nota destinada al lector en la que, amparándose en la autoridad

de la *American Historical Association*, prometía que la revista abordaría en lo sucesivo temas contemporáneos sin descuidar aquellos más lejanos en el tiempo. Es precisamente esa perspectiva la que el autor de *Tres revoluciones...* imprimió a su texto *Aspectos políticos de la crisis de 1930* en el que apelaba a la responsabilidad militante ante las actuales generaciones políticas a fin de que lo acontecido casi tres décadas antes sirviera de experiencia.

Colocada en variados registros que abarcan la erudición histórica, la alta divulgación, el ensayismo y la ficción, la frondosa producción de F. Luna se iniciaba también con la zaga sobre los prohombres del Radicalismo a quienes estaba ligado no sólo por adscripción política sino —como en el caso del vicepresidente de Yrigoyen— por vínculos parentales; así la trilogía *Yrigoyen* (1954), *Alvear* (1958), *Ortiz* (1978) le franqueó cierta notoriedad no exenta de alguna enjundiosa crítica.

La impactante vivencia de la experiencia del primer peronismo por parte de un no peronista llevó a Luna a producir textos notables que se encuentran entre los más logrados de su producción: *El 45* (1968), o aquellos otros que componen *Perón y su tiempo*, en tanto que el producto de sus simpatías políticas se expresó en los diálogos con Frondizi (1962) o José Luis Romero (1977) personalidades a quienes acompañó en sus respectivas gestiones.

Por cierto que no es la apelación a las fuentes sino al "sentido común", la nota distintiva de una narración que se diferenciaba de la neutralidad erudita, la vehemencia revisionista, o un relato escrito desde el interior de la corporación, modalidades poco atractivas para un *lector in fabula* que se acercaba al pasado nacional desde las coordenadas de un presente turbulento. Con un lenguaje llano y una prosa equilibrada, Luna construye versiones argumentativamente atractivas de temas polémicos; en *Los caudillos* (1966) sostiene: "queremos la historia tal como fue, con sus personajes reales, no acartonados, ni idealizados; en su sangre y en su cuero, con sus errores y miserias, tal cual como es la gente"; o el prólogo al texto de Richard Gillespie *Los soldados de Perón* en el que se alinea con la por entonces para muchos "razonable" teoría de los dos demonios.

En su condición de director en los años '70 del *Memorial de la Patria*, Luna se preocupó por dispensar una versión absolutamente polifónica del pasado local que incluía a historiadores revisionistas (Julio Irazusta, Miguel

98 de 23

A. Scenna), miembros de la Academia o próximos a ella (Carlos S. A. Segreti, Luis C. Alén Lascano, Carlos Páez de la Torre), algún "historiador social" (Luis Alberto Romero), además de un nutrido grupo de no historiadores de diferente extracción (Isidro Odena, Juan Carlos Vedoya, Andrés M. Carretero), sin descuidar a sus colaboradores cercanos de otras empresas (María Sáenz Quesada) y estudiosos del interior (Roberto A. Ferrero). La colección ostentaba notas particulares respecto de otras que por entonces veían la luz, como la dirigida por Tulio Halperin editada por Paidós, la *Historia Argentina Contemporánea* de la Academia Nacional de la Historia, la de José María Rosa, Ernesto Palacio o José Luis Busaniche.

Similar concepción reaparece en la revista *Todo es Historia* que, a lo largo de sus 488 números aparecidos desde 1967 reunió las contribuciones de decenas de historiadores y aficionados; si la continuidad de la empresa es en sí misma un dato por demás elocuente, también lo es la ausencia de otra publicación que exhiba características similares ya sea por su carácter, estructura y tirada.

La explicación de un fenómeno de esta naturaleza remite a las complejas relaciones y mediaciones entre la producción de saberes y su comunicabilidad, así como a la cuestión de los públicos y los lenguajes; acaso los capítulos siguientes ofrezcan algunas claves interpretativas al respecto.

CAPÍTULO 4

El revisionismo histórico

La expresión "revisionismo", puesta de moda durante el *Affaire* Dreyfus por parte de los defensores del capitán francés, se sabe, es extremadamente ambigua. En un sentido extenso puede aplicarse a casi cualquier manifestación historiográfica. Sin embargo, cualquier lector argentino medio de historia sabe o cree saber que la etiqueta refiere a un conjunto específico de estudiosos, en su gran mayoría al margen de las instituciones académicas, cuya característica principal estribaría en la crítica a una historiografía denominada genéricamente "liberal" y en la reivindicación de los caudillos, en especial, pero no sólo, Rosas. Yendo un poco más allá, otros lectores podrían agregar otros rótulos calificativos o descriptivos a aquella dicotomía enunciada y aun podrían referirse a la primera como historia académica y/o "historia oficial" (en alusión a su carácter institucional y real o presuntamente hegemónico en la historiografía y en las percepciones de las clases dirigentes argentinas) o incluso, como dijera una vez José Luis Busaniche, "historia oficial subvencionada" (en alusión a que sus cultores eran estipendiados por el Estado). Otros lectores, de signo diferente, podrían aludir a la segunda como una corriente menos erudita que ensayística, dominada por determinadas posiciones políticas, a la sazón, el nacionalismo primero; el peronismo después; más aún como

99 de 23

una particular combinación de historia y política. Colocándose en este último territorio, el "revisionismo" sería una corriente historiográfica nacida en la década de 1930 como parte de una paralela impugnación al orden político presente y a las imágenes del pasado predominantes por entonces.

Repasando esos deslindes se observa rápidamente que muchos de los criterios son contradictorios entre sí y sirven poco para definir una específica tradición historiográfica. Si se busca delimitar el revisionismo a través de sus opuestos pronto se percibe, como se puede observar en otros capítulos, que historiografía "liberal" no era necesariamente sinónimo de historiografía académica ni ésta de "historia" oficial. Éstas, por lo demás, no siempre eran hegemónicas ni constituían nada parecido a un todo homogéneo. Mirado el problema desde los autores revisionistas, aun empleando delimitaciones restrictas, las dificultades no son menos numerosas: temas, estilos, retóricas y adversarios cambiaron a lo largo del tiempo. En muchos momentos lecturas que a veces suelen incluirse en la tradición revisionista no se colocaban en pugna con las historias académicas u "oficiales" sino más bien como perspectivas complementarias a las mismas.

Un problema mayor reside en que en las definiciones se superponen tres criterios diferentes y no siempre compatibles para delimitar el revisionismo. El primero es de naturaleza institucional: el revisionismo sería una "contrahistoria" practicada desde espacios de la sociedad civil en oposición a la historiografía ejercida desde las instituciones estatales. El segundo es de naturaleza ideológico-política: el revisionismo sería la lectura del pasado proveniente de los nacionalismos argentinos primero y del peronismo después. El tercero es el más propiamente historiográfico: el revisionismo sería una nueva interpretación del pasado argentino, en especial del período 1820-1852.

A todo ello debemos agregar que si, por ejemplo, de los historiadores que llamamos positivistas era posible dar una caracterización epocal, es decir la coincidencia entre un grupo de intelectuales y un momento específico, no es igualmente posible hacerlo con el revisionismo. Éste, en cualquier definición que elijamos, sólo puede ser entendido en una dinámica temporal, a la vez como una secuencia de etapas y como una tradición acumulativa de rasgos, problemas y elementos identificatorios. A la manera de un río correntoso, las sucesivas épocas revisionistas se dilatan, se con-

traen, se reformulan, se combinan con diferentes contextos políticos y culturales y a la vez sedimentan en un conjunto de motivos y de lugares de memoria que sirven a los partícipes para identificarse. En esa flexibilidad puede quizás encontrarse una de las razones de su perdurabilidad. Miremos así el problema desde una perspectiva temporal.

¿Revisionismos antes del revisionismo?

Para algunos estudiosos que atienden al criterio de la interpretación del pasado, el revisionismo puede ser datado o filiado a partir de las obras de Adolfo Saldías y Ernesto Quesada (o incluso desde antes si se considera un anticipo temprano, por ejemplo, la obra de Manuel Bilbao, *Vindicación y Memorias de Antonino Reyes*) ya que en ellas aparece con claridad y de manera suficientemente sistemática y aun erudita una reivindicación de la figura de Rosas y su época que eran el mayor lugar de memoria negativo del pensamiento argentino post-Caseros. En Quesada emergía también, en 1902, una revisión de la lectura clásica de la Guerra del Paraguay. No volveremos sobre esos autores ya que han sido analizados en capítulos precedentes al igual que otros ensayistas que se embarcaron en la vindicación de figuras controvesiales o de diferentes caudillos provinciales. Con todo, anotemos aquí tres cuestiones. La primera es que en Saldías y en Quesada ya aparecen la mayoría de los tópicos que desarrollará *in extenso* el revisionismo posterior. La segunda es que esa recuperación de Rosas era, en ambos autores, compatible con el reconocimiento metodológico e historiográfico de la obra de Bartolomé Mitre, a quien revisionistas posteriores (no todos) verían de manera fuertemente negativa atribuyéndole el carácter de fundador de la historiografía liberal y oficial al servicio de su designio político. En tercer lugar, observemos que más aún en Saldías que en Quesada (pese a que los revisionistas posteriores iban siempre a reconocerse más en el primero que en el segundo, quizá por el academicismo de éste) sus lecturas del rosismo iban a colocarse en secuencia y no en oposición con aquella tradición liberal, luego por otros impugnada. En este sentido, quizá no sea innecesario recordar que la *Historia de la Confederación Argentina* de Saldías, además de la visible justificación de Rosas contenía, *en passant*, también una apología de

100 de 2

Rivadavia, su figura y su época, sugiriendo en algunos pasajes la continuidad de la obra del primero con la del segundo.

A las dos figuras aludidas hay que agregar una tercera: David Peña. Este abogado, periodista, nacido en Rosario en 1862, vinculado de muy joven con el último Alberdi al que admiraba, hombre talentoso e inconstante en el decir de Juan Álvarez, escritor de obras de teatro y profesor suplente de Historia Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (y más tarde también docente en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata), se embarcó en 1903 en el dictado de un curso sobre Facundo Quiroga. El mismo, reunido en forma de libro en 1906, tenía un carácter apologético cuyas prudencias derivaban del ámbito académico en el que las conferencias iban a ser desarrolladas. Así, en la presentación del programa ante las autoridades de la Facultad, se rodeó de todo tipo de precauciones elencando una larga lista de fuentes primarias, lo que era por entonces inusual en los cursos de esa Facultad.

El libro de Peña presentaba a Quiroga como un héroe romántico, caballero honorable y acendrado defensor de la organización constitucional bajo la forma federal, digno de formar parte del panteón patriótico y buscaba levantar los cargos contra él presentados por Sarmiento en el *Facundo*. Empero no se trataba sólo de eso ya que al hacerlo Peña era llevado a impugnar a los adversarios de Facundo y su supuesta "civilización". De este modo caían bajo su crítica las figuras mismas de Sarmiento (al que dedicaba un hostil primer capítulo) y otros adversarios del caudillo riojano como los generales Paz y Lamadrid, y más globalmente todos los integrantes de lo que llamaba la segunda generación unitaria. Peña, cuyas referencias historiográficas europeas no eran tan diferentes de algunas de las de los fundadores de la historiografía argentina (de Walter Scott a Alfonso de Lamartine), aunque ciertamente algo más anacrónicas visto el tiempo transcurrido desde entonces, podía reposar en muchos puntos en la autoridad de Alberdi (y su simpatía filial hacia él) al que tanto antes como después compararía ventajosamente con Mitre y Sarmiento. Podía apoyarse también en que la recuperación de Quiroga iba en él acompañada de una feroz crítica a Rosas (pese al elogio de la obra de Saldías, paralelo a la crítica de la de López) que reproducía casi todos los tópicos clásicos de la literatura hostil al Dictador, incluida la imputación de ser el mandante último del asesinato del riojano.

La aparición de las obras de Quesada y Peña, dos estudiosos insertos en el campo intelectual institucional de principios de siglo, debía llevar a un conjunto de polémicas dentro del mismo simbolizadas ya en la temprana renuncia, en 1906, de Juan José Biedma, por entonces director del Archivo Histórico Nacional, a la Junta de Historia y Numismática ante la incorporación a ésta de David Peña. Junto a las objeciones de Biedma se alzaron las de otro miembro de la Junta, Carlos María Urien, que al año siguiente publicaría un libro titulado *Quiroga: estudio histórico constitucional* en parte destinado a refutarlo. En 1907 una nueva polémica estalló en la Junta a propósito de la Guerra del Paraguay. Otro miembro de la misma (que había sido el proponente del nombre de David Peña), Samuel Lafone Quevedo, que sería profesor de Arqueología de la UBA, decano de la Facultad de Ciencias Naturales de La Plata y director del Museo de la misma ciudad, había presentado en ella una defensa de Francisco Solano López.

Los años sucesivos en torno al Centenario vieron expandirse ulteriormente los debates en señal de que los climas de confrontación estaban más extendidos. El mismo Urien, particularmente activo en la defensa de la tradición historiográfica convencional, sería involucrado, en 1914, en las páginas de la revista *Nosotros,* por Dardo Corvalán Mendilaharsu a propósito de la figura de Rosas. Lo motivó el largo comentario crítico de este último, llamado "Rosas; Historia y Fábula", que era un ataque en toda la regla contra el libro de Urien sobre Lucio V. Mansilla, en cuya defensa terció el uruguayo Álvaro Melián Lafinur. La misma revista había alojado el año precedente sendas notas polémicas acerca de Lavalle y Rosas de Clodomiro Cordero y Osvaldo Saavedra de las que emergía la necesidad de revisar la imagen del gobierno de Rosas. Por otra parte, el mismo Corvalán, del que luego hablaremos, en el mismo 1913 había reunido un conjunto de ensayos breves bajo el título *De la época de Rosas* en los que llevaba su justificación de Rosas, no en la sustancia, sí en el tono, más allá de los libros de Quesada y Saldías y, en el mismo 1914, otra del "general de la Nación", Vicente "Chacho" Peñaloza. Aunque deba agregarse que por entonces su obra no estaba desprovista de ambigüedades como muestra su por entonces simpatía, en alguno de los capítulos, como el dedicado a "La Mazorca", a las reflexiones de José María Ramos Mejía (con quien estaba emparentado).

101 de 2

Aunque las polémicas historiográficas no iban en las formas, salvo excepciones, más allá de lo que era admisible entre caballeros en la Argentina de ese tiempo no dejaban de representar serios obstáculos capaces de impedir, por ejemplo, que la iniciativa impulsada por Antonio Dellepiane y Clemente Fregueiro, en 1918, de realizar una *Historia Argentina* por parte de la Junta llegase a buen puerto. Todo se empantanó ante el ofrecimiento a Peña del capítulo sobre unitarios y federales y a Quesada el del período de Rosas, decisión no compartida por otros integrantes de la entidad.

Ciertamente todo ese movimiento puede ser colocado en un contexto aún más amplio de polémicas, debates y relecturas. Por ejemplo, otro territorio en el que se verifican es el del derecho constitucional donde obras como la *Historia Constitucional Argentina* (1910) de Luis V. Varela abogaban por rehacer la historia argentina, abandonando las pasiones y las falsificaciones de lo que llamaba "historias de familia" derivadas de que los padres de la historiografía argentina moderna habían narrado hechos de los que ellos mismos o sus antepasados directos habían sido protagonistas. Del mismo modo, Juan V. González Calderón en diferentes obras plantearía una justificación del papel histórico del federalismo, las provincias y los caudillos.

Como ha señalado José Carlos Chiaramonte, esas miradas podían ser puestas en relación con las provistas por las historias provinciales, escritas en esos años con argumentos semejantes, acerca de la necesidad de abandonar las pasiones resultado del apego a las tradiciones familiares. Todo ello implicaba una firme crítica del centralismo porteño y de la tradición historiográfica denominada "unitaria" y una reivindicación de los caudillos provinciales y del federalismo e incluso una revalorización de la experiencia democrática asociada a aquéllos a contraponer a la actitud aristocratizante de los primeros. Desde luego que esa operación hecha en nombre de la imparcialidad histórica e incluso a veces de los nuevos métodos de la disciplina, no dejaba de contener rasgos apologéticos de los líderes provinciales respectivos a la par de un redimensionamiento en positivo del papel de la respectiva provincia en el proceso histórico nacional. En esa clave pueden ser vistas obras como las historias de Entre Ríos de Benigno Martínez, la de Santa Fe, de Manuel Cervera, o la más tardía sobre Corrientes, de Hernán F. Gómez. En varios planos puede agregar-

se a ellos la figura del católico Francisco V. Silva, abogado cordobés, director del Museo Histórico de esa ciudad que en 1916, en la Biblioteca América, publicará *El libertador Bolívar y el Deán Funes en la política argentina*, cuyo subtítulo era *Revisión de la Historia Argentina* y donde exaltaba al Paraguay y a los caudillos provinciales argentinos que se opusieron a la guerra (dos años después la misma expresión "revisión de la historia argentina" aparecerá también en el título de un artículo de otro historiador católico, bien que de una formación muy diferente, Rómulo Carbia). Con todo, debe observarse que en estos autores, junto a la exaltación de los héroes locales, campea una cerrada hostilidad a la figura de Rosas, emblema para ellos del centralismo porteño y del despotismo.

Desplazando la mirada de la historia del derecho al terreno de la literatura se perciben movimientos semejantes e incluso más profundos, por ejemplo en Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones. Sin duda, la impugnación que ambos presentaron no se orientó hacia la crítica de la historiografía de los padres fundadores ya que el mismo Rojas contribuyó decididamente a reproponerlos a la consideración de sus contemporáneos con la reedición del debate entre Mitre y López, como ya fue señalado en el capítulo precedente, y el mismo Lugones se mantuvo cerca de Mitre en muchas dimensiones interpretativas de la historia argentina (es bien conocido cuanto se apoyó en él para su escritura de *La guerra gaucha*). Sin embargo lo que ambos cuestionaban seriamente era otra de las dicotomías que actuaba como ficción organizadora del imaginario argentino: la de "civilización y barbarie".

La polémica que suscitaron en el mundo intelectual argentino los trabajos de Rojas (en especial su *Historia de la Literatura Argentina*) y de Lugones (en especial *El payador*) revelaron cuánto esas obras tocaban puntos neurálgicos de los consensos intelectuales. No se trataba sólo de la reivindicación hiperbólica del *Martín Fierro* de Hernández o más en general del gaucho y la literatura gauchesca sino de que ello era colocado como mito orientador alternativo al que emergía del esquema sarmientino (Lugones) o como complemento del mismo (Rojas).

Los ejemplos presentados revelan que en torno al primer centenario se abría un profundo debate sobre el pasado argentino que puede ser colocado en relación con el clima político e ideológico de esos años. A esos debates habría que agregar, desde luego, aquellos abiertos por entonces (o

poco antes) por los historiadores que llamamos positivistas, que contenían muchas relecturas del pasado tanto temáticas como interpretativas. No es sorprendente que debates culturales o políticos suelan ir acompañados de revisiones historiográficas. De hecho, los años en torno al primer Centenario estaban surcados por ellos, más allá del mayoritario optimismo sobre el porvenir. Efectivamente, si la obra de Saldías, por ejemplo, podía colocarse en el marco de las profundas redefiniciones del sistema político argentino abiertas con el '80, las nuevas polémicas eran otro modo de responder a la crisis del orden conservador abierto con el colapso del roquismo y el desorden institucional subsiguiente, con los extendidos debates sobre el federalismo y el sistema constitucional argentino y, finalmente, con el proceso democrático abierto con la ley Sáenz Peña y sus resultados. Pueden también vincularse con dos cuestiones de otro tipo. Por un lado, con el deslizamiento de una historia con aspiraciones "científicas" hacia otra con propósito pedagógico y patriótico que buscaba consagrar el pasado como mitología identificatoria de los argentinos. Ello llevaba agua a lecturas más explícitamente políticas del pasado, cualesquiera ellas fueran. Por el otro, con los denodados esfuerzos de las elites sociales argentinas de consolidarse como un patriciado cuya preeminencia derivaría de su antigüedad de residencia en el país, ante la amenaza del aluvión inmigratorio y de la demarcación social y política en ciernes, lo que orientaba a una acentuación del "culto de los descendientes".

Desde luego que hasta aquí el cuadro presentado sugiere historiográficamente la apertura de un amplio campo de opciones interpretativas y de diferentes líneas de desarrollo potencial en el futuro. Sugiere también que todas ellas podían encontrar puntos de coexistencia y un espacio de interlocución que parecía poder contenerse y procesarse dentro del ámbito de las instituciones académicas existentes (Junta, Universidades). Por otra parte, sus disidencias con respecto a una supuesta historia académica u oficial plantean ante todo la existencia de un campo que puede denominarse tal y ello no es nada evidente hasta principios de los años '20, por lo menos. Requieren también una cierta cerrazón de los espacios institucionales y las Universidades o la Junta, institución emblemática, eran por entonces bastante abiertas como prueban los casos de Quesada o Peña o la incorporación de Adolfo Saldías a la Junta en 1911 y más tarde la de Ricardo Rojas (en 1916) o Benigno T. Martínez (miembro correspondiente desde 1916).

Todo ello podía relacionarse con los estilos de los polemistas al que aludimos pero también con que de un modo u otro, autores e interpretaciones se colocaban dentro de la misma tradición político-cultural o, al menos, no implicaban una ruptura radical con ella. Eso quería decir que esas relecturas no eran el punto de partida o el punto de llegada ni de una crítica a la tradición republicana y progresiva que daba el sentido a la evolución de la historia argentina ni de un cuestionamiento a los fundamentos ideológicos de la modernidad occidental. En ese sentido, hasta donde conocemos, muy limitada era la apelación al pensamiento reaccionario europeo como base para esas reinterpretaciones del pasado. Así, incluso la figura que *a priori* podía ser más instrumentalizable en ese sentido, la de Juan Manuel de Rosas, era reivindicada, cuando lo era, en tanto etapa necesaria en el desarrollo histórico argentino además de como defensor de la soberanía y la integridad territorial de la futura Argentina. No lo era, en cambio, en tanto que representante de un modelo político alternativo que hubiese llevado a la Argentina a un mejor destino de no haber sido derribado. Finalmente ello expresa que ciertos consensos básicos en las formas de interacción social y en los imaginarios culturales subsistían. Expresa también que la asimilación estrecha entre historia y política, es decir un uso directo y sin mediaciones del pasado para una operación política presente no se había consumado todavía.

Los ambiguos años '20

La llegada del radicalismo al gobierno, la reforma universitaria y en general el proceso de democratización social y política que lo acompañaba abrían ciertamente nuevas cuestiones que impactaban sobre la organización del campo intelectual y sobre el posicionamiento de los historiadores en él. Asimismo, la expansión del universo de lectores de medios de comunicación escritos generaba un mayor público potencial atraído por cuestiones y controversias históricas en un formato ciertamente no académico sino entre la divulgación y el folletín. En ese contexto puede colocarse el interés sobre una figura controversial, Rosas, y una época con todos los ingredientes para atraer la curiosidad de un lector medio. En el

terreno historiográfico, la década del '20 significó el ascenso de los hombres de la Nueva Escuela Histórica a lugares de poder institucional. Las cosas fueron a partir de allí más complejas en más de un sentido. Por un lado, historiográficamente porque ésta fue capaz en varias de sus figuras más destacadas (aunque no en Levene) de amplias aperturas interpretativas que integraban muchas de las visiones aludidas en una nueva mirada, no sólo más abarcadora sino más decididamente federalista (Ravignani) y aún más democrática (Molinari). Incluso, en especial en Ravignani, esa recuperación incorporaba a Rosas y su época (véase su artículo en la revista *Humanidades* de 1930) en tanto etapa imprescindible en la organización nacional. Asimismo, la Nueva Escuela también proponía un salto cualitativo con relación a las lecturas decimonónicas a partir de sus apelaciones a los nuevos requisitos metodológicos, al conocimiento de la verdad y a la imparcialidad del juicio histórico. Ésta era posible, en su perspectiva, porque la ausencia de lazos con el pasado, como lo revelaría el origen inmigratorio de sus integrantes (tal cual lo observaría Rómulo Carbia en 1927), les permitiría mirar sin partidismos esa historia argentina y desde allí brindar una imagen menos facciosa de la misma. Empero, en tanto la misma Nueva Escuela tendió a definirse como historiografía profesional o académica ejercida desde ámbitos institucionales de legitimación, en los hechos tendió a recortar el territorio de la historia en un adentro y un afuera, entre establecidos y *outsiders*. Desde luego ello implicaba los ámbitos de enseñanza superior, donde los hombres de la NEH sustituyeron a la antigua generación de profesores de principios de siglo, pero no la Junta, que continuó siendo una mezcla de profesionales y diletantes. En esta última, las incorporaciones de figuras que muchos considerarían luego heterodoxas continuarían: Carlos Ibarguren (del que hablaremos, en 1922), o autores que hemos mencionado en párrafos precedentes, Manuel Cervera (desde 1925) Juan González Calderón, miembro en 1928 al igual que Corvalán Mendilaharsu, designado correspondiente por Mendoza, y Francisco V. Silva, desde 1936. En realidad parecería que la incorporación de voces que hoy parecerían disonantes se hizo más lenta desde el advenimiento a la presidencia de la misma de Levene, por segunda vez en 1934 (y desde ahí ininterrumpidamente). Sin duda deberíamos saber más, en especial de los candidatos rechazados pero en cualquier caso sorprende, por ejemplo, no ya la no incorporación de *amateurs* destacados sino la

exclusión de dos de los mejores historiadores de la Nueva Escuela y de la Argentina toda de entonces: Carbia y Molinari.

Retornando a los años '20, una figura que ha sido relacionada con los nuevos climas de la Argentina democrática es el abogado de origen entrerriano Dardo Corvalán Mendilaharsu (1888-1959) que ya mencionamos precedentemente; fue profesor de Historia, durante muchos años, en la Escuela Normal de Profesores y en el Colegio Sarmiento de la Capital, participó luego en cargos relevantes en el gobierno en Mendoza a partir de la intervención a la provincia decretada por Hipólito Yrigoyen en 1917. Su persistente cercanía al radicalismo yrigoyenista, *rara avis* entre los intelectuales de entonces, lo llevarían luego hasta la Secretaría de Culto en el Ministerio de Relaciones Exteriores, durante la gestión de Horacio Oyhanarte, en las postrimerías de la segunda presidencia del caudillo radical. En las décadas sucesivas retornó a la docencia secundaria y luego, en los '40, volvió a recalar en el Ministerio de Relaciones Exteriores, primero como director del Archivo y Biblioteca (después del golpe de 1943) y luego como enviado diplomático al exterior.

La aparición de Corvalán en debates historiográficos en la revista *Nosotros* o sus artículos publicados en la misma, en *Fray Mocho* o en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* en los años sucesivos al Centenario, habían señalado a un polemista mordaz que iba un poco más allá del clima de esa época, sea en el tono sea en una crítica más extensa a los historiadores decimonónicos argentinos que incluía a la figura de Bartolomé Mitre. Aunque sus trabajos no estaban exentos de afirmaciones en defensa de una nueva actitud diferente de las pasiones banderizas de protagonistas y descendientes y en apoyo del método crítico, que a través de los documentos posibilitaría establecer la verdad histórica —ya en 1914 había apelado, para justificarse, a la conocida prolusión de Rafael Obligado de 1913 al inaugurarse la cátedra de Literatura Argentina concedida a Ricardo Rojas en la Facultad de Filosofía y Letras, en la que éste llamaba respetuosamente a dejar atrás las obras de Mitre y López—, su obra fragmentaria se enmarca plenamente en esas dimensiones que dice criticar. Efectivamente, sus trabajos se colocan claramente en la línea del culto de los descendientes; su bisabuelo, el general Manuel Corvalán, había sido primer edecán de Rosas; su abuelo Vicente, por muchos años, comisario

general de contaduría del ejército de operaciones dirigido por Oribe, e incluso de los amigos de éste que habrían sido calumniados por los antirrosistas, por ejemplo el coronel Granada o el fusilado coronel Costa. Más aún, la operación documental que propone Corvalán se reduce a la presentación de documentos extraídos en su gran mayoría del archivo familiar de su abuelo (aunque la operación fuese defendida con una apelación a Xenopol y la prioridad de las fuentes particulares por sobre las públicas).

En los años '20 Corvalán prosiguió con sus trabajos históricos, varios de los cuales fueron reunidos en dos libros, *Sombra Histórica* (1923) y *Rosas* (1929). Los distintos artículos que contiene este último libro tienen muchas reiteraciones entre sí y con aquellos publicados en los volúmenes precedentes. Aunque enfocan temas diferentes, culminan casi todos ellos, invariablemente, en la justificación, exculpación o reivindicación de Rosas y su época. La excepción es la vindicación del mismo estilo de la figura de Alberdi al que se le dedica uno de los ensayos. En otro, que da bien el tono del libro, dedicado a un comentario sarcástico sobre la obra de teatro de "Monsieur Groussac" *La divisa punzó*, el pretexto parece ser una frase intercalada por el escritor en los diálogos de la obra en la que Rosas trata despectivamente a su bisabuelo el general Manuel Corvalán, su primer edecán.

Los textos de Corvalán presentan dos diferencias con los de Saldías y Quesada cuyas obras son alabadas en el libro. Una ya aludida es de tono y adjetivos, el otro del público al que se dirigen. Aunque sin las características que adquirirá en los avanzados años '30, ya aparece aquí la idea de la mala fe y la tergiversación deliberada en la que habrían incurrido estudiosos precedentes. El deslizamiento con relación al tipo de público al que se pretende conquistar se percibe inmediatamente observando la crítica de Corvalán a Saldías y Quesada por la formulación excesivamente erudita que emplean en sus obras. Corvalán aspira a llegar a lectores más vastos a los que quiere iluminar sobre la —en su opinión— verdadera naturaleza de Rosas y en ello desde luego pueden verse signos de los nuevos tiempos de la Argentina con la emergencia de ámbitos masivos y de una opinión pública más extensa que en el pasado. Asimismo, la elección como objeto de crítica no tanto de las obras de historiadores (a excepción de López y ocasionalmente Mitre) sino la de panfletistas como Rivera Indarte,

novelistas como Mármol o una conferencia, o un artículo periodístico o una obra de teatro, sobre cuya influencia educadora o deseducadora parecen planear las ideas de Juan Agustín García, alabado por lo demás en varias partes de su libro.

Aunque algunos de esos trabajos son reelaboraciones de otros, quince años más antiguos, sorprende no sólo la cita casi exclusiva de historiadores decimonónicos sino que la apelación constante al "método crítico" va acompañada de una total ausencia de referencias hacia los autores europeos o argentinos emblemáticos del mismo (el único citado, una vez, es Carbia) y también del uso de la retórica clásica de la erudición, la notas al pie de página o la bibliografía, quizá por los propósitos de divulgación antes aludidos. La alusión o trascripción parcial de documentos no alteran un cuadro que apunta más a las bondades literarias del estilo que a la gravedad de los estudios académicos de su época. De los contemporáneos citados aparecen filósofos como Ortega y Nietzche, filósofos de la historia como Spengler y una ocasional referencia a Croce. En general, Corvalán, con una estrategia abogadil, procura presentar todo tipo de argumentos en su alegato a favor de Rosas (una atención especial le merece la situación de la Universidad en esa época a la que dedica uno de los ensayos no desprovisto de datos de interés).

El Rosas emergente de las lecturas de Corvalán no es, contra lo que pudiera deducirse demasiado rápidamente de su firme colocación en el radicalismo yrigoyenista de su autor, la de un líder populista o popular (mucho más le interesa resaltar el apoyo al régimen de la gente principal). El Rosas presentado es, además del defensor de la integridad territorial, más un republicano austero en la forma ya indicada por Saldías y Quesada que otra cosa. Ello sugiere una vez más en cuán gran medida las mediaciones entre posición política y lecturas del pasado no eran por entonces —quizá nunca lo sean plenamente— automáticas.

En búsqueda de señalar una diferencia con sus sucesores podría apuntarse que Corvalán dedica abundante espacio a entresacar opiniones prestigiosas de la tradición liberal antirrosista cuando ellas aparecen en contradicción con la misma. Aunque el autor argumenta, a veces, que ese empleo es para reforzar sus argumentos y no ser acusado de emplear prioritariamente a Saldías (en cualquier caso su fuente principal) ya que éste es acusado de "panegirista" por sus adversarios, ello puede sugerir otra

reflexión: el peso que la tradición liberal conservaba en el imaginario público. En el mismo sentido podría señalarse la reiterada observación (seis veces en el libro de 1929) de la donación del sable a Rosas por parte de San Martín.

La imagen hasta aquí presentada de Corvalán es ciertamente incompleta. Su autor, de larga sobrevida posterior, parece haberse desplazado historiográficamente de posiciones más rupturistas a otras sino más moderadas sí más ambiguas. No tuvo inconvenientes para integrarse a los espacios académicos como la *Historia de la Nación Argentina* (tampoco dejó de colaborar en otros ámbitos como la revista *El Hogar* o los diarios *La Nación* y *La Prensa*) aunque paralelamente presidiera, desde mediados de los '30, una Junta para la repatriación de los restos de Rosas —en la que, sin embargo, en uno de sus manifiestos de noviembre de 1934 se reconocía a Levene como "eminente historiador"— y más tarde se incorporase al Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. Su largo y minucioso estudio sobre los símbolos patrios en el volumen VI de la historia dirigida por Levene (primera edición, 1942), tema de su particular interés como exhibe asimismo su participación en la Comisión del Monumento a la Bandera en Rosario, está muy lejos de la vis polémica de sus trabajos de los años '20, incorporando en manera encomiástica muchas opiniones de historiadores desde Mitre a Levene y sumándose plenamente a una lógica patriótica que era acompañada en el texto de efluvios literarios. Corvalán que en 1942 también propondría la creación de una comisión de defensa de los símbolos patrios, aprobada por el gobierno de Castillo, compartía plenamente el dictamen de la comisión presidida por Ricardo Rojas en 1927 según la cual los símbolos eran una imperiosa necesidad de una Argentina de orígenes heterogéneos para mantener la unidad de la "conciencia colectiva", dentro de una sociedad democrática y expresaban en sus colores el temperamento de una nación fraterna y abierta a todos los hombres. Es reveladora su lectura de que la creación de las primeras divisas era una iniciativa colectiva y popular y no el resultado de esfuerzos individuales para lo cual retorna de nuevo a las ideas presentadas por José María Ramos Mejía en *Las multitudes argentinas*, al que tanto había criticado en los años '20 por su lectura de Rosas.

Un modo de percibir las ambigüedades de la década es observando la

obra de Carlos Ibarguren, joven mimado por el reformismo conservador, ministro de Roque Sáenz Peña, profesor de Derecho Romano en la Facultad de Derecho de la UBA, nombrado luego sorprendentemente (vistos sus antecedentes académicos en el campo) profesor titular de Historia Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras en 1912 (de una terna elevada por la Universidad al Poder Ejecutivo que integraban personas con mayor currículum en el área como David Peña, a la sazón profesor suplente de la materia y sobre todo, Ernesto Quesada). Ibarguren, en 1922, año en que fue candidato a presidente de la Nación por el Partido Demócrata Progresista y en el que fue nombrado miembro de la Junta de Historia y Numismática, dictó con gran éxito de público un ciclo de lecciones-conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras sobre "Juan Manuel de Rosas". Las mismas aparecerían en forma de libro en 1930, obteniendo un enorme éxito de público (treinta mil ejemplares en las seis primeras ediciones). Ciertamente ese éxito puede vincularse sea con la calidad literaria de una obra además bastante documentada (con muchos papeles del archivo del autor, lo que no deja de ser interesante como testimonio de prácticas historiográficas y del estado de los archivos estatales), sea con el interés publico sobre la figura de Rosas en los años '20 (de los que daba cuenta, por ejemplo, la encuesta publicada por el diario *Crítica*), a la que había contribuido el uso político de su figura por parte de los opositores al gobierno radical que gustaban de compararla con la de Yrigoyen.

El Ibarguren que hizo publicar la obra, cuya sexta edición de 1933 reza ya el título de "definitiva", había por entonces mudado en forma importante sus modelos políticos. Fue uno de los mentores intelectuales de su primo el general Uriburu y durante su gobierno lanzó en Córdoba un recordado programa con tintes corporativos (bastante modestos a decir verdad). Sin embargo, si en 1930 todavía puede considerarse a Ibarguren un pensador en transición, ya en 1934 (año en que publicará *La inquietud de esta hora*) su periplo intelectual hacia la galaxia fascista (en sentido genérico) ha sido completado. Empero, releyendo el libro sobre Rosas, no puede encontrarse en él motivos del pensamiento reaccionario o de la nueva modernidad fascista. Ciertamente, *La Nación* había criticado la primera edición del libro considerándolo favorable a la figura de Rosas pero paralelamente la cultura oficial le había concedido el Premio Nacional

de Letras de ese mismo año. Ciertamente también, Corvalán Mendilaharsu que había asistido a las conferencias buscó luego apoyarse en la autoridad de Ibarguren y alabó la obra y, además, podría recordarse que hacia fines de los '30 cuando la *Historia de la Nación Argentina* se encontraba bajo el fuego nutrido de los medios nacionalistas, su director, Ricardo Levene, había prometido tratar el tema a través de dos interpretaciones contrapuestas de las que se suponía que la favorable a Rosas era la que se le encomendaría a Ibarguren. Por otra parte, incluso Ernesto Palacio en su *La historia falsificada*, de 1939, lo incluyó entre los autores que habían renovado la visión de Rosas (pero incluyó allí también a Molinari). La lógica de todos estos comentarios parece ser más política que historiográfica, a partir de un razonamiento del tipo: dado que Ibarguren adscribía al nacionalismo y al corporativismo, su imagen de Rosas debería ser... Sin embargo, mucho más pertinente parecen las observaciones de Julio Irazusta que señaló en 1935 que como interpretación de Rosas y su época, el libro era "deficiente". Por otra parte, más allá de los mismos comentarios de Ibarguren en su *La Historia que he vivido* mencionando que era la "imparcialidad" (*sine ira et studio)* la que lo había guiado, la misma lectura de la obra no parece justificar el celo temprano de *La Nación* ni las adhesiones posteriores.

El personaje que Ibarguren presenta tiene luces y sombras y está desprovisto de toda connotación exaltatoria. Su libro busca enmarcar al personaje en su tiempo y comprenderlo más que vindicarlo. Como género puede colocárselo dentro de las biografías "psicológicas" que buscan penetrar en las claves íntimas de un personaje, de una manera comparable a la de los mayores cultores europeos del género puesto de moda entre las dos guerras por autores como André Maurois, Jacques Bainville o Stefan Zweig. En este sentido, proponer una doble vía de reivindicación de Rosas, una conservadora (Ibarguren) y otra populista (Corvalán) no parece dar en el signo de lo que separa a ambos autores que es antes el propósito que la naturaleza de la interpretación.

El Rosas presentado por Ibarguren es, desde luego, producto de su tiempo y de la anarquía precedente que había dinamitado la "disciplina social". Encarna una de las formas de lo que el autor llama "tiranía trascendental" en tanto no producto de circunstancias fortuitas sino de movimientos históricos profundos que dejan un vigoroso legado. En este caso,

era la consolidación de la unidad territorial y la afirmación de la soberanía nacional. En especial el Rosas de 1820 es visto en términos positivos, en tanto garante del orden a beneficio de las clases ilustradas y propietarias. Empero todas esas imágenes, sobre todo la última, además de muy congenial con Ibarguren, estaban bastante difundidas y no suscitaban escándalo alguno. Por otra parte, el juicio sobre la obra de Rosas es matizado en la descripción de su personalidad. El Dictador aparece como un político astuto y malicioso, pragmático y ególatra que para lograr sus objetivos contaba con su habilidad como representante consumado de la simulación (véase la imagen presentada acerca de su actitud durante el *interregno* Balcarce-Viamonte) y una capacidad para la teatralidad demagógica (véase la lectura de la utilización política de la figura de Dorrego). Un Rosas además reaccionario y simpatizante del orden colonial y cuyo único modelo político era desde el comienzo un gobierno despótico con plenos poderes ante cuya personalidad se iban a postrar "servilmente" los habitantes de Buenos Aires (un "inmenso rodeo humano") rindiéndole un "culto idólatra". Empero lo que parece alejar más a Ibarguren de una simpatía sin reservas hacia Rosas es que en él veía además del orden, la encarnación de esas masas rurales desatadas por la revolución, "esa bárbara caterva de milicias irregulares... que seguían fanáticos a sus caudillos" y esa plebe urbana capaz de devenir en "turbas criminales" si articulada en la Mazorca. En esa mirada del sistema político rosista, que parece conservar trazos de la provista por José María Ramos Mejía, no es entonces casual que las críticas más duras al Dictador sean aquellas dirigidas a su actuación durante la Revolución de los Restauradores, el momento en que Rosas se inclinó claramente, según Ibarguren, hacia la "turba demagógica" contra los principios del orden.

Ciertamente, su mirada sobre la oposición unitaria no deja de contener una crítica a su racionalidad teorizadora, abstracta, idealista y poco apta para la percepción concreta de los hechos y para la acción política, en lo que podría verse un eco de la tradición reaccionaria, pero las cosas no van muy lejos por ese camino. Ciertamente, también, podría aducirse que el libro contenía también trazos más antiguos del momento de su gestación que correspondía a otra estación política del autor y que ello serviría para explicar las ambigüedades y tensiones existentes en el mismo. En cualquier caso, el problema puede ser mirado desde otro ángulo. Una

primera observación es que los tiempos iniciales de revisiones historiográficas y revisiones políticas raramente coinciden siendo, en general, los primeros de ritmo más lentos que los segundos. Lo veremos nuevamente cuando presentemos a los llamados "maurrasianos" argentinos. Una segunda puede surgir de la lectura de lo escrito por Ibarguren en *La inquietud de esta hora*. Allí pueden percibirse buenas razones para explicar sus reticencias ante la figura de Rosas. En la minuciosa presentación de movimientos y reflexiones políticas, en especial europeas, anunciadoras de lo que son para él los tiempos nuevos que surgen de la crisis final de la democracia liberal, el parlamentarismo y las sociedades atomizadas e individualistas, entre los cuales no aparece incluida la Acción Francesa, todo tiene un carácter no de reacción sino de superación de un pasado periclitado. Fascismos, corporativismos, estatismos tecnocráticos, democracia funcional, son una respuesta moderna y superadora de las sociedades y movimientos políticos precedentes y no un retorno a una supuesta edad de oro. El fascismo de Ibarguren está en el futuro, no en el pasado. De este modo, en la sumaria presentación del pasado argentino que el libro contiene, la crítica a los rumbos de la Argentina posterior a Caseros son pronunciados pero la recuperación de Rosas y su "sangrienta y larga dictadura" se limita a su defensa de las aludidas defensas de la soberanía nacional y la integridad territorial (incluida la consabida anécdota del legado del sable por San Martín) que aunque de forma inorgánica impidió la disgregación. Aunque el libro exalta los liderazgos fuertes personalistas y el papel de las "dictaduras trascendentales" de las cuales la de Rosas era un ejemplo, no llega a proponer a éste como un modelo político al que hubiese que retornar. Más bien buscando un punto de apoyo prestigioso en el pasado argentino apela a los ideales de la generación revolucionaria de Mayo de 1810.

Para percibir alcances y límites de estas revisiones y eludir un enfoque excesivamente argentino de un tema que es más general puede ser útil ampliar la mirada más allá de las fronteras. Un caso particularmente interesante es el uruguayo y en él la figura de Luis Alberto de Herrera ya que allí y en su obra parece realizarse con anticipación a la Argentina la fusión entre un programa político alternativo y una revisión historiográfica. Luis Alberto de Herrera, abogado, prolífico ensayista y figura relevante de la política uruguaya (sería por muchas décadas líder del Partido Nacional)

presenta en muchos aspectos rasgos que permiten una comparación por contraste con el caso argentino. Ante todo debe observarse que ninguno de los autores revisionistas, en los muchos sentidos que tiene esa expresión, tuvo nunca en la Argentina un lugar tan central en el sistema político. Asimismo, corresponde a Herrera la prioridad en la indagación del pasado con un propósito crítico, a la vez político e ideológico, hacia las situaciones dominantes en ambas márgenes del Plata y a partir de allí en el delineamiento de una temprana actitud que luego sería habitual desde mediados de la década de 1930 en Argentina. Herrera ya en 1906 se había negado a secundar el homenaje a Mitre realizado en el Parlamento uruguayo. Desde el año siguiente daría una saga de trabajos históricos en los cuales emergería una impugnación radical de la historiografía argentina decimonónica y de sus interpretaciones del pasado junto a una reelaboración ideológica más profunda del pasado y el futuro uruguayo y una vinculación entre historia y política, ciertamente no desprovista de mediaciones, pero mayor que la de los historiadores argentinos.

En el primero de sus libros importantes, *La revolución francesa y Sudamérica;* elaboraba una fuerte crítica al jacobinismo de los revolucionarios rioplatenses que abrevaba en buena parte en el pensamiento reaccionario y conservador europeo del siglo XIX. El diario *La Nación* no lo dejó pasar inobservado encargándole una hostil recensión a Max Nordau. En los libros siguientes Herrera orientaría su polémica contra las corrientes dominantes de la historiografía argentina. Así lo haría en *La diplomacia oriental en el Paraguay (1907-1911),* revisión de la Guerra de la Triple Alianza que negaba la patente "civilizatoria" a los aliados, recuperaba la figura de López y criticaba a la historiografía argentina hija para él del sectarismo unitario, o en *El Uruguay Internacional,* que incluía una exaltación del propio caudillo (Artigas) en el contexto del caudillismo rioplatense y una denuncia de las adulteraciones sucesivas del pasado por parte de la historiografía porteña (Mitre, López), o en *Buenos Aires, Urquiza y el Paraguay* (1919), donde emerge una lectura dicotómica que reposaba en la contraposición entre las figuras que juzgaba positivas de Urquiza, heredero según él de la tradición federal que habían encarnado Artigas y Ramírez y Bernardo Berro contrapuestas a las muy negativas de Mitre y Venancio Flores (pero la contraposición se extendía también a la confrontación entre Alberdi y Sarmiento, saldada plenamente a favor del prime-

108 de 2

ro). Toda una labor de revisión que culminaría unos años después con su libro *El drama del 65: la culpa mitrista.*

Más interesante aún, como ha mostrado muy bien Laura Reali, la labor de Herrera estaba inserta en una trama de circulación de textos (Quesada, Peña o Benigno Martínez aparecen ampliamente citados) y en una red de relaciones interpersonales con corresponsales argentinos (del mismo Quesada a Dardo Corvalán Mendilaharsu) como emerge de la abundante correspondencia intercambiada. Ello exhibía que un conjunto de solidaridades historiográficas se iban consolidando en especial en los años '20. Más allá de ellas, la correspondencia de Herrera revela también una amplia red de contactos sudamericanos con autores que comparten muchos de sus puntos de vista sobre la historiografía argentina considerada dominante, como los paraguayos Juan O'Leary e Ignacio Pane o el venezolano Rufino Blanco Fombona. Aspectos todos de un clima bastante extendido (habría que agregar en él al mexicano Carlos Pereyra y su apología del gobernador de Buenos Aires, *Rosas y Thiers*, de 1919) que muestran cómo las dimensiones revisionistas y sus tópicos están presentes en ámbitos más vastos que la Argentina a fines de la primera década del siglo XX y sobre todo en la segunda, y del cual las ediciones de la Biblioteca América dirigida por Blanco Fombona es un buen ejemplo.

Limitándonos al ámbito rioplatense, debe con todo observarse que esa trama por extendida que estuviese no era de ningún modo hegemónica. Más bien los que la integraban estaban si no al margen de las instituciones, sí en lugares relativamente excéntricos en ella. Que no fuese hegemónica ni a nivel del discurso historiográfico ni a nivel educativo (tampoco lo era en Uruguay) no indica que los autores estuviesen excluidos, en especial en la Argentina, como vimos. En cualquier caso, si mirada desde principios de los años '30, la historiografía académica argentina parecía más en un camino de consolidación e integración de distintas lecturas que en uno de ruptura. Más allá de la dicotomía historia académica e historia *amateur*, inherente a cualquier proceso de consolidación profesional, en el plano de las relaciones interpersonales, de las interpretaciones del pasado y aun de la ocupación de los espacios institucionales (en este caso favorecido por la expansión de los mismos) nada presagiaba grandes convulsiones en el horizonte. Las cosas cambiarían, sin embargo, en la década de 1930.

Como hemos visto, en el plano de las interpretaciones del pasado encontramos ya antes de los '30 muchos motivos de lo que se llamará "revisionismo histórico". Sin embargo, salvo en el caso de Herrera, la utilización de ellas para una intervención abierta en la política presente no se ha consumado, apenas quizás esbozado en algún caso. Por ello, una pertinaz tradición indica el nacimiento del revisionismo en el año 1934 con la aparición de la obra de los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, *La Argentina y el imperialismo británico*. La misma no fue "un rayo en un día de sol" sino que debe ser enmarcada en un clima político y cultural enrarecido en cuyo trasfondo se encuentran la crisis económica mundial y la colocación de la Argentina en un cambiado escenario internacional, el sistema fraudulento instrumentado por la coalición política en el gobierno, la inestabilidad política consecuente, las nuevas lecturas pesimistas que un presente cargado de los peores presagios proyecta sobre el conjunto del proceso modernizador argentino y el notorio avance de las corrientes ideológicas nacionalistas y tradicionalistas que socavaban los fundamentos conceptuales del orden liberal. En relación con las miradas pesimistas baste recordar la publicación, en 1931, de *El hombre que está solo y espera* de Raúl Scalabrini Ortiz o de la *Radiografía de la Pampa* de Ezequiel Martínez Estrada, en 1933. En relación con el nacionalismo, se debe señalar el ya aludido libro de Ibarguren, *La inquietud de esta hora* (1934), el de Manuel Gálvez *Este pueblo necesita...*, del mismo año (otra apología del fascismo aunque en este caso en clave populista), el de Saúl Taborda, *La crisis espiritual y el ideario argentino* (1933) que, en otro registro, no dejaba de meditar sobre el colapso del régimen democrático radical y el total fracaso del intento uriburista que adecuadamente juzgaba de pura restauración conservadora, así como, en el marco internacional, sobre el agotamiento definitivo del modelo democrático liberal (y la caducidad de cualquier sistema basado en partidos políticos), pero también de la alternativa propuesta por el fascismo italiano, para concluir proponiendo su oposición a cualquier dictadura y su adhesión a una democracia funcional basada en los "productores", con apelaciones fichteanas. A ellos hay que agregar el *Catilina, una revolución contra la plutocracia en Roma* de Ernesto Palacio, del año '35, nueva visita a una figura transitada ya en clave posi-

109 de 23

tiva por muchos autores, de Ibsen a Malaparte, que en su exitoso *Técnica del golpe de Estado* (de 1931) lo consideraba padre lejano de todos los revolucionarios contemporáneos de derecha y de izquierda. El libro de Palacio, sólo aparentemente preocupado por un muy lejano tema, parte de la analogía entre la corrupción del final de la República Romana con la de la Argentina de la década de 1930, entre una "oligarquía" corrupta y una joven generación patricia regeneradora, entre un "orden agotado" y un "orden nuevo" que emerge.

En un plano más cercano a las inquietudes de los Irazusta puede señalarse que del mismo 1934 son los artículos publicados por Raúl Scalabrini Ortiz en *La Gaceta de Buenos Aires* (reproducción de los presentados el año anterior en Alemania en el *Frankfurter Zeitung*). En ellos Scalabrini señalaba la "irrealidad" de la riqueza argentina ya que ella era en lo fundamental extranjera y denunciaba la explotación que, sobre todo el capital inglés pero también el norteamericano en especial en el tema petrolero, sometía a la Argentina por sí o a través de los representantes argentinos de sus intereses enquistados a menudo en el gobierno. Los artículos en los que está ya presentado el papel expoliador desempeñado por los ferrocarriles ingleses y —sugerido pero no argumentado— el tema del imperialismo económico, contiene también una elíptica crítica al proceso argentino posterior a 1853. De todos modos, todos esos temas, que serán objeto de desarrollo mucho más extenso por Scalabrini más adelante, por ahora se concentran sustancialmente en una denuncia de la situación existente desde 1929. De 1934 es también la creación de la heterogénea Comisión pro Repatriación de los Restos de Rosas integrada por grupos nacionalistas, radicales y conservadores y por algunos insospechables académicos y la polémica generada por la Liga Republicana de Roberto de Laferrère ante la sanción al catedrático de la Universidad de Córdoba, el tradicionalista católico, Luis Martínez Villada, por haberse negado a secundar el homenaje a Alberdi, en el centenario de su graduación como bachiller en derecho en esa institución y exaltar en cambio la política de Rosas. De 1934 es, finalmente y de ello hablaremos luego, *Democracia mal menor* de Ramón Doll.

Si se elige para definir al revisionismo la combinación estrecha entre instancia política e instancia historiográfica, entre un retrato del presente y otro del pasado, es claro que esa operación se realiza con claridad en *La*

Argentina y el imperialismo británico, de los hermanos Irazusta, que presenta una perfecta síntesis entre ambas dimensiones y ello argumenta a favor de ese libro en tanto que fundador del "revisionismo histórico". Empero, esa misma elección revela que al hacerlo los estudiosos que se han inclinado por esa filiación han dado prioridad al elemento político por sobre el historiográfico, ya muy transitado en varios de los tópicos propuestos por los hermanos, ya desde antes. Ello explica también por qué, si de lo que se trata es de indagar imágenes del pasado, se haya elegido ese libro y no, por ejemplo, el historiográficamente más interesante *Ensayo sobre el año 20*, de Julio Irazusta, también del año '34 o incluso el pequeño libro editado por el mismo autor al año siguiente *Ensayo sobre Rosas y la suma del poder*.

El libro de los hermanos Irazusta, publicado por la editorial Tor, lo que le aseguraba una bastante amplia difusión, estaba dividido en tres partes. Las dos primeras eran un análisis detallado de la misión del vicepresidente Roca a Londres para negociar un tratado con Gran Bretaña y el estudio detenido del mismo pacto conocido con el nombre Roca-Runciman. La tercera parte, unas setenta páginas en total, constituye una breve *Historia de la oligarquía argentina* desde 1826 a 1933. Julio Irazusta ha narrado en sus *Memorias* la génesis del libro y la forma de colaboración entre ambos autores para realizarlo. Según su testimonio, congruente con lo que emerge de la lectura de la obra y de la personalidad de los dos autores, las dos primeras partes son casi exclusivamente de Julio y la tercera se basa en un texto escrito por Rodolfo a toda prisa (en un día y medio), luego emprolijado y completado por su hermano menor. Nada hay de sorprendente aquí, pues como el mismo Julio observara, Rodolfo carecía de temperamento para esfuerzos sostenidos y sistemáticos, escribía en y para el momento, era un "periodista nato".

Los hermanos Irazusta, pertenecientes a una familia de medianos propietarios terratenientes en Gualeguaychú, no realizaron estudios sistemáticos aunque Julio, por vías completamente individuales y tras abandonar sus estudios de Derecho, realizó un ingente esfuerzo de lecturas de muy variado tipo, incluyendo en un lugar destacado a los clásicos de la antigüedad greco-romana, primero en Buenos Aires (en la Biblioteca Nacional) y más tarde en especial en Oxford, universidad a la que asistió de manera informal. Si el mayor de los Irazusta se interesó exclusivamen-

te en la política, el menor se orientó primero hacia la Literatura y más tarde hacia la Historia. Influidos por la lectura de Charles Maurras durante su estadía en París en los años '20, tras su retorno al país se involucraron en la formación de la revista *La Nueva República* (junto, entre otros, a Ernesto Palacio) y desde allí estuvieron entre los primeros en cuestionar, desde una posición entre conservadora y tradicionalista, los fundamentos ideológicos de la Argentina moderna. Entre los promotores del golpe del general Uriburu, se decepcionaron rápidamente del rumbo que adquirió la revolución de septiembre de 1930. Tras apoyar a Justo como mal menor en las elecciones de 1931, se orientaron a participar en posiciones relativamente marginales en diferentes grupos nacionalistas y luego, en especial Julio, a participar del radicalismo entrerriano a mediados de la década de 1930. Dieron vida asimismo a varias iniciativas periodísticas (*Nueva Política, La Voz del Plata*) para finalmente recalar en la construcción de un pequeño Partido Libertador con el que participaron con poco éxito en las elecciones de febrero de 1946. Su conversión historiográfica desde una posición bastante tradicional y tendencialmente hostil al rosismo en los tiempos en que escribían en *La Nueva República*, que coincidían con el segundo gobierno de Yrigoyen, parece ser el resultado de varias cuestiones: la identificación ya aludida entre los grupos conservadores hostiles al gobierno radical de Yrigoyen como un nuevo Rosas, la decepción política ante el giro tomado por el gobierno de Uriburu y finalmente la lectura de la obra de Saldías que, en palabras de Julio Irazusta, ninguno había realizado (y ello incluía a Palacio) en los tiempos en que escribían en el semanario nacionalista.

La significación atribuida al libro de 1934 deriva, en primer lugar, de que buscando explicar el comportamiento a su juicio desdoroso de la Argentina en las negociaciones con Gran Bretaña, los autores consideran necesario desarrollar un análisis histórico en el cual encontrar las raíces de la situación contemporánea, la que vista su gravedad no podía ser atribuida a las personalidades intervinientes sino a algo más profundo y de más largo plazo. De ese modo, el libro plantea como novedad una transparente relación entre el presente político y el análisis del pasado. Derivado de ello esboza algo así como una línea histórica de las sucesivas claudicaciones de las clases dirigentes argentinas ante el imperio británico y de las alternativas a la misma. Finalmente, debe recordarse que la obra es pro-

ducida fuera de todo ámbito académico o institucional aunque no en abierta pugna con éstos.

La explicación de largo plazo de los Irazusta de la posición de la oligarquía argentina derivaría de la orientación abstracta, ideológica, laicista, maquiavélica y sin sentido nacional de los grupos dirigentes argentinos a comenzar por Rivadavia (detrás de cuyo retrato aparece, entre otras fuentes, la negativa imagen de un retoño tardío de la política borbónica que de él dejó Vicente Fidel López) o proclives a una pequeña Argentina o incluso luego partidarios de su desmembración territorial. Su teología, en el decir de los Irazusta, era negar lo criollo, el patriotismo, lo hispano, latino, católico y afirmar la admiración de lo extranjero en especial, anglosajón. Inversamente, si Rosas a quien se considera "más inteligente y culto" que todos sus opositores aparece como campeón de los intereses nacionales en función de su orientación empírica y realista, tema maurrasiano clásico, no es el único. Ciertamente su caída no es, como en interpretaciones posteriores de Julio Irazusta, resultado simplemente del papel de los emigrados y los extranjeros. Por el contrario, desde una perspectiva alberdiana, los Irazusta señalaban que ahí subyacían también las protestas de las provincias por cuestiones económicas, arancelarias o aduaneras —que la fatiga de un Rosas que "no había transformado la economía del país" no pudo prever— y el cansancio ante su dominación de aquellos a él sometidos.

La caída de Rosas no significó, en este libro de los Irazusta, la definitiva pérdida del destino nacional, ya que así como percibían los límites de sustentabilidad del rosismo también tendían a reconocer que el conflicto recomenzaba tras su caída entre aquellos patriotas, equivocados a veces pero defensores de los intereses nacionales, como Urquiza, primero y Mitre después (cuya declinación política era atribuida a los antiguos emigrados deseosos de desembarazarse de él para "desnacionalizar a los argentinos de modo sistemático"). La declinación se encontraba en la Constitución Nacional, copia según los Irazusta de la estadounidense, en la no sujeción de los inmigrantes a las leyes del país, en la introducción de intelectuales y docentes extranjeros de "mentalidad opuesta al interés nacional" para "descristianizar" el país y desacreditar a la propia raza. Temas éstos, el hispanismo y el catolicismo, mucho menos presentes en los Irazusta de tiempos precedentes y aun posteriores pero que entraban

111 de 23

en sintonía con las nuevas orientaciones de los nacionalistas argentinos en la década de 1930. Todo ello reposaba en una "historia falsificada" cuyas interpretaciones eran difundidas por un sistema educativo extranjerizante. Finalmente, el régimen de la oligarquía daba lugar a un caudillo popular (Yrigoyen) y su movimiento que tenía el "instinto" de lo nacional aunque carecía de claridad de objetivos y de eficacia administrativa. Recuperación tardía de un gobierno al que habían combatido de muchos modos (recuérdese la polémica de Julio con Manuel Gálvez a propósito del "obrerismo" que éste atribuía a Yrigoyen) cuyos primeros pasos fueron dados por Rodolfo en su polémica con César Pico.

En la interpretación de los Irazusta, el otro actor del connubio, Gran Bretaña es, en cambio, no sólo justificado en tanto nación que defendía sus intereses con eficacia (a diferencia de Francia) sino puesto en un segundo plano en la dinámica de la relación. La interpretación del imperialismo aludido en el título no es así económica sino sustancialmente política del mismo modo que la actitud de los dirigentes argentinos no deriva de sus intereses sino de su orientación ideológica y moral. Todo se relaciona, para los autores, con las erradas percepciones y acciones del progresismo ilustrado argentino y de su política claudicante ante las potencias europeas y ante el expansionista Imperio del Brasil. En este tema, la posición de los Irazusta es casi contrapuesta a la contemporánea de Scalabrini. Para éste el problema es el capital inglés y sus mecanismos de control económico no, por entonces, las elites políticas argentinas.

El libro permanentemente polémico, aunque conservando ciertos tonos mesurados que caracterizaron a los Irazusta, debe más en su parte histórica, como señalamos, a Rodolfo que a Julio. Ello se comprueba no solamente por las afirmaciones de este último sino apenas se lo compara con otro trabajo contemporáneo del menor de los Irazusta.

En el mismo año de 1934 publicó un *Ensayo sobre el año 20*. Éste parte de dos reflexiones de Bartolomé Mitre sobre la crisis y reposa sobre una relectura de *La anarquía de 1820* editado el año anterior por Ricardo Levene. El tono es distanciado, elogioso aunque con reservas hacia el texto de Levene, reconociendo cuánto había cambiado la historiografía argentina desde Vicente Fidel López hasta los contemporáneos profesionales de la historia. Nada hay aquí de denuncia hacia una "historia falsificada". El interés del artículo reside en una inteligente utilización de los documen-

tos conocidos, en especial los provistos por Levene, para dar una lectura social del año XX o mejor, en sus propios términos, para "hallar el nexo entre el aspecto formal de las instituciones y su base real en los intereses que se entrechocan en la sociedad". Ingeniosas sugerencias emergen de esa postura (véase, por ejemplo, la interpretación de la política favorable a la reincorporación de la Banda Oriental de Rosas y su partido como producto entre otras cosas de que la expansión ganadera era más sencilla hacia ella que con destino al sur del Salado) más allá de un cierto carácter historiográfico de época. Junto a ellas emergen otras perspectivas, algunas acerca de la actitud de los dirigentes políticos y de los distintos partidos que reposan en un análisis "realista" y no meramente formal, y otras acerca del quiebre de las jerarquías y el principio de autoridad, destinados según Irazusta a tener significativas consecuencias posteriores.

Al año siguiente, 1935, Julio Irazusta publica un pequeño libro (también editado por Tor), *Ensayo sobre Rosas y la suma del poder*, que pertenece ya a otro clima. Aunque sin abandonar el tono de urbanidad que era tan suyo, Julio Irazusta defiende ahora la idea de la conspiración de silencio instrumentada por los "tergiversadores profesionales de la Historia". La figura de Rosas es magnificada hasta términos hiperbólicos y su caída habría significado la pérdida para Argentina de la posibilidad de ser "una potencia mundial". Ese Rosas cuyas dotes políticas e intelectuales Irazusta resalta por encima de las de sus contemporáneos, poniéndolas a la altura de los personajes más célebres de la historia occidental —Juan Agustín García había escrito, ya en los años '20, palabras sagaces acerca de esas comparaciones— es para él plenamente un reaccionario. En una frase reveladora afirma Irazusta que el verdadero Rosas no está lejos de aquel que retratara en su momento Ingenieros, sólo que donde éste veía algo condenable debía verse algo virtuoso. La política de Rosas era el máximo de reaccionarismo posible en la Argentina de mediados del siglo XIX. No sin perspicacia afirmaba el estudioso entrerriano que una simple y llana restauración de la época colonial no era posible en una Argentina imbuida, en su propio surgimiento como nación, de los mitos republicanos. La habilidad de Rosas y de su grupo había consistido en restaurar el orden social y el principio de autoridad bajo una fórmula empírica flexible.

Así, el trabajo rompe con la tradición de estudios favorables a Rosas

en dos puntos importantes. Si, para Saldías, Rosas era una figura a rescatar en sí pero sobre todo como un medio para criticar a una tradición liberal no consecuente con ella misma, en este trabajo de Irazusta encontramos un Rosas rescatable por oponerse en términos ideológicos a dicha tradición. Si, para Quesada, Rosas era una figura reivindicable en muchos planos, como vimos, aunque no era un "genio" político y ése era su límite y la causa de su derrota, para Irazusta, salvo en el terreno militar, el gobernador reunía todos los requisitos del hombre excepcional. Si, finalmente, para aquellos autores, la caída de Rosas no significaba una pérdida irreparable para la Argentina, ahora, en Irazusta, ese momento era una instancia decisiva que significaba una notoria división de aguas en la historia argentina. Si se busca una definición más historiográfica que política del "revisionismo", el libro de 1935, mucho más que cualquier otro texto contemporáneo de él, de su hermano o de otros autores, debe ser considerado fundacional.

Es evidente que este texto, más allá de las influencias burkeanas que han sido señaladas por otros prestigiosos autores, puede ser considerado el más maurrasiano de aquellos que Irazusta dedicó al análisis histórico. Aquí están plenamente presentes las ideas políticas del autor de la *Encuesta sobre la Monarquía*, sea en cuanto al modelo político deseable (en el caso de Maurras la monarquía capeta, en el de Irazusta, esa monarquía disfrazada de ropaje republicano de Rosas) sea en cuanto a una mirada decadentista sobre el proceso político que en Francia habría sucedido a la Revolución Francesa y en Argentina a la Revolución de Mayo. Ciertamente, esa mirada decadentista podía reconocer muchos antecedentes en la historia del pensamiento en ambos países. Una larga tradición llevaba luego de 1848, en Francia, de Quinet o Tocqueville, por ejemplo, hasta Maurras y una secuencia semejante podría esbozarse en el caso argentino (baste citar al último Sarmiento o García) hasta la década de 1930, época en la que, por otra parte, la meditación decadentista era bastante general. Por otra parte, en el caso de Irazusta esa reflexión acerca de la decadencia argentina se fundía con el pertinaz mito de la futura grandeza del país. Ésta no era algo que se hubiese perdido en el pasado sino, y no es casual que Irazusta apele aquí a la ucronía ("conjeturas sobre lo que pudo haber sido") algo que pudo haberse conseguido.

¿Cómo congeniar la diferencia de tono y enfoque entre los dos tex-

tos de Julio Irazusta? La explicación por la adscripción política no lleva a ninguna parte. En ese mismo 1935, Irazusta se afilia al partido radical entrerriano (por el que será candidato a senador en 1939) alejándose de los distintos grupos nacionalistas. Más aún, todavía por muchos años, hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Irazusta seguirá colaborando en *Sur* (la amistad con Victoria Ocampo parece haber sido para él un bien muy preciado, tal como surge de sus *Memorias*) e incluso ocasionalmente, aunque no en temas históricos, en *La Nación* (vía su relación con Mallea). Las explicaciones por las anécdotas valen lo que valen y no es razonable ir demasiado lejos por ese lado; empero, puede recordarse que en 1935 los hermanos Irazusta pierden el Premio Municipal de Literatura y según su versión, cuya fuente es Ernesto Palacio, uno de los integrantes del jurado, gracias a las maniobras en contra de una obra "rosista" por parte del intendente e historiador Mariano de Vedia y Mitre. Quizá las grandes diferencias entre ambos textos pueden atribuirse a que el Irazusta historiador, hijo de una formación muy ecléctica, se encuentra en un momento de búsqueda de su propio esquema interpretativo y metodológico a aplicar al estudio del pasado. Quizás a que si su temperamento y sus gustos historiográficos lo orientaban hacia un relato distanciado y ese criterio lo aplicó en muchas obras (véase, por ejemplo, el magnífico ensayo sobre el general Paz publicado en *Sur* o el libro mucho más tardío, rico y matizado que dedicó al tránsito entre los siglos XIX y XX en la colección *Memorial de la Patria*) al tratarse de Rosas y su época, él mismo cedía el paso a una aproximación siempre argumentada pero muy partisana, producto tal vez de una empatía profunda —no exclusiva de él— entre biografiado y biógrafo. Quizá, finalmente, a una cierta tensión entre la matriz intelectual maurrasiana y un estilo francamente distante de aquélla.

En los años inmediatamente sucesivos, Julio Irazusta retomaba sus intereses en la crítica literaria, en especial a través de comentarios de libros o retratos de personajes. Una parte de los mismos fue reunida en un volumen *Actores y espectadores* que ganó el Premio Municipal en 1937. Sin embargo, el enrarecimiento del clima entre los intelectuales a partir de la Segunda Guerra Mundial, que deterioró sus vínculos con el mundo "liberal", daría nuevo impulso a sus estudios históricos sobre la época de Rosas de los que hablaremos en el próximo apartado.

Paralelamente, Raúl Scalabrini Ortiz continuaba desgranando desde

1935 sus argumentos económicos contra la influencia británica en periódicos como *Señales*, en los Cuadernos de FORJA y más tarde en su propio y efímero diario, *Reconquista*. El itinerario formativo de Scalabrini (nacido en 1898) fue en parte muy diferente, en parte semejante al de Julio Irazusta, al que lo unió una larga y perdurable amistad más allá de las distintas opciones políticas. Hijo de un prestigioso pedagogo y naturalista italiano, realizó estudios de Agrimensura en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires y en muchos momentos de su vida vivió decorosamente gracias a los ingresos irregulares que le proveían las mensuras. Sus inquietudes sin embargo no discurrieron por esa vía profesional sino por la bohemia literaria, colaborando en revistas como *La Maga* o *Martín Fierro* (donde también lo hicieran Julio Irazusta y Ernesto Palacio, contra quien Scalabrini escribió polémicamente en exhibición de todo lo que lo distanciaba de los jóvenes de *La Nueva República*). Esa carrera que tendría su consagración en *El hombre que está solo y espera*, seguiría en la década de 1930 pero alternándose en un lugar secundario con la del ensayista y pensador político. Los intereses por este tema provenían ya de sus tiempos de estudiante: había participado de un pequeño grupo izquierdista, Insurrexit, y en ellos había compartido el clima de la Reforma Universitaria, su curiosidad hacia algunos clásicos del marxismo o hacia el americanismo en general y el aprismo en particular.

En los años '30, las preocupaciones políticas de Scalabrini pasaron a primer lugar. Involucrado en 1933 en la fracasada revolución filorradical que encabezó el coronel Bosch, tras tomar la opción para salir del país, ya que estaba detenido a disposición del PE en virtud del estado de sitio, se dirigió a Europa donde vieron la luz los trabajos antes enumerados. Vuelto a la Argentina, se vinculó con FORJA, sin estar nunca formalmente afiliado, y las tertulias políticas acompañaron ahora a las literarias. Un acendrado neutralismo y un distanciamiento de los conflictos internacionales (a comenzar por la Guerra Civil Española) iban acompañados de una presencia creciente en pequeños medios de comunicación en los que alternaba la defensa del neutralismo con los ataques a la hegemonía británica sobre la Argentina. Distante y desconfiado hacia la revolución de 1943, apoyó luego al peronismo pero sin ocupar ningún lugar como funcionario, reservándose espacios críticos. Lo mismo ocurrirá luego con Frondizi,

aunque aquí su decepción será mayor ante las inesperadas opciones políticas del nuevo presidente. Al igual que Irazusta, nunca ocupó ningún cargo público; ejerció una prédica independiente desde la prensa y el libro que comportó un modelo de intervención intelectual independiente sobre la opinión pública.

Desde los artículos en *Señales*, en 1935, la labor de Scalabrini en el campo de la historia económica se orientó a una denuncia creciente de la presencia de los intereses de Gran Bretaña en la economía y en la política argentina. La prédica comenzada en sus primeros artículos en Alemania se ampliaba y profundizaba en muchos planos ya que el papel de Gran Bretaña se hacía a sus ojos cada vez más omnipresente y la complicidad de la dirigencia argentina con ellos más extensa. Desde luego no era ajeno a ello la impresión tan negativa que le había producido el pacto Roca-Runciman y luego la creación del Banco Central o la Corporación de Transportes. En sus estudios autodidácticos, basados sustancialmente en fuentes secundarias, era llevado a indagar en el pasado argentino las huellas de esa presencia británica, en especial en la década de 1820, inaugurando miradas polémicas destinadas a perdurar, sobre la creación del primer Banco Nacional (en el que veía un antecedente de la nueva entidad nacida en 1935), el empréstito Baring o la independencia del Uruguay. Al hacerlo habría un frente polémico con la historia que llamará alternativamente escolar u oficial, culpable según él, de dar una visión etérea e irreal del pasado argentino desprovista del conflicto de intereses que la subtendía. No cualquier tipo de intereses sino aquellos que contraponían, para Scalabrini, los del imperialismo inglés y los del país —y un frente polémico abría aquí también contra José Ingenieros y su contraposición analítica, entre "intereses domésticos". Aquí resonaban por debajo de esa imagen del imperialismo (así como del papel de dominio ejercido por los ferrocarriles) los ecos de sus lecturas juveniles del Lenin del *Imperialismo fase superior del capitalismo*. De este modo, Scalabrini construía una lectura económica de la historia argentina en la cual el factor decisivo y omnisciente era Gran Bretaña, no sólo ya como en sus primeros artículos para explicar los mismos fenómenos económicos sino también los vaivenes de una lucha política en la que la presencia del imperio era siempre decisiva contra las fuerzas nacionales o aun contra otros imperialismos. Véase por ejemplo su lectura de Uriburu y el golpe del '30 como un instru-

mento del capital norteamericano y la restauración liberal justista como el contragolpe británico contra aquél o su presentación de los comportamientos del "nacionalismo fascista" y el comunismo como producto de la manipulación inglesa de los mismos a su favor. Como se ve, la interpretación de Scalabrini, en varios aspectos perceptible como complementaria a la de los Irazusta, es en muchos planos francamente contrapuesta.

Los trabajos de Scalabrini sobre la presencia británica culminaron en 1940 con la publicación de su *Política británica en el Río de la Plata* que agrupaba el conjunto de sus artículos presentados en distintos lugares en la década del '30. En el mismo año veía la luz su *Historia de los ferrocarriles argentinos* que reunía su otra línea de estudios. Visto el papel estratégico que otorgaba a los ferrocarriles, dedicó sus mayores esfuerzos a este tema con una indagación ambiciosa que exploraba diversos tipos de fuentes, primarias y secundarias. El libro presenta algunos aspectos paradójicos, como un detallado estudio de la historia de algunos ferrocarriles, el Oeste, el Sud, el Central argentino, entre otros, combinado con una mirada conspirativa que volvía a otorgar a la diplomacia y los intereses británicos una clarividencia sobrehumana. Incluso decisiones equivocadas o fracasos de empresas o empresarios nacionales son atribuidas conjeturalmente no a ellos mismos sino al empeño hostil de la diplomacia británica.

En su interpretación, el "trabajo tenaz" de Gran Bretaña para "maniatar" definitivamente al país se simboliza en la cuasi épica batalla entre el Ferrocarril del Oeste (nacional) y el del Sud (inglés). La caída del primero en 1889 (es decir su traspaso a capitales británicos) significará que "la garra inglesa comienza a cerrarse sobre el país". Incluso siguiendo esa línea de explicación, Scalabrini no duda en exaltar alternativamente, primero las tropas de mulas y carretas que vendrían a ser destruidas por los Ferrocarriles británicos y luego el automóvil y el camión cuyos lentos avances serían resultado, una vez más, de las maquinaciones inglesas. De ese modo, el imperialismo británico provee un eje interpretativo excluyente a lo largo de toda la historia argentina independiente. Todo ello habría ocurrido con el silencio cómplice o prudente que permitiría mantener en el engaño o en la oscuridad a la conciencia argentina. En esa lucha entre los intereses nacionales y Gran Bretaña y sus personeros locales, éstos no son vistos por Scalabrini como una clase social (por ejemplo, la terrateniente) ni tampoco ya solamente como funcionarios a sueldo de las

empresas extranjeras, sino como la casi entera clase política (con debidas excepciones como Rosas e Yrigoyen).

La crítica al papel de los ferrocarriles y a las políticas estatales no es una originalidad de Scalabrini sino parte de una larga tradición sobre el tema desde fines del siglo XIX. Lo que aquí hay de nuevo es, por una parte, un análisis bastante detallado de la política administrativa y financiera de los ferrocarriles que estudia (de donde pueden entresacarse muchos argumentos críticos adicionales hacia las políticas de transporte del Estado argentino) con una teoría conspirativa general acerca del papel del imperialismo inglés. De ese modo la obra de Scalabrini se mueve en dos direcciones opuestas y contradictorias (en términos historiográficos): la historia administrativa y la poesía épica. Sin embargo, esa contradicción refiere a la construcción de la obra, no a su eficacia. En ese plano la teoría conspirativa que antropomorfiza naciones, instituciones, empresas y las coloca en luchas con otras, casi como si se tratase de un combate bíblico, cautiva al lector no especializado y es seguramente uno de los elementos que explican no sólo el éxito del libro sino su influencia sobre círculos posteriores de poder político. Inversamente, la investigación empírica brinda a los ojos del mismo lector el cariz de seriedad que, si en el fondo sólo avala afirmaciones particulares, supuestamente avalaría también sus afirmaciones más generales. Nada de lo expuesto sugiere que esa construcción haya sido deliberadamente realizada por Scalabrini sino que en él se daba, espontáneamente, esa combinación del narrador y ensayista con el agrimensor estudioso autodidacta y con un clima cultural como el argentino del segundo tercio del siglo XX. ¿No teníamos en esos años '30 también una sucesión de escándalos que daban pábulo, en la opinión pública, a las peores sospechas?

Si el revisionismo no es solamente un conjunto de nuevas interpretaciones históricas, sino un estilo y un modo de colocarse en la polémica intelectual, otro nombre debe ser agregado aquí: el de Ramón Doll. Este abogado convertido tempranamente en crítico literario, temible por su mordacidad polémica muchas veces cercana a la injuria, vivió un doble tránsito en la década de 1930. Por una parte, de los ámbitos de la cultura de la izquierda a la del nacionalismo y por otra, de la crítica literaria a la histórica. La *stroncatura* era su estilo preferido y lo aplicó tanto a obras como *El hombre que está solo y espera* de Scalabrini, a trabajos de Borges o luego a la crítica histórica. En 1934 en *Claridad*, su revista preferida, pu-

blicó un encendido elogio de la obra de los hermanos Irazusta. El mismo alababa, a la vez, la adopción en el libro de un criterio netamente argentino ("planteamiento argentino con método argentino") y realista para abordar el problema y la concepción de que el mal del país era la oligarquía servil a los intereses imperialistas y no éstos en sí mismos.

Doll celebraba que los Irazusta hubiesen abandonado las influencias maurrasianas y hubiesen adoptado un criterio argentino para estudiar los problemas nacionales sin dejarse influir por modas y modelos europeos; razón por la cual, según él imaginaba, la prensa de la derecha nacionalista había silenciado la obra. En su análisis Doll planteaba apenas algunas observaciones menores al libro, como la adición por los Irazusta de la etiqueta liberal a la caracterización de la oligarquía, remanente concesión según él a miradas europeas o la imagen que creía demasiado complaciente hacia Mitre. Eludía, en cambio, referencias a las consideraciones de los Irazusta sobre Rosas, a cuya figura y a cuya época Doll apenas le dedicaba muy moderados elogios por su administración escrupulosa y por ser la única de la historia argentina con "carácter" y "personalidad". No podía ser de otra manera ya que en el mismo año en su paradójica *Democracia mal menor*, a la vez condena del capitalismo financiero plutocrático y encendida defensa del socialismo reformista contra el fascismo, el nazismo y el comunismo, había sostenido que así como en 1934 era una "estupidez" creer en Europa, en 1834 no creer en ella o en Norteamérica, como lo había hecho Rosas, era una "bestialidad". Para Doll, aunque luego de Rosas, la Argentina se había enfeudado al extranjero, el país agrícola y pastoril por éste imaginado sólo necesitaba de "un vulgar mayordomo" para ser gobernado.

En realidad, el encuentro de Doll con el libro de Irazusta hallaba su motivo principal en que aquél, sin abjurar todavía de su colocación en la izquierda reformista y de su defensa de la constitución de 1853 o de la democracia contra los totalitarismos, estaba procediendo a una completa demolición de la historia argentina y de la historiografía "oficial", no excluido por entonces Rosas, como vimos. Ello se percibe en las notas de Doll ese mismo año 34, reunidas en forma de libro, probablemente al año siguiente ya que no hay fecha de edición. "Liberalismo en la literatura y la política" era la combinación de breves ensayos sobre Alberdi y Sarmiento con críticas de libros. Éstas constituían un curioso conjunto, sea dicho al

pasar, que iba desde las muy favorables a la obra de los Irazusta, a la de Alberto Palcos sobre Sarmiento o aquella dedicada a Paz de ese por entonces izquierdista heterodoxo que era Luis Franco, a otras reticentes como las destinadas al Ibarguren de *La inquietud de esta hora* (de la que se criticaba tanto el método, estudiar los modelos europeos, como la sustancia, la apología del corporativismo) o a Saúl Taborda, a otras demoledoras como las dedicadas a textos de Octavio Amadeo, Folco Testena, Aníbal Ponce y Rodolfo Ghioldi. En ese libro, salvo los juicios ambiguos sobre Alberdi, elogiado por su oposición a Buenos Aires, criticado por su utilitarismo, y Sarmiento, rescatado por su genialidad para presentar más allá de él, de sus errores e inexactitudes, un cuadro exacto de perennes dicotomías argentinas, entre ellas y ante todo la disociación entre la inteligencia europeizante y las masas criollas, todo el resto era atacado sin concesiones. Desde Mitre, "mediocre", "demagogo", "petulante", "padre y tío" de todas las oligarquías argentinas posteriores a Pavón, hasta Yrigoyen, que terminó por "enmugrecer" aún más la para él nefasta herencia del régimen, como parte de ese radicalismo "sabalero" de las "pequeñas raterías" que era para él equivalente a una "sarna nacional". Temas éstos, mitrismo y radicalismo, en los que, claro está, su imagen era bastante lejana de la de los Irazusta o Palacio.

Como es conocido, desde esas posiciones, Doll, a partir de 1936, se incorporaría plenamente a los círculos nacionalistas acentuando progresivamente sus simpatías hacia el nazismo y el fascismo, profesando un virulento antisemitismo y un violento ataque a la inmigración europea a la que antes había defendido con ahínco. Todo lo que iba en paralelo con la acentuación de las críticas a las figuras del liberalismo (Sarmiento en especial) y la exaltación de Rosas. Es como si la polarización que abría la Guerra Civil Española entre los intelectuales (estuvo entre los firmantes del manifiesto de adhesión a Franco publicado en *Crisol*) lo hubiese puesto ante una disyuntiva de hierro que puede compararse a aquella en la que se puso el Lugones de la inmediata posguerra ("o Lenin o Mussolini"). En cualquier caso, esa conversión fue algo gradual como puede percibirse en su comentario a dos novelas de Gustavo Martínez Zuviría, *El Kahal* y *Oro*, incluido en su miscelánea de 1939, *Acerca de una política nacional*, pero escrito en fecha algo anterior. Si el título de la recensión es alarmante ("Los judíos roen ya la pulpa de la nacionalidad"), su contenido lo es

en este caso específico menos. Es perceptible que Doll, obligado ahora a obsequiar a su nueva familia política no puede menos que elogiar ambas novelas pronunciándose a favor de la labor patriótica del autor, de sus conocimientos sobre la economía política (lo que no es claro si es un elogio o una malicia) y de su concepción acerca de la plutocracia que domina el mundo, idea que él compartía desde antes, como vimos. Sin embargo, se niega todavía a identificar claramente a la misma con el judaísmo. En cualquier caso, pronto abandonó esas prudencias y publicó el libelo *Del servicio secreto inglés al judío Dickmann*, donde el antisemitismo sirve además de argumento para negar la denuncia (que era cierta) del dirigente socialista acerca de la financiación alemana al nuevo diario del nacionalismo, *Pampero*.

Sin embargo, su conversión puede ser menos drástica de lo que parece a primera vista no sólo porque, como observó Julio Irazusta en 1939, existían en Doll muchos puntos de contacto en la forma de mirar los problemas argentinos en las dos épocas —para lo que ponía como ejemplo las afirmaciones críticas de 1930 acerca de la culpabilidad histórica de la inteligencia argentina divorciada de la sensibilidad popular—, sino porque el principal legado de Doll al revisionismo se encuentra en ese estilo exacerbado y de a ratos procaz, bajo el pretexto de su ingeniosidad. Lo que reclamó el mismo como privilegio del revisionismo, el arte de insultar (una palabra mejor hubiese sido quizás injuriar). Sin embargo, éste ya está presente, como acabamos de ver, desde antes de su conversión política. Con todo, ese estilo fue probablemente más influyente, no en los mejores de los revisionistas sino en su segunda línea, que otros ejemplos más humorísticos y menos crueles como los provistos por el contemporáneo *Vidas de muertos* de Ignacio Anzoátegui. El estilo de Doll es, por otra parte, un potenciado hijo de las vanguardias literarias de los '20 y más atrás aún de la ironía hiriente de un Groussac (al que no quería) aunque sin reticencias en el elogio cuando lo creía necesario.

El estilo no es ciertamente el único legado de Doll a esa corriente historiográfica. Al pasarse de la crítica literaria a la crítica histórica no pareció nunca distinguir todas las diferencias existentes entre una y otra que, entre otros puntos, conciernen al grado de verdad, si se prefiere verosimilitud o, en forma minimalista, de congruencia del relato histórico con el conjunto de conocimientos disponibles sobre un pasado. Empero, ello

no era un problema para Doll ya que lisa y llanamente no creía en la verdad histórica y lo dijo con más claridad que otros revisionistas ya que le gustaba poner sus ideas negro sobre blanco. La verdad histórica afirmó en 1934 "es una imbécil información papelera, soporífera" salvo que esté "al servicio de la política" ya que verdad histórica es sólo "lo que exalta los sentimientos de justicia y crea nuevos ideales de la misma". Desde allí se creyó seguramente autorizado para contradecirse libremente o introducir cualquier tipo de comentario o cualquier relación entre fenómenos que la sensatez hubiera juzgado arbitrarios. De los muchos ejemplos que brindan sus escritos, ya de ese período, valga por todos uno de tantos: el radicalismo yrigoyenista se entregó primero al capitalismo inglés y en la segunda presidencia al capitalismo de Estado soviético.

Doll no dejó casi obra propia de importancia en ningún terreno, era demasiado inconstante (Julio Irazusta, que lo quería, dijo de él que era "fragmentario", "desordenado", "desigual"). Su habilidad y su especialidad eran el comentario bibliográfico o el ensayo breve, reunido luego en forma de libros, para expresar su iracundia hacia el mundo intelectual argentino.

La consolidación del revisionismo

Si quiere buscarse un momento en el cual el revisionismo fue particularmente prolífico en sus iniciativas y en su producción historiográfica debemos desplazarnos hacia finales de la década de 1930 y en especial a los años de la Segunda Guerra Mundial. Pongamos algunos ejemplos: de 1938 es *La Unidad Nacional* de Ricardo Font Ezcurra (y además la creación del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas), de 1939 *La historia falsificada* de Ernesto Palacio (y la aparición de la *Revista del Instituto*), de 1940, la *Vida de Juan Manuel de Rosas* de Manuel Gálvez y los dos libros de Scalabrini mencionados, de 1941 el primer volumen de la *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia* de Julio Irazusta, de 1941-42 *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica* de José María Rosa y de 1944, *El sentido misional de la conquista de América* de Vicente Sierra. También ese momento coincidió con un mayor impacto en la opinión pública de los temas propuestos por el revisionis-

mo vinculados con la expansión de las distintas vertientes del nacionalismo y del integrismo católico, cuyos ahora numerosos órganos periodísticos proveían nuevos medios para su difusión.

Esa expansión y consolidación del revisionismo debe ser puesta en relación con el clima ideológico crecientemente polémico e intolerante *pari passu* con el de la situación internacional, a partir de los comienzos de la Guerra Civil Española y la polarización fascismo-antifascismo. Un debate cuya intensidad y virulencia no tuvo parangón en ningún otro país de Iberoamérica y que llevó a la fractura definitiva de la república de los intelectuales y a generar matrices identificatorias que perdurarían por décadas en la cultura letrada argentina. En ese ambiente polarizado, el nacionalismo obtuvo beneficios ante todo en popularidad (por ser el contrincante menos conocido) y encontró nuevos motivos para agitar las aguas políticas y el debate cultural. Una vez más, la polémica sobre el presente, aunque muchos de los autores lo negaran, llevaba aguas a las relecturas del pasado. Por otra parte, ese nuevo clima, mucho más intolerante que el de la primera mitad de la década, alentaba la supresión de matices y mediaciones remanentes y, en términos historiográficos, orientaba a los revisionistas a una ruptura más decidida, al menos con la historia académica, objeto ahora no sólo de críticas interpretativas sino de mala fe, ocultamiento o falsificación deliberada. Crítica a veces genérica y a veces personalizada. Ese clima intolerante y agraviante ciertamente no procedía solamente del nacionalismo, aunque en ellos solía adquirir una virulencia en forma y estilo con pocos equivalentes. Así, desde el polo democrático, el movimiento estudiantil había comenzado ya durante la guerra a agraviar a algunos profesores políticamente neutralistas, acusándolos de nazis y tratando de impedir que dictaran sus clases. Diego Luis Molinari fue objeto de ese tipo de manifestaciones en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA donde enseñaba y José María Rosa (h.) en la Facultad de Derecho de la Universidad del Litoral.

A ese contexto cultural general habría que agregar lo que ocurría entre los historiadores y en los ámbitos institucionales de los cultores del pasado. En primer lugar, es necesario recordar que las dos figuras institucionalmente más gravitantes, Emilio Ravignani y Ricardo Levene, aunque seguían itinerarios muy diferentes, podían entrar por vías distintas en colisión potencial con ese espacio nacionalista y revisionista. Ravignani lo

hacía no por su obra historiográfica sino por su decidida militancia en el campo del antifascismo; Levene, en cambio, por su estrategia profesional y político-académica. Debe observarse, sin embargo, que Ravignani, que todavía proponía en 1939 en *Aquí Está* un balance equilibrado de Rosas, advirtiendo empero que su figura no debía utilizarse para justificar despotismos contemporáneos, no fue en general hostilizado y tampoco lo fueron Rómulo Carbia, que no sólo no había dejado de realizar un guiño a la nueva corriente en su última edición de su historia de la historiografía sino que incluso publicó un artículo en la revista del Instituto, y Diego Luis Molinari, que inversamente había sufrido muchos ataques políticos del nacionalismo entre fines de la década del '20 y principios de la del '30. En cambio Levene se convirtió en un blanco principal de crítica.

Si observamos a Levene a principios de la década del '30, su ideal de historiador parece ser el de un académico ecuménico y suprapartes. Aunque en la Junta llevase adelante una política de apertura menos generosa que la de la década del '20 en el terreno historiográfico, proponía la participación de autores de distintas y aun opuestas tendencias en su iniciativa más ambiciosa, la *Historia de la Nación Argentina*, que dirigió. La empresa significaba, sin embargo, la aceleración de una estrecha asociación con el poder político de turno que otorgó sumas significativas para su realización. La estrecha relación entre Levene y el general Justo, que llevaría más tarde a la conversión de la Junta de Historia y Numismática en Academia Nacional de la Historia, en 1938, era la culminación de un proceso no exento de peligros para los historiadores profesionales. Esa operación, más allá de las ventajas de corto plazo, daba ante una opinión pública crecientemente crispada, la idea de que la historiografía académica era una "historia oficial" y además ligada a un régimen discutido por sus políticas y más aún por su escasa o nula legitimidad democrática. La asociación Justo-Levene permitía que se atacara al primero para en realidad atacar al segundo, del mismo modo que al hacer Justo la apología de Mitre se atacara a éste para atacar a aquél. Por otra parte, en ese mismo año 1938 se crea la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos, también presidida por Levene por designación de Justo, el más abierto y explícito intento de regular la memoria pública hasta entonces conocido.

Ciertamente se podría argumentar que la asociación entre historio-

grafía profesional y elites políticas estatales era común en la mayoría de los países occidentales y que en muchos casos ello generaba vigorosas contrahistorias. La especificidad del caso argentino parece encontrarse en el nivel de exasperación del debate político en el momento en que el connubio se produce y en la debilidad y falta de credibilidad general de las estructuras estatales ante la opinión pública, lo que debilitaba la legitimidad que los historiadores académicos podían obtener por medio de ellas. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que era inevitable que, colocados bajo una creciente presión la NEH no indisponible hacia amplias aperturas tendiese a replegarse. Por ejemplo, las aperturas hacia la figura de Rosas se hacían o más ambiguas o menos frecuentes en la convicción de que hablar de su figura no era ya en ese momento hablar sobre el pasado, o el ecumenismo de Levene daba paso a una política mucho menos generosa sea en las incorporaciones a la Academia, sea en los autores reclutados para los últimos tomos de la *Historia de la Nación Argentina*.

En cualquier caso, el mismo año de la creación de la Academia Nacional de la Historia un grupo de nacionalistas de distinto signo decide fundar una entidad destinada en su autopercepción a competir y combatir a aquélla: el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas (uno de cuyos antecedentes podía encontrarse en el Instituto de Estudios Federalistas creado en Santa Fe en el mismo año en ocasión del centenario de la muerte de Estanislao López). Como se aprecia desde el título de la nueva entidad, su modelo parece ser formalmente más el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA que dirige Emilio Ravignani que la neonata Academia. Como éste también tendrá una publicación, inicialmente con el nombre de *Revista del Instituto de Investigaciones Histórica Juan Manuel de Rosas*, que editaría diez números entre 1939 y 1942 y que luego, en 1944, pasará a llamarse *Boletín*, como el del Instituto de la UBA. Si bien en los planes la periodicidad parece haber sido trimestral (al igual que el de la UBA) ello se cumplió solamente en el primer año (cuatro números) para luego estacionarse en dos en los tres años subsiguientes y en uno en 1943.

Las semejanzas formales concluyen aquí. Aunque el Instituto se propusiese como un ámbito de investigación del período de Rosas (como Julio Irazusta recordaba, ése era el consejo que le había dado el historiador norteamericano Miron Burguin) e incluso tuviese en sus propósitos

la creación de un archivo de él y de su época, en los hechos y desde el principio, el afán polémico, vindicatorio y propagandista de la figura de Rosas dominaría el escenario por sobre los propósitos eruditos. Por lo demás, ello ya estaba señalado en la declaración de principios del nuevo Instituto: se trataba de un deber patriótico, el estudiar a un hombre cuya directivas "geniales" se habían frustrado por una conspiración de intereses y fuerzas antinacionales para hacerlo visible a la conciencia pública de los argentinos. De modo semejante, aunque agregando otros matices, se expresaba Ernesto Palacio en *La historia oficial y la historia* publicado en el primer número de la *Revista del Instituto*: a nivel de los hechos la partida ya había sido ganada por el revisionismo, de lo que se trataba ahora es no de la reivindicación de Rosas sino de su "glorificación", para de ese modo despertar definitivamente a la "conciencia nacional". Por su parte, Ramón Doll, en un artículo de 1938 sobre los centenarios y refiriéndose a la creación de éste, señalaba que era el "espectáculo de la Nación amenazada por el enemigo de ayer y de hoy" y "la patriótica indignación, la santa ira ante los que quieren destruirnos siempre" lo que había llevado a un grupo de ciudadanos a la creación del Instituto para buscar en el estudio de la época de Rosas el "ejemplo inspirador". Así encontramos, pedagogía cívica por un lado y política, por el otro.

Por otra parte, observando las actividades del Instituto, pronto se percibe que dos aspectos dominan: la difusión (actos, conferencias) y la crítica (en la sección bibliográfica de la *Revista*) por sobre la investigación original o la recopilación documental. Basta analizar la mayor y mejor obra de la tradición revisionista, la *Vida política de Juan Manuel de Rosas* de Irazusta para percibir que las citas de artículos publicados en la *Revista* y luego *Boletín* son bastante escasos. Difícilmente podía ser de otra manera vista la composición de sus integrantes. Seguramente no es el único factor: la misma estructura institucional recordaba más a un círculo o club, es decir un ámbito de sociabilidad que a un ámbito de investigación (la Academia Nacional de la Historia por otra parte no era tan diferente).

El conjunto de personas que se reunió para crear el nuevo Instituto por inspiración de Alberto Contreras, que durante mucho tiempo fue el principal soporte financiero del mismo, era ciertamente heterogéneo más allá de su colocación ideológica en las distintas familias del nacionalismo

(no todas, FORJA estaba excluida). Para los adversarios, los integrantes del nuevo Instituto podían considerarse todos dentro del campo de lo que llamaban, algo apresuradamente, "fascismo". Las cosas eran más complejas. Ciertamente no eran partidarios de la República Española ni del comunismo ni simpatizantes de las democracias occidentales. Eran neutralistas y ya a esa altura y con mayor o menor entusiasmo, según los casos, hispanistas y defensores por fe o interés político del catolicismo. A partir de allí había importantes diferencias entre los integrantes.

En líneas generales y desde luego esquemáticas podría observarse que en el Instituto confluían dos de los grupos más notorios del nacionalismo que Zuleta Álvarez ha caracterizado como el del nacionalismo doctrinario y el del nacionalismo republicano. El primero, mucho más orientado a un extremado ideologismo y a la búsqueda de soluciones políticas dictatoriales como las que estaban en boga en Europa ("filofascistas" en el decir de Palacio) pero asimismo, más disponible hacia operaciones con sectores del consevadurismo vernáculo y, por el otro, uno más flexible, igualmente simpatizante en general de los nuevos modelos europeos pero hostiles a utilizar fórmulas importadas y disponibles a soluciones políticas en el marco de la tradición política argentina, es decir, dentro del cuadro del sistema democrático y de partidos (posición que se combinaba con una actitud más aperturista hacia el radicalismo). Ambos grupos que coexistirían dentro del nuevo Instituto se encontrarían casi inmediatamente después (desde 1940) encolumnados en dos revistas diferentes, *Nuevo Orden* y *Nueva Política* que no cesarían de debatir entre sí. A la primera pertenecían, de los miembros del Instituto, Ernesto Palacio, los hermanos Irazusta, Ramón Doll, Bruno Jacovella, Mario Lassaga; a la segunda, Héctor Llambías, Carlos Steffens Soler, Juan Pablo Oliver, Carlos (h.) y Federico Ibarguren y Héctor Sáenz y Quesada. Desde luego las diferencias no deben hacer olvidar los muchos elementos comunes y los lazos personales existentes entre ambos grupos o, incluso, que a veces las amistades personales iban más allá de lo puramente doctrinario en la colocación de cada uno. Por ejemplo, Ramón Doll era demasiado singular y excesivo para ser englobado sin más entre los nacionalistas republicanos o Jacovella empezó en *Nueva Política* y pasó a *Nuevo Orden* y por lo que escribía en esta última era denostado por los primeros. Sin embargo, esas diferencias también ayudan a leer algunos de los manifiestos del Instituto.

En el primer número de la nueva *Revista* es bien perceptible que al inicio los republicanos eran los más influyentes, quizá por su mayor peso intelectual. La declaración de principios sostenía que la reivindicación de Rosas no constituía una apología doctrinaria de una forma política específica aunque su gobierno fuese un modelo de "realismo político" (expresión muy irazustiana). En el mismo sentido, el artículo de Ramón Doll reafirmaba que la reivindicación de Rosas no implicaba la de un gobierno autoritario y que había que tomar distancia de la "derecha" rosista defensora de los gobiernos fuertes como de la "izquierda" rosista que veía en él a un líder de masas democrático. Rosas podía haber sido ambas cosas pero lo importante no era eso sino su empleo de cualquier instrumento para la defensa de la soberanía y la integridad nacional (en busca de *épater*, en otro lugar, había afirmado que si de dictadura militar se trataba ahí estaba el ejemplo del gobierno de Mitre y "su guardia pretoriana de coroneles"). Desde luego que estas afirmaciones pueden ser vistas como parte de una estrategia defensiva ante las acusaciones que los nacionalistas recibían de parte de las tradiciones liberales o democráticas (aunque difícilmente en Doll, que no se cuidaba de esas cosas) pero también como una afirmación de principios al interior de los debates del propio campo. Que la posición de los republicanos no estaba, sin embargo, desprovista de ambigüedades, también en este terreno, lo expresa el artículo ya indicado de Ernesto Palacio. Éste, al referirse a la grandeza de Rosas como defensor de la patria, la independencia y el honor nacional, estaba resaltando las mismas dimensiones que Doll. Sin embargo, al señalar paralelamente que Rosas expresaba ciertos principios y valores a los que había que retornar, muestra a su modo la tensión, en Palacio y quizás en todo el nacionalismo republicano, entre la admiración del autoritarismo y la necesidad de una solución en el marco de la tradición política argentina.

En la búsqueda de algunos núcleos de sociabilidad identificadores dentro del nuevo instituto podrían señalarse tres rasgos generales. En primer lugar, varios de sus integrantes tenían vínculos de amistad bastante antiguos: por ejemplo, el grupo de intelectuales nacionalistas que había formado parte diez años antes de *La Nueva República* (los Irazusta, Ernesto Palacio, Mario Lassaga, Alberto Ezcurra Medrano). En segundo, la mayoría, no todos, compartía un rasgo social: eran vástagos de familias de antigua residencia en el país con lazos con Rosas y la tradición federal (Alberto

Ezcurra Medrano, Ricardo Font Ezcurra) o sin ellos (Manuel Gálvez, Carlos (h.) y Federico Ibarguren). En tercero, la existencia de un grupo relevante de militares (el primer presidente de la institución sería el general Juan Ithurbide y el primer vicepresidente segundo, el teniente coronel Evaristo Ramírez Juárez, ambos antiguos integrantes de la comisión pro repatriación de 1934) cuyo papel era más ceremonial que otra cosa, aunque el segundo había escrito un libro sobre las dimensiones diplomáticas y militares de la intervención anglofrancesa.

Como ha sido señalado por varios estudiosos, un número no irrelevante de los miembros fundadores era egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Sin embargo, la gran mayoría no descollaba en esa profesión ni estaba inserto en instituciones de enseñanza superior (una excepción era José María Rosa, profesor universitario en la Universidad del Litoral). Por el contrario, lo que parecía connotarlos era o su participación en el periodismo político o su vinculación con los ambientes literarios, o con ambos a la vez. En lo que era una característica más general del nacionalismo argentino, muchos de sus integrantes procedían de las bohemias y las vanguardias literarias de los años '20 (Julio Irazusta, Ernesto Palacio, Pedro Juan Vignale, Ramón Doll entre otros) o más tarde de la "generación del '50" (como Fermín Chávez). Escribían poesías, ensayos literarios o filosóficos y a la vez, a veces y no todos, obras de historia. Que con los años entre sus miembros se encontrasen más profesores universitarios o docentes secundarios no cambia el panorama sustancialmente si no nos atenemos a criterios simplemente formales (por ejemplo, Federico Ibarguren, profesor suplente de Historia Argentina en la Universidad de La Plata, desde 1947 y de muchas otras cátedras inmediatamente luego, no por eso se había convertido en un historiador profesional, eso no estaba seguramente entre sus intereses).

En cualquier caso, más allá de esos y otros límites, la creación del Instituto fue importante para la historia del revisionismo ya que implicó la emergencia de un punto de referencia para amigos y adversarios y de un espacio aglutinador, al menos hasta los enfrentamientos que lo surcarían durante el primer peronismo. De este modo, desde la *Revista* del Instituto se abrieron polémicas sistemáticas no sólo ya contra la "historia oficial" sino también contra la naciente historiografía comunista, por ejemplo las críticas de Vicente Sierra a Rodolfo Puiggrós, que desde el mismo

año '38 tenía su propio medio de difusión en la revista *Argumentos*. Por otra parte, en esos años iniciales en los que, como vimos, los grupos nacionalistas tenían no insignificantes diferencias entre sí, el Instituto podía brindar un terreno común y un espacio de interacción desprovisto de las urgencias de la hora presente.

Quizás una de las personas que mejor expresó el espíritu del Instituto en esos primeros tiempos fue Ramón Doll quien con los años agregó, en especial en sus recensiones en la *Revista del Instituto*, al estilo cenáculo literario vanguardista que antes presentamos, una argumentación abogadil, tipo alegato judicial, más circunspecta.

La otra figura relevante en el momento inicial era la de Ernesto Palacio. Este abogado, hijo de una familia tradicional, figura de primer plano de las vanguardias literarias de los años '20, promotor del acercamiento entre el nacionalismo maurrasiano y el catolicismo intelectual argentino en *Criterio*, sostenedor del golpe de Uriburu y luego desilusionado con él, era otro acerado polemista. Sus intereses intelectuales lo llevaron no de la literatura a la historia sino a la teoría política. Como escribió en 1945, en el Prólogo a la segunda edición del *Catilina*, de la lectura de Vico y Spengler creía poder deducir "la repetición cíclica de los fenómenos sociales", por lo cual el análisis del pasado servía simplemente para posibilitar analogías políticamente instructivas para el presente. Sin embargo, en 1939, reunió un conjunto de artículos en un libro de título elocuente: *La historia falsificada*. El mismo, que no incluía solamente trabajos sobre la historia argentina, estaba precedido de un Prólogo del P. Leonardo Castellani (que además en tanto asesor eclesiástico de la editorial concedía el *nihil obstat*).

El interés del pequeño libro, escrito en tono malicioso pero urbano, reside en que brinda en su primera parte una mirada múltiple: sobre el papel de la historia, sobre un eje posible de reinterpretación de la misma y sobre la historiografía argentina precedente. Para Palacio la historia tiene un papel esencialmente pedagógico, debe servir para revigorizar místicamente una conciencia nacional "argentina" aletargada, en especial en los jóvenes. Un argumento no desprovisto de argucia es presentado aquí: en un país de inmigración en el cual la memoria familiar no coincide con la memoria nacional, es imprescindible reforzar a esta última. La imagen de Palacio es aquí, por otra parte, la de instrumentalizar una pedagogía para

las masas, no para las elites. Mucho dice todo ello acerca del papel de la historia, más pedagogía cívica que ciencia, y su uso en una clave que contiene ecos de la educación patriótica del tiempo del Centenario.

En cuanto a la historia que hay que enseñar, el motivo rosista aparece exaltado, sí, pero englobado en una mirada más amplia. En tanto relato alternativo al oficial es evidente que Rosas no es un suficiente articulador. Por ello, el eje vertebrador es la tradición hispánica y católica. Más aún, la tarea más importante es la recuperación de la relación "filial" con España, afirmación que lleva toda la marca de la guerra civil en la península y su desenlace. Como se ve aquí, la relectura propuesta es muy inclusiva. A partir de ella se sugiere una reformulación completa del mito de los orígenes, salvo en un punto, que preocupa a Palacio tanto como preocupaba a Mitre: la defensa de las raíces europeas (aunque ahora sean simplemente españolas) de la civilización argentina que no admitían ninguna integración de los pueblos originarios en el imaginario fundador de la Argentina.

Finalmente, en cuanto a la historiografía precedente, Palacio parte en su argumentación de la idea de que cada época histórica necesita construir su propia lectura del pasado adecuado a los requerimientos del momento presente. En 1939, según el autor, era necesario no un más rico conocimiento del pasado sino una reinterpretación del mismo a la luz de nuevas valoraciones. Esto es, desde luego, la introducción de un acentuado relativismo acerca de la "verdad" histórica, tembladeral en el que con facilidad caían tantos revisionistas atenazados entre la necesidad de argumentar sobre la verdad (¿si no, por qué hablar de "historia falsificada"?) y la necesidad de instrumentalizar el pasado para una cierta idea de nación o una determinada ideología política. Ese contexto, con todo, sirve asimismo a Palacio para una operación hábil políticamente y elegante y congenial con la posición de los nacionalistas republicanos: tomar distancia de los fundadores decimonónicos de la historiografía argentina sin extremar la crítica e incluso sugiriendo la posibilidad de colocar las nuevas construcciones en secuencia con las antiguas. Las construcciones de Mitre, sobre todo, pero también de López y Sarmiento son vistas aquí como congruentes con el tiempo de la Argentina en que fueron realizadas: una época ilusoriamente optimista acerca de las posibilidades y el destino de la Argentina en el orden mundial dominado por el liberalismo. Las nuevas

experiencias permitirían renovarlos sin destruirlos totalmente, ya que muchos de sus elementos eran "indestructibles". Y aquí, desde luego, emerge una cierta contradicción con los propósitos antes enunciados de una inversión completa de la historia argentina, al menos claramente con relación a López y Sarmiento. Lo más importante es, sin embargo, que para Palacio, aquellos relatos ya no "sirven", son totalmente inadecuados para la Argentina en el nuevo contexto nacional e internacional de los años '30 y aquí aparecen todos los ingredientes pesimistas y decadentistas tan comunes a su tiempo. La historia de Levene, eco menor ya sin vida (una "historia mortuoria") de las anteriores que deja indiferente, por su aburrimiento, a los lectores, revela así, para Palacio, a la vez su inutilidad y su anacronismo (algo no muy diferente había dicho Martínez Estrada en *Radiografía de la Pampa*). La historia "falsificada" sería así la de la *Historia de la Nación Argentina*, no la de los padres fundadores.

Como señalamos al principio también en esos años aparecieron algunas de las obras históricas más significativas de la tradición revisionista como la de Manuel Gálvez. Este abogado que se convirtió bastante tempranamente al catolicismo activo y al hispanismo, defensor de la tradición federal y en menor medida de Rosas, ya en su *Diario de Gabriel Quiroga* (1910), brindaría un inestimable aporte al revisionismo. Poco apreciado por las vanguardias literarias de los años '20 por su inclinación al realismo social, tuvo siempre mucho éxito de público, al menos desde *Nacha Regules* (1919). Simpatizante de un nacionalismo popular, fue entusiasta admirador del fascismo italiano y de Mussolini pero también defensor de Yrigoyen; su convergencia hacia el nacionalismo era descontada, vista su trayectoria intelectual y sus ámbitos de sociabilidad. En la década de 1930 se inclinó hacia el género de las biografías históricas entre las que sobresalieron sus *Vidas: de Hipólito Yrigoyen* (1939), *de Juan Manuel de Rosas* (1940) y *de Sarmiento* (1945). La primera es seguramente la más lograda quizá porque trataba de un personaje a él contemporáneo y al que había conocido fugazmente, quizá por el inteligente uso que hizo de las numerosas entrevistas que empleó para reconstruir la vida del "hombre del misterio"; quizá, porque encontró un feliz equilibrio entre la simpatía que le despertaba el personaje y la necesaria distancia de un observador que supo mantener.

El Rosas de Gálvez es menos logrado. Sabiendo que tenía que enfren-

tarse a un personaje polémico para los potenciales lectores, Gálvez insiste mucho en el Prólogo acerca de que su obra concierne al pasado, no al presente, es histórica y no política. Todo ello es parte de la retórica más general del revisionismo, solamente que en Gálvez va aún más lejos ya que él es consciente de que se dirige a un público mucho más amplio que otros rosistas, cuya perspectiva sobre el personaje supone hostil. Sensatamente sostiene que aunque él aprendió a admirar a Rosas, esperaba del público mucho menos: que lo comprendiera. Para avalar su imparcialidad, Gálvez remite a la minuciosidad de su investigación y a la imparcialidad de su juicio. Efectivamente, como en otras biografías suyas, se trata de una obra documentada y cuyo interés mayor se encuentra en que retoma varias de las líneas y de las fuentes exploradas por Ramos Mejía y abandonadas por los estudios sucesivos, las que iluminan las dimensiones domésticas, privadas y aun íntimas de un personaje y una época que incluso no excluyen las referencias a las costumbres y la moral sexual de los porteños de ese tiempo. Sin embargo, y pese a que Gálvez, al que no le gustó nunca barrer bajo la alfombra, presenta todas las facetas de un personaje y su tiempo, aun las más oscuras, pese a que aquí y allá formula objeciones, lo que domina es el intento de justificar o mininizar sus acciones, en especial a través de comparaciones con otros casos históricos incluso contemporáneos. Al hacerlo, no siempre Gálvez gana al lector para su causa, sino todo lo contrario. Rosas había sido implacable con sus enemigos, nos dice Gálvez pero lo había sido mucho menos que otros en la misma situación excepcional de guerra civil y peligro de la unidad nacional y propone, por ejemplo, la comparación con Kemal Ataturk, compelido a hacer lo mismo en la nueva Turquía por las mismas razones pero en una escala mucho mayor (lo que es, sin notarlo quizá Gálvez, un modo de justificar el genocidio armenio). Rosas había hecho fusilar simultáneamente a cuatro sacerdotes unitarios tomados prisioneros, he ahí Franco que había hecho lo mismo con más de 30 curas vascos. El menor número de víctimas del régimen de Rosas con respecto a otros de su tipo —y aquí Gálvez se deja llevar incluso a comparaciones acerca del número de muertes en relación con la base demográfica— le parece argumento suficiente para hablar de su benevolencia. Ciertamente dimensiones del régimen o de Rosas mismo le parecen reprobables (y aquí debe reconocerse que Gálvez va más allá de sus compañeros de corriente poco dispuestos a reconocer

máculas de cualquier tipo en el Restaurador de las Leyes), en especial la manipulación de la religión, ciertas crueldades innecesarias, su carácter, sus bufones o su vida personal. En este punto, Gálvez es de los pocos que incursiona en la vida privada de Rosas, con referencias a su "querida" (Eugenia Castro) que con los hijos habidos con él habita junto a Manuelita en Palermo. El comportamiento del patrón de estancia que ello revela, según Gálvez, le parece comprensible en la lógica del personaje pero no justificable. Observaciones críticas que como se ve en general atañen más a lo privado que a lo público.

Más allá de todo ello, el Rosas de Gálvez es un líder popular y democrático que aunque preocupado por la necesaria disciplina que debe regir en toda sociedad habría dado pasos concretos para fortalecer la asimilación social de las masas semibárbaras a través de la religión (y ella parece ser tanto el catolicismo como la religión política del rosismo) y para hacer imperar la democracia. La democracia política, nos dice Gálvez, pero entendida no como algo asociado al liberalismo (idea que está presente también en la tradición ideológica de los nacionalistas republicanos) sino como "gobierno del pueblo" con libertad o sin ella. Y en ese punto Gálvez está tomando distancia tanto de la "democracia funcional" corporativa como de la democracia moderna de partidos para postular un sistema que reposa en el apoyo de las masas y gobierna para ellas. Más allá de la democracia política, y más importante aún, Rosas había profundizado la democracia social, el igualitarismo entre los grupos y clases. Ciertamente en estas reflexiones, pero también en otras, como por ejemplo la comparación de Rosas con Portales o con Luis XI como constructores de la unidad nacional, hay fuertes ecos de la posición de Quesada, sólo que Gálvez va mucho más allá en relación con el primer tema. Imagina, por ejemplo, que la Revolución de los Restauradores fue una revolución de clase, es decir de la plebe urbana y los gauchos contra la aristocracia. Aquéllas fueron siempre, lo reiteraba una y otra vez Gálvez, los principales soportes del régimen mientras que la burguesía o la aristocracia (los términos son usados alternativamente) defendían en primer lugar sus intereses. Más aún, sostiene Gálvez, en ese carácter popular de Rosas se encuentra el mayor obstáculo para su reivindicación y agrega que mientras Quintana, Figueroa Alcorta o Justo encarcelaban a proletarios (y por eso según Gálvez son próceres), Rosas encarcelaba a burgueses.

El Gálvez populista aparece aquí plenamente y varios de sus temas pueden rastrearse, en primer lugar en José María Ramos Mejía. A diferencia de los otros revisionistas y con más agudeza que ellos, Gálvez cree (siguiendo una afirmación de José Ingenieros) que, inadvertidamente y contra su voluntad, Ramos en vez de hundir a Rosas había terminado por ser su mejor apologista. En Ramos encontraba Gálvez dimensiones a profundizar para una lectura del rosismo como movimiento popular, para una caracterización del gobernador como un moderno líder de masas, a partir de los incentivos materiales y simbólicos implementados por él para movilizarlas en su favor y numerosas perspectivas acerca de la sociabilidad de la época (tema que interesaba a uno y a otro y tan poco a los historiadores argentinos de entreguerras). Incluso en algún lugar Gálvez se deja llevar imperceptiblemente por el influjo de las ideas de la relación entre el *meneur* y la multitud ("Buenos Aires quiere ser dominado despóticamente por el bello hombre rubio y poderoso").

Era bastante previsible que la mirada de Gálvez fuese objeto de reticencias y críticas por parte de otros revisionistas, como lo había sido, por nacionalistas y conservadores, su imagen de Yrigoyen ya durante la presidencia de éste. Por ejemplo Federico Ibarguren desde las páginas de la *Revista del Instituto Juan Manuel de Rosas* negaba que Rosas pudiese ser considerado dentro de la tradición democrática cuando, según él, su dictadura era una reproposición de la ideología de la monarquía absoluta hispano-católica a contraponer al liberalismo democrático surgido con la Revolución. Sin embargo, las reticencias a la obra de Gálvez también pueden reposar en sus afirmaciones acerca de que él no sólo no era partidario de una dictadura para la Argentina presente sino de que muchos revisionistas partidarios de Rosas lo eran también de Alemania y en los hechos, más que favorecer la reivindicación de Rosas, la perjudican.

Al año siguiente del libro de Gálvez apareció el primer tomo de la obra más importante que desde el punto de vista historiográfico produjo el revisionismo: *La vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, de Julio Irazusta. El aditivo "política" refleja bien el propósito de tomar distancia temática del enfoque de Gálvez. Como señalamos, la ruptura del territorio de los intelectuales por el debate fascismo-antifascismo volvió a concentrar a Irazusta en la investigación histórica. Comenzó así su enjundioso trabajo sobre la correspondencia de Rosas, vista

la significación que atribuía a su gobierno en la historia argentina. En cierto modo, ya el *Ensayo sobre Rosas* anticipa su derrotero intelectual posterior. Si allí había afirmado que el pensamiento político de éste no solamente era notable sino superior al de todos sus contemporáneos, ahora trataría de mostrarlo a los ojos del lector. Ello lo llevaría a iniciar una investigación a la que dedicaría casi veinte años.

La inspiración, en sus palabras, provenía de la obra que Carlyle dedicara a glosar las cartas y discursos de Oliver Cromwell mientras estaba, en cambio, algo paradójicamente, casi en las antípodas del modelo propuesto por un autor al que conoció y admiraba como Lytton Strachey que había buscado en sus *Eminent Victorians* develar, a través de los límites del biografiado, los vicios de una época. Comparando la obra de Irazusta con la de Carlyle, pronto se percibe que la referencia a la de este último remite al género y eventualmente al propósito que llevó al historiador inglés a realizarla: poner ante los ojos de sus contemporáneos la palabra misma de un personaje controversial en la historiografía británica en la certeza de que ello ayudaría a los lectores a formarse un juicio más exacto (y favorable) del personaje. Es evidente también, en ambos casos, que la larga glosa de los documentos impide ese propósito ya que establece más un filtro que una intermediación (Carlyle había utilizado la expresión "médium") entre la palabra de los biografiados y el lector. Asimismo, en ambos casos se trata de jerarquizar a autores cuya prosa política según sus biógrafos debe ser indagada en su género y no desde sus cualidades literarias, si medidas con un canon estético alejado del de la prosa política. Una primera diferencia emerge, sin embargo, en la perspectiva de ambos autores. Carlyle insiste en los problemas de ininteligibilidad de los sucesos del siglo XVII para un lector del siglo XIX. En cambio, Irazusta no se plantea ese problema, consecuentemente con su postura de encontrar (más allá de su reiterada protesta acerca de que el modelo político de Rosas no era aplicable a la Argentina contemporánea) innumerables analogías entre Rosas y sus acciones con otras, en especial anteriores. Ellas alteraban el principio témporo-espacial que suele ser defendido como el más legítimo entre los historiadores del siglo XX, aunque no remitiesen a comparación entre procesos (como había sugerido Palacio) sino tan sólo entre situaciones individuales, al modo de la historia pragmática.

En cualquier caso, las diferencias mayores entre el libro de Irazusta y

su supuesto modelo están por una parte, en el diferente interés que cada uno tiene respecto al ambiente (Irazusta se detiene solamente en el contexto político, Carlyle agrega un énfasis mucho mayor en el social como parte de un retrato de costumbres y del color local) y por la otra, en el estilo plenamente inmerso en el clima del romanticismo de Carlyle y el seco y distanciado que emplea Irazusta. Con todo, otro aspecto vincula a Irazusta con Carlye aunque no con la biografía de Cromwell sino con *On Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History*. Finalmente éste había llegado a su concepción relevante del lugar del "héroe" en la historia luego de su estudio sobre la Revolución Francesa y como el único remedio que imaginaba contra las furias que ésta había desatado.

En cualquier caso, el estilo de Irazusta debía mucho más en el contenido y en el elegante empleo del lenguaje al que consideraba su maestro en ese terreno, Paul Groussac (al que dedicaría por otra parte un interesante ensayo), aunque sin poseer la ironía cortante de este último. Con todo, en este punto, no parece casual que el historiador antiguo que consideraba más congenial era Tito Livio (al que pudo llevarlo el interés que Taine tenía hacia el mismo), al que dedicaría años más tarde un libro; es decir el menos apasionado y quizás el más conservador de los historiadores romanos y en el cual podía hallar una combinación muy congenial de encadenamiento lógico de los sucesos y de apelaciones a las virtudes morales del pueblo todo y de sus líderes, como secreto de un éxito. Por otra parte, su construcción del personaje Rosas elude no solamente las dimensiones privadas de su experiencia sino cualquier interpretación "psicológica" de personaje. Rosas es reducido a un ejercicio sistemático de racionalidad desde una concepción de la política como "bien común" y no como un proceso de acumulación de poder personal. Su figura es así menos un personaje individual concreto que la de un arquetipo que exhibe las virtudes de un estilo político que al autor le interesa ejemplarizar. Ello empobrece la construcción del personaje al recortar la indagación de sus dimensiones retóricas e instrumentales a un fin individual pero lo coloca en un terreno en el cual, a partir de la elección por el historiador de ciertos valores a priorizar, es más sencillo encomiar su acción.

La obra de Irazusta reúne todos los requisitos esperables en un estudio de la tradición erudita. Reposa sobre una enorme recopilación documental, que si en un principio se basaba en la de Saldías, pronto excede

ese marco y, en conjunto, los ocho volúmenes de la edición definitiva constituyen un aporte no superado en cuanto a las dimensiones de la investigación, hasta la actualidad. Los primeros dos tomos de la obra, que abarcan el período 1820-1835 y 1835-1840, conservan en su última edición el esquema de la originaria. Incluso el ensayo sobre la suma del poder de 1935 es incorporado y conservado como introducción de la nueva investigación. Las ampliaciones de los mismos en las sucesivas ediciones (la última de la cuales, definitiva, en 1970) sobre todo agregan comentarios polémicos o interlocutorios acerca de trabajos publicados posteriormente (en especial la obra de Ernesto Celesia) además de los materiales puestos a disposición por Emilio Ravignani en sus *Documentos para la Historia Argentina*. A partir del tomo 3, el encontrarse con un terreno menos explorado documentalmente por la historiografía precedente y con una enorme cantidad de tiempo libre disponible, primero por la lejanía concreta del autor de la experiencia abierta con la revolución de 1943 (de cuya distancia, en especial en el terreno cultural y universitario, dan buena cuenta los artículos publicados en *La Voz del Plata*) y luego por el ostracismo al que lo llevó el régimen peronista del que fue un decidido (aunque pasivo) opositor, lo orientaron, sistemático y trabajador como era, a una larga frecuentación con el Archivo General de la Nación y la Biblioteca Nacional, tarea que completaba con su extensa biblioteca (en la que disponía, por ejemplo, de dos ediciones íntegras del *Archivo Americano*).

El Rosas que delinea Irazusta es una figura excepcional en un contexto no ya sudamericano sino universal. Su capacidad para construir una "confederación empírica" en el contexto de entonces es para él una obra de arte político sin parangón en la historia. Esa personalidad se aplicó, según Irazusta, a defender o aún intentar recuperar la dimensión territorial del antiguo Virreinato, a brindar una solución política aceptable para el funcionamiento de la Argentina, en las condiciones de entonces y para reconstruir el orden social debilitado por la experiencia revolucionaria. El Rosas de Irazusta no era un líder de masas a la manera del Gálvez, ni su gobierno una democracia plebiscitaria. Era una fórmula feliz, en la percepción de Irazusta, de gobierno "mixto" en el que coexistía el principio monárquico con el aristocrático y con el democrático. Modelo ejemplar que el historiador entrerriano creía que correspondía al de la experiencia

de la monarquía constitucional en Inglaterra (aunque esta construcción, bastante imaginaria, reposaba a su vez en la idea del modelo de la República Romana, tal cual lo había diseñado Polibio). En cualquier caso, el Rosas de Irazusta estaba lejos de cualquier lectura "populista". No en vano solía detenerse en la carta de Rosas a Vicente González como el mejor ejemplo de su pensamiento y a la vez como modelo de acción política y de sentido del poder. La colocación hiperbólica del personaje en la historia universal (operación en la que no estaba solo; otros la harían, antes y después, con otros próceres argentinos) iba acompañada de una no menor exaltación de otros personajes argentinos, en sus capacidades, no en sus políticas. Véase por ejemplo la comparación entre Mazzini y Alberdi, tan favorable para este último.

El epílogo de la enorme obra reafirma las observaciones del ensayo de 1935 como si la monumental investigación hubiese servido simplemente para avalar documentadamente lo que el autor creía saber de antemano. Caseros es así inexplicable, salvo por la defección del considerado por Irazusta mejor general de Rosas: Urquiza. Irazusta siempre sostuvo que la búsqueda de la verdad histórica era la principal misión del historiador e incluso discretamente solía tomar distancia de otros revisionistas dominados según él, al igual que la tradición liberal, por un afán de Partido. Sin embargo, a medida que la obra avanzaba, su colocación como abogado defensor dispuesto a levantar todas las acusaciones contra Rosas superaba la perspectiva del historiador inteligente que era. No estuvo solo en esa actitud: puede recordarse a modo de ejemplo la del gran historiador que fue Albert Mathiez, pero ello en los dos casos limitaba más que enriquecía sus relatos.

Entre 1941 y 1942, en tres números de la *Revista del Instituto Juan Manuel de Rosas* y luego en otros tres de la *Revista de Economía Argentina* (fundada por su suegro, Alejandro Bunge), en forma abreviada, se publicaron las partes de un ensayo que se reuniría en forma de libro en 1943, bajo el título *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*. Su autor era José María Rosa (h.). Este abogado, egresado de la Universidad de Buenos Aires en 1927, pertenecía a una familia prestigiosa (aunque no muy antigua) entre cuyos componentes sobresalía su abuelo, que entre otros destacados cargos políticos había ocupado el de ministro de Hacienda en la presidencia de Roque Sáenz Peña. En la década de 1930 había ini-

ciado a la vez una carrera política y otra académica en la ciudad de Santa Fe. La primera tuvo como signo un marcado eclecticismo. Comenzó como Demócrata Progresista en tanto tal fue primero director general de Rentas en la Intervención enviada por Uriburu, y luego juez de Instrucción durante la gobernación de Luciano Molinas. Posteriormente dejó ese partido y, junto con una aproximación al nacionalismo, se sumó al radical antipersonalista santafesino y conspicuo integrante de la Concordancia: Manuel de Iriondo. Durante la gobernación de éste (1937-1941), hecha posible por la intervención federal de la provincia y el fraude subsiguiente, fue durante un tiempo subsecretario de gobierno e incluso ministro, interinamente. Recaló, finalmente, en la galaxia nacionalista y luego del golpe de 1943 ocupó por un breve período el cargo de presidente del Consejo de Educación en la provincia de Santa Fe. Ese itinerario (democracia progresista-conservadurismo-nacionalismo) no es exclusivo de Rosa; he ahí, por poner un solo ejemplo, el bastante análogo de Carlos Ibarguren. Por otra parte, en el plano de las ideas, el tránsito del liberalismo al nacionalismo, vía una alianza política con los conservadores, fue una de las opciones principales de muchos integrantes de la derecha argentina en esos años '30. Con las debidas diferencias generacionales, el itinerario de Rosa recordaba también al de su padre pasado del liberalismo reformista al conservadurismo y de ahí a un nacionalismo singular que conservaba rasgos de la etapa anterior. En el terreno académico, Rosa presenta un itinerario bastante original ya que a diferencia de la mayoría de los revisionistas desarrolló una carrera como docente universitario. Inicialmente se incorporó, en Santa Fe, al Colegio Nacional y a la Facultad de Derecho de la Universidad del Litoral como profesor de Historia de las Instituciones. Comenzó así una carrera académica que continuaría luego en la Universidad de La Plata como profesor adscripto y después como titular de Historia Constitucional (reemplazando a Emilio Ravignani que se vio forzado a jubilarse) y posteriormente, y en forma paralela, como profesor adjunto de Historia Argentina en la Universidad de Buenos Aires. Su carrera padecerá los avatares de la política argentina con sus reflejos en la vida universitaria argentina combinada con sus posiciones en el universo nacionalista y en el revisionismo y cesará definitivamente en 1955 con la caída del peronismo.

El itinerario historiográfico de Rosa acompañó sus tránsitos políticos. En época de pertenencia al universo liberal-conservador y también en relación con sus intereses intelectuales dominantes, más cercanos a la sociología que a la historia, publicó su *Interpretación religiosa de la historia (1936)*, basada en su tesis de doctorado. Contra lo que sugiere el título no se trata de una lectura deísta o católica de los procesos históricos (Rosa estuvo siempre lejos de ello), sino de una que apunta a enfatizar el papel de las creencias religiosas en la cohesión de cualquier sociedad. Por ello ya en la primera parte del libro, que presenta un recorrido por el pensamiento social europeo, polemiza con las lecturas de la escuela antropológica católica de Viena del padre Schmidt (y también con el materialismo histórico) y adscribe a la línea representada por el Durkheim de *Las formas elementales de la vida religiosa*, por el Levy Bruhl de *La mentalidad primitiva* y por el Marcel Mauss de sus trabajos, realizados en conjunto con Henri Hubert, sobre historia de las religiones. La afinidad de Rosa con la sociología y la etnografía francesas no es casual ya que ésa era la tendencia dominante en los estudios argentinos, al menos desde que Ricardo Levene (citado favorablemente al pasar) sustituyó a Ernesto Quesada en la enseñanza de sociología en la Universidad de Buenos Aires. De esas lecturas cree poder deducir la importancia de la magia y la religión en cualquier tipo de organización social. Ya desde los cultos totémicos de las más antiguas y menos complejas, existe para Rosa una identidad entre sociedad y religión, lo que define como concepto "místico" de la primera. Si la religión define y caracteriza la conciencia social, ésta se exterioriza en el amor a la propia patria ya que la nación es "la sociedad hecha culto religioso". Más fuerte serán las creencias en una nación, más fuerte será ésta. Ellas podrían dirigirse en "etapas superiores" no hacia un rey o un dios, sino a una entidad social en abstracto, lo que sugiere el paso de las religiones tradicionales a las religiones políticas, clásico en algunos regímenes de la entreguerra. Por otra parte, y el punto no es menor, cada sociedad según Rosa evoluciona de manera diferente a las restantes y se da su propio sistema de creencias que la identifica.

En términos historiográficos, Rosa defiende aquí la unidad de sociología e historia en la cual la segunda se disuelve en la primera. La historia no debe tratar de la "narración de hechos" que son sólo la "apariencia" sino de entender la evolución de la sociedad en el tiempo, en un

presunto encadenamiento necesario entre pasado-presente-futuro. En esa unidad, la historia (en sentido tradicional) brinda los materiales y la sociología provee el armazón conceptual. Así defiende una concepción que prioriza los fenómenos colectivos (la historia es "ciencia de la sociedad no de lo individual") por sobre la historia de los grandes personajes, los héroes o simplemente los individuos. Tomando la relación presentada por Le Bon (cuya obra aparece numerosas veces por debajo de la impostación durkheimiana) entre el *meneur* y la multitud, la invierte: para él es la segunda la que crea al primero a su imagen y semejanza. Yendo más allá, Rosa, que comparte el creciente interés por Le Bon y Freud de las ciencias sociales de las primeras décadas del siglo XX, se opone a considerar a los fenómenos colectivos como parte del campo de lo inconsciente y de lo irracional. Para él son una forma de mentalidad regida por una lógica diferente a la individual y dominada por el pensamiento místico. Si las sociedades son tales por sus creencias religiosas, la fortaleza de éstas es la que da la medida de su capacidad y de su éxito.

A partir de aquí Rosa realiza un rápido *excursus* por distintas sociedades en el pasado desde los primitivos pueblos patagónicos, a partir de las fuentes provistas por los viajeros —en la búsqueda de verificar las concepciones presentadas por sus maestros europeos que reposaban en otra casuística—, hasta las sociedades mediterráneas antiguas, el judaísmo, el cristianismo primitivo, el budismo, el confucianismo e incluso la sociedad europea en el siglo XIX. De ello cree poder deducir que en aquellas sociedades en las que primaron los fundamentos racionales individuales (por ejemplo, la Grecia clásica) o religiones universales (el cristianismo en el Imperio Romano) fueron por esa razón a una pronta declinación. Poco importa aquí discutir acerca de la mayor o menor justeza de la reconstrucción teórica de Rosa o de su imprecisa utilización de instrumentos conceptuales o del sesgo de su relectura de fuentes secundarias para fundamentar su interpretación o incluso sus comentarios críticos hacia el papel de figuras como Sócrates, Platón o San Pablo (si podía atreverse sin ninguna reverencia hacia ellos no debería sorprender que luego se atreviera con los personajes del pasado argentino). Más interesante es preguntarse acerca de qué puede haber allí ya del Rosa posterior y más conocido. En el plano de la concepción de la historia es bien evidente que Rosa abandonaría luego el enfoque "sociológico" por otro mucho más tradi-

cional (tardíamente señaló que su maestro en ese plano era Ranke). En cambio, en el plano de la interpretación de los procesos históricos, muchas de las ideas de su libro de 1936 —por ejemplo, el papel del pueblo como actor colectivo o el pernicioso rol del racionalismo— reaparecerán una y otra vez en su estudio de la historia argentina.

Hacia 1938 Rosa aparece ya claramente dentro del universo revisionista con su participación en la fundación del Instituto de Estudios Federalistas en la ciudad de Santa Fe. En sus propias palabras, habría sido la influencia de un colega en el Colegio Nacional, Alfredo Bello, el auténtico promotor del nuevo Instituto, la que lo acercaría al revisionismo, aunque, como vimos, varias de sus perspectivas proceden de antes. Con su traslado a Buenos Aires pasó a militar en el Instituto Juan Manuel de Rosas en el que se convertiría en su presidente a partir de 1951.

En 1941, como señalamos, comienzan a aparecer los trabajos reunidos en forma de libro dos años después. *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica* promete ser una interpretación de la historia económica argentina desde la colonia hasta 1943. En realidad es algo bastante menos ambicioso, en primer lugar en el cuadro cronológico, ya que el libro concentra su interés en el período 1810-1852, dedicando una treintena de páginas muy generales a la época precedente y otras tantas, aun más aproximativas, a la época posterior. En segundo lugar, el libro se concentra prácticamente en un solo aspecto: el tema de las políticas hacia el comercio exterior, observando con favor aquellas proteccionistas, favorables a la industrialización y condenando las librecambistas que según Rosa reforzaban el carácter colonial de la economía argentina. Ciertamente es posible vincular ese interés por el proteccionismo y por la industrialización con la obra y la prédica de su suegro, Alejandro Bunge (y de esas relaciones da testimonio también la publicación de una versión resumida del libro en la *Revista de Historia Económica*). Sin embargo, de la comparación entre las reflexiones de Bunge sobre la historia económica argentina con las de Rosa, surge inmediatamente la simplificación que realiza este último. En el notable estadístico, demógrafo y economista empírico que era Bunge, el análisis era a la vez más complejo y más matizado. Ante todo, éste otorgaba un papel central a la población como indicador relevante de la capacidad de demanda del mercado interno (y además como testimonio de la potencia de un país muy a la manera del pensamiento nacio-

nalista europeo de entonces) y por ende juzgaba al proceso inmigratorio como necesario y beneficioso. Rosa, en cambio, no otorga ningún papel a la población y a la demanda y por ello manifiesta serias reservas ideológicas al papel de la inmigración. Asimismo Bunge comprende el papel del capital externo en el proceso formativo de la Argentina moderna (por ejemplo en la construcción de los ferrocarriles) y en consecuencia ve al período 1852-1914 como una etapa sustancialmente positiva que debía servir de base para otra posterior que debía regirse por otros principios económicos —y en ese marco juzga *en passant*, en su libro de 1928 (*La economía argentina*) de manera muy negativa a la época de Rosas y en el de 1943 (*Una nueva Argentina*) de manera más ambigua, quizá por ecos de la prédica revisionista. Rosa, en cambio, no sólo no otorga a aquellas dimensiones un papel positivo sino que traslada las prescripciones de Bunge para el período posterior a 1914 a la época 1810-1852. Ello es funcional al propósito mayor del libro que es juzgar de manera altamente positiva la política económica "nacional" del —para él— segundo Juan Manuel de Rosas, en especial su ley de aduanas de 1835. Para hacerlo Rosa debe apoyarse en definiciones muy ambiguas y extensivas de qué debía entenderse por industria, su papel y sus posibilidades. Tras brindar una imagen muy positiva de la situación en la época colonial con su para él floreciente sector artesanal, al que atribuye grandes posibilidades de desarrollo futuro, señala que el nacimiento de la industria fabril (una idea que profundizará luego Astesano) debe fecharse en las primeras décadas del siglo XIX, con el saladero.

Con todo, la historia que le interesa relatar a Rosa es la de la pérdida de la independencia económica, primero a cambio de la independencia política y luego ante las erradas políticas de tantos dirigentes argentinos que consciente o inconscientemente defendían los intereses del imperio inglés que era el *deus ex machina* de todo el proceso. Al juzgar a estos dirigentes, Rosa, del mismo modo que otros revisionistas de entonces, los considera más que representantes de intereses económicos generales o particulares, víctimas de su ideología abstracta y europeísta que les impedía percibir adecuadamente la realidad y formular políticas adecuadas. Sólo Rosas había comprendido la realidad argentina y por ello su época había sido aquella en la que la Argentina en toda su historia hasta su actualidad había sido más poderosa y económicamente menos vulnerable. Imagen

que resume ajustadamente su lectura de la historia económica a la que habría que agregar otra: don Juan Manuel representaba, para Rosa, a la vez un modelo social y económico positivo no feudal sino "medieval, con su patrón y sus peones formando una verdadera unidad, fundada en la ayuda y el respeto mutuo". La segunda imagen complementa y aclara la primera. El resultado es que la Argentina imaginada por Rosa como ideal pasado y futuro —al menos para el Rosa de 1943— es mucho más tradicionalista que cualquier otra cosa.

Contemporáneamente a Rosa emerge en el espacio revisionista otra figura significativa: Vicente Sierra, del que se carece de un buen estudio que reconstruya su itinerario intelectual y profesional. Egresado del Colegio Nacional de La Plata, no completó sus estudios superiores ejerciendo una larga labor como profesor de historia en la enseñanza secundaria. Vinculado inicialmente con los ambientes positivistas (escribió en la *Revista de Filosofía* dirigida por Ingenieros), viró luego hacia posiciones críticas hacia aquél. De ello puede dar cuenta su participación en el Colegio Novecentista que reuniría, bajo la advocación de Eugenio D'Ors y la tutela de Coriolano Alberini, a una parte de esa nueva generación emergente en la vida cultural porteña en el contexto del clima de crisis de la cultura abierta con la Primera Guerra Mundial y de debate en torno a la vida intelectual y académica argentina de la que la reforma universitaria sería a la vez síntoma y desenlace. Aunque el Colegio no presentaba posiciones uniformes y las polémicas surcaban muchos aspectos, no es casual que entre varios de sus integrantes emergiese una relectura (o revisión) en términos hispanistas y católicos del presente y del pasado americano como vía de salida a la crisis civilizatoria. La presencia de Tomás Casares en un lugar relevante en el Colegio podría ser un buen ejemplo de ello así como la influencia espiritual que allí ejercía Eugenio D'Ors, temprano admirador de Maurras y luego del fascismo. Con todo, el itinerario de Sierra es algo enigmático y poco conocido. ¿Comenzó ya allí, en torno a 1918, el periplo hacia esa matriz hispano-católica que signaría su reflexión historiográfica? En cualquier caso, a fines de la década de 1930 Sierra aparece ya claramente en las agrupaciones nacionalistas y en el Instituto Juan Manuel de Rosas. Con el golpe de 1943 accede a posiciones en institutos terciarios, sea como profesor de Historia de la Historiografía en el Instituto Nacional del Profesorado sea como profesor de Historia Ar-

gentina en la Escuela Superior de Magisterio. Más tarde, incluso, ocupa por unos meses la Dirección del Instituto de Historia Argentina y América de la Facultad de Filosofía y Letras. Su acceso a dichos cargos estaba desde luego ligado a su militancia en el nacionalismo, no a una carrera académica y por ende sujeto a la inestabilidad política de esos años. Más tarde, pese a su adscripción al peronismo, Sierra no ocupa lugares docentes relevantes en el sistema educativo sino en el Ministerio de Transportes donde será director nacional desde 1948 hasta 1957 y luego retomará la enseñanza secundaria en el Colegio del Salvador.

La importancia de la vasta y documentada obra de Sierra reside en que su interés mayor no se concentra en la época de Rosas sino en el período colonial. Ello puede relacionarse con un movimiento más general: la expansión de las tradiciones hispanistas y católicas en el seno del nacionalismo y desde allí la búsqueda de una comunidad espiritual de los pueblos ibéricos. Era el tema que había planteado claramente Ramiro de Maeztu en su influyente *Defensa de la Hispanidad*, de 1934. Allí expresaba la idea de que Hispanoamérica, apresada en una tenaza entre el bolchevismo (Rusia), el imperialismo económico (Estados Unidos) y el indigenismo, podía resurgir retornando a sus raíces hispánicas y católicas tras el largo período de subalternidad al exótico liberalismo de matriz sobre todo francesa. La tríada que De Maeztu proponía (servicio, jerarquía, hermandad) para contraponer a (libertad, igualdad, fraternidad) debían servir para sustentar una nueva misión espiritual de la hispanidad en el contexto de la según él visible decadencia sobre todo del imperio americano en el contexto de la crisis mundial, que era más que un retorno una restauración de la época más gloriosa de su "edad media", los siglos XVI y XVII. Dado que España era el país que más cerca se encontraba de la Edad Media, era la que mejor podía cumplir el papel de promotora del renacimiento de la cristiandad. La búsqueda y exaltación de esas raíces en la era colonial era así parte central de esa construcción. Ciertamente esas ideas adquirían nuevo vigor en el contexto de la Guerra Civil Española y de la idea de "cruzada" que el bando sublevado hacía circular y que llevaba a muchos intelectuales de la derecha argentina a buscar en el nacional-catolicismo una nueva opción antimoderna a contraponer al liberalismo y el marxismo y, a la vez, alejada del neopaganismo nazista.

Es en ese contexto que hay que colocar la obra de Sierra. Ya en 1939,

su opúsculo sobre *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, presenta los rasgos esenciales de su mirada historiográfica. Terciando en la polémica establecida en torno a un trabajo de Martínez Zuviría, en el que éste atribuía el lugar de fundador al canónigo Luis Chorroarín, Sierra desarrolla en el largo folleto una severa crítica a la interpretación de Ricardo Levene, desarrollada en un libro del mismo título, que había querido, desde su preponderante lugar institucional, sancionar una interpretación oficial: el fundador era Mariano Moreno. A través de una detallada e inteligente crítica a los aportes de Levene, Sierra concluye en la inconsistencia de la interpretación del presidente de la Academia Nacional de la Historia. Aunque no coincide plenamente con Martínez Zuviría, señalando que los documentos no permiten atribuir sin dudar a Chorroarín el lugar de fundador, considera que hay que mantener el lugar preponderante de éste aunque la iniciativa corresponda a la Junta de Mayo en su conjunto y los mayores aportes bibliográficos a la Iglesia argentina. Más interesante es que Sierra, en un tono todavía exclusivamente académico que no le impide reconocer méritos a otras obras de Levene, sostiene que toda la operación de éste responde a la búsqueda de "satisfacer las necesidades oficiales y las opiniones de la gran prensa". Éstas impulsarían el afrancesamiento de los liberales rioplatenses a los efectos de negar cualquier aporte cultural al catolicismo.

Pocos años después, Sierra da a luz una obra más importante: *El sentido misional de la conquista*, escrito en 1942 pero publicado en Madrid en 1944 por el Consejo de la Hispanidad. El libro reposa sobre una compulsa bastante amplia de fuentes éditas, de las copias de los documentos de archivos españoles disponibles en la Biblioteca Nacional argentina y de la bibliografía existente (incluyendo en ella a autores que difícilmente podían ser considerados autoridades en la materia, desde Ricardo Rojas a Rodolfo Puiggrós o a José María Pemán). Su voluntad de rehabilitar la conquista de América por los españoles y en especial su papel evangelizador (y en él, el de los jesuitas) no es de ningún modo novedosa en sí: ahí están, por ejemplo, las obras de Carbia y Furlong, abundantemente citadas en el libro de Sierra en forma elogiosa.

La novedad del libro de Sierra, sea en relación con las perspectivas de aquellos autores, sea con respecto al trabajo precedente del mismo autor, se encuentra en otros registros. En primer lugar, se lo halla en la combi-

nación de extensas partes eruditas con otras más breves intercaladas, en las que se incluyen arengas o parlamentos netamente ideológicos y políticos o se desarrollan temas a veces sin ninguna relación directa con el argumento del libro. Así, caen bajo la crítica interpretaciones generales materialistas y antirreligiosas, liberales, progresistas o marxistas aunque en general no con la prosa basta de otros revisionistas (algunas excepciones son las alusiones a la "paparrucha literaria" de Levene o a la "dialéctica" para ocultar la verdad de Mitre). Ellas son, para Sierra, el resultado de la ceguera ideológica o de la incapacidad de ir hacia atrás en el tiempo y comprender el espíritu español. Así también, por ejemplo, para defender las innegables diferencias raciales existentes en el sistema educativo colonial no encuentra nada mejor que observar que el racismo es un fenómeno de las democracias contemporáneas para lo cual apela, entre otros ejemplos, a las leyes inmigratorias estadounidenses de 1921 y 1924, lo que sirve asimismo para sostener que el racismo empezó antes en Estados Unidos que en la Alemania nazi. Por supuesto que para Sierra "nada de esto es criticable" porque todo pueblo tiene derecho a preservar su identidad étnica.

Otra novedad del libro está en la arquitectura de una interpretación que coloca en contraste la colonización española con la anglosajona señalando el carácter económico y capitalista de la segunda en oposición al espiritual y medieval (no feudal) de la primera. Se podrá argumentar que ello no es original en la historiografía argentina pero lo novedoso es que aquí los términos de valoración se han invertido. Sierra sostiene la superioridad del modelo español siguiendo en mucho los argumentos de De Maeztu (al que se debe también la idea del título) y a partir de ellos de los de Berdiaeff, en quien también había aquél abrevado, para avalar la necesidad de la que imagina Nueva Edad Media próxima. Por otra parte, para su objetivo, Sierra hace uso de distintos tipos de argumentos, entre ellos algunos que proceden de sus lecturas juveniles de Marx y otros clásicos del marxismo (incluyendo, por ejemplo, el uso inesperado de la fraseología, "un paso atrás, dos adelante" para definir la estrategia de la contrarreforma). Empero, sobre todo (como no podía ser de otro modo en los ambientes cercanos a Ingenieros) sus argumentos para caracterizar el funcionamiento del capitalismo anglosajón proceden sobre todo de Achille Loria, combinados eclécticamente con aquellos que extrae del debate

acerca del origen de su "espíritu". En cuanto a ello, Sierra analiza favorablemente, entre otras, las posiciones de Max Weber acerca del calvinismo, del primer Sombart acerca del judaísmo (desconociendo la segunda, en la que junto a aquél operan como impulsores el tomismo y el calvinismo), y de Tawney sobre el puritanismo. Así, Sierra se muestra de acuerdo en atribuir la modernidad capitalista al mundo anglosajón y ello le sirve para dos propósitos: primero, condenar en bloque la modernidad de ello resultante y segundo, para defender a España, emblema de la contrarreforma anticapitalista. Esa España que gracias a la, según él, beneficiosa acción del Santo Oficio sobre moros y judíos se libró de aquellos males. En suma, todo ello explicaría el carácter no capitalista pero tampoco feudal —y aquí apela a las afirmaciones de Claudio Sánchez Albornoz, aunque criticando sus conclusiones— y por ende no sustancialmente económico sino espiritual y misional de la conquista de América y de la dominación de los indios. Era ese legado el que había que vigorizar para terminar con "un siglo y medio de falsa tradición liberal a la francesa", contribuir al renacimiento de las naciones hispanoamericanas y desde allí (a la manera de De Maeztu, como vimos) cooperar con los nuevos (viejos) tiempos profetizados.

Todo ello explica por qué Sierra va mucho más lejos que Carbia y Furlong colocando esa revalorización de España en el cuadro de una interpretación general de la historia universal en un plano metahistórico. Ello ayuda a comprender el carácter heterodoxo del libro, combinación de estudio erudito y panfleto ideológico. Explica también el interés que en el nuevo curso de la historia de España podían adquirir las obras de Sierra (en 1952 volvería sobre el tema en otro libro, *Así se hizo América*, no sólo editado en la península sino galardonado con el Premio Reyes Católicos en ella). En cualquier caso, es evidente que la "revisión" histórica que propone Sierra es a la vez mucho más radical y global que la de sus congéneres, especializados casi excluyentemente en Rosas, aunque también menos impactante en una opinión pública mucho más interesada y sensibilizada en torno a la figura de éste.

Ciertamente, sería interesante colocar la obra de Sierra en el cuadro más general de las distintas líneas de la historiografía española ya que su operación historiográfica, metodológicamente tan desenvuelta, difícilmente podía generar entusiasmo, por ejemplo, en la escuela erudita de

Ballesteros y Beretta y además no habría que olvidar que también Levene (elogiado por lo demás al pasar por De Maeztu) y sus discípulos también tenían un espacio no menor como interlocutores de los historiadores españoles. Quizás ello lo orientase a colocarse bajo la advocación del uso político de la historia formulada por Gabriel Maura.

El revisionismo a la conquista de las instituciones

La caótica revolución de 1943 abrió inesperadas posibilidades para el revisionismo, que aquí se confunde plenamente con el nacionalismo. En la compleja relación de fuerzas existentes dentro de los sucesivos gobiernos militares hijos de la revolución, distintas familias del nacionalismo más extremo lograron hacerse fuertes, en especial en el área del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública y en las Universidades nacionales que fueron intervenidas. Los revisionistas que estaban integrados a ellas encontraron así la posibilidad de avanzar sobre los espacios del Estado, incluidos los académicos institucionales para lo que no habían hecho muchos esfuerzos (salvo excepciones, como José María Rosa) precedentemente, ya que su horizonte inmediato había estado en la política y no en laboriosas estrategias académicas. La tentación de operar sobre la conciencia histórica de los argentinos, ahora desde el poder en el "nuevo orden" que parecía amanecer, fue desde luego grande y las prudencias, en general, escasas. Por cierto, ello no implicaba necesariamente la adquisición de cátedras universitarias sino la obtención de cargos de mayor responsabilidad y visibilidad desde los cuales reorientar la interpretación del pasado y mucho más el presente y el futuro. Con todo, la nueva situación no sólo alteraba el lugar de enunciación de los revisionistas sino que parecía develar el significado último de su discurso historiográfico. Por ejemplo, ¿la exaltación de Rosas tenía o no relación con proyectos dictatoriales a aplicar a la Argentina del presente, cosas que sus adversarios sostenían y ellos negaban? o ¿el "nuevo orden" sería ese intento de retornar a una Nueva Edad Media basada en los valores hispano-católicos o algo radicalmente nuevo? Finalmente ¿la prédica sobre el presente y sobre el pasado había calado en profundidad en la opinión pública, como ellos sostenían a partir de lo que estimaban numerosos seguidores, exhibibles en las concentraciones y actos

que organizaban? O, por el contrario, ¿la Argentina liberal continuaba siendo largamente mayoritaria si no en el reducido campo de los intelectuales, sí en la opinión y la ciudadanía en general?

Deteniéndonos solamente sobre el ámbito educativo, el avance de los nacionalistas sobre la Universidad comenzó rápidamente con la designación en agosto de Jordán Bruno Genta como interventor de la Universidad del Litoral. Este partidario de una "revolución restauradora" que había transitado en la década de 1930 de la extrema izquierda al catolicismo ultramontano, orbitando paralelamente en torno al gobernador Manuel Fresco y a los ambientes castrenses en cuyo Círculo Militar pronunció algunas sonadas conferencias a comienzos de la década de 1940, no era un historiador en ningún sentido posible del término. Lo muestran las materias que dictó en los ámbitos de enseñanza superior antes de la revolución: profesor de Lógica y de Metafísica en el Instituto Nacional del Profesorado de Paraná, adjunto de Sociología en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad del Litoral (e integrante junto a Alberto Baldrich, que también había dictado aquella materia en la misma Facultad, del Instituto de Sociología creado por Ricardo Levene en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires); sus intereses se concentraban así en la filosofía y la sociología. Sin embargo, no dejaba de aludir en sus discursos a la necesidad de combatir la "historia falsificada" por el liberalismo, en elogiar a Juan Manuel de Rosas, aunque en forma menos insistente que al general San Martín, y en recuperar la herencia colonial espiritual hispánica y católica "traicionada una y otra vez por los doctores liberales al servicio de la masonería internacional". Asimismo, más tarde, durante el primer peronismo, publicaría algunos opúsculos sobre San Martín y Rosas o sobre la historia de la masonería argentina al tiempo que traducía y prologaba la obra del negacionista Maurice Bardèche, solitario apologista francés del nazismo luego de su caída.

El recordado efímero paso de Genta por la Universidad del Litoral no dejó de suscitar la oposición no sólo de los antifascistas sino también de aquellos que podían compartir una parte o todo del ideario revisionista, como FORJA y en primera persona Arturo Jauretche (que fue arrestado por ello) o los hermanos Irazusta, desde las páginas de *La Voz del Plata*, cuyo periódico fue clausurado a causa de ello por el gobierno militar. Estos últimos, que serían de los pocos dentro de la galaxia nacionalista que no

se sumarían a la aventura militar ocupando cargos, percibían claramente cuánto la desmesura de Genta dañaba la causa que creía defender. Defenestrado por el mismo ministro de Justicia e Instrucción Pública que lo había designado, el general Anaya, encontró sin embargo nuevos espacios con el advenimiento de Baldrich al Ministerio (momento en el cual también Ramón Doll obtuvo la intervención a la Universidad de Cuyo) como rector interventor en el Instituto Nacional del Profesorado de Buenos Aires, en cuya ocasión decidió colgar un retrato de Rosas en su despacho. Su gestión terminó en otro escándalo y tras haber sido hostilizado durante un discurso en conmemoración del aniversario de la creación del Instituto (abril de 1945), fue cesanteado nuevamente en sus funciones no volviendo a ocupar cargos docentes oficiales con posterioridad. Seguramente muchos tomaron nota (entre ellos Perón) de la inconveniencia de insistir en él y en otros nacionalistas semejantes. En efecto, cómo no recordar aquí otros casos como el increíble intento de actuar esa "restauración" que desandara al liberalismo de la historia argentina, por ejemplo, con la gestión de Carlos Obligado en el rectorado de la Universidad de Buenos Aires y del Pbro. Juan Sepich en el Nacional Buenos Aires, rebautizado Colegio Universitario de San Carlos. Así políticas de ese tipo influían también en el público en general que alertado y alarmado por los mayores órganos de prensa del país podía orientarse a convertir en certeza las sospechas acerca de los fines últimos de la reinterpretación de la historia argentina.

Ciertamente no todos los revisionistas operaron con la misma intemperancia. Vicente Sierra, por ejemplo, parece haber llevado adelante una estrategia más distendida e integracionista acorde con la incertidumbre acerca del porvenir, sea en su cargo de fugaz director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, sea en su papel de director de una colección editorial (*Biblioteca Enciclopédica Argentina*) en la que abría a la publicación de autores no enrolados en el revisionismo, como José Luis Busaniche o Emilio Ravignani. Sin embargo, es improbable que esas actitudes no pasaran desapercibidas ante lo que había sido y parecido un asalto frontal y violento a las instituciones por parte de nacionalistas y revisionistas. La batalla mirada desde 1945 volvía a inclinarse decididamente hacia la tradición liberal y ésta parecía dispuesta a cobrar todas las afrentas.

Las cosas no eran sencillas para los revisionistas también por otras razones, más allá de su falta de mesura. En primer lugar, la corporación profesoral, al menos en ciertos ámbitos, pareció resistir bastante bien las reformas implementadas desde arriba, no tanto en lo que concernía a la cesantía de los colegas cuanto en la disponibilidad para aceptar el arribo de paracaidistas. Allí donde esa cohesión profesoral tuvo lugar, por ejemplo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, sirvió también para proteger, en el curso de 1945, luego de la marea nacionalista, a los historiadores asociados en el imaginario estudiantil al "nuevo orden", como Diego Luis Molinari. Por otra parte, en el campo de la enseñanza secundaria, la nueva visión de la historia propuesta por el revisionismo debía encontrar las esperables resistencias de la gran mayoría del cuerpo docente tradicional pero también debía confrontar con las ambigüedades de la posición del catolicismo institucional (al margen de sus intelectuales integristas) más orientado, al menos en parte, a formular una relectura de la tradición liberal y sus próceres en clave católica. Así lo muestra, por ejemplo, el caso de José Antonio Olmedo que desde el estratégico cargo de presidente del Consejo Nacional de Educación proyectaba la publicación para uso en todas las escuelas de una *Vida de Jesús* que Sarmiento había traducido del francés.

El año 45 significó para los nacionalistas, por un lado, el desplazamiento de muchos de los espacios que habían conquistado en la estructura del Estado y, por el otro, la necesidad de posicionarse ante el movimiento político organizado en torno a Perón. Como es conocido, las posiciones fueron disímiles: algunos se sumaron al peronismo sin reservas (ejemplo Manuel Gálvez, Vicente Sierra, Ramón Doll o Ernesto Palacio, diputado electo en las listas de la UCR Junta Renovadora); otros parecen haber preferido un apoyo más externo desde estructuras del mismo nacionalismo (por ejemplo dos integrantes del Instituto Juan Manuel de Rosas, Juan Pablo Oliver, que por entonces escribía en sus publicaciones sobre temas de historia económica, y Federico Ibarguren serían candidatos en la lista de la Alianza Libertadora Nacionalista de pobrísimo resultado electoral) o desde una posición de simpatía sin compromiso político efectivo (como José María Rosa o Raúl Scalabrini Ortiz) y, finalmente, un tercer grupo pasó decididamente a una oposición decidida aunque pasiva (como los hermanos Irazusta o Jordán Bruno Genta).

Más allá de esas diferencias, en general, los nacionalistas y revisionistas en tanto no manifestaran explícita oposición a Perón y al peronismo, aunque ambos les disgustaran, pudieron sumarse a los cuadros culturales de un nuevo régimen que, en ese plano, carecía de muchas alternativas disponibles. Con todo, esa presencia fue mayor y más visible en comisiones, congresos e instituciones culturales que en el ámbito educativo. Era una coexistencia bastante forzada, en especial con Perón. Ello era el resultado menos de la formación "liberal" de Perón en el terreno historiográfico, como lo señalaron reiteradamente los mismos revisionistas (por ejemplo José María Rosa o Fermín Chávez) que de su aspiración a eludir definiciones ideológicas precisas incluidas aquellas referidas al pasado argentino y en caso de tener que hacerlas, obtener el mayor rédito político inmediato de ello. Pongamos un ejemplo: el 13 de noviembre de 1947 poco más de cien intelectuales y artistas, en su mayor parte nacionalistas y/o católicos, se reunieron con Perón (entre ellos Manuel Gálvez, José María Rosa, Raúl Scalabrini Ortiz, Carlos Ibarguren y sus dos hijos, Ramón Doll, Atilio García Mellid, Mario C. Gras). Luego de una exposición de Martínez Zuviría, plena de encendidos elogios a la labor del presidente e incluso de su esposa, con abundantes referencias a Dios, al cristianismo y al papel de la dimensión espiritual en la revolución en curso, críticas al ateísmo y al materialismo y con especial énfasis y gratitud hacia la reinserción de la enseñanza religiosa en las escuelas, tuvieron que escuchar una exposición de Perón. Éste eludió en ella casi cualquier referencia a temas filosóficos. Aunque mencionó varias veces el discurso de Martínez Zuviría, no hizo ninguna alusión a los temas antes indicados. En cuanto al pasado argentino filió su línea política con la revolución de 1943 y con Hipólito Yrigoyen. Casi todo el discurso se centró, más allá de exaltar los logros económicos y sociales y sugerir la necesidad de una cultura "nacional" (para que "no sigamos implantando en nuestro país cosas contrarias a nuestra idiosincrasia, a nuestra raza, a nuestra religión y a nuestra lengua" sin ir más allá), en la necesidad de unir fuerzas, en la "unidad de concepción" y en la "unidad de acción", aconsejándoles a los presentes estudiar ciencia de la organización "ya que lo único que vence al número es la organización". En suma algo parecido a lo que exponía ante otros auditorios muy diferentes y congeniales con su formación y con el papel que en él desempeñaban las doctrinas militares. La distancia así entre las ideas

de la mayoría de los participantes y las de Perón no sólo era manifiesta sino que, sobre todo, ambas operaban en un registro muy diferente.

En la perspectiva instrumental de Perón, por poner otro ejemplo, la figura de San Martín, un general a caballo homenajeado por otro general a caballo (pinto), era mucho más interesante y redituable que la controversial de Rosas. Por ello, si la oposición se esforzó por celebrar el centenario del pronunciamiento de Urquiza o el de la batalla de Caseros, la conmemoración más importante para el régimen fue el centenario de la muerte de San Martín en 1950. Mas en general, en los usos del pasado para construir imaginarios políticos, el peronismo, movimiento que se pensaba a sí mismo como revolucionario, buscaba desde allí mucho más enfatizar sus rupturas con el pasado que sus continuidades (cualesquiera fuesen) con él. Se orientaba más a celebrar a sus dos líderes que a consagrar a cualquier otra personalidad de la historia argentina. Enfrentado a la necesidad de construir pasados, por ejemplo para uso escolar o con propósitos ceremoniales, la apelación a las figuras prestigiosas de la tradición liberal, por conveniencia política o por la simple voluntad de no abrir más conflictos a los que ya tenía, el régimen peronista eligió una estrategia de pocas innovaciones.

De todos modos, más allá de Perón, entre los cuadros políticos del peronismo, existían muchas figuras más interesadas en el revisionismo y sus temas (los estudios realizados sobre los debates parlamentarios lo revelan) aunque aquí tampoco haya unanimidad. Lo mismo ocurría en parte de la prensa afín al régimen, por ejemplo el diario *La Época*, en el que los temas y las perspectivas revisionistas obtenían abundante espacio. No ocurría lo mismo en la expropiada *La Prensa*, donde a los temas conmemoratorios habituales se agregaban vindicaciones de figuras como Dorrego o el "Chacho" antes que la de Rosas. Desde luego que la firme asociación del antiperonismo con la tradición historiográfica liberal, tenía propósitos implícitamente políticos, ya que el terreno del pasado era un campo desde el cual criticar al régimen gobernante con menos riesgos.

Como señalamos al pasar, las cosas eran diferentes en el plano académico. En el terreno de la enseñanza superior, Perón y el peronismo, aleccionados por el espectáculo dado por tantos nacionalistas en el período precedente, con los costos que ello había conllevado, prefirieron apoyarse más en las segundas líneas (algunas veces también primeras) del perso-

nal docente ya existente en los ámbitos de la educación superior, es decir, en aquellos que siempre están disponibles para ocupar espacios vacantes. En el terreno historiográfico ello significaba apoyarse en la parte de la Nueva Escuela Histórica no defenestrada directa o indirectamente y dispuesta a colaborar. Ello es lo que se verifica al menos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata y en el Instituto Nacional del Profesorado. En la primera, la presencia del revisionista con mayor perfil formal académico por entonces, José María Rosa, o la de un compañero de ruta como Gabriel Puentes, no altera el cuadro dominado por las figuras de Molinari y en menor medida de Torre Revello. En la segunda, perduran los discípulos de Levene acomodados al nuevo régimen (Roberto Marfany, Carlos Heras, Joaquín Pérez, Andrés Allende) mientras los revisionistas además de minoritarios estaban desperdigados: Rosa, en la Facultad de Derecho, Federico Ibarguren (que enseñó allí desde 1947 asignaturas muy diversas), en la de Humanidades. En el Instituto del Profesorado, por ejemplo, dos de sus figuras preeminentes, Diego Luis Molinari y Emilio Ravignani que tuvieron que dejar sus cargos al asumir como senador y diputado, respectivamente, fueron sustituidos por José Luis Busaniche y Andrés Allende. De este modo, para el régimen peronista, la cuestión no era revisar la historia argentina o la ideología fundante de la Argentina moderna, sino consolidar en los espacios académicos una situación estable, sin conflictos y sin oposición abierta. Sin embargo, como muestran varios de los nombres antes aludidos, el período 1946-1955 era en varios aspectos diferente al precedente y al sucesivo. Si en el marco de la polarización fascismo-antifascismo primero y en la desperonización de la Argentina no había mucho espacio para terceras posiciones, durante los años del régimen, ello era hasta cierto punto factible. Desde luego que éstas no eran necesariamente equidistantes interpretativamente del revisionismo nacionalista y de la tradición liberal, seriamente golpeada con el desplazamiento de los ámbitos de enseñanza superior de sus representantes más activos políticamente y no lo eran porque la cuestión se presenta, a la vez, en planos diferentes y con modulaciones según los casos individuales. Historiográficamente, por formación y por su integración a los ámbitos académicos, los "terceristas" solían estar mucho más cerca de la Nueva Escuela Histórica; culturalmente, en cambio, tenían puntos en común con perspectivas nacionalistas y/o

federalistas y, en algunos casos, con aquellas hispanistas y católicas y/o conservadoras que los acercaban sectorialmente a la galaxia nacionalista.

El caso de Gabriel Puentes es en muchos sentidos característico. Egresado con medalla de oro de la Facultad de Filosofía y Letras, este discípulo de Molinari representó la alternativa, finalmente frustrada institucionalmente, de un revisionismo con trazos académicos. Ciertamente, las condiciones creadas por las rupturas de 1943 y 1947 en los ámbitos profesionales le facilitaron un acceso a posiciones institucionales que, si no, hubiera sido más lento. Inversamente, lo condenaron sucesivamente a salir de los ámbitos de enseñanza superior públicos con la caída del peronismo. Con todo, enseñaría más tarde en el Instituto Universitario del Salvador y finalmente, como otros nacionalistas, encontró un refugio tardío y en su caso lejano, en el Instituto de Estudios Superiores de Trelew, luego del golpe de 1966.

Tras publicar en 1944 un libro sobre Juan Felipe Ibarra, dos años después Puentes dio a luz otro sobre *El gobierno de Balcarce*, editado en la colección *Biblioteca Enciclopédica Argentina*, dirigida por Vicente Sierra. Se trata de un estudio sumamente erudito y minucioso sobre el crucial período 1832-1833. Apelando a una extensa compulsa de fuentes primarias disponibles en el Archivo General de la Nación (incluyendo los fondos de policía) y en las colecciones existentes en la Biblioteca Nacional y en el Museo Mitre, a las que suma el análisis de la prensa del período, Puentes logra construir una imagen mesurada y persuasiva del creciente conflicto en el seno del Partido Federal. Elementos novedosos son el extenso análisis de las dos elecciones del año '33 y más aún el de la situación financiera del gobierno que le permite encontrar allí algunos argumentos para explicar la debilidad de Balcarce y parte de sus conflictos con Rosas. Éste, en la imagen de Puentes, cometía, entre sus tantos aciertos, un serio error político: oponerse sistemáticamente a la institucionalización; y aquí su mirada está muy cerca de la de José Luis Busaniche. Estando así las cosas, la tesis que sostiene Puentes es que la ruptura del Partido Federal y luego la caída de Balcarce, generaron un retraso de dos décadas en la organización constitucional argentina y dejaron con la desaparición de la elite federal cismática sólo dos vencedores: Rosas y la multitud. A partir de allí la relación entre ambos signará el futuro político ya que es sólo aquél el que puede dominar a ésta. Algo en fin bastante cercano también a pers-

pectivas como la de José María Ramos Mejía. Lamentablemente el libro, que carece absolutamente del estilo agresivo y permanentemente polémico de la gran mayoría de los revisionistas, al colocarse su autor en un lugar de enunciación puramente académico, tiene una escritura opaca y deslucida y una construcción fragmentaria que hace difícil su lectura y afecta de a ratos la línea de la argumentación.

En 1957 apareció, publicado por una de las más clásicas editoriales nacionalistas, otro libro de Puentes: *La intervención francesa en el Río de la Plata*. La obra, que se centra en el nudo 1838-1840, explora el rol de unitarios, federales "lomos negros", románticos y federales en el complejo momento de la intervención francesa, los conflictos en la Banda Oriental y los alzamientos contra Rosas. Nuevamente se trata de un trabajo sólidamente documentado de tono mesurado, sin las polémicas historiográficas habituales en la mayoría de los revisionistas. Más aún, repasando la bibliografía elencada se nota claramente que Puentes hace poco uso de la ya extensa bibliografía revisionista y mucho más abundante de la producida por la historiografía académica o incluso de aquellos "revisionistas antes del revisionismo", incluidos los historiadores provinciales, a los que aludimos en la primera parte de este capítulo. La interpretación general del período y de las figuras en él actuantes es bastante ponderada y más allá de las simpatías del autor hacia Rosas y los federales, en tanto defensores de la causas de la nación, no sólo no deja de señalar los límites de estos últimos sino que les aplica los mismos criterios severos que a sus rivales —los de la lógica del interés político en un contexto de luchas facciosas— para analizar sus comportamientos. Ejemplo de lo último es la minuciosa reconstrucción del caso Domingo Cullen y las acciones de Rosas en él para lograr su apresamiento y su ejecución y, de lo primero, su interpretación de las razones últimas de la caída de Rosas. Éstas no se encuentran fundamentalmente en la acción de su adversario sino en "haber sobrepasado con exceso la razón de ser de su gobierno". En suma, un libro de historia política, con algunas incursiones en el terreno de la historia de las ideas (para lo cual reposaba en variadas lecturas y sobre todo, en las líneas maestras provistas por Coriolano Alberini), realizado dentro de la estricta lógica de la escuela erudita y de los criterios de "verdad" de la misma (su autor se detiene a menudo en sus indagaciones señalando que los "documentos" disponibles no permiten ir más allá en el esclarecimiento de

determinados episodios). Todo ello da consistencia a sus obras pero les quita eficacia política y, a su modo, plantea las inevitables tensiones entre los requisitos de una historia académica y la necesidad de llegar e influir sobre públicos vastos con interpretaciones claras, simples y argumentativamente contundentes.

El cuadro presentado vuelve a sugerir las dificultades para delimitar la tradición revisionista y los ambiguos límites de la misma. En términos de la operación propiamente historiográfica, es claro que Puentes está mucho más cerca de la Nueva Escuela Histórica; en términos interpretativos, lo está de las aludidas terceras vías entre la historia llamada oficial y la revisionista (lugar que podría compartir con otros autores como Busaniche y Molinari y, en otra clave, Roberto Marfany) y es claro también que prefirió colocarse en el lugar de un académico y no en el de un ensayista polémico. Empero, en términos de afinidades culturales y políticas, deben resaltarse los rasgos compartidos con los revisionistas (fue por ejemplo colaborador ocasional de la publicación del Instituto Juan Manuel de Rosas), pues éstos asimismo lo reconocieron como parte de su espacio y efectivamente compartió con ellos un itinerario común: ascenso en las posiciones académicas en el ciclo abierto en 1943, segregación de ellas luego de 1955.

Que la colocación en ámbitos académicos durante el peronismo no signaba como en Puentes el tipo de historiografía practicada, lo exhibe el ejemplo de José María Rosa. Éste en los años del primer peronismo, pese a su colocación en las universidades de Buenos Aires y sobre todo de La Plata, acentuó y no atenuó su vis polémica, como recuerdan algunos asistentes a sus cursos. En 1955, antes de la caída de Perón, publicó un libro, *Nos los representantes del pueblo* (que integraba artículos precedentes) que presenta un marcado giro discursivo con relación a *Defensa y pérdida*. Humor e ironía, en un registro que recuerda al de Ignacio Anzoátegui, dominan el retrato de los constituyentes de 1853 y de las "diez noches históricas" en que se debatieron los artículos de la constitución. En vez de presentar sus argumentos en la forma en que lo hacían las historias constitucionales, Rosa opta, con buena pluma, por buscar un modo de llegar a un público más vasto y, para ello, sigue la línea de una historia política convencional sazonada con todo tipo de pequeñas anécdotas a los efectos de brindar un retrato "psicológico" de los protagonistas y recrear, un

poco a la manera de Vicente Fidel López, el ambiente histórico en que ellos actuaron. La tesis de fondo del libro —la dependencia estrecha de la constitución argentina de aquella estadounidense— no es novedosa, como el mismo Rosa señala, aunque al pasar. Ella no sólo estaba presente en Sarmiento sino que había sido por un período la interpretación dominante en la enseñanza del Derecho Constitucional en la Universidad de Buenos Aires.

El propósito del libro es, sin embargo, otro. Denunciar el carácter colonizado de las clases dirigentes argentinas y por ende su incapacidad para desempeñar su rol y encontrar allí uno de los mayores males argentinos. La carencia de una verdadera "aristocracia" era el resultado, según Rosa, de que para ser tal, ésta habría debido actuar en consonancia con el "pueblo" y no de espaldas o contra él. Las culpas no fueron, sin embargo, para Rosa; sólo de la inteligencia argentina de 1837. Retomando una observación de Alejandro Korn, que había señalado que la escisión entre Rosas y la intelectualidad argentina fue la mayor culpa de aquél, Rosa concluye que "un hombre solo, por mayores condiciones que tenga, no basta para consolidar una política. No basta con la popularidad que es cosa del presente; es necesario contar con el apoyo de los intelectuales, que son los dueños del futuro". Rosas así fue un "Octavio que no llegó a Augusto". Observación que José María Rosa retoma de Gondra y que en su momento había criticado Irazusta, mucho más confiado en la autosuficiencia intelectual del dictador y sus colaboradores. Las posibles analogías entre esas reflexiones y la situación de la Argentina, tal cual podía percibirla un intelectual como Rosa en 1955, son más que evidentes.

El problema del impacto de la experiencia peronista sobre los intelectuales que habían depositado esperanzas en él también se presentaba en el caso de Ernesto Palacio. Éste que había tenido una participación más activa y más visible en la misma, reflexionaría sobre el conjunto del pasado nacional en una *Historia argentina* cuya primera edición vería la luz en 1954. Se trata de una historia esencialmente política narrada en forma ágil e inteligente con una prosa elegante. Mirada en su conjunto, la obra presenta la novedad de la moderación de sus tonos junto a una sustancial continuidad con las interpretaciones popularizadas por el revisionismo en la década precedente al peronismo. Palacio opta en este libro por abandonar la vis polémica que lo había caracterizado en aquellos años y por no confrontar directamente con otros historiadores (sus críticas historiográ-

ficas son genéricas no *ad hominem*) y trata de presentar a las figuras del pasado en sus luces y sombras acompañando la evaluación de cada uno y de los momentos en que actuaron en forma distendida aspirando, por momentos, a una mayor complejidad interpretativa que la brindada en el pasado por la mayoría de los revisionistas. En algunos momentos de su historia esa actitud se hace más evidente (sobre todo en el estudio del período colonial y de las primeras décadas posindependentistas). En otros, la etapa posterior a Caseros, la perspectiva tribunalicia y el juicio lapidario se enseñorean sobre figuras y políticas de la Argentina posterior a Caseros (entre las cuales ahora, a diferencia de los '30, la de Mitre está en primer lugar).

Un ejemplo de la primera actitud es su discusión a la vez contra la leyenda "negra" y la leyenda "rosa" en la conquista y colonización de América que exhibe toda la distancia de Palacio con relación a la interpretación católica a la manera de Sierra. Lo orienta a ello su aspiración a una mirada desde el "realismo" político que no considera factible eludir la consideración de los intereses concretos de los actores, sus ambiciones y sus conflictos, su lógica política (lo que también le permite afirmar, algunos capítulos más adelante, que el asesinato de Dorrego debe ser considerado antes que como un "crimen" como un grave "error" de los mandantes y ejecutores). También lo orienta hacia aquella mirada el hecho de que los héroes positivos de su historia son los hombres de acción (en este caso, conquistadores y encomenderos) no los juristas, los teólogos o los letrados, en lo que desde luego resuena el antintelectualismo clásico del pensamiento contrarrevolucionario europeo desde Burke. Otro ejemplo es su compleja lectura de Caseros y la caída de Rosas, vistos no sólo desde los factores externos sino desde la burocratización de un régimen y el inevitable desgaste y pérdida de eficacia que el prolongado ejercicio del poder produce en todos los dictadores y por ende en Rosas. En ello podría verse desde luego un espejo con la situación contemporánea (más allá del hecho de que Palacio nunca hizo una ruptura pública con el peronismo), lo que también se vislumbra en el tono ligeramente obrerista y muy antioligárquico (incluida la crítica al latifundio y el lamento hacia la situación de los inmigrantes rurales) que domina las partes en torno al Centenario.

Se ha señalado en modo muy pertinente la afinidad del libro de Palacio con aquella obra emblemática de la historiografía "capeta" que fue la

Historia de Francia de Jacques Bainville, por mucho tiempo uno de los periodistas estrella de *L'Action Française*. Ciertamente las semejanzas abundan, en especial en el tipo de historia, la forma del relato y la estrategia argumentativa, no apocalíptica sino persuasiva. Empero, también deben señalarse las diferencias. Ellas residen en muchas partes. Ante todo debe recordarse que la obra de Bainville es de 1924 y coincide por tanto con un momento en que la historia de Francia puede verse menos como decadencia que como un éxito, frágil y amenazado, pero éxito al fin. En segundo lugar, es bueno señalar que es el momento en que, obligado por las circunstancias, *L'Action Française* ha echado puentes hacia el universo conservador y ello da a esa obra un tono que va más allá de la lectura típica del movimiento maurrasiano y que parece ser la autobiografía de la nación francesa toda, mirada historiográficamente desde un permamente diálogo, polémico pero respetuoso, con Jules Michelet. Finalmente, Bainville es consecuente con su estrategia a lo largo del libro aun en los momentos más polémicos (véase la lectura aparentemente aséptica del *Affaire* Dreyfus) con pocos desfallecimientos, en especial en el tratamiento de la Revolución.

Palacio, en cambio, ante todo incluye un prólogo polémico (no hay tal en Bainville) que sesga la lectura posterior. En él no sólo se despacha contra la falsificación histórica y simultánea y contradictoriamente a favor del criterio político por sobre el de la "verdad" histórica, sino que se coloca en la perspectiva historiográfica de un patriciado al que cree pertenecer, por la antigüedad de la instalación de sus antepasados en el país, contra aquella que supone emergería de los nuevos advenedizos de origen inmigratorio. Algo al fin no tan disímil de aquellas polémicas martinfierristas de los años '20 (los advenedizos sociales he ahí una *bête noire* recurrente de la obra, a comenzar por Rivadavia leído una vez más desde Vicente Fidel López). Aunque debe señalarse que en la misma *Historia* ese relato se hace más complejo y a veces contradictorio, en el entrecruzamiento en el mismo Palacio de la mirada patricia y de la que podía surgir de un copartícipe de la experiencia peronista. Asimismo, y el punto no es menor, lo que quiere retratar Palacio es la historia de un fracaso, no de un éxito. Y un fracaso necesita responsables en primer plano: internos (la ideología de las clases dirigentes) y externos (el Brasil en Sudamérica, Inglaterra en el mundo y de a ratos también las logias y la masonería que aparecen

en algunos lugares algo insólitos, digitando los destinos de estas comarcas y por ende un perpetuo conflicto con ellos). Dos puntos finales: uno acerca de la idea de nación. Aquí al concepto esencialista de Bainville que diseña una Francia cuya historia comienza con la conversión de Clodoveo no es semejante al de Palacio que bascula entre una idea barresiana y una mirada constructiva ("el patriotismo local tenía en esos años (la década del '10, n.d.a) más vigencia que el nacional pues apenas si había nación; la patria era América"). El otro es que la lectura de Palacio va deslizándose de una estrategia persuasiva hasta otra en la cual se disimula menos bien el afán iconoclasta.

El momento post '55: Revisionismo y peronismo

La caída del peronismo impactó en muchas formas en los revisionistas. En primer lugar, perdieron todos los lugares, aunque fuese modestos, que habían logrado conseguir al amparo de la benevolencia oficial y los mismos estarían cerrados para ellos hasta 1966. Algunos padecieron incluso la prisión y el exilio. Sin embargo, si la coyuntura institucional se les revelaría inhóspita, inversamente la coyuntura cultural se les mostraría muy favorable. Hasta entonces los revisionistas habían logrado un éxito limitado en sus propuestas de transformar la imagen del pasado argentino. Las editoriales en que publicaban, las tiradas de los libros y lo espaciado de las reediciones muestran bien que, aunque habían logrado agitar las aguas historiográficas, su prédica no iba mucho más allá de algunos interesados en la historia argentina o de los grupos militantes de la derecha nacionalista. La caída del peronismo contribuyó a resolver el problema del público asociado con el del anclaje político y mostró en qué medida el lugar de enunciación historiográfico no académico o no oficial podía ser inmensamente más redituable.

Es claro que para nacionalistas y revisionistas el peronismo constituía ahora un enorme público "en disponibilidad". Desde luego no eran los únicos que querían beber en esa fuente, reservorio incalculable de militantes y simpatizantes del régimen depuesto. Distintos sectores de la izquierda tenían el mismo propósito. El mayor éxito de los primeros sobre los segundos tiene que ver con distintas cuestiones. Ante todo con las imá-

genes y los discursos que generaban los sectores triunfantes en la revolución de 1955. Antes que nadie fueron ellos los que impusieron la idea del peronismo como la "segunda tiranía" (la primera había sido la de Rosas) y los que sancionaron la línea Mayo-Caseros-Septiembre (con lo que el golpe de 1955 venía a sumarse a 1852 y a 1810). Empero, para el mismo peronismo y para su líder, la asociación con el revisionismo presentaba aristas de interés por otros motivos más allá de aquellos de los cuadros políticos e intelectuales que habían simpatizado o apoyado al movimiento. Ante todo, la orfandad de Perón en las primeras etapas del exilio y la debilidad de sus estructuras internas hacía bienvenido cualquier apoyo que se ofreciese en el momento de la derrota. Sin embargo, puede postularse quizás un móvil más profundo. En tanto la "revolución libertadora" y sus soportes intelectuales y políticos se inclinaron a ver al peronismo como un "paréntesis" en la historia argentina, que podía y debía ser erradicado totalmente de la sociedad argentina (como había sido erradicada la memoria de Rosas y el rosismo), para Perón asociar a su movimiento con una línea histórica de larga duración era un razonable modo de argumentar acerca de sus profundas raíces en el pasado argentino y su continuidad en el futuro. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Perón no dio inmediatamente el paso de convertirse en aquello que sus enemigos decían que era (en términos históricos). Todavía no lo ha hecho en 1956 ya que en *La realidad de un año de tiranía* compara a la represión de la "revolución Libertadora" con la "tristemente famosa "Mazorca" de la época de Rosas". Será recién en *Los vendepatria* cuando el "matrimonio de razón" de peronismo y revisionismo (como ha sido llamado) se consumará.

Uno de los mayores beneficiarios de la nueva situación y quien supo aprovecharla con mayor habilidad fue José María Rosa. En los años posteriores a la caída del peronismo produciría una miríada de obras, entre ellas una *Historia Argentina* que lograrían resonantes éxitos de público ayudados por su estilo ágil e irónico y serían un factor no desdeñable en el acercamiento paulatino de sectores juveniles de clase media hacia el peronismo, sobre todo a partir de los años '60.

De ese conjunto de trabajos el más ambicioso es el libro, editado en Madrid en 1957, que dedicó a *La caída de Rosas* (tema que había sido objeto de varios ensayos por su parte en los años precedentes). Comparado

con sus obras anteriores, la perspectiva de Rosa no ha cambiado mucho (más distancia hay entre *Defensa y pérdida* y *Nos los representantes* que entre este y el nuevo libro). El tema de la ausencia de una verdadera clase dirigente como mal argentino, ya planteada en la obra de 1955, es de nuevo el *leit motiv* mayor. Esa ausencia resalta por contraste con aquella brasileña de la que Rosa da un bosquejo sin matices. He ahí la clave de diferenciación de dos procesos comparados.

La caída de Rosas reposa sobre una amplia compulsa de archivos brasileños en especial en los microfilms que existían de ellos en Montevideo —por obra de Pivel Devoto—, lugar en el que Rosa estaba exiliado luego de haber sido liberado de la prisión a la que lo sometió la llamada revolución libertadora. La amplia documentación no sirve a su autor para presentar una imagen más compleja del problema sino por el contrario una mucho más sencilla. La caída de Rosas sería el resultado de una larga estrategia imperial brasileña y Caseros su victoria, que contó con el instrumento de la corrupción de Urquiza para lograrlo. Las complejidades psicológicas de los personajes, los intereses regionales, el complejo juego de la política, la ineficacia defensiva del último Rosas, la fatiga de su régimen, todo es aquí abandonado en función de una explicación lineal que deja atrás todas las matizaciones que otros revisionistas habían sabido, a veces, introducir. La búsqueda de un lector amplio, cuya ingenuidad se presupone, es permanente en el libro, no sólo a través del estilo vivaz y colorido sino sobre todo de analogías forzadas e imágenes polarizadas que inducen a la indignación o a la simpatía. En distintos lugares en los que un historiador debería encontrar un problema, Rosa encuentra una solución. He ahí, por ejemplo, el resultado del plebiscito que legitima el poder omnímodo de Rosas (9.713 contra 7). Las dimensiones de la victoria (mayoría "búlgara" como se las llamaría en tiempos de existencia del socialismo en Europa del Este) no parecen presentar ningún interrogante, ni tampoco el hecho de cuáles eran los sistemas de votación de entonces. Al contrario, sirve a su autor para sostener el carácter no sólo popular sino incluso socialista del gobierno de Rosas, análogo al de las revoluciones europeas de 1848.

Las observaciones precedentes nos muestran algunas de las claves que ayudan a entender el éxito de José María Rosa. La simplicidad de su construcción la hacía cada más eficaz ante un público ávido de encontrar res-

puestas, alentado por una situación política presente enormemente compleja pero presentada por muchos de los actores en modo no menos lineal y esquemático. La misma historiografía académica se orientó en esos años en algunos de sus cultores hacia una mirada aún más rígida y simplificada del pasado argentino. La otra clave parece encontrarse en la capacidad de Rosa para establecer una comunicación con un nuevo universo de lectores al entender que ellos no eran ya ni sólo ni principalmente los de la década preperonista. Las referencias al "socialismo" de Rosas y aquellas cada vez más enfáticas al papel de las masas y al antiimperialismo se orientan en ese sentido. Ciertamente muchos de esos temas no son nuevos en Rosa, como vimos, lo que es nuevo es la insistencia en ellos y muestran que éste estaba dispuesto a resignar consensos en los ámbitos académicos o en la derecha más cerril a cambio de encontrar otro público mayor más allá de eruditos o nacionalistas. Su éxito, que contrastaba con los pálidos resultados de los revisionistas viejo estilo, mostraba lo acertado de su estrategia político-intelectual.

Seguir los derroteros del revisionismo a partir de los años '60 llevaría demasiado lejos y excede las dimensiones de este trabajo. Por lo demás, la obra de los epígonos fue sustancialmente reiterativa. Como decía Croce, saber más para saber lo mismo. Una excepción en ese terreno es la figura de Fermín Chávez. Detenernos en su obra, antes de concluir, ayuda a observar dónde puede encontrarse la novedad de los aportes del revisionismo peronista posterior a 1955.

Fermín Chávez es, por muchas razones, una figura atípica en el universo de autores que hemos analizado. Nacido en un pequeño pueblo de Entre Ríos cercano a Nogoyá, en el seno de una familia de pequeños agricultores con simpatías yrigoyenistas y en cuyo entorno sobrevivía, según Chávez, el recuerdo de las rebeliones jordanistas. Estudió en Córdoba y luego en Buenos Aires y en Cuzco con los dominicos, orientándose inicialmente hacia la vocación sacerdotal que abandonaría poco antes de consagrarse. Aunque recaló en Buenos Aires, luego del abandono de la carrera eclesiástica, conservó siempre esa vinculación con la matriz provinciana y con las simpatías hacia los sectores populares criollos de los que provenía. En Buenos Aires se relacionó con diferentes sectores del nacionalismo, en especial católicos e hispanistas y comenzó una larga carrera como periodista en distintos medios. Asimismo, como otros, antes de interesar-

se por la historia lo hizo por la poesía (y el teatro) y compartió experiencias en distintas publicaciones y cenáculos literarios cercanos al peronismo.

La originalidad de Chávez, en el contexto del revisionismo, se encuentra en muchos lugares. Ante todo en que, pese a su formación católica y a sus primeros ámbitos de pertenencia, no fue la idea de un orden cristiano al que había que retornar la que sustentó su mirada sino mucho más una cierta interpretación del historicismo romántico de matriz alemana. Ello explica, en parte, su entusiasmo por Alberdi en quien forzosamente quería ver, marginando en su análisis sus obras mayores, un fiel seguidor de aquel ideario. Asimismo, su formación en filosofía y teología lo orientó luego de la literatura hacia alguna forma de historia de las ideas. En 1956 publicará su *Civilización y barbarie: el liberalismo y el mayismo en la historia de la cultura argentina* (ampliado en 1965), un intento de invertir la dicotomía sarmientina esbozando fragmentos de una genealogía de los "heterodoxos" argentinos en quienes habría reposado la verdadera "cultura nacional" en oposición a lo que llamaba el "mayismo". Aparecen aquí junto a pensadores como Alberdi o Saúl Taborda (por el que profesaba una extendida admiración), otros ignorados u olvidados, en general también provincianos, cuyo rescate fue una de sus vocaciones permanentes. Años más tarde también retornará sobre esos ejes colocando en paralelo momentos del pensamiento europeo y del argentino en su *Historicismo e iluminismo en la cultura argentina*.

Más allá de aquellas incursiones, el centro de la reflexión de Chávez fue, como en los otros revisionistas, la historia política. Sin embargo, aquí más que girar sobre la figura y la época de Rosas, Chávez se orientó a valorizar otros caudillos federales del ciclo posterior a Caseros. Ya en 1957 publicó la primera edición de su *Vida y muerte de López Jordán*, un tema a él muy cercano desde el inicio y comienzo de una trilogía completada luego con *José Hernández, periodista, político y poeta* (1962) y la *Vida del Chacho* (1962). Sus libros muestran un importante acopio de información extraída de fuentes primarias, presentadas en forma muy descriptiva, como basamento para interpretaciones que no siempre pueden extraerse de ellas y con un tono, en términos comparativos, no excesivamente polémico hacia los historiadores contemporáneos. Ello era parte de una estrategia discursivamente erudita y del estilo personal no enfático que caracterizaba su personalidad.

La elección de esos autores no es azarosa, pues ellos le permitían, sin negar a Rosas, poner el énfasis en el argumento de su interés: la tradición federal mirada desde una perspectiva antiporteña (y nuevamente no es casual aquí su interés por Alberdi). De ese modo, si Caseros había sido, para Chávez, una derrota de los intereses nacionales debido al interés brasileño y la duplicidad urquicista, no dejaba de ser enmarcado en otros problemas que, al menos en parte, lo explicaban: los ríos litorales y el puerto y la necesidad de una organización federal efectiva que garantizase los derechos de las provincias, así como explicaban la "buena fe" de tantos caudillos federales que siguieron a Urquiza, a comenzar por el mismo López Jordán. De ese modo, podía afirmar que no 1852 sino 1861 (Pavón, según él simplemente un acuerdo entre dos hermanos masones) fue "el año más funesto del federalismo argentino" e introducir una distinción entre el "federalismo porteño" (Rosas) y el provinciano (la frustrada "Confederación urquicista").

Otras novedades traen los libros de Chávez. Una es que, en parte como consecuencia del desplazamiento del eje temporal, la figura más denostada sea Bartolomé Mitre, en quien ve resumidos todos los males del liberalismo argentino. Otra es una recurrente polémica contra el marxismo, aunque tratando de discriminar en él entre aquellos autores abiertos a una perspectiva nacional y aquellos seguidores fieles de la tradición liberal. No se trata, desde luego, de una apertura ideológica —sus referentes siguieron siendo, además de los románticos alemanes, aquellos vinculados al pensamiento de la derecha europea— sino de su percepción de los cambios en el clima ideológico en la Argentina de fines de los '50. Así, en muchos puntos (caudillos federales provincianos, antimitrismo, interlocución con el marxismo invitándolo a sumarse al pensamiento nacional), Chávez iba a sintonizar adecuadamente con la Argentina posperonista lo que le permitiría adquirir, hacia principios de los '70, un público más vasto entre los jóvenes reclutas de la "izquierda nacional". Contribuyó también a ello su tarea como periodista en publicaciones alejadas de la galaxia nacionalista.

Esas innovaciones no afectaban sin embargo una forma erudita y tradicional de hacer historia. En ese punto, puede recordarse que Arturo Jauretche, tanto más perceptivo como era, en un trabajo de 1959, *Política nacional y revisionismo históricos* había ya notado la necesidad de un cambio de

registro historiográfico. Sus observaciones fueron, sin embargo, totalmente desoídas por los revisionistas del período posperonista. El ensayista sugería allí, en el clima del frondicismo al que se había sumado, la necesidad de un nuevo revisionismo que una vez esclarecida la verdad de los hechos del período comprendido entre 1820 y Caseros se desplazase hacia el estudio de la Argentina posterior abandonando toda melancolía y sueños de restauración. Ese nuevo revisionismo debía orientarse más hacia el estudio de lo social (para lo que se apoyaba en abundantes citas de la *Apología por la historia* de Marc Bloch), abandonar el tono polémico y construirse con "todos los aportes". Nada de todo ello fue recogido.

Llegados a este punto y para concluir, habría que observar que el tardío éxito del revisionismo, en la época del post-primer peronismo, se debió en buena parte a que sus acciones subían paralelamente con las del líder depuesto y su movimiento, pero también a su apertura ya que no a una nueva historia sí a otros temas y con otra fraseología distinta a la dominante en los años '30. Eran autores como Rosa y Chávez los que lograban alcanzar más públicos, en especial el primero, mientras el antiguo nacionalismo revisionista seguía siendo consumido por círculos restringidos e influyendo mucho menos en el proceso de "nacionalización de las clases medias", en acto desde los años '60. Más aún, en algunos planos, el revisionismo reaccionario o fascistizado de los años '30 resultaba a menudo un pesado lastre del cual había que desembarazarse proponiendo divisiones del tipo "nacionalismo oligárquico" o elitista vs. "nacionalismo popular".

Desde luego que puede adoptarse una interpretación esencialista del revisionismo o buscar un mínimo común denominador (más definible a través de su oposición a la historiografía liberal y/u oficial que por cualquier otra cosa). Sin embargo, como hemos tratado de mostrar y como es inevitable en un movimiento que abarcó a tantos autores y a un período bastante largo, las diferencias internas no son desdeñables. Se dirá que ellas no son tan relevantes y que, en conjunto, su aporte a la renovación de la historiografía argentina fue en la mayoría de los casos (no en todos) muy modesto y que como operación intelectual fue mucho más política que historiográfica y ello fue otro rasgo bastante compartido. Sea. Empero, los límites de los revisionismos no son sólo de él; son en buena parte también los de tantos de sus adversarios y los de una estación de la historio-

grafía argentina construida a menudo con buena voluntad pero sin instrumentos ni tradiciones historiográficas consistentes. En ese marco el aporte de los revisionismos fue mucho más una reinterpretación de la historia argentina que cualquier otra cosa. Si no tuvieron éxito pleno en imponerla sí lo tuvieron en debilitar el imaginario historiográfico tradicional argentino en un país crecientemente conflictivo y polarizado sobre su presente. Es de temer que, cuanto más simplificadas, lineales y binarias fueron sus propuestas, un público más vasto alcanzaran. Y allí el problema del revisionismo no es ya el de la historiografía sino el del mundo cultural y la opinión pública argentina de su época o, en la expresión clásica, *pro captu lectoris, habent sua fata libelli.*

En una mirada menos pesimista, también podría señalarse que el éxito de la propuesta revisionista se basaba en que daba un tipo sencillo de respuesta a la prolongada crisis argentina que, por diferentes vías, sintonizaba de algún modo con un público ya sometido a una larga roturación del terreno por parte de motivos patrióticos, y a su modo nacionalistas, a los que se había dedicado con tanto celo y con otros propósitos el Estado argentino.

CAPÍTULO 5

Historiografía de las izquierdas

Aun cuando resulte lícito procurar dar cuenta del fenómeno que genéricamente se conoce bajo la denominación "historiografía de las izquierdas", una operación de esta naturaleza reclama una serie de consideraciones conceptuales y operativas que, un tanto paradójicamente, podría llevar a replantear su mismo punto de partida.

En primer lugar es necesario reconocer que se trata de una dilatada y compleja corriente político-intelectual en la que convergen diversas vertientes conformadas a su vez por grupos y subgrupos que —en el registro que aquí interesa— han diseñado diversas interpretaciones del pasado, no infrecuentemente antagónicas entre sí.

Esa múltiple hermenéutica remite —entre otras cosas— a los particulares vínculos que los intelectuales mantuvieron con las respectivas secciones y/o estructuras político partidarias y con la posición adoptada en los debates políticos y teóricos que les fueron contemporáneos. Como fuera reiteradamente señalado, ello se coloca en el marco de una operación historiográfica entendida centralmente como modo de intervención política en sus presentes y futuras proyecciones.

Ciertamente, esos modos de intervención abarcan una amplia gama de formatos, soportes y agentes; he aquí otro plural. Tómese por ejemplo el

empleo frecuente que las izquierdas han efectuado de la forma ensayística, forma que acentúa la función interpretativa y desplaza la investigación basada en fuentes primarias. Sin embargo sería reduccionista circunscribir esta historiografía al mero ensayo; particularmente en etapas recientes, éste suele coexistir con el texto erudito elaborado por intelectuales con formación y desempeño académico quienes, sin abandonar su carácter militante, producen sus textos acorde con las convenciones disciplinares vigentes.

Agréguese a lo anterior la vastedad de las empresas culturales conformadas por entramados de editoriales, publicaciones periódicas, conferencias, cursos, espacios institucionalizados (o no), en los cuales la apelación al pasado se constituyó en un recurso privilegiado pero también —y ocasionalmente— en el blanco de las censuras procedentes de las formaciones políticas de pertenencia y también externas a ellas.

En todos los casos —y a diferencia de otras tradiciones historiográficas—, el componente teórico es un factor constitutivo central relacionado especialmente con la vertiente marxista, aunque genéricamente su aplicación remita a "los usos de la teoría" cuyo rango va desde el empleo pertinente de marcos conceptuales al mero teoricismo o a la aplicación mecanicista. Ello ha dado lugar a extensos debates en los que resulta verificable cómo la agenda política moldeaba las miradas sobre el pasado y las proyectaba sobre la contemporaneidad, marcando estrategias, tareas y empresas.

Entre las derivas de las anteriores premisas, parece pertinente consignar que el explícito afán de intervención política de muchos de estos intelectuales los ha llevado a exceder los bordes del campo historiográfico *strictu sensu* para incursionar en el mundo cultural; desde una perspectiva más amplia, la historiografía constituye uno de los múltiples espacios en los que se expresa una visión del mundo y un sentido de la historia volcados y difundidos a través de una persistente vocación iluminista.

Acaso por las razones antes expuestas, los estudios disponibles sobre la historiografía de las izquierdas suelen revestir un carácter monográfico; en algunos casos, el estudio se centra en la producción historiográfica de alguna de las vertientes de las izquierdas argentinas —centralmente Anarquismo, Socialismo, Comunismo, Trotskismo, Izquierda Nacional, Nacionalismo de Izquierda, Nueva Izquierda, etc.— vistas en determinados cor-

tes temporales; en otros se explora a partir de recortes temáticos o bien desde el itinerario de algunas de sus figuras descollantes.

Las "empresas culturales" han sido asiduamente abordadas, así como el impacto que los acontecimientos del siglo generaron en la cultura de las izquierdas. Menos abundantes —aunque los existentes son muy estimulantes— resultan los estudios concebidos desde la historia de las ideas y la historia intelectual, particularmente en lo concerniente a los mecanismos de recepción de ideas, perspectiva ésta más frecuente en los análisis sobre las derechas políticas e historiográficas. Resta asimismo abrir el campo de estudios metódicos sobre el "marxismo académico" cuyos aportes a la historiografía constituyen todavía una tarea pendiente.

Estas apretadas reflexiones sugieren que una mirada de conjunto y de larga duración como la que aquí se propone debería renunciar a aspiraciones de exhaustividad y profundización que un objeto de las características reseñadas reclama y sobre el que sólo recientemente los estudiosos han colocado su afán analítico de manera sistemática. Nos limitaremos entonces a localizar una agenda de temas y problemas a partir de la referencia a un conjunto de autores y de textos situados que organizaron la cultura historiográfica de las izquierdas desde fines del siglo XIX hasta comienzos de la década del '70 de la siguiente centuria.

Una posible genealogía

En 1925 moría José Ingenieros; a fines de ese año la revista *Nosotros* le dedicaba un número especial y al año siguiente lo hacía aquella otra publicación, la *Revista de Filosofía*, de la que fuera director juntamente con su discípulo Aníbal Ponce; fue precisamente este último quien evocaba allí la trayectoria de su maestro en su texto *Para una Historia de Ingenieros*.

Al cumplirse una década de la desaparición de este último, Sergio Bagú —y no casualmente desde la Editorial Claridad— se encargó de recordar la "ejemplaridad" de la vida del autor de *Sociología argentina*.

Cuando promediaban los años '40, Héctor Agosti tributaría a ambos —Ingenieros y Ponce— a través de la conferencia Aníbal Ponce o el destino de la inteligencia, y del escrito *José Ingenieros, ciudadano de la juventud*, editado tampoco casualmente por Cartago. Todavía en 1969, otro

hombre ligado al PCA y cercano a la figura de Ponce, Emilio Troise, fue el encargado de elaborar la introducción a las obras fundamentales de aquél.

Estas escuetas referencias permiten bosquejar una genealogía de una tradición que coloca su génesis en los aportes procedentes de unos intelectuales ubicados temporalmente en el tránsito entre los siglos XIX y XX. Como se indicara, fueron sus herederos quienes trazaron su propio linaje a partir del reconocimiento de la relación referencial —y en algunos casos, específicamente discipular— que los vinculó; ella encuentra su punto de partida en la personalidad y la obra de José Ingenieros, cuya repercusión se proyectó sobre buena parte de los intelectuales de izquierda hasta la segunda posguerra, cuando la coyuntura local e internacional y los acontecimientos posteriores generaron notorios realineamientos.

Más allá de la autopercepción, es posible identificar algunos factores objetivos tales como marcos conceptuales, tópicas, problemáticas, que delinean los albores de una tradición reconocible más allá de climas político intelectuales, influjos, trayectorias individuales y fragmentaciones sectoriales. En tal sentido y desde una perspectiva general, es también frecuente asociar las concepciones de los pioneros con el clima del amplio consenso liberal que por entonces —y luego también— no resultaría incompatible con otras modulaciones de carácter filosófico-políticas. Así, pensadores como Juan B. Justo, José Ingenieros, o el primer Ponce, podrían considerarse como el ala izquierda del liberalismo local que se conjugaba en estos casos con formulaciones cientificistas, cuando no específicamente positivistas en la medida en que éstas les aportaban un conjunto de conceptos, argumentaciones, esquemas de interpretación y acción, capaces de facilitar su intervención en la compleja realidad social de la hora; así, en el contexto de la emergencia de la ciencia positiva en la Argentina finisecular, estos intelectuales solían "depurar" los escritos de Marx de sus componentes revolucionarios en favor de aquellos otros "científicos".

Estabilizado el orden político a través de fórmulas más conservadoras de lo que la acendrada convicción liberal prescribía, el núcleo de la problemática de la reflexión político-intelectual a fines del siglo XIX se centraba en la búsqueda de un orden social compatible con las rápidas transformaciones producidas por la modernización que esos mismos intelectuales proclamaban como epítome del progreso. Sobre el particular y

en el caso de los referidos intelectuales, la sensibilidad socialista —que no antes de la tercera década del siglo, alcanzaría las cimas marxistas— les proporcionaría varios de los ingredientes del eclecticismo teórico que emplearon en sus intervenciones. Así, por ejemplo, en un contexto dominado por el socialismo reformista ligado a la II Internacional, la traducción que en 1898 Juan Bautista Justo hiciera del primer tomo de *El Capital* de Marx, indica más la referencia a uno de los varios reformadores sociales —que las editoriales españolas trasladaban imper ectamente del francés— que su adhesión a las formulaciones marxistas. Como muchos otros, estos intelectuales estaban trasvasados por las consignas de la socialdemocracia alemana y su visión del marxismo como ideología del desarrollo y la modernización en la que el socialismo representaría el "partido del progreso"; por entonces, el conocimiento doctrinario del marxismo entre los intelectuales latinoamericanos era en general bastante deficitario y las citas más frecuentes con que los estudiosos argentinos abonaban sus escritos procedían de publicistas como Achille Loria, Enrico Ferri o Bakunin. En ese marco, el marxismo —o cierta especie del mismo— adquirirá contornos más nítidos a partir de los años '20 con la fundación del Partido Comunista Argentino (PCA).

Un punto de partida: José Ingenieros. Una bisagra: Aníbal Ponce

Precisamente, en un capítulo anterior —"los historiadores positivistas"—, se consignaba la tensión entre motivos socialistas y cientificistas presentes en el primer Ingenieros; ese *bioeconomicismo* —feliz expresión de Orgaz— coexistirá luego con esquemas heredados del liberalismo decimonónico, y aun con nociones en ascenso a partir de la Gran Guerra, la Revolución Rusa y el fenómeno imperialista sobre Latinoamérica.

Estas coordenadas del orden internacional se conjugaban con las que tenían lugar en el contexto local: la crisis del orden conservador, la implantación del régimen de participación política ampliada y la Reforma Universitaria.

A partir de ese encuadre, en un mundo atravesado por cambios profundos y partiendo de adscripciones políticas autodefinidas como progresistas, resulta posible identificar en las intervenciones de Ingenieros la per-

sistencia de cierto núcleo categorial que aun con deslizamientos, organiza su interpretación del presente y del pasado. En efecto, desde textos tempranos y tan disímiles tanto en sus contenidos como en sus contextos de emergencia tales como *Qué es el Socialismo* (1895), *De la barbarie al capitalismo* (1899), *El determinismo económico en la evolución americana* (1901) hasta aquellos más tardíos como *Los Tiempos Nuevos* (1922), *Las fuerzas morales* (1925), pasando por *Sociología argentina* (1918), un heterogéneo caudal de referencias informaba algunas tópicas cuyo arraigo en la cultura de izquierda —o parte de ella— tendría una inusitada perdurabilidad.

Mediante un juego de contraposiciones entre el mundo *feudal* y *moderno*; entre *viejos* y *nuevos ideales*; entre *clases parasitarias* y *trabajadoras*; entre *fuerzas morales* de signo opuesto, Ingenieros desarrolló una perspectiva histórica que le permitía explicar la dinámica civilizatoria proyectada hasta su presente. Este último era interpretado como el desemboque de un proceso dominado por factores dinamizadores: los ideales, las fuerzas morales y las minorías activas; de allí que las respuestas a los problemas del presente frecuentemente se encontraran en el pasado. Ello era posible en la medida en que los *ideales* no son concebidos como *herencias sino anticipaciones del porvenir... gérmenes fecundos de lo que será*, transmitidos a través de la educación, la cultura y la ciencia, apreciadas como las claves para el progreso nacional y el desarrollo de las libertades civiles y políticas.

Esos valores e ideales encarnan en arquetipos entre los que Ingenieros recorta a Almafuerte, Ameghino y centralmente Sarmiento: *...sea él nuestro abanderado en la marcha hacia los nuevos ideales que surgirán de esta gran hora humana*; ellos formaban parte y conjugaban su acción con las *minorías* adjetivadas como *pensantes, activas, ilustradas*. Son ellas las que diseñan la *conciencia colectiva de los pueblos* y son las únicas *capaces de comprender el porvenir*, tal como supieron hacerlo las minorías actuantes en Mayo y luego los románticos: *Al calor de los ideales de la sociedad moderna y por acción de las minorías ilustradas, que son la fuerza de las revoluciones*, tuvo lugar la emancipación sudamericana *como una abjuración de las viejas creencias de la sociedad colonial.*

La voluntad de *renovación ideológica* —como el mismo Ingenieros consideraba todas sus intervenciones— era para él consustancial con la práctica científica y el distanciamiento crítico de toda forma dogmática de pensamiento; acaso por eso, atribuía una importancia central a la acción

y conocimientos de las *minorías activas* de las que el mismo Ingenieros formó parte cuando creía en las posibilidades de modernizar la Argentina "desde arriba". Así puede concebirse su etapa cercana al roquismo mediada por la figura de Joaquín V. González, con quien colaboró juntamente con Manuel Ugarte, Del Valle Ibarlucea y Augusto Bunge en el proyecto de Código de Trabajo. Sin embargo —y como se lamentara en *El hombre mediocre*—, pronto se convenció que no era ése el espacio desde donde intervenir en la sociedad civil sino que era esta misma el nuevo *locus* desde donde podían operar las minorías activas.

Este último desarrollo, cristalizado en la *Revista de Filosofía*, estaría enmarcado por el estallido de la Gran Guerra y su vástago, la Revolución Rusa, acontecimientos que fueron leídos por Ingenieros en sus consabidas claves, esta vez contenidas en los ensayos y conferencias que componen *Tiempos Nuevos*. Considerada como ciclo superior de las revoluciones liberales inaugurado en 1789, como vía de implantación de los *nuevos ideales* que intentaban abrirse paso desde la modernidad renacentista, la Revolución de octubre fue concebida por Ingenieros como una auténtica *revolución social* que colocó a la humanidad en su encrucijada decisiva, "dos mundos morales han entrado en conflicto y no hay entre ellos esperanza de pacificación..."

También aquí el rol de las *minorías ilustradas* —esta vez asociadas con la acción de los maximalistas— fue decisivo; su clarividencia y energía *arrancó el mecanismo del Estado a las clases parásitas y lo puso al servicio de las clases trabajadoras*; conceptos idénticos a los empleados en el artículo de 1895, como también lo era la fe de su autor en el auxilio de los saberes, ya que la socialización de los medios de producción —que saludaba— debía acompañarse de la *cooperación de los técnicos*, considerada como *indispensable*.

El interés por los fenómenos mundiales se relacionaba para Ingenieros con la verificación de que todos los movimientos políticos y sociales europeos han repercutido en América, *en proporción exacta de ese grado de europeización que suele llamarse civilización*. Nuestro destino, ineludible, como decía Sarmiento, es "nivelarnos con Europa". A partir de esta constatación, consideraba que la Argentina debía prepararse para la revolución socialista; sus resultados benéficos —así considerados de antemano— dependerán en cada pueblo de la intensidad con que se definan en su con-

ciencia colectiva los anhelos de renovación; esta conciencia sólo puede formarse en una parte de la sociedad, en los jóvenes, en los innovadores, en los oprimidos, pues son ellos la minoría pensante y actuante de toda sociedad, los únicos capaces de comprender y amar el porvenir.

En este punto, la apelación a la Historia se instituye como un recurso fundamental que permite entroncar esos ideales liberales y democráticos —que tuvieron en Sarmiento su mayor exponente— con los tiempos nuevos. Se trata de una concepción evolutiva del desarrollo histórico cuyo sentido se precisa a partir de oposiciones binarias. Este esquema dualista con que se explicaba la historia universal se verificaba también en la nacional, tal como se planteara en el capítulo anterior.

Sobre el particular, nos interesa recuperar aquí otra noción perdurable: el feudalismo. El término —ya presente en los textos decimonónicos— estaba originariamente asociado con la gran propiedad rural, la debilidad o inexistencia del poder central (como en los casos de Agustín Álvarez y Juan A. García), y asociado a la anarquía política (como hiciera Ernesto Quesada). En el caso de Ingenieros, la referencia al feudalismo remite a una clave política; recuérdese sobre el particular que en su *Sociología Argentina*, los caudillos eran equiparados a señores feudales quienes agrupaban facciones políticas carentes de intereses comunes, movidos por *pasiones personales y necesidades de terruño*; consecuentemente, el complejo feudal-caudillista fue *un obstáculo a todo propósito de unidad nacional.*

Los intelectuales reformistas instalaron otra problemática de "larga duración" historiográfica: el antiimperialismo. Entre ellos, fue precisamente Ingenieros uno de los primeros en reflexionar sobre el destino de América, predicar sobre su independencia efectiva, y en señalar y exaltar los deberes militantes de la inteligencia ante esta realidad. Ese antiimperialismo intelectual que proyectaba los contenidos doctrinarios consignados en la Reforma Universitaria ocupó sus últimas intervenciones, dominadas por el tradicional esquema conceptual: de nuevo aquí hay una apelación a las *fuerzas morales* para emprender la tarea de *desenvolver la justicia social en la nacionalidad continental*, tal como lo expresa en la conferencia de 1922 en homenaje a José Vasconcelos. La formación de una *nueva conciencia nacional* es la ampliación del sentimiento patrio hasta alcanzar dimensiones continentales, acción que, como indicara Manuel Ugarte, debía ser desarrollada por la juventud latinoamericana; la suerte de América depen-

dería nuevamente de la acción de las minorías ilustradas, permanentes dinamizadoras de la historia.

Por entonces, otros intelectuales como José Carlos Mariátegui predicaban que eran otros los sectores que operarían el cambio, y eran otros también los marcos conceptuales desde los cuales pensar la realidad americana. No obstante, la inteligencia ingenierana se proyectaría en las juventudes y en algunos de sus discípulos, como en Aníbal Ponce.

Como su maestro, Ponce fue un hombre de variadas estaciones intelectuales aunque también es reconocible en él un núcleo de preocupaciones sociohistóricas persistentes expresadas en intervenciones de carácter predominantemente ensayístico.

Héctor Agosti consideraba a Aníbal Ponce como la bisagra entre "el liberalismo de los bienamados arquetipos del '80 y el marxismo, que introduce la noción concreta de lucha de clases en la valoración histórica"; ese pasaje no se produciría para su biógrafo, antes de 1930.

En su etapa "premarxista" —de *La vejez de Sarmiento* (1927), *Examen de conciencia* (1928)—, Ponce permaneció constreñido al liberalismo positivista finisecular y a la tradición abierta por Ingenieros con quien compartía el ideario liberal expresado en la civilización, el cosmopolitismo y el progreso que encontraba en la figura del Sarmiento maduro, la ejemplaridad cultural y política retomada por los intelectuales más jóvenes: Nicolás Avellaneda, Lucio V. Mansilla, Eduardo Wilde, Lucio V. López, Miguel Cané, Amadeo Jacques. A través de las biografías representativas de estos últimos, Ponce consignaba episodios, ideas y valores relevantes en la construcción de la Argentina moderna, de la *argentinidad* como decía José Ingenieros; ella fue producto de los hombres del Ochenta, quienes consumaron la tarea que dejó pendiente la Revolución de Mayo: la disolución de los vínculos que nos ataban mentalmente al caduco imperio español. Si Echeverría —tan encomiado antes por Ingenieros y luego por Agosti— preanunció tal ruptura política y literaria, para Ponce serán los hombres del '80 seducidos, por Taine y Renan, quienes produjeron la manumisión intelectual de España. Para el autor, *Francia es la encrucijada de Europa* y el Buenos Aires finisecular, su imaginado reflejo.

También la consideración de Ponce en torno de la historia argentina contenía claras marcas de quien fuese su maestro: no sólo los prohombres liberales, empezando por Sarmiento, sino la meditación sobre la na-

cionalidad en un esquema cosmopolita que construía su sentido a partir de contraposiciones y otorgaba centralidad explicativa a la acción de las minorías.

Fue precisamente la conmemoración de un aniversario de la Revolución de Mayo el marco que eligió Ponce *para meditar sobre los problemas de la nacionalidad en cuanto son solidarios con los destinos de la familia humana.* En *Examen de conciencia* (1928), argumentó sobre la especificidad de la nacionalidad argentina, conformada al margen de componentes indígenas aun cuando casi contemporáneamente otras voces como la de Ricardo Rojas y José Mariátegui intentaran su recuperación. Si ese dato le permitía a Ponce afirmar que la futura Argentina fue la menos española de las colonias americanas, también le servía para marcar que compartía con ellas los vicios del mundo feudal — individualismo anárquico, desprecio por el trabajo, dogmatismo teológico, superstición medieval—, implantados en la América Española, de espaldas al Renacimiento. Como en Ingenieros, el diagnóstico feudal aludía a una dimensión política, circunstancia verificable en la consideración del gaucho como miembro de la gleba feudal; poco afecto al trabajo, indolente, pendenciero, anarquista, *no pudo hacer de la nación más que un conglomerado de pequeños señoríos* [...] *la barbarie gaucha echó las bases de una sociedad militar.* Como hiciera Vicente Fidel López, Ponce recuperaba la renovación que tuvo lugar durante el reinado *liberal* de Carlos III; por entonces, *América entró en el cambio por el camino de la Revolución, y en el espíritu de sus exiguas minorías directoras se reflejó límpidamente el pensamiento de la nueva era...* que oponía *...dos culturas, dos mentalidades, dos filosofías.* Por esa vía era posible explicar la Revolución, pero también el rosismo, en la medida en que la supervivencia de aquellos hábitos feudales conformaron *la Tiranía* caracterizada como el mayor fracaso argentino y el correlativo triunfo tardío del feudalismo español quebrado meced a la aplicación de las ideas de la revolución socialista de 1848; ellas franquearon la vía hacia la Organización Nacional así como la inmigración posibilitó el progreso, la civilización y la extinción gradual del elemento gaucho.

Los años '30 constituyen un viraje en la historia intelectual de Ponce en la medida en que por entonces se consuma su asunción expresa del marxismo mediado por su acercamiento al comunismo y su visita a la Unión Soviética, factores que, conjugados con la adopción de un antifas-

cismo militante, se expresaron en un conjunto de intervenciones político-culturales.

Era el de Ponce un marxismo particular en el que —sin llegar a justificar las extremas desconfianzas que inspirara a Ramón Doll— coexistían ingredientes humanistas, iluministas y aun mecanicistas, tal como puede apreciarse en las conferencias pronunciadas en medios universitarios o en el Colegio Libre de Estudios Superiores y que luego tomaron formato libresco: *Los deberes de la inteligencia* (1930), *La obra de Carlos Marx: elogio del Manifiesto Comunista* (1933), *Educación y Lucha de clases* (1934), y fundamentalmente en su texto *Humanismo burgués y humanismo proletario. De Erasmo a Romain Roland* (1935).

En síntesis, Ponce dibuja una línea del progreso histórico que va del Renacimiento a la Revolución Rusa pasando por la Revolución Francesa: "ayer la Enciclopedia y el Contrato Social; hoy el caudal de las ciencias y el pensamiento de Marx". La cultura es el *locus* por el que pasa la explicación del proceso que condujo del feudalismo al capitalismo y la posibilidad de éste en fundar una nueva sociedad en la que impere el "humanismo pleno". Este *humanismo proletario* —el verdadero humanismo—, triunfante en la U.R.S.S, constituye un modelo de organización social en el que el desarrollo tecnológico se vuelve el indicador más claro del dominio de la naturaleza por parte del hombre y sus efectos liberadores y humanizadores.

La mutación de Ponce puede colocarse en un contexto más amplio, que remite al complejo mundo de entreguerras, etapa que marca una particular estación en la historiografía de las izquierdas argentinas, algunas de cuyas direcciones se trazarán a continuación.

Algunas direcciones historiográficas de las izquierdas en el mundo de entreguerras

El surgimiento del Partido Comunista Argentino (PCA) no significó la inmediata elaboración de una historiografía propia; las primeras incursiones en el terreno de la Historia que se practicaron desde esa sede pueden seguirse en las publicaciones partidarias que, a propósito de fundar posicionamientos políticos sobre el presente, incorporaban algunas glosas

historiográficas que los abonaran. Así lo ilustra sobradamente el caso Rodolfo Ghioldi en su condición de organizador de aparatos culturales y director de sus órganos de prensa como *La Internacional*, *Bandera Roja* y *Soviet*.

En la primera de ellas, las referencias a la historia argentina comenzaron a ocupar algún lugar significativo a partir del incremento de la conflictividad social que tuvo lugar durante el yrigoyenismo ya que, hasta entonces, la acendrada crítica comunista a toda expresión patriótica dejaba virtualmente sin argumentación historiográfica a los internacionalistas.

Desde una perspectiva político-conceptual, un punto clave fue la fijación de las tesis emanadas del VI Congreso de la Internacional Comunista de 1928 que estipulaban la necesidad de una transformación agraria y una acción antiimperialista como paso previo a cualquier revolución socialista, en el marco del (atribuido) carácter semicolonial y feudal de la región, cuyo correlato táctico se resumía en las consignas "clase contra clase" y "frente único por la base", en las cuales la coalición obrera-campesina debía afrontar las tareas democrático-burguesas que la concepción evolutiva "etapista" imponía. El diseño ultraizquierdista no tuvo expresión historiográfica relevante en el corto plazo; en lo inmediato, los "dirigentes letrados" del comunismo se abocaron a la crítica hacia el yrigoyenismo considerado burgués y funcional al latifundismo, y luego de 1930 a acusar a los socialistas de "socialfascistas", a condenar toda tradición nacional y a propiciar la agitación antiimperialista. Desde lo historiográfico, resultan conocidas las intervenciones que entre agosto y octubre de 1934 Ghioldi efectuara en *Soviet*; en ellas se lanza contra los señores *pelucones* de la Nueva Escuela Histórica, pero también ajusta cuentas con las figuras de Rosas —potenciado por el proyecto de repatriación— y de Alberdi, ambas negativamente consideradas, como también lo fue la del presidente Justo.

Cuando promediaba la década, la sustitución de la estrategia del "frente único" por la del "frente popular" cambiaría notablemente la configuración de los alineamientos políticos y sus congruentes imágenes sobre el pasado. En tales coordenadas se localiza la emergencia de una historiografía comunista propiamente dicha, la cual resulta coincidente con la intervención pública de una cohorte generacional que, con distintas modulaciones, le dará forma y contenido.

Nacidos entre 1906 y 1913, Héctor Agosti, Rodolfo Puiggrós y

Eduardo Astesano, entre otros, emprendieron la exploración de la realidad nacional por distintas vías y estableciendo vínculos diversos con sus predecesores con quienes sin embargo compartieron espacios y experiencias comunes. Veamos algunas.

La recusación a la experiencia totalitaria que por entonces tenía lugar en Europa, constituyó localmente —y a semejanza de lo que allá sucedía— un punto de convergencia entre distintos grupos de intelectuales en los variados espacios en los que se difundió la llamada *cultura antifascista*. Ésta plasmó en instituciones tales como el *Colegio Libre de Estudios Superiores* (CLES; 1930), la *Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores* (AIAPE; 1935); el *Comité contra el Racismo y el Antisemitismo* (1937), la *Acción Argentina* (1940), presididas por figuras ya señeras como Aníbal Ponce, Cayetano Córdova Iturburu, Emilio Troise y Gregorio Bermann, entre otros. Estos hombres, ligados a la sociabilidad de los partidos Socialista y Comunista, desarrollaron con otros más jóvenes un conjunto de argumentos e interpretaciones difundidos a través de conferencias, publicaciones periódicas, textos, editoriales, cátedras libres, publicaciones, disertaciones, es decir, variadas intervenciones de carácter político-cultural. Como fuera demostrado, la magnitud del fenómeno conocido como "cultura antifascista" puede verificarse en la profusión de empresas culturales que promovió: un tejido amplio de bibliotecas populares, prensa periódica, ateneos y editoriales menores, revistas (*Unidad, Por la defensa de la cultura, Dialéctica, Nueva Gaceta, Cuadernos de la A.I.A.P.E., Claridad*).

La consigna "Por la defensa de la cultura" adoptada por la A.I.A.P.E, implicó, entre otras cosas, el diseño de una tradición y su correlativa herencia cultural, que debían preservarse frente a lo que sus miembros consideraban "barbarie fascista"; para ello, la apelación historiográfica se instituyó como un recurso fundamental en cuyo centro se colocaba la Revolución de Mayo —de la que el Socialismo se autorreconocía continuador—, colocando su aspecto "revolucionario" dentro de los cánones de la tradición liberal y constitucional, como expresara Mario Bravo. La tradición cultural a preservar mediante la actividad institucional se continuaba con los modelos aportados por la Generación de 1837, José Ingenieros y la Reforma Universitaria, y encarnaba en las figuras de Mariano Moreno, Juan Bautista Alberdi, Bernardino Rivadavia, Nicolás Avellaneda y Julio Argentino Roca, entre otros.

Vale la pena resaltar que esta potente interpretación de la política argentina, trazada por un sector de las izquierdas comunista y socialista en los '30, se proyectará luego sobre la consideración del peronismo encuadrado en términos de nazifascismo.

La centralidad de la tradición liberal como proveedora de argumentos e interpretaciones historiográficas asociadas al antifascismo expresado en clave frentista no fue, por cierto, la única dirección en que se manifestó la cultura de las izquierdas en el mundo de entreguerras.

Emilio Troise desarrolló buena parte de su vocación intelectual a través de las conferencias dictadas en el Colegio Libre, entre la que se destaca Materialismo Dialéctico y concepción materialista de la Historia (1938); el texto —construido sobre la base de postulados leninistas de los que su autor fue divulgador— constituye uno de los puntos de ruptura con la concepción que de la Historia expusiera Juan B. Justo, particularmente en su *Teoría y práctica de la historia.* De algún modo, con su participación en la declaración inicial del *Comité contra el racismo y el antisemitismo de la Argentina* (julio de 1937), tomaba a su vez distancia con el concepto positivista de raza al considerarla un *instrumento de dominación política y social.*

Operación análoga realizaba Ponce con el texto *Educación y Lucha de clases* (1934) aparecido en *Cursos y Conferencias*, la célebre publicación del Colegio Libre de Estudios Superiores. En este caso, es la educación el factor que en manos de la clase materialmente dominante impone sus ideas, su moral y su visión del mundo. La escuela fija su propósito ligado a la estructura económica de la clase social dominante y constituye el reflejo de sus intereses y aspiraciones, por lo cual, ninguna reforma pedagógica fundamental puede imponerse con anterioridad al triunfo de la clase revolucionaria. Si la lucha de clases es el eje de la argumentación, la educación rusa constituye el ejemplo exitoso de eliminación de la división social del trabajo y fundamento del *hombre nuevo* cuyo desarrollo integral requiere como paso previo la conquista del poder político por el proletariado.

La influencia ponceana y particularmente su francofilia también es perceptible en la obra de H. Agosti; de ella dan cuenta sus primeros ensayos: *Emilio Zola* (1941); *Literatura francesa* (1944); *Defensa del realismo* (1945), textos atravesados por una convicción nodal: el arte como actividad que no sólo refleja el mundo sino que constituye una forma de conocimiento de la realidad que contribuye asimismo a su transformación. Afiliado a

la Federación Juvenil Comunista en 1927 y desde entonces un consecuente partícipe de la actividad político-cultural partidaria, fiel a Ingenieros y a Ponce a quienes exaltó en sendos libros, Agosti colocó a la cultura en el centro de su reflexión por entender que no era otro el espacio desde donde producir los cambios; la cultura como patrimonio y realización social y colectiva, *como actividad y no como pasiva recepción.*

Estas tempranas concepciones se insertan en una larga tradición rastreable desde la *Revista de Filosofía, educación y cultura*; se potenciaron en el clima de entreguerras y encarnaron en las actividades culturales del AIAPE, del CLES; se proyectaron asimismo en sus escritos más tardíos: *Para una política de la cultura* (1956); *Nación y cultura* (1959); *El mito liberal* (1959), *Ideología y cultura* (1978), en las publicaciones periódicas que organizó y participó, y en instituciones como la Casa de la Cultura Argentina, que en los '50 fuera concebida como continuidad del CLES.

En relación con la perspectiva político-cultural agostiana, la obra de Rodolfo Puiggrós revela sus notas diferenciales al menos en dos aspectos. Uno de ellos concierne a una relación más ambigua con sus predecesores; la otra —vinculada con la anterior— se refiere al tipo de problemas a indagar así como a las temáticas afrontadas; ellas se organizarán sobre la matriz interpretativa fijada por el PCA desde fines de los años '20, la cual permanecerá virtualmente inmodificada a lo largo de toda su vasta producción más allá de los cambiantes escenarios civilizatorios y de las confrontaciones a las que fue sometida.

Cuando se cumplía una década de su afiliación al PCA y llegaba al secretariado de la AIAPE, Puiggrós comenzó a adquirir notoriedad gracias a su participación en la revista *Argumentos*, subtitulada *Revista mensual de estudios sociales* (1938). La publicación ha sido objeto de análisis que revelan su objeto: explorar *en las entrañas sociales de la realidad nacional* como lo hicieron oportunamente Moreno y Rivadavia, Alberdi y Sarmiento, Yrigoyen y Juan B. Justo, a fin de *hallar los derroteros por donde guiar a las muchedumbres hacia destinos propios.* En tal planteo resuena la consabida idea ingenierana de las "minorías pensantes" conformadas por figuras funcionales a la estrategia frentista en que se hallaba empeñado el Partido Comunista, pero también emerge la consideración de la relevancia del factor económico en la historia como clave hermenéutica de los procesos sociopolíticos. En este último sentido, Puiggrós localizaba en el desierto y el lati-

fundio los principales problemas de un país considerado semicolonial como el nuestro.

Por cierto, no sería el primero en hacerlo; pocos años antes, un militante y legislador socialista identificaba al latifundio como el núcleo de los problemas agrarios argentinos; en *La burguesía terrateniente* (1930), Jacinto Oddone retomaba una temprana línea agrarista ya perceptible en escritos de Juan B. Justo en los que preconizaba —con ecos sarmientinos— la conveniencia de establecer la *pequeña propiedad* como medio de cimentar sólidamente la democracia. Ya Emilio Coni en 1927 y Miguel A. Cárcano, una década antes, se habían ocupado del tema. Pero a diferencia de ambos, el interés de Oddone consistía en explicar cómo pasaron a manos privadas una enorme cantidad de tierras públicas, cómo se formaron latifundios que son la *rémora del progreso nacional y la prosperidad de los habitantes* y cuál fue el origen de las grandes fortunas concentradas en pocas familias. Más allá de antecedentes coloniales, localizó los orígenes de la gran propiedad en la Provincia de Buenos Aires en la ley de enfiteusis, la venta de tierras dispuesta por Juan Manuel de Rosas y la distribución de las mismas luego de la Campaña del Desierto. Si la base heurística y los procedimientos técnicos sobre los que Oddone fundaba sus conclusiones han sido ciertamente superados, suerte contraria corrió la denominación con la que identificó a los grupos sociales beneficiados con este proceso de concentración: la *burguesía terrateniente*.

La explicación materialista también está presente en otro texto de Oddone: *El factor económico en nuestras luchas civiles* (1937), en el que la recepción de la edición del *Manifiesto Comunista* y otros textos complementarios elaborada por el Partido Socialista en 1930 bajo el título *Interpretación económica de la historia*, encontraba uno de sus ecos.

Con relación a estas explicaciones, la de Puiggrós contenía la particularidad de aplicar de modo sistemático el esquema oficializado en 1928 por el VI Congreso de la Internacional Comunista en Moscú; ella fijaba el corolario de la dominación capitalista sobre colonias y países dependientes: la aparición de formas precapitalistas con predominio de relaciones feudales de producción.

No será otro el núcleo argumentativo de las conferencias dictadas por el futuro rector de la Universidad de Buenos Aires en la AIAPE, en los artículos aparecidos en *Argumentos* (1939), y finalmente en el libro *De la*

colonia a la revolución (Ediciones de la A.I.A.P.E., 1940): la afirmación del carácter feudal que la colonización española transvasó a América a diferencia de la expansión inglesa que inoculó en el septentrión continental las bases del desarrollo capitalista. En aquélla, señorío, latifundio y servidumbre, acompañados por un régimen monopólico, determinaron la ausencia de fuerzas sociales necesarias para producir la revolución democrático-burguesa apenas atisbada por M. Moreno. Específicamente en el área rioplatense, Puiggrós distinguía el desarrollo de dos tipos de sociedades: aquella del interior, señorial, basada en una economía doméstica que reposaba sobre la mano de obra servil, y la que abarcaba el litoral de los ríos y el espacio bonaerense, que dio lugar a la acumulación de capital comercial por parte de una burguesía que pronto entrará en estrecha relación con el capital británico.

Ni las imprecisiones conceptuales ni la carencia de información heurística opacan lo sustantivo del texto: fijar el desarrollo de las fuerzas productivas en un punto que permitiese iluminar el tipo de tareas conducentes al orden socialista.

Resulta notable que, animado de similares intenciones, también procedente de la ortodoxia marxista (a la que sin embargo luego refutó) y dotado de una sólida base documental —que motivó el elogioso comentario de Fernand Braudel—, el historiador brasileño Caio Prado Jr. sostuviera una tesis opuesta en su texto *La formación del Brasil contemporáneo* (1942).

Retomando la obra puiggrosiana, debería señalarse que la narración iniciada en *De la colonia a la revolución* se completa con otros dos textos aparecidos también en 1940: *A 130 años de la Revolución de Mayo* y *La herencia que Rosas dejó al país*, ampliado y publicado tres años más tarde bajo el título *Rosas, el pequeño*. Un año después, Puiggrós publicaba *Mariano Moreno y la revolución democrática argentina*, cuya versión extendida fue el libro *Los caudillos de la Revolución de Mayo* (1942); con ellos, su autor completaba una saga que proporcionó una interpretación sugerente de la historia argentina desde sus orígenes coloniales hasta la primera mitad del siglo XIX.

La tesis principal de Puiggrós consistió en sostener la inviabilidad de la revolución democrático-burguesa encarnada en Moreno, circunstancia que condicionó el segundo ciclo revolucionario, personificado en la figura de los caudillos considerados conductores de masas ideológicamente

ambivalentes; si Artigas y genéricamente los caudillos del Litoral representaron cierta tendencia progresista, Quiroga encarnaba su opuesta de corte reaccionario que terminó franqueando el ascenso del rosismo. Va de suyo que esta afirmación colocaba historiográficamente a Puiggrós como interlocutor crítico del revisionismo rosista identificado políticamente con el fascismo.

Tal formulación, tributaria parcialmente de la interpretación proporcionada por José Ingenieros en lo concerniente al carácter precapitalista —feudal— vigente durante la colonia, se diferenciaba no obstante de ella en la misma conceptualización de feudalismo.; si como fuera señalado, en los intelectuales del siglo XIX y los primeros socialistas la "tesis feudal" funcionaba como clave interpretativa de un orden político, en los marxistas operará como diagnóstico orientador de la acción a partir de que la codificación stalinista impusiera el llamado "etapismo", cuyas implicancias alimentarán nutridos debates en décadas siguientes.

En efecto, al concluir la cuarta década del siglo XX, la tesis feudal sería refutada desde las perspectivas esgrimidas por Sergio Bagú, quien intentó demostrar el carácter capitalista de la sociedad colonial y la relevancia de la inserción comercial de las colonias americanas en el mercado internacional.

Como muchos de sus contemporáneos, Bagú inició su incursión historiográfica con un par de biografías que constituyen toda una definición en el marco de su sensibilidad socialista y su militancia antifascista: *Vida ejemplar de José Ingenieros* (1936); *Mariano Moreno: pasión y vida del hombre de Mayo* (1939). Si en la primera rendía tributo al maestro, en la segunda —editada por Claridad— se alineaba con la tradición liberal, laica y democrática.

A partir de estas proposiciones, desde mediados de los cuarenta, este intelectual, juntamente con otros como José L. Romero, Arnaldo Orfila Reynal, Guillermo Korn, participaron en la revista *El Iniciador*, publicada por la Comisión de Cultura del Partido Socialista; como su homónima, fundada por los románticos exiliados en Montevideo durante el rosismo, la publicación se proponía indagar la realidad social en procura de respuestas al duro presente que les tocaba transitar.

Sin embargo, el texto más importante que Bagú produjo por esos años fue *Economía de la sociedad colonial* subtitulado *Ensayo de historia comparada*

de América Latina; publicado en 1949, su elaboración insumió varios años de pesquisas en bibliotecas estadounidenses y repositorios rioplatenses.

Tributario del americanismo del último Ingenieros y de *la búsqueda científica de la verdad* inspirada por Santiago Ramón y Cajal, Bagú emprende una indagación que genéricamente se propone encontrar la unidad latinoamericana más allá de la variedad y multiplicidad de situaciones nacionales; esa *latinoamericanidad* que para el autor surge en el mismo proceso histórico, le autodemandaba afinar los instrumentos teóricos y metodológicos a fin de superar los escasos y dispersos trabajos disponibles, centrados en perspectivas historiográficas de corte político administrativo y jurídico, proponiendo en su lugar un enfoque predominantemente económico-social.

Todo ello posibilitó una interpretación novedosa de la historia de latinoamericana que se iniciaba con el interrogante sobre las características de la colonización hispano-lusitana; se trata de un ejercicio de historia comparada dirigido entre otras cosas a demostrar que el sistema implantado por las monarquías europeas en el continente americano fue el denominado *capitalismo colonial*, variante del capitalismo comercial. Ciertamente la afirmación corregía la opinión prevaleciente en la historiografía latinoamericana y española —entre ellas la antes reseñada de Puiggrós—, proclive a sostener la tesis feudal, en la medida en que para Bagú, el capitalismo colonial presenta universalmente un perfil equívoco que exhibe ciertas manifestaciones externas que lo asemejan al feudalismo: el traslado de algunas instituciones ya decadentes en el Viejo Mundo; el florecimiento de una aristocracia constituida por elementos metropolitanos desplazados, algunas características de las grandes explotaciones agrarias, ganaderas y mineras, la existencia de servidumbre, y hasta ciertos rasgos culturales, como la beligerancia señorial de la época feudal. Sin embargo, en la consideración del autor, estos datos no son suficientes para configurar un sistema económico feudal; tómese por ejemplo el caso del *señor americano* que si bien desde el punto de vista psicológico y actitudinal *tiene mucho de común con el señor feudal del medioevo*; en el orden económico, el primero maneja una *entidad autosuficiente* en tanto que en el señorío americano la producción está destinada al mercado. Aun cuando las primeras encomiendas fuesen autosuficientes —razona Bagú—, el *hallazgo de metales* orientó la producción hacia *el mercado europeo y el señor vive con la mente*

puesta en el intercambio. Particular interés revisten las referencias a la mano de obra y las formas de trabajo asalariado, que denomina *bastardas* y que constituyen una variante de la esclavitud insertadas en un régimen capitalista; ellas conformarán una de las fuentes del *capitalismo comercial* y del mecanismo de acumulación que a su vez dará surgimiento al capitalismo industrial.

En síntesis, para Bagú, las tierras americanas *fueron descubiertas y conquistadas como un episodio más en un vasto período de expansión del capital comercial europeo*; el régimen económico luso-hispano colonial no fue el feudalismo sino el capitalismo colonial, organizado con miras al robustecimiento de las economías metropolitanas y al mercado colonial, de modo que lejos de revivir el ciclo feudal, América Latina ingresó con sorprendente celeridad dentro del ciclo del capitalismo comercial, ya inaugurado en Europa y contribuyó a vigorizarlo y a posibilitar el surgimiento del capitalismo industrial del siglo XIX.

Ciertamente hay en *Economía de la sociedad colonial* una explicación más compleja de la conformación económico-social americana que surge de comparar situaciones aparentemente contrapuestas; más allá de alguna ajustada crítica de que fuera objeto —como la efectuada por José Carlos Chiaramonte sobre el concepto de *capitalismo comercial*—, el libro, reeditado al comenzar los '90, tuvo un alto impacto en la ciencia social latinoamericana, como puede verificarse en la recepción parcial que del mismo hicieron autores tan disímiles como el mismo Chiaramonte, Milcíades Peña, o André Gunder Frank.

En textos posteriores, Bagú acentuó una perspectiva sociológica en obras como *Estructura social de la Colonia* (1952), o sus estudios sobre la clase media, la sociedad de masas y la estratificación y movilidad sociales en Argentina. Ello sintonizaba bien con el clima renovador que impregnó la historiografía local en el posperonismo desde los sectores más tradicionales hasta los innovadores con los que Bagú se vinculó; en el primer caso colaborando en la *Revista de Historia*, aquel efímero proyecto de Enrique Barba; en el segundo, en calidad de socio fundador del *Instituto de Desarrollo Económico y Social* (IDES). Probablemente su principal aporte historiográfico de los '60 fue *El Plan Económico del Grupo Rivadaviano (1811-1827). Su sentido y sus contradicciones. Sus proyecciones sociales*, texto editado por la Universidad Nacional del Litoral en 1966; tal texto encuen-

tra su antecedente precisamente en el artículo aparecido en el N° 2 de la revista dirigida por Barba: *Los unitarios. El partido de la unidad nacional* (1957). Como en sus obras anteriores, las dimensiones económico-sociales se articulan para producir una novedosa interpretación política que descentraba el enfoque clásico del tema tal como fue planteado por la historiografía tanto liberal cuanto revisionista. A través de un nutrido apéndice documental, Bagú analizaba la trayectoria que aquel *grupo ideológico* desplegó a lo largo de tres etapas comprendidas entre los años 1811 y 1827; ese grupo procuró aplicar un plan orgánico que constituía un verdadero programa de *organización económica, cambio social y ordenamiento político* no sólo restringido al ámbito provincial sino con proyecciones nacionales. El diseño innovaba al descentrar "la feliz experiencia" de la figura de Rivadavia, al tiempo que remontaba aguas arriba la cronología del reformismo liberal; innovaba también en las conclusiones orientadas a reflexionar sobre las razones del fracaso político de los rivadavianos.

La historia económico-social practicada desde las izquierdas en los años de entreguerras, encuentra en los aportes de Ricardo Ortiz una de sus peculiares expresiones. Este ingeniero especializado en transportes, ferviente partidario del reformismo universitario, funcionario, asesor de los gobiernos de Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos, concibió sus primeros trabajos historiográficos sobre los puertos y los ferrocarriles argentinos en el clima político intelectual del CLES, específicamente en la Cátedra de Economía Lisandro de la Torre.

Precisamente a mediados de los '40 entregaba su primera versión de *El ferrocarril en la economía argentina* cercana epocalmente a la *Historia de los Ferrocarriles Argentinos* de Scalabrini Ortiz. Este último partía en sus análisis de una convicción política: el ferrocarril moldeó a la Argentina de acuerdo a las conveniencias de Gran Bretaña, constituyéndose así en un arma de sometimiento a través de una política tarifaria que *mantenía a la Argentina en el primitivismo agrario*. El cuadro de Ricardo Ortiz —cuya edición definitiva es de 1958— emanaba de otros supuestos aunque estuviese informado igualmente por posicionamientos políticos; se trataba de explorar el impacto que los ferrocarriles imprimieron al desarrollo económico argentino, para lo cual se analizaban los intereses y comportamientos de los diversos actores involucrados. Un punto de convergencia entre ambos fue la defensa de la nacionalización como parte de la lucha

por la transformación de la Argentina en un país industrializado, *por su carácter de elemento esencial de la economía, por la necesidad de orientarlo en función de un fin social, que garantice el predominio del interés colectivo sobre el lucro privado*, como afirmaba el ingeniero.

Acaso su visita a la URSS y no la simpatía por el peronismo del otrora candidato a diputado por la Unión Democrática, colocó a Ortiz en esta tesitura, que sostendría asimismo en su condición de efímero rector de la flamante Universidad Nacional del Sur (1958), en la que bregó a favor del antiimperialismo, la reforma agraria y la necesidad de industrialización.

También de los '50 data su gestión como director de la colección de la Biblioteca de Estudios Económicos Manuel Belgrano de la Editorial Raigal; en ella aparecieron *El pensamiento económico de Echeverría* (1953) y fundamentalmente la primera edición de su texto más importante: *Historia económica de la Argentina. 1950-1930* (1955), reseñado benignamente por un crítico de la "pretendida" historiografía marxista: Alberto J. Plá.

Retomando el mundo de entreguerras pero ahora explorando el exterior de la galaxia de las "izquierdas tradicionales", en la década del '30 tuvo lugar la publicación de las dos obras principales ligadas a la tradición anarquista: *El anarquismo en la Argentina, desde sus orígenes hasta 1910* (1930) y *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina* (1933), ambas de Diego Abad de Santillán. Estos textos constituyen un caso en absoluto infrecuente en la historiografía de las izquierdas: el de una historia contada desde adentro, es decir a partir del relato de sus mismos militantes que suele revestir un carácter oficial, apologético o memorialístico. Valga como ejemplo la contemporánea *Historia del socialismo argentino* (1934) de Jacinto Oddone, que compone una larga tradición integrada por Sebastián Marotta, Nicolás Repetto y otros.

La fecha de edición de los dos primeros libros de Santillán permite especular asimismo sobre su aparición tardía en relación con el momento de auge de la corriente ácrata en la historia argentina, aunque no tan demorada como su *Historia Argentina* (1965), en la que cooperaron entre otros Guillermo Furlong y Jorge Mitre. Sin embargo resulta significativo que sea en el contexto del naufragio de la república verdadera y de una creciente conflictividad social que Abad decidiera testimoniar sobre la política y cultura de una tradición todavía vigente en la "vieja guardia sindical".

Por su parte y desde los años '30, sectores vinculados al trostskismo vernáculo también encarnaron la tarea de diagnosticar el orden presente a fin de mejor organizar la acción política, es decir, la naturaleza que debería asumir la revolución. En este caso el debate trotskista que giró en torno de la naturaleza del capitalismo argentino y el problema de la *liberación nacional* puso en evidencia los consensos y disensos al interior de la misma agrupación.

A partir de los escritos de Trotsky y de la IV Internacional, los sectores liderados por Liborio Justo y Antonio Gallo polemizaron no sólo entre ellos sino con los encuadres adoptados por socialistas y comunistas ante los sucesos que les eran contemporáneos; allí donde éstos veían como dato central de su presente una guerra de regímenes entre el fascismo y la democracia, aquéllos leían el conflicto europeo —particularmente la guerra— como la resultante del desarrollo capitalista: se trataba de un conflicto de corte imperialista.

Más allá de los múltiples matices que contuvo tal debate, las caracterizaciones efectuadas por ambos sectores trotskistas resultaban convergentes en considerar a Argentina como una semicolonia, aunque divergían en el carácter que asumió la industrialización en el país y por tanto atribuían características y roles distintos a la burguesía nacional y el proletariado en relación con el imperialismo y la lucha por la liberación nacional. El sector justista planteará la necesidad que tendrá la revolución de resolver tareas democráticas y fundamentalmente el carácter de liberación nacional que debía asumir la empresa. Por el contrario, la fracción liderada por Gallo consideraba que se trata de un país sin restos feudales y maduro para el socialismo, por lo que el proletariado debía encarar la conquista del poder en una revolución que será netamente socialista, negando la posibilidad de que algún sector de la burguesía pueda enfrentarse al imperialismo, entrelazada con él como se encuentra. De aquí desprende el antagonismo de clases entre la burguesía y el proletariado como clave para comprender la dinámica histórico-política y afirmar la necesidad de una revolución de carácter socialista.

Esta última posición será retomada por Milcíades Peña, mientras que el grupo de Abelardo Ramos hará suya la problemática de Justo sobre la liberación nacional sobre la cual —en un contexto sociopolítico particular— se gestará la denominada *izquierda nacional*. En efecto, el sector ali-

neado en torno de *Octubre*, fundado por Ramos, publicará su revista del mismo nombre en 1945-46, abandonando el trotskismo y constituyéndose en uno de los mentores de aquella formación.

Realineamientos en el peronismo y posperonismo

Cuando el peronismo irrumpió en el escenario político argentino, los anteriores diagnósticos incidieron en la interpretación y en la justificación teórico-conceptual que las izquierdas adoptaron frente a un fenómeno que operó como clivaje; sin embargo, los encuadres impuestos por las dirigencias partidarias —principalmente del PCA— lejos de ser unánimemente aceptados, provocaron disidencias y fracturas.

Por su parte, el golpe de Estado de setiembre de 1955 generó no sólo la disputa por la "herencia vacante" dejada por el peronismo y por la legitimidad teórica del marxismo, sino la necesidad de explicar la experiencia que se clausuraba y los cambios sociales que había generado.

Así, durante la etapa que transcurre entre la irrupción del peronismo y la posterior a su derrocamiento, se verifica un fenómeno correctamente caracterizado en términos de "hibridación de las culturas de izquierda" que se expresó en la emergencia de formaciones político-culturales y sus expresiones historiográficas —sobre las que no hay uniformidad conceptual ni taxonórnica— tales como *revisionismo de izquierda*, *revisionismo socialista*, *neorrevisionismo*, *nacionalismo de izquierda*, *izquierda nacional* (IN) y la *nueva izquierda* (NI).

El peronismo como revolución nacional. La "Izquierda Nacional"

Estudios recientes han explorado los posibles vínculos que el Revisionismo Histórico habría revestido desde sus momentos iniciales en los '30 hasta sus versiones sesentistas; ellos proporcionaron argumentos válidos a favor de la discontinuidad y no unicidad entre ambas estaciones. En efecto, la etapa que se abría en 1945 generó las condiciones para la convergencia entre intelectuales marxistas con otros procedentes del campo nacional, dando con ello origen a la llamada Izquierda Nacional.

Más allá de la discusión en torno a la paternidad de la experiencia y desde una mirada que parta del carácter colectivo de la misma, puede encontrarse entre sus cultores un conjunto de enunciados que proponían una reinterpretación de la política, y con ella de la historia nacional; esta última se organizaba desde la refutación tanto a la historiografía liberal mitrista y sus versiones de izquierda como al revisionismo oligárquico, asumiendo una formulación antiimperialista y recurrentemente latinoamericanista fundada en la dupla nacional-popular.

No resulta entonces impropio que la tradición encontrara en la figura de Manuel Ugarte un adecuado precursor, como tampoco lo es que su elenco principal lo constituyan intelectuales recusadores del socialismo de Juan B. Justo, el comunismo de Victorio Codovilla y el trotskismo de Héctor Raurich, tales como Rodolfo Puiggrós, Eduardo B. Astesano, Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui, Jorge Enea Spilimbergo, Blas Alberti, Alfredo Terzaga, Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, entre tantos otros.

En la Izquierda Nacional confluyen originariamente dos vertientes distintas: aquella de matriz "trotskista" emergente de los años '40 y expresada en grupos y sus respectivas publicaciones como *Frente Obrero* (Aurelio Narvaja, Adolfo Perelman, Enrique Rivera) y *Octubre* (Jorge Abelardo Ramos y Jorge Enea Spilimbergo), y aquella constituida por los comunistas expulsados del PC que conformaron el *Movimiento Obrero Comunista* (MOC), orientada principalmente por Rodolfo Puiggrós y Eduardo Astesano. A ellos deberían adicionarse intelectuales originariamente procedentes del yrigoyenismo (J. J. Hernández Arregui), frondicismo (R. Ortega Peña), o bien del mismo peronismo (J.W. Cooke).

En todos los casos, la experiencia política inaugurada en 1945 operó como parteaguas, como esa epifanía buscada afanosamente que colocara a la sociedad en la senda del socialismo.

En 1962 Jorge Abelardo Ramos —con la colaboración de Jorge Enea Spilimbergo— daba finalmente forma partidaria a un movimiento ideológico cuyos antecedentes se remontaban a casi una década atrás, y que aspiraba a constituir el "ala proletaria y revolucionaria del bonapartismo peronista", propósito que finalmente cristalizó con la fundación del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), agrupación que, contando con el concurso de sectores procedentes del Socialismo, sostuvo posiciones anti-

liberales, antiimperialistas y nacionalistas de izquierda, postulando como horizonte la "revolución nacional".

Desde tiempo atrás, la Historia había sido uno de los terrenos que el prolífico ensayista Abelardo Ramos eligió para proponer y difundir una alternativa a las interpretaciones liberales y de la izquierda tradicional, a las que atribuía una profunda incomprensión de la realidad nacional y de las clases oprimidas.

Su primer texto resonante, *América Latina: un país. Su historia, su economía, su revolución* (1949), planteaba con ecos ugartianos la unidad profunda de una Latinoamérica "balcanizada" y exploraba las vías para su liberación. El relato partía de las bases feudales insufladas por España a sus colonias y calificaba de "antinacional" las formulaciones de Moreno y Belgrano por su inspiración liberal, pero recuperaba positivamente la gestión de Rosas. Si la cercanía del texto con el revisionismo nacionalista fue saludada con beneplácito por Manuel Gálvez y José María Rosa, sus aristas marxistas fueron censuradas por algún sensible diputado peronista de matriz conservadora, y sus errores de perspectiva apuntados por el sector frenteobrerista del mismo trotskismo (centralmente agrupado en Indoamérica). Acaso este cúmulo de señalamientos explique cierto tramo del Prólogo a la primera de las varias ediciones del texto más célebre de Ramos: *Revolución y Contrarrevolución en Argentina* (1957); en él se advertía al lector sobre la *reelaboración parcial o total* de *hechos y personajes de nuestro pasado*, a la que *contribuyeron generosamente con sus críticas amigos y enemigos*. Resultado de ello fue la reescritura por parte de Ramos de los tramos concernientes al proceso independentista, y a las gestiones de Rosas, Roca e Yrigoyen, recolocándolos en un esquema que invierte la polaridad de la historiografía mitrista, particularmente en la consideración de la experiencia rivadaviana —asociada con los intereses británicos y portuarios—, opuesta al federalismo del interior, en tanto que Rosas es presentado con claroscuros derivados de las tensiones generadas por su condición de clase.

Una particularidad del texto en su versión estabilizada luego de sucesivas rectificaciones es el abordaje de la historia posterior que se extiende sobre la segunda mitad del siglo XIX hasta el peronismo. En este tramo, previsiblemente Mitre —leído en una clave alberdiana— representa el clímax contrarrevolucionario, pero menos previsible es la traza de un Roca despojado de toda connotación oligárquica en favor de ponderar su con-

tribución a la emergencia del Estado nacional. Finalmente, en la saga de la historia argentina entendida como eterno conflicto entre masas populares y sectores pro imperialistas, el peronismo constituyó una etapa más caracterizada por la conjunción masa, ejército garante de los intereses nacionales y liderazgo de signo burgués. Todo ello condujo a Ramos a filiar al peronismo con el modelo bonapartista trazado en El 18 Brumario. No muy distinta fue la ecuación de Puiggrós, aunque en este caso, su tímida referencia al bonapartismo remita al uso engelsiano del concepto.

Ramos fue un publicista tan incansable cuanto polémico, que sintetizó y difundió los aportes de la vertiente trotskista de la izquierda nacional, referenciada discrecionalmente en los "clásicos" del materialismo histórico y en intelectuales de diversa procedencia pero cuyos argumentos resultaron funcionales a las interpretaciones propuestas por la tradición: el Alberdi exiliar, David Peña y Francisco V. Silva pro caudillistas, José Hernández y Olegario V. Andrade en su faz política, Manuel Ugarte y su concepto de la "Patria Grande", Juan Álvarez y sus reflexiones sobre las guerras civiles, y revisionistas como Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz y Ramón Doll. Todo ello resulta acreditado en sus numerosos libros, artículos en *Democracia*, los títulos de la editorial Pampa y cielo, revistas como *Octubre* y el órgano de expresión partidario, *Izquierda Nacional*.

La experiencia del PSIN integró a jóvenes universitarios —Norberto Galasso, Blas Alberti y Ernesto Laclau—, quienes también incursionaron en el campo historiográfico y contribuyeron a difundir en ese medio académico las ideas que alimentaban el proyecto en el contexto de la coyuntura abierta por la caída del frondizismo y el repliegue de la izquierda tradicional.

Mientras Codovilla, desde la prédica antifascista, sostenía a fines de 1945 la necesidad de construir un frente popular para oponerse al "nazi-peronismo", un sector disidente del PCA desde la perspectiva de la lucha antiimperialista, optó por el apoyo crítico a lo que imaginaban que era una revolución nacional democrático-burguesa.

Son ampliamente conocidas las consecuencias de estas discrepancias; los expulsados procuraron construir un espacio propio que legitimaban en nombre de la aplicación correcta de la ciencia marxista-leninista, es decir, del verdadero comunismo. Para ello se valieron de un periódico: *Clase Obrera*, de una organización: el Movimiento Obrero Comunista, y un cen-

tro de convergencia con socialistas peronizados: el Instituto de Estudios Económicos y Sociales y su publicación, *Argentina hoy*.

Con estos antecedentes y como fuera verificado en análisis recientes, el acercamiento al peronismo por parte de Puiggrós no redundó en una rotunda modificación de sus interpretaciones historiográficas; ello puede verificarse en las reediciones de sus obras que tuvieron lugar en los años '50 y '60: *Rosas el pequeño* (1954); *Historia económica del Río de la Plata* (1966). Aún en la cuarta edición de *De la colonia a la revolución* (1957), los cambios mínimos que contiene no modifican la tesis central enunciada en los '40 que por el contrario quedaba reafirmada con las referencias polémicas hacia Sergio Bagú y su tesis sobre el capitalismo comercial; aún sin agregar los elementos de juicio que fundasen mejor el diagnóstico, Puiggrós acertaba al señalar en Bagú el error en identificar la economía mercantil con la capitalista.

Todavía en 1965 —en ocasión del debate con André Gunder Frank aparecido originariamente en las páginas de una publicación mexicana y reproducido al año siguiente en la tercera entrega de la revista *Izquierda Nacional*—, Puiggrós persistía en la tesis feudal, en tanto su contradictor se afirmaba en el carácter no sólo capitalista sino dependiente de la economía latinoamericana; por entonces, la mayor novedad incorporada por Puiggrós fue el empleo del concepto de "modo de producción" para analizar un proceso que a esa altura interesaba más por sus implicancias políticas que por sus aportes historiográficos.

Si en efecto, las perspectivas históricas construidas durante su estación comunista permanecieron inmodificadas en lo sustantivo, su reposicionamiento de 1947 disparó algún gesto de acercamiento más político que historiográfico hacia los *rosistas militantes* en tanto solidarios con la experiencia peronista entendida como una *revolución nacional antiimperialista*, según puede leerse en el Prólogo a la reedición de *Rosas, el pequeño*.

Estas reediciones ilustran si no la popularidad, la demanda de este tipo de textos precisamente cuando Puiggrós afrontaba otra agenda; ella puede seguirse en los artículos aparecidos en *Clase Obrera*, publicación en la que además participaron Eduardo Astesano, Reynaldo Frigerio y Juan C. Esteban. Esa nueva agenda proponía una interpretación de la política argentina que era al mismo tiempo otra forma de lectura "revisionista" de la historia nacional. Da cuenta de ello la obra más connotada de esta esta-

ción: *La Historia crítica de los partidos políticos argentinos* de 1956 pero que adquirió forma definitiva casi una década después cuando maduró su exégesis y la extendió hasta abarcar el peronismo merced a un trabajo de 1958: *El proletariado en la revolución nacional.*

Varias son las operaciones político-historiográficas contenidas en un libro bajo cuyo engañoso título su autor practicaba —como toda la izquierda nacional— una crítica cerrada a las dirigencias de las izquierdas comunista y socialista; la *Historia crítica* puede leerse además como una contrahistoria del oficialista *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina* (1947) y, en tal sentido, debe ser colocada en el denso entramado textual que, desde diversos *locus* políticos, se empeñaron por interpretar y encuadrar la experiencia política reciente y particularmente el peronismo. Además del ya mencionado Ramos y los trotskistas, valgan como ejemplos los ensayos de José Luis Romero contenidos en *Argentina: imágenes y perspectivas* o en la segunda edición de *Las ideas políticas en Argentina, Ayer, hoy y mañana* de Octavio Amadeo, las conferencias de Gino Germani en el Colegio Libre, o las célebres páginas de Arturo Jauretche.

Ciertamente, el eje de la argumentación sobre la que reposa la *Historia de los partidos políticos* residía en la contraposición nación e imperialismo, que si no alcanzaba el énfasis de Hernández Arregui, posibilitaba interpretar la naturaleza del peronismo como un movimiento de liberación nacional carente de teoría revolucionaria, aunque Puiggrós advertía que esa ausencia podía igualmente verificarse en otras fuerzas políticas. Esa falencia insistentemente subrayada tiene otras implicancias: la más evidente es la que permite al autor explicar la ineptitud del peronismo para recuperar el poder luego de haberlo perdido tras el golpe de 1955; la otra, más subterránea, autoriza a especular que era ése el espacio reservado para la elaboración intelectual y la participación obrera. A su juicio y como quedó demostrado en el 17 de octubre, Puiggrós atribuía a esta última el carácter autoconsciente fraguado en las luchas de la Argentina preperonista. Si ello marcaba una diferencia radical con interpretaciones como la de Milcíades Peña, la explicación global sobre los orígenes del peronismo no se apartaba demasiado de la enunciada por Ramos: el germen nacionalista-popular incubado al interior del Ejército, los cambios operados en la clase obrera argentina y su comprensión de la necesidad de convergencia táctica con sectores antiimperialistas de la burguesía paralela a la defección de la izquierda tradicional.

Una trayectoria similar a la puiggrosiana fue la de Eduardo Astesano, antiguo compañero de ruta de Puiggrós; su producción intelectual arrancó también en la revista *Argumentos*, en la que publicó dos artículos referidos a la historia regional: *Instrumentos de la producción y el transporte empleados en el Litoral argentino en la época colonial* y *Don Domingo Cullen, Comerciante Progresista*. Ellos pueden considerarse textos preparatorios de las principales obras de esta etapa intelectual: *Contenido social de la Revolución de Mayo* (1941), en el que se procuraba explicar la Revolución de Mayo a partir de la historia social-virreinal en el área del Litoral, reconociendo el magisterio de Juan Álvarez y los antecedentes aportados por éste, Diego Luis Molinari, Emilio Coni y el mismo Rodolfo Puiggrós.

El texto más relevante del momento poscomunista fue su *Ensayo sobre el justicialismo a la luz del materialismo histórico* (1953), precedido por la transición ideológica contenida en la *Historia de la independencia económica: aporte a la formación de una conciencia industrial argentina* (1949). Coincidentemente con Puiggrós, Astesano declaraba haber llegado a las posiciones expresadas en el *Ensayo* después de haber sido partícipe durante veinte años "de los graves errores políticos que caracterizaron al sectarismo de izquierda en el país". Entendía a la revolución justicialista como una "tercera forma" o revolución de nuevo tipo que se desarrolla en todos los países coloniales y dependientes: la revolución de nueva democracia dirigida contra las fuerzas imperialistas y sus agentes internos. Ella fue posible a partir del concurso de clases revolucionarias que se unieron para formar una dictadura nacionalizadora como tránsito entre un sistema capitalista dependiente y el establecimiento de un orden socialista; ello sería posible gracias a la conjunción de esas fuerzas decisivas: ejército, clase obrera, Perón y el mito revolucionario de Eva Perón.

Astesano —como Carlos Astrada— apelaba a argumentaciones filomaoístas para encontrar una vía marxista que condujera al socialismo. En efecto, la revolución nacional tenía por fin completar el desarrollo capitalista argentino, terminaba siendo equivalente a la de corte democrático burgués fijada en el etapismo stalinista, pero se distinguía de ella en lo concerniente a las tareas inmediatas que debía desarrollar; éstas no consistían en la reforma agraria propiciada por el PC en razón del carácter feudal del sector rural; por el contrario, Astesano subrayaba el carácter capitalista de ese sector iniciado en 1810, concepto opuesto al de Puiggrós pero

que luego sería modificado. Sobre fines del siglo XIX, la formación del mercado interno y las inversiones extranjeras marcaron la emergencia de una nueva etapa del capitalismo caracterizada por el desarrollo de clases nacionalistas —obreros y burguesía industrialista civil y militar— que procurarían completar infructuosamente la revolución popular iniciada en 1810, frustrada por efecto del imperialismo.

Colaborador de *Clase Obrera*, desde 1957 y director de la breve publicación *Columnas del nacionalismo marxista*, probablemente fue Astesano quien, entre los miembros de esta vertiente de la izquierda nacional, trazara vínculos más cercanos con el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas en los años turbulentos del posperonismo, cuando la institución albergó a revisionismos de distinto signo y presenció su difícil coexistencia. En tal sentido, la obra que mejor se alinea con el revisionismo histórico fue *Rosas. Bases del nacionalismo popular* (1960); en ella su autor acortaba distancias con José María Rosa, pero las ampliaba con Puiggrós, al sostener, por ejemplo, que la estancia tuvo una estructura capitalista y que Rosas fue la primera expresión de una burguesía nacional.

En cualquier caso, las relaciones entre ambos revisionismos en el Instituto fue compleja; el sector tradicional miraba con recelo a Ramos, a Hernández Arregui y al mismo Astesano, por considerar que su acercamiento al peronismo revestía un carácter meramente instrumental y que su perspectiva era reductivamente materialista. Distinto fue el caso de Rodolfo Ortega Peña; Eduardo L. Duhalde quienes desde los '60 se desempeñaban como articulistas polémicos pero —a diferencia de los anteriores— libraron sus combates políticos desde el interior del peronismo radicalizado, e historiográficos a partir de formulaciones unívocamente populistas.

Ello se verifica en su consideración sobre los caudillos del interior concebidos como líderes de masas populares con proyecciones americanistas y resistentes tanto al imperialismo internacional como a la oligarquía local.

Ciertamente el encuadre no se centraba en la incómoda figura de Rosas y en su lugar reposaba sobre las de Facundo Quiroga y Felipe Varela; precisamente, un texto canónico de 1966 como *Felipe Varela contra el Imperio Británico (Las masas de la Unión Americana enfrentan a las potencias europeas)* fue rápidamente refutado por Fermín Chávez en el marco de una de las

resonantes polémicas suscitadas en el Instituto en torno al caudillismo decimonónico.

Vinculada con ésta y en ocasión del centenario del estallido de la Guerra del Paraguay, se suscitó otra disputa protagonizada por Juan P. Oliver y León Pomer, esta vez motivada por los juicios del primero sobre el texto de este último, a quien acusaba de infiltrar a la izquierda pseudo-revisionista en las corrientes nacionales a fin de adulterarlas; por su parte, Rodolfo Ortega Peña y Luis Duhalde terciaron en el debate no sólo señalando lo que consideraban errores interpretativos de Oliver, sino tomando distancia de la historiografía comunista y de la izquierda nacional.

La polémica resonó en las páginas de *Izquierda Nacional* y fue aludida por Alfredo Terzaga —bajo el seudónimo de Manuel Cruz Tamayo— en un artículo aparecido en la misma revista en 1971 con el provocativo título de *Rosismo y mitrismo: dos alas de un mismo partido*, en el que se ajustaban cuentas con el revisionismo rosista.

La tercera vía de la que procedieron los intelectuales más difundidos de la IN es el radicalismo yrigoyenista o más precisamente sabattinista representado en la figura de Juan José Hernández Arregui. Dedicado a Scalabrini Ortiz y destinado a la juventud, el libro de J. J. Hernández Arregui *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)* constituye una de las obras que más han modelado el imaginario histórico de amplios sectores medios en vías de peronización.

Según su autor, no se trata de un libro de historia sino de *una interpretación beligerante de los argentinos*, un ejercicio crítico sobre *la izquierda argentina sin conciencia nacional y el nacionalismo de derecha, con conciencia nacional y sin amor al pueblo*, con el objeto de *contribuir al esclarecimiento de la cuestión nacional*.

Su tesis central es que la conciencia histórica de los argentinos nació en las particulares condiciones de la década del '30 cuando la opresión imperialista generó inversamente la necesidad de autodeterminación nacional. A partir de la selección de *expresiones intelectuales más típicas y generalizables de los diversos grupos ideológicos que actuaban a la sazón*, Hernández Arregui diseñó arbitraria pero funcionalmente un linaje que iba de FORJA al Peronismo, entendido éste como *etapa del movimiento emancipador en la Argentina* que al prender en las masas generó la situación actual: la lucha popular desarrollada en dos frentes, contra el imperialis-

mo en general y contra las oligarquías nativas opresoras ligadas al imperialismo en particular.

Hernández Arregui sostenía que *hay un nacionalismo reaccionario y un nacionalismo revolucionario*, el primero corresponde a las grandes potencias y a los ideólogos europeos; el segundo, a países coloniales. En ese marco, no sorprende la referencia benévola hacia la gestión ideológica de Raúl Scalabrini Ortiz pero sí la alusión a Leopoldo Lugones quien, sin saberlo, contribuyó a minar las bases del liberalismo oligárquico y que al incitar al Ejército a encarar la defensa del país, preparaba una nueva época en la que las masas, aliadas al Ejército, habrían de encontrar en Perón la síntesis de una etapa hacia la emancipación nacional de la Argentina.

Hernández Arregui identificaba a las fuerzas antinacionales en la Argentina: la oligarquía terrateniente tradicionalmente opuesta a la industrialización, amplios sectores de la clase media en sus estratos superiores —profesionales, intelectuales, funcionarios de corporaciones extranjeras—, adicionados en formas diversas al imperialismo y mentalmente colonizados por el aparato educativo de la oligarquía —en particular por la Universidad—, y los restos de los partidos tradicionales y parte de la masa estudiantil; en la vereda opuesta colocaba al peronismo asociado al proletariado industrial y rural, a quienes reclamaba profundizar su veta antiimperialista

Frente al dilema de hierro *o nación o factoría*, el autor cerraba el Prólogo a la primera de sus varias ediciones con la referencia a la frase napoleónica que depositaba en los jóvenes la tarea de ejecutar las revoluciones que los viejos han preparado.

Precisamente, en el clima de la politización y radicalización políticas muy visibles a partir del onganiato, el ámbito universitario fue uno de los espacios en los cuales las anteriores perspectivas adquirieron una notable difusión; las llamadas "cátedras nacionales" —como las "cátedras marxistas"— fueron parte de una expresión generacional que por esa vía se iniciaba en dos campos: el intelectual y el político. En ambos, la mediación historiográfica proveyó de una interpretación de la realidad al tiempo que de una guía para la acción.

Los reactivos al peronismo

Las formaciones que genéricamente integraron la izquierda nacional encontraron en sectores trotskistas un frente polémico que ya se insinuaba con esa característica desde los años '40. La evaluación de la experiencia peronista motivó una profusión de análisis producidos desde distintos sectores del trotskismo y consabidamente las publicaciones periódicas constituyeron un soporte privilegiado desde donde difundir tales diagnósticos: *Voz Proletaria, Frente Proletario, Estrategia, Fichas*, daban cuenta no sólo de la pluralidad de subgrupos, sino de los matices político-historiográficos que los diferenciaban. Vaya por caso el itinerario descripto por la corriente liderada por Nahuel Moreno e integrada inicialmente por Milcíades Peña, dos militantes trotskistas que aportaron versiones integrales del pasado argentino y que, desde setiembre de 1957, animaron la revista *Estrategia*, en cuya primera entrega se afrontaban temas que ocuparon el centro de los debates de la época: el análisis del peronismo y su deriva, el problema de la burguesía nacional.

Los artículos de Silvio Frondizi ("La revolución democrático-burguesa en los países semicoloniales (Argentina)") y M. Peña ("Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina") publicados en la revista *Estrategia* polemizaban implícitamente con el de Puiggrós ("Carácter y perspectiva de la revolución peronista"), asumiendo la posición ortodoxa: la estrecha ligazón de las burguesías y regímenes semicoloniales con el imperialismo y los límites de aquéllos para impulsar una política de desarrollo industrial autónomo. También fue Puiggrós el interlocutor implícito del artículo de Nahuel Moreno "Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa" en el que, contradiciendo la tesis feudal de aquél, fijaba posición sosteniendo el carácter capitalista de la colonización americana a partir de su finalidad esencialmente lucrativa, aun cuando reconocía la ausencia de trabajo libre. Alineándose con las tesis de Bagú y G. Frank, Moreno afirmaba la existencia de un mercado mundial como destino de una producción intensiva y especializada. Particularmente interesante es la intervención de Milcíades Peña, la cual, bajo el provocativo y elocuente título "Desvergüenza y contravergüenza en la cortesana roja de Apold (a propósito de un libro de J. A. Ramos)", practicaba una cerrada crítica al recién aparecido libro de éste, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*.

En números posteriores de *Estrategia*, son frecuentes los textos de Ernest Mandel, León Trotsky, así como las referencias a la situación latinoamericana y mundial.

Producida la ruptura con el sector liderado por N. Moreno —que atomizó aún más el ya fragmentado universo trotskista—, Peña eligió una vía solitaria y exenta de los disciplinamientos impuestos por las líneas oficiales; de esa voluntad surgió la revista *Fichas de investigación económica y social* (1964/65), de la que se editaron diez números. Una preocupación central los recorre: analizar el desarrollo del capitalismo argentino y la dinámica sociopolítica con él asociada. Así, desde perspectivas teóricas como el *desarrollo desigual y combinado*, conceptos como *pseudoindustrialización*, *clase dominante*, intentaba dotar de mayor complejidad al análisis, al tiempo que exploraba las sendas de un rumbo necesario: el triunfo pleno de la clase obrera.

La labor historiográfica de Peña constituye una totalidad cuya unidad de sentido queda resentida por la dispersión de los trabajos que la constituyen; su publicación póstuma estuvo a cargo de Editorial Fichas y su revisión y subtitulados —no siempre felices— elaboró Luis Franco.

Esa mirada integral sobre la historia argentina que arranca con *Antes de Mayo* y se prolonga hasta *Industrialización y clases sociales en la Argentina*, está atravesada por un hilo conductor: la formación y perspectivas de las clases sociales en la Argentina de su tiempo.

En *Antes de Mayo*, Milcíades Peña coincidía con la ya clásica concepción de Bagú y de Moreno, con el agregado de que esa economía colonial que producía a gran escala para el mercado, condiciona desde entonces hasta el presente toda la actividad productiva. Recupera asimismo de Bagú en el concepto de "salario bastardeado" en tanto forma de esclavitud. En cuanto a la Revolución de Mayo, mantiene como buena parte de la historiografía de izquierda marxista la tesis de la inexistencia de una burguesía nacional capaz de desarrollar las tareas inherentes a su condición pero advierte sobre la presencia de una burguesía comercial porteña ligada a los intereses británicos; de ello derivaba que el proceso revolucionario no modificó la estructura de clases: las clases dominantes continuaron siendo los terratenientes y comerciantes hispano-criollos, igual que en la Colonia, verificándose sólo la expropiación del control del Estado por parte de la alta burocracia pensinsular en beneficio de las fracciones de la clase dominante. O sea, los productores para el mercado mun-

dial y para el mercado interno desarrollaron un tipo de capitalismo colonial que, como el esclavista, es enemigo del desarrollo industrial y por tanto de la revolución democrático-burguesa.

De todo ello, Peña colegía la imposibilidad de atribuir a Moreno una política democrático-revolucionaria, tal como sus interlocutores quisieron ver en el Plan de Operaciones, y recurre a Alberdi para interpretar el fenómeno independentista, concebido como consecuencia de las *necesidades del desarrollo de la sociedad capitalista europea, creada por las revoluciones democrático burguesas... dentro del cual América era agente pasivo* que no incorporó aquel carácter. Consecuentemente —y continuando su polémica con la historiografía liberal y puiggrosiana—, lejos de constituir un gesto de soberanía popular, la Revolución benefició a las oligarquías locales, libradas ahora del tutelaje español.

En su polémica con Puiggrós, Peña le criticaba atribuir una inteligencia mecánica a la burguesía, derivando sus juicios de un modo deductivo —apelando a una definición esencialista— y no inductivo —acorde con las especificidades históricas—. Más genéricamente, las clases no resultan para el director de *Fichas* ontológicamente positivas sino en tanto se comporten progresivamente en relación al sistema social que podían o no establecer; valga como ejemplo la consideración que le merece la clase obrera durante el peronismo: "conservadora y quietista", tal como aparece en *Industrialización y clases sociales en la Argentina*, texto en el cual profundizará su debate con la Izquierda Nacional.

Los conflictos decimonónicos vinculados con la guerra civil —unitarios-federales; Buenos Aires-Interior— eran explicados en razón de intereses económicos contrapuestos y a partir de intereses de clase. Con ello, más que explicaciones de corte internistas como las efectuadas por Puiggrós, Peña apelaba a comportamientos generalizados motivados por la determinación clasista aunque intentara mantenerse sensible al carácter situado de los procesos sociales; su corolario es una imagen de la sociedad atravesada por la lucha de clases fundamentales y su potencial fuerza transformadora. Sin embargo, aun cuando los intereses económicos de las clases constituyan los verdaderos móviles de las acciones individuales y colectivas, no por ello deja de abordar otras dimensiones explicativas y complejizadoras del análisis como en el caso de intelectuales de la talla de Gutiérrez y Alberdi.

Ciertamente no hay en los escritos de Peña una secuencia ideal del

desarrollo histórico —como solía ocurrir en el marxismo stalinista—, aunque existe en ellos cierta tendencia modelizadora procedente de la codificación trotskista que opera como guía para la observación empírica; así, el correlato político de la acumulación capitalista en un país semicolonial, no podía ser otro que su carácter oligárquico y antidemocrático.

Desde las proyecciones historiográficas, el concepto de "clase dominante" procedente del canon marxista tuvo una particular repercusión cuando, en el contexto de los '70, los cientistas sociales comenzaran a interrogarse sobre las causas del atraso argentino.

"Izquierda tradicional" y Nueva Izquierda

En páginas anteriores se aludió a la antinomia democracia/fascismo como articuladora de la concepción comunista que permite explicar su alineación junto al espectro político liberal ante la emergencia del peronismo. Esta circunstancia llevó a Luis Sommi —un alto dirigente del PCA, antiguo colaborador de *Argumentos*— a proclamar en el informe al XI Congreso partidario, la "repulsa de los criminales, aventureros nacionalistas renegados de nuestra tradición liberal y progresista". Precisamente, buena parte de la labor historiográfica de Sommi tuvo lugar a partir de los años peronistas; ella se desplegó en dos direcciones principales vinculadas por una misma matriz conceptual: el imperialismo revela concretamente su "función histórica" al trabar el desenvolvimiento económico independiente de nuestro país. Así se verifica en la documentada indagación *Los capitales alemanes en la Argentina. Historia de su expansión* (1943), *La minería argentina y la independencia económica* (1959), pero también es la hipótesis contenida en *Hipólito Yrigoyen. Su vida y su época* (1947) y su texto más conocido: *La Revolución del 90* (1948). Desde el punto de vista económico social, Sommi concebía a la revolución del Parque como una manifestación de la defensa de los intereses negados por el régimen oligárquico y caracterizaba a este último como expresión de la gran burguesía terrateniente "comprometida en la política de servilismo al capital extranjero". La derrota de los revolucionarios posibilitó la superación de la crisis y el establecimiento de la hegemonía económica del capital británico. En ese marco fue Aristóbulo del Valle quien desde el Senado defen-

dió los intereses del pueblo y la patria así como Leandro N. Alem lo hizo desde el Parque de Artillería.

Además de estas formulaciones, al comenzar los '50 las huestes historiográficas del PC se veían menguadas no sólo por las expulsiones de Puiggrós, Astesano, sino que suerte similar corrió por ejemplo Juan José Real, quien dos años antes de su "desviación" oportunista hacia el peronismo —que produjo la acción disciplinadora de Codovilla—, había compendiado el *Manual de historia argentina* (1951), en el que colaboraron escritores partidarios, entre los que se encontraba Leonardo Paso. De algún modo la trayectoria de Paso puede ser vista como un intento de ocupar el espacio dejado por Puiggrós; la sola mención de sus obras *Rivadavia y la Línea de Mayo* (1960), *De la colonia a la independencia nacional* (1963), *Los caudillos y la organización nacional* (1965), *Historia del origen de los partidos políticos en la Argentina* (1974), evoca la producción puiggrosiana de la que Paso aspirara a erigirse en continuador cuando aquél ya no militaba en el Partido. Una vez consolidado en esa función, procuró institucionalizar y regentear la actividad historiográfica partidaria a través de la creación del Ateneo de Estudios Históricos Manuel Belgrano.

En tanto historiador oficial del PCA, Paso atacó con vehemencia toda forma de nacionalismo de izquierda y de derecha, como se verifica en *Rosas, realidad y mito* (1970), texto plagado de referencias críticas hacia quienes "hoy están empeñados en la heroica lucha por la emancipación nacional". En tal sentido, resulta previsible su recusación del rosismo —y no sólo de Rosas— por cuanto ve su persistencia en el engranaje del poder político y de la clase cuyos intereses encarnó. Defensor de la Línea Mayo —Rivadavia-Generación del 37— /Caseros, apela al liberalismo de Adolfo Saldías, Ernesto Quesada, Bartolomé Mitre, Vicente F. López, para glosar una historia que en su afán por derrumbar mitos, se arriesga a construir o reconstruir otros, esta vez mechados con las clásicas contraposiciones entre el orden feudal y el capitalista, entre burguesías mercantiles, latifundistas, portuarias y del litoral-interior.

Paso autodefinió su labor en términos de *divulgador popular* y en efecto lo fue, no sólo de un relato sobre pasado argentino sino de las líneas interpretativas oficiales del PCA sobre el mismo; es por ello que no deberían buscarse allí las novedades. Éstas se localizaban en otra fracción que

logró mantener cierta autonomía relativa —no exenta de tensiones— respecto de la férrea conducción ejercida por Codovilla y Ghioldi; nos referimos a la labor de Héctor Agosti, quien —bueno es recordarlo— también formaba parte del núcleo dirigencial partidario juntamente con Emilio Troise y Ernesto Giúdice, circunstancia que marca los límites de las innovaciones que era posible insuflar a la política cultural, tal como refleja sobradamente la principal publicación periódica partidista a partir de 1949: los *Cuadernos de Cultura*.

La finalidad de los intelectuales que participaron en la publicación consistió en vincular el proceso argentino con la experiencia internacional y reflejar en el campo cultural las complejas tramas urdidas en el político, caracterizado éste a su vez por cambiantes condiciones locales e internacionales. En la publicación pueden seguirse los planteos más "doctrinarios" del comunismo local, con aquellos que proponían otras aperturas y a los cuales se les tolerará cierta heterodoxia salvo en lo concerniente a la "línea política del partido"; cuando ella se vea afectada, la ruptura será inevitable.

En tal sentido, una reseña historiográfica que se proponga dar cuenta de las novedades debería incluir los trabajos iniciales de José Carlos Chiaramonte, quien en su intervención en la Segunda Reunión Nacional de Intelectuales Comunistas (1958) propuso como necesaria una agenda centrada en la crítica a las interpretaciones tanto liberal como revisionista-nacionalista de la historia argentina. El argumento no sólo reflejaba una sagaz lectura política del momento sino que contenía en sí mismo un núcleo programático convergente con la que por entonces desplegaba la naciente "historia social renovadora", de la cual formaría parte. De ello dan cuenta sus primeros ensayos publicados entre 1958 y 1963 luego reeditados, en los que el tono polémico de la intervención —como Chiaramonte reconocería años después— no debería oscurecer lo esencial de su aporte: afrontar el análisis de una temática para entonces escasamente estudiada: "las etapas iniciales del pensamiento de Mayo" superando la "paradoja" historiográfica generada por las interpretaciones liberales y nacionalistas. En efecto, a partir de señalamientos críticos hacia las obras de Ricardo Levene, Guillermo Furlong o José M. Rosa el autor verificaba un similar mecanismo de explicación en ambas interpretaciones a la hora de señalar el europeísmo presente en "nuestros primeros políticos e intelectuales",

aun cuando la ponderación del mismo sea en cada caso de signo distinto. Por esa vía Chiaramonte comenzaba a transitar la senda de una historia de las ideas que se prolongará en sucesivas estaciones intelectuales.

Otra dirección en la que se expresaron las líneas innovadoras y sobre la que repetidamente se ha insistido fue la proporcionada por la obra de Antonio Gramsci introducida por Agosti y difundida por éste, José Aricó y Juan Carlos Portantiero a través de tempranas traducciones de sus obras.

La instrumentalidad gramsciana se manifestó tempranamente en el *Echeverría* de Agosti (1951), texto que constituyó una alternativa al stalinismo imperante en el PCA y a las interpretaciones procedentes de otros registros que abundaron en ocasión del centenario de la muerte del intelectual romántico, tanto los ligados a la izquierda —como el dirigente comunista mendocino Benito Marianetti—, o bien fuera de ella —como el joven historiador Tulio Halperin Donghi—.

Echeverría es menos una reconstrucción histórica que un ensayo ideológico-político de tono crítico, en el que la interpretación de la Argentina postrevolucionaria se encuadraba en el fenómeno de "revolución interrumpida"; en esa línea conceptual, el carácter de la burguesía resurgimental local explicaría las limitaciones de la corriente democrática de la Argentina surgida de Mayo de 1810, cuya misión histórica no cumplida hubiese sido la construcción del Estado nacional. Esa atribuida "impotencia política de la burguesía argentina" constituía una clara discrepancia con la voz oficial del PCA, que otorgaba un papel positivo a la "burguesía nacional" en el frente democrático. Más allá de lo discutible de esta concepción, Agosti desarrolló en el texto varias operaciones: en primer lugar, recuperaba una figura siempre cara a la izquierda, recuperación enmarcada en el contexto de la hegemonía peronista. En segundo lugar, se valía de un recorte de la obra de Gramsci (el de "Los intelectuales y la organización de la cultura"), para plantear la cuestión nacional, la regeneración del país desde un régimen democrático y la dirección de los intelectuales en esa transformación de carácter nacional y popular que precisamente el autor reconoce en su biografiado, carácter que no debería confundirse con un "nacionalismo hostil o folklorismo recompuesto con parches porosos". En tercer lugar, el capítulo "La cultura militante" reflejaba la deuda intelectual y de comunidad de convicciones de Agosti con Ingenieros y Ponce, atribuyendo

deberes a la inteligencia —adjetivada ahora como crítica y militante—, destacando el impulso de las minorías, y a la "política cultural" como "uno de los instrumentos imprescindibles de la revolución total".

En un plano más general y retomando el tema de los referentes y sus efectos políticos, reiteradamente Agosti subrayó las simetrías entre la realidad italiana y la argentina derivadas de la "similitud de algunos problemas de la formación nacional de la cultura y de sus fuentes liberales". Ello remite al problema de la conformación de la cultura política de la izquierda comunista argentina (y no sólo de ella): por un lado, la convicción de que las experiencias europeas funcionaban como anticipaciones y claves hermenéuticas para entender la realidad local; por otro los vínculos de esa cultura con la tradición liberal, algunos de los cuales fueron antes apuntados.

Así por ejemplo, un texto influyente en la interpretación del presente político argentino para este sector del comunismo argentino, fue el de Palmiro Togliatti, *El antifascismo de A. Gramsci*, publicado en los *CC* en 1953; como recordara Aricó años después: "a comienzos de 1953 tradujimos el antifascismo de Gramsci en clave definidamente antiperonista, pero manteniendo, no obstante, una distancia crítica respecto a la oposición liberal". Esta última operación suponía revisar los vínculos históricos que el PCA mantuvo con la tradición liberal que en el contexto del antiperonismo y en el momento posterior al golpe de Estado de 1955 tomó la forma de un doble escorzo de recuperación y diferenciación, a semejanza de la estrategia togliattiana en procura de una vía nacional y democrática hacia el socialismo.

Para 1956 la política cultural ocupaba un lugar central en las preocupaciones de Agosti, como lo ejemplifica la Primera Reunión Nacional de Intelectuales Comunistas cuyo producto fue el texto *Para una política de la cultura*, o bien su artículo "Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los intelectuales comunistas" (*CC*; 1956), Agosti afirmaba: "La nutrición liberal de la intelectualidad argentina es su virtud y su defecto: su virtud porque la ha resguardado de buena parte de las seducciones de la demagogia corporativo-fascista; su defecto, porque le acorta la visión de las cosas, la mantiene en la superficie de los fenómenos y la encandila con la flamante demagogia de la libertad". Para entonces estaban ya formulados los argumentos que usaría el director de los *CC* en dos de sus obras más difundidas: de 1959 *El mito liberal* y *Nación y cultura*, en la

que sostenía: *Definir lo nacional implica por lo tanto reaccionar doblemente contra las seducciones del tradicionalismo y del cosmopolitismo.*

Dilatando sus miradas hacia el campo de la estética y de la crítica literaria, algunos comunistas argentinos siguieron con atención los debates que entre 1958 y 1964 tuvieron lugar en un semanario italiano de cultura llamado *Il Contemporaneo*, confrontaciones que colocaron en primer plano la revisión del realismo y neorrealismo, cuyo eco local puede leerse por ejemplo en el artículo *Realismo y realidad en la narrativa argentina* de Juan Carlos Portantiero (*CC*; 1961); en él se analizan un conjunto de tradiciones literarias locales que arrancan desde la generación del '37, pasan por Boedo y culminan en el impacto del peronismo sobre ciertos autores como David Viñas y Beatriz Guido; todo ello precedido por una serie de consideraciones en las que se desplegaba la eficacia referencial del mundo italiano organizada en este caso en torno de la obra de Cesare Pavese y su propuesta del realismo como método de indagación. En *La cola del diablo*, Aricó recuerda que "todos éramos pavesianos" rememorando el impacto de *El oficio de vivir*; evoca también la pasión que sentían por Vittorini, por los críticos Chiarini y Salinari a través de quienes se conectaron con Lukács, los trabajos estéticos de Della Volpe, y tanto más.

Lejos de agotarse en las anteriores temáticas, el contenido de *Cuadernos de Cultura* registraba con distintas valoraciones los tonos de la política local reflejada en sendos artículos aparecidos a fines de 1960; en uno de ellos, Ernesto Giúdice se refería críticamente a los errores de la llamada izquierda nacional, el "ultraizquierdismo" de grupos trotskistas, el "verbalismo revolucionario" de los ex frondizistas desencantados, o la "impaciencia" de la corriente de izquierda que crecía dentro del PSA; sin embargo, y sobre este último grupo, una intervención de Portantiero tendía ciertos puentes hacia esa *nueva izquierda* en proceso de radicalización.

Precisamente emprendimientos como la revista *Che* —de la que J. C. Portantiero y A. Ciria formaron parte de la redacción— da cuenta de ello. Sus colaboradores veían con lucidez que el naufragio de la experiencia desarrollista marcaba el fin de las expectativas respecto de la viabilidad de los "frentes nacional-populares" y de la participación de sectores de la burguesía nacional "progresista" en el proceso de liberación nacional, y cifraban sus expectativas en la reorientación de los partidos de la izquierda y

en el desarrollo revolucionario del peronismo, premisas inspiradas entre otros por John William Cooke.

La descripción era congruente con la apreciable dispersión de la cultura de izquierda —como sobradamente ejemplificaría por entonces la encuesta realizada por Carlos Strasser— impactada por la amplia recepción de temas del debate teórico y político internacional que se articuló con el clima de la desestalinización, el entusiasmo despertado por la Revolución Cubana y otros procesos de liberación nacional, a todo lo cual habría que adicionar las cuestiones locales que, como la persistencia del peronismo, el desencanto post-frondizista y la defección de las dirigencias de los partidos de izquierda, aún permanecían irresueltas.

Tal el marco en el que se encuadran algunas de las empresas culturales más conocidas de Nueva Izquierda que, ante la ausencia de anclaje partidario una vez expulsados varios de sus miembros del PC, se expresaron a través de publicaciones como *Pasado y Presente*, y otras de carácter principalmente literario como *La rosa blindada*, *El escarabajo de oro*, *El grillo de papel*.

Si el título de la revista —*Pasado y Presente* (*PyP*)— revela su matriz gramsciana como a Aricó le gustaba recordar, el subtitulado *Revista de Ideología y Cultura* la colocaba en plena sintonía con las preocupaciones no sólo locales sino de época.

La revista cordobesa es homónima de la británica *Past & Present*, cuyo primer número aparecía en 1952 —en plena Guerra Fría— con el objeto de vincular a intelectuales comunistas con otros no marxistas; es también homónima de una publicación italiana aparecida en 1958 *Passato e Presente* dirigida por Antonio Giolitti, comunista togliattiano funcional a la teorización de la "vía nacional y democrática" y del "policentrismo".

Originariamente los promotores de *PyP* se veían a sí mismos, generacional e intelectualmente, como una alternativa frente al dogmatismo y la autocomplacencia de la dirigencia del PCA, pero su expulsión los lanzó a "un peregrinaje en búsqueda de un anclaje político y social concreto" como caracterizaba Aricó la experiencia de las dos épocas de la revista. Esa búsqueda colocada en la intersección entre la política y la cultura se refleja en las contribuciones que componen cada entrega, mostrándose siempre sensible a las variadas direcciones intelectuales de su tiempo para pensar la candente realidad latinoamericana de los '60. En tal sentido, si

Gramsci permanecía como figura tutelar, los artículos de Regis Debray y Ernesto Guevara o la referencia a Mario Tronti y los *Quaderni Rossi*, ilustran no sólo los deslizamientos operados entre sus dos épocas, sino la multiplicidad de orientaciones que asumirán varios de sus miembros frente al ciclo histórico que los interpelaba desde el privilegiado mirador cordobés, la "Turín latinoamericana".

Sin ser una revista historiográfica, no faltó en ella la publicación de un reciente texto de Eric Hobsbawm sobre las clases subalternas aparecido en *Società*, ni la referencia a Fernand Braudel y a la *nouvelle histoire*, como tampoco estuvieron ausentes intelectuales que por entonces comenzaban a incursionar en el campo de los estudios históricos. Al grupo inicial integrado por José Aricó, Oscar Del Barco, Héctor Schmucler, y Samuel Kiczkovski, se integraron Aníbal Arcondo, Carlos Sempat Assadourian, Juan Carlos Portantiero, entre otros.

PyP constituyó una instancia importante en la constitución de la NI y en la consolidación intelectual de sus integrantes. Además de sus aportes historiográficos en sentido estricto, conviene subrayar la relevancia de las empresas asociadas: los *Cuadernos de Pasado y Presente*, textos de carácter teórico-político-historiográfico, que alcanzarían cerca de un centenar de números entre su etapa cordobesa, bonaerense o mexicana, y la *Biblioteca del Pensamiento Socialista*, ambos impulsados por Aricó y vinculados a la Editorial Siglo XXI y a la gestión de su legendario impulsor: Arnaldo Orfila Reynal.

Debates y perspectivas

Otra dimensión de la historiografía de las izquierdas argentinas en la segunda mitad del siglo pasado, es aquella que emerge de los debates, instancias que constituyen una nota caracterizada de esta tradición pero que en la particular coyuntura de los '60 presenta algunas especificidades.

Ellos se insertan en el clima que Assadourian condensó elocuentemente con la expresión "el debate sobre la encrucijada latinoamericana" una vez que la realidad del subdesarrollo latinoamericano echó por tierra las propuestas de cambio que propiciaban tanto el *paraíso desarrollista* cuanto quienes apoyaban la *vía revolucionaria* (en el esquema etapista progresivo).

Cuando en 1965 los lectores del suplemento de un periódico mexicano seguían el debate entablado entre R. Puiggrós y A. Gunder Frank, acaso no advirtieron plenamente que buena parte del arsenal argumental del primero cumplía por entonces casi cuatro décadas de elaboración, y que una parte significativa de los fundamentos esgrimidos por el segundo habían sido ya enunciados poco más de quince años antes a partir de los trabajos pioneros de Bagú y de nociones como "excedente económico" desarrolladas por Paul Barán y genéricamente el círculo de *Monthly Review*.

El vértice del debate lo constituyen las hipótesis de André Gunder Frank centradas en demostrar el carácter estructural de la dependencia, es decir la invariabilidad de la relación entre los países centrales y zonas periféricas desde la conquista hasta el presente; desde el período colonial al *neocolonial*, América Latina se vio sometida al *sistema de explotación capitalista* en tanto unidad mundial que se expresa a nivel nacional en forma de desarrollo y el subdesarrollo que no son etapas sucesivas sino dos caras de una misma realidad.

A partir de estas premisas, Frank recusaba dos ideas que habrán predominado en los partidos comunistas y en los teóricos desarrollistas, las cuales comenzaron a ser cuestionadas desde mediados de los '60 no sólo desde formulaciones político-académicas sino fundamentalmente por los procesos históricos que tuvieron lugar en la región; estos últimos parecían indicar la imposibilidad de las burguesías nativas de sostener un proyecto "nacionalista-democrático-burgués", como por distintas vías sostenían el comunismo etapista y el desarrrolismo.

Su trabajo *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (primera edición en inglés: 1967) es una recopilación de ensayos escritos durante la década del '60 en América Latina; la escritura de la primera versión de tuvo lugar en México (1965), donde se produjo el encuentro con Puiggrós, quien por entonces publicaba *Génesis del desarrollo del feudalismo* (en su edición argentina *La espada y la cruz*).

Tales las coordenadas de uno de los debates resonantes y que a su vez prologaría otros organizados en torno de los *modos de producción en América Latina*. Precisamente Puiggrós abría el debate refiriéndose a los *modos de producción en Iberoamérica* —concepto que recién aparecía en la nomenclatura puiggrosiana— flexibilizando el esquema rígido del etapismo median-

te la afirmación acerca de que *el mismo Marx... descubrió modos intermedios y variedades en los modos generales.* Luego de un extenso razonamiento, concluía que los modos de producción de las sociedades creadas en nuestra América en el siglo XVI eran, en general, formas singulares de feudalismo aunque aceptaba la excepcionalidad de la estancia argentina y la esclavitud en Brasil (tan estudiada por Prado Jr.). Confrontaba finalmente con los sostenedores de la tesis capitalista —implícitamente contra Gunder Frank—, al advertir sobre el error bastante generalizado que supone confundir capitalismo con economía mercantil. Como un cuarto de siglo antes, su intervención tenía una finalidad extracognitiva: *...no decimos que hasta hoy esos modos estén petrificados pero es necesario no equivocarse en el punto de partida para poder explicar el raquitismo capitalista de la actualidad y las posibilidades de pasar a un orden social superior.* Frente a esto último, el investigador alemán señalaba que para solucionar la problemática latinoamericana el análisis debería partir del sistema mundial que la crea, al tiempo que indicaba la necesidad de salir de la autoimpuesta óptica mental del marco iberoamericano o nacional a fin de recolocar el problema en el escenario adecuado de la economía mundo.

Desde los balances, y más allá de la justeza o no de los argumentos empleados, resulta elocuente el despliegue intelectual orientado a la transformación de un orden. En el plano historiográfico, oportuno es recordar la observación formulada por Chiaramonte sobre que ninguno de los polemistas logró demostrar empíricamente sus argumentos, los cuales partían de supuestos lo suficientemente distintos que tornaba imposible compatibilización alguna.

Finalmente, alguna referencia a las proyecciones: la posición de Puiggrós contó con seguidores locales como Laclau y Ramos y aún se alineaba con las del brasileño Nelson Werneck Sodré quien contemporáneamente publicaba bajo el sello EUDEBA su *Evolución social y económica del Brasil* (1965). Por el lado de Gunder Frank, la edición definitiva de *Capitalismo y subdesarrollo* (1967 revisada en 1969) motivó una marea de juicios de distinto signo posibilitados por la rápida circulación del texto en diversos idiomas; allí están quienes lo reconocen como iniciador del análisis del capitalismo dependiente y el sistema mundo —Vania Bambirra, Fernando Enrique Cardoso, Theotonio Dos Santos, Edelberto Torres-Rivas y Ruy Mauro Marini, Imanuel Wallerstein—, Caio Prado Jr. (quien publicaba

textos de Frank en su *Revista Brasiliense*). Pero también las duras opiniones de Ruggiero Romano, la reseña que le dispensó Tulio Halperin Donghi y aquellas otras reunidas en la entrega de los *Cuadernos de Pasado y Presente* bajo el título *Modos de Producción en América Latina* (1973).

Los contenidos del célebre número 40 acusan no sólo la polémica recepción del libro de Frank sino la de una corriente de producción académica usada en este caso como insumo para reflexionar sobre las características particulares del desarrollo capitalista en contextos periféricos, coloniales y neocoloniales.

Así, la traducción de la obra de Marx, *Formaciones Económicas Precapitalistas* introducida por Eric Hobsbawn aparecida en el número 20 de los *Cuadernos de Pasado y Presente* (1971), la difusión de los textos de Emilio Sereni y Césare Luporini y los comentarios sobre el debate entre ambos publicados en *La Pensèe* (N° 30), atizaron un conjunto de intervenciones de corte conceptual, metodológico y crítico formuladas por cientistas sociales latinoamericanos.

En la Introducción a cargo de Juan Carlos Garavaglia, se partía de una distinción entre los conceptos de *modo de producción* y *formación económico-social*, al tiempo que se formulaba la pregunta acerca de su operatividad en nuestra historia colonial.

Para responder a ese interrogante, el artículo inicial de E. Laclau fija posición respecto del debate Puiggrós-Gunder Frank subrayando que ambas posturas, pese a su mutua oposición, incurrían en un mismo error: el de designar *por capitalismo y feudalismo fenómenos relativos a la esfera del cambio de mercancías y no a la esfera de la producción*, por lo cual la presencia o ausencia de un vínculo con el mercado es el criterio decisivo para distinguir cada tipo de sociedad. La conclusión del autor es que esas perspectivas resultan ajenas a la teoría marxista para la cual feudalismo y capitalismo son, ante todo, modos de producción y que los protagonistas del debate confundieron a lo largo del mismo los conceptos de *modo de producción capitalista* y de *participación en el mercado capitalista mundial*.

Desde otro ángulo pero también colocando la noción de modo de producción en el centro de la reflexión, Ciro Flamarion Cardoso sostenía la ausencia de *una verdadera teoría sobre los modos de producción coloniales* por lo cual proponía un esquema de investigación y clasificación.

Por su parte Garavaglia recuperaba el concepto de *formación económi-*

co-social no consolidada aportado recientemente por Emilio Sereni para pensar el *hecho colonial* en una realidad tan diversa y compleja como la americana, sin la exigencia planteada por Cesare Luporini de establecer un modo de producción dominante que presupondría a su vez un grupo o clase social dominante. El hecho clave en este contexto es la *relación colonial* en la cual el *capital comercial* plantea como único fin la extracción de la mayor cantidad posible de trabajo excedente; si bien tal capital obliga a un número creciente de productores a producir valores de cambio, ello no necesariamente genera relaciones capitalistas de producción. En otros términos, la paradoja de la historia colonial americana consiste en que ante la ausencia de relaciones capitalistas de producción hegemónicas, los comerciantes y el capital comercial dominaron a los productores.

El mismo Garavaglia aplicó el esquema en su artículo valiéndose de la crítica a la aplicación del modo de producción asiático —contenido en las *Formen*— y proponer en su lugar el modelo de *modo de producción subsidiario* para referirse a la organización económica de las comunidades guaranizadas durante los siglos XVII y XVIII en la formación regional altoperuano rioplatense.

Horacio Ciafardini —economista rosarino de sólida formación académica y férrea militancia política— contribuía con una reflexión conceptual acerca del llamado "Capitalismo comercial", uno de los destacados aportes que produjo entre 1971 y 1975 en materia sobre temas económicos y de teoría económica.

Finalmente Carlos Sempat Assadourian desgranaba los principales argumentos de Gunder Frank, criticándolos a la luz de los aportes de W. Kula, Frederic Mauro y las discusiones recientes en la revista *Past and Present*. Su conclusión —de corte metodológico— alertaba sobre la imposibilidad de *extrapolar linealmente como única y necesaria alternativa apriorística* las fórmulas marxistas aplicadas a Europa, estudiando en su lugar la *totalidad empírica e histórica latinoamericana*.

En perspectiva, el debate sobre los modos de producción en América Latina revela algunas notas que resulta conveniente precisar. En primer lugar, se trata de un debate que se plantea en el ámbito de las Ciencias Sociales y en el contexto del amplio desarrollo que éstas habían adquirido desde fines de los '50; además de clivajes políticos, esta circunstancia permite explicar cómo viejos temas son afrontados a partir de premisas

conceptuales y metodológicas novedosas que remiten a la conformación de un incipiente marxismo académico: Ciafardini y Garavaglia eran docentes de la Universidad Nacional del Sur y otras universidades nacionales, Laclau se desempeñaba en el Instituto Torcuato Di Tella, y Assadourian, formado en la Universidad de Córdoba bajo los rigores heurísticos de Ceferino Garzón Maceda, publicaba en la Universidad Católica de Chile.

A todos esos nombres, habría que adicionar el de Alberto J. Plá, un joven historiador comprometido con un marxismo que combinó en sus etapas iniciales con la tradición *annaliste* probablemente estimulada por su paso por el Centro de Estudios de Historia Social y la Cátedra de Historia Social dirigidos por José Luis Romero. Entre los años '60 y comienzos de los '70, dos áreas concitaron su interés perdurable: la historia latinoamericana —seguramente inspirada por su cercanía intelectual a Sergio Bagú— y la historia social, en especial aquella referida a la burguesía y al movimiento obrero. En todos los casos se trataba de una historia que articulaba dimensiones económicas y políticas, teóricas y empíricas, a fin de proporcionar una interpretación global de los fenómenos sociales. Así lo ejemplifican su *América Latina siglo XX: economía, sociedad, revolución* (1969) y *La burguesía nacional en América Latina* (1971), textos en los que aplicó el instrumental conceptual provisto por el trotskismo para polemizar con la teoría de la dependencia. Desde ese mismo prisma teórico, ajustó cuentas con las tradiciones historiográficas locales —especialmente con la "pretendida historiografía marxista"—, en *Ideología y método en la historiografía argentina* (1972), en la que concluía reclamando una necesaria revisión de la historia argentina. La historia del movimiento obrero fue otro de los núcleos historiográficos desarrollados por Plá, desde la empresa divulgadora encarada en el Centro Editor de América Latina hasta sus investigaciones en los tiempos del exilio.

Como en el caso del debate sobre los modos de producción en América Latina, el organizado en torno de los orígenes del peronismo, las respectivas formulaciones se despliegan no sólo en el territorio de la Historia sino en el más novel de la sociología histórica; también como en aquél, la refutación se valió de puntos de vista y desarrollos producidos en sede académica.

La revisión de la tesis sobre los orígenes del peronismo que Gino Germani formalizara en *Política y sociedad en una época de transición. De la*

sociedad tradicional a la sociedad de masas (1962), y la de Torcuato Di Tella contenida en *Populism and Reform in Latin America* (1965), fueron retomadas críticamente desde interpretaciones "heterodoxas" procedentes de la izquierda intelectual expresadas por Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero en dos textos: *Crecimiento industrial y alianza de clases en la Argentina (1930-1940)* y *El movimiento obrero en los orígenes del peronismo.* Estos Documentos de Trabajo fueron elaborados entre 1969 y 1970 en el clima intelectual del Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella en el que se destaca la labor de Celia Durruty quien —entre otras cosas— descentraba la explicación del peronismo del concepto de "manipulación".

En 1971, aquellos textos exploratorios de los discípulos germanianos adoptaron la forma de libro que bajo el título *Estudios sobre los orígenes del peronismo* constituyó una poderosa revisión de la concepción "cientificista" pero también del ensayismo de las izquierdas y de los sectores nacionalistas. El núcleo argumentativo de la obra reposaba en que la explicación de la génesis del peronismo debía buscarse en ciertas características estructurales del desarrollo de la sociedad argentina durante la década del '30. Asumiendo como punto de vista las *relaciones de clase*, los autores se proponen indagar las consecuencias sociales del proceso de industrialización sustitutivo abierto en 1930 por las elites conservadoras (industriales y terratenientes); esas consecuencias se exploraban en dos niveles: el de la alianza de clases dominantes y el del movimiento sindical. En este punto, formulaban una reconsideración sobre el rol de los "obreros nuevos" y los "obreros viejos" en relación con el surgimiento del peronismo rechazando la idea de la heteronomía de la clase trabajadora.

Alimentado por una adecuada crítica bibliográfica (dirigida hacia A. Ramos, M. Peña, G. Di Tella-C. Zymelman, y a A. Ferrer, entre otros), e introduciendo novedosas referencialidades como la de Alain Touraine, *Estudios sobre los orígenes del peronismo* constituyó un estímulo para el análisis de las precondiciones del peronismo que prolongó el debate sobre los orígenes de aquel movimiento durante los años subsiguientes.

Sus autores participaban también en el *Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales* (CICSO), institución que a partir de 1967 pudo dar continuidad a las actividades del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, afectado como tantos otros espacios académicos por la inter-

vención del onganiato. Dirigido inicialmente por Miguel Murmis, hacia mediados de los '70, adoptará una agenda centrada en la lucha de clases en su dimensión empírica y teórica.

A partir de estos y otros ejemplos, resulta posible verificar la emergencia de una izquierda académica cuyas empresas se vieron ferozmente afectadas durante la década que corre entre 1974 y 1983. Luego, la recuperación del estado de derecho aportó transformaciones significativas en la historiografía *tout court* y en la aquí considerada; su balance es, todavía, una tarea pendiente.

CAPÍTULO 6

La renovación historiográfica

Proponer nuevas vías para la historiografía argentina, en el contexto del amplio control de las instituciones académicas por parte de la Nueva Escuela Histórica y de una opinión pública influida por los debates propuestos por el revisionismo, que si sugerían nuevas interpretaciones del pasado no innovaban ni en las técnicas ni en los temas, no era una tarea sencilla. Ciertamente un posible punto de partida podría haber sido el de las propuestas, problemas y temáticas sugeridas por los positivistas más allá de los enormes límites en la resolución de las mismas. No fue así. Más que un retorno a aquellos climas clausurados por la idea de la historiografía que predicó la Nueva Escuela Histórica, se trató de nuevos comienzos. Un conjunto de estudiosos, agrupables por su oposición a aquellas formas de hacer historia antes que por otras cosas, intentaron y en parte lograron realizarlo, desde dentro o desde fuera de la disciplina. Los primeros encuentran su punto de partida en el clima cultural de la Argentina de las décadas del '30 y del '40 y en la figura que supo encontrar allí los motivos para proponer nuevas miradas sobre la historia, sea en tanto que historiador que en tanto organizador cultural: José Luis Romero. Los segundos, en las nuevas propuestas provenientes de las expansivas ciencias sociales en la Argentina en los años posteriores a 1955. Comencemos por José Luis

Romero y a través de su itinerario esbocemos ese capital cultural de la Argentina en las décadas aludidas.

La imagen ya clásica de José Luis Romero enfatiza las dificultades personales y académicas que tuvo que atravesar para encontrar un lugar en los ámbitos académicos. Romero realizó sus estudios primarios en el Colegio del Salvador y los secundarios en el Mariano Acosta, recibiéndose de maestro; tarea que empezó a desempeñar tempranamente ante la situación económica familiar luego de la temprana muerte de su padre. Mientras trabajaba como docente de escuela primaria, cursó sus estudios universitarios en la Facultad de Humanidades de la Universidad de la Plata que culminarían en su doctorado (1938), con una tesis sobre los Gracos y la crisis de la República Romana. En aquella Facultad, la figura de Ricardo Levene dominaba sin rivales los estudios históricos y de allí surgirían muchos de sus principales discípulos; era más que cualquier otro espacio académico, el territorio de la Nueva Escuela Histórica. Aunque con los años quiso recordarlos con simpatía, quizá por comparación con lo que vino luego, nunca hubo empatía personal ni profesional entre el joven Romero y la Nueva Escuela. La excesiva concentración de estos historiadores en la operación erudita de crítica y edición documental que iba (aunque no siempre) acompañada por un enfoque excesivamente descriptivo y demasiado orientada hacia las dimensiones "ético-políticas" del pasado, o la desconexión entre historia y vida (entendida como conciencia del tiempo presente) no generaban entusiasmo en Romero. Éste, aunque no negaba ni descartaba la operación documental como parte inherente a la labor del historiador, no creía que ella debiera ser el centro de su tarea, así como tampoco creía en la estrecha especialización que parecía signo de la Nueva Escuela.

Las distancias críticas en relación con la tradición erudita las manifestó Romero tempranamente en un juvenil ensayo sobre Paul Groussac (1929). Aparece allí, apoyándose en la autoridad de este último y en su polémica contra los jóvenes historiadores de la Nueva Escuela, contenida, entre otros lugares, en el prefacio a su *Mendoza y Garay* (de lo que se da cuenta en el capítulo 3). Una seria requisitoria formula Romero contra "los falsos historiadores, apegados a prácticas ridículas y antihistóricas", sumidos en "la oscuridad del archivo" a la búsqueda "del detalle tratado como fin en sí" que transforman la historia en "colecciones de nomen-

claturas sin contenido alguno". Desde luego que esa distancia de la Nueva Escuela debería hacer más dificultosa la carrera profesional de Romero. Sin embargo, logró finalmente un lugar, en la universidad platense anterior al peronismo, como docente de Historia de la Historiografía.

La trayectoria de Romero puede, con todo, mirarse desde otros ángulos complementarios. En primer lugar, una tradición familiar que le brindó una especial formación desde su adolescencia. Su hermano Francisco Romero, militar y filósofo, diecisiete años mayor, le aportó muchas cosas además de un soporte afectivo tras la temprana muerte de su padre: una aproximación al mundo de la filosofía, en especial en la tradición neokantiana —y en el plano de la filosofía de la historia, entre otros autores a Wilhelm Dilthey sobre todo, a Heinrich Rickert y, por supuesto, Ortega—, un acendrado laicismo en pugna con la tradición católica de su familia y un elenco de lecturas sistemáticas con las cuales él buscó asistirlo en el terreno historiográfico. Aunque las curiosidades de José Luis Romero pronto desbordaron el esquema provisto por su hermano y lo llevaron a un estudio de otros clásicos como los grandes historiadores del siglo XIX, franceses y alemanes sobre todo, ellas no dejaron de proveerlo de una sólida formación en terrenos poco frecuentados por los historiadores académicos.

Más allá de todo ello, como indicamos al principio, en la Argentina de entreguerras existían muchas más cosas que la Nueva Escuela o, luego, el revisionismo. Una inusual efervescencia se desplegaba en el terreno de la cultura letrada, producto de la confluencia de una nueva generación de intelectuales locales y de la presencia de brillantes figuras internacionales. Algunos habían recalado en el país, procedentes de Europa por motivos laborales, en cierta medida para poder desarrollar trayectorias académicas que les costaba llevar adelante en su país de origen, y fueron los instrumentos para modernizar los saberes humanísticos en las bastante modestas universidades argentinas. Otros procedían de diferentes espacios hispanoamericanos, empujados por las agitadas vicisitudes políticas del período entre las dos guerras. Otros, finalmente, llegarían a estas tierras desde el exilio al que los obligaban fascismo y franquismo. Para unos y otros la Argentina era una tierra de posibilidades y de futuro, al menos en el contexto iberoamericano, más allá de las meditaciones decadentistas de tantos intelectuales vernáculos.

Ese capital cultural estaba allí disponible para quien tuviera el interés y a la vez las relaciones para acceder a él. Romero tenía ambos. Nuevamente su hermano colaboró para que José Luis Romero se vinculase con algunos de los grupos culturalmente más dinámicos de la Argentina de entreguerras, de la revista *Sur* al Colegio Libre de Estudios Superiores, de Alfonso Reyes a Daniel Cosío Villegas, que además disponían de una significativa relación con otros, latinoamericanos o europeos. En el cruce entre aquellas relaciones y la experiencia platense hay que sumar los nombres de Alejandro Korn y del dominicano Pedro Henríquez Ureña. Con este último compartiría tres veces por semana los viajes de ida y vuelta en tren entre Buenos Aires y La Plata. La inmensa erudición que tantos contemporáneos atribuyeron a Henríquez Ureña, un humanista integral, complementaba la de su hermano Francisco y lo acercaba a otros mundos más heterogéneos, en especial la literatura latinoamericana y la europea sobre la cual aquél poseía un conocimiento asombroso.

Desde luego que esa singularidad de la formación de Romero avalaba y posibilitaba esa vocación de colocarse en un lugar historiográfico muy diferente al que aspiraba a ocupar la Nueva Escuela Histórica. Como ya observamos en la Introducción, la historiografía moderna puede filiarse, en ciertas perspectivas, a partir de la confluencia de temas y esquemas del iluminismo con las técnicas eruditas de los monjes de Saint Maur. En la tensión entre ambos polos, Romero, inversamente a la Nueva Escuela, siempre estuvo más cerca del primero que del segundo. Ello a su vez lo colocaba, en las tradiciones del siglo XIX, no en la línea de la operación histórica abierta por Leopold von Ranke sino en la de Jakob Burckhardt (y en un texto de 1953 lo expresó con claridad). De aquél lo separaban muchas cosas, desde la centralidad que atribuía al Estado, la diplomacia y la política (no es casual aquí la preferencia de Romero, al igual que Burckhardt, por Herodoto y la de Ranke por Tucídides) a su predilección por la psicología individual de los hombres notables hasta su insistencia en el método de la crítica filológica. En una pequeña reflexión acerca del "historiador arquetípico" (en el que Romero sugiere su predilección por Michelet) coloca, en sus preferencias, a Ranke en un lugar no superior al de Walter Scott. A Burckhardt, en cambio, lo unía en primer lugar una vasta curiosidad casi ilimitada y que no se arredraba ante los obstáculos pero también la prioridad otorgada a la historia de la sociedad por sobre

la del Estado, a la de la cultura por sobre la de la política, a las fuentes literarias (en sentido amplio) por sobre otras, y en sentido amplio a los enfoques sistemáticos con preferencia a aquellos cronológicos.

En un opúsculo cuya primera edición es de 1933 titulado *La formación histórica*, que recoge una conferencia pronunciada en la Universidad del Litoral, exhibe toda la distancia que lo separaba de la historiografía erudita y profesional, sea entendida ella en sus más remotas raíces rankeanas, sea en la escuela del método en sus versiones alemana (Bernheim) o francesa (Langlois y Seignobos) y no solamente en la variante argentina encarnada por la Nueva Escuela Histórica. Como señala en el texto, entre cuyas múltiples referencias aludidas no se encuentra ningún historiador, "hoy, yo llamaría con más justicia historiadores a muchos filósofos, novelistas, hombres de ciencia, que no a los que lo son de profesión" y agregaba, mostrando que los motivos de esa crítica iban bien más allá de las dimensiones técnicas: "El historiador de nuestra época se ha cerrado premeditadamente al drama que ocurría en torno suyo; pero el mundo ha seguido girando mientras ellos escribían en sus gabinetes". La crítica se desplaza aquí de la erudición en sí a la desconexión entre ella y el tiempo presente, orientadora y guía de la mirada al pasado cuyo propósito no debía ser otro que el de construir una conciencia histórica que iluminara y orientara al hombre en sus inquietudes y en su hacer contemporáneos.

"La formación histórica" es un texto de interés por otros motivos. Ante todo porque muestra la habilidad de Romero de componer una interpretación de la crisis contemporánea abierta con la Primera Guerra Mundial que abreva en lecturas no sólo muy diversas y heterogéneas sino también procedentes de horizontes ideológicos bien diferentes (y, es bueno señalarlo, entre esas refer ncias no sólo no hay ningún historiador de profesión sino tampoco ningún autor argentino). Son presentados así, desde el texto de Paul Valery de 1919 sobre *La crisis del espíritu* al Sombart de *Lujo y Capitalismo*, de H. G. Wells a (algo inesperadamente) Hans Freyer o Heidegger, de George Simmel a Franz Werfel. Conjunto heterogéneo en el que sobresalen los sociólogos "culturales" y cuya recepción Romero realiza principalmente a través de la mediación de la *Revista de Occidente* y la editorial a ella anexa. De lo que se trata es de una crisis civilizatoria que acompaña aquella crisis irremediable del capitalismo que, según colige Romero, Marx pudo prever aunque cuya vía de resolución no supo

encontrar. Sin embargo, miradas las cosas de manera más atenta, el periplo del capitalismo hacia su crisis que el historiador argentino realiza debe más a las lecturas ligadas a la concepción del mismo como un ideal de vida o como una forma de mentalidad, tal cual emerge en Werfel y Sombart, que a la consideración de aquél como un sistema económico. En cualquier caso la solución a esa crisis la encontraba no en el espontáneo conflicto social emergente de las nuevas condiciones económicas sino en la formulación de un ideal ético que reuniese a la vez e indisolublemente formas nuevas, creativas y superiores del espíritu, y justicia social y que para ser eficaz debía reposar en una acertada conciencia histórica que era, ante todo, conciencia del permanente devenir de ideas, valores y creencias. Historicismo y eticismo se unen aquí en Romero. Un eticismo en el que quizás haya que ver ecos de Alejandro Korn.

Puede argumentarse que la existencia de una crisis y la resolución espiritualista de la misma eran parte de un clima bastante extendido entre los intelectuales de la Argentina de entonces y que pueden buscarse vínculos y analogías entre la posición de Romero y las de otros contemporáneos. Así se hizo, por ejemplo, con la lectura de Saúl Taborda quizá porque una firme amistad unía a ambos intelectuales. Sin embargo, si el texto de Romero y el casi contemporáneo de Taborda sobre *La crisis intelectual y el ideario argentino* presentan semejanzas en cuanto al diagnóstico de la crisis de la sociedad burguesa y capitalista (o incluso en las compartidas referencias acerca de la lectura de ella de Paul Valery) o en cuanto a la necesidad de una renovación "espiritual", o incluso en algunas de las referencias a Simmel, es sorprendente que estudiosos avisados hayan podido encontrar una similitud entre ambos. Las diferencias son radicales y excede el propósito de este trabajo detenerse en ellas. Baste observar apenas tres dimensiones. La primera es el optimismo del texto de Romero que tras un pesimista comienzo domina la segunda mitad de su trabajo. Contrasta, a su vez, con el tono crepuscular del texto de Taborda que, más allá de sus protestas en contrario, tiene bastante de retorno a climas y figuras del pasado, lejanos de los que entusiasmaban a Romero (he ahí por caso el eslavófilo Kirievski que bastante iba a influir sobre Herzen o sus apelaciones a las virtudes del "hombre precapitalista"). La segunda es que la propuesta de Romero es, como siempre en él, universalista, mientras que Taborda hipotetiza como solución un resurgimiento con mucho de telúrico, inclu-

yendo en él una valoración muy positiva de los ámbitos hispánico y americano como espacios fecundos para generar un mundo nuevo. Valoración que emparenta a Taborda, por ejemplo, con ciertas dimensiones de las perspectivas que iba elaborando contemporáneamente De Maeztu (la España menos moderna o "más precapitalista" y por ello con más posibilidades hacia un futuro poscapitalista que era, en realidad, una resurrección) y, desde luego, con una ya larga tradición rioplatense. La tercera, finalmente, que en ningún momento Romero descarga sus iras, como lo hace Taborda, contra el sistema demoliberal, el Parlamento, los partidos y el sufragio universal, ni contra la insuficiencia de las concepciones "intelectualistas" supuestamente por ello poco vitales (como las que dominaban según éste a la cultura socialista argentina).

Así una de las diferencias de Romero con muchos de sus contemporáneos y no sólo con Taborda es el sólido optimismo que alimenta, más allá de prevenciones retóricas, su imagen del futuro. Las fuentes del mismo se encuentran en muchas partes. Ante todo en Ortega, cuya influencia es tanto directa, a través de sus propias obras, como indirecta, a través de su particular selección de autores y obras contemporáneas que proponía a los lectores de habla castellana. En cualquier caso, Ortega es el autor más citado, de quien extrae y con quien comparte tanto la crítica a los historiadores como la idea de las potencialidades de una "nueva generación": no sólo hacer un mejor diagnóstico que los grandes antepasados sino también proponer las soluciones para la crisis contemporánea. Es una "nueva generación", de la que Romero cree ser parte; y la misma expresión "generación" es empleada en numerosas oportunidades en el texto junto con otras múltiples referencias en ese y otros terrenos (el historicismo, por ejemplo) a Ortega. El optimismo de Romero reposa también en Simmel y su creencia en la enorme potencia creadora del hombre y, en especial, nuevamente en el texto de Franz Werfel y en su idea de las enormes posibilidades que brindaba una civilización técnica liberando al hombre del trabajo y creando un espacio para el ocio, condición indispensable (necesaria y no suficiente, como el caso de los Estados Unidos le parece que muestra) para desarrollar un ideal espiritual. Sin embargo, los motivos son quizá más profundos y perennes en Romero. Un sólido optimismo que tenía mucho de idiosincrático y que reposaba en algunas convicciones profundas acerca del hombre, cuyas matrices iluministas son

innegables sea en sus fundamentos sea en su propuesta: una misión pedagógica para elevar a las masas hacia ideales superiores. Es decir convertir a sus integrantes en "individuos colectivamente responsables".

Más allá de ello hay, en el mismo trabajo, otras claves historiográficas que serán perdurables en Romero y que lo distanciarán de muchos contemporáneos. La noción de que el destino argentino, su futuro pero también su pasado, se entroncan en un proceso universal del que son parte. De allí su lejanía, a la vez, de cualquier nostalgia nativista como las que habían empezado a circular profusamente en variados nacionalismos y de una historiografía argentina que era demasiado local en su empeño por cimentar la nacionalidad. No había así historia argentina sino historia universal, a la manera como entonces habitualmente se entendía, es decir, historia de la civilización occidental. Por lo demás, no es innecesario recordar que, en la época de la mayor crisis del liberalismo, Romero siguió siendo un liberal (en el sentido amplio del término), desconfiado u hostil hacia los nuevos modelos políticos contemporáneos.

Todavía otro tema aparecerá en ese juvenil texto breve en que tantos estudiosos de su obra, con justicia, se han detenido. La idea, de larga perdurabilidad en su labor como historiador, acerca de las recurrentes tensiones y conflictos entre antiguas y nuevas formas culturales (que extraía de un trabajo de Simmel) era formulada, en sus palabras, como la interacción "entre las formas ya constituidas y el impulso creador, siempre renovado". Aparece también allí la noción de que se deben desentrañar las líneas maestras del desarrollo de las ideas directrices de la historia occidental, en modo de "síntesis" pero sin suprimir su "complejidad"

Ciertamente, el texto de 1933, si ilumina al Romero intelectual y a sus concepciones sobre la Historia, es bien insuficiente para explicar al historiador. Efectivamente y a diferencia de tantos otros ensayistas de esos años, Romero, más allá de su convicción mayor o menor acerca del papel de la labor heurística, sabía perfectamente que ella era imprescindible para un historiador.

Sus inquietudes como historiador se orientaron tempranamente hacia la historia antigua. En ese terreno, en un plano estrictamente académico, su deuda mayor en términos historiográficos sería con el profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, el italiano Clemente Ricci, un especialista en Historia Antigua, que era uno de aquellos estudiosos euro-

peos que habían recalado en la academia argentina dando lugar a valiosas tradiciones profesionales. Con todo, más allá de lo mucho que Romero debiera a la enseñanza de Ricci, en cuanto al oficio del historiador, sus temas y la forma de abordarlos fueron tributarios en mucha mayor medida de aquella formación personal antes aludida. Otra deuda, que no dejó siempre de recordar, era con el latinista Gregorio Halperin (padre del historiador), un destacado humanista que era a su vez tributario de otro profesor italiano llegado a estas latitudes, Francesco Capello, renovador aquí de los estudios clásicos.

Si se abren las páginas de unas lecciones dictadas en el Colegio Libre de Estudios Superiores sobre "El Estado y las facciones en la antigüedad" o el texto publicado de su tesis sobre *La crisis de la república romana*, los ensayistas desaparecen en las referencias y son sustituidos por una razonablemente amplia utilización de los autores clásicos y por un conocimiento no menos razonable de la historiografía. Ese conocimiento concernía a los grandes historiadores del siglo XIX, de Fustel a Mommsen, sobre todo, pero también a los contemporáneos, aunque en este caso, en especial, a aquellos que ya habían logrado un reconocimiento por su labor histórica en las décadas precedentes, a Jerome Carcopino, el discípulo de Gustave Bloch, a Gaetano De Sanctis, el notable profesor turinés maestro de la gran escuela de historiadores antiguos italianos sucesivos (de Arnaldo Momigliano a Piero Treves), a Tenney Frank, el estudioso del imperialismo romano, a Richard Laqueur, el especialista en el mundo helenístico. Otro aspecto de interés es el predominio del registro sociopolítico e institucional, cercano, por ejemplo, al de un Arthur Rosenberg y lejano todavía del futuro historiador de la ciudad y las mentalidades.

Con todo, la diferencia mayor de Romero, en comparación con otros estudiosos, y sobre todo con los ensayistas con vocación histórica a él contemporáneos, puede encontrarse también en otro lugar. Pongamos un ejemplo: interesado en la historia antigua, Romero tenía bien claro que debía elevar el nivel del latín provisto por su educación formal y para ello decidió tomar clases particulares con Gregorio Halperin así como también de griego con Ramón Alcalde. Aunque la filología no estaba entre sus intereses, no dejó de realizar incluso algunas traducciones castellanas de breves textos latinos para los *Cuadernos* que dirigía Claudio Sánchez Albornoz.

Aunque en el conjunto de sus estudios sobre la antigüedad la parte mayor corresponde a los mundos griego y romano (en 1942 publicaría actualizada su tesis sobre la crisis de la república romana), su interés por los complejos culturales y sus intercambios y por los momentos de surgimiento de los mismos debían llevar a que le prestase atención al mundo helenístico. Seguramente, sus características de espacio de cruce entre distintas culturas, su carácter de transición entre mundo pagano y mundo cristiano y desde allí de instancia fundacional de la civilización occidental —tema que había atraído tanto la atención de Gustav Droysen— debían interesarlo particularmente. Producto de ello es, ciertamente, el largo capítulo acerca de préstamos e intercambios entre las áreas occidental y oriental del mediterráneo, que abre nuevos horizontes a su lectura de la crisis de la república romana, y el breve e interesante ensayo sobre *Los elementos hebreos en la constitución del espíritu helenístico* (1943) que propone nuevas perspectivas, nuevas ideas y nuevos actores sociales para la consideración de ese mundo cultural, destinados, sin embargo y lamentablemente, a no tener continuidad en sus trabajos posteriores.

En ese mismo momento, Romero comienza su desplazamiento, por un lado hacia la historia medieval y de la temprana modernidad, impulsado por los avatares azarosos de la vida académica que le cerraron el acceso a una cátedra de historia antigua en la Universidad de La Plata, y por el otro hacia la historia argentina, impulsado por la crisis abierta con la revolución de junio. Así, en 1943 apareció un largo artículo dedicado a Bartolomé Mitre. El momento y el autor elegidos no eran casuales. Para Romero, la reflexión historiográfica era tributaria del momento en que era realizada y particularmente enriquecedoras eran las épocas de crisis y transformación en las que en el presente se abría un horizonte de futuro y ello permitía una renovada mirada sobre el pasado. Ésa era la condición de Mitre en 1852, el momento fundador, en sus palabras, de la segunda Argentina. La crisis de 1943, a su vez, sugería el colapso definitivo de ella y la apertura hacia una impredecible tercera Argentina. Un juego de espejos se instalaba entre el biógrafo y su biografiado. Empero, si Mitre, a la vez hombre de acción y hombre de reflexión, historiador y político, logra construir una obra que despierta la admiración de Romero es porque ha conseguido elevarse del mero saber histórico a la auténtica conciencia histórica, que une indisolublemente presente y pasado desde una pers-

pectiva de porvenir. Sólo desde la apertura de esta última era posible construir un relato histórico nuevo y original; por ello, agrega Romero como modo de fundar su posición, la época de los proscriptos no había dado ninguna historia de ese nombre sino ensayos de "matiz sociológica" (Alberdi, Echeverría, Sarmiento).

Distanciándose de otras lecturas precedentes de Mitre, Romero relativiza la centralidad de la labor erudita en Mitre (apenas un medio para un fin más importante, realizar una auténtica construcción histórica) y disuelve la contraposición formulada por Carbia entre historia erudita e historia filosofante. Ambas dimensiones están presentes en Mitre, según Romero, ya que si aquél creyó a bien realizar un gran esfuerzo documental ello era tanto por la ausencia de una labor heurística previa como por su búsqueda de precisión, que derivada de la idea de que su historia debía estar fundada sobre hechos ciertos. La importancia de Mitre no estaba allí, sin embargo, sino en su capacidad de encontrar una respuesta histórica para el problema de la situación post-Caseros que era la consolidación definitiva de la Nación argentina. Con justeza, Romero llamaba la atención sobre el discurso de Mitre en la Asamblea del Estado de Buenos Aires en 1854 y su tesis de la "preexistencia de la Nación". Allí veía contenida la orientación y los propósitos de la labor histórica futura de Mitre: ser el historiador de la nacionalidad, filiar en el pasado el surgimiento y desarrollo del "sentimiento nacional", contribuir a la construcción de "una conciencia colectiva". Mitre, el historiador y el político, se enriquecían así mutuamente.

Otras cosas de Mitre atraían a Romero: su confianza en las enseñanzas que brindaba la historia, la utilidad pedagógica de las mismas, su búsqueda del sentido que hilvanaba un proceso histórico, su capacidad para presentar el desarrollo de las ideologías y, sobre todo, la interacción en su relato de "elementos reales e ideales que subyacen en él" en un afán por reconocer y presentar al pasado en su complejidad. Más aún, y ello era muy congenial con el Romero intelectual, Mitre era capaz de brindar una historia integral en la que tanto las minorías ilustradas como las masas populares ocupaban un papel y en la cual estas últimas llevaban consigo aquellos gérmenes democráticos "inorgánicos", aquellas "virtudes en potencia" que, más tarde o más temprano, deberían ser elevados a su plena sistematicidad en la interacción con las primeras. ¿Cómo no ver aquí toda

la perspectiva ilustrada de Romero y de aquellos ambientes laicos y a la vez liberales, reformistas de los que formaba parte? El estudioso de Belgrano, el Mitre "liberal y progresista" era así mucho más que un historiador. Era un modelo virtuoso y un referente ineludible para pensar la transición entre la segunda Argentina que lo había contado entre sus fundadores y la tercera que se abría en ese nuevo tiempo contemporáneo cuya crisis Romero había tematizado con tanta claridad. Una tercera Argentina que era nueva pero, a la vez, radicada en la tradición de aquellos padres fundadores (Rivadavia, Sarmiento y Mitre).

Ciertamente, en términos historiográficos, la interpretación de Romero brinda una imagen unitaria y bastante inmutable del mismo Mitre, como si ese momento post-Caseros pudiera resumir en sí una trayectoria de estudioso y político que se despliega en medio siglo de vida rioplatense. Congenial con su propia mirada como historiador, Romero está mucho más interesado en el momento de gestación de un proceso que en sus desarrollos posteriores.

En el mismo año de 1943, Romero brindó también una lectura del otro gran historiador argentino decimonónico, Vicente Fidel López. En el ensayo, un trabajo visiblemente más de circunstancias, que prologa una edición de la *Memoria* de López de 1845, Romero defiende la concepción de una historia universal que ella plantea y que el mismo López habría de defender en su polémica con Mitre. Esa mirada de López que colocaba a todas las historias nacionales, incluida la Argentina, en un cuadro de conjunto global y unitario del que eran parte indisoluble, era, en el fondo, mucho más congenial a Romero que la del historicismo nacionalista de Mitre. También señala Romero con aprobación las inclinaciones de López hacia la filosofía de la historia y hacia la idea de progreso universal que de ella extraía, y la vinculación, al igual que en Mitre, entre problemática presente y reflexión sobre el pasado. Sin embargo, las simpatías a López aunque podían haberse extendido hasta su misma concepción de una historia no banalmente erudita, no van más allá. Ellas no llegan hasta levantar las acusaciones que contra él, en tanto historiador poco preciso y poco confiable, habían levantado el mismo Mitre y Paul Groussac. Asimismo, es evidente que la lectura tan unilateral de López y su tan cerrada y excluyente defensa de las minorías ilustradas no podían complacer a Romero, amante de percibir los procesos en su complejidad y en la interacción de

múltiples actores. La distancia en relación con López puede modularse en dos planos: en el historiográfico remitía a la historia entendida como resultado del accionar de individuos notables y, en el político, a un liberalismo menos progresivo y democrático que el que creía percibir en Mitre.

Tras esos dos agudos ensayos, Romero encaró un proyecto de más amplio respiro: una historia de *Las ideas políticas en la Argentina*, por encargo de Daniel Cosío Villegas (a quien el nombre le había sido sugerido por Henríquez Ureña) para ser editado por el Fondo de Cultura Económica. El libro que aparecerá en 1946 y será objeto de numerosas reediciones dará una gran visibilidad a Romero en el campo cultural argentino. El interés de Romero en la historia argentina puede vincularse con dos cuestiones de índole diferente. Por un lado, aquella proveniente de su compromiso cívico y político en un momento de perentorias definiciones en la Argentina. Los ambientes intelectuales que Romero frecuentaba desde los '30 lo colocaban decididamente en el campo de la cultura antifascista y desde allí lo llevaban a la oposición al golpe de 1943 y luego al antiperonismo. Su intervención en el debate cultural y político argentino se hacía asimismo más intensa o comprometida y su afiliación al Partido Socialista da cuenta de ello. Sin embargo, la situación abierta en la Argentina en esos momentos no podía dejar de interesar también a Romero en tanto que historiador. He aquí otra crisis que se revelaba en toda su amplitud y un orden que colapsaba. El libro explora de manera no erudita las raíces de esa cesura en la historia argentina, dominada por el conflicto plurisecular (pero también por la interacción) entre dos tradiciones políticas e intelectuales contrapuestas.

El libro presenta, más allá de ese motivo unitario, dos partes bien diferenciadas. En la primera pueden rastrearse las huellas de las lecturas de Romero de algunos clásicos de la historia argentina: Juan Agustín García en el retrato de la mentalidad colonial, José Ingenieros en los orígenes de la dicotomía de las dos líneas históricas organizadas a partir de la contraposición entre los Austrias y los Borbones (pero también en su perdurabilidad posterior), Bartolomé Mitre en la mirada de la Revolución de Mayo y las dos vías de la democracia, doctrinaria e inorgánica, son algunos de ellos. En la tercera parte, denominada la era aluvial (otra original conceptualización de Romero), el autor se desprende de toda autoridad, aunque

ciertamente pueda detectarse allí la presencia del último Sarmiento, de Ezequiel Martínez Estrada y más en general de las meditaciones críticas de la década del '30, y coloca en el centro de su reflexión no sólo un conjunto de lecturas sino también su propia experiencia de observador atento. El ámbito de las ideas es puesto en el contexto de las transformaciones sociales y económicas que originan la Argentina moderna y en las que la inmigración ocupa un lugar central, sea por su aporte al diseño de nuevos rasgos de la mentalidad argentina sea por su papel en el surgimiento de una sociedad híbrida, en la cual la cohesión tardaba en llegar. Las tensiones en lo que llama el conglomerado "criollo-migratorio" permeaban a las clases medias y obreras dominadas por la aspiración al ascenso social pero también afectaban a unas clases altas que se sentían amenazadas por el avance de aquéllas. Éstas, en un proceso que Romero coloca en la década del '80, pasaban de ser una elite republicana a ser una oligarquía conservadora que buscaba enclaustrarse imaginándose como un patriciado. La riqueza o el afán de riqueza (quizás un eco hay aquí también de Juan Agustín García) sumía a la sociedad argentina en una profunda "crisis moral". A su vez, el impacto de las transformaciones agravaba la escisión entre masas y minorías ilustradas que subtendía los conflictos entre dos líneas históricas, a su vez heterogéneas en su interior: la del liberalismo conservador y la de la democracia popular. De la primera Romero rescataba su voluntad liberal reformadora en distintos planos como el económico (con ciertas reservas ante las excesivas concesiones al extranjero), el jurídico o el educativo pero tomaba distancia de su lógica política y social. De la segunda dejaba también un juego de luces y sombras. En especial ambigua era su mirada sobre el radicalismo primero en la oposición y luego en el gobierno y núcleo mayoritario de captación de aquella nuevas clases medias, del que elogiaba sus virtudes cívicas pero criticaba la oscuridad e imprecisión de sus programas y, a la vez, una tendencia demasiado transigente hacia el liberalismo conservador, combinada con rasgos de hostilidad a la tradición liberal, en lo que creía ver un cierto retorno de elementos de la antigua tradición rosista. La primera edición culminaba con la revolución del '30 vista como resultado de una combinación de elementos conservadores con otros que desde allí se habían deslizado en la década precedente hacia el fascismo. A todo ello Romero creyó necesario agregar un Epílogo.

Las breves páginas del mismo constituyen por muchas razones un texto de primaria importancia. Su mismo autor, a la altura de sus años (en 1976) lo consideraba así y por ello decidió conservarlo en las sucesivas ediciones de la obra. En él Romero señalaba que los avatares de la política argentina posterior a 1930 probaban que el ciclo iniciado por la era aluvial se mantenía abierto y que "es difícil —o acaso imposible— determinar objetivamente y sin que influyan las preferencias personales en la posible evolución futura". Romero sugiere que la desconcertante Argentina de esos últimos decenios es menos el resultado de la lógica política que de los profundos cambios estructurales que conmovían a su sociedad desde hacía un siglo y que demoraban la aparición de un nuevo horizonte más homogéneo y por ello más estable. Crisis, cambio, largo plazo, he ahí un resumen de su mirada histórica.

Enancado en esa lectura, Romero cree percibir la perdurabilidad de dos tradiciones ideológicas antagónicas (y aquí el nombre de Ingenieros, en relación con esa lectura dicotómica aplicada al pasado, podría nuevamente aludirse) aunque para él ellas también son híbridas. La influencia sobre esa lectura de la coyuntura de los años '40, ante la que Romero tenía una firme posición tomada, es bien evidente. Sin embargo, paralelamente con ello, considera honesto advertir al lector que es un hombre con pasiones y con "partido", aunque espera que éste no sospeche de su intento de objetividad y crea que hasta entonces las ha refrenado obligado por su deber como historiador de buscar la verdad. En esa declaración que presenta con claridad las inevitables tensiones entre el historiador y el ciudadano comprometido con su tiempo, aparece claramente retratada la personalidad intelectual de Romero y todas sus diferencias, sea con la historiografía de la Nueva Escuela sea con las historiografías militantes.

Si el ciudadano y el intelectual Romero era llevado hacia una preocupación por la historia argentina (y luego americana) que nunca abandonaría, sus esfuerzos mayores en tanto que historiador decidió colocarlos en otro lugar: la historia medieval. Aunque los estudios de historia europea no pueden recibir en este libro las dimensiones adecuadas (y existe además una muy limitada competencia de los autores para enfocarlos con pertinencia), pueden señalarse algunos aspectos. Ante todo, que ese deslizamiento del mundo antiguo al mundo medieval no dejaba de ser congruente con el itinerario historiográfico de Romero, en su búsqueda

de desentrañar las grandes líneas del desarrollo de la historia occidental. Asimismo debe atribuirse un papel a la presencia en Buenos Aires de Claudio Sánchez Albornoz, quizás el primer gran historiador con el que entraba en contacto directo y cuyo aval debía significar una gratificación importante para Romero. Efectivamente, el medievalista español abrió las páginas de sus *Cuadernos* para distintas colaboraciones de Romero. Aunque sea necesario puntualizar que si Romero tenía un gran reconocimiento a la labor del historiador español, que era ya en Europa considerado la figura más relevante en España en los estudios medievales (sirvan al respecto las observaciones de Marc Bloch), su concepción historiográfica estaba bastante distante de la de Romero. Las diferencias podían encontrarse en dos lugares: en la labor historiográfica, que en el discípulo de Eduardo de Hinojosa estaba fuertemente articulada con un enfoque jurídico-institucional (que Romero iba paulatinamente abandonando) y en el peso decisivo otorgado en ella a la operación documental (aunque desde luego él podía elevarse y se elevaba mucho más allá que sus discípulos en ese terreno). Más compleja es la cuestión de la relación entre la interpretación de la historia propuesta por Sánchez Albornoz y la de Romero. La concepción historicista hija del nacionalismo liberal (y a la vez católico) del autor de *España: un enigma histórico*, cuyo objetivo era también colaborar en la "construcción de la conciencia nacional" española, podía no ser el punto principal de diferenciación (he ahí los elogios de Romero hacia Mitre) y tampoco el "optimismo" de su lectura de la historia ibérica. Lo era, en cambio, la idea de Sánchez Albornoz de una historia de España cuyo núcleo esencial se encontraba en una pertinaz singularidad cultural derivada de su capacidad para limitar la influencia de otros pueblos y otras culturas sobre ella, lo que la hacía tributaria de la herencia cristiana. He ahí una perspectiva bien diferente de aquella con la que Romero percibía los procesos históricos. Nuevamente aquí, Romero (que además descreía de las posiciones discipulares) tomaba elegantemente distancia. Lo muestra su atención a la obra de Américo Castro, el mayor objetivo polémico de Sánchez Albornoz. A Castro, por otra parte, le dedicaría una reseña favorable, debida a la pluma de Guillermo de Torre, la revista *Imago Mundi*, dirigida por Romero. En este terreno, aunque Romero evitaba pronunciarse sobre el fondo de la polémica entre las visiones contrapuestas de una España cristiana y otra hija de las culturas

cristiana, musulmana y judía, que dividía a ambos estudiosos exiliados, y más allá de las obligadas reservas heurísticas hacia la obra de Castro que se empeñaba en recordar, sí mostraba un interés hacia las perspectivas problematizadoras de éste que recogían la tensión entre las diferentes tradiciones culturales que habrían conformado la España moderna. También lo manifestaba hacia el registro tipo "historia cultural" de Castro, tributario del uso de las fuentes literarias y hacia la "conmovedora" inquietud sobre la relación entre pasado y presente que trasuntaba su *España en su historia*.

Los estudios de Romero sobre la historia medieval encontrarían ya una temprana y destacada cima, en 1947, con un notable estudio sobre San Isidoro de Sevilla. Sería el comienzo de una larga línea de investigación que culminaría veinte años después en su libro *La revolución burguesa en el mundo feudal* (1967). Ese interés por el mundo feudal y su crisis (siglos XI-XIV) será indagado por Romero desde ese mirador privilegiado que era la ciudad y el grupo que en ella emergía: la burguesía. En este sentido, a riesgo de una extremada estilización, de dos de las líneas mayores de los estudios de historia medieval, aquella centrada en el análisis de la economía rural, los sistemas agrarios, las relaciones feudales (Bloch) y aquella interesada en las ciudades, el comercio y la cultura urbana (Pirenne), Romero debe ser filiado en esta última. Dentro de ella manifestó un interés particular por el momento de gestación de la nueva cultura o mejor ahora, la nueva mentalidad burguesa, y por el lento afirmarse de la misma en el horizonte de la sociedad feudal, en un proceso no exento de confrontaciones y compromisos. Aplicó a ese proceso uno de esos conceptos que gustaba acuñar: sociedad feudoburguesa. Así, al igual que en sus estudios sobre el mundo antiguo, aunque en un registro diferente, Romero era atraído por los contextos de crisis de un orden en el que buscaba explorar los signos de lo nuevo, los orígenes de un proceso, la primavera más que el otoño. Sin embargo, esa mirada de Romero desde la historia medieval también prolongaba sus horizontes hasta tratar de englobar, desde ese momento fundacional, el itinerario de la civilización occidental y de la cultura burguesa. Interesado en sus orígenes, también lo estará en su crisis, a la que dedicará otro libro, destinado a explorar el incierto y ambiguo mundo que se abría en 1848: *El ciclo de la revolución contemporánea*, en el que, entre otras cosas, brinda una originalísima y compleja lectura de los fascismos (muy distante de los esquemáticos enfoques de la historiografía europea de esos

años), en cuya construcción quizás haya que hacer pesar la imagen abigarrada y masiva que le brindaba el peronismo.

Todo el importante trabajo de Romero en esos planos puede ser visto además como parte de un movimiento más vasto hacia los estudios extraamericanos que signaba una notable excepcionalidad de la historiografía argentina en relación con sus congéneres latinoamericanas. Los nombres de Abraham Rosenvasser en el campo de la historia de Oriente, de Alberto Freixas en el de historia antigua clásica y luego de Ángel Castellán en historia moderna europea, y antes y detrás de ellos, directa o indirectamente, el de Clemente Ricci, pueden señalarse aquí.

El advenimiento del peronismo, en 1946, produjo el desplazamiento de Romero, como de tantos otros, de la Universidad. Ello lo orientó en múltiples de direcciones. Por un lado, hacia la labor de dirección de colecciones de libros (entre ellas en la Editorial Argos) y, por el otro, aceptó en 1948 la oferta de la neonata Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República en Montevideo, para enseñar allí regularmente, en un primer momento, *Introducción a los estudios históricos* y *Filosofía de la Historia* y más tarde *Historia de la cultura*. La experiencia uruguaya, que más allá de interrupciones debidas a los vaivenes de la situación política argentina se prolongaría por casi dos décadas, permitió a Romero —que desarrollaba sus cursos en alternancia (e historiográficamente en contrapunto) con otro desplazado de la Universidad argentina, Emilio Ravignani— reunir a un núcleo de discípulos (Gustavo Beyhaut, Juan Oddone y más tarde Blanca Paris, inicialmente colaboradora de Ravignani) que luego de 1955 formarían parte de varias de sus múltiples iniciativas académicas. Por otra parte, su posición se hizo cada vez más central en el campo de la cultura no oficial de la Argentina peronista a través de los libros publicados en esa década y de su presencia en diferentes iniciativas editoriales. Una prueba de ello es que su nombre se convirtió en una referencia obligada para intelectuales locales y extranjeros. Cuando en 1947 Fernand Braudel visitó Buenos Aires por segunda vez, su interlocutor principal fue Romero y su grupo, aquél con el que establecería vínculos duraderos y no la Academia Nacional de la Historia, presidida por Levene, con la que también tuvo contactos de los que resultaría, pocos meses después, su designación como miembro correspondiente.

La relación entre Braudel y Romero tendría muchas implicancias pos-

teriores. Ante todo, generó los primeros lazos externos de prestigio para un grupo renovador que siempre reposará sobre ellos para contrabalancear, primero su total ausencia de los ámbitos académicos oficiales argentinos y, luego de 1955, sus disputas en el plano institucional con la Nueva Escuela Histórica. En concreto, esas relaciones fructificaron de diferentes modos: por ejemplo, posibilitaron a lo largo de los años el viaje de diferentes integrantes del grupo a París beneficiándose de la diversificada estrategia de construcción de lazos internacionales por parte de Braudel. Este último, asimismo, apoyó al mismo Romero en sus estudios de historia medieval, primero a través de los materiales bibliográficos recientes que regularmente le enviaba Maurice Lombard (por indicación del mismo Braudel) y luego a través de una recomendación que le permitió obtener una beca Guggenheim que le daría la posibilidad de profundizar sus investigaciones en la Widener Library de la Universidad de Harvard en 1951. Finalmente, el mismo Braudel y por su intermedio Lucien Febvre y Charles Morazé enviaron manuscritos para una de las más ambiciosas iniciativas editoriales de Romero en esos años que no llegaría a concretarse: una *Historia de la Civilización* a publicar por parte de la Editorial Losada. Con todo, ese largo vínculo con Braudel, no desprovisto de altos y bajos a lo largo de los años, era menos el resultado de una misma visión de la historia (Braudel era, a la vez, mucho menos polémico hacia la historia erudita que Romero o que el mismo Febvre y a la vez mucho más disponible a las nuevas ciencias sociales) que de la idea de que ambos compartían un mismo espacio historiográfico, una especie de tercera vía, en pugna a la vez con la historiografía tradicional y con la historiografía militantemente política, en expansión luego de la Segunda Guerra Mundial.

El momento Imago Mundi

Entre las múltiples iniciativas de Romero en el decenio peronista, una ha concitado el interés de los estudiosos por las implicancias que tendría en la Argentina futura: la creación en 1953 de una revista de historia de la cultura: *Imago Mundi*. El momento coincidía con una situación de dificultades del régimen peronista que, más allá de su sólida base electoral y política, mostraba signos de exasperación (en el contexto de una crispa-

ción general de la sociedad argentina) que bien podían sugerir a observadores atentos más que la fortaleza del régimen el comienzo de su declive. Si la revista era una iniciativa cuyo objetivo era dar visibilidad a un conjunto de intelectuales en perspectiva de la situación posperonista o, en cambio, era el embrión de una futura Universidad Libre, en el modelo del Colegio Libre de Estudios Superiores (tal cual recuerda Salas, uno de sus participantes), en previsión de la larga perdurabilidad del régimen, es algo acerca de lo que sólo pueden hacerse conjeturas. Sin embargo, es bien evidente que la búsqueda de visibilidad se cumplió cabalmente. Pocas dudas hay de que posicionó a su director, José Luis Romero, pero también a la gran mayoría de los miembros del comité de redacción y aun a muchos de los colaboradores, en un lugar central en el campo de las humanidades en la Universidad posterior a 1955. En este punto, es evidente que la publicación constituyó además de un espacio de intercambios intelectuales en un contexto inhóspito para sus integrantes, un ámbito de sociabilidad en el que se forjaron amistades y lealtades destinadas a perdurar.

En el primer número de la nueva publicación, realizada gracias al mecenazgo del empresario del calzado Alberto Grimoldi, un breve texto anunciaba los propósitos y el campo temático al que iba a dedicarse. La divisa "historia de la cultura", incluida en el subtítulo de la publicación, era empleada para contraponer una forma superadora de hacer historia a otra, llamada "historia de hechos", detrás de la cual se divisa entre otros el rostro de la Nueva Escuela Histórica (pero también las de aquellas otras formas homólogas en el terreno del arte, la literatura y la filosofía). Ambas no se oponen por sus temas sino por sus objetivos y sus métodos y la segunda es apenas una parte preliminar de la labor del historiador. Desde luego aquí está el *leit motiv* clásico de Romero que ya hemos visto reiteradamente. A la hora de definir el campo de temas que la revista aspira a abordar enumera "la historia política, la historia de las ideas en general y la historia de las diversas formas del saber y de la creación: filosofía, música, literatura, derecho, ciencia, educación, artes plásticas, etc.", unidas entre sí en la perspectiva historicista.

La enumeración es tan reveladora como las omisiones. Ciertamente ese territorio parece corresponderse aproximadamente a aquellas "ciencias del espíritu", cuyos contornos definía Dilthey en oposición a las ciencia de la naturaleza, aunque era un poco más estrecho. En efecto, el filó-

sofo e historiador alemán al delimitar el campo de las "ciencias del espíritu" (término para él equiparable al de "ciencias de la cultura" o al más antiguo de "ciencias morales") no dejaba de incluir la economía política, la "ciencia de la religión" y la psicología.

Es evidente que esa nueva síntesis interdisciplinaria superadora de los enfoques tradicionales era muy diferente de la que contemporáneamente estaba en acto entre los grupos más renovadores de la historiografía noratlántica bajo el paraguas de las ciencias sociales. Baste recordar que la nueva denominación de la revista *Annales*, desde 1946, era *Annales. Économies, sociétés, civilisations*, que revelaba hasta qué punto la historia económica pasaba a estar en el centro de la escena. En la propuesta inicial de *Imago Mundi*, ella estaba completamente al margen. Con todo, puede observarse que en el texto del mismo Romero que inmediatamente analizaremos, la formulación del proyecto es más abarcadora y las referencias a dimensiones de la historia económica son contempladas. En los once números de la revista la historia económica y demográfica aparece, aunque sea marginalmente (en la sección bibliográfica) en breves textos firmados por Tulio Halperin. También en esa sección, la más aperturista, un espacio importante tienen la antropología y la etnografía, en breves resúmenes escritos en especial por Salvador Canals Frau, la sociología, en textos de Jorge Graciarena (aquí hay que computar además un artículo de Gino Germani) y de Esther Hermitte, y la geografía (reseñas de Horacio Difrieri y Elena Chiozza). Sin embargo, es evidente que ya sea en los artículos y notas como en los comentarios bibliográficos extensos, el recorte anunciado en el texto de la presentación encuentra una hegemónica formulación.

Inmediatamente luego de la nota preliminar aparece un texto importante de José Luis Romero, "Refexiones sobre historia de la cultura", que presentaba en forma extensa y articulada la nueva propuesta historiográfica. Tres órdenes de cuestiones son interesantes en el artículo, más aún para analizar las ideas de Romero que el programa de la revista. En primer lugar una presentación del objeto de la historia como constituido no solamente de los "hechos" sino también de ideas y representaciones. Esos dos planos, en permanente interacción, son definidos aquí por Romero con los términos de orden fáctico y orden potencial. Ambos están interrelacionados y la tarea del historiador es exhibir un proceso más com-

plejo que reposa en las conexiones indisolubles entre esos y otros diferentes planos. Desde luego que todo ello puede verse como una defensa de la interacción entre realidades y representaciones o en otras nomenclaturas, ajenas desde luego a Romero, entre estructura y superestructura. Sin embargo, puede señalarse que ella presenta una distinción entre órdenes de fenómenos y una complementariedad necesaria entre ellos, que es pasible de comparación con la que aparece con otros términos en Dilthey, la figura mayor de interlocución de Romero en este artículo. Con todo, en aquél la operación sirve para fundamentar la diferenciación entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, mientras que en Romero es empleado para establecer la diferencia, que es para él la estratégica entre historia erudita e historia de la cultura. Asimismo, la misma predilección por el término "cultura" sobre el término "espíritu" (aunque Romero utilice ocasionalmente también el segundo) puede ser vinculado con las críticas que hacia éste habían sido realizadas de muchas partes en la década precedente, por ejemplo por Rickert en su *Ciencia cultural y ciencia natural.*

Más cerca de Dilthey se mantiene en cambio Romero en su definición de la "vida histórica" y de la "comprensión" como instrumento para aprehenderla. Asimismo, aunque con modulaciones propias, Romero también parece, a primera vista, partir del mismo lugar del que había partido Dilthey (el siglo XVIII), y del que explícitamente no había querido partir Croce, para encontrar allí el surgimiento de esa nueva forma de hacer historia que definirá como historia de la cultura. Así aparecen en la propuesta de Romero como antecedentes las obras de Voltaire y Montesquieu (cuyos aportes le parecen tanto más relevantes y superadores para la historiografía que el de los precedentes eruditos de Saint Maur y Port Royal) e incluso que la de Turgot (y más en general los fisiócratas). Empero, también incluye a aquellos alemanes como Justus Möser que, influidos por los esquemas de los primeros, pero tomando a la vez distancia de ellos en su búsqueda de una concepción histórica que abrazase la vida en todas sus manifestaciones y prestase atención a la vez a la complejidad y la diversidad de la misma y que en su curiosidad por los detalles se alejaba de las estilizaciones de los ilustrados franceses, o que, como Winckelmann, pudieron brindar retratos más acabados de la cultura como conjunto de las manifestaciones del espíritu de una época. Sin embargo, tras presentarnos

ese cuadro tan cercano al propuesto por Dilthey en *El mundo histórico y el siglo XVIII*, Romero decide innovar y sugerir, contra prestigiosas opiniones incluidas la de aquél, que, en realidad, más allá de las cuestiones de método, las propuestas de los ilustrados tenían una sustancial continuidad con las del mismo Herodoto, diluyendo cualquier ruptura decisiva entre historiografía antigua e historiografía moderna.

Las reflexiones historiográficas de Romero se completan con una breve nota que aparece en el número 6 (diciembre de 1954), "Cuatro observaciones sobre el punto de vista histórico-cultural", en las que el director de la revista cree necesario volver a insistir sobre los alcances de la noción de historia de la cultura. Tres puntos son remarcados en el trabajo: la idea de que la historia de la cultura no refiere a un campo temático sino a un modo de preguntar sobre el pasado, la distinción neta entre ella y la filosofía de la historia, que se encontraría tanto en la necesidad de la primera de tener unido el conocimiento empírico con la búsqueda del sentido como en la imposibilidad de proyectar ese sentido discernible entre pasado y presente a la relación entre presente y futuro y, finalmente, la noción de que la historia cultural debe ser comprendida en su dinámica del cambio histórico y en sus dimensiones de diversidad (con atención a las disidencias). Punto este último de particular interés ya que signa el distanciamiento de Romero de las morfologías de la cultura; es decir de aquellos cuadros conceptuales estáticos y rígidos que habían formulado algunos de los historiadores que más había admirado y que él ocasionalmente había empleado.

Más allá de la figura de su director, *Imago Mundi*, presenta otros motivos de interés. En una carta a Braudel, Romero se precavía acerca de la posible reacción del historiador francés, observando que más allá de los límites que pudiera detectar era "lo mejor que tenemos aquí". La observación es acertada y la idea de ser la elite cultural de la Argentina estaba y estará presente en Romero y los restantes integrantes de la publicación. Efectivamente, la revista era un notorio esfuerzo por elevar el nivel de las humanidades en Argentina. Resaltan en esa tarea no sólo muchos de los autores locales que colaboraban en la revista, incluidos los mejores de entre los europeos que habían recalado en el país (de Rodolfo Mondolfo a Claudio Sánchez Albornoz) hasta algunos destacados estudiosos extranjeros, de Marcel Bataillon a Crane Brinton, por mencionar a dos historiadores. Sin embargo, la dimensión más innovadora parece encontrarse en

el intento de dar cuenta de la actividad académica en el extranjero, en muchos de aquellos ámbitos renovadores, fuesen instituciones o congresos. Vaya, a modo de ejemplo, una circunstanciada nota de Romero sobre las actividades del Instituto Warburg. El mismo papel cumplían las numerosas recensiones y las breves reseñas que, dentro de la heterogeneidad de puntos de vista que existían en la revista, señalaban tanto las vías a recorrer como aquellas que había que abandonar. Era un modo de la revista, casi siempre implícito, casi nunca explícito, de debatir con la cultura académica oficial de la universidad peronista, considerada globalmente arcaica y poco atenta al estado de los estudios en otras partes del mundo. Algunas excepciones, en el terreno de las interpretaciones de la historia argentina, las constituyen una abierta nota crítica de Norberto Rodríguez Bustamante a la *Historia Argentina* de Ernesto Palacio y otra de Gregorio Weinberg a *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata* del P. Guillermo Furlong.

En cualquier caso, la revista mostraba una heterogeneidad que será connatural a las distintas iniciativas emprendidas por Romero a lo largo del tiempo, más allá de que entre el grupo original existiese una mayoritaria simpatía hacia la tradición socialista argentina. Desde luego que la distancia de la cultura oficial era un requisito de inclusión (aunque la presencia, por ejemplo, del mallorquín Salvador Canals Frau que luego de haber sido dejado cesante en la Universidad de Cuyo había recalado, por necesidades laborales, como director del Instituto Étnico Nacional entre 1948 y 1951, sugiere que aun personas que habían sido participantes activos de instituciones públicas durante el peronismo, siempre que no fuesen simpatizantes del mismo, eran admitidas). Sin embargo, a partir de allí las posiciones políticas, ideológicas y aun historiográficas de los que escribían en la revista eran bastante diferentes. En los dos primeros aspectos, por poner otro ejemplo, la presencia ocasional de figuras tan disímiles como Oscar Camilión y David Viñas dan una buena muestra de ello.

En relación con el terreno que a nosotros interesa, el historiográfico, las diferencias entre los distintos colaboradores no eran menores. Varios estudiosos realizaban aquí sus aportes en distintos planos. León Dujovne, filósofo de amplios intereses entre los cuales se encontraba la Filosofía de la Historia, combinaba diferentes vertientes en el contexto de una tradición de observancia croceana, y Abraham Rosenvasser publicaba artícu-

los vinculados con la historia antigua oriental, en lo que era el punto de expansión de una importante tradición de estudios en ese campo en la que (tal cual señalamos en el caso de Sánchez Albornoz) las aperturas culturales de su principal figura no impiden percibir que la labor erudita y filológica, circunscripta a una época histórica y a un espacio delimitado, era lo más importante en su escuela. Así, difícilmente puedan encontrarse climas historiográficos semejantes entre la tradición del estudioso de la antigüedad oriental y Romero.

Diferente es también la perspectiva que emerge si nos detenemos en otro colaborador ocasional de la revista, Gregorio Weinberg, un autodidacta de amplios intereses intelectuales y cuyo aporte a la historiografía argentina, importante en muchos terrenos, lo fue aún más en su papel de organizador cultural y editor de algunas de las mayores y mejores colecciones de libros (que recogía testimonios tanto como ensayos históricos) emprendidas en la Argentina. Ya en esos años '50 desempeñaba ese papel en dos ámbitos bien diferentes: la Editorial Lautaro y Solar/Hachette. En esta última publicaría luego interesantes ensayos y prefacios; también en el campo de las ideas argentinas de la primera mitad del siglo XIX, su hermano menor Félix Weinberg (en especial deben señalarse su *Vieytes y el drama de la agricultura colonial* y *El Salón Literario de 1837*).

La propia obra historiográfica de Gregorio Weinberg fue, en cambio, más fragmentaria, ante todo porque sus intereses iban mucho más allá de la misma (de la filosofía a las ciencias de la educación) y su erudición extensísima sobre temas y problemas del pasado era aplicada a territorios también demasiado vastos. Dedicó numerosos prólogos y estudios preliminares a los clásicos argentinos del siglo XIX en los que siempre exhibía un juicio ponderado y una información abundante. Desde 1954, en que publicó su *Introducción a los escritos económicos de Manuel Belgrano* hasta treinta años después en que dio a luz su trabajo histórico más ambicioso (*Mariano Fragueiro, un pensador olvidado*), exhibió la voluntad de complementar un enfoque de historia de las ideas con la atención a los contextos sociales y políticos y, una vocación de ir más allá de los clásicos que le eran tan congeniales, a comenzar por Sarmiento y Juan María Gutiérrez, en la búsqueda de rescatar a figuras heterodoxas, como el mismo Fragueiro.

Más allá de los autores mencionados, las dos figuras que además de su

director recortan un perfil más nítido entre los colaboradores de la revista, en el campo de la historiografía (y cuyas contribuciones son asimismo más abundantes) son Alberto Mario Salas y Tulio Halperin Donghi. Ante todo, ninguno de ellos en su perspectiva historiográfica, si juzgada por sus escritos, estaba cerca de la omnicomprensiva historia de la cultura que planteaba Romero, aunque la personalidad de éste fuese influyente sobre ambos. Asimismo los dos historiadores aludidos eran bien diferentes entre sí.

Comencemos por la figura solitaria y bastante olvidada de Alberto Salas. Estudió historia en la Facultad de Filosofía y Letras y una cierta influencia tuvieron sobre él Emilio Ravignani y Ricardo Caillet-Bois, con quien comenzó una investigación sobre las Invasiones Inglesas que luego con los años proseguiría aunque estaría destinada a permanecer en buena parte inédita. Sin embargo, pronto se vinculó con el geógrafo, arqueólogo y etnógrafo autodidacta Francisco de Aparicio, que sería director de su tesis de doctorado sobre *El Antigal de Ciénaga Grande* que la Facultad de Filosofía y Letras publicaría en 1945. En ella, aunque su labor principal era como arqueólogo, un lugar importante concedía al contexto histórico y a los cronistas. Acompañó a Aparicio, en calidad de asistente, en el Museo Etnográfico del cual aquél fue director hasta 1946. Expulsado de allí, junto con aquél y con otros, por la presión de José Imbelloni, su carrera como arqueólogo quedó trunca al igual que su actividad como profesor en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Como otros, para sobrevivir, buscó un empleo en la Cámara del Libro, a la vez que participaba de la experiencia promovida por Daniel Devoto (del que era amigo desde los tiempos de estudiante) en la revista *Buenos Aires Literaria* (en la que además de José Luis Romero, también tomaba parte otro de los amigos de Salas de entonces, Julio Cortázar). La revista no sobreviviría a la expatriación de Devoto a París (donde encontraría la protección de Marcel Bataillon) y a los debates políticos entre los miembros acerca de la relación con el peronismo.

La reorientación de Salas hacia la literatura fue acompañada por otra hacia la historia. En 1950 publicó una obra importante e innovadora: *Las armas de la conquista*. Allí con tono mesurado, eludiendo discusiones ideológicas, pasaba revista al enfrentamiento entre españoles e indígenas a partir de sus instrumentos de lucha, en un sentido que excedía largamente el de las armas materiales. Del papel de los caballos al de las lanzas, de

los venenos a los santos y dioses, de los gases a los arcabuces eran explorados aquí (sólo aparecen ausentes los factores epidemiológicos que darían lugar más tarde a una amplia discusión historiográfica). La novedad de la obra de Salas se encontraba en que, sin desplegar un ampuloso aparato teórico, proponía, en la práctica de la investigación, una muy temprana e innovadora convergencia entre historia y etnografía. A partir de un exhaustivo dominio de los documentos editados y de los cronistas de Indias, analizados con la escrupulosidad filológica de la vieja tradición erudita y con un talento narrativo que solía estar ausente en ésta, lograba engarzarlos en temas y problemáticas nuevas que procedían de su formación etnográfica. No es casual en ese contexto que su obra concitara la viva atención, primero de Fernand Braudel (Francisco de Aparicio se lo presentó en 1947), y luego de Ruggiero Romano.

El enfoque de Salas podría denominarse realista, en el sentido de que no dejaba de olvidar que se trataba de una conquista en la cual la voluntad de poder y el desnivel de fuerzas estaban en la base de todo el proceso. Así, en tono elíptico las más de las veces, no dejaba de criticar las lecturas idealmente ingenuas o políticamente intencionadas de los defensores del sentido misional de la conquista aunque, a la vez y por razones semejantes ligadas al anacronismo, no suscribía las tesis indigenistas ni la reducción de aquélla a un puro afán material.

En el período de *Imago Mundi* y en los años inmediatamente posteriores, Salas continuó con su trabajo sobre los cronistas indianos, a tres de los cuales —Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y Bartolomé de Las Casas— dedicó un libro publicado por el Fondo de Cultura Económica, pero cuyos trazos iniciales habían sido desarrollados en varias colaboraciones en *Imago Mundi*, entre los cuales descuella el fino, complejo y original análisis de Fernández de Oviedo. Al año siguiente, en 1960, proponía una nueva lectura del proceso de aculturación y transculturación generado por la conquista en su *Crónica florida del mestizaje de las indias*, obra en la cual se detenía en las diversas formas de intercambio cultural que en las distintas áreas de América se producían entre españoles e indias, a partir de las relaciones de posesión afectivas y sexuales. Era una forma de utilizar en otra clave su extenso dominio de la producción escrita en el siglo XVI. Nuevamente emerge aquí un cuadro atento a diversidades regionales y a matices, en el contexto de una interpretación que

busca ser equilibrada y equidistante (y que se correspondía con ese liberal moderado que era).

Ciertamente, la obra de Salas era ante todo una revalorización de una forma tradicional de hacer historia, trabajando con temas circunscriptos, con firmes convicciones en la verdad del proceso que se narraba y a la vez en el carácter provisional del mismo, a la espera de nuevos aportes documentales. En este sentido, su forma de hacer historia era la de un narrador de historias a la manera clásica sin ambiciones generalizadoras o globalizadoras, que se alejaba tanto de las propuestas de la historia de la cultura de Romero como de las provenientes de las nuevas ciencias sociales. En buena medida, su universo de referencias, sea en el plano etnográfico como en el historiográfico, estaba bastante anclado en el mundo académico de las primeras décadas del siglo XX (y aunque no dejaba de percibirlo y trataba de tomar distancia de ello, una remanente mirada eurocentrista puede percibirse en sus obras). Asimismo, por poner un ejemplo, no deja de ser reveladora la simpatía reiterada de Salas hacia la obra de Ángel Rosenblat asociada a una predilección por un enfoque filológico cualitativo y no por otro demográfico cuantitativo, persistentemente ausente en sus enfoques.

En suma, Salas fue un historiador que llevó el ejercicio de la tradición erudita a uno de sus niveles más altos en la Argentina en el siglo XX y que supo aplicarlo a objetos innovadores. Sin embargo, su figura dentro del campo académico permaneció siempre bastante aislada. La tradición erudita nunca lo reconoció como propio (y por supuesto, la cofradía de esa tradición, la Academia Nacional de la Historia, nunca lo incluyó entre sus miembros) y el grupo renovador, salvo en los años de *Imago Mundi* y del momento inicial posperonista, cuando fue designado interventor en la Facultad de Filosofía y Letras, tampoco tuvo relaciones estrechas con él. Deben considerarse aquí, además de factores idiosincrásicos que no pueden desconocerse, también otros políticos en un sentido amplio. Finalmente Salas, hombre culturalmente liberal y católico aunque sustancialmente adverso a la militancia política, estaba bastante lejos del espíritu reformista de tintes laicos y socialistas del grupo de *Imago Mundi* y las diferencias se harían insalvables en el momento post-'55. Asimismo, su historia narrativa, tradicional, descriptiva aunque razonada, sin digresiones al tema, sin conclusiones fuertes, polémicas o que se presentasen como innovadoras (aunque lo fuesen), lo alejaba de los renovadores, mientras que la

por entonces audacia de sus temas y la distancia de sus interpretaciones con las de un academicismo ya muy anquilosado, establecían una valla insalvable con los eruditos herederos de la Nueva Escuela.

En paralelo a la figura de Salas encontramos a la de Tulio Halperin Donghi que, en 1951, no cumplidos todavía los veinticinco años, apareció en el escenario historiográfico con un ensayo sobre *El pensamiento de Echeverría*. Su autor presentaba también un conjunto de rasgos diferenciados en el seno de los historiadores que colaborarían en la revista. Nuevamente aquí al aludir a su formación hay que hacer referencia a dos vías paralelas: aquella formal, por una parte, y aquella derivada de su familia y los ámbitos con los que ella estaba relacionada, por la otra. Con relación a la primera, Halperin transcurrió por ese andarivel maestro que constituían la Escuela Argentina Modelo, en buena parte de la primaria, y sobre todo el Colegio Nacional de Buenos Aires de la época de Nielsen. Aquí, como revelador del capital cultural y relacional de su familia, integró la primera división que reunía a aquellos que entraban sin examen de ingreso, seleccionados vía recomendaciones, como modo curioso de tratar de constituir una especie de elite dentro de la elite.

Con relación a la otra vía, seguramente más influyente, hay que comenzar observando que Halperin pertenecía a una familia de intelectuales. Sus padres, egresados de la Facultad de Filosofía y Letras, formados en el clima renovador que imponían algunos de los docentes europeos recalados en ella (en su caso, en especial, el italiano Francesco Capello), estaban bien relacionados con el mundo cultural que describimos antes a propósito de Romero y que giraba, entre otros lugares, alrededor del Colegio Libre de Estudios Superiores, y eran docentes en diferentes instituciones terciarias (como el Instituto del Profesorado) y secundarias. En general, ese ambiente familiar aparecía bastante interrelacionado con una específica tradición cultural italiana, aquella que iba de Francesco De Sanctis a Benedetto Croce, cuyas huellas es posible detectar persistentemente en Halperin. En un país en el que, al menos por entonces, las tradiciones intelectuales familiares no eran lo habitual, el caso de Halperin presenta ya esa nota diferencial (a ello habría que agregar el parentesco con los Gerchunoff, vía su abuela materna). Si bien Halperin, tras un fugaz paso por la Facultad de Ciencias Exactas, realizó veloces estudios regulares en paralelo en la Facultad de Derecho y en la de Filosofía y Letras, su formación

sólo en pequeña parte proviene de allí (y la deuda mayor aquí es con Claudio Sánchez Albornoz). Mucho más debe al aludido entorno de sociabilidad familiar; baste señalar aquí dos nombres como los de José Luis Romero o Américo Castro y a sus experiencias en el extranjero de las que hablaremos luego.

En el momento en que Halperin publica su *Echeverría* (resultado de la expansión de dos ensayos precedentes) es sobre todo tributario de aquella tradición familiar y de los ámbitos intelectuales argentinos no universitarios con los que está relacionado (incluso el vínculo con Claudio Sánchez Albornoz es algo posterior). La obra es singular en el contexto de esa oleada de trabajos publicados en el año del centenario de la muerte del autor del *Dogma Socialista*, con propósitos indudablemente políticos. Las apologías de Echeverría, a las que se sumarán las dedicadas al pronunciamiento de Urquiza, constituían espacios desde los cuales polemizar indirectamente con el régimen era un modo mucho menos peligroso que hacerlo abiertamente. No era éste el objetivo de Halperin: su libro estaba lejos de cualquier voluntad hagiográfica y constituía en este sentido una notable y saludable excepción a la vez que un intento de dejar atrás las rígidas dicotomías que, aunque procedentes desde antes, se habían reforzado con el advenimiento del peronismo y entre los opositores a éste.

En términos historiográficos, es difícil no ver al *Echeverría* de Halperin como una obra que reunía las principales virtudes de aquella tradición italiana antes aludida y a las que por razones de economía podemos llamar croceana: un refinado análisis bastante inmanente de los textos, un complejo y sofisticado estudio de las operaciones intelectuales y una atención casi excluyente a las elites entendidas como aquellas que organizan y dan sentido a los procesos sociales y políticos.

El *Echeverría* del estudioso argentino es un personaje con más sombras que luces, inmerso en un conjunto de contradicciones entre romanticismo retórico y una vocación por subordinarlo todo a ideas, arquetipos y esquemas generales y a un optimismo de fondo alejado de la sensibilidad romántica, colocado entre las apelaciones formales a una especificidad nacional y la ausencia de todo historicismo, entre realismo proclamado y limitada capacidad para percibir a esa realidad más allá de una serie de motivos voluntaristas que aspiran a conformarla a imagen y semejanza de ellos,

entre la apelación a la política y la sustitución de la misma, en los hombres de su generación y en él, por una pedagogía misionalista oscilante entre un proclamado liberalismo y un pensamiento que tiende a formular una propuesta que en su carácter unanimista y descalificador de las opuestas, lo niega. Una particular atención le merecen algunos temas (además de la estética poética y la religión), como el ilusorio régimen municipal, destinado a tener continuidad en investigaciones recientes.

El libro reposaba sobre una muy inteligente utilización del corpus de textos éditos de Echeverría y deliberadamente eludía —quizá bien sensatamente dada la heterogeneidad de influencias en él y en sus contemporáneos y más allá de referencias circunstanciales— colocarse en el plano de una historia de las ideas interesada en influencias y préstamos. Por otra parte, los contextos políticos y sociales son apenas aludidos como telón de fondo (y el parentesco de ello con la tradición croceana es aquí plausible de ser sostenido) y no como factores que interactúan con el pensamiento de Echeverría, que es indagado en una lectura más estática que dinámica. En suma, un libro sugerente y brillante (aunque esa extrema brillantez pueda aparecer por momentos algo abstracta, una vez más, como en sus imaginarios maestros italianos), que sorprende más aún dada la edad del autor, pero todavía distante del amplio respiro y de la riqueza de motivos, no sólo ideales, que signarán estaciones sucesivas de Halperin.

Tras ese primer libro, hay que colocar las aludidas experiencias intelectuales en el extranjero. En el período 1950-51, pasó buena parte de un año académico en la Universidad de Turín, experiencia importante en tanto reforzaba sus vínculos con la tradición croceana, que vivía por entonces allí un episódico florecimiento a través de las figuras de Giorgio Falco y Walter Maturi. El primero, si bien había sido formado en el modelo erudito de la gran tradición filológica desarrollada en Italia (en buena parte por influencia alemana), había girado en los años de entreguerras hacia posiciones croceanas críticas a las primeras. El segundo era especialista en temas de historia del Risorgimento (particularmente relevante era su polémico artículo en la Enciclopedia Treccani contra las lecturas instrumentales, procedentes de ambientes fascistas bien menos ilustrados que los que trabajaban en la misma Enciclopedia, que el régimen consideraba como propia aunque no lo fuera o no lo fuera plenamente). Era también un estudioso interesado en historia de la historiografía (quizá su campo más

congenial) y en general buen conocedor del siglo XIX, incluidos los reaccionarios. Maturi, aunque había tenido una formación más bien ecléctica (entre Gentile y Volpe), en la segunda posguerra podía ser considerado uno de los principales seguidores de Benedetto Croce.

Por otra parte, en esa Italia de la posguerra, Halperin también encontró las obras, entonces tan en alza, de Antonio Gramsci cuyas intuiciones acerca del papel de los intelectuales influirían sobre él, al igual que aquellas sobre el proceso político unitario en Italia y sus preguntas sobre las razones del fracaso de la alternativa republicana que orientarían, en palabras del mismo Halperin, sus reflexiones sobre el proceso argentino luego de la organización nacional. Pero aquí el nombre de Gramsci remite una vez más a la interrelación de éste con Croce y la unión de ambos en la común divisa del historicismo. Menos vínculos tuvo en cambio —sus *Memorias* dan cuenta de ello— con esa otra gran tradición, desde antes y por entonces muy significativa en Turín y destinada a hacerse dominante poco después en la academia piamontesa: ese mundo iluminista y democrático que procedía de la experiencia del Partito d'Azione (de Bobbio a Venturi y Garosci, de Galante Garrone a Luigi Salvatorelli) y que sería la mayor oposición dentro de la Península al historicismo, croceano o no.

La segunda experiencia en el exterior que integró a la primera y la superó en varios aspectos fue la que tuvo lugar en 1953 en Francia y que estuvo signada por el encuentro de Halperin con Fernand Braudel. Las relaciones entre ambos databan del año anterior y se habían iniciado con una carta de Halperin a Braudel, acompañada de un recorte del diario *La Nación* (en cuyo suplemento literario colaboraba habitualmente) que contenía una recensión del joven historiador argentino a "El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en época de Felipe II". El deslumbramiento que el libro produjo en Halperin fue acompañado por el que en Braudel produjo la nota bibliográfica. Como señaló el historiador francés, Halperin era el único que había entendido el libro (expresión que reprodujo en 1989, ya casi al final de sus días).

Lo que aquí interesa es cuál era el motivo del deslumbramiento de Halperin y cuánto ello nos ayuda a explicar la imagen que por entonces se formulaba de la historia. Ante todo, le atrajo la capacidad de Braudel para utilizar la erudición y la crítica documental para propósitos bien diferentes (y mucho más ambiciosos) que los historiadores académicos tradi-

cionales. Y ello es puesto en primer lugar porque eso es lo que Halperin le dice a Braudel: que espera aprender de él (en la carta que le envía en 1952): encontrar los instrumentos para extraer hasta la última gota a un documento. En segundo, la sugestividad narrativa braudeliana que posibilitaba la reconstrucción de algo que era (o parecía) a la vez tan real y tan fantástico ("figuritas verdaderas" las llama Halperin en sus *Memorias*). Finalmente, las ambiciones de una gran historia que era total en sus aspiraciones, como en sus asociaciones entre fenómenos distantes en el tiempo y en el espacio, como en su aspiración a describirlo todo. Más importante es que esa historia, a la vez erudita y plena de ambiciones, era para Halperin un modo de tomar distancia de la historiografía académica argentina y del ensayismo, pero también de la propuesta de la "historia de la cultura" defendida no sólo por Romero (al que siempre apreció pero del cual siempre también implícitamente tomó distancias en términos historiográficos) sino por casi todo aquel mundo de la Argentina de entreguerras que presentamos al comienzo de este capítulo. Al tratar de dejar atrás lo que Halperin llamaba en carta a Braudel "brumosa historia de la cultura", buscaba dejar atrás también a aquella ya fatigada tradición antipositivista y uno de los emblemas y de las hipotecas más pesadas de la misma: la que procedía de la orteguiana *Revista de Occidente* (no en vano siempre había preferido a la hipermodernidad de ésta el antimodernismo de *La Crítica*, la publicación dirigida por Benedetto Croce).

Empero, podría irse aún un poco más allá. Además del seminario con Braudel (y de los contactos con Ruggiero Romano, a la sazón firme defensor de la historia económica y de la ortodoxia labroussiana), Halperin siguió los cursos de Marcel Bataillon, en parte porque estaba interesado en su obra, en parte porque en él esperaba encontrar una guía para su entonces tema de tesis de doctorado sobre Pedro Mártir de Anglería. El contraste que emerge en sus *Memorias* entre el recuerdo de aquel que lo iba a desarrollar como historiador en el sentido de su "fierza" (Braudel) y aquel que lo iba a ser en el sentido de su "fineza" (Bataillon) no deja de ser muy ilustrativo. Halperin hacía una decidida opción por la "imaginación" del primero sobre el "buen sentido" del segundo, por la capacidad de Braudel de proponer incesantemente nuevas ideas, nuevas perspectivas, pistas y asociaciones inesperadas (producto de una erudición dilatada y a la vez, por ello, necesariamente dispersa) en contra de la irreprocha-

ble solidez y fineza filológica, mucho más convencional y quizá menos original, de Bataillon. En aquella estrategia historiográfica Braudel (y luego Halperin) era, a su vez, más tributario de Lucien Febvre que de Marc Bloch, que tempranamente desconfiaba de la excesiva imaginación del entonces joven historiador francés.

En cualquier caso, el historiador Halperin se moldeó en muchos planos en el espejo braudeliano, como por ejemplo en la búsqueda de la originalidad interpretativa, en la imaginación en la operación documental o en la extensa erudición. Lo que dijo de Braudel "un constante chisporroteo de ideas lanzadas, más que como navíos, como luces de bengala que no siempre lograrán arrojar algo más que una luz insegura, pero que cuando lo logran la imagen que habrán revelado alcanzará una incomparable riqueza y un relieve excepcional", ¿no podría aplicarse a su obra? Sin embargo, en otros aspectos estaba y estará luego bastante distante del historiador francés. No se trata solamente de que los productos terminados de Braudel y de Halperin se parecen bastante poco entre sí, o de las diferencias de escala de los escenarios en los que se despliegan los relatos de uno o de otro, o del distinto registro temático (Halperin operó casi siempre sobre temas más acotados temporalmente). Se trata, sobre todo, de que la compleja y trabajada forma de construir la narración histórica de Halperin estaba lejos de la tan francesa claridad expositiva que Braudel combinaba con un lirismo romántico micheletiano y también lo estaba, con dos excepciones de las que hablaremos, de su persuasivo e interrogativo estilo de argumentación (aunque ello fuese solamente un artificio retórico). En este último plano, mucho más cerca estaba Halperin del carácter irónico, asertivo y aún prescriptivo de la argumentación de Benedetto Croce —que en una página célebre había definido a un libro de historia como un tejido de relatos-juicios, juicios históricos claro está no "expresiones afectivas"— al que también debe, entre otras cosas, su imagen constructiva del conocimiento histórico, organizado en torno a preguntas cuya respuestas se alcanzaban en la convicción del mismo historiador de que ya las ha alcanzado. Es decir, en la confianza en que el proceso puede ser comprensible sin necesidad de ir hasta el extremo de haber consultado todos los documentos (lo que dejaba en un lugar más secundario a la dura erudición).

En suma, la formación en el extranjero debe colocarse no sólo bajo la

divisa del eclecticismo sino en el juego de tensiones entre el historicismo italiano y el "naturalismo" braudeliano (¿o realismo sería una mejor expresión?) y si a ello agregamos la figura tan clásica de Claudio Sánchez Albornoz y su enfoque prioritariamente institucional, tendremos casi un compendio de las grandes tradiciones historiográficas por entonces disponibles en el mundo occidental. Combinación excepcional que era posible por la colocación exterior de su autor con relación al mundo europeo. En cualquier caso, Halperin buscó deliberadamente un camino independiente y singular y la voluntad de no permanecer atado a ningún maestro explica la decisión de no aceptar la invitación de Braudel para permanecer en Francia al precio de convertirse en uno de sus discípulos. Prefirió, en cambio, la *splendid isolation* en el destino sudamericano.

De todos modos, la experiencia francesa fue decisiva en el corto y en el largo plazo. En el primero, en su tesis de doctorado finalmente hecha sobre un tema sugerido por Braudel (aunque dirigida formalmente por Claudio Sánchez Albornoz), *Los moriscos del reino de Valencia, 1520-1609* (publicada años más tarde con el título de *Un conflicto nacional: moriscos y cristianos viejos en Valencia*), debía muchas más cosas a la influencia del historiador francés. Ante todo a la "geohistoria" que se refleja en toda la primera parte en torno a la ubicación espacial de los núcleos de población morisca en el territorio valenciano (y un fragmento de la misma se publicará en *Annales* en 1956). Más aún, si se compara la tesis con el *Echeverría* nos encontramos en dos mundos muy distintos ya que en la tesis hay un claro interés por las dimensiones materiales de la experiencia, por la economía y por la sociedad. En este último plano que se despliega en la segunda parte, Halperin indaga las distintas formas de solidaridad (religiosas, políticas, "nacionales") de los moriscos para, finalmente, en la tercera desplegar los conflictos que culminan en la expulsión. Proceso que Halperin elude juzgar ya que al historiador no le compete "fantasear sobre lo que pudo haber sido", tomando nuevamente distancia de lo que hacía casi toda la historiografía española de la época a propósito de ese u otros temas, en los que se buscaban armas para la discusión franquismo-antifranquismo. Nuevamente encontramos los ecos braudelianos aquí (y los de la tradición erudita detrás de él) así como en la estructuración de la argumentación y hasta cierto punto en el estilo narrativo.

El nuevo escenario posperonista

La caída del peronismo por obra de un alzamiento militar apoyado por una extensa y muy heterogénea coalición civil parecía abrir enormes posibilidades para la renovación historiográfica, al menos en las Universidades de Buenos Aires y del Litoral. La designación de José Luis Romero como interventor en la Universidad de Buenos Aires es el mejor ejemplo de ello. La terna que la Federación Universitaria propuso para ese cargo, a pedido del ministro de Justicia e Instrucción Pública designado por el general Lonardi, Atilio Dell'Oro Maini, estaba integrada por tres colaboradores asiduos de la revista: su director Romero, Vicente Fatone y José Babini. El hecho mostraba la importancia adquirida por la figura de Romero y la visibilidad de la experiencia de aquella revista.

La designación de Romero es susceptible de diferentes interpretaciones. Desde luego, aunque el grupo de *Imago Mundi* tuviese visibilidad entre los grupos culturales alternativos al peronismo, no era el único disponible y seguramente el menos compatible (por la militancia socialista del nuevo rector) con las orientaciones dominantes, sea en el fugaz período de Lonardi (más previsible era aquí la apelación a una figura proveniente del nacionalismo y/o del mundo católico) que durante el sucesivo de Aramburu (en el que más compatible eran aquellos que podían actuar en los ambientes conservadores o radicales). Por otra parte, que la propuesta fuese hecha por Dell'Oro Maini, un avezado intelectual católico que se había ido desplazando del nacionalismo a posiciones conservadoras, agrega más enigma a la situación. Dos lecturas posibles emergen aquí: una, la más convencional, asigna un peso decisivo al movimiento estudiantil, que por otra parte había ocupado la Universidad y, probablemente, a la voluntad inicial del gobierno militar de aquietar las aguas en el frente universitario. Sin embargo, otra lectura, que en el estado actual de los documentos disponibles es plenamente conjetural, puede formularse. Siendo el principal propósito de Dell'Oro (ya desde fines de la década de 1910) el de crear una Universidad Católica, ¿que podía allanar más sus objetivos que dejar la Universidad pública en manos de lo que se llamará el reformismo?

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la designación de Romero trajo aparejada la posibilidad de que otras personas del grupo de *Imago*

Mundi fuesen designadas como decanos interventores en distintas Facultades; tal es el caso de Luis Baudizzone en la Facultad de Derecho, de José Babini en la de Ciencias Exactas y de Alberto Mario Salas en la de Filosofía y Letras (nombres a los que habría que agregar el de José Juan Bruera en la Facultad de Filosofía y Letras en Rosario). Sin embargo la tarea que tenían enfrente los interventores no era sencilla. No solamente se trataba de depurar a la universidad peronista (tarea en la que Salas, rígido antiperonista, y miembros de su consejo asesor, en especial Francisco Romero, pusieron mucho celo) sino también de enfrentar una compleja cuestión: ¿se trataba de una restauración de la Universidad anterior a 1946 o de una auténtica renovación? Era un problema que llevaba a otro más concreto: qué lugar debían ocupar los profesores desplazados por el peronismo a los que inevitablemente había que reincorporar? Desde luego que no se trataba de una simple cuestión de elección o preferencias sino de las relaciones de fuerza. Por otra parte, ¿qué espacio había que conceder a los estudiantes en el nuevo diseño institucional? El cese de Romero como interventor en 1956 y su sustitución por el Dr. Alejandro Ceballos, de una orientación diferente, y los encendidos debates entre los decanos acerca del perfil de la nueva universidad, mostraban lo inestable y ambiguo de la situación. En cualquier caso, los conflictos inscriptos ya en el primer momento se prolongarían en la alternancia entre reformismo y humanismo en la Universidad ya normalizada y en la persistencia de aquellos debates iniciales hasta el colapso de 1966. Más allá de ellos, comenzaba a emerger también, tempranamente, la voluntad o totalmente excluyente o parcialmente integradora que los nuevos elencos universitarios exhibían hacia el mundo de la academia oficial en tiempos del peronismo, síntoma que anunciaba los nuevos tiempos por venir en el terreno de la política nacional.

Haciendo un balance puede sostenerse que la coyuntura permitió al grupo renovador insertarse o reinsertarse en la Universidad (una excepción la constituye Salas, que responsable visible de la depuración y que además no compartía las proporciones en la fórmula tripartita finalmente aprobada en los nuevos estatutos, consideró luego necesario apartarse de la Universidad y seguir enseñando en el Colegio Nacional de Buenos Aires) pero también que esa colocación fue muy diferenciada según las áreas. Weinberg, por ejemplo, terminaría como profesor en el Depar-

tamento de Filosofía y en el de Ciencias de la Educación, y Dujovne en el primero de ambos, hasta la creación en el nuevo plan de 1959, en la carrera de Historia, de la cátedra de Teoría e Historia de la Historiografía (nombre que corresponde al de un conocido libro de Croce).

En lo que a nosotros interesa, la Historia, los avances de los renovadores fueron bastante limitados y el cuerpo tradicional de profesores conservó un lugar predominante. Por poner algunos ejemplos, en el área de la historia argentina, Ricardo Caillet-Bois, principal discípulo de Ravignani, ocupará desde entonces y hasta 1973 la Dirección del Instituto de Historia Argentina y Americana y Claudio Sánchez Albornoz y sus discípulos conservarán el área de Historia Medieval y el Instituto de Historia de España, y lo mismo ocurrió con Alberto Freixas y sus sucesores en Historia Antigua. Los renovadores no lograrán ir mucho más allá de controlar, aunque en aparcería con los sectores tradicionales, Introducción a la Historia, Historia Contemporánea y, si podemos considerarlo un renovador a Rosenvasser, Historia Antigua oriental.

En Buenos Aires, los modestos avances en el Departamento de Historia no cambiaron mucho con el acceso de Romero al cargo de decano en 1963. Lo que compensaba esos límites institucionales era la actividad de la cátedra que mejor emblematiza la presencia renovadora y que era, sin dudas, Historia Social, creada en 1957 y dirigida por Romero. La materia, introducida inicialmente en la nueva carrera de Sociología, será desde 1959 también parte del nuevo plan de la de Historia. Mucho más que en otras iniciativas, desde ella se produjo un fuerte impacto en la actualización historiográfica. Ciertamente puede discutirse si el deslizamiento de la historia cultural a la historia social (recordar que junto a la cátedra se creó en la misma Facultad un Centro con ese nombre en la misma Facultad) era pleno en Romero o si reflejaba cuestiones semánticas —alguna vez afirmó, al igual que Febvre, que toda historia era necesariamente historia social, lo que en el fondo quitaba toda significado al rótulo— tanto como una voluntad de interlocución con los nuevos tiempos. Con todo, si no era el resultado de que Romero hubiese cambiado sus convicciones historiográficas profundas, sí revelaba que desde su actitud aperturista e irénica contemplaba la necesidad de una actualización de la historiografía que solamente iba a ser exitosa en tanto recuperase a los nuevos climas historiográficos emergentes de la relación con las expansivas ciencias sociales.

La experiencia de la cátedra de Historia Social puede percibirse desde dos lugares. Una es la composición de la misma: los nombres de Tulio Halperin, Reina Pastor, Haydée Gorostegui, Alberto Plà, Nilda Guglielmi, Gustavo Beyhaut y Ernesto Laclau, entre otros, reflejan admirablemente bien la pluralidad de perspectivas y la riqueza de motivos historiográficos allí presentes (incluso se podrían anotar aquí los nombres de quienes en tanto becarios de posgrado o pasantes hicieron experiencias en la misma). Por su parte, los materiales de cátedra editados bajo el rubro de *Estudios Monográficos de Historia Social*, también exhiben una voluntad de actualización de la historiografía argentina bajo el signo de la heterogeneidad. Ella es visible en especial en los primeros números de la colección donde convivían, ecléctícamente, Walt Rostow y Witold Kula, Alfred Cobban y Fernand Braudel. Tras esos comienzos heterogéneos, la influencia de la tradición de *Annales*, en especial en la perspectiva entonces dominante en ella: historia económico-demográfica, como temática y serial cuantitativa como método, se hará aunque no excluyente sí claramente dominante entre los *Estudios*. El hecho puede vincularse con las nuevamente crecientes relaciones entre el grupo francés y el de Romero que reflejaban, a la vez, la expansión internacional de la "diplomacia de las ideas" braudeliana y el hecho tan evidente de que esa conexión era de lejos la más importante carta externa de que disponía el núcleo de Historia Social. En ese contexto, deben anotarse distintas iniciativas como las sucesivas visitas institucionales a la Argentina de Ruggiero Romano (1961, 1963, 1964) y del historiador portugués, también discípulo de Braudel, José Gentil da Silva (1964) y las de los argentinos Reina Pastor de Togneri, Haydée Gorostegui de Torres y el mismo José Luis Romero a Francia. Del lado francés, las visitas reforzaban en términos metodológicos las aludidas historia económica cuantitativa y en particular la historia de precios, que lograba hacer brecha entre los nuevos historiadores (aunque, como veremos luego, esa influencia será intelectualmente algo zigzageante, en especial por los deslizamientos temáticos y teóricos de Ruggiero Romano en esos años). En cualquier caso, la predilección por una nueva historia económica es muy bien ejemplificada por otra de las iniciativas producto de la renovada colaboración franco-argentina: la creación de la Asociación Marc Bloch. Ésta permitía canalizar financiamientos concedidos por Braudel para distintos proyectos, entre ellos el ambicioso sobre

"Materiales para el estudio del progreso económico y social de la Argentina" codirigido por Tulio Halperin, Roberto Cortés Conde y Haydée Gorostegui de Torres y también para incorporar a jóvenes investigadores procedentes de Sociología, como era el caso de Susana Torrado y Juan Carlos Torre.

Ciertamente, un enfoque institucional es insuficiente para señalar el papel de la historiografía renovadora en los años comprendidos entre 1955 y 1966. A él debe agregarse la presencia en el mundo editorial en aquellos ámbitos que tenían una presencia y visibilidad mayor. Es evidente que en este terreno, el conjunto de vínculos anudados en los años del peronismo, que prácticamente habían colocado bajo la influencia de la cultura opositora a las mayores casas editoriales, proseguían luego de su caída y a ellas debían agregarse otras iniciativas, como la Editorial Universitaria de Buenos Aires, creada en 1958 por iniciativa de Risieri Frondizi y bajo diseño inicial de Orfila Reynal e impulsada por esa extraordinaria figura que fue Boris Spivacow. Por otra parte, aunque llevada adelante con un criterio de amplitud que excedía las fronteras de la galaxia renovadora, debe anotarse el importante papel desempeñado en esos años, que fueron tan prolíficos, por la colección *El pasado argentino* dirigida por Gregorio Weinberg, que puso a disposición del público un muy importante número de trabajos antiguos o recientes de enorme interés. Sin embargo, los lazos con el mundo editorial, destinados a prolongarse en el tiempo (en 1966 abría sus puertas la filial argentina de la editorial Siglo XXI y al año siguiente nacía Amorrortu), si aseguraban un espacio en el campo de los libros académicos prestigiosos, no significaban una presencia igualmente importante en los medios de comunicación, antiguos o recientes. En éstos, los temas que se divulgaban estaban bastante lejos de aquellos que interesaban a los historiadores renovadores y mucho más cerca de las renacidas polémicas entre "liberales" y "revisionistas" o de aquellas que surgían entre viejas y nuevas izquierdas o aún de las nuevas "síntesis" que prometían fenómenos políticos como el frondizismo, de las que se habla en el capítulo 3.

En este terreno, el de la mayor o menor expansión de las imágenes del pasado, la nueva historia parecía aprisionada en una lógica de hierro: en la medida en que el tipo de historia que proponía era no sólo más profesional sino también más técnica y más sofisticada que las más simplifica-

das y metodológicamente primitivas de las tradiciones precedentes, era inevitable que el público interesado en esas propuestas fuese más reducido que el de éstas o que el de aquella historiografía de batalla que crecía a la par de la politización crispada y polarizada que sacudía a la Argentina de esos años. A una historia más científica correspondía un público más restringido y baste pensar en casos como la historia económica serial o la historia demográfica para darse cuenta inmediatamente de que es difícil que pudieran acceder a muchos más lectores que los pertenecientes al territorio académico. Era en cierto modo, aquella disyuntiva que ya se había planteado Marc Bloch, con amargura y a proceso casi concluido, en su desgarrador libro *La extraña derrota*. Sin embargo, sea dicho, la mayoría de los cultores de entonces de la renovación historiográfica no se planteaban abiertamente ese problema y quizás incluso no lo vivían como tal (a diferencia de sus epígonos de décadas posteriores). Una historia nueva les servía finalmente para establecer un deslinde mucho más consistente (y más visible) entre el universo *amateur* y el profesional, que aquel que con tanta fatiga y poco éxito había intentado llevar a cabo la Nueva Escuela Histórica (en gran medida, en su caso, por la debilidad de la tradición filológica en la que se apoyaba). Esa nueva cientificidad servía también como emblema de la "modernidad" de los nuevos tiempos y brindaba una moneda de cambio con las expansivas ciencias sociales ahora también ellas más sistemáticas en la Argentina.

Por supuesto que lo hasta aquí dicho es bastante esquemático y al menos uno de los historiadores considerados, José Luis Romero, buscó y logró un público bastante más extenso que sus colegas y ello era en parte producto de sus temas y de su estilo y en mayor parte quizá resultado de que su figura se impuso a la consideración pública (a lo que contribuyó, desde luego, su cargo de rector interventor) con su fuerte presencia como intelectual en los debates que surcaron esos años. Mucho más allá de su pertenencia al mundo del extenuado Partido Socialista, lo que contaba aquí era la relevancia que adquiriría Romero como referente de la cultura laica y progresista argentina, por ejemplo en los debates que en torno a la enseñanza estatal y la enseñanza privada (la polémica "laica o libre") surcaron la Argentina desde fines de 1955 y en ese sentido no era casual que en el imponente acto en Plaza Congreso, en 1958, en oposición a la reglamentación de la ley que autorizaba al funcionamiento de las Uni-

versidades privadas, Romero fuese el orador principal. En cierta forma puede afirmarse que el lugar de enunciación preferido por Romero en esos años era mucho más el del intelectual que el del historiador profesional aunque, desde luego, estaba, estuvo y estaría siempre mucho más lejos, antes y ahora, del rol del historiador militante.

Más allá de esa visibilidad de José Luis Romero y de que sus escritos históricos, ensayísticos o incluso periodísticos lograron un público bastante más amplio que el de los otros historiadores renovadores, de su numerosa producción en esos años, menor sin embargo a la de las décadas precedentes y a las posteriores, su obra de mayor éxito seguiría siendo *Las ideas políticas en Argentina* que aunque ampliada en puntos no poco importantes referidos a las últimas décadas (entre ellos el nuevo capítulo agregado en la edición de 1956 y retocado en las sucesivas), conservaba en lo sustancial las características del libro de 1946. Menos exitoso será, en cambio, el tan interesante *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX* de 1965, en la que el esquema binario y por momentos partisano del otro libro ha sido sustituido por un complejo análisis de la cultura argentina enmarcada en "climas de época" y no en líneas opuestas por un historiador que aspira a colocarse supra partes.

Diferente fue en cambio el itinerario de los trabajos de Halperin. Ante todo, sorprende su enorme productividad de esos años más aún considerando su empeño en múltiples actividades institucionales. Ciertamente varios de sus trabajos de este período, aunque siempre agudos y perspicaces, corresponden más al género ensayístico que a la labor de historiador, en tanto no reposan sobre investigaciones prolongadas (la *Historia de la Universidad de Buenos Aires* o *La Argentina en el callejón*) o eran grandes síntesis de conjunto por encargo (como la *Historia contemporánea de América Latina*, solicitada por la Editorial Einaudi, destinada sin embargo, a una larga fortuna editorial en Europa y América) y sugieren también la voluntad de acceder a públicos más amplios y aún de intervenir el debate ciudadano. Con todo, uno de sus libros más enjundiosos, el notable *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* no tuvo el eco que seguramente merecía. A partir de un planteo de extraordinario interés (y que recuerda en su problematicidad y en su busca de complejización al del célebre ensayo de Lucien Febvre *Une question mal posée*), Halperin se interroga acerca de la aparente paradoja de que las ideas de cualquier proce-

so transformador, como las que avalan a la Revolución de Mayo, sólo pueden nacer de un terreno previamente abonado pero a la vez alcanzan un significado enteramente nuevo luego de desencadenado ese proceso. Para resolver la pregunta, el historiador argentino se propone una exploración de largo plazo en el campo de las construcciones ideológicas organizadas en torno a las ideas pactistas de Vitoria y Suárez y su posible influencia en la ideología de los revolucionarios.

Aunque a primera vista parecería que el autor hubiese retornado a aquella historia de las ideas de matriz croceana que desarrollaba en el *Echeverría*, en realidad nos encontramos en un terreno diferente, en el cual las influencias de la experiencia francesa se hacen sentir de muchos modos. La escueta pero admirable "genealogía" de palabras y nociones ("constitución", "patria o nación" o "revolución") que Halperin propone para mostrar cómo los diferentes contextos ideológicos o políticos alteran el significado y la función de ciertas concepciones, vuelve a recordar aquí al nombre de Lucien Febvre y sus finísimas reconstrucciones de los itinerarios de términos y sus mudables significaciones así como su reclamo permanente en contra del anacronismo que significaba trasladarlos sin más de una época y un sistema de ideas a otros. Asimismo, hay ahora un esfuerzo en Halperin no sólo por hacer dialogar al conjunto restringido de autores que explora en el libro con los contextos culturales y políticos en que producen sus obras sino incluso por colocar esos movimientos de ideas en relación con las oscilaciones expansivas o contractivas en el campo de la economía, en clave veladamente labroussiana (quizás es interesante acotar que una operación semejante era propuesta paralelamente por Franco Venturi en sus estudios sobre el iluminismo). Sin duda, esos contextos y esas relaciones son en el libro aludidas más que exploradas pero no dejan de presentar toda una novedad con relación a su trabajo en el campo de la historia de las ideas precedentes.

Un problema que quizás influyó en el limitado impacto del libro era el escaso número de interlocutores con los cuales establecer un diálogo fructífero (en realidad, para su autor, el único real interlocutor local que aparece en la obra era el ya por entonces fallecido Roger Labrousse, del cual luego hablaremos). Las conclusiones del libro, muy convincentes en cuanto a las rupturas, transformaciones, olvidos y cambios de significados que afectaron a las formulaciones pactistas de la monarquía, ya desde el

siglo XVII, implicaban un grado de refinamiento en el terreno de la historia de las ideas argentinas que impedían un verdadero debate. Así ocurría, por ejemplo, con la defensa de la tesis de la pervivencia lineal de aquellas nociones en la obra tan erudita como sesgada y poco imaginativa del padre Furlong, pero incluso con aquellos partidarios de la tesis opuesta. En suma un libro que operaba en un registro diferente a aquel en el que se movía, por entonces y aún luego, la mayor parte (no toda, como veremos) de la historiografía de las ideas en la Argentina.

Influencia francesa hemos dicho aunque no poco permanece de aquella tradición croceana en las grandes vistas de conjunto, en la cual el autor considera finalizada la exploración cuando cree haber encontrado una explicación satisfactoria a sus preguntas o en el carácter firmemente asertivo y rotundamente crítico de las afirmaciones que Halperin desgrana aquí y allá, a la hora de evaluar las contribuciones de otros historiadores pero también de aquellos que en otros tiempos del pasado, con otro utilaje, producían sus reflexiones sobre los fundamentos del poder político.

Más fortuna, quizá porque encontraban un campo más propicio, tuvieron otras contribuciones de Halperin, como el dedicado a *El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX* (1961, recuperado luego en su notable *Revolución y Guerra*) que bien puede vincularse con las observaciones de Juan Álvarez en su *Ensayo sobre la Historia de Santa Fe* y aún con las de Emilio Coni (ejemplo, su "corredor porteño"). Más en general, debe recordarse que Halperin prestó siempre debida atención a aquellos ingenieros que tanto aporte hicieron a la historiografía argentina, como Horacio Giberti o Alfredo Montoya. Un impacto historiográfico mayor tuvo su extraordinario artículo dedicado a "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires" (1963) semillero de ideas para historiadores posteriores. En él se presentaba un cuadro de la formación de la clase terrateniente en Buenos Aires pleno de matizaciones atentas a las diversidades regionales (e incluso a las diferencias con otros ámbitos históricos), a la confluencia en ella de distintos grupos sociales, a la escansión temporal y espacial del proceso que disuelve (o debería haber disuelto) tantos lugares comunes de la mayormente bastante modesta historiografía precedente. Un rico conjunto de fuentes diversas, cuantitativas y cualitativas, desde aquellas disponibles en el Archivo General de la Nación (de los padrones a las cuentas de estancias) hasta los viajeros, analizadas con esa finísima

capacidad filológica de Halperin, sostienen un trabajo en el que el notable historiador argentino brilla a gran altura aunque pueda observarse que el análisis reposa conceptualmente sobre un fuerte presupuesto de racionalidad maximizadora o de clarividencia de los actores (y en el que ningún espacio se otorga a las acciones no lógicas) y sobre una cierta lectura en términos de pasividad de las clases subalternas, como si ellas hubieran estado casi completamente inermes ante las transformaciones de la economía y sociedad pampeana que tanto las afectaban. Ciertamente también, en la introducción general al volumen en el que el trabajo fue republicado (*Los fragmentos del poder*) ese destino de la clase terrateniente en la segunda mitad del siglo XIX es esbozado con quizás excesivo optimismo acerca de la coherencia interna y la lucidez de los proyectos de la misma, aunque aquí pueda señalarse que ello representaba consensos muy arraigados en la historiografía y en las ciencias sociales de la época que era problemático abandonar y que colocaban una fuerte hipoteca sobre la lectura de la gran expansión "hacia fuera". En cualquier caso, en lo que a nosotros interesa, hay que volver a remarcar que todos los motivos que abrían los trabajos de Halperin impactarían en suma sobre un reducido grupo de historiadores profesionales y no más allá.

Muchas de las líneas de trabajo de Halperin, no todas, y un cierto modo nuevo de mirar los procesos históricos y el comportamiento de los actores sociales, culminarán en su extraordinario libro *Revolución y guerra* publicado en 1972. Aunque no podrá dársele aquí el espacio que merece, sí pueden apuntarse algunos rasgos del mismo que lo convierten en una obra insoslayable en el contexto de la historiografía americana y proponer algunas discusiones en torno a las especificidades de la misma. Ante todo, debe observarse que el libro aspira a ser ahora una historia "total" que reflexiona sobre las relaciones con el espacio, la economía, la sociedad y la política. En este sentido, prestigiosos historiadores han señalado analogías entre *Revolución y guerra* y *La mediterranée* de Braudel. Ciertamente, puede señalarse que en la forma de la construcción retórica del argumento, Halperin vuelve aquí al estilo interrogativo braudeliano diferenciándose de aquel mucho más asertivo de otros libros. Sin embargo, es difícil ir mucho más allá. El libro de Halperin es tributario mucho más de un itinerario singular y propio. No sólo se trata de que la construcción de las dos obras es muy diferente, así como lo es también la

amplitud de los escenarios espaciales y temporales de uno y otro libro, sino de que las coincidencias en el interés sobre distintas dimensiones del pasado es bastante formal. Por poner dos ejemplos, los "determinismos" que impone la naturaleza en Braudel, y que son casi un bajo continuo de su modo de mirar el pasado, están casi ausentes en Halperin y, en la exploración de la economía, este último va mucho más allá de aquella centralidad otorgada por Braudel a precios, moneda, comercio. Además, aunque ambas puedan ser ambiciosos proyectos de una historia con aspiración de totalidad, el peso relativo de cada dimensión es muy diferente en las dos obras. En Braudel, la geohistoria tiene un peso que no tiene en Halperin y viceversa el estudio de la sociedad y la relación entre sociedad y política es mucho mayor en este último. Ciertamente, en ambos, las dimensiones ideológicas del proceso ocupan un lugar o casi inexistente (Braudel) o muy limitado (Halperin) y este último punto es interesante por otros motivos ya lejanos de una posible comparación. Las ideas que acompañaban el proceso revolucionario y a las que Halperin había dedicado otro libro, aparecen ahora muy tangencialmente y se presentan, sustancialmente, como una formalización por parte de los actores de datos de una realidad con la que interactúan y, a la vez, como una aspiración a emplearlas como instrumentos justificatorios y como racionalizaciones (aunque no como derivaciones de instintos o sentimientos) de su acción en la política concreta. Carecen en sí mismas sea de cualquier autonomía constructiva (por ejemplo a través de préstamos o influencias), sea de una auténtica relevancia para orientar decisivamente el proceso histórico.

Una segunda pregunta concierne a las relaciones que pueden establecerse entre la interpretación del proceso pre y postrevolucionario con las interpretaciones mayores precedentes, en especial con la de Bartolomé Mitre que, es bueno notarlo, se despliega en un cuadro temporal semejante. Ciertamente es posible encontrar en el itinerario de Halperin las huellas del precedente de Mitre, en especial en el proceso que lleva del Virreinato a la Revolución. Sin embargo, ¿las matizaciones y más matizaciones que Halperin introduce en su relato no son suficientes para concluir que se trata de una interpretación alternativa? Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que a partir del estallido revolucionario las interpretaciones parecen despegarse aún más. Lo hacen en, al menos, dos dimen-

siones. La primera es el descentramiento deliberado de la lectura de Halperin que se esfuerza por indagar mucho más que Mitre la diversidad regional del proceso, aun si la dicotomía litoral-interior subsiste. Empero, las mismas categorías de litoral e interior tienden por momentos a disolverse en una multiplicidad de situaciones locales o, mejor aún, con tantos rasgos diferenciados al interior de ellas que son igualmente significativos que aquellos homogéneos. En segundo lugar y ésa es la dimensión quizá más relevante, nada hay ya para Halperin de heroico o ejemplar en la imagen que nos deja del proceso que relata. Una visión que no deja de tener rasgos melancólicos y aun pesimistas —véanse, por ejemplo, las notables páginas sobre la barbarización ulterior del estilo político que la guerra produce y que subentra a otro ya bastante barbarizado— disuelve totalmente la mitología, explícita e implícita, del relato fundador de Mitre. ¿Cuánto hay en ello, la pregunta es azarosa, de las mismas relaciones de Halperin con el proceso histórico argentino a él contemporáneo? Sea recordado que, aunque el libro recoge una larga investigación realizada en parte en la exasperante Argentina de la primera mitad de los años '60, adquiere su plena formulación en la Argentina posterior al golpe de 1966, en el momento en que el historiador ha sido empujado a abandonar sus cátedras en la Universidad y ha debido optar por continuar su carrera en el exterior en un permanente peregrinar (Oxford primero, Harvard después, Berkeley finalmente) mientras en el país una acelerada barbarización tiene lugar. Finalmente, si el tema de Mitre era el del surgimiento y progresivo destino de una nueva nación destinada a los más grandes éxitos, la de Halperin parece ser otra: brindar las bases para explicar el orden rosista, por un lado, y desplazar el tema de la nueva nación de la primera a la segunda mitad del siglo XIX, por el otro. Algo mucho más congenial con la mirada de Juan Álvarez, por poner un caso, que con la de Mitre.

Si uno de nuestro clásicos, Mitre, es desdibujado, lo es también el otro, Sarmiento. Baste señalar aquí apenas algunas cuestiones. Ante todo, debe recordarse las oposiciones de Halperin a dos construcciones de aquél, la dicotomía ciudad-campaña y la de civilización y barbarie. Esta última no parece ya subsumirlo todo: las diferencias son apenas de grado, no de naturaleza. Finalmente, la indagación de los lazos sociales que trabajosamente se gestan en las elites rioplatenses, ¿no son un modo de replantear el pro-

191 de 236

blema de la ausencia de sociabilidad que produciría el "desierto" en las vastas y despobladas comarcas del sur de América? En este sentido, Halperin propone una distinción tan cara luego a ciertos antropólogos sociales y microhistoriadores (baste recordar las conocidas reflexiones de Frederick Barth): el espacio social es una dimensión diferente a la del espacio físico.

Una última cuestión, antes de dejar el paso a otros autores y otras obras. En un comentario bibliográfico aparecido en 1965, en los *Estudios de Historia social*, sobre el libro de Real de Azúa *El patriciado uruguayo*, Halperin señalaba el parentesco de esta obra con los trabajos de Lewis Namier sobre las elites británicas del siglo XVIII. ¿Podríamos nosotros ir más allá y colocar esas dos obras y también la de Halperin, en sus dimensiones sociales y políticas, en un mismo conjunto, si se prefiere englobarlas en un mismo *élan*, ciertamente minoritario en la historiografía de los años '60? Desde luego puede también hacerse un inventario de las diferencias entre ellas. Por poner un ejemplo, Halperin no alcanza nunca los niveles de pesimismo antropológico de un Namier en ese punto tan emparentable con Vilfredo Pareto. Por poner otro: el énfasis que pone Real en los rasgos de cohesión de la elite uruguaya Halperin lo pone, inversamente, en los de diferenciación, lo que da como resultado una imagen dinámica e inestable de las elites rioplatenses, resultado fugaz de un perpetuo hacerse, deshacerse, rehacerse de alianzas. Ello sugiere que el punto de partida del historiador argentino está mucho más cerca del individualismo metodológico, del análisis de redes, que de la sociología de grupos. En cualquier caso, la perspectiva de los tres autores comparte muchas otras cosas y un mismo objetivo polémico: aquellas interpretaciones que otorgaban un papel central a las dimensiones ideológicas y a las articulaciones sociales deducidas de ellas y a partir de allí veían sobre líneas binarias el proceso histórico que antecedía y abría las revoluciones atlánticas. Perspectiva que remite a una estación floreciente de las historiografías de izquierda a ambas márgenes del Atlántico y también del Río de la Plata (en este caso, más lograda en la Banda Oriental), con el agravante, en las historiografías sudamericanas, de que las líneas propuestas eran esforzadas búsquedas de alinear la evolución histórico-social de los países de la América austral con la de los europeos. Si las polémicas de Halperin con las lecturas revisionistas han sido siempre señaladas (y el mismo se encargó de subrayarlas) aquellas con las tradiciones herederas del marxismo lo han sido menos.

Más allá de Buenos Aires

La renovación historiográfica no puede reducirse al espacio de la Universidad de Buenos Aires. Otros ámbitos fueron también partícipes, en mayor o menor medida, de ella. El panorama fue, con todo, muy desigual según los lugares. Por ejemplo, significativa fue la penetración de los historiadores renovadores en la Facultad de Filsoofía y Letras de la Universidad Nacional de Litoral en Rosario (de la que Halperin será decano desde 1957, con la normalización) y, en cambio, mucho menor en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata en la que, en especial en torno a la figura de Enrique Barba, la Nueva Escuela Histórica conservaría su pleno predominio. Con todo, también aquí, una al menos parcial renovación de la temática (aunque no de los métodos) tuvo lugar y, entre los cultores de nuevas aproximaciones y nuevos problemas, pueden mencionarse los nombres de José Panettieri y Ural Pérez. Por otra parte, el mismo caso de Rosario muestra que los problemas de los renovadores no estaban sólo en la competencia de otros grupos sino en la limitada cantidad de recursos de que disponían. Lo refleja la designación como director del Instituto de Investigaciones Históricas en Rosario de Boleslao Lewin, un emigrado de Polonia, autodidacta autor de una apreciable obra sobre Túpac Amaru pero que difícilmente podía ser considerado un innovador en términos historiográficos, y los primeros *Anuarios* surgidos durante esa época reflejan un completo eclecticismo con una cierta tendencia predominante de autores y enfoques tradicionales. Será recién en 1961, cuando la dirección del Instituto pasa a las manos del uruguayo Gustavo Beyhaut y más aún cuando la dirección recae, en 1963, en Nicolás Sánchez Albornoz que las nuevas perspectivas se hacen bastante hegemónicas, en el *Anuario* y más parcialmente en el departamento de Historia.

Nicolás Sánchez Albornoz, hijo del destacado medievalista, llegó a la Argentina luego de una espectacular fuga, en 1948, de una cárcel o mejor dicho de un campo de concentración franquista en el Valle de los Caídos, en la que había sido condenado a trabajos forzados por participar de agitaciones estudiantiles contra el régimen español. En Buenos Aires, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, completó los estudios comenzados en la Complutense de Madrid y luego de 1955 se desempeñó en distintas universidades argentinas, como Buenos Aires, Rosario, La Plata

y Bahía Blanca, en esa pluriocupación a que obligaba la ausencia de dedicaciones exclusivas. Sin embargo, el lugar en el que invirtió sus mayores esfuerzos fue la Universidad del Litoral en Rosario. Allí fue, ante todo, un notable impulsor de la demografía histórica y tuvo un destacado papel en formar en ese campo a entonces jóvenes estudiosos.

En Rosario, publicó Nicolás Sánchez Albornoz su libro breve e innovador *La crisis de subsistencia de España en el siglo XIX*, editado por el Instituto de Investigaciones Históricas en 1963, que tenía su complemento en un artículo aparecido en el *Anuario* en el mismo año. En esos trabajos partía de las influyentes publicaciones de Jean Meuvret (en especial su artículo publicado en *Population* en 1946), tan valorizados por *Annales* en la segunda posguerra, en su conocida búsqueda de regularidades en las economías de antiguo régimen. En este caso, se trataba de las propuestas que a partir del mecanismo disparado por el alza brusca de los precios de los cereales tenía su correlato en el crecimiento paralelo de la mortalidad y la morbilidad y en el descenso de la natalidad, en suma la secuencia carestía-epidemia o crisis de subsistencias-recesión demográfica. El historiador español daba así inicio a una larga exploración sobre la demografía y la economía españolas del siglo XIX que culminaría en su no menos innovador, en el momento en que fue publicado, *España hace un siglo: una economía dual* (1968), donde bajo la inspiración, por una parte de Arthur Lewis y por la otra, de Emilio Sereni, proponía una lectura de la historia económica de España en la que el bloque histórico conformado por los agricultores castellanos y los industriales catalanes daba sustento a una estrategia proteccionista que constituía el perno de la política económica española decimonónica.

Dividido entre dos mundos e interesado en ambos, ya que nunca dejó de comprometerse desde el exilio con los avatares españoles impulsando iniciativas de distinto tipo (incluida la editorial Ruedo Ibérico, de la que fue cofundador en París en 1961), con relación a América Latina, Sánchez Albornoz centró sus esfuerzos en los estudios de demografía histórica (o demografía retrospectiva como entonces solía llamársela) y fue también un innovador en ese terreno. Eran esfuerzos que tendrían su culminación en *La población de América Latina* (1968), escrito con la colaboración de un entonces joven sociólogo argentino, José Luis Moreno, y ampliado luego largamente sólo por el mismo Sánchez Albornoz, que significaba no sólo

un primer cuadro de conjunto sino también una actualización de temas, métodos y problemáticas, como por ejemplo aquellas impulsadas por la llamada "escuela de Berkeley" (en especial Woodrow Borah y Sherburne Cook) y sus estudios sobre la demografía colonial.

Igualmente importante fue el papel de Nicolás Sánchez Albornoz en la creación de un grupo de trabajo (integrado entre otros por Dante Ruggeroni, Ofelia Cabañas y Beatriz Rasini) que investigó sobre la población del valle de Santa María, en la encrucijada de las actuales provincias de Catamarca, Tucumán y Salta, desde fines del sigo XVIII hasta fines del XIX. Se trataba de un área que presentaba la ventaja, para un estudio demográfico como el propuesto, del relativo aislamiento de los contextos espaciales exteriores, en tanto estaba bastante cerrada sobre sí misma en términos económicos y no impactada por las grandes corrientes migratorias. Los trabajos sobre el Valle, que abrían una línea de cooperación institucional entre historiadores (en su primer diseño participó Gustavo Beyhaut) y antropólogos que ya habían estado trabajando desde poco antes sobre el área en el marco de la facultad rosarina, iban además más allá de la arqueología y de las dimensiones estrictamente demográficas incorporando además otras problemáticas geográficas, sociales y económicas en las que se empeñaron, por ejemplo, la historiadora Élida Sonzogni y la antropóloga Susana Petruzzi con la supervisión del sociólogo suizo Albert Meister, enviado por la entonces Ecole Pratique des Hautes Etudes. En suma, de lo que se trataba era de indagar desde muchos ángulos un caso cuyo interés iba bastante más allá del mismo ya que podía servir como contraste de las transformaciones ocurridas en el litoral aunque también serviría para otras comparaciones con otras realidades provinciales como Jujuy.

Así, a través del ejemplo aludido o de otros (por caso la investigación que sobre la estructura rural de la provincia de Santa Fe dirigía Roberto Cortés Conde), en el contexto rosarino comenzaba a formarse un significativo grupo de entonces jóvenes estudiosos y estudiosas rosarinos cuya emergente carrera iba a ser demorada por los avatares políticos y las intervenciones universitarias. Sin embargo, la tónica general de la renovación siguió dada por los muchos profesores que viajaban semanalmente desde Buenos Aires, entre los cuales, además de los ya mencionados, hay que agregar los nombres de Haydée Gorostegui (que dictaba allí Introducción

193 de 236

a la Historia), Reyna Pastor (Historia social de España) o Roberto Cortés Conde (Siglo XX. Economía y sociedad).

La presencia renovadora se proyectaba hacia otros ámbitos del Litoral como el Instituto Superior del Profesorado de Santa Fe, en el que enseñaban Sergio Bagú y dos de sus por entonces jóvenes colaboradores, Ezequiel Gallo y Ernesto Laclau, o el de Paraná, donde enseñaba otro joven estudioso egresado en Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario: José Carlos Chiaramonte. Aunque Chiaramonte no tuvo nunca una relación académica institucional con la Facultad, el hecho de haber estudiado allí, de ser primero profesor y más tarde vicedirector y director de la Escuela Normal N° 3 de Rosario y de residir en la ciudad, lo ponía en estrecha relación con la misma.

A la hora de indagar los orígenes de la trayectoria intelectual de Chiaramonte debe observarse que, más allá de que cursó estudios de Filosofía y parcialmente de Historia en la Facultad rosarina entre 1949 y 1956, año en que se graduó en la primera de las dos disciplinas, su formación debió mucho más a otras vías. En primer lugar a la cultura del Partido Comunista en el que comenzó a militar desde 1949 y del que progresivamente iba a ir tomando distancias desde fines de la década de 1950 hasta su alejamiento definitivo en 1963. Aunque el nivel intelectual medio dentro de las filas del partido no fuese muy estimulante y muchas de las lecturas allí circulantes (a comenzar por Ingenieros) de ningún modo eran puntos de partida para cualquier renovación, sí le permitió salir del aislamiento rosarino y tomar contacto, por un lado en Buenos Aires con Héctor Agosti (y a través de esa vía con la obra de Antonio Gramsci) y, por el otro, con el grupo de jóvenes intelectuales reunidos en la revista *Nueva Expresión* (como Juan Carlos Portantiero y Juan Gelman), en la que publicó uno de sus primeros artículos sobre el pensamiento de Mayo. En cualquier caso, la formación intelectual de Chiaramonte fue mucho más fruto de un autodidactismo en el que una nota singular lo proveía además de su interés por los clásicos del marxismo, aquel dirigido tanto hacia la literatura contemporánea como hacia los clásicos griegos y romanos. Emblema de esa vasta curiosidad era su frecuentación de revistas que, integrantes de la cultura comunista italiana oficial, eran al menos parcialmente innovadoras en ciertas dimensiones y espacios de debate, además de estar abiertas a intereses intelectuales muy vastos, como *Società* (en la cual

la apertura comenzó en 1953 con el advenimiento de Gaetano Manacorda a la dirección de la misma) o *Il Contemporaneo*. Ese interés por el campo cultural lo llevó a vincularse tempranamente, al menos desde 1957, con un grupo de escritores y poetas que vivían en la provincia de Santa Fe, entre los que cabe mencionar a Juan L. Ortiz (distanciado ya del partido), Hugo Gola y Juan José Saer. En sus propias palabras, si algo contribuyó a su toma de distancia de la rígida ortodoxia comunista fue ese estrecho contacto con aquellos ambientes literarios.

Apenas recibido, comenzó Chiaramonte su larga carrera como docente de la escuela normal antes aludida y al año siguiente (1957) empezó su actividad como docente universitario de Historia del pensamiento y la cultura argentina en la Facultad de Ciencias de la Educación que, aunque dependiente de la Universidad del Litoral, tenía su sede en Paraná. Inicio de una larga relación con esa universidad que se ampliaría en 1963 (con las cátedras de Sociología, en la que colaboraban Celia Durruty y Juan Carlos Torre y de Metodología de la Investigación Histórica) y que se prolongaría hasta 1971. A la experiencia, nuevamente bastante aislada de Paraná, hay que agregar aquella que, mediante una beca para graduados de la Facultad de Filosofía rosarina, le permitió participar por más de un año de la cátedra de Historia Social dirigida por Romero en Buenos Aires. En ese marco pudo participar también en dos de los seminarios dictados por Ruggiero Romano, sobre Metodología de la Historia Económica y Problemas de Historia de la Europa Moderna, que aquel dictó en 1961 y 1962. La vinculación con el grupo de Romero en Buenos Aires favoreció asimismo sus relaciones con la facultad rosarina e incluso con instituciones como el IDES.

El itinerario historiográfico inicial de Chiaramonte estuvo bastante condicionado por su carrera docente que lo llevó a enseñar Historia del Pensamiento Argentino, aunque desde luego su formación en filosofía también lo orientaba en esa dirección. Así, comenzó a presentar sus primeros artículos con aspiraciones académicas en torno a un tema y un período, la ilustración en el Río de la Plata, en el largo siglo XVIII que culminaba con la Revolución de Mayo. Un primer conjunto de trabajos fueron reunidos en el libro *Ensayos sobre la ilustración argentina*, editado por la Facultad de Paraná en 1962. Los mismos muestran ya una característica de la estrategia historiográfica de Chiaramone: abordar un tema desde

distintos ángulos acotados y complementarios. Entre los cuatro artículos, de desigual extensión, escritos entre 1958 y 1959, sobresale el que había publicado poco antes, en dos partes, en el *Anuario* de Rosario, en la época en que el mismo era todavía dirigido por Boleslao Lewin: "Primeros pasos de la ilustración argentina". El punto de partida del trabajo y del interés de Chiaramonte por la Ilustración rioplatense es la constatación de que inevitablemente el fermento de ideas nuevas de Mayo debía tener raíces en la época colonial precedente pero que ello no autorizaba a una revaloración excesiva de los elementos innovadores presentes en la misma y mucho menos a realizar una inversión completa en la interpretación de ella. Así, se delineaban los dos objetivos polémicos, el revisionismo en general y el catolicismo conservador de su coterráneo, el P. Guillermo Furlong, en particular. Sin embargo, Chiaramonte también subrayaba que aquellas nuevas lecturas habían sido posibles por los límites de la larga lista de interpretaciones "liberales" precedentes, que insistían en la radical ruptura de la revolución con el pasado colonial y veían en ella exclusivamente influencias francesas y casi ninguna con el mundo hispanoamericano. Con acierto, su enfoque se centra no sólo en la novedades que aparecen en el siglo XVIII sino que las coloca eficazmente en el contexto de la Ilustración española. Chiaramonte así construye un rico y complejo análisis de la Ilustración rioplatense a partir de la indagación en especial obra de Juan Baltasar Maziel y de sus vínculos con la española, a partir de una comparación con la del P. Feijóo y de las distancias de ambas con la francesa, que es vista como ejemplo paradigmático. El balance postula el carácter ecléctico de las ideas ilustradas rioplatenses (y también españolas) que combinaba motivos escolásticos con otros procedentes de Ilustración y cuya crítica de la realidad terrena encontraba sus límites en la aceptación de las autoridades tradicionales en el dominio de lo religioso. Otro ejemplo de ese eclecticismo lo brinda la combinación de motivos tardomercantilistas con aquellos fisiocráticos en las propuestas económicas.

El fino análisis de los textos que propone Chiaramonte se apoya en la extrema razonabilidad de sus argumentos y encuentra soporte en su formación filosófica. Sus conclusiones matizadas resisten bien el paso de los años. Aunque el artículo comienza con una frase del Anti-Dühring de Engels, en la que éste se refiere al carácter antihistoricista del Iluminismo (y con ojos actuales se podría argumentar que el nombre de Benedetto

Croce al respecto podría haber sido más pertinente) la influencia de lo clásicos del marxismo es muy moderada y permanece en el fondo del cuadro y mucho más deben ese y los otros artículos a una interlocución, por ejemplo, con una obra como la de Jean Sarrailh. Con todo y ello es más visible en el trabajo *Hacia la economía política*, en el cual une al análisis de Maziel al de Félix de Azara, el punto decisivo de aquella influencia, por otra parte entonces inevitable dado el itinerario político de Chiaramonte, pero también por el clima de la época en la ciencias sociales, es la idea de una conexión necesaria entre sistemas de pensamiento, características de las clases sociales y estructura económica. Así, el eclecticismo y la timidez de la Ilustración rioplatense devienen resultado de la debilidad de la burguesía local. Como ha sido sostenido en tiempos más recientes, la conexión entre burguesía e Ilustración es compleja y no necesaria; incluso en los casos europeos y también en éstos, el eclecticismo era moneda corriente (baste señalar, que en la *Enciclopedia* misma se combinaban voces escritas por autores de orientación fisiocrática como Quesnay con otras debidas a la pluma de tardo mercantilistas como Forbonnois, el corresponsal de Genovesi). Sin embargo, más allá de ello, los trabajos de Chiaramonte muestran plenamente la figura de un historiador que se libera del yugo de la ideología y que con un análisis ponderado y crítico consigue brindar una lectura original y abierta a muchas temáticas innovadoras. Así, por ejemplo, cuando introduce al pasar la variedad de motivos que confluyen en Mayo, incluidos aquellos procedentes de la revolución norteamericana o cuando esboza ya aquí lo que muchos años más tarde será uno de sus argumentos favoritos: el carácter limitado y local del "patriotismo" rioplatense.

Dos años después Chiaramonte publica en la prestigiosa *Rivista Storica Italiana* (dirigida entonces por Fanco Venturi) su artículo más acabado del ciclo dedicado al Iluminismo. Aquí el cuado de la Ilustración rioplatense se enriquece notablemente al incorporar a él la influencia de las figuras del Iluminismo italiano. Ciertamente, Chiaramonte se niega a ver allí, con moderación, una influencia decisiva y excluyente pero, el sumarlas a las precedentes, le permite colocar al Iluminismo rioplatense en un cruce de influencias heterogéneas en el cual el marco mediterráneo ocupa un lugar central. Se cierra así el círculo que había abierto Franco Venturi al mostrar las conexiones e intercambios entre el *settecento* ita-

liano (mejor dicho napolitano) y el español. Más aún, el trabajo postula ahora una relación mucho más persuasiva entre las transformaciones socioeconómicas y las ideológicas, por ejemplo en el pasaje del tardo mercantilismo al liberalismo económico. Finalmente, el eclecticismo, que Chiaramonte sigue postulando para el pensamiento argentino, es explicado ahora de una manera nueva y muy sugerente: como resultado de la disociación de las condiciones concretas en las cuales aquel pensamiento surge en Europa y las respuestas concretas a las que trataba de responder.

En 1964 aparecía también, en el *Anuario* de Rosario, otro artículo de Chiaramonte: "La crisis de 1866 y el proteccionismo argentino de la década del 70", punto de partida de una más amplia investigación que culminaría en su celebrado *Nacionalismo y liberalismo económico*, editado en 1971. Las razones del cambio de registro son múltiples. En primer lugar, el factor azar que llevó al autor a encontrarse, mientras revisaba periódicos en Buenos Aires, con el fin de estudiar otras etapas del pensamiento argentino, con un debate olvidado u omitido en la historiografía argentina y que mostraba una veta proteccionista defendida además por actores algo inesperados como sectores terratenientes de la Provincia de Buenos Aires y sus voceros, desde un órgano como los *Anales* de la Sociedad Rural. En segundo lugar, es evidente que el tema se prestaba admirablemente bien para reabrir discusiones cerradas demasiado rápidamente, como aquella (tan a la moda entonces) que hablaba del uniforme y desenfrenado liberalismo posterior a Caseros que revisionistas antiguos y nuevos se empeñaban en resaltar. En tercer lugar, en cambio, la nueva temática, aunque era parte de una investigación en curso mucho más amplia que aspiraba a un estudio de la totalidad social, en lo entonces publicado (y aquí encontramos el clima de época) se acercaba a aquella dominante en la historia de aspiración científica que consideraba a la historia económica o socioeconómica casi como la única en la que podía cumplirse con los nuevos requisitos exigibles al historiador. Nuevamente aquí, y más allá de la discusión sobre la mayor o menor penetración de la renovación historiográfica, podía percibirse hasta qué punto ella había logrado influir con su propia visión a otras tradiciones. El largo artículo de 1866 es claramente identificable en ese registro con sus análisis sobre la evolución de la economía lanar o sobre los aspectos financieros y mone-

tarios. Ello debía brindar el cuadro explicativo para las posiciones de los distintos actores ante el debate.

En el libro de 1971 el análisis se expandía mucho más: desde este análisis de los orígenes hasta los argumentos y las fuentes del debate de mediados de la década de 1870. El libro en su Introducción esbozaba una reconstrucción del debate entre proteccionistas y librecambistas desde fines del siglo XVIII, enlazando de este modo con los trabajos que había dedicado a los iluministas rioplatenses. Luego, tras los tres primeros capítulos que retomaban los artículos precedentes suyos sobre el tema, Chiaramonte expandía notablemente el análisis en dos vías. Por una parte, realizaba un agudo análisis de las posiciones de Vicente Fidel López y de otros intelectuales defensores del proteccionismo, preguntándose acerca de las características y límites del historicismo de aquél y de los hombres de su generación y observando cuánto, en el fondo, lo que reinaba era el eclecticismo. Por el otro, introducía las voces de otros actores, como por ejemplo los reunidos en el Club Industrial, y desplegaba su análisis hacia las características de los grupos y partidos políticos actuantes en Buenos Aires en las décadas de 1860 y 1870. En este último plano la labor de Chiaramonte debe considerarse pionera no tanto en su atención a la relación entre esos actores políticos y sectores económicos (en especial con las distintas fracciones de la burguesía) sino en su indagación de su dinámica, su inorganicidad y su faccionalismo.

El resultado era un trabajo de una gran riqueza empírica, con pocas aperturas a la teoría económica y pleno de matices, que complejizaba el análisis político, social y económico de dos décadas de historia argentina. A la hora de preguntarse acerca de las razones del fracaso del impulso proteccionista, Chiaramonte parece inclinarse por una combinación de factores entre los que sobresale la debilidad de las fuerzas sociales y económicas que podían apoyar un proyecto industrialista y darle perdurabilidad. Asimismo, sin el apoyo de un actor político nacional, y aquí apunta muy acertadamente a la diversidad de los intereses regionales que dificultaba la formulación de una política económica nacional desde el Estado, el proteccionismo dependía de bases sociales y políticas muy endebles: el impulso de un grupo de intelectuales y el apoyo ocasional y sólo ocasional que podían brindarles los ganaderos, los verdaderos poderosos en términos económicos, orientados hacia la protección, entonces y antes, sólo en respues-

ta a determinadas coyunturas críticas. Un análisis en suma complejo y original en el cual pueden entreverse ecos del que había dado Antonio Gramsci en sus reflexiones sobre el Risorgimento.

Asimismo, existían otros ambientes renovadores de la historiografía argentina más allá del Litoral. En la Universidad de Córdoba, la renovación historiográfica está asociada al nombre de Ceferino Garzón Maceda quien ocupará el cargo de director del Departamento de Historia (desde 1960) y del Instituto de Estudios Americanistas en la Facultad de Filosofía y Humanidades y de profesor en la de Ciencias Económicas, luego de la caída del peronismo. Este abogado, miembro de una tradicional familia cordobesa y firmante del Manifiesto Reformista de 1918, orientó su interés, a la vez, hacia la historia demográfica y hacia la historia económica. Sus vínculos historiográficos eran ecléctico e iban desde Richard Konetzke a Ruggiero Romano, del mismo modo que lo eran sus preferencias metodológicas, que combinaban la defensa de la escrupulosidad erudita tradicional (no en vano había apoyado en Córdoba las iniciativas del archivista y paleógrafo, emigrado croata, Aurelio Tanodi) con una curiosidad hacia las nuevas corrientes historiográficas, en especial francesas. Su producción no fue muy extensa y en ella sobresale *Economía del Tucumán. Economía Natural y Economía Monetaria*, que reunía dos artículos de 1964 y 1965, y que como su título mismo sugiere estaba bajo la influencia de la conocida obra de Alfons Dopsch *Economía natural y economía monetaria*, de 1930, que había sido editada en castellano por el Fondo de Cultura Económica en 1943 y a la que quizá se orientó a través de la mediación de Ruggiero Romano. Éste, también un difusor de la misma, la había empleado y parcialmente reelaborado aunque con propósitos diferentes, con fuentes distintas y atendiendo a otros fenómenos como la mayor o menor existencia de moneda de cuenta (que en la línea de un conocido trabajo de Carlo Cipolla, era considerada la decisiva a los efectos de explicar el funcionamiento de una economía preindustrial) para otro espacio americano. En el estudio "Chile, una economía colonial", editado por EUDEBA en 1962, llegaba Romano a conclusiones muy diferentes a las de Garzón, para su caso en estudio. Conclusiones que, en los hechos, disolvían la dualidad natural-monetaria al postular su coexistencia sólo a la escala de la "economía-mundo", mientras en Chile reinaba indisputada la primera de ellas.

En el caso de Garzón Maceda, los argumentos de Dopsch (que como se recuerda era autor, contra Lamprecht, Weber y otros, de la revalorización del papel de la economía monetaria en la Alta Edad Media), opuestos a la percepción de la economía natural y la monetaria como dos fases sucesivas en la evolución progresiva de los sistemas económicos (a los que contraponía la posibilidad de su coexistencia), le eran funcionales para otras cosas. Ciertamente, desde ellos podía Garzón desenvolver una lectura en una clave ligeramente antimarxista pero, más importante aún, podía revalorizar mucho más el papel del comercio interregional hecho en moneda, en el contexto de una economía que en sus intercambios internos no la utilizaba. Esa revalorización tenía otras implicancias ya que al dar significación al estudio de los tráficos a larga distancia colocaba a la región en una vasta red de intercambios que la vinculaba con el Potosí y con el Brasil y desde allí podía sostener, en sus palabras, la idea de una "economía mundo" a la que la gobernación del Tucumán estaba integrada. También ello brindaba elementos para una perspectiva polémica con los enfoques estrechamente localistas tan extendidos en la historiografía tradicional sobre el interior de la futura Argentina. Por supuesto, todo ello era plenamente compatible con las perspectivas braudelianas y su interés por los grandes espacios, por un lado y por los fenómenos monetarios y comerciales, por el otro.

Importante fue la labor de Garzón Maceda en la formación de discípulos (de Hilda Iparraguirre a Ofelia Pianetto). Otro de ellos fue Carlos Sempat Assadourian, del que se ha hablado ya en el capítulo precedente. Es necesario agregar aquí que Assadourian presenta en sus comienzos una combinación original pero no tan inusual, al menos por entonces en la Argentina, de formación erudita y filológica, en su caso procedente de la influencia de Garzón Maceda, con un interés por una tradición renovada del marxismo, como lo exhibe su participación en la revista *Pasado y Presente* desde 1964. Así, por ejemplo, al año siguiente se publica su trabajo sobre *El tráfico de esclavos en Córdoba* en el que es difícil encontrar rastros del marxismo y mucho más fácil hallar la combinación de una cuidada erudición archivística con una serie de planteos acerca del comercio interregional en la línea de las propuestas de Garzón Maceda y más allá aún, como indicamos en el párrafo anterior, con las preocupaciones, en un tiempo llamadas circulacionistas, de los *Annales* braudelianos. Un segun-

do trabajo, del año siguiente, centrado en el mismo tema (*El tráfico de esclavos en Córdoba de Angola a Potosí*) ampliaba la perspectiva del anterior colocando al caso cordobés, no sólo como ámbito de mediaciones entre el puerto de Buenos Aires y el Potosí sino en un marco intercontinental más amplio que englobaba tanto al Brasil como a África.

Con todo, ese doble interés de Assadourian, hacia el marxismo y hacia la erudición histórica, no debe ser visto en él como contradictorio sino como complementario ya que ambos aparecían englobados en una perspectiva que bien podía llamarse "científica". En el mismo año de 1964, en *Pasado y Presente*, en una nota titulada, "Un ataque a la historia en nombre del marxismo", realizaba una demoledora crítica a un libro de argumento histórico del comunista Leonardo Paso. Justamente señalaba Assadourian que a la obra de Paso le faltaban "todos los requisitos y rigores" necesarios en un libro de historia para luego inmediatamente contraponer a ese ejemplo deletéreo otro virtuoso: el que proveía ese "viejo maestro y erudito" que era Claudio Sánchez Albornoz que, como es bien conocido, estaba bastante lejos del marxismo.

Interrumpidas las posibilidades de una carrera académica en Córdoba luego del golpe de 1966, Assadourian recaló en Chile, donde en el ámbito de la Universidad Católica proseguiría sus investigaciones. En ese contexto, en 1968, publicó un trabajo mucho más ambicioso: *Economías regionales y mercado interno colonial. El caso de Córdoba en los siglos XVI y XVII*. Assadourian se apoya en la utilización de una muy amplia documentación, aunque espacialmente acotada, procedente de los archivos notariales y judiciales de Córdoba, poco valorizada precedentemente por los historiadores (una excepción era su maestro), explorada en un período bastante largo, para brindar un magnífico y sugerente cuadro de la economía de un área colonial. El trabajo enfoca ahora muchos más problemas que los de sus ensayos iniciales. En primer lugar, centra su interés en los intercambios dentro de un espacio regional americano. No son las transacciones a larga distancia las que ahora le preocupan sino aquellas al interior de ese espacio que articula a Córdoba con el Potosí. Pero yendo más allá de ello, el autor complejiza su análisis incorporando las dimensiones sociales sea en cuanto a las relaciones conflictivas entre distintos sectores sociales sea en relación con el desigual impacto que las fluctuaciones de esa economía tuvo en los grupos dominantes y en los subalter-

nos. Dos puntos de novedad que aparecen en el trabajo son el interés por la teoría económica que contiene muchas incitaciones procedentes del marxismo (aunque claramente las excede) y una voluntad de modelización, ya esbozada aquí y desarrollada con amplitud en sus trabajos sucesivos. Un ejemplo lo proveen las líneas sugeridas para la definición de región en términos económicos las que, por supuesto y a contramano de la forma de proceder de la historiografía tradicional, necesariamente eran, a su juicio, a la vez más amplias y más estrechas que las que brindan los Estados nacionales americanos decimonónicos. Más allá de todo ello, la antigua dualidad entre economía natural y economía monetaria no desaparece aquí sino que es colocada en una perspectiva dinámica al relacionarla con las fluctuaciones de la economía, a su vez tributarias de las oscilaciones potosinas y en el cual la victoria relativa de la primera puede vincularse, tal vez, con aquellas lecturas acerca de la refeudalización del siglo XVII entonces en alza en la historiografía europea.

En 1971 presentaría Assadourian el importante artículo sobre "Integración y desintegración regional en el espacio colonial" (ampliado sustancialmente en algunas de sus dimensiones en otro artículo del año siguiente). Allí se observa con mayor claridad aún una voluntad de modelización que atiende a dos temas clásicos de la tradición braudeliana (aunque sin hacer referencias directas a ella y con un instrumental teórico distinto), como son la articulación de los espacios económicos en una perspectiva geohistórica y el ritmo lento de las transformaciones de los mismos. En realidad, lo que propone Assadourian es una lectura original (que tendrá una importancia muy significativa en la generación sucesiva de historiadores colonialistas) que abreva en la tradición francesa (incluido François Perroux, como sugiere Diego García), en el marxismo y en los motivos de la economía cepalina, en especial el tema del "desarrollo" (no deja de ser curiosa la discusión en torno al concepto de "sustitución de importaciones aunque fuese, en este último caso, para encontrar las diferencias de aplicabilidad a su objeto de estudio). Con todo, Assadourian se mueve en un campo de lecturas más amplio ya que abre también espacios de interlocución con la teoría del comercio internacional y (críticamente) con las lecturas dualistas emergentes del modelo Lewis. El amplio e inusual conocimiento de la teoría económica (para un historiador argentino) se combina en Assadourian con la feliz y original apelación a una

multiplicidad de motivos que le permiten proponer un análisis de la estructuración de la economía colonial en el espacio del virreinato peruano que, desde lo que denomina "polos de crecimiento", se organiza en círculos concéntricos de áreas periféricas relacionadas con éste y de otras áreas vinculadas a su vez con las anteriores. En ese esquema Assadourian otorga mucha más relevancia explicativa a los factores internos que estructuran ese espacio y a las contradicciones que lo llevan a su lenta desintegración, antes que a aquellos que las vinculan con la metrópoli y en general con la economía mundo. Enfoque que, desde luego, lo aleja de la tradición de *Annales*.

La otra figura que comienza su labor en el ámbito del Instituto dirigido por Garzón Maceda es Aníbal Arcondo. Este graduado de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Córdoba, fundador y primer codirector de la revista *Pasado y Presente*, también muestra como el marxismo podía combinarse con otras perspectivas propiamente historiográficas y éstas llevar la mejor parte en los resultados propiamente históricos. Sus trabajos iniciales fueron en la tradición del monografismo aplicado a temas económicos o demográficos de la escuela de Garzón Maceda, por ejemplo sobre la agricultura de Córdoba entre 1870-1880. Ellos, sin embargo, brindaron un núcleo que iría expandiéndose con los años (siempre en el contexto cordobés que fue su espacio casi exclusivo de indagación) al considerar en diferentes artículos los problemas de la tierra y de la política de tierras y los de la población y de la mano de obra agrícola para culminar, mucho más tardíamente, en una obra de conjunto que llega hasta 1914 abarcando el período de la gran expansión. Es muy significativo, historiográficamente, que Arcondo decidiera viajar a Francia, en el contexto de la crisis política e institucional argentina abierta por la llamada Revolución Argentina, que impedía el normal desarrollo de una carrera académica en las universidades argentinas. Allí se doctoró en París, en 1968, con una tesis sobre *Cordoba: une ville colonial. Etudes des prix au XVIII siècle*, bajo la dirección de Ruggiero Romano, al que había conocido como alumno de uno de los seminarios dictados por éste en Buenos Aires, en 1961, precisamente aquel sobre estudio de precios que era una de las inquietudes mayores del historiador italiano. Aunque los presentados son apenas los primeros pasos de un historiador, debe señalarse que ese conjunto inicial de problemáticas, acotado espacialmente y abierto en perspectivas procedentes de distintas matrices (en las que las procedentes del

marxismo serán también aquí unas entre otras), perdurará a lo largo del tiempo en una obra que en muchos sentidos volverá una y otra vez sobre ellas, enriqueciéndolas.

En Tucumán, por su parte, habían fecundado diferentes aportes procedentes de estudiosos extranjeros que allí recalaron poco antes de la Segunda Guerra Mundial o en los comienzos de ésta, como los italianos exiliados con motivo de las leyes raciales mussolinianas: Renato Treves, filósofo del derecho y sociólogo, Rodolfo Mondolfo y en especial, para nuestra temática, el francés Roger Labrousse. Este último, protestante y antiguo colaborador de la revista *Esprit* (que era algo bastante más heterogénea que lo que sugiere el nombre de Emmanuel Mounier y el personalismo), era doctor en Derecho por la Universidad de París, especializado en historia de las ideas políticas y sobre todo en la historia del pensamiento español, a la que había dedicado su tesis de 1937 sobre la tensión entre la política de la razón y la política de la fe. En Tucumán, además de publicar numerosos trabajos (entre ellos el sugerente *Ensayo sobre el jacobinismo*.articulado en torno a las tensiones entre liberalismo y democracia y la filiaciones de aquél con los totalitarismos modernos) será d rector del Departamento de Historia, profesor de Historia Moderna y Contemporánea y de una materia propedéutica, llamada también Historia de la cultura, y formará en una década de docencia (cortada abruptamente por el peronismo) un destacado grupo de discípulas que tendrán un papel, mayor o menor según los casos, en la renovación de los estudios históricos en distintos campos, en la Argentina y en el exterior. Pueden indicarse aquí los nombres de María Victoria Dappe, Celma Agüero y María Elena Vela de Ríos, que además confluirían luego en el Centro de Historia Social dirigido por Romero animando allí una sección de estudios de Asia y África.

Mucho menos significativa fue la renovación en Mendoza, donde la Nueva Escuela Histórica combinada con motivos tanto historiográficos como ideológicos procedentes de la Escuela de Estudios Americanos de Sevilla y del clima de la cultura franquista, será netamente hegemónica. Con todo, puede citarse allí la presencia de un filósofo interesado en la historia de las ideas, Arturo Andrés Roig, quien habiendo realizado sus estudios en la Universidad de Cuyo y una especialización en la Universidad de París, ocuparía, desde 1955, la Cátedra de Historia del Pensamiento y

Cultura argentinos. Orientado inicialmente a los estudios de filosofía antigua pasó luego a interesarse por el pensamiento argentino y latinoamericano, con una especial atención, que conservaría a lo largo de su trayectoria intelectual, hacia las figuras eclécticas que se encontraban en los márgenes de las corrientes de pensamiento dominantes. Ejemplo de esos esfuerzos es su libro sobre *Los krausistas argentinos*, publicado en 1969.

El cuadro presentado que seguramente no hace justicia plena a los muchos motivos y autores que en esos años contribuyeron de un modo u otro a promover una renovación de la historiografía, no debe hacer perder de vista que la historiografía renovadora era claramente minoritaria en los ambientes académicos (que eran aquellos en los que había decidido jugar su destino) y más aún en aquella nutrida historia provincial local articulada firmemente con la Academia Nacional de la Historia. Lo hubiera sido aún más de no mediar el aporte concurrente de otras ciencias sociales que fueron a veces punto de partida para sucesivos itinerarios en el ámbito de la historiografía, a veces tradiciones persistentes desde sus propias disciplinas, pero que, en cualquier caso, contribuyeron a renovar las imágenes del pasado argentino. Todo esto nos obliga a introducir a otros actores que más allá de los historiadores interactuaban con éstos bajo el signo de una palabra que parecía abrir insospechadas perspectivas y además por entonces tan frecuentada: interdisciplinariedad.

Otras voces: la tradición sociológica

De los muchos jardines vecinos que podían contribuir a una renovación de la historiografía argentina, dos eran los lugares privilegiados: las ciencias sociales y el marxismo, entendido como una ciencia social total, cuya problemática estará siempre presente en muchos de los autores renovadores, sea como una vía alternativa, sea como una incitación, sea como un objeto polémico. De esta perspectiva nada diremos aquí ya que ha sido indagada en el capítulo precedente, aunque es bueno recordar al menos al pasar su rol persistente. En cambio nos detendremos en las ciencias sociales, y particularmente en dos, por la importancia que adquirían en ese entonces en el conjunto de ellas como emblemas de una cierta "modernidad" y porque eran aquellas con las cuales la mayoría de los historiado-

res renovadores estaban interesados en dialogar: la sociología y la economía (y adicionalmente a ésta, la demografía). Más allá de los muchos motivos heterogéneos que podían surcar los cambios historiográficos, en Argentina o en otros contextos, ellos convergían, por entonces, en esos territorios y no en otros.

Para el caso argentino el problema debe ante todo colocarse en el clima intelectual que se vivía en el decenio comprendido entre 1955 y 1966. En primer lugar hay que consignar una actitud general de innovación y modernización que parecía la consigna de la hora y era compartida por casi el conjunto del campo cultural argentino pero no sólo por él. La idea de modernización era patrimonio también del mundo de la economía y de la empresa, del de las costumbres sociales, de ciertas instituciones tan habitualmente tradicionales como la Iglesia y de una parte de la misma clase política, por ejemplo el frondizismo. En segundo lugar que, en esa apertura a las innovaciones, un lugar central les correspondía, tanto en Argentina como en otros contextos europeos y americanos, a las ciencias sociales y junto con ellas y en tensión con ellas a un marxismo que se asomaba finalmente a los ambientes académicos formalizados.

En ese marco, la creación de la carrera y del Departamento de Sociología, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, fue un evento mayor, no sólo para esa ciencia social sino para los estudios históricos. En este terreno es difícil subestimar el papel desempeñado por Gino Germani, nuevo profesor de Sociología y director del Instituto, no sólo en el campo profesional específico sino también en el de la historia. Este italiano antifascista había llegado a la Argentina en 1934 con una no desdeñable formación intelectual producto de sus estudios parciales en la Facoltà di Economia e Commercio dell'Università di Roma. En ella, entre otros, enseñaba Estadística Alfredo Nicéforo, el antiguo seguidor de la tradición lombrosiana y una de las figuras de la sociología italiana de entonces (baste recordar sus trabajos sobre la estadística aplicada a las ciencias naturales y sociales o su *Italia barbara* todo estructurado en torno al dualismo de mentalidad entre el norte y el sur de la península). Difícilmente a aquella formación pueden haber agregado mucho los estudios de filosofía que hizo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA o su temprana participación en el Instituto de Sociología creado por Ricardo Levene en la misma institución. Más debería sin dudas

Germani a un autodidactismo de lecturas variadas y extensas, que ampliaba aquella formación italiana proveniente no sólo de sus fragmentarios estudios universitarios sino también de su formación secundaria en el ámbito de *ragioneria* (contabilidad).

Es un lugar habitual insistir en la contraposición entre la sociología argentina antes y después de Germani y hacer basar la misma en la oposición entre los enfoques idiográficos precedentes y los nuevos nomotéticos difundidos por él. La descripción aunque acertada es insuficiente. Es visible que la contraposición no se daba estrictamente en esos términos sino entre una aproximación dominada (en ámbitos académicos) por enfoques del tipo historia del pensamiento sociológico *versus* una nueva sociología empírica y más aún entre aproximaciones no sistemáticas y aproximaciones sistemáticas. Y en este punto no es casual que se busque contraponer a Germani no con las figuras de otros sedicentes sociólogos académicos sino con la de los ensayistas argentinos en los que la aproximación "comprensiva" era realizada sin ninguna sistematicidad. El mismo Germani, por otra parte, avalaba esa misma contraposición ya que, como dijo una vez, había leído detenidamente a Martínez Estrada no encontrando nada interesante en él.

Los años del peronismo aunque retardaron la trayectoria profesional de Germani no la cortaron completamente. Ciertamente perdió su lugar en el Ministerio de Agricultura, lo que lo obligó a orientarse a la labor editorial, y no pudo acceder a una posición universitaria tras los esperanzadores comienzos en el Instituto de Sociología dirigido por Ricardo Levene pero sí pudo, por ejemplo, intervenir como "asesor" en la comisión encargada de realizar el IV Censo Nacional. En cualquier caso, esos años no impidieron que sus estudios sobre la sociedad argentina (en especial sobre sus clases medias) se fueran ampliando hacia, por un lado, el análisis demográfico y hacia, por el otro, una visión de conjunto de la estructura social argentina. Tarea que desempeñó en paralelo con sus numerosos cursos (en especial en el Colegio Libre de Estudios Superiores, en Buenos Aires y en Rosario), conferencias y participación en pequeños grupos de reflexión en los que interactuaba con jóvenes estudiosos de diferentes procedencias profesionales. En cualquier caso, todo ello no le impidió dar a luz, en 1955, su libro sobre la *Estructura social argentina.*

La obra es, sin dudas, a la vez un hito importante para las ciencias socia-

les y la historiografía argentinas aunque, ciertamente, no es un momento cero en el país. Los trabajos de Alejandro Bunge y sus discípulos están ahí para recordarnos que la combinación entre demografía y sociología o entre demografía y economía, incluso en una perspectiva temporal, ya había sido explorada. Del mismo modo, desde el mismo territorio de la sociología académica, la necesidad de articular teoría social y análisis empírico había sido defendida por otro italiano emigrado a la Argentina con las leyes raciales, Renato Treves, y defendida y practicada, entre otros, por su colaborador, Miguel Figueroa Román. Lo que brinda el libro de Germani es, sin embargo, un primer cuadro de conjunto aunado a una visión de largo plazo. El mismo reposaba en varias de sus partes en una comparación sistemática de los censos nacionales entre 1869 y 1947, objetivo que no había sido abordado hasta entonces con esa amplitud. Antes que entre los historiadores, la cuantificación, esa arma metodológica de la nueva historia, aparecía en un terreno vecino.

El libro, más amplio que lo que sugiere su título (y su subtítulo *Análisis estadístico*), contiene dos partes diferenciadas aunque en él complementarias. La primera presenta un amplio cuadro de las transformaciones de la población de la Argentina moderna en la perspectiva, ya de por sí histórica, de la "transición demográfica", de la que brinda una imagen más optimista en contrapunto con los trabajos de Alejandro Bunge. La segunda es un estudio de las transformaciones de la "estructura económico-social" argentina construido a partir de la formación estadística de Germani y de los modelos que provee en especial la tradición durkheimiana francesa (además de su fundador, las figuras de Marcel Mauss y Maurice Halbwachs). Esta parte, a excepción de un capítulo, es mucho más estática que la primera y reposa sobre todo en una amplia utilización de los datos provistos por el Censo Nacional de 1947. Será sólo años más tarde cuando Germani desarrollará más *in extenso* (aunque menos empíricamente) los problemas de la estructura social argentina en una auténtica dimensión temporal, en el contexto de su preocupación por otra transición: la de la sociedad "tradicional" a la sociedad "moderna", por debajo de la cual reposaba otra idea: la de los desajustes sectoriales y regionales y la de los ritmos diferenciados que existían en las transformaciones argentinas del siglo XX.

Aunque en el libro de 1955 Germani no ignora, ya desde la Introduc-

ción, que las dimensiones posibles a indagar son mucho más amplias que las vinculadas a relaciones entre los grupos sociales a partir de su colocación en el sistema productivo e incluso no quita legitimidad a enfoques culturales que explorasen otras de las múltiples formas de la vida social o, más adelante, no deja de problematizar la misma noción de clase social (empleando sobre todo las perspectivas cuantificables y multivariables que brindaba la sociología anglosajona de entonces), su obra se reduce sustancialmente a hacer depender la estructura social de la ocupacional (y aquí la vinculación con la tradición durkheimiana se refuerza). Del mismo modo, aunque no deja de apelar a la necesidad de estudiar los fenómenos en su dinámica temporal, y a remarcar la importancia de las "raíces históricas" y de la singularidad de cada caso nacional para una adecuada comprensión de las clases sociales, sus deslindes y articulaciones, la misma aparece limitada entre otras cosas por las enormes insuficiencias de los materiales estadísticos argentinos, que lo llevan a sustituir esa ausencia, a veces, por inferencias extraídas de las características de los procesos en los países industrializados occidentales. Asimismo, aunque Germani reconoce la insuficiencia de reducir el problema a la ocupación, los breves capítulos sobre la instrucción y sobre las relaciones entre estructura social y comportamiento político ensamblan limitadamente con el conjunto. En el primero, más allá del rico material cuantitativo que aporta sobre los niveles educativos a lo largo del tiempo, a la hora de vincular posición social y competencias intelectuales se ve obligado a recurrir a estudios producidos para el caso argentino cuyo enfoque parece retrotraernos hacia perspectivas bien discutibles de las ciencias sociales positivistas europeas de principios de siglo. En cambio, el capítulo final, que sólo muy limitadamente se apoya en la aproximación ecológica a la manera tan rica de perspectivas históricas y geográficas concretas de André Siegfried, aunque la cite, reduce su análisis a establecer una correlación rígida entre ocupación y voto, en la cual la primera parece suficiente para explicar al segundo (en una estación sociológica posterior hubiera podido hacerse el camino inverso: explorar desde el voto las configuraciones sociales). Asimismo, Germani nuevamente opera en este terreno sobre un cuadro cronológico que un historiador juzgaría demasiado corto. Sin embargo, el capítulo tiene el gran interés no sólo de que esboza una mirada sistemática sobre las relaciones entre ocupación y preferencias políticas que servía para redis-

cutir lecturas entonces vigentes sobre la naturaleza del peronismo, que no por desacertadas que hoy parezcan dejaban por entonces de ser influyentes, sino también porque combinada con perspectivas sugeridas en los capítulos precedentes contiene ya *in nuce* todos los elementos de la tesis más rica y compleja que Germani defenderá luego sobre las características del peronismo: la combinación de la base fundamentalmente obrera del peronismo con los rasgos culturales de esos mismos obreros (los "migrantes internos" de la década precedente).

Ciertamente puede observarse que la perspectiva teórica de Germani muestra los signos de su tiempo y que la idea de que la reconstrucción de la estructura social pueda realizarse a partir de una operación que combine el empleo de datos agregados, estructurados en los esquemas que brindaban los estadísticos del pasado, con rígidas categorías clasificatorias, y que el resultado brinde un espejo suficientemente revelador de los cambios en una sociedad a través del tiempo (suponiendo que de una sociedad pueda hablarse), ha quedado atrás en las ciencias sociales. Del mismo modo han quedado en el pasado las ilusiones de un pasaje desde lo tradicional a lo moderno que presupone una evolución lineal y progresiva de las sociedades contemporáneas hacia un ideal termino *ad quem* que proveerían las naciones más avanzadas. No obstante, la amplitud del proyecto (no en vano habrá que esperar casi treinta años para que una discípula, Susana Torrado, acometiese de nuevo una empresa de esa magnitud), el enorme material que el libro proveía a futuros investigadores, la voluntad de salir de la nebulosa metodológica y del oraculismo interpretativo del ensayo sociológico y su empeño en definir con precisión los fenómenos y los grupos a indagar, ponía a las ciencias sociales en un nuevo andarivel que era, a su vez, coincidente con aquel por el cual transcurrían por entonces las de los países noratlánticos.

En términos historiográficos, desde luego, podría observarse que la operación de Germani era mucho más "demografía retrospectiva" que "demografía histórica" o sociología con interés histórico que historia, como lo muestra que, aunque Germani es bien consciente de que la dinámica temporal (los contextos históricos específicos) alteraban profundamente las relaciones y los límites entre los grupos sociales, su análisis, obligado en buena parte por las fuentes disponibles, era llevado a operar con categorías formales uniformizadas para las distintas épocas perdiendo

con ello capacidad de iluminar la complejidad de las transformaciones. En otros términos más sencillos, agricultor, jornalero, sector primario o secundario, difícilmente significaban lo mismo en 1869, 1914 o 1947. Con todo, no se trata de reabrir aquí una querella, sino por el contrario de señalar hasta qué punto y aún con todos esos límites, la obra señalaba un nuevo modo de operar en las ciencias sociales y proponía renovados instrumentos para acercarse a una más rica y más nueva mirada sobre el pasado y en ese punto, como en otros, muchos historiadores serán tributarios.

Todavía un punto podría agregarse al enumerar los aportes de Germani a la historiografía argentina ya a partir de ese libro y de sus trabajos posteriores: el sociólogo italiano contribuirá decisivamente a alentar un cambio no sólo temático sino aún más cronológico en los nuevos estudios históricos argentinos. Al abrir la indagación a la Argentina "moderna", con la implícita asunción de que la precedente tenía muy poco para decir acerca del presente, a partir de la cesura que se habría producido desde mediados del siglo XX, promovió directa o indirectamente el deslizamiento del interés del período tardo colonial e independiente (incluida la ya fatigada polémica sobre Rosas) a una historia social y económica (y a una nueva forma de hacer historia política) de la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera mitad del XX. Más aún, si incluimos en el análisis al libro de Germani de 1962, *Política y sociedad en una época de transición*, en el cual la modelización predomina sobre la empiria, ¿cómo no ver allí un conjunto de problemas que despertarán el interés de los historiadores sucesivos?

Ciertamente puede señalarse y así se ha hecho, una rigidez de los esquemas interpretativos germanianos por debajo de una retórica aparentemente complejizadora. Sin embargo, si ello es un límite de los mismos también brindaba muchas posibilidades para el debate y para el avance de las disciplinas. ¿No fueron acaso aquellos temas clásicos del sociólogo italiano, como el de los migrantes internos y el surgimiento del peronismo o el de la asimilación de los inmigrantes o incluso el de la dicotomía entre dos sociedades, el interior tradicional y el litoral moderno, disparadores para muchas líneas de debate que a partir de la crítica a las posiciones de Germani permitieron el avance de los estudios históricos?

Aunque las vías por las que discurriría la propuesta germaniana no eran las mismas por las que buscaba modernizarse la historiografía, ambas po-

dían ser vistas como paralelas y más allá de las diferencias profesionales de enfoque, exhibían algunas matrices comunes que probablemente ayudaban a crear un campo de diálogo. No es ninguna novedad cuánto los mismos sociólogos durkheimianos habían influido en los orígenes de la tradición de *Annales*, aunque bastante más en Marc Bloch que en Fernand Braudel. Por otra parte, la importancia de Germani y en menor medida la de Bagú, no está solamente en su sociología histórica sino en su capacidad, luego de 1955, para articular una serie de proyectos y programas en los que confluirían los historiadores renovadores y los sociólogos de la escuela germaniana, así como a reclutar a otros estudiosos procedentes de otras áreas que si terminarían como caracterizados historiadores de la renovación habían comenzado su aproximación a la misma participando en el Instituto de Sociología creado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (tal el caso de Oscar Cornblit, Roberto Cortés Conde y, por otra vía, Ezequiel Gallo). No es casual tampoco que la propuesta germaniana, más allá de las críticas que pudiera suscitarle, no dejase de atraer a un historiador como Sergio Bagú, autor de un tan interesante y en su momento (1949) innovador libro sobre la economía colonial y que procedía de otras tradiciones, como se mostró en el capítulo anterior. Bagú, que ya muestra su interés hacia la sociología en su *Estructura de la sociedad colonial* de 1952, coordinará en la universidad posperonista, en el ámbito del Instituto de Sociología dirigido por Germani, un proyecto sobre estratificación social en el que colaboraban, entre otros, los jóvenes Ezequiel Gallo y Ernesto Laclau. Como tampoco es casual que una persona tan lejana y hostil a la Academia y aun a Germani (pero no desprovisto de agudeza para percibir los nuevos tiempos) como Arturo Jauretche, tomase buena cuenta de los trabajos que se producían en el ámbito de la "sociología científica".

Como es conocido, el proyecto de 1959 sobre "el impacto de la inmigración masiva en el Río de la Plata", dirigido conjuntamente por Gino Germani y José Luis Romero y en el que colaboraban el Instituto de Sociología y el Centro de Historia Social y que financiaba la Fundación Rockefeller, signó el momento de más estrecha colaboración entre sociólogos e historiadores renovadores. El tema se prestaba ya para una convergencia: ¿no había Romero planteado en su *Historia de las ideas políticas* el lugar central que la inmigración tenía para comprender las fisuras abier-

tas en la Argentina aluvial? Por otra parte, ¿no estaba en Germani la noción (que podía ser tan alberdiana como hija de su período italiano) de una coexistencia entre dos sociedades, una tradicional y la otra moderna en la que la diferencia derivaba no sólo de la contraposición clásica entre rural-urbano sino de las diferentes orientaciones normativas de las personas puestas en relación con su diferente *background* cultural; es decir la oposición entre nativos e inmigrantes europeos? Si como planteara polémicamente Tulio Halperin, la inmigración era un "falso bello tema", para Germani y Romero parecía ser el tema. En cierto modo lo era porque podía ser tratado como un "hecho social total", según la conocida definición de Marcel Mauss, es decir un hecho a través del cual es posible indagar tantas otras dimensiones de la sociedad. Aunque deba observarse que no faltaron en el proyecto quienes encontraron en la inmigración no ese tipo de hecho sino apenas una excusa para estudiar otros problemas lo que es, desde luego, muy diferente.

Si se observa el proyecto inicial y el primer informe semestral, se comprueban las ambiciones del mismo y cómo en él confluyen temas y conceptos romerianos (sociedad "aluvial", "conglomerado criollo-migratorio", modos de vida, actitudes y sistemas de ideas) y temas y conceptos germanianos (sociedad tradicional-sociedad moderna, marginalidad-asimilación, cambios en la estructura demográfica y en la socioeconómica, no participación o tardía incorporación en el sistema político). Asimismo, los investigadores que participaron del proyecto, en el cual se veía además la mano de Germani en su capacidad para obtener fondos de fundaciones norteamericanas, procedían sea del grupo ligado a Romero (Haydée Gorostegui, los uruguayos Gustavo Beyhaut y Juan Oddone), sea del vinculado con el sociólogo italiano (por entonces Roberto Cortés Conde, Susana Torrado o Elizabeth Jelín).

Como es conocido, el proyecto se interrumpió con la intervención de la Universidad en 1966 —aunque ya antes de ello la creciente crispación ideológica de la Universidad había hecho difícil la vida a un proyecto con aspiraciones científicas y subsidiado por una Fundación norteamericana— y los materiales recogidos en las tradicionales fichas se dispersaron o extraviaron.

Varios informes de investigación mostraban los avances del proceso, como por ejemplo el rico cuadro geo-económico que traza Haydée

Gorostegui de Torres en *La República Argentina antes de la inmigración masiva*, el de Roberto Cortés Conde sobre *Corrientes inmigratorias y surgimiento de industrias en Argentina (1870-1914)* o el de Manuel Bejarano sobre *La colonización en la provincia de Buenos Aires*. Asimismo, algunos resultados llegaron a publicarse integrados en ese volumen de cooperación entre historiadores, economistas y sociólogos (y entre pasado y presente), *Argentina sociedad de masas* (1965), que recogía principalmente las ponencias presentadas en uno de los momentos más altos de colaboración interdisciplinaria, las Jornadas Argentinas y Latinoamericanas de Sociología realizadas en 1961. Allí apareció el artículo sobre "Los inmigrantes en el sistema ocupacional argentino" escrito en conjunto por Gustavo Beyhaut, Roberto Cortés Conde, Haydée Gorostegui y Susana Torrado, que mostraba tanto la efectiva colaboración entre historiadores y sociólogos en torno a un tema concreto como la curiosa mezcla de influencias que incluía a historiadores marxistas y "annalistas".

Más allá de los resultados que llegaron a publicarse o de que muchas de esas primeras aproximaciones fueron el punto de partida para investigaciones mayores que los mismos estudiosos desarrollarían en años posteriores, como es el caso de Cortés Conde, de Haydée Gorostegui o de Juan Oddone, el proyecto mirado desde una perspectiva actual era extremadamente ambicioso y de muy incierta realización y en ello hay que ver quizás un signo de esos tiempos pioneros. Baste observar que incluía entre los participantes, seguramente por iniciativa de Romero, a David Viñas o Vanni Blengino, en lo que mostraba la voluntad de cooperación e interacción también con el campo de la literatura y que no dejaría también de producir resultados indirectos en el corto o en el mediano (como el tan útil libro de Onega sobre *La inmigración en la literatura argentina*).

Que esa cierta desmesura era una tónica de los tiempos lo muestran también las enormes ambiciones del proyecto sobre "Materiales para el estudio del progreso económico y social de la Argentina" al que aludimos, interrumpido poco antes a raíz de los cambios de escenarios prioritarios en la estrategia de Braudel que subsiguieron a la ruptura de éste con su vicario para América Latina, Ruggiero Romano. En el momento de presentar un informe, en los hechos ya final, una mínima parte del mismo estaba realizada.

Se dijo al principio que la sociología fue, por una parte, un lugar desde el cual se formularon nuevas miradas sobre el pasado y proveyeron abundantes materiales aprovechables por ellos o por otros y por la otra un lugar de tránsito hacia prácticas propiamente históricas. En el primer caso pueden incluirse ejemplos como los de los discípulos de Germani: Darío Cantón, José Luis de Imaz, Francis Korn y Silvia Sigal (o el de Torcuato Di Tella), entre los segundos, los de Ezequiel Gallo, Roberto Cortés Conde u Oscar Cornblit.

La obra de Darío Cantón, integrante de ese otro núcleo muy activo de sociólogos del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIES), creado en 1963 en el Instituto Di Tella, constituyó sin dudas un invalorable aporte para los historiadores. Su utilísima recopilación *Materiales para el estudio de la sociología política en la Argentina* brindaba un aporte fundamental de información sistematizada sobre las elecciones argentinas, lamentablemente poco utilizada (más allá de que fue recuperada por el mismo Darío Cantón en un libro de 1973), sobre las elecciones argentinas en una perspectiva histórica. Del mismo modo, su libro *El parlamento argentino en épocas de cambio* (1968) que más allá de las discusiones que puede suscitar, en especial en relación con las fechas de comparación propuestas (1890, 1916, 1946) que no dan quizá suficientemente precisas perspectivas de los cambios en las características sociales y culturales de las dirigencias políticas argentinas, debe ser visto con toda la novedad que aportaba desde un punto de vista metodológico. Se ha hablado mucho en los tiempos recientes de "nueva historia política" y se han "redescubierto" tantos estudiosos de la sociología y la ciencia política, sea. Sin embargo, también debe recordarse que ya ese libro se apoyaba en el uso de autores, en su mayoría devenidos luego en clásicos, de Ostrogorski a Lipset, de Bendix a Rokkan. Por otra parte, es difícil no ver cuán nuevo era entonces el enfoque de Cantón, que combinaba los aportes conceptuales de la sociología política con una estrategia prosopográfica que, desde luego, implicaba una radical ruptura con las formas de hacer historia política precedente y es de lamentar que aquellos esfuerzos hayan sido proseguidos muy limitadamente luego. Un caso semejante lo provee el artículo de Ezequiel Gallo y Silvia Sigal sobre "La formación de los partidos políticos contemporáneos. La Unión Cívica Radical (1890-1916)" en el cual aparecían nuevos conceptos y sobre todo nuevos instrumentos que iban desde la cuantificación a la correlación de

variables. Que los autores luego hayan seguido otras vías que relativizasen la relación entre grupos sociales ("la clase media") y movimientos políticos (la UCR), nada quita a la novedad de esos enfoques que si no podían establecer una auténtica interlocución con la historiografía tradicional por la total orfandad de ésta, no dejaban de mostrar las ambiciones de los nuevos rumbos. Asimismo, el artículo de Oscar Cornblit, "Inmigrantes y empresarios en la política argentina" (1967), que más allá de la discusión que puede formularse hacia algunas de sus hipótesis centrales no dejaba de reunir un interesante material estadístico comparativo, un muy buen conocimiento de los enfoques internacionales entonces más recientes y sugerentes perspectivas como la que buscaba vincular la ausencia de nacionalización de extranjeros con la menor hostilidad hacia los mismos o las breves pero sustanciosas consideraciones sobre líderes y liderazgos. ¿Y por qué no agregar aquí al libro de José Luis de Imaz, *Los que mandan*, que aunque tan discutido entonces en sus tesis principales es, sin embargo, todavía hoy, imprescindible a la hora de buscar información (menos sistemática pero más modulada cronológicamente que la de Cantón) sobre los elencos dirigentes argentinos desde la década de 1930?

Economía e historia económica

El otro aporte invalorable para la nueva historiografía fue el proveniente de la interacción con la economía. La difusión de la economía del desarrollo y más allá aún de la problemática del desarrollo, desde la apertura de la sede de la CEPAL en Chile en 1948 o luego la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), también allí en 1957, o la creación del Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE, 1961) o del Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Di Tella favorecían esa colaboración en tanto sea la tradición cepalina, sean otras, desde las rostowianas a los antirostowianas, escogían entonces un enfoque histórico para fundamentar o avalar sus propuestas, a diferencia de lo que ocurrirá posteriormente con el apogeo de otras aproximaciones formalistas, matematizadas y abstractas.

Desde la perspectiva aquí escogida fue la fundación en 1961 del Ins-

tituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) el ámbito decisivo para la colaboración entre economistas, historiadores y sociólogos. Un grupo de economistas de tradición cepalina, nucleados en la Junta de Planificación de la Provincia de Buenos Aires durante la gobernación de Oscar Alende y en el contexto del Ministerio de la Producción a cargo de Aldo Ferrer, generó un espacio para promover una modernización de las ciencias sociales bajo la consigna del "desarrollo". Emblemática fue la creación de la revista *Desarrollo Económico*. Ésta, aunque ya desde 1958 se edita en La Plata, casi como órgano de aquella Junta, será literalmente refundada en 1961, con el mismo nombre y con el subtítulo de *Revista de Ciencias Sociales*. La publicación si tiene evidentes continuidades con la anterior, no es ahora ya sólo una publicación de economistas o de temas económicos. Lo mismo ocurre en la creación del IDES, en la que aunque las figuras de los economistas Aldo Ferrer y Norberto González fue ciertamente decisiva, el que quizás expresó mejor el nuevo espíritu de colaboración interdisciplinaria fue Oscar Cornblit, primer secretario de la institución. Este matemático, vinculado inicialmente con los grupos de intelectuales que se reunían en torno a Germani en los años '50 y luego también con Torcuato S. Di Tella, asimismo lo estaba con los economistas de la Provincia de Buenos Aires aludidos y esa interlocución con distintos ámbitos mucho haría para promover ese encuentro entre aquellas disciplinas. Por otra parte esa interdisciplinariedad no sería en Cornblit solamente un tema institucional, él mismo la practicaría en los trabajos históricos a los que dedicaría sus mayores esfuerzos ya desde comienzos de los años '60.

Si se exploran los índices de la nueva *Desarrollo Económico* se percibe inmediatamente ya desde el número 3 la colaboración con los sociólogos germanianos y desde el 9/10 aparecen estudiosos argentinos que eran historiadores o habían derivado hacia la historia (Halperin, Cortés Conde, Gallo) y europeos (François Chevalier, Frederic Mauro, Ruggiero Romano, James Scobie). Ciertamente, la presencia de las distintas disciplinas no era equivalente en la revista y si los artículos de los economistas predominaban netamente sobre los de los sociólogos, éstos lo hacían a su vez sobre los de los historiadores. Sin embargo, el hecho de que en esos primeros años, entre estos últimos, fuese más importante la presencia de reconocidos historiadores europeos que de argentinos y de que

estos últimos fueran sobre todo visibles en las críticas bibliográficas, sugiere que el problema podía vincularse más con la productividad de los historiadores locales, al menos en temas afines a los que constituían el núcleo de la revista, que a un problema de espacios preestablecidos.

En muchos sentidos, la historia económica constituía por entonces el territorio en el que es más factible la colaboración de los historiadores con las nuevas ciencias sociales. Lo era porque mucho más que la historia social era el terreno considerado entonces predilecto para nuevas formas de hacer historia. Las mismas corrientes historiográficas que actuaban como referentes de la nueva generación, desde *Annales* al marxismo, orientaban en ese sentido. Así y más allá de los ejemplos ya presentados, debe anotarse la creación de la Asociación Argentina de Historia Económica y Social, que motorizada por Ceferino Garzón Maceda realizó su primera reunión en Córdoba en 1963. Si la nueva asociación vinculaba a los historiadores renovadores con otras figuras de la historiografía argentina (al grupo de Córdoba debería agregarse, al menos, el encabezado por Horace Bliss en la Universidad de Tucumán), también servía para reforzar los vínculos con la *Association Internationale d'Histoire Économique*, cuya creación había sido promovida por el mismo Braudel en 1950.

En 1964 se realizaron en Buenos Aires y en Rosario las Jornadas de Historia y Economía Argentinas en los siglos XVIII y XIX, co-organizadas por el IDES y el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad del Litoral. Fue seguramente la iniciativa más ambiciosa de colaboración entre historiadores, economistas y demógrafos y los debates mostraron, a la vez, las ambiciones y las dificultades de la propuesta. Los nombres de los historiadores argentinos participantes, más o menos activos, de Romero a Halperin, de Beyhaut a Nicolás Sánchez Albornoz, o a los jóvenes José C. Chiaramonte, Roberto Cortés Conde o Ezequiel Gallo hay que agregar a la plana mayor de los economistas (Aldo Ferrer, Guido Di Tella, Federico Herschel, Alberto Fracchia y José María Dagnino Pastore) y sociólogos (Torcuato Di Tella, Oscar Altimir, Susana Torrado) e incluso un significativo y reputado número de destacados historiadores económicos extranjeros como Jean François Bergier, José Gentil da Silva o Ruggiero Romano.

Abrió las jornadas (que en su realización contenían una pequeña dosis de polémica con las organizadas el año precedente en Córdoba) una inte-

ligente introducción general por parte de Oscar Cornblit en defensa de una "ciencia social global" que sirviese sea para el conocimiento de las sociedades como para orientar las decisiones de los gobiernos en el marco de una "estrategia de desarrollo". Para Cornblit, "cambio social", "historia social", "desarrollo", eran distintos nombres que ocultaban una misma preocupación: "una concepción 'modelística' de la ciencia social". La convergencia era pues en torno a un paradigma nomotético. Todas las etiquetas y todos los lenguajes eran posibles, según Cornblit, si se cumplían "los requisitos básicos de la lógica: 'sistematicidad, consistencia, precisión', si se establecía un diálogo fecundo entre teoría social, hipótesis y hechos que las verificaban o desmentían. En ese cuadro entraban como garantes nombres tan heterogéneos como Pierre Vilar y Carl Hempel, Fernand Braudel y Carlos Marx, Ernest Labrousse, Georges Duby y Claude Levi Strauss (del cual son evocados tanto *Les mathematiques de l'homme* como la *Anthropologie Structurelle*).

Con cierta prudencia, observaba Cornblit, las dificultades de una "historia matemática", dada la complejidad generada por la "superabundancia de axiomas y variables", se avenía, en ese presente, a traducirla por "teoría formulada en términos sistemáticos, hipótesis claramente expresadas y procedimientos de verificación minuciosos y precisos". Sin embargo, no renunciaba a aquélla como un programa posible en el futuro a través del empleo de la computación y de los métodos de simulación. Operación en línea con lo que intentaban, en el mismo momento, los New Economic Historians norteamericanos (el trabajo emblemático de Robert Fogel sobre los ferrocarriles y el desarrollo económico norteamericano es editado en ese mismo año de 1964) y a la que el mismo Cornblit dedicaría esfuerzo en su estudio sobre el Oruro colonial.

Con todo y sin ir tan lejos, aun en los términos más prudentes, la colaboración auspiciada y promovida por Cornblit se iba a mostrar mucho más difícil de lo previsto. La desgrabación de los debates de las distintas sesiones muestra, a la vez, el altísimo nivel intelectual de la discusión, la ocasional virulencia de ésta y, en el fondo, las dificultades para traducir los códigos de una disciplina en otra o para compatibilizar tradiciones intelectuales diferentes que operaban con niveles de complejidad técnica también muy distintos. Así, por ejemplo, no era siempre fácil para los historiadores argentinos o extranjeros presentes ser plena-

mente aceptados como interlocutores de pleno derecho por los economistas cepalinos o no.

Un ejemplo de los múltiples problemas lo brinda la intervención fuertemente polémica de Ruggiero Romano, autor de una de las relatorías, que comenzaba contraponiendo historia económica y economía histórica, desparramaba críticas contra los enfoques "psicologistas" (o culturalistas, incluido Weber) y, con justicia, contra una tendencia entre los economistas a comparar sociedades preindustriales y países subdesarrollados o a utilizar los datos numéricos sin espíritu crítico. De modo un poco más paradójico, en relación con su propia historia intelectual, Romano abría también una fuerte polémica contra las falsas ilusiones de la cuantificación e incluso contra la ejemplificación iterativa como interpretación válida en sí de la realidad económica. Esa conversión de Romano era un expediente polémico contra los modelos de los economistas y especialmente contra uno, el propuesto por Walt Rostow y su famoso desarrollo autosostenido (que tenía su mayor defensor en la Argentina en Guido Di Tella), al cual contraponía argumentos que extraía tanto de la problemática de la transición del feudalismo al capitalismo, a la que se había orientado probablemente por influjo de Emilio Sereni en los años precedentes (y allí había una elíptica segunda línea polémica, contra la obra de Rosario Romeo), combinados eclécticamente con aquellos que extraía de la importante obra de Paul Bairoch, que invitaba a detenerse en la "revolución agrícola" como antecedente de la "revolución industrial" y aun con los de Dopsch antes aludidos.

La discusión generada llevó a muchas partes: los problemas inevitables aunque fructíferos en la discusión entre teorías del desarrollo y teorías marxistas (Chiaramonte), la defensa de la cuantificación cuyos problemas se solucionarían con más cuantificación, no con menos (Herschel); la defensa de la importancia de los factores psicológicos en un modelo multivariable y la crítica al esquematismo del marxismo pasible de las mismas acusaciones que las teorías del desarrollo (Torcuato Di Tella), la no contradicción entre cuantitativo y cualitativo (Cornblit), la necesaria introducción del problema de la dependencia (Beyhaut y Pla), el problema de la relación entre ciclo económico y coyuntura (Halperin), entre otras. De todas ellas, una es particularmente interesante a los efectos de ejemplificar las diferencias de comunicación: aquella presentada por José María

Dagnino Pastore. Si éste asociaba, apresuradamente, los argumentos de Romano con un retorno a la vieja escuela histórica alemana (Schmoller), rótulo siempre a la mano de los economistas entonces y luego, y ciertamente no se trataba de eso, complementaba su argumentación con un punto más revelador. Desde su experiencia reciente en Harvard, Dagnino señalaba que la discusión abierta por Romano era ya antigua. Rostow estaba superado y las tesis que había que discutir eran las entonces allá a la moda: las del profesor de la misma Harvard, el gran Alexander Gerschenkron, cuyo libro *El atraso económico en su perspectiva histórica*, de 1962, era uno de los mejores argumentos anti-Rostow. Libro que, curiosamente, Romano iba a hacer traducir al año siguiente al italiano (¿era un resultado del debate?).

Con todo, es interesante observar a historiadores, inclusive marxistas, utilizar largamente del concepto de desarrollo, o las expresiones variable y modelo, lo que indica una cierta extensión del vocabulario de las ciencias sociales y un clima de época. También es interesante subrayar hasta qué punto la discusión, desde ambos lados, colocaba en una explícita vinculación necesaria, presente, pasado y futuro, pues de esto último se trataba: los proyectos modernizadores y en qué medida la experiencia histórica podía orientarlos. Por otra parte, la convergencia (o el acuerdo) estaba en la voluntad de discutir y de compartir un espacio y los problemas tan evidentes no sólo eran argentinos. Estaban ligados también a una estrategia interdisciplinar que todos se empeñaban en defender pero que se revelaba dificultosa, y más dificultosa aún, cuando trataba de ser una convergencia de método más que de prácticas concretas.

Del mismo modo que en el caso de la sociología, la colaboración en el terreno de la historia económica encontraba cultores de las dos disciplinas. Entre los economistas, dos autores se destacaron por el énfasis que pusieron en reconstruir el pasado económico argentino: Guido Di Tella y Aldo Ferrer. Ambos fueron, sin embargo, bastante poco influyentes entre los historiadores salvo como objetivo polémico. El primero, Di Tella, figura multifacética, cuya importancia no puede ser subestimada, tras estudiar ingeniería industrial en la Universidad de Buenos Aires se doctoró en economía en la Universidad de Harvard en 1958 bajo la dirección de Walt Rostow. Su esquema interpretativo fue presentado en castellano ya en 1961 en un artículo en colaboración con Manuel Zymelman (y repro-

puesto cuatro años después en *Argentina, sociedad de masas*), allí se presenta un modelo que reproducía al de las etapas de Rostow con una variante. A las cinco del economista norteamericano, Di Tella y Zymelman agregaban una sexta que, según ellos, no estaba desprovista de importantes consecuencias hacia el futuro. La llamaron la "gran demora" (1914-1933) y era colocada entre la fase de "preacondicionamiento" (1880-1914) y la del "take off" (1933-1952, hasta donde llegaba el análisis) y quizás en ella pueda encontrarse algo más que un eco de las antiguas observaciones de Alejandro Bunge. Y no es casual quizá que las reflexiones sobre "la demora", allí donde los autores se apartaban del modelo originario, allí donde debían hacer jugar más activamente las dimensiones políticas en el análisis histórico, haya sido el que generó más interés y un debate no desprovisto de perspectivas significativas.

Si el esquema Rostow no satisfacía a muchos economistas, ya desde su esquematismo, menos aún podía obtener consenso entre los historiadores. Al cuestionamiento a la rigidez del esquema se agregaban otros, más allá de aquellos que respondían al provocativo subtítulo del libro: "un manifiesto no comunista" (no se ataca a un icono impunemente como observó David Landes). Entre éstos estaba aquel que confrontaba la idea de desarrollo evolutivo unilineal, según el cual el proceso que se creía poder deducir de la revolución inglesa debía duplicarse tal cual en otros procesos de industrialización, independientemente de cualquier contexto temporal o espacial (aunque desde luego esa idea sobrevolaba las ciencias sociales de entonces, desde la secuencia de los modos de producción hasta las teorías de la modernización) o aquel, algo más tardío, formulado, entre otros por Peter Mathias, de que si había un caso que no podía ser considerado paradigmático era precisamente el de Gran Bretaña, un país que se había industrializado primero cuando no había otros que hubieran cumplido ese proceso. En cualquier caso, las críticas de los historiadores no implicaban aquí tampoco un retorno a la "escuela histórica alemana" sino apenas aplicar simplemente niveles de sensatez y defender la noción de que las cosas eran bastante más complejas que lo que sugerían aquellos u otros modelos. A esos cuestionamientos generales se adicionaban en el caso argentino, para el ejercicio propuesto por Di Tella y Zymelman, al menos otros dos. El primero era la fundada sospecha de que la secuencia de etapas tenía demasiado que ver con los tradicionales

cuadros que proveía la antigua historia política. El segundo concernía a las visibles inexactitudes históricas que aparecían en afirmaciones dispersas aquí y allá. Asimismo puede observarse una diferencia significativa entre la recepción de Rostow en la historiografía económica internacional y de Di Tella y Zymelman en el caso de la Argentina. Si el libro de aquél tuvo una recepción importante (por ejemplo la Asociación Internacional de Historia Económica le dedicó una sesión especial en uno de sus Congresos) y un inmediato amplio debate, el de los estudiosos argentinos fue rápidamente colocado fuera del campo como un simple ejercicio de "economía retrospectiva". No obstante ello, el trabajo no dejaba de tener también análisis sugerentes e inteligentes como aquel en el que los autores se preguntaban si el problema de la economía argentina y su aparente "fracaso" no tenía que ver, en realidad, con las desmesuradas e irreales expectativas que el gran desarrollo de fines del siglo XIX había creado. En 1967 aparecerá finalmente el libro de los dos autores mencionados que lleva el mismo título y en el cual, aunque el esquema se mantiene casi inalterado, la argumentación reposa ahora sobre una abundante y ordenada evidencia empírica que conserva todavía hoy su utilidad.

En 1962 publicó Aldo Ferrer *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*. Este destacado economista, destinado a ocupar cargos relevantes en la estructura del Estado argentino, produjo un libro que fue ciertamente mirado con mayor simpatía, como era mirada toda la tradición cepalina. Sin embargo, más allá de la simpatía en la que influía el cuadro cronológico amplio que iba bien más atrás de la gran expansión, no tuvo mucha mejor suerte entre los historiadores. Las visibles reservas expresadas por Oscar Cornblit y Ezequiel Gallo en un comentario al libro en la revista *Desarrollo Económico* lo expresan claramente.

Nuevamente aparecía en el libro de Ferrer la secuencia de etapas rígidamente definidas, aunque el evolucionismo era ahora bilineal y no unilineal y el modelo europeo de industrialización (aunque en este caso más la Segunda Revolución Industrial que la Primera) seguía siendo el paradigma implícito y del cual se deducían incluso los sectores que debían ser considerados como significativos para evaluar un auténtico proceso de industrialización. Por otra parte, el desvío o retraso que había afectado a los países latinoamericanos, sostenido a partir de su comparación con el

caso europeo, era el resultado de la relación centro-periferia. La Argentina y sus vicisitudes eran colocadas así en un conjunto mucho más amplio, que reducía las singularidades de su historia al disolverlas en las de las economías iberoamericanas y más allá aún, en las de los países en desarrollo. Por ejemplo, las etapas eran colocadas ahora en una periodización que permitiese postular ciertas sincronías derivables sustancialmente de los impactos externos.

Las amplias críticas a la etapa de "desarrollo hacia fuera" condenada por la ley de deterioro de los términos de intercambio, la contraposición intensa entre industria y agricultura, la ruptura de 1930 y la promesa en el "desarrollo industrial integrado" como ilusión de futuro, eran muchas de las afirmaciones y de los temas que podían compartir, por entonces, historiadores y economistas cepalinos y ello parecía un buen punto de encuentro con la obra de Ferrer (además de los ámbitos de sociabilidad compartida). Sin embargo, dos cuestiones pesaban aquí desfavorablemente. La primera era el nivel de imprecisión y aún las inexactitudes existentes en la reconstrucción del pasado. Unas y otras se vinculaban desde luego con las vacancias o la insuficiencia de la misma historiografía argentina, que había producido escasa información aprovechable y cuando lo había hecho estaba tratada de manera a veces primitiva y a menudo para sostén de interpretaciones antojadizas. Más problemática aún era la sospecha de que la presentación de las etapas del pasado no derivaba de un auténtico interés en el conocimiento del mismo, del cual pudieran derivarse elementos para comprender el presente, sino que era una mera provisión de ilustraciones que buscaban dar legitimidad a las tesis generales. Éstas nacían mucho más de la relación entre un diagnóstico del presente y una proyección de futuro que de la clásica (y compleja) relación entre pasado y presente. De este modo, el punto de distancia no derivaba de cuál era la relación (y la precedencia) que se establecía entre teoría y empiria, o entre procedimientos deductivos e inductivos, sino de que cualquiera fuese el lugar de la última, ella estaba referida, en lo que contaba para definir el modelo (y era así ya desde los pioneros e iluminadores análisis de Prebisch en la década del '30), a la provista por los hechos del propio presente, no por los del pasado.

Todo lo expuesto explica por qué los historiadores iban a encontrar más confortable el diálogo con los trabajos teóricos sobre el desarrollo,

cuyas premisas como ya dijimos compartían, como los de Aníbal Pinto Santa Cruz o, inversamente con aquellas investigaciones que aunque utilizaban a grandes rasgos los mismos esquemas reposaban sobre extensísimas investigaciones. Entre éstas, por ejemplo, una obra juzgada indispensable (entonces, pero también luego) era la *Historia de la industria argentina* del ingeniero Adolfo Dorfman, que ya desde la primera edición de 1942 y pasando por la segunda ampliada de 1970 se convirtió en un libro de consulta y referencia para los historiadores. Libro ciertamente mucho menos ambicioso teóricamente pero enormemente rico en datos y ejemplos fatigosamente reunidos y presentados en un estilo narrativo tradicional, que posibilitaban perspectivas novedosas que incluso habilitaban lecturas parcialmente alternativas a las propuestas por el autor. A esas influencias heterogéneas habría que agregar, en especial en los historiadores que analizaremos a continuación, la del antiguo y fundamental libro de Williams sobre los problemas del comercio y del balance de pagos en un país con moneda inconvertible (que tanto había impactado mucho antes sobre Raúl Prebisch).

Itinerario con trazos a la vez convergentes y divergentes fueron los de Roberto Cortés Conde y Ezequiel Gallo. Ambos estudiaron en la Facultad de Derecho y ambos también actuaron en el ámbito de la cultura estudiantil reformista. Gallo, por caso, participó en la Federación Juvenil Comunista (la FEDE) y luego en el mismo partido por un lapso relativamente breve. Ambos se acercaron a las ciencias sociales, vía la sociología, aunque siguieron en ese proceso itinerarios diferentes. Cortés Conde lo hizo vía el posgrado en Sociología (Curso de especialización para graduados) que se dictaba en la Facultad de Filosofía y Letras, mientras que Ezequiel Gallo —que ya tenía una precedente experiencia intelectual en la *Revista del Mar Dulce*, y que en 1959 había publicado un artículo sobre Aristóbulo Del Valle y el surgimiento de la clase media argentina— lo hizo sumándose junto con Ernesto Laclau al mencionado proyecto sobre estratificación social que, en el ámbito del Instituto de Sociología, dirigía Sergio Bagú. La aproximación de Cortés Conde a través del posgrado en Sociología le facilitó la integración en el proyecto sobre "el impacto de la inmigración masiva" (a cuyas filas fue incorporado por Gustavo Beyhaut, del que había sido alumno en un seminario él mismo), cuyos recursos financieros eran muy superiores al de Bagú. Ambos estudiosos siguieron vías también diferentes, pero nuevamente paralelas, de inserción en la

docencia superior. Cortés Conde lo hizo en la Facultad de Humanidades de Rosario como parte del grupo que viajaba regularmente los viernes desde Buenos Aires, y Gallo en el Instituto del Profesorado en Santa Fe (donde enseñaba, entre otros, el poeta santafesino Hugo Gola con el que trabó amistad). Sin embargo, posteriormente, Gallo también se incorporó a la facultad rosarina en 1963, durante la fase Sánchez Albornoz y en 1965 al Instituto Di Tella.

En cierto modo, esas experiencias iniciales de ambos estudiosos orientaron sus futuros campos de investigación. Roberto Cortés Conde dirigiría en Rosario un proyecto ya mencionado ("Estructura Rural de la Provincia de Santa Fe"), en el cual una de las principales líneas de indagación era la evolución de la propiedad agraria en el período entre 1860 y 1914 y, en el proyecto sobre la inmigración masiva, se ocuparía primero de los problemas de estructura ocupacional y luego de las relaciones entre inmigración e industrialización. Ezequiel Gallo, por su parte, comenzó en la ciudad de Santa Fe una investigación en el archivo provincial sobre los informes de los inspectores de colonias, punto de partida de su larga exploración de la "pampa gringa". Asimismo, junto a Silvia Sigal indagaba la formación del Partido Radical.

La actividad de los dos historiadores fue muy intensa en esos años '60. Cortés Conde participó de dos de los proyectos más ambiciosos en la línea de la estrategia cuantitativa entonces en boga: aquel sobre "Producto Bruto en la Argentina, 1869-1914", con Alberto Fracchia y Haydée Gorostegui, presentado en las Jornadas de Historia Económica Argentina de 1964, y aquel sobre "Evolución del Comercio Exterior Argentino" (con Tulio Halperin y Haydée Gorostegui) en el marco del proyecto más general sobre los *Materiales*, antes aludido, del cual la primera parte sobre las exportaciones sería publicado, en 1965, como documento de trabajo del Instituto Di Tella. Ezequiel Gallo, por su parte, además de trabajar acerca de la generación del '80 y su proyecto (en colaboración con Arturo O'Connell y Oscar Cornblit) participó de un proyecto conjunto (con Cornblit y Torcuato Di Tella), sostenido por el Instituto Di Tella y el Instituto de Sociología de la UBA, sobre mecanismos y tipologías del cambio político y social en América Latina y del cual dará cuenta el trabajo en conjunto publicado, en 1968, en *Desarrollo Económico*, "Un modelo de cambio político para América Latina".

A fines de 1965 Ezequiel Gallo tomó una importante decisión profesional: hacer un doctorado y, de las dos opciones que se planteó, Berkeley u Oxford, eligió esta última (por consejo de Halperin) y ello sería igualmente decisivo para su trayectoria historiográfica posterior. Era una elección por el lugar en que la tradición empirista clásica rayaba a mayor altura y no por otro ámbito en el que el modelo "ciencia social" era predominante y ello implicaba una clara reorientación de sus perspectivas historiográficas. En Oxford, comenzó su tesis de doctorado (con una beca del Instituto Di Tella) sobre el tema al que ya había dedicado tantos esfuerzos: la colonización agrícola en la provincia de Santa Fe, bajo la dirección del historiador australiano R. Hartwell (muy conocido por su debate con Eric Hobsbawn sobre el nivel de vida en la Inglaterra de la Revolución Industrial) y cuyo nombre le fuera sugerido por Raymond Carr. Uno de los aspectos importantes de la relación con Hartwell fue que éste orientó a Gallo a un cambio de perspectiva: pasar de la comparación del caso argentino con los modelos provistos por la evolución económica europea a hacerlo con aquellos países con los que Argentina tenía más semejanzas en la dotación de factores, Australia y Canadá y, como es conocido, los casos implícitos o explícitos que se eligen para comparar (la observación es de Jurgen Kocka) condicionan desde el mismo comienzo la interpretación sucesiva.

Comenzó así el largo periplo de Gallo en Inglaterra en el que pudo tomar contacto con otros reconocidos estudiosos a cuyos seminarios asistió, como Isaiah Berlin y John Hicks. En 1970 defendió su notable tesis que llevaba el título de *Agricultural Colonization and Society in Argentina The Province of Santa Fe: 1870-1895* y que sería traducida muy posteriormente al castellano con el título de *La pampa gringa* y de la que hablaremos más adelante.

Por su parte, Roberto Cortés Conde vio interrumpida su carrera académica luego del golpe militar de 1966, al participar de la decisión del grupo reformista de renunciar a sus cátedras y comenzó una carrera como investigador visitante en numerosas universidades norteamericanas, en especial en la de Yale, donde estuvo entre 1967 y 1969, y ello le permitió lograr un importante reconocimiento en el ámbito de la historia económica norteamericana, en la que la cliometría era dominante y establecer las sólidas bases que lo llevarían a un lugar muy destacado, en ese campo,

en el ámbito internacional. En 1970 regresó a Buenos Aires y se incorporó al Instituto Di Tella.

Ambos historiadores escribieron trabajos en conjunto como parte de una colaboración que tuvo uno de sus comienzos en el artículo "El crecimiento económico de la Argentina. Notas para un análisis histórico", a partir de cuyo esquema desarrollarían luego el libro conjunto *La formación de la Argentina moderna*, en 1967. Este pequeño libro, fuertemente modélico apoyado en fuentes secundarias y datos agregados, constituye un ejemplar compendio de los esquemas conceptuales de los años '60. Se trata de una lectura articulada en torno a dos dicotomías complementarias: sociedad tradicional (o "criolla")-sociedad moderna e Interior-Buenos Aires (aunque sin llegar plenamente a la consideración de una economía "dual"), en la cual las primeras aparecen como una dimensión estructural de largo plazo que coloca frenos o bloqueos a la expansión plena de las segundas. Por ello, si bien el libro se centra en medio siglo anterior a la Primera Guerra Mundial, incluye un primer capítulo "Los determinantes de la estructura" en los que presentan esos factores de largo plazo que operarán luego (a diferencia de lo que según ellos ocurriría con otros países "nuevos") en tensión con el proceso modernizador. De este modo, la mirada de Cortés Conde y Gallo no hace derivar las características del progreso argentino solamente del papel dinámico del sector externo como motor del crecimiento sino que articula esa dimensión exógena con otra, económica, social y política, endógena, que es igualmente decisiva. El inteligente y matizado cuadro presentado reposa sobre la relevancia otorgada a las dimensiones económicas de las que derivan las características de la estructura social y la articulación de los grupos sociales y de las características de sus fluctuaciones los autores creen poder brindar una explicación de las "crisis" políticas, en línea según ellos con las observaciones de Ernest Labrousse (aunque desde luego el nombre de Juan Álvarez sería igualmente pertinente). Ciertamente, el resultado es muy epocal en muchos planos. Reaparecen aquí las perspectivas ligadas a las insuficiencias de las políticas orientadas hacia la industrialización y el mercado interno que se harán visibles a partir del agotamiento del factor "tierra", los problemas de los inmigrantes, el sector industrial y la participación política o la connotación estrecha en términos sociales ("clases medias") de un partido como la UCR. Con todo, aparecen aquí también otras dimen-

siones innovadoras que orientarán la tarea futura de los dos estudiosos; así, por ejemplo, la idea de la fuerte modernidad del sector terrateniente y de los grupos altos y medios con él asociados que diferenciaba la situación argentina de las otras latinoamericanas y negaba cualquier posibilidad de definirlos como "feudales", o la esbozada sugerencia de la cercanía entre intereses rurales y ciertos intereses industriales que se habían desarrollado a partir del primero. La modernidad del grupo dirigente, que era también cultural e ideológica y que permeaba la acción de un Estado por él dominado permitía, a Gallo y Cortés Conde, en un juego de movilidades y rigideces, mirar el proceso posterior a 1870 de un modo sustancialmente positivo.

A pesar de que los temas de Gallo y Cortés Conde eran bastante complementarios e incluso pese a que ambos procedieron a una radical revisión de sus planteos historiográficos de la primera mitad de la década de 1960 en los años posteriores, sus obras historiográficas, si consideradas individualmente son muy diferentes.

Roberto Cortés Conde comenzó sus investigaciones en el marco del proyecto sobre el impacto de la inmigración masiva, como señalamos. Observando su trabajo sobre *Corrientes inmigratorias y surgimiento de industrias en Argentina (1870-1914)* se perciben inmediatamente algunas características perdurables de su autor: una inclinación a la dimensión teórica (en ese momento en una perspectiva antineoclásica), un excelente ingenio para encontrar nuevas miradas sobre algunos problemas y una vis polémica distintiva. Efectivamente, el trabajo destinado a estudiar el papel de la inmigración (cuyo movimiento es encuadrado en ese momento en la perspectiva teórica brindada por Brinley Thomas), en el desarrollo industrial relativiza sustancialmente ese aporte diluyéndolo en el contexto de una explicación en términos de racionalidad económica. Desde ese núcleo inicial, los intereses de Cortés Conde se desplazaron al estudio de los problemas del crecimiento industrial en el período 1870-1914, tema acerca del cual publicaría un artículo en *Desarrollo Económico* en 1963. El artículo muy bien argumentado presenta todos los elementos clásicos de los problemas para la expansión de la industria en la época de expansión "hacia fuera" y en ese sentido constituye uno de los más acabados ejemplos de la versión cepalina entonces ortodoxa: las consecuencias negativas de la división internacional del trabajo, aquellas derivadas de la ley de Engel

que argumentaba acerca del diverso ritmo de crecimiento de la demanda de productos industriales en relación a los agropecuarios, la ausencia de capitales y de crédito para el sector industrial, la carencia de "prestigio" de las actividades industriales que influía sobre las decisiones de inversión, la falta de poder de los industriales, uno de cuyos correlatos era una política aduanera poco proteccionista y el tan interesante argumento del papel de las pautas de consumo. Cualquiera sea la opinión acerca de esta sistemática presentación, ella muestra claramente el signo de los tiempos y algunas de las cuestiones problemáticas de la relación entre la historia y las ciencias sociales cuando aquélla aparece subordinada a los modelos teóricos de ésta. Es innecesario recordar en cuán gran medida, en fases sucesivas, que por otro lado coincidieron también con cambios de paradigmas entre los economistas, el mismo Cortés Conde iba a presentar un cuadro de la evolución económica y de la industria del período completamente diferente. En cualquier caso, hay en él un rasgo perdurable: la combinación de historia y teoría económica, en busca de una perspectiva más sofisticada que la imperante en el país, antes pero también luego. En esa vocación, que permitía conectar los estudios locales con el movimiento más general de la historia económica en los contextos centrales, se encuentra quizás el aporte fundamental de Cortés Conde a la historiografía argentina.

Lo observado acerca de la obra de Cortés Conde, en parte (pero sólo en parte) puede aplicarse a la de Ezequiel Gallo. Aunque Gallo también comenzó su itinerario profesional en torno a múltiples temas, atraído por los modelos de las ciencias sociales, más rápidamente los fue abandonando y, en especial luego de su larga y decisiva experiencia en Oxford, se inclinó hacia una historia atenta a presentar sus argumentos recubiertos por una estrategia narrativa, desplegada con una amplia exposición empírica y un estilo límpido y persuasivo que elude la confrontación explícita. Ciertamente también, en el caso de Gallo, tenemos en el comienzo un empleo de perspectivas, metodológicas o interpretativas, de las que él mismo tomará distancia posteriormente. Así ocurre, por ejemplo, sea con el trabajo sobre *La generación del 80* o en el dedicado a la formación de los partidos políticos contemporáneos. Interesante es también considerar su *Santa Fe en la segunda mitad del siglo XIX. Transformaciones en su estructura regional*, inteligente reconstrucción de las transformaciones de la provin-

cia en la que predomina una visión ambigua y matizada del proceso pero que debe no poco al clima interpretativo dominante en la época. Nótese aquí solamente que en ese trabajo, que reposa sobre una amplia consulta de fuentes secundarias, Gallo sostiene argumentos de los que luego tomaría distancia como la no participación política de los inmigrantes, o los problemas que generaba la expansión de los "cultivos combinados" cuyos efectos eran, sea el arrendamiento y no la venta de tierras, sea la subordinación de los intereses de la agricultura a los de la industria pecuaria (y aquí la influencia de una obra como la de Scobie, de la que luego se alejará, es importante), o el papel decisivo del Estado provincial que por distintas vías favorecía la expansión de la colonización en su fase entonces considerada más exitosa precisamente por ese activismo estatal.

Lo interesante se encuentra en el hecho de que, a partir de ese esquema, Gallo desarrollará una profunda y renovada investigación que reposará sobre un conjunto muy variado de fuentes, argentinas (desde archivos públicos, nacional y provincial, hasta la prensa provincial y local) y extranjeras (desde los del Foreign Office o los del Ministero degli Affari Esteri italiano hasta los de algunas empresas financieras inglesas), que constituía un *corpus* mucho más amplio que el que, por ejemplo, había utilizado Scobie (demasiado ligado a los informes y sobre todo a las imágenes insistentemente pesimistas de los funcionarios estatales argentinos). Ellas sustentarán una lectura diferente y más optimista del proceso de expansión de la colonización agrícola en Santa Fe, que emergerá en su notable tesis de doctorado de 1970. La misma mostraba el modo en que la evidencia empírica puede influir en un observador inteligente abierto a sus sugerencias y que exhibe una envidiable capacidad para explorar los matices y para sopesar las fuentes con agudeza y con una enorme dosis de buen sentido. Desde luego que otros factores pueden haber influido en el cambio de perspectiva interpretativa de un Gallo, que ahora tendía a reducir el papel de las políticas públicas o las inercias estructurales y a valorizar mucho más las posibilidades que tenía la iniciativa privada y las condiciones empresariales, en una situación de no pocas incertidumbres, pero en el contexto de las condiciones naturales existentes y de la disponibilidad y precio de los factores de producción. Tendía también a valorizar las posibilidades que ello brindaba a la colonización para promover el avance social de los partícipes en ella.

Esa nueva mirada puede también asociarse a cambios en las mismas concepciones historiográficas de Gallo (y aquí la influencia de la academia británica es importante) o incluso a los cambios en su forma de mirar el mundo y no se debe brindar una simplificación exclusivamente empirista de los mismos. Puede asociarse también a los lentos pero visibles cambios en el ámbito de la historiografía latinoamericana, de los paradigmas interpretativos sobre el período de la gran expansión agroexportadora que debilitaban la interpretación cepalina; aunque, en ese contexto, Gallo sea mucho más uno de los pioneros de las nuevas lecturas revalorizadoras que un *second comer*. Por otro lado la visión, entre optimista sobre el proceso que se describe y nostálgica hacia una época de la Argentina que podía ser vista como más interesante y prometedora que la atribulada en la que le tocaba escribir, no deja, sin embargo, de presentar las sombras sociales del proceso. Sólo que las mismas no están ya en el proceso económico sino en el contexto social y político en el que se desenvuelve la experiencia de los colonos.

Ciertamente, la tesis se centra ahora en un período más acotado (1870-1895) —aunque en el primer capítulo brinde elementos para una visión de largo plazo que revaloriza en contra de Álvarez y Cervera la situación en el momento del siglo XVIII y ensombrece la de las primeras décadas postrevolucionarias— y podría argumentarse que si el período considerado hubiese incluido plenamente la fase sucesiva hasta 1914, la imagen resultante hubiera sido más ambigua y ciertos problemas de la desordenada expansión hubieran mostrado su vigor. Observaciones que, en justicia, no están por lo demás ausentes en varios casos en el mismo Gallo (por ejemplo en el tema del arrendamiento que él juzga como instrumento positivo para la movilidad social antes de 1895, no necesariamente después). Ciertamente también el libro deja en segundo plano las dimensiones propiamente institucionales (si se prefiere estatales) y soslaya las enormes carencias de los grupos dirigentes regionales, aspectos que ponían también no pocas hipotecas sobre el futuro santafesino y argentino, en el corto y en el largo plazo, y podían obligar a hacer más ambiguo el balance. Sin embargo, ello no obsta para que el libro brinde un impecable cuadro, hasta ahora no superado, de la vida económica y social de la provincia, que conserva todas las virtudes de la muy buena historia, sea en términos comparativos nacionales como internacionales.

El aporte de Ezequiel Gallo a los historiadores argentinos de generaciones posteriores no se limita a presentar de manera ejemplar un caso, el santafesino, no como caso en sí sino colocado implícitamente en el cuadro general de la Argentina moderna (y en esto recuerda también a Juan Álvarez) sino en el proponer, a través de dos artículos muy influyentes, nuevas vías para el estudio de la Argentina moderna. De uno de ellos, el dedicado a la expansión agraria y el desarrollo industrial, publicado a principios de los '70 y traducido al castellano mucho más tarde, apelando a la comparación con los casos australiano y canadiense y a los instrumentos de la *staple theory* (sobre todo la obra de Melville Watkins), Gallo iba a postular la no contradicción entre intereses del sector industrial y del sector agropecuario ya que la fase de enorme expansión del segundo generaba efectos de eslabonamiento que favorecían una no menos vigorosa del primero. El segundo sólo será aludido aquí como la idea de la existencia de mecanismos alternativos para la participación de los inmigrantes.

La trayectoria de Cortés Conde y Gallo puede contrastarse con la de Haydée Gorostegui de Torres. Esta egresada en Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA desarrolló una muy intensa tarea en el decenio posperonista. Participó de la cátedra de Historia Social dirigida por Romero y colaboró en la de Historia social argentina con Tulio Halperin, integró el proyecto sobre el impacto de la inmigración masiva en distintas líneas de investigación y los dos programas de historia cuantitativa más importantes de la época (el que estudiaba las exportaciones argentinas y el que analizaba la evolución del Producto Bruto Interno). De todo ello quedarán como resultado documentos de trabajo y publicaciones y una concentración de su interés en el período de la organización nacional (de lo que dará cuenta el libro publicado en 1972 en la colección de *Historia Argentina* dirigida por Tulio Halperin). Especializada en historia económica, como resultado de un viaje de estudios a París, donde trabajó con Ruggiero Romano, se orientará hacia la historia de precios, de la que brindará un estudio ejemplar sobre "Los precios del trigo en Buenos Aires durante el gobierno de Rosas", publicado en el *Anuario de Rosario* en 1964. Sin embargo, tan prometedora carrera sufrirá las consecuencias de las crisis políticas e institucionales argentinas y, aunque retornará fugazmente a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1971, gracias a las gestiones del entonces decano interventor

Ángel Castellán, esa breve experiencia (colocada además en un clima extremadamente dificultoso para la investigación ya que las prioridades de los actores eran crecientemente otras) quedará nuevamente interrumpida con el golpe militar que la forzará a un exilio interior desconectado del mundo académico.

El fin de un ciclo

La intervención de las Universidades en 1966, por parte de la "revolución argentina", es sin dudas una fecha clave para la historiografía renovadora como lo fue para la física, las matemáticas o la química, que tan altos desarrollos habían alcanzado en la década precedente. Para una tradición historiográfica tan enraizada en las instituciones argentinas, el impacto no podía ser menor. La decisión de renunciar de tantos profesores ante la intervención no podía sino agravar las cosas (a la vez que facilitar los objetivos del gobierno militar). Algunos de los historiadores que hemos analizado en este capítulo optaron por radicarse en el exterior definitivamente (por ejemplo, Halperin en Berkeley o Nicolás Sánchez Albornoz en la New York University). Otros volvieron o se instalaron definitivamente en instituciones privadas como el Instituto Di Tella (Roberto Cortés Conde o Ezequiel Gallo) y otros, o lograron permanecer en universidades periféricas o, tras un paréntesis, se reincorporaron a la Universidad pública para ser expulsados nuevamente de ella con el advenimiento de nuevas intervenciones durante el gobierno de Isabel Perón (Haydée Gorostegui de Torres, Reyna Pastor, Carlos S. Assadourian, Aníbal Arcondo o José Carlos Chiaramonte) y poco después tuvieron que tomar el camino del exilio exterior o interior. Así, la transmisión institucional de saberes o la formación de discípulos se interrumpió bruscamente. Cuando el telón se levantó nuevamente, en 1983, eran ya mucho más otras voces y otras tradiciones (y otras modas) las que imperaban y aunque aquéllas remitiesen a una continuidad ideal con los años '60 las cosas no eran exactamente así, con pocas excepciones.

Ciertamente, no todo puede hacerse girar en torno a la intervención de 1966. Al menos debe recordarse que, antes de ella, José Luis Romero había renunciado al decanato de Filosofía y Letras, en 1965, y optado por

jubilarse como profesor universitario o que en ese mismo año, Gino Germani había decidido continuar sus esfuerzos académicos en Harvard. Síntomas de una crisis ya profunda en el interior de la Universidad nacida en 1955 y de la cual no se dará cuenta acá. Baste recordar los prolongados y encendidos debates que suscitaba la recepción de subsidios externos, más sorprendentes aún en el contexto de una universidad magra en recursos.

Más allá de la cronología de la crisis de la universidad argentina, es evidente que las rupturas institucionales y los desplazamientos que generaron no afectaron la producción intelectual de los historiadores renovadores sino que, por el contrario, en muchos casos liberaron energías que los llevarían a producir sus obras mayores no antes de 1966 sino después de ese año, en otros ámbitos académicamente más hospitalarios, sea en una Universidad extranjera, sea en una institución privada, sea en una casa en un suburbio del sur de Buenos Aires, y se han mencionado numerosos ejemplos en las páginas precedentes. Lo que fue afectado, en cambio, fue la transmisión personalizada de saberes y prácticas historiográficas.

Hacia principios de la década de 1970 aparece la *Historia Argentina* de la Editorial Paidós, dirigida por Tulio Halperin Donghi y en la que colaboraron en sus distintos volúmenes muchos de los historiadores renovadores que hemos indagado en estas páginas. El resultado puede verse desde dos perspectivas complementarias. Por un lado muestra muy adecuadamente un balance de los avances logrados por la historiografía renovadora y su capacidad para proponer nuevos temas y nuevos problemas. Por el otro, muestra cómo esas investigaciones, producto de itinerarios muy disímiles, están aún a mitad del camino para poder brindar una renovación integral. Desde luego, ello puede atribuirse al hecho de que los nuevos historiadores tenían pocos sólidos lugares en donde apoyarse en la historiografía precedente pero también a que el conjunto de sus fuerzas era mucho más escaso que lo que las imágenes retrospectivas sugieren.

El cuadro presentado es ciertamente incompleto si no se alude al clima intelectual que signará los años posteriores a 1966. Si los años '60 ven expandirse en paralelo a las ciencias sociales y una nueva historia asociada con ella, ven también crecer un clima de radicalización cultural y política que estaba en abierta contraposición con aquélla. Luego del golpe de 1966, como es conocido, esa radicalización se hizo mayor y más nume-

rosa en los ambientes intelectuales y, en general, en los sectores medios urbanos de la sociedad. Era ahora el polo radicalizado el que actuaba como imán atrayendo a importantes franjas de aquellos que habían participado de la experiencia "científica" y no, como vimos en las páginas precedentes, al revés. Varios marxismos liberados ahora de las prudencias o de las formas académicas que exigía el clima científico precedente, una izquierda nacional que no cesaba de reclutar nuevos adherentes, poniendo en circulación viejos temas del revisionismo u otros nuevos, eran el signo de los cambios en los climas ideológicos y en la trayectoria del peronismo. Y aunque la historiografía renovadora no aspiraba a capturar grandes públicos, no dejaría para ella de ser descorazonador el nuevo ambiente imperante. Por otra parte, si se aleja la mirada del caso argentino, debe observarse que las cosas estaban cambiando en todas partes, en general y por ende en la historiografía en particular. Las convulsiones que entre fines de los '60 y de los '70, por ejemplo en Europa, afectaban también a los ámbitos académicos y a los medios intelectuales y, más allá de que en esos casos las instituciones y las tradiciones intelectuales resistiesen mejor, aunque no sin esfuerzo, iban acompañadas también por significativos cambios en las orientaciones historiográficas. Entre ellos, un cuestionamiento y a la vez una redefinición de la relación entre la historia y aquellas ciencias sociales que había sido el perno de la renovación historiográfica. Nuevos tiempos que iban acompañados de nuevas preguntas (a veces también de la ausencia de preguntas), nuevos objetos y nuevas prácticas.

ENSAYO BIBLIOGRÁFICO

Es una tarea inabordable dar cuenta de la producción escrita sobre las tradiciones historiográficas y las figuras de los estudiosos que reflexionaron sobre el pasado argentino. Por otra parte, no es el propósito del presente ensayo bibliográfico que busca solamente orientar al lector hacia algunas lecturas complementarias, ponderando brevemente sus aportes, señalar los trabajos considerados imprescindibles (en los límites de la erudición de los autores del libro) y, en especial, aludir a aquellas obras que han sido utilizadas a lo largo del texto y que dadas las características de la colección no pueden ser indicadas en notas a pie de página. En ese contexto, en el que no faltarán ciertamente omisiones y olvidos, los autores quieren llamar la atención sobre la necesidad de ir a los textos (si se prefiere las "fuentes") y dar prioridad a ellas antes que a los exégetas de los mismos. Ellos no se incluyen aquí ya que los autores y las obras han sido indicadas a lo largo del libro y no pareció necesario hacer un nuevo elenco en este ensayo. De muchas de esas obras existen además numerosas ediciones y no es difícil para el lector ubicarlas.

Capítulo 1

Tradicionalmente, la historiografía erudita se presentó organizada a partir de los estudios históricos de Bartolomé Mitre y sus historias sobre

Belgrano y San Martín; la cristalización de esta concepción se halla en el texto de Rómulo Carbia, *Historia crítica de la Historiografía Argentina*, Coni, Buenos Aires, 1940 (3ª ed.); esta edición, la definitiva, fue antecedida por una primera publicada como el Tomo II de la *Biblioteca Humanidades* de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata en 1925, bajo el título de *Historia de la Historiografía Argentina*, y por una segunda publicada también en La Plata en 1939. Por su parte Ricardo Levene y genéricamente los miembros de la Academia Nacional de la Historia se han ocupado profusa y elogiosamente de la figura de Mitre y su labor historiográfica, como ocurre en los clásicos textos de Ricardo Levene, *Mitre y los estudios históricos en la Argentina*, Buenos Aires, Academia Nacional de Historia, 1944; *Las ideas históricas de Mitre*, Buenos Aires, Coni, 1948.

Un interesante contrapunto entre Carbia y Levene en: Gustavo Prado, "La historiografía argentina del siglo XIX en la mirada de Rómulo Carbia y Ricardo Levene: problemas y circunstancias de la construcción de una tradición. 1907-1948", en: Nora Pagano y Martha Rodríguez, *La historiografía rioplatense en la posguerra*, Buenos Aires, La Colmena, 2001, pp. 9-36.

Desde la historia de la historiografía, resulta asimismo frecuente colocar a Mitre como punto de partida de los estudios sistemáticos y documentados, elaborados desde la perspectiva del nacionalismo de matriz liberal, tal como aparece en: Tulio Halperin Donghi "Un cuarto de siglo de historia argentina", Buenos Aires, *Desarrollo Económico*, N° 100, 1986, pp. 487-520; Aurora Ravina, "La historiografía", en Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires Planeta, 2001, T. 6; Fernando J. Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

En lo concerniente al mundo de las ideas para la etapa post-Caseros resulta insoslayable la consulta al texto de Tulio Halperin Donghi, *Proyecto y construcción de una nación. Argentina, 1848-1880*, Biblioteca Ayacucho, 1984 (2ª edición Ariel, 1995); del mismo autor: "En busca de la especificidad del pensamiento político hispanoamericano", en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 8, N° 1, en-jun. 1997. Respecto del liberalismo decimonónico local, Elías Palti traza un itinerario en el artículo "Orden político y ciudadanía. Problemas y debates en el liberalismo argentino en el siglo XIX", en: *Estudios Interdisciplinarios de*

América Latina y el Caribe, vol. 5, N° 2, jul-dic. 1994, en tanto que Tulio Halperin Donghi analiza el fenómeno desde el comparatismo en: "Liberalismo argentino y liberalismo mexicano", en *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, pp. 141-167; Oscar Terán, "Nacionalismos argentinos (1810-1930)" en: *Ciencias Sociales*, N° 1, UNQ, 1994. Desde una perspectiva latinoamericanista, pueden consultarse además: Arturo Roig, *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, FCE, 1981; Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, Barcelona, Ariel, 1976.

También desde el plano de las ideas pero particularmente en lo vinculado a la recepción de modelos europeos en el contexto local, resulta imprescindible la lectura de Natalio Botana, *La tradición republicana*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984, y *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, 1991. Por su parte, Fernando Devoto analiza el impacto diverso de la obra de H. Taine en Mitre y López en: "Taine y los *Orígenes de la Francia contemporánea*", en: *Entre Taine y Braudel*, Buenos Aires, Biblos, 1992, pp. 11-46.

Otros enfoques centrados en la historia de las ideas se refirieron al pensamiento de intelectuales estrechamente asociados a los orígenes de la erudición; en tal sentido, Jorge Myers proporciona una interesante interpretación sobre los contenidos del romanticismo vernáculo —particularmente sobre la figura de Juan M. Gutiérrez— en "Una genealogía para el parricidio: Juan María Gutiérrez y la construcción de una tradición literaria", en *Entrepasados*, Buenos Aires, año III, N° 4 y 5, fines de 1993, pp. 65-88, y sobre la de González: Darío Roldán, *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político liberal (1880-1920)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.

Sobre los usos del pasado en el contexto de la formación y consolidación del Estado resulta de interés la consulta a Lilia Ana Bertoni "Construir la nacionalidad: Héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891" en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 1992, tercera serie, N° 5, y *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, FCE, Buenos Aires, 2001.

Para analizar las condiciones y características generales de la historiografía decimonónica, resulta imprescindible la lectura de Pablo Buchbinder, "Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina" en *Boletín del Instituto de Historia*

Argentina y Americana Dr. E. Ravignani, tercera serie, N° 13, primer semestre, 1996, texto en el que su autor reconstruye con minuciosidad la circulación de fuentes y bibliografía entre los estudiosos. En similar sentido y particularmente en lo concerniente a la actividad editorial y el movimiento bibliográfico, contamos con tres textos clásicos: José Torre Revello "Los maestros de la bibliografía en América", en: *Suplemento de Anales Gráficos*, Instituto Argentino de Artes Gráficas, Buenos Aires, 1941, y Ricardo Piccirilli, *Carlos Casavalle, impresor y bibliófilo. Una época de la bibliografía americana*, Julio Suárez, Buenos Aires, 1942, y fundamentalmente el de Domingo Bonocuore, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, El Ateneo, 1944; en esta última línea puede consultarse también José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, en especial el capítulo de Sergio Pastormerlo "1880-1899. El surgimiento del mercado editorial" en el que se analiza la diferenciación de circuitos en que se orienta la cultura letrada.

Con relación a lo anterior pero para el caso de las revistas especializadas en el siglo XIX, no abundan los análisis sistemáticos en profundidad; pueden hallarse algunas referencias en: Ernesto Maeder, "Revistas históricas en la segunda mitad del siglo XIX", en: *Clío*, N° 4, 1998; Diana Cavalaro, *Revistas argentinas del siglo XIX*, Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1996. Del trabajo colectivo *Historia de las revistas argentinas*, Asociación Argentina de Editores de Revistas, Buenos Aires, 1997, se sugiere la consulta de los siguientes artículos: "Revista de Buenos Aires" a cargo de Hilda Agostino, la "Revista del Río de la Plata" a cargo de Marcelo Mattioli, "Nosotros" Mónica Ogando y Ricardo Paramos y el interesante abordaje de "La Biblioteca" elaborado por Alejandro Eujanian, "Paul Groussac y una empresa cultural de fines del siglo XIX: la revista *La Biblioteca*, 1896-1898", T. II, pp. 9-44. Para esta última publicación —"La Biblioteca"—, puede verse además el texto muy documentado de Paula Bruno, *Paul Groussac. Un estratega intelectual*, Buenos Aires, FCE, 2005, en el que se analizan las dos épocas de la publicación periódica de la Biblioteca Nacional en el marco más amplio de la trayectoria de Paul Groussac.

Entre los factores que contribuyeron a la conformación de la historiografía erudita, las instituciones dedicadas a los estudios históricos recibieron escaso tratamiento; entre ellos merecen particular atención los de

Ernesto Fitte, "Mitre y el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata", en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. 41, 1968, y Juan Pivel Devoto "El Instituto Histórico y Geográfico Nacional (1843-1845)", en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, T. XI, 1934/35; otros textos contienen menor cantidad de información pero son útiles para verificar el entramado relacional como consta en la conferencia pronunciada por R. Levene en Montevideo publicada bajo el título: *El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay y la personalidad de su fundador Andrés Lamas*, Montevideo, El siglo ilustrado, 1943; en similar perspectiva, el escueto trabajo de Carlos de Macedo Soares, "Bartolomé Mitre y el Instituto Histórico y Geográfico brasileño y la Academia Brasileña de Letras", en: Academia Nacional de la Historia, *Mitre. Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte. 1906-1956*, Buenos Aires, 1957. El estudio más completo sobre la Junta de Historia y Numismática Americana y el contexto historiográfico e institucional en el que surge y con ella relacionado es el elaborado con motivo del centenario de la corporación: AA.VV., *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1995, particularmente las contribuciones de Aurora Ravina, "La fundación, el impulso mitrista y la definición de rasgos institucionales. Bartolomé Mitre (1901-1906) y Enrique Peña (1906-1911)", pp. 24-59.

Sobre los orígenes de la institucionalización de los estudios históricos en sede universitaria, contamos con el trabajo pionero de Tulio Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962; por su parte y en sendos libros, Pablo Buchbinder amplió y focalizó la temática en sus *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, Eudeba, 1997, e *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

La historiografía argentina del último cuarto del siglo XIX ha sido analizada críticamente por Gustavo Prado, "Las condiciones de existencia de la historiografía decimonónica argentina", en: AA.VV., *Estudios de historiografía argentina* II, Buenos Aires, Biblos, 1999, pp. 37-74; un original abordaje sobre las narraciones históricas en sus distintos formatos a lo largo del siglo XIX es el elaborado por Beatriz Bragoni, "Lenguajes, formatos literarios y relatos historiográficos en la edificación de las naciones en el

siglo XIX. Una aproximación desde los márgenes australes del antiguo imperio español", F. Colom (ed.) *La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Valencia, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 561-596.

Para percibir los cambios entre la primera y segunda mitad de siglo, resulta esclarecedor el planteo de Fabio Wasserman, *Entre Clío y la polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2006; una versión más acotada y centrada en las imágenes sobre la Revolución de Mayo en: "De Funes a Mitre. Representaciones de la revolución de Mayo en la política y la cultura rioplatense (primera mitad del siglo XIX)", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 5, 2001, pp. 57-84.

Para reconstruir la etapa que se abre a partir de la edición definitiva de la *Historia de Belgrano* y una reflexión sobre su impacto: Tulio Halperin Donghi "Treinta años en busca de un rumbo", en: Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo comp. *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 829-840, reeditado luego como "La historiografía argentina del ochenta al centenario", en: *Ensayos de historiografía*, Ediciones El cielo por asalto, Buenos Aires, 1996, pp. 45-56.

Casi todos los estudios anteriores contienen referencias a la relación entre historia e identidad, temática que Elías Palti coloca en una perspectiva comparatista altamente enriquecedora en: "Imaginación histórica e *identidad nacional* en Brasil y Argentina. Un estudio comparativo", en: *Revista Iberoamericana*, vol. LXII, N° 174, enero-marzo, 1996, pp. 47-69.

Para un ejercicio comparativo proporcionan datos de interés: Carlos Real de Azúa, *La orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo, Arca —Instituto nacional del Libro, 1990—, Carlos Zubillaga, *Historia e historiadores en el Uruguay en el Siglo XX*, Librería de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo, 2002, y Edmundo Correas, "Historiadores de Chile", en *Investigaciones y Ensayos*, N° 31, 1981.

Entre los muchos estudios dedicados a analizar los aportes de Mitre y López reviste particular relevancia el ya citado texto de Natalio Botana, *La libertad política y su historia* en el que el análisis de las ideas se conjuga con la reflexión historiográfica. Por su parte, Tulio Halperin Donghi estableció las particularidades de la historia de Mitre frente a la de V. F. López en: "Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina"

en: *Anuario IEHS*, Tandil, N° 11, 1996, pp. 57-69; más recientemente el autor recuperaba algunos de los conceptos allí vertidos esta vez colocándolos en el marco de los estudios sobre la problemática de la nación, en: "Los orígenes de la nación argentina, un tema que retorna", en: *Entrepasados*, N° 20/21, Buenos Aires, 2001, pp. 143-160. Los análisis del Dr. Halperin Donghi están referidos a la *Historia de Belgrano*; la *Historia de San Martín* fue compulsada para verificar el tratamiento que Mitre otorgaba a la figura de Bolívar de cuyo contrapunto con San Martín el historiador extrae interesantes reflexiones: cfr. "La imagen argentina de Bolívar: de Funes a Mitre", en: *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, pp. 111-140.

Una sagaz interpretación política es la aportada por Elías Palti, "La *Historia de Belgrano* de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional", en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani*, Tercera serie, N° 21, 1er. Semestre, 2000, pp. 75-98.

Para atender a algunas particularidades de la historiografía de Mitre no contenida en sus historias de Belgrano y San Martín, resulta relevante la breve comunicación de Eduardo Hourcade, "Del diario al libro". Episodios trágicos de la revolución en la pluma de Mitre", en *Estudios Sociales*, año V, N° 8, 1 semestre de 1995, pp. 161-170.

Sobre las concepciones historiográficas de Vicente Fidel López, uno de los mejores estudios es el de José Luis Romero "Vicente Fidel López y la idea de desarrollo universal de la Historia", publicado originariamente como prólogo a la obra de V. F. López *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos han contribuido a la civilización de la humanidad*, Buenos Aires, Nova, 1943; republicado en *Imágenes y perspectivas y La experiencia argentina*, Buenos Aires, FCE, 1980; Tulio Halperin Donghi "Vicente Fidel López, historiador", en: *Ensayos de historiografía argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, pp. 35-44, (originariamente fue publicado en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, año 1, N° 3, ag-set. de 1956). El libro de Ricardo Piccirilli, *Los López: una dinastía intelectual*, Buenos Aires, Eudeba, 1972, aporta una útil información sobre la vida pública de las tres generaciones de los López —Vicente López y Planes, Vicente Fidel López y Lucio V. López—. Desde el ángulo de la Historia de las ideas existe el texto de Alberto Lettieri, *Vicente Fidel López: la construcción histórico-política de un liberalismo conservador*, Buenos Aires, Biblos, 1995; en tanto que para los aspectos menos explo-

rados de la trayectoria de Vicente Fidel —como economista—, es recomendable la consulta a José Carlos Chiaramonte: *Nacionalismo y liberalismo económicos en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1971.

La figura de Paul Groussac fue revisitada ya por José Luis Romero, "El hombre y la historia en Groussac", en *La experiencia argentina y otros ensayos* (varias ediciones); la centralidad del método fue observada por Ezequiel Gallo, "Paul Groussac: reflexiones sobre el método histórico", en: *Historia*, N° 3, septiembre de 1981 y profundizada en varias elaboraciones entre las que se destacan: Alejandro Eujanian, "Paul Groussac y la crítica historiográfica en el proceso de profesionalización de la disciplina histórica en la Argentina a través de dos debates finiseculares", en: *Estudios Sociales*, N° 9, Santa Fe, segundo semestre de 1995, pp. 37-55, y del mismo autor la "Nota Preliminar" a *Los que pasaban*, Buenos Aires, Aguilar, 2001; Julio Stortini, "Teoría, método y práctica historiográfica en Paul Groussac", en: AA.VV., *Estudios de historiografía argentina* I, Buenos Aires, Biblos, 1997, pp. 5-32, y "La recepción del método histórico en los inicios de la profesionalización de la Historia en la Argentina", en: AA.VV., *Estudios de historiografía argentina II*, Buenos Aires, Biblos, 1999, pp. 75-100. La historia intelectual del estudioso francés que también puede seguirse en el estudio preliminar y selección de textos de Paula Bruno, *Travesías intelectuales de Paul Groussac*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005, y "Paul Groussac y *La Biblioteca* (1896-1898)", en: *Hispamérica. Revista de literatura*, año 32, N° 94, 2003, pp. 87-94.

Sobre los debates historiográficos existen análisis muy dispares; una síntesis eficaz en: Mauricio Tenorio, "Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. El pensamiento historiográfico argentino en el siglo XIX", en *Secuencia*, N° 16, México, enero-abril de 1990, pp. 97-122; el texto de Roberto Madero, *El origen de la historia. Sobre el debate entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, ofrece un enfoque poco convencional respecto de las interpretaciones estabilizadas. El planteo más claro y agudo es el efectuado por Alejandro Eujanian, "Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882", en: *Entrepasados*, N° 16, principios de 1999, y del mismo autor: "El surgimiento de la crítica", en: Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, *Políticas de la Historia. Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003.

Sobre historias regionales/provinciales, buena parte de la producción procede de los miembros de la Academia Nacional de la Historia, comenzando por los últimos tomos de la *Historia de la Nación Argentina* dirigida por Ricardo Levene. Más recientemente, la ya citada obra colectiva, *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1995, T. II, contiene dispares pero útiles capítulos sobre las historiografías regionales/provinciales.

Capítulo 2

Los estudios sobre el positivismo argentino en general son bastante abundantes y se han enriquecido en los últimos años. Trabajos de hace algunos años, útiles todavía aunque desiguales, son el libro de conjunto de Ricaurte Soler, *El positivismo argentino*, Buenos Aires, Paidós, 1968, y la recopilación de artículos Hugo Biagini (comp.) *El movimiento positivista argentino*, Bs. As., Editorial de la Universidad de Belgrano, 1986. Desde luego, siempre pueden encontrarse miradas perspicaces, aunque a veces discutibles, en el antiguo trabajo de Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1983 (primera edición, 1936). Cuadros de conjunto proveen José Luis Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Solar, 1965, y Juan Carlos Torchia Estrada, *La filosofía en la Argentina*, Washington, Unión Panamericana, 1961. Entre las obras más recientes merecen señalarse Carlos Barbé y Mabel Olivieri, "Sociologia, storia sociale e scienza politica in Argentina sino alla crisi del positivismo", en AA.VV., *Sociologia, storia, positivismo*, Milano, Franco Angeli, 1992; Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995 y del mismo autor, "Los intelectuales, las ciencias sociales y el reformismo liberal: Argentina, 1890-1916" en *Desarrollo Económico*, 124, 1992, pp. 545-564. Un importante aporte renovador es brindado por los diferentes trabajos de Oscar Terán, desde *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, hasta, y en especial, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo*, Buenos Aires, FCE, 2000.

En relación con los estudios sectoriales es de mucho interés, con respecto al surgimiento de la sociología, el artículo de Carlos Altamirano, "Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la 'ciencia social' en la Argentina" en Federico Neiburg-Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La construcción del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004. Desigual pero no desprovisto de vistas originales es el conjunto de trabajos reunidos por Horacio González (comp.), *Historia crítica de la sociología argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2000. Puede consultarse también Ramón Leoni Pinto, "La sociología y los historiadores" en AA.VV., *La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico en la Argentina*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1996, T. II, pp. 189-209. En relación con las dimensiones filosóficas, son muy relevantes las partes correspondientes de los libros de Jorge Dotti, *Las vetas del texto. Una lectura filosófica de Alberdi, los positivistas, Juan B. Justo*, Buenos Aires, 1990, y *La letra gótica. Recepción de Kant en Argentina desde el romanticismo hasta el treinta*, Buenos Aires, Filosofía y Letras, UBA, 1992. En relación con los desarrollos de la psicología, debe verse Hugo Vezzetti, *La locura en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1985, y más recientemente la abarcadora tesis de Ana María Talak, *Los primeros desarrollos de la psicología en la Argentina (1896-1919)*, Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2008; con relación a las ciencias jurídicas puede consultarse J. M. Mariluz Urquijo, "El Derecho y los historiadores" en AA.VV., *La Junta de Historia y Numismática...*, cit., T. II, pp. 173-187. Sobre las perspectivas científicas, varios de los valiosos aportes de Marcelo Montserrat han sido reunidos en Id., *Usos de la memoria: razón, ideología e imaginación históricas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996. Con relación a la historiografía, una siempre sugerente visión de conjunto en Tulio Halperin Donghi, "La Historiografía: treinta años en busca de un rumbo" ya citado. Acerca de un problema puntual, la influencia relevante de Hipólito Taine en varios positivistas argentinos se remite a Fernando Devoto, "Taine y los *Origines* de la *France Contemporaine* en dos historiografías (francesa y argentina) finiseculares", ya citado en el capítulo precedente.

En relación con las dimensiones institucionales existen distintos trabajos. Una visión de conjunto para el caso porteño lo brinda el ensayo de Tulio Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA, 1962. Sobre la vida intelectual y académica en la Facultad

de Derecho en el período (y sus límites) es todavía de mucha utilidad, Agustín Pestalardo, *Historia de la enseñanza de las ciencias jurídicas y sociales en la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Imprenta Alsina, 1914, y también Alfredo Colmo, *La cultura jurídica y la Facultad de Derecho*, Buenos Aires, Otero, 1915. Una visión más matizada en Víctor Tau Anzoátegui, "Pensamiento jurídico y acción legislativa" en Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación* Argentina, T. 8, pp. 403-444. Sobre las Facultades de Humanidades y de Filosofía y Letras, Pablo Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires*, ya citado y circunscripto a las carreras de historia, Fernando Devoto, "La enseñanza de la historia argentina y americana. Nivel superior y universitario. Dos estudios de caso", en AA.VV., *La Junta de Historia y Numismática...*, cit., T. II, pp. 387-402. Los dos volúmenes citados contienen abundante información sobre la época desde distintas perspectivas que, aunque desde enfoques mayoritariamente tradicionales, van más allá del movimiento estrechamente historiográfico. Más en general, sobre el campo intelectual argentino, debe verse el pionero y ya clásico trabajo de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997. También perspicaz es David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, CEAL, 1982. La alusión crítica de Rojas, al clima de época, citada en el texto, se encuentra en: Ricardo Rojas, "Noticia Preliminar" a B. Mitre, *Comprobaciones Históricas (Primera Parte)*, Buenos Aires, Librería La Facultad de J. Roldán, 1916, págs. XXXVI-XXXIX.

Un encuadre general del pensamiento argentino en el período se encuentra en Natalio Botana y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera* [1880-1910], Buenos Aires, Ariel, 1997, y en Tulio Halperin Donghi, *Vida y muerte de la República verdadera* (1910-1930), Buenos Aires, Ariel, 2000.

Sobre los distintos autores analizados en el capítulo existe una bibliografía significativa pero dispar según los casos. Datos biográficos sobre la mayoría de los estudiosos analizados, no siempre seguros, se encuentran en Vicente Cutolo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, Buenos Aires, Elche, 1985, 7 v. Sobre José María Ramos Mejía es siempre útil partir del antiguo bosquejo de José Ingenieros, "La personalidad intelectual de José

Ingenieros" publicado en muchos lugares, entre ellos como Prólogo de José M. Ramos Mejía, *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, Buenos Aires, Rosso, 1932, pp. 9-64. Los comentarios de Paul Groussac referidos en el texto aparecieron como Introducción a José M. Ramos Mejía, *La locura en la historia*, Buenos Aires, Lajouanne, 1895. De importancia son las sugerencias del breve ensayo de Tulio Halperin Donghi, "Positivismo historiográfico de José María Ramos Mejía", en *Imago Mundi*, 5, 1954, y del más extenso y reciente de Oscar Terán, "José María Ramos Mejía: uno y la multitud", en Id., *Vida intelectual...*, pp. 83-133. Puede verse también el artículo de Luciano de Privitelio, "*Las multitudes argentinas*. Los límites del análisis positivista en la obra de J. M. Ramos Mejía" en *Cuadernos Americanos*, 56, 1996. Sobre la obra de Ernesto Quesada, hay algunos estudios desde el muy discutible de Antonio J. Pérez Amuchástegui, "El historiador Ernesto Quesada", en G. Ferrari-E. Gallo, op. cit., pág. 841-850 hasta los más interesantes de Pablo Buchbinder, "Los Quesada en Europa, 1873-1874", en *Todo es Historia*, N° 336, junio 1995 y, sobre todo, los de Eduardo Zimmermann, "Ernesto Quesasa, la época de Rosas y el reformismo institucional del cambio de siglo", en F. Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, CEAL, 1993, vol. I y Oscar Terán, "Ernesto Quesada: sociología y modernidad, en Id., *Vida intelectual...*, cit., pp. 207-288. De aparición reciente es un *dossier* sobre la figura de Quesada ("Legados de Ernesto Quesada") del que he podido consultar el sugerente trabajo de Martín Bergel, "Ernesto Quesada o la ciencia como vocación" en *Políticas de la Memoria*, N° 8/9, 2008. Aspectos poco explorados de Quesada en relación con la museística en María Élida Blasco, *Ernesto Quesada y la organización de un museo de historia nacional*, Buenos Aires, 2007, mimeo. Acerca de Juan Agustín García puede partirse de los antiguos trabajos de Ángel Castellán, "Las ideas sociales de Juan Agustín García", en *Boletín del Instituto de Sociología*, 3, 1944, Ricardo Levene, *La realidad histórica y social argentina vista por Juan Agustín García*, Instituto de Historia del Derecho Argentino, Conferencias y Comunicaciones, XII, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1945, y Narciso Binayan, Prólogo a Juan Agustín García, *Obras Completas*, Buenos Aires, Zamora, 1955, I, hasta Víctor Tau Anzoátegui, *El derecho en la visión finisecular de Juan Agustín García*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, 1996, y Fernando Devoto, "Estudio Preliminar"

a Juan Agustín García, *La ciudad indiana, Sobre nuestra incultura y otros escritos*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 2006, pp. 9-48. Acerca de la obra de Rodolfo Rivarola los estudios son más limitados de lo que pudiera suponerse vista la importancia de su figura en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX y un trabajo de conjunto sobre su obra es una tarea pendiente. Un enfoque tradicional en Gerardo Ancarola, *Las ideas políticas de Rodolfo Rivarola*, Buenos Aires, Marymar, 1975. Afortunadamente una de las dimensiones de su obra es indagada en el reciente libro de Darío Roldán (comp.), *Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencia Política y el debate en torno de la República Verdadera*, Buenos Aires, FCE, 2006. El mismo autor ha brindado un persuasivo enfoque de Rivarola, en Darío Roldan, "Rodolfo Rivarola y el *impasse* democrático de la derecha liberal", en *Estudios sociales*, N° 34, 2008, pp. 29-50. Sobre la figura de Carlos Octavio Bunge, abundante información biográfica en Eduardo J. Cárdenas y Carlos Payá, *La Argentina de los hermanos Bunge*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997. Iluminadoras son las observaciones de Enrique Marí, "El marco jurídico" en Hugo Biagini (comp.), op. cit., 1985, pp. 141-209 y las de Oscar Terán, "Carlos Octavio Bunge: entre el científico y el político", en *Prismas*, N° 2, 1998, pp. 95-110.

Acerca de Lucas Ayarragaray se dispone finalmente de un buen cuadro de conjunto en la interesante tesis de doctorado de Gabriel A. Kozel, *La Argentina como desilusión. Contribución a una idea del fracaso argentino (1900-1955)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.

Los dos estudiosos que han concitado mayor atención han sido Juan Álvarez y José Ingenieros. El primero despertó y despierta mucho interés y a su figura le dedicaron atención, desde historiadores de la Nueva Escuela Histórica como Leoncio Gianello, "Labor historiográfica de Juan Álvarez", en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 28, 1967, pp. 536-564, y Horacio Cuccorese, *Historia crítica de la Historiografía socioeconómica argentina del siglo XX*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 1975, a estudiosos de izquierda como Sergio Bagú en su estudio preliminar a Juan Álvarez, *Las guerras civiles argentinas*. Buenos Aires: EUDEBA, 1966 y Alberto J. Plá, a historiadores renovadores como Tulio Halperin Donghi, "Juan Álvarez, historiador", en *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1996, pp. 67-71 y Roberto Cortés Conde, "Estudio preliminar" Juan Álvarez, *Las guerras civiles argentinas y el proble-*

ma de Buenos Aires en la República. Buenos Aires, Ed. Taurus, pp. 9-30. Un balance reciente que enfoca distintos aspectos de Juan Álvarez, su padre y su hermano en Élida Sonzogni y Gabriela Dalla Corte (comp.), *Intelectuales rosarinos entre dos siglos. Clemente, Serafín y Juan Álvarez. Identidad local y esfera pública*, Rosario, Pro Historia, 2000. La obra de James Thorold Rogers tan influyente sobre Álvarez es *Sentido Económico de la Historia*, Madrid, La España Moderna, 1905 (se agradece a Manuel Fernández López que facilitó un ejemplar de la misma). Igualmente abundante es la producción sobre José Ingenieros. De esa extensa literatura pueden recordarse los trabajos clásicos de Aníbal Ponce, *José Ingenieros: su vida y su obra*, Héctor Agosti, *Ingenieros, ciudadano de la juventud*, Buenos Aires, Futuro, 1945, y Sergio Bagú, *Vida de José Ingenieros*, Buenos Aires, EUDEBA, 1963. Un punto de giro en las interpretaciones sobre Ingenieros lo constituyen los trabajos de Oscar Terán, *José Ingenieros: antiimperialismo y nación*, México, Siglo XXI, 1979, y "José Ingenieros o la voluntad de saber", en Id., *En busca de la ideología argentina*, ya citada, pp. 51-84. Un análisis de interés de una etapa de Ingenieros en Luis Rossi, "Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 a 1925: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina" en *Revista de Filosofía. Cultura-Ciencias-Educación*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1999. Originales reflexiones sobre Ingenieros y la historiografía en Ricardo Pasolini, "Crítica erudita y exaltación antifascista. Acerca de la obra de José Ingenieros 'historiador'" en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 11, 2007, pp. 87-111.

Capítulo 3

Entre los autores que se ocuparon de la Nueva Escuela Histórica, un primer conjunto procede de las propias filas de la tradición; entre ellos es ya un clásico en de Rómulo Carbia *Historia crítica de la Historiografía Argentina*, ya citado y el artículo de Ricardo Caillet-Bois, "La Historiografía", en: Rafael Arrieta, *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Peuser, T. 6, 1960; ambos resultan de utilidad para percibir las clasificaciones que los propios miembros de la tradición realizaban al interior de la misma. En similar sentido pero particularmente orientado a la problemática de las genealogías, resulta de interés el texto de Gustavo Prado "La

historiografía argentina del siglo XIX en la mirada de R. Carbia y R. Levene: problemas y circunstancias de la construcción de una tradición. 1907-1948", ya citado, pp. 9-36.

Desde una mirada más amplia orientada a colocar a la Nueva Escuela Histórica en el contexto de la historiografía argentina, pueden consultarse el trabajo pionero de Horacio Cuccorese, *Historia crítica de la historiografía socioeconómica argentina en el siglo XX*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1975; Tulio Halperin Donghi "Un cuarto de siglo de historiografía argentina", en: *Desarrollo Económico*, N° 100, 1985; Jorge Myers, "Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955", en: Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comp.), *Intelectuales y expertos*, ya citado, pp. 67-88. El segundo de estos estudios contiene interesantes argumentos que permiten explicar la continuidad de la tradición y planteó ideas sugerentes desde una perspectiva crítica, en tanto que en el tercero se construye un interesantísimo cuadro desde los orígenes de la tradición hasta los años '30. También desde una mirada institucional: AA.VV., *La Junta de Historia y Numismática americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1995, particularmente para la NEH, véase el artículo de María C. Pompert de Valenzuela "La Nueva Escuela Histórica: una empresa renovadora", pp. 219-235.

Por su parte, Alejandro Cattaruzza problematizó las estabilizaciones historiográficas sobre la tradición en: "La historia y la ambigua profesión de historiador en la Argentina de entreguerras", en: Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, *Políticas de la Historia. Argentina 1860-1960"*, Buenos Aires, Alianza, 2003, pp. 103-143; el mismo autor ha trazado un estimulante panorama de la década del '30 articulando la historia con la política en: "Descifrando pasados: debates y representaciones de la historia nacional", en Alejandro Cattaruzza (dir.), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política*, Tomo VII de la *Nueva Historia Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

Dentro de la larga trayectoria de la tradición, los períodos más trabajados fueron los de sus inicios; en tal sentido resulta de interés el planteo de Fernando Devoto, "Entre ciencia, pedagogía patriótica y mito de los orígenes. El momento de surgimiento de la historiografía profesional argentina", en: *Estudios de historiografía argentina (II)*, Buenos Aires, Biblos,

1999, pp. 11-36, en el que se analiza la tensión entre historia científica e historia nacional; el texto de José Carlos Chiaramonte, "En torno a los orígenes del revisionismo histórico argentino", en: Ana Frega y Adriana Islas (coords.), *Nuevas miradas en torno del artiguismo*, Depto. de Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 2001, pp. 29-61, es fundamental para entender la actitud revisionista propiciada desde la historia constitucional argentina. Para una síntesis del surgimiento de la NEH hasta los años '30: Nora Pagano, "La emergencia de un campo historiográfico". En: *Espacios*, Facultad de Filosofía y Letras. UBA, N° 19-20, nov.-dic. de 1996, pp. 72-76.

Para el clima de ideas en época de los comienzos de la tradición, contamos con los notables aportes de: Jorge Dotti, "Las hermanas enemigas. Ciencia y ética en el positivismo del Centenario", en *Las vetas del texto. Una lectura filosófica de Alberdi, los positivistas, Juan B. Justo*, y los artículos de la compilación de Darío Roldán (comp.), *Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno de la república verdadera*, ya citados, artículos que ilustran las reflexiones de los intelectuales vinculados con el reformismo liberal. La reacción antipositivista fue abordada en: Luis A. Rossi "José Ingenieros: el idealismo y la crisis del positivismo en la Argentina", ya citado; por su parte, Alejandro Eujanian trabajó un tema escasamente explorado de manera sistemática: "El novecentismo argentino: reformismo y decadentismo. La revista *Cuaderno del Colegio Novecentista 1917-1919*", en: *Estudios Sociales*, N° 21, año XI, 2° semestre 2001, pp. 86-103.

En el apartado bibliográfico del capítulo 1 ya se indicaron algunos estudios que remiten a la difusión de la metodología histórica y de las polémicas historiográficas en torno al método; puntualmente para el debate de Groussac con la NEH: Alejandro Eujanian, "Paul Groussac y la crítica historiográfica en el proceso de profesionalización de la disciplina histórica en la Argentina a través de dos debates finiseculares", en: *Estudios Sociales*, N° 9, Santa Fe, segundo semestre de 1995; Julio Stortini "Teoría, método y práctica historiográfica en Paul Groussac", en: AA.VV., *Estudios de historiografía I*, Buenos Aires, Biblos, 1997 y del mismo autor "La recepción del método histórico en los inicios de la profesionalización de la historia en la Argentina", en: *Estudios de historiografía argentina (II)*, Buenos

Aires, Biblos, 1999; Paula Bruno, *Paul Groussac. Un estratega intelectual*, ya citado. En el artículo de Nora Pagano y Martha Rodríguez, "Las polémicas historiográficas en el marco de profesionalización de la disciplina en Argentina", en: *Estudios Sociales*, N° 17, 1999, pp. 35-48, se reconstruyen además las polémicas no sólo con los estudiosos precedentes como Mitre, López o Groussac sino las que tuvieron lugar entre los miembros de la Nueva Escuela Histórica.

Los estudios dedicados a la NEH decrecen considerablemente para la etapa que se abre con el peronismo; en este caso contamos con abordajes centrados en itinerarios individuales desde los cuales se analizaba una época como los realizados por Martha Rodríguez, "Cultura y educación bajo el primer peronismo. El derrotero académico institucional de R. Levene", y Nora Pagano "Olvidar y recordar una historia de vida. El sujeto y las comunidades interpretativas. El caso de Diego L. Molinari", ambos en *La historiografía rioplatense en la posguerra*, Buenos Aires, La Colmena, 2001, pp. 39-64 y 67-90 respectivamente. Respecto de la etapa posperonista, los estudios disponibles destacaron la presencia de la NEH en el mapa universitario; en tal sentido resulta muy productiva la lectura de dos artículos de la compilación *La historiografía argentina en el siglo XX (II)*, Buenos Aires, CEAL, 1994 (reedición en Editores de América Latina, Buenos Aires, 2006), el de Fernando Devoto "Los estudios históricos en la Facultad de Filosofía y Letras entre dos crisis institucionales", pp. 50-68 y el de Noemí Girbal de Blacha "La Facultad de Humanidades de La Plata y su producción historiográfica entre la 'Revolución Libertadora' y la 'Revolución Argentina', pp. 69-90. En el primero se explora el lugar de NEH en el contexto de la renovación historiográfica de los '60 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en tanto que el segundo refleja con elocuencia las tensiones entre sectores de la NEH platense con los renovadores.

Para la misma coyuntura mirada esta vez desde la emergencia de formulaciones historiográficas, procedentes de intelectuales cercanos al frondizismo, pueden consultarse: Martha Rodríguez, "La historia y los historiadores en los '60. Roberto Etchepareborda "Cómo superar la antítesis revisionismo/ liberalismo", en: Devoto F. y N. Pagano (comps.) *La historiografía académica y la historiografía militante en la Argentina y Uruguay*, Biblos, 2004, pp.25-29; Fernando Devoto, "Escribir la historia argentina: en tor-

no a tres enfoques recientes del pasado nacional", en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana E. Ravignani*, tercera serie, N° 11, primer semestre 1995.

En lo concerniente a la institucionalización como dispositivo central en la emergencia y consolidación de la NEH, además de algunos textos ya citados, resultan pertinentes el cuadro general trazado en: Tulio Halperin Donghi *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962; desde una perspectiva monográfica sugerimos el estudio de Pablo Buchbinder *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, Eudeba, 1997. El artículo de Fernando Devoto, "La enseñanza de la historia Argentina y Americana. Nivel Superior y Universitario. Dos estudios de caso", en AA.VV., *La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico argentino*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, T. II, 1997, pp. 388-402, proporciona un modelo comparativo entre dos de los centros universitarios —Buenos Aires y La Plata—, en los que se implantó la NEH. También desde un esquema institucionalista de corte comparativo: Nora Pagano y Miguel Galante "La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional del Centenario a la década del '40", en: Fernando Devoto (comp.) *La historiografía argentina en el siglo XX (I)*, ya citado pp. 45-78.

Para profundizar en el desarrollo de cada una de las vertientes que conforman la tradición se sugiere la consulta del ya citado volumen colectivo *La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico argentino*, en especial las contribuciones de María Amalia Duarte, "La Escuela Histórica de La Plata", pp. 272-294; Aurora Ravina, "Nuevos proyectos, nuevos miembros, nuevos tiempos. E. Peña (1911-1915) y José Marcó del Pont- Antonio Dellepiane (1915-1919), pp. 61-90, y las de Noemí Girbal de Blacha, "La aproximación al cambio, el dinamismo interno y la transición hacia la apertura intelectual". Ramón J. Cárcano (1919-1923) y Martiniano Leguizamón (1923-1927), pp. 95-119 y "Renovación y proyección institucional de la Junta" R. Levene (1927-1931/1934-1938) y la gestión Ramón J. Cárcano, Carlos Correa Luna (1931-1934)", pp. 123-163. Sobre el Instituto de Investigaciones Históricas, María C. Pompert de Valenzuela " "El Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de La Universidad de Buenos Aires", en: *La Junta de Historia y Numismática...*, pp. 251-269; por su parte, el ensayo de Nora

Pagano, "Las actividades académicas vinculadas con la Historia a través del *Boletín* del Instituto de Investigaciones Históricas", en: *Estudios de Historiografía Argentina I*, Buenos Aires, Biblos, 1997, pp. 55-79, procuró reflejar la dinámica contenida en el *Boletín* de dicha institución.

Otro grupo de estudios aborda el funcionamiento de instituciones hasta entonces poco exploradas pero relacionadas con la NEH en la medida en que sus miembros participaron de ellas; así, resulta muy ilustrativo el trabajo de Federico Neiburg, "Élites sociales y élites intelectuales: El Colegio Libre de Estudios Superiores (1930-1961)", en: *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998; María Silvia Leoni de Rosciani, "La Sociedad de Historia Argentina", en: AA.VV., *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1995, pp. 318-327 y Alejandro Cattaruzza, "Instituciones historiográficas y campo intelectual en la Argentina de los años treinta"; en: *VI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Neuquén, 1997.

Los aportes historiográficos de la NEH fueron analizados asimismo desde el estudio de las trayectorias individuales de sus integrantes; en algunos casos se trata de homenajes —como los que en general realiza la Academia Nacional de la Historia hacia sus miembros— que consignan información útil para conocer los desempeños públicos de éstos, cfr. *Catálogo analítico de las publicaciones de la Academia Nacional de la Historia: 1903-1986*, Buenos Aires, 1987. En otros casos se procura vincular al historiador con su época como en los siguientes textos: Pablo Buchbinder, "Emilio Ravignani: la historia, la nación y las provincias", en F. Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, ya citado T. 1, pp. 79-112; Nora Pagano, "Un intelectual entre la academia y la política. Diego Luis Molinari", en: *Estudios de Historiografía*, N° 2, 1999, pp. 67-90, y "Un historiador argentino en la década del treinta. El caso de Diego Luis Molinari", en: *Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires*, 1999; Martha Rodríguez, "Los historiadores, el patrimonio y la memoria. La gestión de Ricardo Levene en el Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires durante el peronismo", en *Academia Nacional de la Historia*, 2001; Guillermo Furlong, *José Torre Revello. A self made man*, Buenos Aires, Universidad del Salvador, 1968.

En lo que atañe a los desempeños políticos de algunos miembros de

la NEH: Andrés Bisso, "La recepción de la tradición liberal por parte del antifascismo argentino", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe.*, vol. 12, N° 2, 2001, y del mismo autor: "De Acción Argentina a la Unión a la Unión Democrática: el civismo antifascista como prédica política y estrategia partidaria del Socialismo Argentino (1940-1946)", en: *Prismas*, N° 6, 2002; Diana Quattrocchi Woisson, *Los males de la memoria*, Buenos Aires, Emecé, 1995.

Sobre la dinámica historiográfica en la cual insertar la labor de la Nueva Escuela Histórica, resulta de interés y utilidad las *Carpetas de recortes* existentes en el Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani y en el Archivo Ricardo Levene.

Capítulo 4

La bibliografía sobre la tradición revisionista y sus cultores es, a la vez, extensa y acotada. En esa tradición del revisionismo histórico se combinaban con suma frecuencia la historia y la política, esta última dimensión ha ocupado más espacio de indagación que la primera. En este sentido, disponemos de muchos trabajos sobre el nacionalismo argentino (y sobre el catolicismo en sus vertientes integristas) con la que estuvo intensamente vinculada y sobre los intensos debates de ideas en los que sus integrantes estuvieron involucrados. Una enumeración en este sentido debería aludir a obras como las de Tulio Halperin Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, If., *La república imposible*, Buenos Aires, Ariel, 2003, y de José Luis Romero, *Las ideas políticas en la Argentina*, México, FCE, 1975 y *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, ya citado, los trabajos de Carlos Altamirano y Silvia Sigal incluidos en Juan Carlos Torre (ed.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002 y Alberto Ciria, *Política y cultura popular. La Argentina peronista*, Buenos Aires, Ed. de la Flor, 1983. Una epocal visión alternativa en Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Hachea, 1960. Más ingeniosos, desde una perspectiva crítica a la tradición liberal e incluso a sectores del nacionalismo son los trabajos de Arturo Jauretche, del que citamos aquí: *Los profetas del odio y la yapa*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1973.

Desde luego que al elegir una cronología larga para este capítulo son de utilidad también las obras de Natalio Botana y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)* y T. Halperin Donghi, *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)* ya citados, María Inés Tato, *Viento de fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, y para el peronismo y el posperonismo, en especial, Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas*, Buenos Aires, Ariel, 2001, y del mismo *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2001.

Si bien la mayoría de los revisionistas desarrollaron su tarea fundamentalmente fuera de las instituciones académicas, no dejaron en algunos casos, como vimos, de ocupar posiciones en los ámbitos de la educación superior. Referencias a esos intentos, en el cuadro general de los vaivenes de las instituciones académicas en Tulio Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires* y Pablo Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, ya citados y Carlos Mangone y Jorge Warley, *Universidad y peronismo*, Buenos Aires, CEAL, 1994.

Los trabajos sobre el nacionalismo argentino son más abundantes que los dedicados a cualquier otra corriente argentina en el siglo XX. De esa extensa nómina (que cubre mucho mejor el período anterior al advenimiento del peronismo que el posterior a él) merecen señalarse aquí: el cuadro de conjunto de C. Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, y, pese a su carácter desigual, también el de David Rock, *La Argentina autoritaria*, Buenos Aires, Ariel, 1993. Véanse asimismo, para el período anterior a 1932, María I. Barbero y Fernando Devoto, *Los nacionalistas*, Bs. As., CEAL, 1983 y Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, ya citado. Discutibles pero no desprovistos de interés son los trabajos de Sandra S. McGee Deutsch, *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932: The Argentine Patriotic League*, Lincoln, University of Nebraska Press, Id. "The Argentine Right and the Jews", en *Journal of Latin American Studies*, 18, 1986. Una apreciación semejante puede realizársele a Sandra MacGee Deutsch y Ronald Dolkart (eds.), *The Argentine Right*, Scholary Resources, Willmington, 1993. Los pioneros estudios de Oscar Troncoso, *Los nacionalistas argentinos*, Buenos Aires, SAGA, 1957, Marysa Navarro Gerassi, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968, y Carlos Payá y Eduardo

Cárdenas, *El primer nacionalismo argentino*, Bs. As., Peña Lillo, 1978, tienen todavía aspectos de interés; muy envejecido, en cambio, J. J. Kennedy, *Catholicism, Nationalism and Democracy in Argentina*, Notre Dame, University of Note Dame Press, 1958. Entre otras obras puede verse también el balance de Carlos Floria, *Pasiones nacionalistas*, Buenos Aires, FCE, 1998, y de Elena Piñero, *La tradición nacionalista ante el peronismo*, Buenos Aires, A-Z Editora, 1997, y, entre las más recientes, el documentado libro de Daniel Lvovich, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara, 2003. Una perspectiva comparada en José L. Bendicho Beired, *Sob o signo da nova orden. Inteletuais autoritarios no Brasil e na Argentina*, San Pablo, Edições Loyola, 1999. Sobre una figura tan influyente como Maeztu, véase Pablo González Cuevas, *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons, 2003; y sobre su rol en la Argentina, Enrique Zuleta Álvarez, "Maeztu en Buenos Aires", en *Razón Española*, N° 83, 1997, pp. 319-325.

Desde la perspectiva del mismo nacionalismo, son imprescindibles el exhaustivo trabajo de Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975, 2 vol., y la recopilación de documentos con comentarios de Julio Irazusta, *El pensamiento político nacionalista*, Buenos Aires, Obligado, 1975, 3 vol. El mismo Zuleta Álvarez ha dedicado numerosos artículos a distintos problemas vinculados con el nacionalismo, por ejemplo, "España y el nacionalismo argentino", en *Cuadernos del Sur*, N° 23-24, 1990-1991. Siempre útil como fuente es el inagotable libro de. Carlos Ibarguren, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Dictio, 1977, y menos perspicaz pero revelador el de Federico Ibarguren, *Orígenes del nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Celcius, 1969.

Sobre los católicos, la bibliografía se ha ampliado mucho en los últimos años. Con énfasis quizás excesivo en los sectores tradicionalistas, es bien útil el libro de Loris Zanatta, *Del estado liberal a la nación católica*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996. Equilibrados son los enfoques de Lila Caimari, *Perón y la Iglesia Católica*, Buenos Aires, Ariel, 1994, y Susana Bianchi, *Catolicismo y peronismo*, Buenos Aires, IEHS, 2001.

Todo los libros hasta aquí aludidos, aunque en sus páginas aparezcan a menudo actuando políticamente muchos de los autores estudiados en este capítulo, enfocan parcial y a veces muy tangencialmente al revisionismo y, en general, cuando éste es referido, no abundan las consideraciones de sus dimensiones propiamente historiográficas. Sobre ellas existe otro con-

junto de estudios bastante menos nutrido. Tulio Halperin Donghi le ha dedicado dos breves libros, *El revisionismo histórico argentino*, Bs.As., Siglo XXI, 1970 (de enorme interés) y la recopilación *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, y varias alusiones en "La historiografía argentina en la hora de la libertad", en Id., *Argentina en el callejón*, Buenos Aires, Ariel, 1995, pp. 17-27 (la edición original en *Sur* es de 1955. El mejor cuadro de conjunto de la historiografía revisionista sigue siendo el bastante equilibrado libro de Diana Quattrocchi Woisson, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995. La misma autora ha escrito diversos artículos, anteriores o posteriores a su tesis. Pueden señalarse aquí "Historia y Contra-historia en Argentina, 1916-1930", en *Cuadernos de Historia Regional*, 9, 1987, pp. 34-60 y "El revisionismo de los años 30 y 40. Rosistas y revisionistas: ¿los rivales de la historia académica?", en AA.VV., *La Junta de Historia y numismática...*, cit., I, pp. 295-316. Una aproximación muy original se encuentra en José Carlos Chiaramonte, "En torno a los orígenes del revisionismo histórico argentino", ya citado.

Una reconsideración del revisionismo con especial atención a las relaciones con el peronismo la brinda Alejando Cattaruzza, "El revisionismo. Itinerario de cuatro décadas", en Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, *Políticas de la historia argentina (1860-1960)*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 2003, pp. 143-182. Véanse también las imaginativas páginas que le dedica a la misma cuestión Horacio González, *Perón. Reflejos de una vida*, Buenos Aires, Colihue, 2007, pp. 292-304.

Distintos estudios bien significativos y exhaustivos sobre diferentes aspectos del revisionismo, en especial el Instituto Juan Manuel de Rosas, ha brindado Julio Stortini, por ejemplo "Polémicas y crisis en el revisionismo argentino: el caso del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas", en F. Devoto-N. Pagano (eds.), *La Historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, Id., "Historia y política. Producción y propaganda revisionista durante el primer peronismo", en *Prohistoria*, N° 8, 2004 e e Id., "Los orígenes de una empresa historiográfica: el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas", en la segunda edición aumentada de Fernando Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Editores de América Latina, 2007. Aproximaciones del revisionismo a con-

traluz del clima post 1955 en AA.VV., *El revisionismo histórico socialista*, Buenos Aires, Ed. Octubre, 1974, Fernando Devoto, "Reflexiones en torno a la izquierda nacional y la historiografía", en F. Devoto-N. Pagano, op. cit. y Michael Goebel, "Los modelos históricos de la 'Argentina real': la iconografía del nacionalismo y del populismo, 1955-1973", en *Revue Histoire (s) de l'Amérique latine*, vol. 1, 2005.

En el marco de estudios más generales se refiere a la historiografía revisionista el limitado libro de Miguel Ángel Scenna, *Los que escribieron nuestra historia*, Buenos Aires, La Bastilla, 1976. Sobre varios de los autores analizados en el capítulo brindan información Aurora Ravinas y Noemí Girbal-Blacha, en sus capítulos en *La Junta de Historia y Numismática*, cit., I, pp. 23-168. Por otra parte, mucho interés ha suscitado la polémica sobre Rosas y en ese contexto han sido considerados los autores revisionistas o el mismo revisionismo. Véase, por ejemplo, el libro pionero de Clifton Kroeber, *Rosas y la revisión de la historia argentina*, Buenos Aires, Fondo Editor, 1964, el ponderado estudio de Roberto Etchepareborda, *Rosas, controvertida historiografía*, Buenos Aires, Pleamar, 1972, y el precedente de Hebe Clementi, *Rosas en la historia nacional*, Buenos Aires, La Pléyade, 1970.

Encuadres más amplios con perspectivas comparativas brindan el libro de Carlos Rama, *Nacionalismo e historiografía en América Latina*, Madrid, Tecnos, 1981, Laura Reali, "Entre historia y memoria: la producción de Luis A. de Herrera en los orígenes de un relato revisionista sobre la guerra del Paraguay", *Nuevos Mundos/Mundos Nuevos* 2006 y sobre todo el agudo ensayo de Carlos Real de Azúa, "El Uruguay como reflexión", en *Capítulo Oriental*, N° 36 y 37, Montevideo, CEAL, 1968-1969.

En el conjunto de reflexiones sobre el revisionismo es bastante magro el aporte de los miembros de esa corriente, en especial de los autores contemporáneos sobre los autores mayores de ella, en contraste con lo que ocurre por ejemplo en Francia con las figuras de la Acción Francesa. Las contribuciones historiográficas (con excepciones en especial de los estudiosos mendocinos) remiten casi siempre al género polémico, aplicado en este caso a otros miembros de la corriente sobre todo en los álgidos años '60. Ejemplos de ello son los trabajos de Pedro de Paoli, *El revisionismo histórico y las desviaciones del Dr. José María Rosa*, Buenos Aires, Teoría, 1965, Elías Jiménez Vega, *Cartas a un joven rosista*, Buenos Aires, Luis Laserre, 1970, o Fermín Chávez, *El revisionismo y las montoneras*, Buenos Aires, Teoría, 1966. Más abarcador en

sus críticas e implicancias es el esquema de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde, *Las guerras civiles argentinas y la historiografía*, Buenos Aires, Sudestada, 1967. Muy general (apenas presta algo de atención a Mitre, López y Saldías) es el trabajo de José María Rosa, "Historia del revisionismo", en Id., *Historia del revisionismo y otros ensayos*, Buenos Aires, Merlín, 1968. Un breve e interesante balance, no exento de críticas en Arturo Juaretche, *Política Nacional y Revisionismo Histórico*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959.

Sobre los autores explorados en este capítulo, la bibliografía es muy desigual en cantidad y calidad. Sobre Adolfo Saldías falta una obra de conjunto en profundidad aunque algunos autores revisionistas se ocuparon de él, por ejemplo Jose María Rosa (h.), "Adolfo Saldías y la génesis de la *Historia de la Confederación Argentina* en *Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas*", N° 22, 1960. Muy sugerente es el estudio que le dedicó Julio Irazusta, "Adolfo Saldías. Revalorización del federalismo por descendientes de unitarios", en Id., *Ensayos históricos*, Buenos Aires, EUDEBA, 1973, pp. 209-227 (la primera edición del mismo es de 1952). Sobre Ernesto Quesada se remite a las referencias del capítulo 2 y sobre David Peña a Jorge Mayer, "Prólogo" a David Peña, *Juan Facundo Quiroga*, Buenos Aires, EUDEBA, 1968, pp. 9-21. Sobre Luis Alberto de Herrera la bibliografía es extensísima. Baste recordar aquí la reciente tesis de Laura Reali, "Représentations du passé et discours politiques en Uruguay dans la première moitié du XXe siècle", Tesis de Doctorado, EHESS, 2005, centrada en la figura de Herrera en la encrucijada entre historia y política. Sobre Carlos Ibarguren existe el trabajo de enfoque tradicional de Marta M. M. Huertas, *Carlos Ibarguren. Su producción historiográfica*, Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, 1996. De mayor interés es el artículo de Milagros Gallardo, "Aproximación al concepto histórico de Carlos Ibarguren a través de su correspondencia y otros escritos", en *Revista Diálogos*, 2003.

De los historiadores de la década del '30 el autor más y mejor estudiado es, sin dudas, Julio Irazusta. Al respecto, pueden señalarse los libros de J. F. Segovia, *Julio Irazusta. Conservatismo y nacionalismo*, Mendoza, EDIUM, 1992, Enrique Zuleta Álvarez, Mario. G. Saraví y Enrique Díaz Araujo, *Homenaje a Julio Irazusta*, Mendoza, 1984, Noriko. Mutsuki, *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Biblos, 2004. Véase también Enrique Zuleta Álvarez, "España en la obra de Irazusta", en *Razón Española*, N° 63, 1994 y Fernando Devoto, "Para un retrato de Julio

Irazusta", en *La Biblioteca*, a. 1, N° 1 (nueva serie), 2005. El mismo Julio Irazusta dejó dos reflexiones autobiográficas de interés: *Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)*, Buenos Aires, Ed. Culturales Argentinas, 1975, y *De la crítica literaria a la historia, a través de la política*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1971. Sobre Rodolfo Irazusta, existe un volumen de homenaje que recoge testimonios de muy variado interés: AA.VV., *Rodolfo Irazusta, 1897-1967. Testimonios*, Buenos Aires, Huemul, 1980.

Aunque ha recibido abundante atención en las obras generales sobre el nacionalismo, los estudios sobre Ernesto Palacio, quien por otra parte dejó unas *Memorias* todavía inéditas, son casi inexistentes. Una excepción es Inés Sanjurjo de Driollet, "Política e Historia en la obra de Ernesto Palacio", *Investigaciones y Ensayos*, 51, 2001, pp. 201-232. Sobre Raúl Scalabrini Ortiz sigue siendo imprescindible Norberto Galasso, *Vida de Scalabrini Ortiz*, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce, 1970. Del mismo Galasso véase también *Ramón Doll. Socialismo o Fascismo*, Buenos Aires, CEAL, 1989, de lo muy poco específicamente dedicado al polemista.

Sobre José María Rosa (h.) se dispone ahora del libro de Enrique Manson, *José María Rosa. El historiador del pueblo*, Buenos Aires, Ciccus, 2008. Es además útil detenerse en algunos de los numerosos reportajes que concedió. El más completo es el de Pablo Hernández, *Conversaciones con José María Rosa*, Buenos Aires, Colihue, 1978. Aspectos interesantes contiene también la entrevista realizada por Tomás Saraví, "Reportajes Biográficos: José María Rosa", en *Envido*, N° 2, 1970, pp. 40-51. También los reportajes son la vía disponible para la figura de Fermín Chávez, entre ellos se destaca el que le realizara Jorge B. Rivera en la revista *Crisis*, N° 25, mayo 1975, pp. 40-47.

Capítulo 5

La historia de la historiografía de las izquierdas en Argentina es un campo de indagación todavía escasamente abordado.

Sin ser estrictamente historiográficos, varios análisis concebidos desde la historia intelectual y el análisis de la cultura política son útiles para contextualizar la producción historiográfica de las izquierdas en distintas coyunturas. Así por ejemplo para fines del siglo XIX pueden consultarse Jorge Dotti, *Las vetas del texto. Una lectura filosófica de Alberdi, los positivistas,*

Juan B. Justo, ya citado; J. Aricó, *La hipótesis de Justo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999; Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, citado para el mundo de entreguerras resultan de interés los textos de Ricardo Pasolini, "El nacimiento de una sensibilidad política. Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina: Entre la AIAPE y el Congreso Argentino de la Cultura, 1935-1955", en: *Desarrollo Económico*, vol. 45, N° 179, Buenos Aires, oct.-dic. 2005; Andrés Bisso, "La recepción de la tradición liberal por parte del antifascismo argentino", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 12, N° 2, 2001, el mismo autor elaboró la selección documental y el estudio preliminar de *El antifascismo argentino*, Buenos Aires, Buenos Libros-CeDInCI, 2007; "La Unión Democrática y los usos del antifacismo. Las utilidades políticas de un discurso sociocultural". En: *Cuadernos del CISH*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, Centro de Investigaciones Socio-Históricas, año 4, N° 5, Primer Semestre de 1999, y "De Acción Argentina a la Unión a la Unión Democrática: el civismo antifascista como prédica política y estrategia partidaria del Socialismo Argentino (1940-1946)", en: *Prismas*, N° 6, 2002; Osvaldo Graciano, "Intelectuales, ciencia y política en la Argentina. Argentina neoconservadora. La experiencia de los universitarios socialistas", en: *Estudios interdisciplinarios de América latina y el Caribe*, vol. 14, N° 2, jul.-dic. 2003.

Para el peronismo y posperonismo: Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001; Estela Spinelli "El proyecto desarrollista como intento de superación del conflicto peronismo-antiperonismo (1955-1958): crecimiento y endeudamiento" en: *Jornadas de la Asociación de Historia Económica Argentina*, Tucumán, 2000; María Cristina Tortti, "Debates y rupturas en los partidos comunista y socialista durante el frondizismo", en *Prismas* N° 6, Universidad Nacional de Quilmes, 2002. De esta última autora pero para una etapa más tardía: "Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional" en: Pucciareli (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999 e "Izquierda y nueva izquierda en la Argentina: el caso del Partido Comunista", *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, Universidad Nacional de La Plata, N° 6, 2° semestre de 1999; "Las divisiones del Partido Socialista y los orí-

genes de la Nueva Izquierda argentina", en: H. Camarero y C. M. Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*, Prometeo, Buenos Aires, 2005. Para los años '60 son clásicos los estudios de Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Héctor Leis, *Intelectuales y política, 1966-1973*. Buenos Aires, CEAL, 1991; Ana Barletta, "Una izquierda peronista universitaria. Entre la demanda académica y la demanda política, 1968-1973", en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, N° 6, 2000. Aunque no se refieren estrictamente al campo historiográfico, los textos de Germán Gil, *La izquierda peronista (1955-1974)*, Buenos Aires CEAL, 1989, y de Alicia Rojo, "Los trotskistas argentinos frente a la Segunda Guerra Mundial", *Cuadernos del CEIP*, N° 2, agosto de 2001, y de la misma autora "El trotskismo argentino y los orígenes del peronismo", en: *Cuadernos del CEIP*, N° 3, agosto 2002, resultan de interés.

Sobre la vinculación de los intelectuales de izquierda con sus respectivas agrupaciones políticas: Daniel Campione, "Los comunistas argentinos. Bases para la reconstrucción de su historia", en: *Periferias*, N° 1, segundo semestre de 1996; Osvaldo Coggiola: *Historia del trotskismo argentino (1929-1960)*, Buenos Aires, CEAL, 1985.

Un grupo significativo de estudios se refieren a la difusión y recepción del marxismo en el contexto latinoamericano argentino; entre ellos el inteligente análisis de José Carlos Chiaramonte, *Formas de economía y sociedad en Hispanoamérica*, México, Grijalbo, 1983, y los clásicos textos de José Aricó, *Marx y América Latina*, Catálogos, Buenos Aires, 1982; Id., *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Puntosur, Buenos Aires, 1988. Más recientemente: Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007. Un cuadro amplio en: Néstor Kohan, *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, Buenos Aires, Biblos, 2000.

Las publicaciones periódicas han sido objeto de interesantes estudios como los que afrontaron el análisis de las revistas vinculadas al PC: Jorge Cernadas, "La "vieja izquierda" en la encrucijada: *Cuadernos de cultura* y la política cultural del Partido Comunista Argentino (1955-1963)" en: *X^a Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005. Las publicaciones comunistas han sido abordadas desde

un punto de vista comparativo en: Nora Pagano, "Textos, traductores y traducciones. Comunistas y ex comunistas argentinos (1950-1970)", en: *Hablemos de Historia*, Universidad Autónoma de Entre Ríos, Instituto de Investigaciones Históricas de Entre Ríos, 2003.

Otros trabajos afrontaron la experiencia de "Pasado y Presente": Alicia Rubio, "Crisis y creación. Apuntes para una historia de la revista *Pasado y Presente*" en *Estudios. Revista del Centro de Estudios Avanzados*, Universidad Nacional de Córdoba, número 5, enero/junio de 1995; Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de* Pasado y Presente, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; Horacio Crespo, "Córdoba, Pasado y Presente y la obra de José Aricó: una guía de aproximación en *Pasado y Presente* (1963-1965) 1973, Estudio preliminar a la ed. facsimilar en CD; *Entrevistas*, Córdoba, Centro de Estudios Avanzados Universidad Nacional de Córdoba, 1999; Carlos Mangone, "Revolución Cubana y compromiso político en las revistas culturales" en *Cultura y Política en los años '60*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Oficina de Publicaciones del CBC, UBA, Buenos Aires, 1997.

Más genéricamente y en lo concerniente al mundo editorial, un buen modelo lo ofrece Gustavo Sorá, "Editores y editoriales de ciencias sociales: un capital específico", en: Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps), citado.

Si se atiende a una perspectiva centrada en trayectorias individuales de los intelectuales de izquierda, resulta de utilidad la obra coordinada por Horacio Tarcus, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina de los anarquistas a la "nueva izquierda", 1870-1976*, Buenos Aires: Emecé, 2007. Néstor Kohan, "Herejes y ortodoxos. Ernesto Giudice y las diversas tradiciones culturales del comunismo argentino", en: *Periferias. Revista de Ciencias Sociales*, Año 2, N° 2, 1997.

Desde el ángulo de la historia de la historiografía argentina, son escasos los estudios que incluyan las líneas de izquierda; entre ellos están el de Daniel Campione, *Argentina: la escritura de su historia*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2002 (principalmente el capítulo "Historiografía e izquierda"). Tres décadas antes y con una mirada fuertemente crítica se hallan los textos de Alberto J. Plá, *Ideología y método en la historiografía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972, y Leonardo Paso y otros, *Corrientes historiográficas*, Buenos Aires, Ediciones Centro de Estudios, 1974.

Sobre los orígenes de la tradición y la figura de José Ingenieros, además de las obras ya citadas, cfr. "A José Ingenieros", en: *Nosotros. Revista mensual de letras, arte, historia, filosofía y ciencias sociales*, Buenos Aires, Año XIX, N° 199, diciembre de 1925 y los estudios de Oscar Terán ya citados que brindan una interpretación más amplia que la de su estación positivista.

La relación entre Ingenieros y su época han sido explorados en textos como los de Juan Carlos Torchia-Estrada, "Tres Pensadores en la Vida Intelectual Argentina: Ingenieros, Korn, Romero", en: *Journal of Inter-American Studies*, vol. 9, N° 2, 1967; Daniel Omar De Lucía, "La Revolución Rusa como hazaña del progreso: un imaginario social de la Argentina de entreguerras", en: *Herramienta*, N° 5, Buenos Aires, 1998.

Sobre Aníbal Ponce pueden consultarse las consideraciones de prestigiosos intelectuales latinoamericanos tales como: Héctor P. Agosti, "Aníbal Ponce. Memoria y presencia", Introducción a Aníbal Ponce, *Obras Completas*, T. I., Buenos Aires, Editorial Cartago, 1974; Juan Marinello, "Pensamiento e invención de Aníbal Ponce", Compilación y Prólogo a *Obras*, La Habana, Casa de las Américas, Colección Nuestra América, 1975; Emilio Troise, *Aníbal Ponce. Introducción al estudio de sus obras fundamentales*, Buenos Aires, Sílaba, 1969. Oscar Terán, "Aníbal Ponce o el marxismo sin nación", en: *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, texto en el que su autor periodiza la trayectoria de Ponce como antes hiciese Luis Riessig, "Tres etapas en la vida de Aníbal Ponce", en *Cursos y conferencias*, Buenos Aires, Año IV, N° 11-12, 1938.

Para la historiografía comunista y particularmente en torno de la figura de Rodolfo Puiggrós, remitimos a los testos de Jorge Myers, "Rodolfo Puiggrós, historiador marxista-leninista: el momento de *Argumentos*", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 6, Universidad de Quilmes, 2002; Omar Acha, *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Eudeba, 2006 precedido por el artículo previo "Nación, peronismo y revolución en R. Puiggrós" (Primera Parte), en *Periferias*, N° 9, Buenos Aires 2001, y "Rodolfo Puiggrós, entre el drama de la historia y la pasión política", en: *Todo es Historia*, Buenos Aires, 2004; Samuel Amaral, "Peronismo y marxismo en los años fríos. Rodolfo Puiggrós y el Movimiento Obrero Comunista, 1947-1955", en: *Investigaciones y Ensayos*, N° 50, Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia,

2000; del mismo autor: "Una interpretación maoísta del peronismo: Eduardo Astesano y la revolución de la nueva democracia", Universidad del CEMA Series Documentos de Trabajo N° 279, Área Ciencias Políticas-Diciembre 2004.

Respecto del trotskismo y la trayectoria de Milcíades Peña: Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996; Omar Acha "Nacionalismo y progreso histórico en Milcíades Peña", en: *Herramienta*, N° 23, 1997; del mismo autor: Milcíades Peña y el proyecto de una historia marxista", En: F. Devoto y N. Pagano, *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

La labor de Sergio Bagú fue recuperada en: Jorge Turner y Guadalupe Acevedo (coords), *Sergio Bagú. Un clásico de la teoría social latinoamericana*, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Plaza y Valdés, México, 2005; localmente y a modo de homenaje, se destacan las intervenciones de Waldo Ansaldi, Emilio Corbière, Hilda Sábato, y Marta Bonaudo en: *e-l@tina*, vol. 1, N° 2, Buenos Aires, enero-marzo de 2003 y en el vol. 2, N° 5 del 2003.

Disponemos también de textos que afrontan aspectos puntuales de los desempeños de autores escasamente abordados, como por ejemplo: Martín Bergel, Cecilia Tossounian, y Mariana Canavese: "Práctica política e inserción académica en la historiografía del joven Laclau", en *Políticas de la Memoria*, N° 5, Buenos Aires, 2004; Patricia Orbe "Entre la Reforma Universitaria y la revolución: análisis del discurso político del ingeniero R. Ortiz como primer rector estatutario de la Universidad Nacional del Sur (1958-1959)", en: *II Jornadas sobre la política en Buenos Aires en el siglo XX*, IEHS-UNICEN, 2007; Ariel Eidelman, *Militancia e historia en el peronismo revolucionario de los años 60: Ortega Peña y Duhalde*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, Cuaderno de Trabajo N° 31, enero de 2004.

Por su parte Omar Acha en su artículo "Interpretaciones historiográficas del peronismo. 1955-1960", en: Nora Pagano y Martha Rodríguez (comps.) *La historiografía rioplatense en la posguerra*, Buenos Aires, La Colmena, 2001, reseña los análisis de R. Puiggrós, Juan J. Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos; Juan Dal Maso, "Los mitos de la colonización y la Revolución de Mayo. A propósito de Milcíades Peña y Liborio Justo", en: *Lucha de Clases* N° 5, Buenos Aires, julio de 2005.

Otro conjunto de trabajos abordan las manifestaciones historiográficas de las formaciones de izquierda, tales como: Fernando Devoto, "Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía" y Julio Stortini, "Polémicas y crisis en el revisionismo histórico argentino: el caso del Instituto Juan Manuel de Rosas, 1955-1971", ambos en: F. Devoto y N. Pagano, *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004; Hugo Chumbita, "Patria y revolución: la corriente nacionalista de izquierda", en: Hugo Biagini y Arturo Andrés Roig (comps.) *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Biblos, 2006, T. II; Norberto Galasso es autor de varios estudios sobre el particular: *La corriente historiográfica socialista, federal-provinciana o latinoamericana*, Buenos Aires, Cuadernos para la Otra Historia, 1999; *Aportes críticos a la Historia de la Izquierda Argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional*, 2 T. Ed. Nuevos Tiempos, 2007; AA.VV., *El revisionismo histórico socialista*, Buenos Aires, Editorial Octubre, 1974 (particularmente el prólogo de Blas M. Alberti).

Desde la perspectiva de la historia cultural y sobre las imágenes del pasado elaboradas en el Partido Comunista en las primeras décadas del siglo XX pueden consultarse los trabajos de Alejandro Cattaruzza: "Historias rojas: los intelectuales comunistas y el pasado nacional en los años treinta", en: *Prohistoria*, N° 11, Rosario, 2007, y "Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista", en: *Contracorriente*, vol. 5, N° 2. Invierno, 2008.

Capítulo 6

Nuevamente es necesario comenzar por aquellos trabajos que enfocan los procesos ideológicos y culturales, en especial a partir del advenimiento del primer peronismo. Remitimos en ese sentido a las obras ya citadas en el capítulo 4, sea aquellas referidas a los debates de ideas sea aquellas relacionadas con los contextos institucionales. A ese listado deben agregarse otras específicas para el contexto intelectual posterior a la Segunda Guerra Mundial y hasta fines de los años '60. Para el período los dos libros de referencia ineludibles son los de Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, ya citado, y Oscar Terán, *Nuestros años sesenta*, Buenos

Aires, Puntosur, 1991. También deben considerarse ya que directa o indirectamente tratan temas abordados en este capítulo, y dentro de un elenco más extenso del que no se dará cuenta aquí: Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001, Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, ya citado, Marcela García Sebastiani (ed.), *Fascismo y anifascismo. Peronismo y antiperonismo*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2006, Tulio Halperin Donghi, *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994, José A. Zanca, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad*, Buenos Aires, FCE, 2006, Claudio Suasnábar, *Universidad e intelectuales*, Buenos Aires, FLACSO/Manantial, 2004, John King, *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década de 1960*, Buenos Aires, Gaglianone, 1985, Mónica Bueno y Miguel A. Taroncher (coords.), *Centro Editor de América Latina. Capítulos para una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

En relación específica con la historia de la historiografía, puede partirse de tres textos muy diferentes entre sí. En primer lugar existe un balance interpretativo ya clásico y bien influyente en los comienzos de la transición democrática de Tulio Halperin Donghi, *Un cuarto de siglo de historiografía argentina*, ya citado. Asimismo existe un volumen colectivo de extraordinaria heterogeneidad que contiene desde unos pocos ensayos de interpretación a una mayoría de repertorios bibliográficos más que historiográficos pero que tiene las ventajas y la utilidad de los catálogos detallados es AA.VV., *Historiografía argentina (1958-1988)*, Buenos Aires, Comité Internacional de Ciencias Históricas-Sección Argentina, 1990. Por otra parte, toda la segunda parte de Fernando Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Editores de América Latina, 2007 (en la edición original el segundo tomo) contiene enfoques dedicados a las vicisitudes institucionales de la historiografía en las Universidades Nacionales del Litoral (Hourcade), de La Plata (Girbal-Blacha) y de Buenos Aires (Devoto) junto con revisiones de los principales debates en la historia económica y social (Míguez) y política (Spinelli). Una visión alternativa sobre los años '60 en A. Plà, *Ideología y método en la historiografía argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.

Acerca de algunos temas existen trabajos puntuales, por ejemplo, para las relaciones de los renovadores con la historiografía francesa, puede verse

Fernando Devoto, "Itinerario de un problema: *Annales* y la historiografía argentina" en *Anuario del Instituto de Estudios Históricos y Sociales (IEHS)*, N° 10, 1995; pp. 155-177, y Juan Carlos Korol, "Los *Annales* y la historiografía argentina de la década del 60" en *Punto de Vista*, N° 39, 1990. Sobre *Imago Mundi*, pueden verse las observaciones de Oscar Terán, "Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950", en Id., *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, pp. 195-253 y Omar Acha, "*Imago Mundi* (1953-1956) en una coyuntura historiográfica-política" en *Prismas*, N° 3, 1999, pp. 117-142. Para el proyecto sobre la inmigración y sus implicancias conceptuales puede verse Fernando Devoto, *Movimientos migratorios: historiografía y problemas*, Buenos Aires, CEAL, 1992.

Nuevamente sobre los autores estudiados en este capítulo la bibliografía disponible está distribuida, si considerada en conjunto, de manera muy despareja. De algunos autores carecemos de trabajos específicos. La mejor situación refiere a José Luis Romero. Para aproximarse a una obra tan vasta, es necesario comenzar por la larga entrevista que le realizó Félix Luna poco tiempo antes de su muerte: Félix Luna, *Conversaciones con José Luis Romero*, Buenos Aires, Timmerman Editores, 1976. Un fundamental ensayo es el de Tulio Halperin Donghi, "José L.Romero y su lugar en la historiografía argentina", en *Desarrollo Económico*, N° 78, vol. 20, 1980. De sumo interés son el artículo de Natalio Botana, "José Luis Romero y la historiografía argentina: Mitre y Sarmiento", en Id., *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991, y el de Carlos Altamirano, "Estudio Preliminar" a *La experiencia argentina y otros ensayos*, Buenos Aires, Taurus, 2004, pp. 11-34.

Dos libros dedicados a la figura y la obra de Romero son el de Alexander Betancourt Mendieta, *Historia, ciudad e ideas. La obra de José Luis Romero*, México, UNAM, 2001 y, mucho más abarcador, el de Omar Acha, *La trama profunda. Historia y vida en José Luis Romero*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2005.

Existen asimismo diferentes esbozos de aspectos parciales de la obra de Romero que tienen, además del valor de testimonios, apuntes de interés. Entre los muchos existentes se señalan aquí los de Ruggiero Romano, "Entronque", Prólogo a José Luis Romero, *Quién es el burgués y otros estudios de historia medieval*, Buenos Aires, CEAL; 1984, pp. 9-14, Jacques Le Goff, "Presentación" y Carlos Astarita, "Estudio Preliminar" a José Luis

Romero, *Crisis y orden en el mundo feudoburgués*, Buenos Aires, Siglo XXI; 2003, Sergio Bagú, "José Luis Romero: evocación y evaluación" y Raúl Gutiérrez Girardot, "Sobre el problema de la definición de América. Notas sobre la obra de José Luis Romero", ambos en AA.VV., *De historia e historiadores*, México, Siglo XXI, 1982, pp. 27-40 y 85-94. De interés para las relaciones de Romero con el Uruguay el testimonio de Juan Antonio Oddone, "Presencia de José Luis Romero en la Universidad uruguaya", en *Cuadernos Americanos*, N° 10, 1988 y la investigación de Carlos Zubillaga, "La significación de José Luis Romero en el desarrollo de la historiografía uruguaya" en Fernando Devoto, *La historiografía argentina...*, cit.

A diferencia de lo que ocurre con la historiografía referida a Romero, sobre Tulio Halperin Donghi se carece de un estudio de conjunto e incluso de suficientes operaciones historiográficas alejadas del abordaje reverencial o de la alternativa panfletaria. Entre los trabajos de interés que han enfocado aspectos parciales se encuentran Eduardo Hourcade, "La construcción política de la sociedad en *Revolución y Guerra*", en F. Devoto-N. Pagano (eds.), *La Historia académica y la historia militante en Argentina y Uruguay...*, cit. y algunos colaboradores de la desigual, aunque con aportes perspicaces, compilación de Roy Hora y Javier Trímboli, (comps.), *Discutir Halperin. Siete ensayos sobre la contribución de Tulio Halperin Donghi a la historia argentina*, Buenos Aires: Ed. El Cielo por Asalto, 1997. Es curioso por lo irreverente e ingenioso, aunque sea muy discutible y bastante retórico, el trabajo colectivo *Oxímoron, La historia desquiciada. Tulio Halperin y el fin de la problemática racionalista de la historia*, Buenos Aires, s.e., 1993. De mucho interés es el testimonio del mismo Halperin, sea a través de numerosos reportajes, entre los cuales se señala, por el carácter cuidado y sistemático, el de María L. Da Orden y Julio C. Melon, "De Historia, itinerarios y perspectivas. Entrevista con Tulio Halperin Donghi", *Cuadernos del CLAEH*, N° 69, 1994. Para las páginas del texto han sido enormemente útiles las *Son Memorias* del mismo Tulio Halperin publicadas por la Editorial Siglo XXI y cuyo original fue facilitado por el autor.

Sobre otros de los autores tratados en este capítulo, la bibliografía es mucho más limitada o aun ausente y a la espera de futuros estudiosos. De algunos de ellos existen testimonios reunidos en Alejandro Herrero y Fabián Herrero, *Las ideas y sus historiadores*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1996 y de otros en Roy Hora-Javier Trímboli, *Pensar la Ar-*

gentina. Los historiadores hablan de historia y política, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994. Sobre Gregorio Weinberg existe un volumen de trabajos reunidos en su homenaje pero que contiene sustancialmente testimonios y homenajes más que estudios de sus aportes. Agustín Mendoza (comp.), *Del tiempo y de las ideas. Textos en honor de Gregorio Weinberg*, Buenos Aires, s.e., 2000. Sobre Alberto Mario Salas he utilizado un fragmento de sus *Memorias* inéditas, que me facilitó Luis Alberto Romero. Sobre Ezequiel Gallo existe una entrevista en la revista *Entrepasados* y sobre Roberto Cortés Conde otra realizada por Juan Carlos De Pablo en *Revista de Economía y Estadística*, 2007.

Sobre las ciencias sociales en general, entre las lecturas más recientes, puede señalarse la muy útil compilación de Mariano Plotkin y Federico Neiburg, *Intelectuales y expertos...* ya citado. Sigue siendo de interés la compilación, que aunque brinda enfoques generales, espeja las perspectivas argentinas, de Francis Korn, *Ciencias sociales: palabras y conjeturas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977, que incluye contribuciones de la misma compiladora, de Manuel Mora y Araujo y de Tulio Halperin. Sobre la sociología argentina existe una amplia serie de trabajos, de Juan F. Marsal, *La sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Fabril Editora, 1963 a Germán Kratowchwil, "Estado actual de la sociología en la Argentina", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, XV, 1, 1970 a Torcuato S. Di Tella, "La sociología argentina en una perspectiva de veinte años, en *Desarrollo Económico*, N° 79, 1980, hasta los más recientes de Federico Neiburg, "Ciencias sociales y mitologías nacionales. La constitución de la sociología en la Argentina y la invención del peronismo", en *Desarrollo Económico*, N° 136, 1995 y Alberto Noé, *Utopía y Desencanto.*

Creación e institucionalización de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires: 1955-1966. Buenos Aires. Miño y Dávila Editores, 2005 Una visión alternativa en Horacio González (comp.), *Historia crítica de la sociología argentina*, cit.

En especial sobre la figura de Gino Germani, además de Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención...*, cit., cap. V y de las partes pertinentes de Raúl Jorrat y Ruth Sautu (eds.), *Después de Germani. Exploraciones sobre estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1992. Existen dos libros recientes, uno de su hija, que acentúa los aspectos biográficos: Ana Germani, *Gino Germani. Del antifascismo al peronismo*, Buenos Aires, Taurus,

2004, y otro mucho más abarcador de Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006. El mismo Blanco ha explorado otra cuestión crucial en "Política, modernización y desarrollo: una revisión de la recepción de Talcott Parsons en la obra de Gino Germani", en *Estudios Sociológicos*, N° 63, 2003.

Sobre la economía y la historia económica la cosecha es menos abundante. Para el tema del "desarrollo" es siempre luminoso Albert Hirschman, "Ideologías de desarrollo económico en América Latina" en Hirschman, Albert O. (org.) *Controversias sobre Latinoamérica* (Buenos Aires: Editorial del Instituto Torcuato Di Tella, 1963 e Id., "Auge y caída de la teoría económica del desarrollo", en *El trimestre económico*, N° 188, 1980. Sobre el papel del Instituto Di Tella, Mariano Plotkin y Federico Neiburg, "Elites estatales, elites intelectuales y ciencias sociales en la Argentina de los años '60. El Instituto Torcuato Di Tella y la Nueva Economía", en *EIAL*, vol. 14, N° 2, 2003. Acerca de los paradigmas de la historia económica en los '60 y los cambios posteriores pueden verse: Colin Lewis, "Del crecimiento al retraso económico: una revisión de los recientes debates sobre la historia económica y social argentina", *Ciclos*, 9, vol. 9, N° 18, 1999, María Inés Barbero, "El proceso de industrialización en la Argentina: viejas y nuevas controversias", *Anuario IEHS*, 13, 1998 y Roberto Cortés Conde, "Historia económica: nuevos enfoques" en Oscar Cornblit (comp.), *Dilemas del conocimiento histórico: argumentaciones y controversias*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992. Un balance contemporáneo, aludido en el texto, en AA.VV., *Jornadas de Historia y economía argentina en los siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires-Rosario, 1964 (mimeo). Sobre la historia agraria pueden verse los balances de Hilda Sábato, "Estructura productiva e ineficiencia del agro pampeano: un siglo de historia en debate" en M. Bonaudo y A. Pucciarelli, *La problemática agraria*, Buenos Aires, 1993. Sólo ocasionalmente se ocupan del período aquí analizado los trabajos reunidos en Jorge Gelman (comp.), *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas*, Buenos Aires, Prometeo, 2005 (aunque el volumen sirve para mostrar todas las diferencias con los años '60, por ejemplo, en la dilatación de la temática y en el menor diálogo con la economía).

ÍNDICE

Prefacio 7

CAPÍTULO 1
Surgimiento y consolidación de la Historiografía erudita 13
Las apelaciones al pasado: la tribuna política, la prensa periódica, la literatura y la biografía ejemplar 18
Bartolomé Mitre: de la biografía a la Historia 23
Algunas recepciones de la Historia de Belgrano *y algunas aperturas historiográficas* 26
Vicente Fidel López: una historia filosófica 32
Otros fenómenos vinculados a la erudición: libreros, librerías, revistas y repositorios 34
Historicidad y nacionalidad. Mitos fundantes y colectividades imaginadas 38
Comprobaciones y refutaciones 42
Luego del debate 48
Debates más allá del debate 53
El afianzamiento de la erudición. Hacia la institucionalización 61

235 de 23

CAPÍTULO 2

Los historiadores positivistas 73
Una foto de grupo 74
Dos puntos de partida 81
En el tránsito entre los siglos XIX y XX 89
En los comienzos del siglo XX 100
El momento científico 106
El mundo nuevo 127

CAPÍTULO 3

La Nueva Escuela Histórica 139
Los puntos de partida 143
La Nueva Escuela Histórica antes de la Nueva Escuela Histórica 146
La visibilidad de la Nueva Escuela Histórica 153
La Escuela Histórica de La Plata 155
El Instituto de Investigaciones Históricas 157
La Junta de Historia y Numismática Americana 162
La Historiografía local, provincial y regional 163
Las obras; temas, perspectivas, preocupaciones 165
Hegemonía y fragmentación 170
Algunas obras significativas 178
La demorada historia nacional 183
Edición de fuentes 188
La Nueva Escuela Histórica después de la Nueva Escuela Histórica 189

CAPÍTULO 4

El revisionismo histórico 201
¿Revisionismos antes del revisionismo? 203
Los ambiguos años '20 209
1934, ¿un año decisivo? 221
La consolidación del revisionismo 237
El revisionismo a la conquista de las instituciones 265
El momento post '55: Revisionismo y peronismo 278

CAPÍTULO 5
Historiografía de las izquierdas 287
Una posible genealogía 289
Un punto de partida: José Ingenieros. Una bisagra: Aníbal Ponce 291
Algunas direcciones historiográficas de las izquierdas en el mundo de entreguerras 297
Realineamientos en el peronismo y posperonismo 310
El peronismo como revolución nacional. La "Izquierda Nacional" 310
Los reactivos al peronismo 320
"Izquierda tradicional" y Nueva Izquierda 323
Debates y perspectivas 330

CAPÍTULO 6
La renovación historiográfica 339
El momento Imago Mundi 357
El nuevo escenario posperonista 374
Más allá de Buenos Aires 387
Otras voces: la tradición sociológica 402
Economía e historia económica 413
El fin de un ciclo 431

Ensayo bibliográfico 435